

LOURDES ARIZPE

VIVIR PARA CREAR HISTORIA

ANTOLOGÍA DE ESTUDIOS SOBRE DESARROLLO, MIGRACIÓN, GÉNERO E INDÍGENAS

VIVIR PARA CREAR HISTORIA

ANTOLOGÍA DE ESTUDIOS SOBRE
DESARROLLO, MIGRACIÓN,
GÉNERO E INDÍGENAS

SERIE
las ciencias sociales
TERCERA DÉCADA

LOURDES ARIZPE

VIVIR PARA CREAR HISTORIA

ANTOLOGÍA DE ESTUDIOS SOBRE DESARROLLO, MIGRACIÓN, GÉNERO E INDÍGENAS

MAPorrúa librero-editor • México

MÉXICO 2015

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por pares académicos externos al CRIM de acuerdo con las normas establecidas en los Lineamientos Generales de Política Editorial del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Arizpe S., Lourdes, autor.
Vivir para crear historia: antología de estudios sobre desarrollo, migración, género e indígenas / Lourdes Arizpe. -- Primera edición.
páginas. 712 -- (Serie las Ciencias Sociales. Tercera Década).
ISBN: 978-607-02-7302-5 (UNAM)
ISBN: 978-607-401-991-9 (MAP)
1. Desarrollo sustentable -- México 2. Desarrollo sustentable -- Aspectos sociales -- México. 3. México -- Emigración e inmigración. 4. Mujeres en el desarrollo sustentable -- México. 5. Indios de México-- Condiciones sociales 6. Multiculturalismo -- México. I. Título. II. Serie
HC140.E5.A75 2015
LIBRUNAM 1788401

Primera edición, noviembre del año 2015

D.R. © 2015
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, delegación Coyoacán, 04510,
México, D.F.

CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES
MULTIDISCIPLINARIAS
Av. Universidad s/n, Circuito 2, colonia Chamilpa, 62210,
Cuernavaca, Morelos
www.crim.unam.mx

© 2015
Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-02-7302-5 UNAM
ISBN 978-607-401-991-9 MAP

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular de los derechos patrimoniales, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

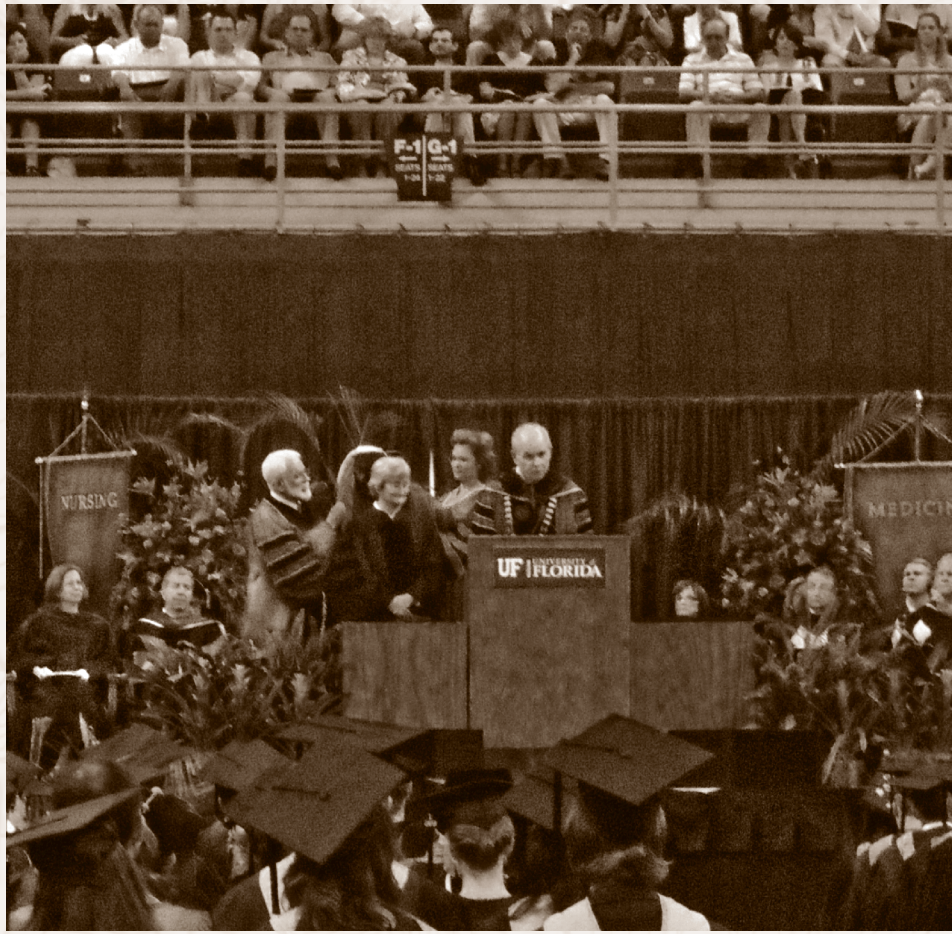
IMPRESO EN MÉXICO  *PRINTED IN MEXICO*

www.maporrua.com.mx
Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.
del titular de los derechos patrimoniales



En la conferencia magistral impartida en el II Congreso Internacional sobre Experiencias en la Salvaguardia del Patrimonio Cultural y Material, Zacatecas, 2013.

FUENTE: COLECCIÓN DE LA AUTORA



En la ceremonia de entrega del Doctorado Honoris Causa en la Universidad de Florida, 2010

Colección de la autora

Prólogo

Rodolfo Stavenhagen

Siempre resulta un placer leer un nuevo libro de Lourdes Arizpe, una de las principales especialistas en nuestro país, quien ha sabido conectar la problemática del desarrollo sustentable con las realidades culturales de gran parte de la población. Con sus agudas observaciones derivadas de su intenso trabajo de campo en distintas regiones, Lourdes aporta una valiosa visión crítica de un México en pleno proceso de cambio, lleno de contradicciones y desafíos.

En este caso se trata de un conjunto de textos escritos a lo largo de varios años sobre temas como: las mujeres indígenas migrantes, las comunidades campesinas, los reclamos del movimiento indígena, el papel de la cultura en la dinámica social, sobre cada uno de los cuales aporta comentarios y conclusiones agudas que dejarán a los lectores pensativos y preocupados.

En otras de sus múltiples publicaciones Lourdes Arizpe se ocupa del escurridizo concepto de "patrimonio cultural inmaterial." En sus diversos trabajos e investigaciones de campo, Lourdes, a lo largo de los años, viene analizando para nosotros los distintos significados y usos de este nuevo concepto en el lenguaje internacional de los estudios culturales.

En años recientes, la UNESCO lo ha puesto de moda ya que desde 2003 existe una Convención, para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial, de la que México es parte. Lourdes Arizpe participó en algunas de las etapas del largo proceso que condujo a esta Convención, así como en las discusiones posteriores en torno a las definiciones, las evaluaciones, los criterios a ser empleados para distinguir los elementos que habían de ser incluidos en este patrimonio.

Con su vasta experiencia en el trabajo de campo Lourdes siempre ha tenido los pies en la tierra y ha aportado criterios importantes a esta discusión internacional. Con sus trabajos en México Lourdes pudo incluir la experiencia acumulada en materia de culturas populares que coincide en parte con el concepto de patrimonio cultural inmaterial y le agrega la visión dinámica y "viva" que a veces se pierde en el uso de la terminología de la UNESCO.

Lourdes es consciente que no solamente se trata de "salvaguardar" para que no se pierda (lenguas en peligro de desaparecer, música, danzas, ceremonias, rituales, folclore, tradiciones, literatura oral, etcétera), sino también de promover ese patrimonio cuando sea necesario para la defensa de los derechos humanos y la lucha contra la discriminación, el racismo, la exclusión o marginación de conjuntos poblacionales vulnerables para quienes su patrimonio cultural inmaterial es elemento esencial de su identidad. Como es el caso de los pueblos indígenas y afromexicanos en nuestro país.

Leer los trabajos de Lourdes Arizpe es acompañar a la investigadora en su proceso de redescubrimiento de un México dividido y convulsionado que aún no encuentra salidas a los múltiples problemas de la sobrevivencia, la conviviabilidad, la identidad cultural y la participación social. Acompañarla en ese viaje es una experiencia que los lectores le agradecerán.

RS

Introducción

Margarita Velázquez Gutiérrez

Lourdes Arizpe tiene la rara virtud de haber alcanzado distinción tanto en la investigación antropológica como en el liderazgo científico y la elaboración de políticas sobre cultura. Esto es así porque sus escritos y sus actividades de investigación y apoyo tienen raíces profundas entre diferentes lenguas, culturas y países. Al comienzo de su carrera, fue pionera en la investigación antropológica en campos nuevos tales como el análisis componencial de la terminología del parentesco del náhuatl, al tiempo que estaba plenamente inmersa en las experiencias etnográficas. Son muy numerosos sus estudios etnográficos en México y sus estancias de estudio en India, Bangladesh y Senegal. Llevó a cabo investigación innovadora sobre las mujeres migrantes y las mujeres trabajadoras, labor que ayudó a consolidar los estudios sobre las mujeres como un campo de investigación. Cuando las organizaciones científicas la fueron invitando cada vez más a dirigir programas y proyectos internacionales, su investigación asumió una visión global a medida que encabezó proyectos sobre el desarrollo y sobre el cambio ambiental global. Mientras cumplía con cargos vinculados con la toma de decisiones en comisiones y agencias de las Naciones Unidas, aportó sus habilidades analíticas y su amplia experiencia en trabajos de campo para incidir en las políticas internacionales con respecto a la cultura y al desarrollo humano sostenible.

Hay un tercer aspecto del trabajo de Lourdes Arizpe que no se reconoce con frecuencia: su profunda empatía y su habilidad para entender rápidamente los retos intelectuales y políticos que están en juego en los debates. Ello le permite aglutinar a las personas y encontrar un denominador común y un consenso para avanzar. En una ocasión, al final de una de sus confe-

rencias en una reunión de la Asociación Antropológica Norteamericana (AAA, por sus siglas en inglés), alcancé a oír a un colega referirse a su liderazgo, y la persona con quien hablaba respondió: "De hecho, ella no lidera. Ella inspira". Cuando organizó con gran éxito el Congreso de la Unión Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas en la Ciudad de México en 1993 —al que asistieron más de 5 mil antropólogos— todos estuvimos de acuerdo con que su estilo de liderazgo inspira. Había invitado a los estudiantes mexicanos de antropología a ser anfitriones y guías de los estudiantes y antropólogos extranjeros, sentando así las bases para la futura creación de redes de investigación y de intercambio en la antropología latinoamericana y del Caribe.

Conocimiento y ética

El trabajo de Lourdes Arizpe está impulsado por una incesante búsqueda para entender por qué la gente se comporta como se comporta. Exige que este conocimiento sea muy analítico y riguroso, y también comprometido con el más alto propósito ético. Las múltiples culturas que se entrecruzaron en su hogar le dieron a Lourdes Arizpe una visión amplia del mundo desde sus experiencias más tempranas. Mientras que su padre era mexicano y su madre suiza, para su educación primaria y secundaria asistió a una escuela americana en la Ciudad de México y después continuó sus estudios para convertirse en intérprete en la Universidad de Ginebra, Suiza. Poco después, recibió el título de maestría por parte de la Escuela Nacional de Antropología e Historia en México y un doctorado de la Escuela de Ciencias Económicas y Políticas de Londres. En años recientes recibió ya un Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Florida en Gainesville, Estados Unidos; las Palmas Académicas de Francia; una membresía honorífica del Royal Anthropological Institute de Reino Unido y varios reconocimientos de la AAA y la Universidad Veracruzana, y otras instituciones afines.

En sus primeras investigaciones, y bajo la influencia del gran filósofo de la ciencia, Imre Lakatohs, con quien tuvo contacto en la Escuela de Economía de Londres (*London School of Economics* –LSE),[1] se dispuso a en-

[1]También recibió la influencia de sus maestros Jean La Fontaine, I. M. Lewis, Maurice Bloch y Julian Pitt-Rivers, su tutor en la LSE.

contrar los "primeros principios" en un programa de investigación que cubría las dimensiones políticas, sociales y culturales de los pueblos del mundo. Poco después, bajo la tutoría de Rodolfo Stavenhagen en El Colegio de México, participó en un movimiento importante de revitalización de las ciencias sociales en México y en Latinoamérica para vincular la investigación con la acción para el desarrollo.

En su primera etnografía en profundidad sobre un pueblo monolingüe hablante de náhuat[2] en la Sierra de Puebla,[3] demostró que la composición familiar se había transformado, pasando de las familias extendidas y compuestas a familias nucleares, a medida que el antiguo sistema de producción de maíz dio lugar a un cultivo comercial, el café.[4] Para este análisis utilizó por primera vez la metodología de análisis del Ciclo de Desarrollo de la Unidad Doméstica. Explicó también, como ya se menciona, por qué se incorporaron términos de parentesco del castellano al sistema terminológico del náhuat, utilizando el método de análisis componencial.

Su segundo trabajo de campo importante, sobre la migración indígena, abrió un nuevo campo de investigación sobre por qué migran quienes salen de sus pueblos, cuando descubrió que la etnicidad y el género creaban patrones diferenciados de migración dentro de los flujos rápidamente crecientes hacia la Ciudad de México. Es importante señalar que su análisis de los datos provenientes del trabajo de campo mostró que los indígenas, en general, y las mujeres, en particular, eran agentes que, en contextos de pobreza y marginalización, tomaban decisiones intencionales que les ayudaban a estabilizar y mejorar sus situaciones. En consecuencia, en la primera etapa de este estudio sobre las "Marías", mujeres mazahuas[5] que son vendedoras ambulantes en la Ciudad de México, desarrolló un modelo que ayudaba a explicar la selectividad de los migrantes de acuerdo con tres niveles de causas mediatas, causas inmediatas y detonantes de la decisión

[2]El náhuat es una variante del náhuatl de un grupo que migró a la Sierra de Puebla en el siglo XV.

[3]Arizpe (1972), *Nican Pehua Zacatipan*, México, Instituto Nacional Indigenista.

[4]Como se muestra en el primer capítulo de este libro, ella rastreó este cambio hasta el sistema de terminología del parentesco, en el cual el término español para "primo" se añadió entonces al término náhuatl para "hermano", *icniuh*, puesto que, en contraste con las familias extendidas, en una familia nuclear la residencia crea una distinción entre los hermanos y los primos: *icniuh* y *primo-icniuh*.

[5]Los mazahuas, un grupo indígena, viven en una región al noroeste de la Ciudad de México.

de migrar.[6] También mostró que la venta estacional de frutas en la Ciudad de México era la mejor decisión que podrían tomar las mujeres mazahuas ante el deterioro de las condiciones económicas de su producción agraria ancestral y las condiciones difíciles de marginalización y pobreza en las ciudades.

A medida que investigaba más a fondo el ciclo doméstico de las familias en sus patrones de migración, descubrió que las familias rurales que enfrentaban un déficit económico creciente[7] desarrollaban una estrategia de "migración por relevos".[8] El patrón escalonado que encontró mostraba que las familias enviaban a sus hijos fuera, en especial a las muchachas jóvenes —que siempre podían encontrar trabajo en labores domésticas remuneradas—, a trabajar en la ciudad para que pudieran enviar de vuelta remesas en efectivo para continuar cultivando maíz. Este estudio fue traducido al inglés y publicado en varios países, incluso de Asia. Su investigación también mostró que las comunidades tienen acuerdos colectivos de reciprocidad y ayuda mutua en el tránsito continuo de migrantes de ida y vuelta entre el pueblo y la ciudad. Con base en sus observaciones sobre el impacto de las políticas de desarrollo y el crecimiento demográfico en las áreas rurales, predijo que la migración rural-urbana crecería exponencialmente en México, como efectivamente ha sucedido, al igual que en la mayoría de los países en desarrollo.

Al mismo tiempo que llevaba a cabo sus labores de investigación, Lourdes Arizpe participó activamente en el impulso inicial del naciente movimiento indígena en México y Latinoamérica. Escribió ampliamente sobre el tema en periódicos y revistas mexicanos, sobre todo en el suplemento *México en la Cultura*, durante los años setenta y ochenta. Algunos de estos artículos se han incluido en este libro porque ilustran el desarrollo de las ideas acerca de los indígenas y de las mujeres en aquella época. Los trabajos describen un evento importante, el Primer Congreso Nacional Indígena, que tuvo lugar en Pátzcuaro en México en 1975, en el que participó con Guillermo Bonfil y

[6]Arizpe (1975). Una versión resumida se publicó en inglés: Arizpe (1977).

[7]En los años cincuenta, la política económica del gobierno mexicano consistente en subsidiar el crecimiento de la industria urbana impidió que el precio del maíz, el alimento básico, subiera y fomentó un déficit económico creciente en los hogares. Las familias trataron entonces de compensarlo mandando a sus hijos a la ciudad para que enviaran remesas en efectivo de vuelta.

[8]Arizpe (1980).

Arturo Warman. Posteriormente fueron publicados por el Instituto Nacional Indigenista en *El reto del pluralismo cultural* en 1978.

Para finales de los años setenta, su investigación se había vuelto muy conocida y se había difundido en otros países en desarrollo; ella aceptó invitaciones para pasar lapsos prolongados, en ocasiones incluyendo trabajo de campo, en la India, Bangladesh y Senegal, a través de la beca John S. Guggenheim.[9] También recibió una beca Fulbright para dar clases en la Universidad de Rutgers en los Estados Unidos. Poco después, se le invitó a participar en el grupo internacional organizado por el Diálogo Norte-Sur y en la Sociedad para el Desarrollo Internacional. Subsecuentemente, siguió colaborando estrechamente con el grupo que lanzó el *Informe de desarrollo humano* en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo[10] y, más recientemente, en el enfoque de las Capacidades en el Desarrollo Humano.

Etnicidad y desarrollo

Durante los años setenta, a medida que fue desarrollando su trabajo sobre etnicidad, Lourdes Arizpe llegó a un punto clave: preguntó si los "indios" eran pobres porque eran "indios" o si eran "indios" porque eran pobres. Sorprendió a todo el mundo argumentando que ambas afirmaciones eran verdaderas. En efecto, los "indios" eran más pobres porque se les discriminaba y esto los excluía de las oportunidades de desarrollo y ascenso económico. Sin embargo, también había encontrado, en sus largas conversaciones con ellos, que en muchos casos ellos mismos optaban por conservar sus culturas a pesar del alto precio que estaban pagando por ello, sabiendo que tendrían mayores dificultades para acceder a los bienes y mercados al igual que el resto de los mexicanos. Habiendo desarrollado aún más este argumento, veinte años más tarde, en el vigésimo quinto aniversario de la OCDE en 1989, Arizpe sorprendió a los embajadores que estaban presentes argumentando que la sustentabilidad, de hecho, no podía alcanzarse sin tomar en cuenta la sustentabilidad cultural y social, lo que implicaba per-

[9]El patrocinio para este trabajo provino del Instituto Nacional Indigenista de México (1978), una beca Fulbright (1979), una beca John S. Guggenheim (1981), y la Organización Internacional del Trabajo (1983-1988) y la UNESCO (1985-1987).

[10]Colaboró en varios proyectos con Amartya Sen, Mahbub ul Haq, Sakiko Fukuda-Parr, Francis Stewart, Louis Emmerij y Paul Streeten, entre otros.

mitir que los diferentes grupos manejaran sus modos tradicionales de vida según su propia decisión en términos del desarrollo. "En muchos países", argumentó, "algunos grupos, consciente y voluntariamente, querrán permanecer fuera de un desarrollo modernizador, puesto que los ciclos temporales en los que viven son circulares y, de hecho, intemporales. Y sus deseos deben respetarse…". Su artículo "Hacia la sustentabilidad social y cultural",[11] publicado en la revista *Development* en 1989, se reeditó en la misma revista en 1995 y se difundió internacionalmente.

Es importante señalar que, en ese trabajo pionero, ella explicaba que ese grupo de personas "(…) que no quieren cambiar (…) debe distinguirse de aquellos que se están atrincherando de vuelta en sus costumbres o religiones tradicionales porque están siendo marginalizados". Sin embargo, señaló, hay un tercer grupo que usa los emblemas culturales para buscar ventajas comparativas sobre otros grupos en un contexto dado. Esta opción, había insistido desde 1978,[12] debería denominarse "etnicismo", puesto que hace uso de los emblemas culturales para buscar una ventaja política; así distinguía el término anterior de "etnicidad", que es la capacidad intrínseca de cualquier grupo para crear una expresión cultural distintiva. Concluyó proponiendo que se cambiara la legislación hacia el reconocimiento de esta pluralidad cultural, especialmente en países del Sur, "para asegurar una participación política balanceada de todos los grupos étnicos". Así pues, había reunido preguntas e ideas, que se estaban discutiendo tanto en los foros académicos como en las ONG, en una serie coherente de nociones sobre el pluralismo cultural que, tan sólo unos años después, en la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo (*World Commission on Culture and Development* –WCCD) de la ONU en 1992-1995, se volvería central para su informe *Nuestra diversidad creativa*.

Mujeres y desarrollo social

Después de su estudio pionero sobre las "Marías", Lourdes Arizpe amplió su investigación para analizar la situación no sólo de las mujeres indígenas, sino también de todas las mujeres en el contexto del desarrollo. Su

[11] Arizpe (1989a).
[12] Arizpe (1978).

estudio sobre las mujeres trabajadoras en la agroindustria de la fresa en Zamora, México, también fue innovador al mostrar que las muchachas jóvenes provenientes de familias campesinas preferían, de hecho, trabajar en las plantas de empacado de fresas porque les daba libertad con respecto al confinamiento tradicional en el trabajo doméstico sin remuneración en sus hogares. Como en su investigación anterior, Arizpe colocó su situación en el contexto más amplio del desarrollo, como se muestra en el título de un artículo que escribió junto con J. Aranda: "Las ventajas comparativas de las desventajas de las mujeres".[13] Este artículo fue leído y citado ampliamente y fue reeditado por la Oxford University Press así como en varios otros países.

Lourdes Arizpe había seguido el trabajo de Ester Boserup y había colaborado con otras economistas, como Helen Safa, Carmen Diana Deere y Lourdes Benería, para demostrar que las mujeres estaban efectivamente implicadas en el desarrollo, pero en condiciones que añadían una tercera jornada de trabajo a su vida doméstica, familiar y social, de por sí sobrecargada.[14] La investigación antropológica de Arizpe es un acercamiento a las vidas de las mujeres y a las decisiones que tomaban. Muchos de sus artículos se han reeditado en los países en desarrollo alrededor del mundo. También tomó la iniciativa de organizar seminarios de investigación sobre las mujeres y el desarrollo, por ejemplo, un taller sobre metodología para el estudio de las mujeres campesinas en el ámbito rural en Nicaragua, poco tiempo después de que los sandinistas llegaran al poder.

Su trabajo la llevó entonces a participar en el fomento de programas de políticas para las mujeres campesinas. En 1983, como asesora de la Secretaría de la Reforma Agraria en México, Lourdes Arizpe apoyó a la subsecretaria Beatriz Paredes para crear el primer Programa Nacional para la Participación de la Mujer en la Consecución del Desarrollo Rural (PROMUDER), que por primera vez colocó a las mujeres campesinas en las discusiones sobre política de desarrollo nacional. También ha sido asesora para otros programas gubernamentales sobre mujeres indígenas y sobre mujeres migrantes, así como para agencias internacionales tales como la Comisión Económica y Social de Naciones Unidas, la Organización Internacional del Trabajo y la UNESCO.

[13] Arizpe/Aranda (1981).
[14] Arizpe (1987).

En sus entrevistas con las mujeres mexicanas migrantes en los Estados Unidos, Lourdes Arizpe encontró que muchas de ellas admitían abiertamente que preferían vivir en los Estados Unidos porque allá la policía las protegía de la violencia doméstica. En años recientes, ha argumentado que las mujeres siguen "moviendo fronteras" a medida que la "economía del cuidado" atrae a más mujeres hacia los países desarrollados.

Al mismo tiempo que estaba llevando a cabo sus investigaciones, Lourdes Arizpe promovió activamente el establecimiento de programas de estudios sobre las mujeres en México.[15] En 1977, propuso un Congreso Centroamericano y Latinoamericano de Estudios sobre Mujeres, al que se esperaba que asistieran alrededor de 50 mujeres. De hecho, una avalancha de 400 mujeres investigadoras llegó al Congreso, incluyendo participantes de los Estados Unidos y de otros países desarrollados, demostrando que ya estaba en curso la consolidación de la perspectiva de género en la región latinoamericana y del Caribe. Lourdes Arizpe quería que las voces de las mujeres se escucharan y que sus ideas se reconocieran. Una de sus mayores satisfacciones ha sido ver el crecimiento del liderazgo de las mujeres en todas las esferas de la vida en México, así como en todas las demás regiones del mundo. Internacionalmente, Arizpe también estuvo muy activamente involucrada en establecer ONG internacionales de mujeres, entre ellas Desarrollo para Mujeres en una Nueva Era (*Development for Women in a New Era* –DAWN), así como programas de género en instituciones internacionales tales como la OIT y el Instituto de Investigación para el Desarrollo Social de las Naciones Unidas (*United Nations Institute for Social Research* –UNRISD), donde fungió como presidenta del Consejo (2007-2012).

La dimensión humana del cambio ambiental global

Desde su liderazgo en diversas organizaciones científicas,[16] alentó el desarrollo de campos de investigación sobre las dimensiones sociales y

[15]Ella fue una de las fundadoras de la revista feminista *Fem* en 1977. También fue una de las fundadoras del Programa de Investigación y Estudio sobre la Mujer (PIEM) en El Colegio de México. En la Universidad Nacional Autónoma de México, también ayudó a crear el Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG).

[16]Lourdes Arizpe fue primero presidenta del Colegio de Etnólogos y Antropólogos (1985-1988) y secretaria de la Academia Mexicana de Ciencias (1992-1994), ambos en México. Fue

culturales del cambio ambiental global. Como siempre, insistió en ir primero al campo para adquirir un conocimiento local sobre el agotamiento de los recursos naturales y la pérdida de la biodiversidad. Su finalidad, en colaboración con varios grupos de investigadores de otros países, era crear una perspectiva social y cultural acerca de estos fenómenos. En su estudio de campo de tres años con las comunidades de lacandonas y de colonos en la Selva Lacandona, en la cual yo misma participé, desarrolló herramientas heurísticas útiles para la percepción social de la deforestación. Formó, en esa ocasión, a cerca de diez académicos jóvenes: antropólogos, ecólogos, psicólogos y una cirujana veterinaria, todos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Los hallazgos de la investigación se publicaron al mismo tiempo por la UNAM así como por la Universidad de Michigan en Ann Arbor en los Estados Unidos.[17]

Durante este trabajo de campo con el equipo, una serie de incidentes hizo evidente que un conflicto importante se estaba fraguando en las profundidades de la selva, del cual nadie aun podía hablar públicamente. De hecho, en el libro que se publicó, se interpretó la alta respuesta de que el "mayor peligro" en el mundo era la guerra en relación con la guerra en Kuwait, para no alterar el curso de los acontecimientos que pronto brotarían de la selva. El primero de enero de 1994, tres meses después de que se publicó nuestra investigación, los neozapatistas salieron de la selva y le declararon la guerra al Estado mexicano. Lourdes Arizpe estuvo entre los pocos científicos sociales que tenían, en aquel momento, un entendimiento profundo de las tensiones ambientales y políticas en la región lacandona. Dada la idealización arrolladora de los zapatistas que siguió a su aparición en los medios masivos de comunicación, Arizpe mantuvo una postura crítica e independiente, insistiendo que el levantamiento zapatista representaba un movimiento legítimo en pos de la justicia social, pero que su estrategia no implicaría una mejoría de las vidas de los sectores pobres en la selva.[18]

---

entonces elegida como presidenta de la Unión Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas (1988-1993). También fungió como vicepresidenta (1992-1994, 1998-2002) y después como presidenta del Consejo Internacional de Ciencias Sociales (2002-2006).

[17] Arizpe/Paz/Velázquez (1993); en inglés: Arizpe/Paz/Velázquez (1996a).

[18] Arizpe (1996a, 2002).

Su artículo sobre el "El cubo global",[19] publicado por la UNESCO, constituyó un intento de teorizar sobre la socioesfera en el contexto del cambio ambiental. En 1993, Lourdes Arizpe sorprendió a los antropólogos convirtiendo las dimensiones culturales del cambio global[20] en el tema principal del Congreso Mundial de la Unión Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas. Unos años más tarde, como presidenta del Consejo Internacional de Ciencias Sociales (CICS), ayudó a enfocar esta cuestión dentro de las políticas internacionales sobre investigación científica, preguntándole al entonces director ejecutivo del Consejo Internacional de Uniones Científicas (CIUC; ahora Consejo Internacional para la Ciencia), en una Asamblea General conjunta del CIUC y el CICS, ¿cuál era el porcentaje antropogénico del cambio ambiental global? Su respuesta, "setenta por ciento", causó una impresión profunda en los científicos naturales que estaban presentes. Esto ayudó a dejar de lado los debates extendidos sobre la primacía, ya fuera de los factores ambientales o de los sociales, como los motores del cambio ecosistémico. También dio un mayor impulso al Programa sobre las Dimensiones Humanas del Cambio Ambiental Global (*Human Dimensions of Global Environmental Change Programme* –HDGEC) del CICS, que es ahora un importante programa conjunto de investigación del CICS y el CIUC ubicado en Bonn, Alemania.

Con su conocimiento sobre el cambio global y como subdirectora general de Cultura de la UNESCO entre 1994 y 1998, Arizpe incorporó las discusiones con respecto a la imbricación de la biodiversidad y la diversidad cultural a las discusiones sobre la elaboración de políticas internacionales. En el *Informe sobre cultura mundial* de 1998 de la UNESCO —que ella ayudó a lanzar— se mostraba, por ejemplo, la estrecha relación entre el número de grupos lingüísticamente diversos en un país y la biodiversidad de sus ecosistemas.

Influir sobre el ecosistema de negocios

En el Foro Económico Global de Davos, se le pidió a Lourdes Arizpe, como miembro del Claustro Académico —Academic faculty— (2002-2005), que

[19] Arizpe (1991).
[20] Arizpe (1996b).

coordinara las sesiones que ayudarían a los líderes de los negocios mundiales a entender las preocupaciones emergentes acerca de la identidad, el pluralismo cultural, las políticas sobre la cultura y el arte y las cuestiones sociales. En la reunión de Davos de 2004, como oradora en el desayuno tradicional ofrecido por una gran multinacional alimenticia, advirtió que los datos de su trabajo de campo estaban mostrando que en las comunidades rurales y los grupos que viven en la pobreza, los niños estaban pasando directamente de la malnutrición a la obesidad. Recientemente, Lourdes Arizpe fue invitada a participar como consultora en proyectos sobre diversidad cultural y desarrollo patrocinados por varias empresas internacionales. Por ejemplo, desde 2010, ha sido miembro del Comité de Orientación de Alto Nivel del proyecto innovador "Fondo para el Ecosistema", que Danone Internacional ha desarrollado en varios países alrededor del mundo.

Cultura, desarrollo y patrimonio

En los años ochenta, mientras seguía tratando de dilucidar los "primeros principios" de la vida social, Lourdes Arizpe extendió su trabajo de campo a las poblaciones no indígenas. Llevó a cabo un análisis de la cultura en una comunidad mexicana poniendo a prueba la encuesta de Theodor Adorno sobre la personalidad autoritaria y examinando los valores en un contexto católico.[21] Sus hallazgos mostraron que las creencias étnicas y religiosas tenían un impacto menor sobre la perspectiva ideológica general de la gente que el género y su posición dentro de la economía de mercado. Las mujeres de la clase social más alta y las mujeres de las familias campesinas eran las más conservadoras en cuanto a su perspectiva; mientras que, en contraste, los hombres de la clase social más alta y las mujeres trabajadoras agrícolas se mostraban radicalmente abiertos al cambio. Esto la convenció de que las políticas de desarrollo precisaban urgentemente de incluir la cultura como un heurístico analítico para hacer del desarrollo un proceso más adaptable y endógeno. Impulsó este tema en sus estudios, refiriéndose a la cultura como "la última frontera del desarrollo" y formulando la idea de que no puede haber sustentabilidad ecológica sin susten-

[21] Arizpe (1989b).

tabilidad cultural y social. En 1992, fue invitada a ser miembro de la Comisión Mundial Independiente de Cultura y Desarrollo de las Naciones Unidas y, poco después, se le puso a cargo de su Secretaría para la redacción del informe *Nuestra diversidad creativa*.[22] Para entonces, Lourdes Arizpe había sido designada subdirectora general para la Cultura de la UNESCO. Recuerdo que estaba asombrada al tener que manejar más de 400 proyectos culturales en 182 países alrededor del mundo. Con frecuencia, podía oírsele decir que estaba maravillada por el hecho de que los pueblos que hablaban tantas lenguas diferentes provenientes de tan diversas culturas pudieran trabajar al unísono, en programas efectivos y geopolíticamente sensibles. Por ello y por la complejidad de las instituciones internacionales acuñó, en el proyecto sobre la historia intelectual de Naciones Unidas en el que participó, una cita memorable: dijo que "trabajar para las Naciones Unidas era como trabajar para un gobierno en el cual todos los partidos políticos están en el poder al mismo tiempo".

Su experiencia de investigación y de liderazgo en ciencias sociales aportó a los puntos culminantes de su contribución a la UNESCO, que incluyeron los proyectos sobre los indicadores de la cultura y del desarrollo, las dimensiones humanas del cambio ambiental global, la relación entre el género y la cultura, y la "libertad para crear". Según sus colegas en el Sector de Cultura de esta institución, una de sus contribuciones fue haber impulsado el Sector de Cultura "de la arqueología a la antropología social", es decir, haber traído una perspectiva dinámica sobre la salvaguarda y la creatividad en las culturas contemporáneas. Con muchos factores en contra, logró que la UNESCO, por primera vez, publicara dos *Informes sobre cultura mundial* que incluían nuevas estadísticas sobre la cultura y nuevos debates sobre la cultura. Logró plasmar su experiencia como directora del Museo Nacional de Culturas Populares de México (1985-1988) en la elaboración de los fundamentos conceptuales que llevaron a la creación de la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Intangible de 2003 y el comité científico del *Informe mundial* de la UNESCO: *Invertir en la diversidad cultural*. En México, durante la pasada década, Lourdes Arizpe ha liderado proyectos de investigación sobre cultura en los cuales han estado involucrados más de cincuenta investigadores. En el Centro Regio-

[22]Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (1996).

nal de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México, está coordinando ahora una Cátedra de la UNESCO y de UNITWIN sobre Patrimonio Cultural Intangible y Diversidad Cultural, y también presidió el Comité Técnico de la Comisión Nacional sobre Patrimonio Cultural Intangible.

En su papel de presidir la Cátedra de la UNESCO y de UNITWIN, sigue estando preocupada por el hecho de que el multiculturalismo esté creando un mundo en el cual un archipiélago de culturas y religiones están promoviendo conflictos y procesos de reterritorialización que desembocan en la purificación étnica y religiosa, y se ha esforzado por buscar una perspectiva alternativa.

Como escribió en uno de sus ensayos: "el reto es darle forma a algo que no ha nacido aún pero que nacerá en el proceso de ponerlo a prueba". Por todos estos motivos, Lourdes Arizpe se ha convertido no sólo en una mexicana pionera en la antropología, sino también en una líder científica global que ha inspirado tanto la investigación internacional como a las organizaciones no gubernamentales y a los grupos que buscan activamente una mayor participación para construir un mundo sustentable.

Me es muy grato presentar en este libro una selección de sus trabajos originales e innovadores con el fin de que estén nuevamente disponibles estos textos, tanto en forma electrónica como impresa, para los académicos y, en especial, para los investigadores jóvenes y las mujeres académicas. Ella querría inspirarlos a cambiar el mundo a través de la investigación científica, alentando a las generaciones presentes y futuras a convertirse ellas mismas en pioneras del cambio para mantener la diversidad cultural y ecológica del mundo donde todos vivimos.

[*Mayo 2013*]

MVG
Directora
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM)
Universidad Nacional Autónoma de México
[*Cuernavaca, México*]



Lourdes Arizpe fotografiada por Rogelio Cuéllar

Obra publicada



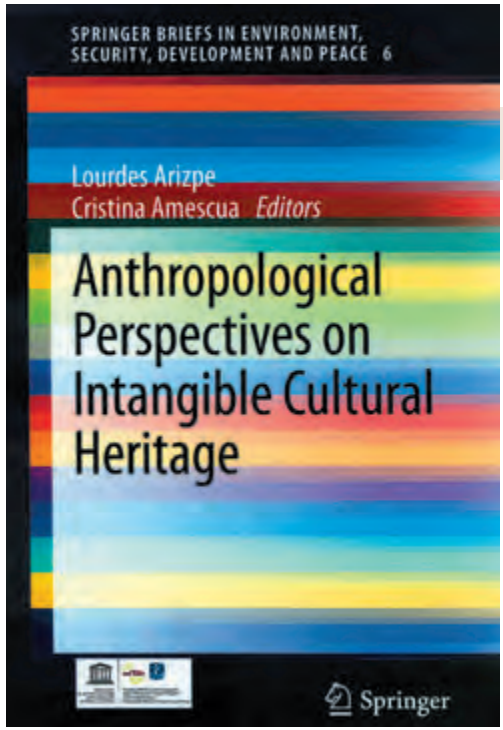
SIEMPRE

FLOR Y CANTO

LAS FLORES EN EL PATRIMONIO CULTURAL INMATERIAL DE MÉXICO

LOURDES ARIZPE
EDITH PÉREZ FLORES
COORDINADORAS

2014


SPRINGER BRIEFS IN ENVIRONMENT, SECURITY, DEVELOPMENT AND PEACE 6
Lourdes Arizpe
Cristina Amescua Editors
Anthropological Perspectives on Intangible Cultural Heritage
Springer

2013

2012


Research Planning Meeting on Intangible Cultural Heritage - Report
Reunión de Planeación: Investigación en Patrimonio Cultural Inmaterial


EL PATRIMONIO
CULTURAL CÍVICO
LA MEMORIA POLÍTICA COMO CAPITAL SOCIAL
LOURDES ARIZPE | Coordinadora
CRISTINA AMESCUA • EDITH PEREZ • ERIKA PEREZ • ALEJANDRO HERNÁNDEZ

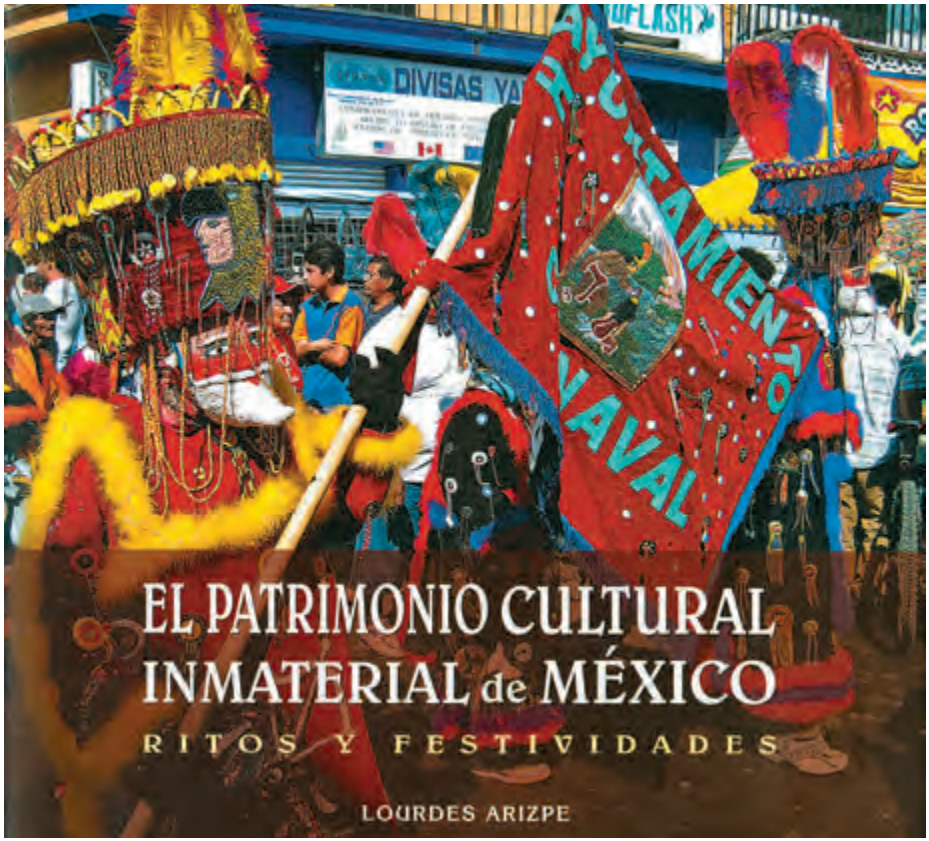
2011

2011


memoria histórica
COMPARTIR
EL PATRIMONIO
CULTURAL INMATERIAL:
NARRATIVAS Y REPRESENTACIONES
Lourdes Arizpe
Coordinadora


Libertad
para elegir
Cultura, Comunicación y
Desarrollo Humano Sustentable

2011


DIVISAS
EL PATRIMONIO CULTURAL
INMATERIAL de MÉXICO
RITOS Y FESTIVIDADES
LOURDES ARIZPE

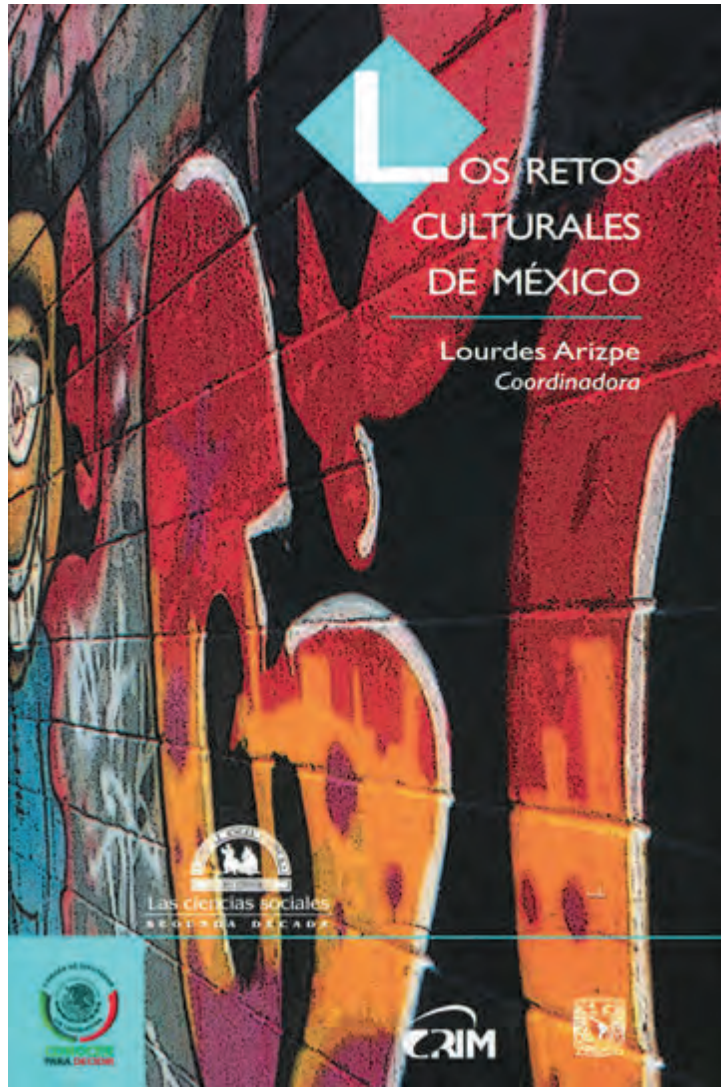
2006


CULTURAS EN
MOVIMIENTO
INTERACTIVIDAD CULTURAL
Y PROCESOS GLOBALES
Lourdes Arizpe
Porrúa
CRIM

2006


RETOS CULTURALES
DE MÉXICO FRENTE
A LA GLOBALIZACIÓN
Lourdes Arizpe
Coordinadora
Porrúa

2006


LOS RETOS CULTURALES DE MÉXICO
Lourdes Arizpe
Coordinadora
Las ciencias sociales
CRIM

2004


issues in culture and development
Cultural changes
in women's life-stages

1996

1994


Libertad
y justicia
en las sociedades
modernas
Carlos Salinas de Gortari
Jose Sarukhan Kérmez
Daniel Bell
John Womack Jr.
Michelangelo Bovero
Alan Knight
Sissela Bok
Friedrich Katz
Guillermo Tovar y de Teresa
Rafael Segovia
Luis Donaldo Colosio
Carlos Fuentes
Bruce Ackerman
Lourdes Arizpe
Fernando Benitez
Juan Jose Hinojosa
Enrique Krauze
Carlos Bazdresch


Cultura y Cambio Global:
Percepciones Sociales sobre la Desforestación en la Selva Lacandona
Lourdes Arizpe
Fernanda Paz
Margarita Velázquez
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias
Universidad Nacional Autónoma de México
Grupo Editorial Miguel Angel Porrúa

1993

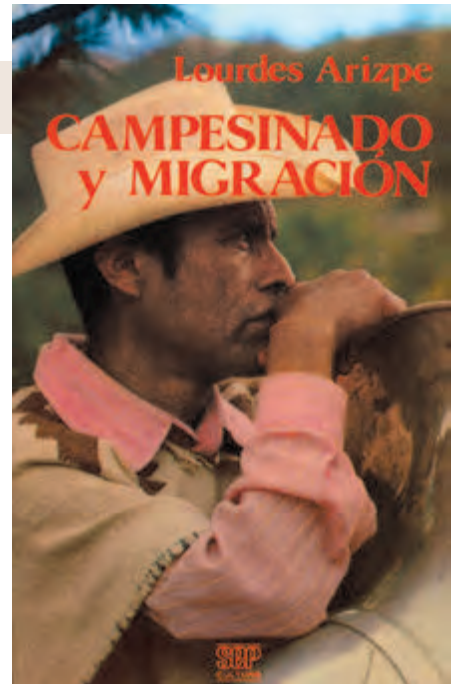
1989


LOURDES ARIZPE
LA MUJER EN
EL DESARROLLO DE MEXICO
Y DE AMERICA LATINA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
CENTRO REGIONAL DE
INVESTIGACIONES MULTIDISCIPLINARIAS


CULTURA
Y
DESARROLLO
UNA ETNOGRAFIA
DE LAS CREENCIAS
DE UNA COMUNIDAD MEXICANA
LOURDES ARIZPE
Las ciencias sociales

1989

1986


Lourdes Arizpe
CAMPESINADO
y MIGRACIÓN


MIGRACION, ETNICISMO
Y CAMBIO ECONOMICO
(un estudio sobre migrantes campesinos a la ciudad de México)
LOURDES ARIZPE

1978

1978

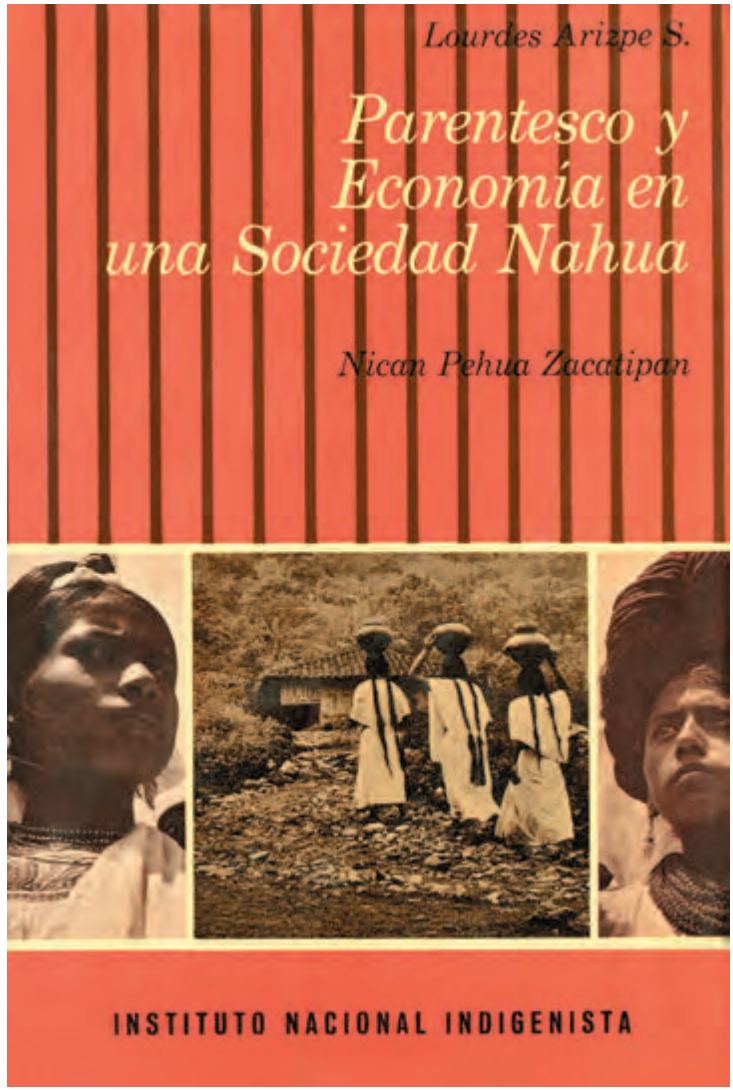

LOURDES
ARIZPE
EL RETO DEL
PLURALISMO
CULTURAL
INSTITUTO
NACIONAL
INDIGENISTA


PRIMER SIMPOSIO
MEXICANO
CENTROAMERICANO
DE INVESTIGACION
SOBRE LA MUJER

1977

1975


Lourdes Arizpe
Indígenas en
la ciudad de México
El caso de las 'Marías'
Sep-Setentas


Lourdes Arizpe S.
Parentesco y Economía en una Sociedad Nahua
Nican Pehua Zacatipan
INSTITUTO NACIONAL INDIGENISTA

1972



LOURDES ARIZPE

VIVIR PARA CREAR HISTORIA

ANTOLOGÍA DE ESTUDIOS SOBRE DESARROLLO, MIGRACIÓN, GÉNERO E INDÍGENAS

Agradecimientos

Un libro, en particular, que reúne obras que viajaron por el mundo, involucra a numerosas personas que me apoyaron para su realización. Agradezco a Rodolfo Stavenhagen. A la doctora Margarita Velázquez Gutiérrez, directora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM), agradezco su apoyo para los trabajos de campo de gran número de las investigaciones incluidas en este libro y su disposición para recapitular mi trayectoria como intelectual y como académica. Asimismo, mi agradecimiento para la doctora Cristina Amescua Chávez, joven antropóloga que se inició en estas investigaciones y que ahora sigue su propio camino, y para la doctora Edith Pérez Flores, una antropóloga, como ella misma dice, de corazón, sabores y colores. Mi agradecimiento a Mercedes Gallardo Gutiérrez y a todo su equipo editorial del CRIM por la edición de este libro, que fue preparado, con tenacidad y una gran dosis de paciencia, por Ana Aurelia Chávez Ursúa y llevado a término gracias a la gran disposición y apoyo secretarial de Norma Angélica Guevara Ramos.

Deseo expresar, asimismo, cuánto admiro a Miguel Ángel Porrúa por su gran pasión por los libros, que tanta riqueza intelectual y cultural han aportado a México y a quien debo bellas ediciones de mis libros y cuya pasión hoy renace en su hija, Aldonza Porrúa.

Un agradecimiento especial para Hans Guenther Brauch por una edición minuciosa de mis obras en tres volúmenes en la editorial alemana Springer-Verlag (2014-2015) y a Eréndira Serrano Oswald, por su talentosa revisión de mis obras en inglés en estos tres volúmenes.*

Y al final, por el comienzo, mi profundo agradecimiento a Juana Hernández de San Martín Texmelucan.

*Culture, Diversity and Heritage: Major Studies; Migration, Women and Social Development; Lourdes Arizpe - A Mexican Pioneer in Anthropology.

Primera parte

Desarrollo social y sustentabilidad



Conferencia en Beijing co-coordinada por L. Arizpe,
presidenta del Consejo Internacional de Ciencias Sociales, con el Consejo Internacional
de Filosofía de la Academia China de Ciencias Sociales. 2004.

FOTO ACADEMIA CHINA DE CIENCIAS SOCIALES

Capítulo 1

El diálogo sobre la diversidad de culturas y civilizaciones*

Lourdes Arizpe

Nuestra naturaleza como seres humanos nos lleva a mirar el mundo siempre desde un lugar y un momento específicos. El horizonte de nuestra mirada siempre se había transformado en el límite de "nuestro mundo". Pero ¿qué ocurre cuando podemos ver más allá de nuestro horizonte conocido, hacia el otro lado del mundo? Lo que vemos son innumerables culturas divergentes que ahora forman parte de "un solo mundo". El diálogo para reubicarnos a "nosotros mismos" y a un sinnúmero de "otros" en este *mundo feliz*[1]* apenas ha comenzado. Una vez que los términos queden claros, deberá trazarse una nueva cartografía de las culturas. Sin embargo, está sucediendo algo mucho más vasto, a lo que todo diálogo debe esforzarse por dar forma.

Hoy en día está surgiendo una nueva conciencia en virtud de la cual las personas de todas las culturas se están dando viva cuenta de su propia singularidad y de manera compleja, de la necesidad de encontrar un terreno común con aquellos con quienes conviven y con aquellos que habitan en otras partes del mundo.

¿Acaso no podemos aspirar, en este nuevo milenio, a extender este nuevo horizonte mundial a través de una convergencia sin límites, de una imaginación sin barreras, y de la creatividad sin restricciones? Ciertamente podemos aspirar a ello, pero en la medida en que no se aseguren las necesidades básicas de los pobres, crecerá el resentimiento y un número

*Trabajo presentado en el proyecto del "Grupo de Personalidades para el Diálogo entre Civilizaciones 2001-2002" y cuyo resumen fue leído por la autora en la Asamblea General de Naciones Unidas el 8 de noviembre de 2001. El Informe de dicho proyecto se publicó bajo el título *Crossing the Divide: The Dialogue of Civilizations*.

[1]Alusión a la novela *Un mundo feliz* de Aldous Huxley.

mayor de conflictos estallarán en guerras. Sin embargo, no perdamos de vista nuestro propósito de lograr la sustentabilidad en este horizonte desigual.

Como lo señala el informe *Puentes hacia el futuro*,[2] el elevado grado de interdependencia en el mundo ha transformado cualquier "amenaza" en una "amenaza global" que no conoce fronteras. Las recientes tragedias en Nueva York y Afganistán han demostrado, por una parte, que ciertos tipos de violencia han adquirido un nuevo rango global pero, por la otra, que lo mismo ha ocurrido con la voluntad colectiva de paz. Es urgente que nos preguntemos entonces: ¿qué tipo de contrato social internacional se requiere urgentemente crear, para que la humanidad no caiga en un colapso irreversible?

Hace apenas unos días una estudiante me preguntó, "¿cómo podemos construir una transición hacia la democracia, un diálogo de culturas, en un mundo en guerra?" Ésta es precisamente el tipo de percepción errónea que se debe echar por tierra. El mundo no está en guerra. Son ciertos grupos con intereses particulares los que intentan secuestrar al mundo. Sin embargo, el antecedente del brutal asesinato de tantas personas, en las Torres del "World Trade Center" de Nueva York y en Afganistán, requiere que repensemos el trabajo que tienen que llevar a cabo las organizaciones internacionales, los gobiernos, los intelectuales y los ciudadanos del mundo conscientes y activos. El ataque terrorista del 11 de septiembre de 2001 demostró cómo, a través de las dimensiones culturales y religiosas de estos conflictos, los grupos de extremistas pueden ejercer un impacto mucho mayor de lo que sus recursos políticos o intelectuales permitirían.

Como reacción inicial a estos sucesos trágicos se tiene la impresión de que el trabajo internacional realizado en años anteriores sobre la cultura y el desarrollo, y sobre el diálogo entre culturas, ha sido insuficiente. No es así, puesto que su aportación se vio reflejada en las múltiples declaraciones y protestas públicas que demuestran que la mayoría de las personas en el mundo están a favor de la coexistencia cultural. *Quizás esta voluntad colectiva en contra de la violencia nunca antes en la historia ha sido tan evidente ni ha sido tan global en sus manifestaciones*. Considero que éste es el

[2]Informe del Grupo de Personalidades para el Diálogo entre Civilizaciones publicado bajo el título *Crossing the Divide: The Dialogue of Civilizations*.

movimiento al que debemos responder a través de programas y acciones concertados a nivel internacional.

Estos sucesos trágicos, en todo caso, demuestran cuán necesarios se han vuelto los programas y las políticas relacionados con la cultura en el escenario mundial. Ya no se considerará que las identidades culturales o los fundamentalismos religiosos sean meramente asuntos de interés marginal en la geopolítica internacional o en la defensa de la democracia.

Desde los años 1960, la UNESCO tuvo la previsión de llamar la atención del mundo sobre la importancia de la cultura y las políticas culturales para el desarrollo. En la actualidad se requiere de mucha más cooperación internacional y trabajo analítico para comprender cómo interactúan las condiciones políticas y sociales con los elementos del comportamiento cultural.

¿Culturas o civilizaciones?

Ahora mismo apenas se está construyendo el vocabulario para llevar a cabo este diálogo entre múltiples actores. Las prácticas culturales significativas que utilizan los individuos para expresarse ¿son "culturas" o "civilizaciones"? Es así como se presenta con frecuencia esta problemática pero, de hecho, esta formulación crea un falso debate. Primeramente, frente al reduccionismo que propone Samuel Huntington sobre el "choque de civilizaciones", tal y como lo expresó el presidente del Consejo Europeo, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, "…el diálogo entre las civilizaciones no se puede reducir a un diálogo de religiones…". Las civilizaciones, en el sentido histórico clásico, surgieron a medida que un estado centralizado organizaba la fuerza económica y política, fomentando la especialización de funcionarios, artesanos, comerciantes, guerreros y artistas. Como resultado, el comercio, la ingeniería, la arquitectura y las artes florecieron otorgando a esa civilización particular logros históricos específicos. Lejos de depender, por tanto, las civilizaciones de expresiones religiosas o de culturas, surgen éstas de una forma avanzada de organización política. Ésa es la base de definición del concepto de "civilización".

En segundo lugar, esta especialización de funciones también dio lugar a una diversificación, de modo que todas las grandes civilizaciones desarrollaron *ipso facto* una diversidad de culturas en su propio seno. Así sucedió,

ciertamente, con las "civilizaciones" que se mencionan hoy en día, por ejemplo, el Occidente y el Islam; pero también con las civilizaciones de China y de la India. De hecho, como han argumentado muchos críticos del "choque de civilizaciones" propuesto por Huntington, la mayoría de las guerras de los últimos siglos se han dado *dentro* de los límites de estas grandes unidades culturales.

En tercer lugar, todas las civilizaciones están ligadas transversalmente, en escalas diversas, por medio de las lenguas y culturas intercambiadas a través de las fronteras de las culturas. Se crean entonces sincretismos culturales y culturas híbridas. Los ejemplos abundan: los cristianos coptos, los musulmanes bengalíes, los amerindios católicos o los brasileños de ascendencia japonesa. En otras palabras, sólo es posible llamar "liminales" a estas culturas si tales límites se sobreponen a fronteras que son permeables, indefinibles según los criterios antropológicos, y que cambian casi con cada generación. De hecho, un ejemplo reciente es el debate sobre si las culturas islámicas son o no parte de Occidente puesto que son "gente del Libro". Podemos incluso preguntarnos si tiene algún sentido tratar de dilucidar si aquellas culturas que han estado en contacto durante 10 mil años en Eurasia, enriqueciéndose y enfrentándose constantemente unas a otras durante ese tiempo, pueden ser definidas como "civilizaciones" o como "culturas".

Es evidente que se las puede considerar como culturas en el debate político, para fines políticos, y éste es el cuarto punto. La antropología descartó el término "civilización" como término analítico desde los años cincuenta debido, entre otras cosas, a que introduce jerarquías, resta relieve a la diversidad cultural interna e insinúa, de manera insidiosa, nociones evolutivas unilineales al interior de las fronteras de los grupos que afirman ser civilizaciones por encima de sus vecinos culturales.

De hecho, ¿acaso no sería una victoria pírrica que el pedir un "diálogo de civilizaciones", propuesto con la intención de defender la diversidad en el escenario mundial, se convirtiera en una forma de negar la riqueza de la diversidad de civilizaciones y culturas al interior de las macrocivilizaciones? ¿No sería ésta, una vez más, una manera de centralizar la representación del poder de modo que sólo unos cuantos actores decidan sobre el destino del mundo?

Con las reservas expresadas en los párrafos anteriores, ¿cómo puede el Diálogo de Culturas y Civilizaciones hacer un aporte significativo a la comunicación mundial y a la comprensión entre los pueblos?

Una civilización de orden superior

Muchos autores han preguntado, a raíz de los ataques a las Torres Gemelas, si el reciente conflicto es realmente un "choque de civilizaciones" como lo expresa la tesis de Huntington con gran circulación en los medios de comunicación. Si nos guiáramos por los discursos políticos de uno y otro lado, es en realidad un "choque entre diablos". En especial, como señala un autor, cada una de las partes tacha a la otra de ser "el Diablo".

A decir verdad, ¿qué clase de "civilización" tolera a fanáticos que matan a niños, mujeres y hombres? ¿Y qué clase de "civilización" moviliza a su ejército en contra de un país entero para castigar a sus gobernantes, a quienes ha apoyado durante tanto tiempo, y acaba por matar a niños, mujeres y hombres?

¿Qué "civilizaciones" son éstas, que ningún ser humano que sea un verdadero musulmán, judío o cristiano reconocería como propias? No las identificarían porque todos ellos reconocen a *una civilización de orden superior*, una que ha sido creada y nutrida por la combinación de muchísimas vertientes del pensamiento a lo largo de la historia de la humanidad. Como lo expresó con elocuencia el señor Abdelaziz Belkhadem, ministro de Relaciones Exteriores de Argelia, en la sesión sobre el Diálogo de Civilizaciones en la ONU, "Nadie puede dudar de que estamos siendo testigos de la formación cada vez más vasta de una civilización de lo universal que es resultado y fruto de los legados y aportaciones de distintas civilizaciones humanas desde la noche de los tiempos".

Las protestas en todo el mundo en contra de las recientes matanzas de personas inocentes y las que ocurren actualmente de manera continua, ya sea en Nueva York, en Tel Aviv o en Kabul, es un vivo clamor que hace explícito el máximo principio de esta civilización mundial. Tal y como lo expresó Kant, consiste en que todo individuo viva de manera tal que su comportamiento pueda convertirse en norma para los demás: con dignidad, empatía y tolerancia. En *Puentes al futuro* se señala este fundamento como el principio kantiano que se ve reflejado en muchos preceptos similares que encontramos en múltiples culturas y religiones. Hans Kung, miembro de nuestro "Grupo de Personas Eminentes", lo expresó bellamente en la sesión de la Asamblea de Naciones Unidas: "en este diálogo, las religiones del mundo han redescubierto que sus propias enseñanzas éticas fundamentales apo-

yan y profundizan los valores éticos seculares que están consagrados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos".

Es esta civilización de orden superior la que debe extenderse a través de la "ética global" propuesta por la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de las Naciones Unidas en *Nuestra diversidad creativa*. La Comisión planteó que los derechos humanos, la democracia, la equidad y la sustentabilidad son los principios sobre los cuales se debe construir una sociedad global civilizada, una geópolis.

Es cada vez más urgente construir esta geópolis ahora que las sociedades contemporáneas se enfrentan a una complejidad que difiere de todo aquello de lo cual podríamos haber aprendido en la historia. Por ende, se deben forjar nuevos valores y nuevos criterios, y para esto, como lo señalé en la conclusión de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales para el Desarrollo de la UNESCO en 1998, necesitamos "libertad para crear". Lo que se requiere para dar forma a esta nueva geópolis no es simplemente un retorno a las tradiciones, sino creatividad.

Diversidad cultural y mundialización

La libertad de crear va de la mano con el respeto a la diversidad cultural y el aprecio por ésta. Como lo expresé en una reunión de la Universidad de Nueva York sobre Cultura y Comercio en marzo del año 2000 —palabras que retomo después en la Declaración de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural—, "La diversidad es la fuente de la capacidad humana de desarrollo: pensamos asociando diferentes imágenes; identificamos al contrastar formas de vida; elegimos de un abanico de opciones; crecemos reconstruyendo nuestra confianza una y otra vez por medio del diálogo".

La Declaración de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural tendrá un impacto trascendental justo en un momento en que el mundo necesita un consenso entre los gobiernos del mundo y las comisiones y organizaciones de la sociedad civil con respecto al camino hacia la construcción de un futuro socialmente sustentable. En este nuevo comienzo, para poder hacer frente a los retos cruciales de la sustentabilidad, la gobernanza y la convivencia en una era global, necesitamos de la cooperación a escala

mundial poniendo de manifiesto toda la creatividad que seamos capaces de convocar de todas las culturas y civilizaciones.

Como se explica en el Segundo Informe Mundial sobre la Cultura, "ya no se trata de lograr que la globalización mantenga la diversidad cultural sino que ésta es una condición sin la cual la globalización no puede continuar su expansión…".[3]

La diversidad también debe incluir a todos los diversos sectores de las sociedades. Y muy especialmente a las mujeres. Las civilizaciones han sido construidas por hombres y mujeres, cada cual con sus respectivas aportaciones complementarias. No podría haber un diálogo entre las civilizaciones sin la participación activa e inventiva de las mujeres.

El respeto y la reciprocidad no se pueden decidir por medio de las leyes ni pueden ser impuestos por las instituciones, aunque con frecuencia la falta de respeto y las jerarquías sí lo son. La minimización de la desigualdad en cuanto a los bienes sociales primarios en el sentido de John Rawls —es decir, no sólo los derechos y las libertades sino también los poderes y las oportunidades, los ingresos y la riqueza, así como las bases del respeto propio— no es sólo el instrumento más eficaz para ello, sino que además se la puede institucionalizar. El minimizar la igualdad y no sólo la pobreza absoluta fortalece la posibilidad de una participación equitativa y eficaz y, por ende, de una convivencia y un pluralismo cultural genuinos.

La importancia de la Declaración de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural radica en que da contenido al Diálogo de las Culturas y Civilizaciones. Además, disipa los falsos problemas de las definiciones de las culturas y las civilizaciones al colocar la *diversidad* y la *creatividad* en el centro del desarrollo cultural mundial.

Reubicación de la diversidad cultural

En un planeta que se encoge, entrelazado y conectado mediante los contactos culturales más continuos e interactivos de su historia, cada persona tiene que interactuar constantemente con otras que tienen distintos valores, actitudes y comportamientos. Como se explica en el Segundo Informe

[3]UNESCO. 2001. Cultura, diversidad y pluralismo: Informe Mundial de la Cultura II. París: UNESCO.

Mundial sobre la Cultura, estas transacciones necesarias se vuelven imposibles si un canon cultural se eleva al nivel de una condición metafísica.

Todos estarán de acuerdo con que las creencias con base en la fe no se pueden negociar: esto hace imposible conceder para crear nuevos caminos posibles. De manera que, en el mejor de los casos, los grupos que se definen a sí mismos *exclusivamente* sobre una base religiosa sólo pueden negociar la coexistencia y la tolerancia, y en el peor de los casos, como lo ha declarado el señor Ossama Bin Laden, pelear a muerte en una "guerra de religiones".

En cambio, la democracia, el comercio y la política, al igual que las relaciones internacionales civilizadas, requieren de la conciliación negociada. La única manera de lograr esta conciliación —como nos ha recordado Umberto Eco— es considerar que "…todas las guerras de religiones que han ensangrentado al mundo durante siglos nacieron de la adhesión apasionada a oposiciones simplistas: nosotros y ellos, el bien y el mal, blanco y negro. Si la cultura occidental se ha demostrado a sí misma ser creativa… es porque se ha esforzado por 'disolver' la simplificación nefaria con la luz del espíritu crítico y la investigación".

Las simplificaciones de las filosofías políticas no suelen durar mucho: la libertad de expresión y el debate abierto conducen a un ajuste propiciado por la crítica precisa y la negociación entre los grupos opuestos.

En su declaración ante la Asamblea General de la ONU, el vocero de la Unión Europea manifestó que "el derecho a la diferencia y a la identidad es inseparable del derecho a la dignidad equitativa de las culturas. Es desde esta perspectiva como la Unión Europea concibe el Diálogo entre Civilizaciones. Éste debe llevarse a cabo sin tabúes. Tenemos derecho a plantear preguntas a una civilización distinta de la nuestra y a formular preguntas a los demás. Los demás también tienen derecho a interrogarnos sobre los motivos de ciertas desigualdades. Si el Diálogo de Civilizaciones ha de reducirse a una reunión en la que todos nos congratulamos, entonces no se trata de un diálogo".

En *Puentes al futuro* coincidimos, precisamente, en que ahora el marco de las relaciones internacionales debe cambiar de modo que el "Otro" ya no sea visto como un enemigo, sino como un competidor en la creación de las condiciones óptimas para mejorar las vidas de todos. Para ello, la *geópolis* debe llenarse de narrativas que permitan criticar, diseccionar, transformar y reajustar hasta que se forjen nuevas narrativas.

Igualdad de vulnerabilidad

La urgencia de llevar a cabo un Diálogo sobre la Diversidad de Culturas y Civilizaciones debe vincularse también a un futuro social y ecológicamente sustentable. Los científicos que se reunieron en la "Conferencia Abierta sobre los Retos de un Planeta Cambiante" de la Organización Mundial de la Ciencia en julio de 2001 en Ámsterdam confirmaron que el calentamiento global tendrá impactos decisivos sobre la vida de todos los habitantes del planeta. Así, el cambio ambiental global está creando una *igualdad de vulnerabilidad* que además se ha hecho más profunda a través de la interdependencia creciente en un sistema económico mundial único.

En *Puentes al futuro*, proponemos que la igualdad en la vulnerabilidad eleva la necesidad de un diálogo más amplio y más político entre las culturas y civilizaciones; de este modo, estimula el diálogo. Porque la verdadera respuesta a la igualdad de vulnerabilidad, capaz de conducir a la igualdad de oportunidades, es la adhesión a las formas aceptadas de comportamiento común por parte de cada vez más actores en el escenario internacional. Como se señaló en el Informe mencionado arriba, para ello se requiere de "…un acto, una toma de decisiones por parte de cada miembro individual de la comunidad internacional, por pequeño que sea".

Prosigue diciendo que "tal vez de lo que estamos hablando ahora no es de enemigos individuales frente a países específicos sino de un enemigo multifacético para todos. La expansión de las enfermedades contagiosas, las armas de destrucción masiva, la circulación sin restricciones de armas de menor poder y la pobreza representan rostros distintos de un 'enemigo' para la totalidad de la especie humana… Si el enemigo es común, la lucha contra él hace indispensable la unanimidad".

La necesidad de un diálogo de las ciencias sociales

La unanimidad de propósito sólo puede venir del debate sostenido, informado y conceptualmente riguroso que sólo la ciencia social analítica puede proporcionar. Porque debemos preguntarnos: ¿por qué se ha detenido de manera tan notoria la creatividad política y social en las últimas dos décadas?

Para finales del siglo XIX, el desarrollo del capitalismo industrial en los países europeos había exacerbado los problemas sociales tales como la desintegración de las familias y el abandono de los niños; los problemas laborales de salarios bajos y las condiciones de trabajo insalubres; los problemas de criminalidad, alcoholismo y violencia en contra de las mujeres y las dislocaciones culturales. Como se explica en el Informe sobre Ciencias Sociales, para hacer frente a esta "cuestión social" en esa época los gobiernos crearon y apoyaron la investigación en ciencias sociales que contribuyó a la creación de políticas para mejorar las vidas de las personas en los nuevos entornos industriales y urbanos. Hoy, cuando se puede percibir una gran cantidad de problemas similares en muchísimos países, las políticas que prevalecen en la mayoría de los países en desarrollo enfatizan la administración y la ingeniería en detrimento del financiamiento para la investigación y la reflexión en las ciencias sociales que lleven a políticas mejor adaptadas para el desarrollo en cada región y cada país.

Uno de los resultados de estas medidas es que las personas no encuentran ideas opuestas que debatir, rechazar o adoptar y que sean capaces de darles la sensación de que tienen algo que decir en la construcción de nuevos significados en el nuevo contexto en el que viven. Así, se sienten desencantadas en su deseo de forjar su propio futuro, o bien, se enfrentan a un vacío de significado que las hace recurrir a fanatismos.

En su discurso en la Asamblea General de la ONU, Ruth Cardoso, una distinguida antropóloga brasileña y quien también fue miembro del Grupo de Personas Eminentes para el Diálogo entre las Civilizaciones, resaltó el hecho de que en los estudios culturales y los movimientos sociales, las mujeres y los pueblos de muchos países con distintos orígenes étnicos contribuyeron enormemente a la evolución política al final del siglo XX. A menos que se incorporen todos estos movimientos en el Diálogo de Culturas y Civilizaciones, el mundo se verá ante el reto hacia el cual Ruth Cardoso llamó la atención. Es decir, "la construcción de identidades tan fuertes que excluyan el principio de multiculturalismo y la lucha en contra de la discriminación, y lleven a valores y patrones de comportamiento que conducen a los fundamentalismos intolerantes".

Una nueva voluntad colectiva

El Diálogo de Culturas y Civilizaciones debe llevar a la construcción consciente y cuidadosa de una nueva constelación de voluntades políticas. A fin de que este Diálogo sea exitoso, se requiere de un concepto diferente del papel de las Naciones Unidas. Como se propuso en *Puentes al futuro*, "Disentimos de todos aquellos para quienes las Naciones Unidas no son más que la suma de sus miembros. Quisiéramos destacar que en el marco de la ONU se consuma un pacto social… cuya necesidad es cada vez más evidente, en vista de que el poder por sí solo ya no puede asegurar la paz".

La frase con la que quisiera concluir este ensayo es que no existe ninguna "amenaza global" que nuestra voluntad colectiva no pueda superar hacia el porvenir.

Fuentes consultadas

Huntington, Samuel P. (1996), *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, New York, Simon & Schuster.

Knoke, William (1996), *Bold New World*, New York, Kodansha.

Picco, G.; Aboulmagd, A. K.; Arizpe, L.; Ashrawi, H.; Cardoso, R.; Delors, J.; Gelb, L.; Gordimer, N.; Bin Talal, Prince El Hassan; Kapitza, S.; Kawai, H.; Koh, T.,; Kung, H.; Machel, G.; Sen, A.; Song, J.; Spring, D.; Weiming, T.; von Weizsacker, R.; Zarif, J. (2001), *Crossing the Divide: Dialogue among Civilizations*, New Jersey, Seton Hall University.

United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization (1995), *Our Creative Diversity*, París, Culture and Development Co-ordination Office.



En la UNESCO, como subdirectora general para la Cultura,
con el presidente Ernesto Zedillo Ponce de León, el director general de la UNESCO,
Federico Mayor, y el subsecretario de Educación, Miguel Limón Rojas. 1997.
FOTO UNESCO

Capítulo 2

Una sociedad en movimiento*

En la cuenta larga de los milenios, la de los mayas y la de los antropólogos, los mexicanos somos una sociedad en constante movimiento; descendemos de migrantes milenarios, aquellos que, cruzando desde Asia por el estrecho de Bering, forjaron las civilizaciones indígenas de tierras americanas. En la cuenta corta de los siglos, descendemos también de migrantes que vinieron de Europa a buscar fortuna o a sembrar utopías. Y en la cuenta de los días, hoy, los mexicanos han vuelto a tomar su cultura y su fortuna en las manos para transformarse junto con el nuevo mundo del tercer milenio.

Como en un vendaval, empezó de nuevo el movimiento en México a partir de los años cincuenta. Más de once millones de mexicanos dejaron sus pueblos ancestrales y se trasladaron a otros lugares, entre 1950 y 1990. Al meneo en la geografía se añadió el ajetreo en la cultura —y en la política— a partir de los años sesenta, que ha llevado a que hoy, a fin de siglo, el pluralismo cultural de México se abra al cambio global. De ahí que pueda decirse que nos sigue rigiendo el signo original de la última época mesoamericana, el *Nahui Ollin* o Cuatro Movimiento.

Nahui Ollin

Si Mesoamérica/México fuera el centro del mundo, Europa sería Oriente y Asia Occidente. En vista de que el planeta es esférico, ¿acaso no resul-

*En *Antropología breve de México,* México, D.F., Academia de la Investigación Científica-CRIM-UNAM, 1993, pp. 373-397.

ta pretencioso, entonces, pensar el mundo en términos de Oriente y Occidente? ¿O en términos de civilización y barbarie, o de "nosotros" y los "otros"? Poco a poco la historia ha ido socavando los centrismos. Ni el hombre es el centro de la "creación" —antropomorfismo—, ni la tierra es el centro del sistema solar —geocentrismo—, ni Occidente es el centro del mundo —eurocentrismo—, ni el varón es el centro de la sociedad —androcentrismo—, ni el *Homo sapiens sapiens* es el centro del mundo natural —antropocentrismo.

Los pobladores autóctonos de este continente que hoy se llama América no tuvieron nombre genérico cuando iniciaron su colonización de estas tierras, como lo señala García-Bárcena (1993), entre los milenios 26 y 12 antes de nuestra era. Cada banda seminómada, cada grupo étnico, con frecuencia se llamaba a sí mismo "los hombres verdaderos" —como los *halach uinic* en maya— y a sus vecinos, igual que hicieron los romanos, por ejemplo, los llamaban "los bárbaros" —como los *chichimeca* en náhuatl—. Al parecer, esta división entre "nosotros" y "ellos" es uno de los principios cognoscitivos que ha organizado la vida entre los pueblos a lo largo de la historia. Oriente y Occidente, norte y sur y, dicho sea de paso, como en la cosmología mesoamericana, casi siempre atendiendo a los puntos cardinales.

De esta manera, los seres humanos construimos identidades sobreponiendo en cada peldaño un "nosotros" y un "ellos". Pensemos, por ejemplo, en nosotras las mujeres y ellos los varones; pero en seguida en nosotros, varones y mujeres del barrio (calpulli) de La Conchita y ellos los del barrio (calpulli) de Los Alacranes; y luego en nosotros los de La Conchita y Los Alacranes del pueblo de Coachochitlan y ellos los del pueblo de Juchipatlan; pero luego en nosotros los de estos dos pueblos de Morelos (tlahuicas) y ellos, los chilangos (mexicas) de la Ciudad de México; pero luego en nosotros los tlahuicas y chilangos que somos mexicanos, y ellos, los gringos; pero luego en nosotros los mexicanos y gringos, los norteamericanos, y ellos, los europeos. Cada quien escoge su nivel de identidad.

Una a una, cada identidad va cabiendo en la otra, como estructuras fractales, tal y como la nueva geometría fractal nos enseña que se puede mirar el mundo. Nunca habíamos podido engarzar las identidades, o las escalas local, nacional o internacional, porque sobre la base del modelo geométrico euclidiano no lográbamos hacer coincidir triángulos y conos y

esferas. En cambio, cada forma fractal contiene en ella misma su propia forma pero a diferente escala.

En suma, la identidad tiene, a la vez, una estructura fractal en el espacio, y una historia en el tiempo (en el caso del nacionalismo mexicano, esta última descrita por Lomnitz en este volumen). Dicho en otras palabras, la ciencia actual nos enseña que *todo concepto depende del lugar en el espacio y en el tiempo en que uno se sitúe*. Éste es quizás el mensaje más importante que ofrece la antropología en este fin de milenio. ¿Quién es el que mira, y desde dónde mira? ¿Qué traducción o qué invención hace de las culturas que mira? Todo lo cual nos deja, como diría Clifford Geertz (1973), como los polinesios originarios, navegando en alta mar, habiendo desechado viejas rutas náuticas y creencias consoladoras, para enfrentarnos solos, con nuestras nuevas tecnologías, a un ignoto destino civilizacional.

Las culturas trashumantes

Asentados en el cuerno de la abundancia que forman las sierras Madre en el territorio mexicano, los pobladores prehistóricos intercalaron, a la riqueza en recursos bióticos y geomorfológicos, la riqueza de una muy alta densidad lingüística y cultural. Aparecieron la vida urbana, la esfera del tiempo, la producción artesanal y los intercambios permanentes a larga distancia, como lo describió Linda Manzanilla (1993). Se extendieron los imperios, nos dice Matos Moctezuma (1993), y las ciudades se hicieron fastuosas. Así había nacido Mesoamérica.

Aquellos primeros aldeanos trashumantes no detuvieron su andar, por cierto, en Mesoamérica, sino que muchos siguieron su migración hacia Centroamérica y más allá, hasta dar con el punto final de aquella migración en Tierra del Fuego. Crearon en su camino, frente al reto de la ecología piramidal de los Andes, las altas culturas que culminaron, entre otras, en el Taiwantinsuyu y, frente a la vorágine de la selva amazónica, las ágiles comunidades ribereñas de esta floresta. Existen, sin embargo, los filamentos de continuidad con todos estos pueblos, en los genes, en el fenotipo, tal y como lo ha señalado Carlos Serrano (1993).

Denominar, por tanto, mesoamericanos a los pueblos prehispánicos que vivieron en el centro y sur de México es crear una identidad cultural:

ante su notable diversidad cultural, escoger lo común para pensar en ellos como el derrame múltiple de una sola raíz cultural. Ya para el año 1500, señala Valiñas (1993), se calcula que había aproximadamente 120 idiomas en el territorio de Mesoamérica y Aridoamérica. Había, por tanto, mayor diversidad lingüística que la que existe en la actualidad.

La trashumancia cultural va unida casi siempre a la trashumancia geográfica. En Mesoamérica, después de un largo periodo de florecimiento, de cerca de diez siglos, en las grandes ciudades ceremoniales, sostenidas por amplias franjas de comunidades agrarias a su alrededor, surgieron contradicciones, algunas internas, tal vez querellas por el excedente de alimentos y por el acceso a los recursos naturales, y otras externas, conflictos de despojo e invasión de grupos étnicos antagónicos. Estos conflictos acabaron con toda una organización social y política de esas altas culturas y, con ella, con las élites teocráticas.

Y los agricultores y artesanos, como olas después de una crecida violenta que se resuelve en espuma, volvieron al remanso de sus comunidades agrarias dispersas. Durante varios siglos de la Colonia y después de la Independencia fue registrándose así un movimiento de péndulo, entre la atracción hacia las ciudades emergentes y el retorno a parajes rurales huyendo de ciudades en declive, flujo y reflujo que marca toda la historia de Mesoamérica y de México.

Ese ir y venir entre campo y ciudades cruzaba siempre los linderos invisibles, pero efectivos, que desde la época colonial habían dividido la república de los "españoles" y criollos y las repúblicas de indios. Vale la pena aclarar, sin embargo, que esta frontera política, que se quería racial, también era ambigua. Los tlaxcaltecas, por ejemplo, habiéndose aliado a los españoles, todavía hoy en día declaran que ellos nunca fueron "conquistados" y, por tanto, que no se les aplicaba esa frontera. De hecho, sí gozaron de un trato especial por parte de los españoles y por ello han sido un grupo liminal, es decir, entre fronteras, de la historia de México. La liminalidad, cabe decir, adquiere características propias como condición de los grupos humanos.

Aquella frontera entre lo autóctono y lo europeo se mantuvo durante los primeros siglos de la Colonia por la terrible mortandad que las armas y, sobre todo, las epidemias, provocaron en las poblaciones indígenas, y que por su número puede calificarse como uno de los mayores genocidios

de la historia del mundo. No hay acuerdo entre los investigadores, pero ya hubiera once o seis millones de habitantes indios a la llegada de los españoles, se sabe que había caído a un millón su población para el año 1605, cuando se dio una de las últimas epidemias. Compárense con las estimaciones del holocausto judío (6 millones) —aunque lo aberrante es que éste se hizo con toda deliberación— y con el genocidio por el tráfico de esclavos de África (10 millones).

Poco movimiento geográfico y poca movilidad social hubo entonces en este encuadre colonial. La pirámide social, por orden de jerarquía de peninsulares, criollos, castas e indígenas, se reflejaba territorial y geográficamente. ¿Cuál era el eslabón mínimo, el que forma la primera alianza que puede llegar a transformar toda la estructura social de un pueblo? El amor, claro está. Por eso las rígidas reglas sobre relaciones amorosas entre varones y mujeres en la época de la Colonia, descritas por Quezada (1993), intentaban regular y controlar lo que era inevitable, a saber, las relaciones entre mujeres y varones de distintas castas y etnias. ¿Acaso no fueron estas relaciones de amor, en sigilo o en escándalo, efímeras o perennes, en constante conflicto con el Estado colonial y con el racismo peninsular y criollo, las que, poco a poco, fueron dando nacimiento a una nueva sociedad, mestiza y mexicana?

Con la Independencia el dominio político de los peninsulares fue sustituido por el de los criollos, dando lugar al surgimiento de una abigarrada lucha por parte de los mestizos, a lo largo del siglo XIX, por romper con aquella intocada estructura piramidal por raza, cultura y urbanismo.

El movimiento revolucionario

Se logró romper esta estructura de dominación cuando se consolidó un nuevo campo de negociación política después de los enfrentamientos armados de la época de la Revolución mexicana de 1910-1917. Tras varios siglos de arraigo habían salido de sus tierras a combatir los campesinos, los vaqueros, los jornaleros, los obreros y la clase media urbana, las soldaderas y los hacendados. Fue un movimiento repentino, la "bola", como decían, que se los llevó y que creó un nuevo país: rompió las fronteras raciales, conservó la independencia y la integridad territorial nacionales,

reivindicó un pasado indio y un futuro mestizo, y logró aglutinar a un mosaico de grupos regionales culturales, étnicos, inmigrados, y de clases emergentes, bajo las banderas de nacionalidad, justicia social, educación y democracia. Una vez consolidado —y negociado en silencio con los caciques regionales, Estados Unidos y la Iglesia— el nuevo régimen, los remolinos de gente se fueron a sus casas, otra vez en los parajes del campo.

Con excepción de la nueva clase política, proveniente de distintas partes del país, en especial del norte, que se quedó a vivir en la Ciudad de México, y… repitió la historia. El Anáhuac-Tenochtitlan se trasladó a través del espejo del tiempo para resurgir en el valle de México-Distrito Federal con toda la ambivalencia de un centralismo que habría de concentrar recursos financieros y humanos en esa ciudad en los siguientes seis decenios, hasta convertirla en la ciudad más grande del orbe.

Por su parte, los agraristas, así mestizos como indígenas, regresaron a sus milpas, tal y como lo describe Tejera (1993) y, a partir de la reforma agraria, de hecho reinstauraron el sistema corporativo y comunal de vida económica y cultural que se había visto afectado por las Leyes de Reforma el siglo anterior. El reparto de tierras y la apertura de nuevas tierras al cultivo propiciaron un *milagro agrícola* cuyos alimentos baratos y excedentes financieros fueron utilizados para desarrollar la Ciudad de México y su industria. Las mejores condiciones de su producción, de alimentación y las nuevas campañas de salud que acompañaban a la educación rural, propiciaron también un *milagro poblacional*, que hizo descender la mortalidad, en especial la infantil, que bajó de 132.0 en 1950 a 53.1 en 1980 (CONAPO, 1988). Sin embargo, al bajar la mortalidad pero mantenerse al mismo nivel la fecundidad, como sucedió, creció a un ritmo notable la población del país, según puede verse en el cuadro 1.

Cuadro 1
Tasas de crecimiento intercensales, 1910-1980

Año	*1921*	*1930*	*1940*	*1950*	*1960*	*1970*	*1980*
Tasa	-0.50	1.73	1.77	2.69	3.08	3.40	3.21

Fuente: CONAPO, 1988, p. 62.

Al sobrevivir mayor número de hijos, empezaron a darse nuevos procesos en las comunidades agrarias. Por una parte, en las regiones en que

la reforma agraria había entregado parcelas de menos de cinco hectáreas, éstas empezaron a subdividirse en cada generación, lo que dio lugar al minifundio. Y esta presión sobre la tierra impulsó en algunas regiones la demanda de que se siguiera el reparto de tierras de los latifundios simulados, lo que se llegó a convertir en la "batalla del campo" en los años sesenta. Pero había también muchas regiones del centro y del sur de México en las que ya no quedaban tierras buenas que repartir. Además en muchas otras, como en la zona mixteca, la chinantla y la mazahua, la deforestación ha provocado una constante e inatendida erosión de tierras que las ha perdido para el cultivo. A partir de estas regiones, desde los años cincuenta se inició un éxodo rural masivo.

Simultáneamente, se aceleró el cambio cultural. Las escuelas rurales, las misiones culturales y la ampliación cada vez mayor del sistema educativo llevaron la alfabetización y la educación a las comunidades rurales. Pero la educación que impartían siempre ha tenido un sesgo hacia lo urbano; de hecho, exalta lo urbano y denigra lo rural, lo campesino, lo indígena. ¿Cómo no esperar, entonces, que ese tipo de educación no fuera a añadir una razón más para escapar de las comunidades rurales? ¿Y cómo no esperarlo si el "éxito" económico y cultural empezó a depender de contar con los antecedentes escolares para tener acceso a empleos nuevos y mejor remunerados? En particular, las comunidades indígenas fueron las más afectadas por una política de integración cultural, que estimulaba la transculturación.[4] Ambos factores, por tanto, fomentaron también la emigración rural.

La migración rural-urbana

A partir de los años cuarenta México amplió su planta industrial, con la demanda de productos manufacturados por parte de Estados Unidos provocada por la Segunda Guerra Mundial. Y los nuevos empleos creados en la Ciudad de México, donde empezaron a concentrarse el capital financiero, la planta productiva y los mercados, se convirtieron en el factor de atracción

[4]Se habla comúnmente de aculturación pero, en términos estrictos, ese vocablo quiere decir "sin cultura". En cambio, transculturación denota el paso de una cultura a otra, que es lo que ha ocurrido durante mucho tiempo en las comunidades indias.

para los jóvenes. Empezaron a llegar, tal como lo describe De la Peña (1993), primero de las ciudades medias y después de las comunidades campesinas. Ya para 1950 el 12.9 por ciento de la población mexicana vivía en un estado diferente de aquel en el que había nacido. La mayor parte de los migrantes, 1.14 millones, provenían de los estados circundantes de la Ciudad de México, aunque 1.021 millones llegaron de los estados del centro-occidente de México, sobre todo de Michoacán y Jalisco.

Fueron las comunidades campesinas e indígenas las que aportaron la mano de obra joven y los alimentos baratos para lanzar el despegue industrial de México, y en especial las mujeres jóvenes que siempre han sido mayoría en las corrientes migratorias hacia las ciudades. Estos jóvenes que fueron criados, alimentados, atendidos y educados por las comunidades rurales, cuyo papel describe Héctor Tejera (1993), fueron quienes de esa forma subsidiaron la formación de la planta de obreros y obreras de la industria de la Ciudad de México y posteriormente de otras ciudades.

Desde mediados de los años cincuenta las políticas agrícolas y fiscales también extrajeron recursos financieros de las comunidades agrarias para favorecer a las ciudades, y el mercado propició que aumentaran relativamente más rápido los precios de las manufacturas que los de los productos agrícolas —sobre todo el maíz, cuyo precio se quedó engarrotado de 1957 a 1973 mientras todo lo demás costaba más—. Resultado: de tanto subsidiar a las ciudades, la pequeña producción agrícola familiar quebró.

Sus estrategias para tratar de seguir sobreviviendo fueron varias. Ya para fines de los años sesenta esta migración era resultado de los factores de *expulsión*, agravados por un alto crecimiento de la población. Se nota en que desde entonces los migrantes más pobres provienen de Tlaxcala, Oaxaca y Chiapas. O sea que, a partir de los años setenta, la migración hacia la Ciudad de México se hizo más rural, más campesina y más indígena.

Ante el constante déficit en su presupuesto, las familias campesinas minifundistas empezaron a seguir una estrategia de *migración por relevos*. Primero migraba el padre; luego la hija o el hijo mayores; cuando éstos se casaban migraba la hija o hijo segundo y así sucesivamente. De esta manera lograba la familia que en todo momento hubiera uno o dos migrantes que les estuvieran enviando remesas.

Lo interesante de todo este movimiento es que los indígenas y los campesinos, por su tradición cultural, siguieron estrategias corporativas para

migrar. Los primeros paisanos de la comunidad que lograban asentarse en la ciudad traían a las chavas o chavos; les mandaban también a la sobrina, al primo, al entenado, a quien fuera compadre y estuviera ya en la ciudad. Hasta había, en el caso de algunas comunidades, uno al que llamaban "correo". Este señor viajaba los domingos temprano desde su comunidad y se quedaba todo el día en la terminal de autobuses esperando que le dieran recados, dinero y hasta ropa sucia, que llevaba de regreso a las familias en las comunidades. De paso llevaba todas las noticias *sobre* cómo se estaban portando todos en la ciudad.

Todo este movimiento empezó a crear una vida urbana en México muy distinta de la que se vivía anteriormente. El mercado de trabajo urbano se transformó, absorbiendo a migrantes, tal como lo describe De la Peña (1993), para ampliar una cultura popular y obrera con nuevas formas de vida, como las que señala Torres (1993). La organización social también se transformó, como indica González de la Rocha (1993), con una nueva combinación de familias nucleares y extensas y con nuevas estrategias de sobrevivencia, a través de una nueva participación económica y social de las mujeres.

Las mujeres en movimiento

En efecto, en los años sesenta se inició un cambio profundo en la participación de las mujeres en las sociedades, tanto en otros países como en México, donde se refleja con características propias. Puede constatarse, primero, que la migración rural-urbana dio libertad de movimiento geográfico a las mujeres; segundo, que la nueva visión de que ya no es necesario tener tantos hijos —la transición demográfica— y la píldora anticonceptiva les otorgaron libertad para no estar sujetas a su papel biológico; tercero, que el feminismo hizo explícitos sus antiguos y nuevos deseos para ampliar el rango de acción de sus vidas hacia la realización personal, el trabajo, la búsqueda artística e intelectual y la participación política; cuarto, que la expansión de los sistemas educativos y de los mercados de trabajo en una sociedad urbano-industrial les ha permitido abrirse horizontes de conocimiento y de autonomía económica personal sin precedente.

Se ha concebido la emancipación de las mujeres, con razón, como el último gran movimiento social de fin de siglo. Otros nos deparará el nuevo siglo,

pero el movimiento de las mujeres, *la revolución más larga*, como ha sido llamada, no tiene ya regreso y sí, en cambio, un nuevo milenio para prosperar.

Empecemos con las mujeres de raíz, las mujeres campesinas e indígenas. Pilares de la unidad familiar de producción agropecuaria, su participación productiva directa e indirecta fue la que en México ayudó a propiciar el milagro agrícola, y su infatigable labor familiar permitió las formas de migración que han transformado al campo y a la ciudad. En algunas regiones la migración de sus esposos e hijos las ha dejado a la cabeza de la parcela o el rancho, teniendo que hacer frente a la discriminación que sufren en el acceso a créditos, asesorías técnicas y la compra de insumos agrícolas de alta tecnología. Lo que es bien sabido es que, mientras la madre viva en la casa en la comunidad, todos pueden regresar a ella en cualquier momento; cuando migra la madre, empero, desaparece sin remedio ese hogar de la comunidad.

Han sido las hijas de estas mujeres, las generaciones que crecieron a partir de los años sesenta, las que han tejido las redes sociales que han mantenido cohesionada a la sociedad mexicana a través de tantos cambios. Salieron primero al trabajo asalariado en la agricultura comercial, a la pizca del algodón, del jitomate, de la fresa; salieron primero solas y, en los años ochenta, con su esposo y sus hijos; hoy hay un verdadero ejército de jornaleras que sufren, de hecho, las peores condiciones de vida en el país. Después salieron al trabajo asalariado en la agroindustria, procesando esos jitomates, esas fresas, para su envío y posible exportación. Enseguida muchas de ellas migraron hacia la frontera, a trabajar en las maquiladoras de ensamble de confección, de aparatos eléctricos y electrónicos. Muchas otras se quedaron en sus comunidades y hoy realizan estas tareas de ensamble, tejido o cosido en sus propios hogares en forma de trabajo asalariado domiciliario.

Las mujeres que migraron hacia las ciudades, como ya se ha dicho, formaron los primeros contingentes de obreras y, también, de trabajadoras domésticas, de comercios y de actividades de subempleo. Destacan en estas últimas las mujeres indígenas, acostumbradas a la libertad de acción que ofrece el comercio por cuenta propia y cuyas representantes más visibles y vehementes han sido las "Marías" de la Ciudad de México.

En todos estos trabajos el salario y las condiciones de labor no son adecuados, pero sí les han permitido a miles de mujeres desenvolverse y adquirir

mayor autonomía y mayor conciencia acerca de sus posibilidades de vida. El problema ha surgido cuando estas nuevas actividades laborales les han añadido a estas mujeres una jornada de trabajo más, la *triple jornada*, sin que se les haya disminuido la segunda jornada de trabajo que es el doméstico. Poco a poco, van cambiando las costumbres para que los hombres compartan más tanto las labores de cuidado de los hijos y de la familia como las domésticas. Así como ha sucedido en muchos otros países, se está modificando la división del trabajo tradicional por género, es decir, entre varones y mujeres.

La nueva conciencia acerca de la participación de las mujeres, impulsada por el feminismo, se ha encontrado en el camino con la irrupción de las mujeres en los movimientos populares urbanos, de los cuales son líderes, en los movimientos campesinos y en los partidos políticos. Ha generado esta nueva participación complejos debates acerca de la relación y priorización entre demandas femeninas y demandas políticas generales; acerca de las formas de comportamiento distinto entre mujeres y varones, por ejemplo que las mujeres tienden menos a la corrupción, son más suaves de trato pero más rígidas en la toma de decisiones, más sensibles pero más impulsivas en sus acciones.

En fin, esta nueva presencia de las mujeres, en la academia, en la administración pública, en la política, en los medios masivos de comunicación, en el arte, lleva a preguntas primordiales en cuanto a la naturaleza de la sociedad. En los años setenta se pensaba que varones y mujeres eran iguales y se exigía entonces una igualdad absoluta; en los años noventa se sabe que mujeres y varones son distintos, se reivindica esa diferencia y se trata, ya no de encajar a las mujeres en los encuadres políticos y culturales de los varones, sino de cambiar esos encuadres básicos de la sociedad propiciando una participación equilibrada y más armoniosa de ambos géneros. Olvidándonos un momento de la complejidad de estas relaciones, recordemos que la intención final es inobjetable: esto es, elevar el nivel de felicidad posible de toda una sociedad.

El movimiento indígena

En el México de los años sesenta, cuando las mujeres campesinas e indígenas se dirigían a las ciudades, impulsadas por la crisis de los minifundios,

empezó a hacerse más lenta la creación de empleos en las ciudades. En consecuencia, ya desde fines de los años sesenta los migrantes empezaron a dedicarse al subempleo, es decir, a ser macheteros, "diableros" en La Merced, albañiles, o al comercio ambulante como las famosas "Marías", mujeres indígenas mazahuas que se han convertido en símbolo del reverso indígena de la vida urbana.

Los habitantes de las ciudades, que pensaban que los indios pertenecían a un pasado remoto, empezaron a sorprenderse de ver indígenas en las calles de su ciudad. Ataviados con sus vistosos trajes, hablando sus idiomas milenarios, vinieron a recordarle al Estado mexicano que nuestro país es pluricultural. Este reencuentro histórico se vio fortalecido por la revitalización de las organizaciones indígenas que exigieron una nueva política indigenista.

En 1975 se realizó, por vez primera en la historia de México, el Primer Congreso Nacional de Indígenas, en Pátzcuaro, Michoacán. Allí se inició la toma de conciencia, se empezó a hablar de pluralismo cultural y del derecho a la conservación de las lenguas y las culturas indígenas.

Cambió entonces el lenguaje. Ya mencionamos que hablar de la cultura mesoamericana es crear una identidad entre pueblos muy diversos. A Mesoamérica llegaron los españoles... ¿Los españoles? Nuestros amigos peninsulares de hoy nos dicen que en la actualidad hay *un Estado español*, conformado por identidades y naciones autónomas como son la catalana, la vasca, la castellana y así sucesivamente. Otra vez, los reflejos del "nosotros" y "ellos". Colón introdujo la ambigüedad histórica con los términos de "las Indias" y "los indios", pero tanto él como Cortés provenían de situaciones ambiguas de identidad. ¿Fue Colón genovés, español o portugués? Difícilmente español puesto que los reyes católicos apenas acababan de crear "España". Cortés pertenecía a Castilla pero para amansar a sus perennemente amotinados soldados gallegos y andaluces pidió siempre a Malintzin que hablara de "españoles". Nosotros los españoles y ustedes los…

¿Indios? No se hizo el intento de ver y entender la extraordinaria riqueza cultural que los invasores tenían frente a ellos. Era de por sí demasiado complicado, primero, distinguir los insólitos fonemas mesoamericanos —Uitzilopochtli, así que se simplificaba a Huichilobos—; o, como apunta Valiñas (1993), distinguir entre un gentilicio como zapoteco o zacateco, un genérico, como otomí o chichimeca, o un grupo que nos interpreta, como

naarinuquia o tzotzil. Serán indios, y todos. Nace así el término de *indio* como categoría colonial.

Entendamos, pues, la insostenible pesadez de estos términos por su carga política y emotiva. En 1992, con el quinto centenario, se analizaron y vilipendiaron a saciedad estos términos. A ver, ¿cómo está eso del "descubrimiento" de "América" por "España"? Para empezar, el continente ya estaba aquí, como dijo un célebre historiador; luego, en vez de llamarlo "Colombia", por un enredo académico le ponen el nombre de quien nunca pisó este continente; entonces, si no hubiera sido por las corazonadas de doña Isabel, ni "España" se habría logrado, ni Colón habría lanzado sus velas al viento.

Peor todavía aquello de que los "españoles" "conquistaron" a los "indios". No repitamos la pregunta de quiénes eran los "españoles"; en cambio añadamos que para su empresa, arrojada y hábil sin duda, tuvieron aliados nativos y aquel insondable subsidio de la quinta columna mítica que se apoderó de las mentes de los sacerdotes mexicas. Recordemos, en fin, las palabras contemporáneas de un indio: "A nosotros, los españoles no nos conquistaron. Se conquista a una mujer, con amor. A nosotros nos invadieron".

Llegó a su punto culminante este viraje de percepción y de política cultural que ha descrito Del Val (1993), al incluirse el derecho a la conservación de la cultura y la identidad indígenas en el artículo 4º de la Constitución mexicana en 1992, quinientos años después.

La migración hacia la frontera norte

En el decenio de 1970 el destino de los migrantes se fue diversificando. Empezaron a dirigirse a otras ciudades, sobre todo a Guadalajara y a Monterrey. Pero ya hacía tiempo que se trasladaban a Estados Unidos, a través del Programa de Braceros, de los años cuarenta a los sesenta, o como indocumentados posteriormente. Muchos se quedaron en la frontera, donde la instalación de maquiladoras empezó a ofrecer abundantes oportunidades de empleo. En Baja California, por ejemplo, la población aumentó de 550 mil habitantes en 1950 a 1'177,900 en 1980 (Chávez, 1987); el 63.4 por ciento de estos últimos habían nacido en otros estados de la República (Pick *et al.*, 1990, pp. 61-102).

Ocurrió, sin embargo, que las maquiladoras tuvieron preferencia por emplear mujeres, por lo que aumentó la migración femenina hacia esta región. La razón de esta preferencia es que los empleadores consideran que las mujeres tienen mayor destreza manual, son más dóciles, no se sindicalizan y, al casarse, generalmente se retiran del trabajo, lo que permite una renovación constante de la planta de trabajadores, ahorrándose costos de maternidad, promoción, antigüedad y jubilación. Esta feminización de la migración a la frontera se refleja en que el índice de masculinidad para migrantes en 1940 era de 1.17, mientras que en 1960 bajó a 1.00 y en 1980 a 0.93 (Chávez, *op. cit.*, p. 37).

Predominan migrantes de Jalisco, Michoacán, Nayarit, y también de Sinaloa, Zacatecas y Durango. Ya en los años ochenta venían también de los estados del centro y del sur. Y cada vez más se incorporaron a este flujo indígenas de los estados del sur, en especial mixtecos y zapotecos que han establecido claras rutas sociales entre sus comunidades y los lugares de destino de los migrantes en Estados Unidos. Cabe aclarar, sin embargo, que a lo largo de la frontera norte ya se encontraban asentados pueblos indígenas como el pima, el pápago y muchos otros.

Se ha calculado que el 80 por ciento del ingreso en la Mixteca de Oaxaca proviene de los migrantes, tanto de los que viven en las ciudades de México como en las de Estados Unidos. Nuevamente se ha creado una red de intercambios entre las comunidades de las que vienen los migrantes y sus lugares de trabajo en ese vecino país. Y esta nervadura económica y social, con raíz en seis millones de mexicanos en Estados Unidos, está cambiando la percepción de la frontera geográfica y cultural del país.

Para empezar, se ha fomentado la creación de nuevas formas de expresión culturales. En este lado de la frontera, entre otros, surgieron los "cholos", grupos de jóvenes de la zona fronteriza que buscan destacarse por su forma de vestir, de hablar, de arreglar sus automóviles, de bailar. Todo aquello que, a través de una gramática de la presentación personal, envía el mensaje de que *se pertenece* a un grupo, y que *se deslindan* de otros grupos sociales. Otra vez el "nosotros" y "ellos". Cualquier banda de jóvenes urbanos hace lo mismo, pero los cholos pueden seleccionar entre un repertorio doble de signos culturales, el mexicano y el norteamericano del suroeste. Escogen rasgos de unos y otros para significar que rechazan la inclusión/exclusión que les impone la frontera política y que, por el contra-

rio, se declaran dueños de un espacio social propio, recortado por mano propia del mapa de símbolos que los rodea.

El movimiento chicano

De hecho, en Estados Unidos se encuentran al menos tres grupos distintos de mexicanos: los primeros son los orgullosos y oriundos mexicano-norteamericanos cuya genealogía parte del siglo pasado. Sus familias descienden de las familias novohispanas que colonizaron California, Arizona, Nuevo México y Texas. Llegaron mucho después, en la primera mitad de este siglo, los refugiados de las luchas armadas de la Revolución y los que años más tarde se incorporaron al Programa de Braceros, que llevó sobre todo a gente de Jalisco, Michoacán y estados aledaños a trabajar y a asentarse en Estados Unidos. Llevaron estos migrantes la rica y turbulenta carga cultural de los años de impacto del muralismo, de auge de la música y del cine mexicanos, y de búsqueda a ultranza de una identidad cultural a través del mexicanismo, del aztequismo y —dicho sin otras alusiones— del charrismo.

Estas memorias culturales, transmitidas por los migrantes mexicanos a sus hijos, que ya no eran jornaleros sino clase media, dieron como fruto la iconografía del nuevo arte chicano; y la mezcla con la cultura popular de los "anglos" dio lugar a un nuevo lenguaje combativo y propio que se expresa en novela, cine y fórmulas lingüísticas.

Y el tercer grupo representa la tercera y cuarta generación de descendientes de padres mexicanos, muchos de los cuales ya han asistido a universidades, y que se identifican como parte de los "hispanos" en Estados Unidos. Este grupo comparte los afectos de la herencia latina y los ideales de la educación y la democracia anglonorteamericanas. Su deseo de acercarse a la cultura mexicana y latina es genuino pero respetando las diferencias; su incorporación a la vida política norteamericana es consciente y afirmativa.

¿Por estos procesos acabará avasallando la cultura mexicana a la norteamericana? ¿Con el mismo simplismo ocurrirá que la cultura norteamericana acabe arrasando con la cultura mexicana? Ni lo uno ni lo otro.

Recordemos que la tendencia a hablar de "nuestra" cultura se basa en una percepción que escoge aquellos rasgos que pensamos que identifican

a nuestro grupo frente a otro; pero que siempre hay una continuidad de rasgos entre un grupo y otro. Los que se sitúan en esa área de frontera, la que se llama "liminal", son los que tienen en sus manos la definición futura de esa cultura. Porque las fronteras culturales permiten el intercambio de rasgos que van trasladando de lugar el "centro" que define a una cultura o a una subcultura en un momento dado. ¿Y acaso no es México una nación de culturas liminales, es decir, nacidas de la conjunción de muchas otras?

Finalmente, en este último decenio del siglo, México se encuentra abierto a un nuevo movimiento migratorio, esta vez por su frontera sur.

La migración hacia la frontera sur

En el sur las sierras Madres se convierten en nudo a partir de la Mixteca, y de ahí hasta Guatemala forman cuencos herméticos con laderas inaccesibles que han conservado la mayor diversidad lingüística y cultural desde Mesoamérica hasta nuestros días. La impenetrabilidad había sido hasta hace poco su característica: tanto por su geografía —montañas imponentes y sumideros sin fin, selvas enmarañadas— como por la larga historia de conflicto en sus relaciones interétnicas.

Hoy la frontera sur se ha puesto en movimiento. Entre 1970 y 1980 la población indígena de la frontera sur aumentó de 68 mil a casi 135 mil personas. Hoy las fincas cafetaleras del Soconusco ya no reciben a los tzeltales o tzotziles de los Altos de Chiapas que venían a ganar dinero para pagar una mayordomía, sino a los "chapines" de Guatemala. La guerra genocida que el ejército guatemalteco desató contra sus propios conciudadanos hablantes de kanjobal, man chuj, jacalteco, tojolobal, quiché, kakchiquel y otros, atrapados en la pinza entre el ejército y la guerrilla, provocó la entrada a México de más de 150 mil refugiados guatemaltecos entre 1978 y 1984.

Se asentaron en las regiones de Amparo Aguatinta, Cuauhtémoc, las lagunas de Montebello, Ocosingo y Las Margaritas. Para evitar incursiones contra ellos de los "caibiles" del ejército guatemalteco, fueron reubicados tiempo después en los estados fronterizos de Campeche y Quintana Roo. También entraron por la Selva Lacandona, lo que llevó a una apresurada y

miope política de colonización de la franja fronteriza, que ha provocado la deforestación acelerada de la selva sin haber creado un modo de vida sustentable para los colonos.

Por la frontera sur, además, entraron muchos guatemaltecos, seguidos de centroamericanos, para hacerse un camino hacia "el Norte", hacia la promesa de empleo en Estados Unidos, a lo largo de los años ochenta y noventa. En efecto, la prolongada guerra civil en El Salvador, las condiciones económicas desfavorables en Honduras, Nicaragua y Panamá, empezaron a desenraizar migrantes. Como si hubiera llegado el punto milenario de retorno de aquella migración del norte hacia el sur iniciada hace 12 mil años, hoy se revierte el flujo y se intensifica de sur a norte.

En los años noventa a los trashumantes centroamericanos se han unido migrantes de Colombia, de Ecuador, de Perú, de Bolivia y de otros países sudamericanos. Consecuencia de la crisis de la deuda y de las condiciones injustas del comercio internacional entre el norte y el sur, es previsible que siga aumentando esta corriente, puesto que si los capitales no fluyen hacia donde está la gente, la gente seguirá fluyendo hacia donde los capitales pueden ofrecerles al menos una sobrevivencia económica.

Resumiendo lo anterior, en los tres últimos decenios del siglo México ha contado con toda la gama de migrantes de los principales países latinoamericanos, cada uno de ellos con una música y una pericia bajo el brazo.

Los exiliados de los años setenta trajeron la música andina, las sambas y las milongas, las canciones de protesta, las teorías políticas contestatarias, la febril exigencia de un nuevo reparto de poder; los refugiados guatemaltecos trajeron bordadas en su rica indumentaria la memoria de una gran civilización mayense, y su ambigua cercanía con los mexicanos. Los centroamericanos trajeron en un primer periodo su cultura alegre y despreocupada y, después, junto con los de países andinos, el desconcierto por la pérdida de una promesa de destino inmediato de democracia, libertad y desarrollo, pero que sigue vigente para cumplirse.

La cultura en movimiento

De hecho, toda cultura mestiza que, por definición, toma rasgos de dos culturas diferenciadas para crear nuevas formas culturales, es liminal, y

por ello mismo, se tienen hacia ella actitudes ambiguas. Por lo demás, es la que forma nervaduras que van uniendo a dos grupos antagónicos, en este caso el indígena y el español, pero, a su vez, va adquiriendo mil y un rostros.

En las disputas sobre la historia de México, a excepción de Vasconcelos y sus seguidores, es poco frecuente que se reconozca la notable riqueza de creación cultural del mestizaje. No sólo se impuso como la forma cultural más extendida del país, sino que ha llegado a configurar culturas regionales distintivas. En su tiempo tuvo su auge *la cultura jarocha* de la costa del Golfo, con la gracia de sus bailes y sus décimas y la algarabía de sus fiestas, cultura nutrida tanto de los sones de la música caribeña como de la poesía española. Floreció también una *cultura yucateca*, mezcla de la altivez de la casta divina y el riquísimo sustrato cultural maya, ofreciendo una literatura, una música y una danza de blancura tropical. Conocemos bien la *cultura tapatía*, la de los ojos de papel volando, la de la introspección de Pedro Páramo, la de los espacios sigilosos de iglesias y conventos. Y se identifican como distintivos la cultura norteña y las culturas del istmo y rasgos bien definidos del Bajío, de las Huastecas y de Chiapas.

Más aún, el crisol que capturó a las culturas de España también fundió a otras venidas de Europa y de África, para añadir a la riqueza cultural mestiza. Así es, los estudios más recientes han mostrado los importantes aportes, en términos de diálogos culturales, que trajeron, en primer lugar, los africanos. Eran bantu, wolof, hausa, ashante, de tantas etnias más, pero perdieron sus identidades particulares, al igual que los indígenas, para caer dentro de la frontera de lo "negro", lo "moreno", lo "africano". Desde el siglo XVI fundieron sus genes con los de las poblaciones locales, dejando trazos de ojos brillantes, piel aceitunada y cabello "chino" en la fenotipia mexicana, sobre todo en la costa de Veracruz y Tabasco, y en la Costa Chica del Pacífico. Y dejaron su huella en los ritmos y cadencias de las músicas costeñas e istmeñas, incluso en sus instrumentos, como la marimba; en los labrados de madera de máscaras y figuras; en los misterios de sus ritos y danzas mágico-míticas.

Pero hubo otros invitados que trajeron sus regalos a la fiesta cultural mexicana: los migrantes chinos, y posteriormente libaneses, judíos, alemanes, norteamericanos y de otras nacionalidades. Algunos crearon núcleos que conservan todavía sus costumbres; de éstos pasaron algunos rasgos

a la cultura mexicana y, a la vez, ésta ha acabado de hacerlos "a la mexicana". En su mayoría fueron migrantes que decidieron voluntariamente venir a radicarse a México, porque les ofrecían algo que no encontraron en sus lugares de origen.

Pero mencionemos también a los migrantes cuya decisión fue inducida por la salida en exilio de sus países. En primer lugar, los republicanos españoles, cuyos aportes a la producción artística, intelectual y académica de México son de sobra conocidos. Incluso en la antropología han sido distinguidos los maestros Pedro Bosch-Gimpera, Juan Comas, José Luis Lorenzo, Santiago Genovés y otros más. Y vinieron después, en los años sesenta y setenta, los brasileños, los uruguayos, los chilenos y los argentinos, en su mayoría profesionistas y académicos, que también han ofrecido generosamente su trabajo y sus aportes culturales.

Muchos de estos migrantes se han quedado en México integrándose a los nuevos remolinos culturales que se gestan en nuestro país. Se refrenda entonces la posición de México como país de las encrucijadas culturales: en ellas se confrontan el desarrollo y el subdesarrollo y se funden y bifurcan los senderos culturales. Tan intenso movimiento inserta a México en nuevas interacciones, con el norte, con el sur, con el oeste —nuestro oeste, es decir, la cuenca del Pacífico— y con el este —África—. Así, estamos entrando, en la cuenta larga de los milenios, a una nueva *era global*.

El cambio global y la antropología interdisciplinaria

A las tres revoluciones en la historia se añade en este fin de milenio una cuarta revolución. Ya se mencionó la revolución neolítica que surgiera en Mesoamérica y en otras partes del mundo hacia el año 10 000 a.C. En el siglo XIX tuvieron lugar en Europa dos nuevas revoluciones: la demográfica, que aceleró el crecimiento de las poblaciones, y la industrial-urbana, que transformó el sistema de producción de alimentos y manufacturas y concentró a la población en megaciudades; estas dos revoluciones se extendieron al resto del orbe, de manera acelerada pero dispar, a lo largo del siglo XX.

La cuarta revolución es la de la microelectrónica, la biotecnología y las telecomunicaciones, pero sujeta a un nuevo contexto político que exige *un*

desarrollo sustentable. No podemos seguir agotando los recursos naturales y cargando al planeta de desechos no biodegradables y tóxicos; no podemos aceptar un mundo en el que los países más desarrollados representan el 16 por ciento de la población mundial y, sin embargo, concentran alrededor del 72 por ciento del producto mundial bruto, el 76 por ciento del comercio mundial, el 50 del uso de energía y el 73 de las importaciones de productos forestales; un mundo en el que la disparidad de ingreso entre el norte y el sur es de 18 por ciento, pero en el que el correspondiente a ingresos en países del sur es de 15; un mundo en el que en Nigeria, por ejemplo, el ingreso promedio de una familia urbana en 1978-1979 era 4.6 veces el rural, y en México el ingreso per cápita urbano era 2.6 veces el rural.

Estos nuevos procesos exigen una nueva ciencia, una nueva política y un nuevo pacto con el mundo natural. La característica de esta nueva era tendrá que ser la cooperación entre agentes sociales y la interdisciplina. El sustrato para lo anterior es, necesariamente, una nueva ética y nuevas prácticas culturales que estamos viendo surgir ante nuestros ojos. La discusión sobre el manejo de los recursos naturales por parte de las comunidades indígenas, expuesta por Argueta, por tanto, recoge prácticas milenarias y las planta en el centro de un debate del cual depende el futuro de millones de campesinos alrededor del mundo.

Hoy en día los procesos tecnológicos y sociales siguen alterando los sistemas geofísicos, químicos y biológicos de la tierra, y las interacciones entre ellos. Algunos de estos cambios podrían llegar a hacer inhabitable el planeta para los seres humanos, sobre todo porque muchos de estos procesos están ocurriendo a un ritmo sin precedente en la historia. Por ejemplo, a partir de 1950 la demanda de energéticos en el mundo se cuadruplicó; la población mundial se duplicó. El conjunto de fenómenos acumulativos y nuevos está dando lugar a procesos que llegarán a afectar *a todos los habitantes del planeta*. Por eso se habla de *cambio global*, cuyos principales retos son:

1) Evitar el calentamiento del planeta, cuyos efectos provocarán desastres naturales, inundarán los deltas y las costas, y alterarán los patrones de cultivo agrícola en distintas regiones. Siempre ha habido un efecto de invernadero en la tierra, pero esta vez el mayor consumo de combustibles fósiles (petróleo y carbón principalmente) produce una cantidad de gases tales como el bióxido de carbono, el metano y el óxido nitroso, entre otros,

que ya no son absorbidos en forma suficiente por los bosques y selvas debido a la deforestación, ni por los océanos. Estos gases provocan un efecto invernadero que está haciendo que se caliente la atmósfera. Se sabe que alrededor del 80 por ciento de estos gases son producidos por las industrias de países del norte, y el 20 por ciento por actividades industriales y pecuarias en países del sur. Esto significa que los países del norte tienen que cambiar su cultura de consumo para bajar sus niveles de utilización de energéticos y de otros recursos naturales, y que los países del sur tienen que reformular sus planes de desarrollo para que el tipo de industrialización y urbanización que promuevan sea sustentable.

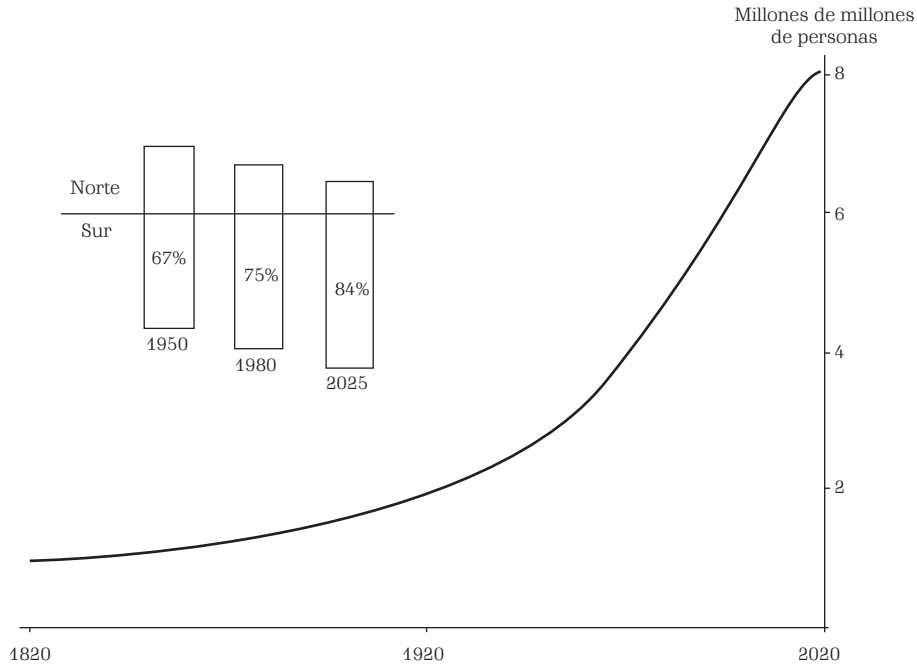
2) Detener el adelgazamiento de la capa de ozono ocurrido sobre la Antártida y que empieza a ocurrir también sobre el Ártico. Se debe al uso de los clorofluorocarbonos utilizados en aerosoles, gases de refrigeración y otros. Cuando se usaban unos cuantos aerosoles y refrigeradores estos gases no hacían ningún daño; en cambio, producidos en tal cantidad que han dado la vuelta al mundo y son utilizados por millones de personas, están provocando un daño a la capa de ozono de la atmósfera. Hay que cobrar conciencia, entonces, de que es la *escala* de estos consumos lo que está provocando esos efectos biogeoquímicos globales.

Los dos fenómenos anteriores ocurren *en relación con el sistema biogeoquímico global*, pero hay otros que ocurren *en todo el planeta*, tales como la pérdida de la biodiversidad, la pérdida de tierras laborables por la erosión, la desertificación y la acidificación.

3) Revertir la pérdida de la biodiversidad. Se trata de la extinción de cientos de especies de plantas y animales, algunas de las cuales ni siquiera llegaron a ser clasificadas por la ciencia. Esto se debe, por una parte, al consumo directo —comer huevos de tortuga cuando este anfibio está casi en extinción, o vender guacamayas de la Selva Lacandona para efectos puramente decorativos en bares, restoranes o casas particulares—, que al aumentar la población y sus demandas de consumo, provoca el mismo problema de aumento de *escala* que veíamos arriba.

Y, por otra, a un problema adicional, al alterarse la *interacción* de los componentes de los ecosistemas. Es decir, se extinguen las especies de la flora y la fauna al destruirse los circuitos de interdependencia y el hábitat en el que viven.

Gráfica 1
Crecimiento de población desde 1820 y proyección de población a 2020



4) Evitar la pérdida de tierras cultivables. Esto se debe, principalmente, a: *a)* la erosión de las tierras agrícolas por la deforestación, el monocultivo y la expansión de los asentamientos humanos, principalmente en América Latina, Asia y el sur de África; *b)* la desertificación en la región meridional de África, y *c)* la acidificación de las tierras en América del Norte, incluyendo el noroeste de México, y otras regiones del mundo en las que se utilizan fertilizantes y pesticidas en forma inadecuada.

5) También se menciona, en particular en países desarrollados, la población como un factor decisivo para lograr un equilibrio a nivel planetario. Como ya se señaló, se duplicó la población a nivel mundial en los últimos 40 años. Tal y como puede verse en la gráfica 1 (Turner *et al.*, 1990, p. 43), este crecimiento ha sido sumamente acelerado en los últimos dos siglos, al haber bajado la mortalidad en todas las regiones del mundo, y se concentrara en los países más pobres del mundo en el próximo siglo.

Cuadro 2
Reconstrucción de la población del valle de México, 1150 a.C.-1985 d.C.

Fecha	*Densidad (hab/km²)*	*Población*	*Tasa de cambio inmediata (por ciento/año)*
1150 a.C.	0.72	5,000	-
650	3.76	25,000	+0.32
300	11.28	75,000	+0.31
100	21.81	145,000	+0.32
100 d.C.	12.03/16.54	80,000/110 000	-0.29/0.13
650	37.59	250,000	+0.20/0.14
950	27.07	180,000	-0.10
1150	19.55	130,000	-0.16
1250	26.32	175,000	+0.29
1519	180.45	1'200,000	+0.77
1530	150.38	1'000,000	-1.40
1548	135.34	900,000	-0.66
1565	52.63	350,000	-4.70
1580	37.59	250,000	-2.80
1595	22.56	150,000	-2.40
1620	11.02	73,300	-2.75
1643-1644	11.58	77,000	+0.22
1692	13.23	88,000	+0.28
1742	22.56	150,000	+1.07
1787-1794	41.35	275,000	+1.21
1797-1804	45.11	300,000	+0.87
1838	61.65	410,000	+0.82
1856-1857	71.43	475,000	+0.82
1869-1870	76.69	510,000	+0.59
1878-1880	91.73	610,000	+1.96
1889	105.26	700,000	+1.53
1900	140.90	937,000	+2.65
1910	179.55	1'194,000	+2.42
1940	315.79	2'100,000	+1.88
1970	1'473.23	9'797,000	+5.10
1980	2'150.38	14'300,000	+3.78
1985	2'721.81	18'000,000	+4.70

Fuente: Turner *et al.*, *op. cit.*, p. 33.

En México los altibajos en el proceso acumulativo de población pueden verse en la reconstrucción, muy tentativa pero significativa, que se hizo recientemente de la población del valle de México —el mítico Anáhuac, otra vez— desde 1150 a.C. hasta nuestros días, como puede verse en el cuadro 2. A pesar de que bajó la población al caer los grandes Estados urbanos de la época clásica, como lo describió Manzanilla (1993), y al haber sido diezmados los indígenas con la invasión española en sus últimas ciudades mesoameri-

canas, como lo describió Matos (1993), a partir de 1643-1644 la población se fue recuperando, lentamente primero y aceleradamente después, hasta llegar a su máximo crecimiento histórico, 5.10 en 1970. En los últimos veinte años descendió paulatinamente este crecimiento, pero debido a la estructura de la población, es decir, debido al gran número de jóvenes en edad reproductiva, se calcula que para el año 2000 la población de México será de 104.5 millones de personas, y la de la Ciudad de México de 35 millones.

En cuanto a la escala global, se calcula que para el año 2010 habrá ocho mil millones de personas en el mundo, la mayoría en países del sur, en zonas urbanas y, en su mayor parte, atrapadas en un círculo vicioso de pobreza-aumento de población-pobreza.

Se discute siempre si, al seguir creciendo la población de manera atropellada, podrán producirse suficientes alimentos y crearse suficientes empleos; si alcanzarán los recursos naturales, tierras, bosques, selvas, agua, petróleo. Y aunque haya quienes afirmen que las tecnologías podrán sustituir o reciclar todos estos recursos, el hecho es que en una mayoría de países del sur la población sigue creciendo a un ritmo mayor que la economía, y aun si se lograra un reparto más equitativo de los capitales y tecnologías para elevar el nivel de vida, en el mediano plazo la pobreza no acabaría por desaparecer.

Las sociedades del orbe, por tanto, tienen que volver a aprender cómo manejar la utilización de los recursos de la naturaleza para que la humanidad pueda seguir perviviendo como especie. Pero es también urgente que vuelvan a negociar la convivencia entre naciones, sociedades y etnias, y a armonizar el crecimiento de la población con un crecimiento sustentable de las economías sobre una base de mayor equidad a nivel internacional, para poder seguir perviviendo como seres civilizados.

El futuro depende de nosotros

La antropología ha vuelto la mirada siempre hacia el pasado. Pero en esta época, que hace vislumbrar percances insólitos para el futuro, hay que mirar hacia adelante, hacia el porvenir.

Hoy, por ejemplo, en México se puede saber al instante lo que ocurre en China o la India; y no falta mucho para que el viaje en un tren impulsado por

la superconductividad de la Ciudad de México a Tijuana se haga ¡en tres horas!; ni para que se pueda transmitir por computadora toda la biblioteca del Congreso de Washington a la Ciudad de México ¡en tres minutos! Esta nueva instantaneidad de las noticias y la proliferación de redes de comunicación y de transporte han empezado ya a cambiar las formas de la cultura en México.

El espejo de la antropología, que nos devuelve reflejadas las imágenes y los conocimientos de milenios de culturas humanas, nos confronta hoy, como pocas veces antes en la historia, ante el reto de reconstruir nuestra forma de vida para lograr subsistir como entes culturales en este planeta.

- Millón y medio de años desde la aparición de los primeros homínidos;
- doce milenios de culturas sedentarias en Mesoamérica/América Árida/México;
- a cinco siglos de la invasión europea;
- a 50 años de la revolución industrial y urbana en México.

Empieza el Tercer Milenio d.C.: la era global del desarrollo sustentable.

En conclusión, el movimiento no tiene por qué sorprendernos: ha sido siempre parte intrínseca de la vida humana y de la vida mexicana. Lo que ocurre es que acaba de pasar una época excepcional de estabilidad y certidumbre en la historia, y durante algún tiempo habremos de acostumbrarnos a vivir en la incertidumbre. Pero recordemos que el movimiento —el *ollin* de los nahuas— abre oportunidades inimaginadas cuando se combina con la riqueza cultural y la voluntad de pervivir que ha marcado a las culturas mesoamericanas, a las culturas mestizas y al resto de las culturas del mundo a lo largo de tantos milenios.

Fuentes consultadas

Chávez Galindo, A. M. (1987), *Migración, fecundidad y anticoncepción en Baja California*, México, unam.

conapo (Consejo Nacional de Población) (1988), *México demográfico: breviario 1988*, México, conapo.

De la Peña, G. (1993), "La antropología urbana y los estudios urbanos", en L. Arizpe (coord.), *Antropología breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica-crim-unam, pp. 265-288.

DEL VAL, J. M. (1993), "El indigenismo", en L. Arizpe (coord.), *Antropología breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica-CRIM-UNAM, pp. 245-264.

GARCÍA-BÁRCENA, J. (1993), "Prehistoria, sedentarización y las primeras civilizaciones de Mesoamérica", en L. Arizpe (coord.), *Antropología breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica-CRIM-UNAM, pp. 13-56.

GEERTZ, C. (1973), *The Interpretation of Cultures*, New York, Basic Books.

GONZÁLEZ DE LA ROCHA, M. (1993), "Respuestas domésticas, respuestas femeninas: la organización social de la pobreza y la reproducción", en L. Arizpe (coord.), *Antropología breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica-CRIM-UNAM, pp. 319-342.

HUNTINGTON, S. (2004), "The Hispanic Challenge", en *Foreign Policy*, March 1, at: http://www.foreignpolicy.com/articles/2004/03/01/the_hispanic_challenge (13 June 2013).

_____ (2005), *Who are we? The Challenges to America's National Identity*, New York, Simón & Schuster.

KIRCHOFF, P. (1943), "Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", en *Acta Americana*, 1, pp. 92-107.

MANZANILLA, L. (1993), "Surgimiento de los centros urbanos en Mesoamérica", en L. Arizpe (coord.), *Antropología breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica-CRIM-UNAM, pp. 57-82.

MATOS MOCTEZUMA, E. (1993), "Las sociedades tardías de Mesoamérica", en L. Arizpe (coord.), *Antropología breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica-CRIM-UNAM, pp. 83-120.

O'GORMAN, E. (1958), *La invención de América*, México FCE.

PICK, J. B.; Tellis, G. L.; Butler, E. W.; Pavgi, S. (1990), "Determinantes socioeconómicos de migración en México", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, 5,1,13, enero-abril, pp. 61-101.

QUEZADA, N. (1993), "Sexualidad, religión y magia", en L. Arizpe (coord.), *Antropología breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica-CRIM-UNAM, pp. 121-146.

SERRANO SÁNCHEZ, C. (1993), "Bioantropología de la población mexicana", en L. Arizpe (coord.), *Antropología breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica-CRIM-UNAM, pp. 147-164.

TEJERA GAONA, H. (1993), "La comunidad indígena y campesina de México", en L. Arizpe (coord.), *Antropología breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica-CRIM-UNAM, pp. 189-214.

TORRES MEJÍA, P. (1993), "El México obrero industrial", en L. Arizpe (coord.), *Antropología Breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica-CRIM-UNAM, pp. 289-318.

TURNER, B. L. II; W. C. Clark; R. W. Kates; J. F. Richards; J. T. Mathews; W. B. Meyer (1990), *The Earth as Transformed by Human Action: Global and Regional Changes in the Biosphere over the Past 300 Years*, New York, Cambridge University Press-Clark University.

VALIÑAS COALLA, L. (1993), "Las lenguas indígenas mexicanas: entre la comunidad y la nación", en L. Arizpe (coord.), *Antropología breve de México*, México, Academia de la Investigación Científica-CRIM-UNAM, pp. 165-188.

Capítulo 3

Cómo restaurar la sustentabilidad social en México*

Para Javier Sicilia

Resumen

Treinta y cinco mil muertos son demasiados para atribuirlos sólo al narcotráfico. Para lograr restaurar la sustentabilidad social que se ha perdido en México en el último decenio, hay que deslindar las causas de los detonantes, los síntomas inmediatos y, lo que es más grave, las tendencias hace que esta pérdida perdure en los años por venir.

La violencia manifiesta en asesinatos, secuestros y violencia contra las mujeres responde a detonantes inmediatos —ineficacia policial, complicidades, niveles de vida subhumanos en algunos barrios y comunidades, pobreza—, pero no explican por qué de pronto los mexicanos se volvieron tan violentos. Es decir, hay que explicar por qué nuestro país se volvió un terreno tan fértil para la criminalidad organizada y deslindar sus causas políticas, económicas, sociales y culturales. Y por qué aumentó la violencia contra las mujeres, en las relaciones interpersonales y entre los grupos de jóvenes.

Este artículo se refiere a la sustentabilidad social, definida como la capacidad de una sociedad para formar ciudadanos aptos para el trabajo, el conocimiento, la participación política y la convivencia social (Arizpe, 1995). Una sociedad no tiene sustentabilidad social cuando "…ahora se detecta que el móvil para secuestrar no es simplemente económico sino

*Ponencia presentada en el Coloquio de la UNAM en 2009.

para causar dolor. Se presenta un modo de operación en el que a las víctimas de secuestro se les tortura y asesina. Esto es, independientemente de si se paga el rescate".[1]

Se analiza cómo los pocos avances económicos y los cambios políticos han llevado a un deterioro generalizado de las normas sociales de convivencia y de ética pública, desde el encubrimiento de los narcotraficantes hasta la aceptación de la pederastia y la corrupción económica del padre Maciel. Pero están en marcha procesos sociales que provocan desequilibrios psicosociales graves que se manifiestan en los aumentos de asesinatos inhumanos, feminicidios, drogadicción, violencia doméstica y suicidios entre los jóvenes, sobre todo las jovencitas, como se verá en el análisis. En este artículo se da una visión de conjunto de estos procesos para terminar proponiendo las medidas que se requieren para restaurar la paz social y el bienestar psicosocial de los mexicanos.

En general, los analistas señalan que las políticas de libre mercado en América Latina han logrado pocos avances económicos y sociales.[2] Dicho análisis lo constatamos en el Comité de Políticas de Desarrollo del Consejo Económico y Social de Naciones Unidas, del que esta autora es miembro. En los países en los que las estructuras políticas favorecieron el aumento de la desigualdad económica, como en México, creció la concentración de riqueza, la generación de monopolios, duopolios y oligopolios, el desempleo y la precarización del empleo. Ésta es la explicación necesaria de la violencia pero no suficiente. La explicación suficiente tiene que ver con la destrucción de la sociedad agraria, la imposición de nuevas vulnerabilidades a las mujeres, el abandono de la educación pública y la lealtad cívica, la pérdida de las identidades políticas y nacionales y la debilidad del Estado para enfrentar una criminalidad organizada a nivel internacional.

Lo que hay que explicar es cómo se trasladó la violencia de la desigualdad económica, el desempleo y la precarización del empleo hacia una cadena de violencias, desde la violencia contra las mujeres hasta la más deshumanizada criminalidad, incluso contra los migrantes centroamericanos.

[1]Entrevista a Alejandro Desfassiaux, presidente del CNSP. México, *La Jornada*, 7 de diciembre de 2010, p. 11.

[2]Entre muchos otros autores, N. Birdsall, A. de la Torre y R. Menezes (2008). *Fair Growt*, Washington, Center for Global Development. Lo confirman los documentos del Comité de Políticas de Desarrollo, del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de Naciones Unidas (UNDESA), Comité del que es miembro L. Arizpe.

De la violencia del modelo de desarrollo a la violencia criminal

El desarrollo capitalista, se sabe bien, produce "ganadores" y "perdedores", pero el Consenso de Washington los ha producido en forma "salvaje".[3] En México hemos acabado perdiendo todos. Los "ganadores", por tener que vivir rodeados de guardias y estar expuestos a los secuestros y asesinatos de sus familiares; y los "perdedores", en tanto obligados a convivir cada día con la exclusión y la violencia.

Las repercusiones de esta pérdida de sustentabilidad social, cuyas cifras se incluyen más adelante, son sumamente preocupantes: por una parte, un aumento generalizado y sin precedentes del narcotráfico, los feminicidios, la drogadicción, los secuestros, la violencia contra las mujeres, el tráfico de personas; por otra, un incremento de suicidios y de intentos de suicidios, en la población y entre las jovencitas en particular; un incremento de los embarazos entre ellas, con índices también de mayor número de divorcios y de inestabilidad de las familias.

De estos síntomas, hay que distinguir entre los que ocurren por efecto del modelo de desarrollo, por ejemplo, el aumento de divorcios por la individuación que produce la participación en el mercado; los que ocurren por incapacidad de los gobernantes, por ejemplo, la expansión sin precedentes del narcotráfico; y los que se agravan por la contradicción entre las políticas neoliberales y las políticas neoconservadoras aplicadas ambas al mismo tiempo en los gobiernos panistas. Las políticas económicas de libre mercado provocan la individuación y la descomposición familiar, pero las políticas ideológicas neoconservadoras insisten en fortalecer una familia patriarcal ya imposible para los estratos con mayor desempleo, precarización del empleo y en la informalidad. El éxito del desarrollo en el libre mercado depende de una alta educación, sobre todo para las mujeres, pero las políticas neoconservadoras han dejado en el abandono la educación pública y sólo dan énfasis al rol doméstico de las mujeres, con lo que le crean una disonancia cognitiva a las mujeres y, sobre todo, a las jovencitas.

[3]Hacia finales de los años ochenta, las políticas de ajuste estructural establecieron diez metas que llegaron a ser conocidas como el Consenso de Washington, cuyo planteamiento de base consistió en abrir las economías a la inversión y a la influencia de las políticas de desarrollo de las instituciones de Bretton Woods, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

Es notorio el aumento entre las jovencitas de embarazos juveniles, la deserción escolar e incluso el suicidio.

Es importante destacar, también, que el deterioro en la sustentabilidad social afecta, de manera decisiva, al propio desarrollo económico de México. Basta un ejemplo para señalarlo: de acuerdo con el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la pérdida en desarrollo humano sustentable por la discriminación contra la mujer, asociada a la precarización del trabajo, el aumento de la pobreza y la violencia, representa 2.72 por ciento del PIB (PNUD, 2009).[4] De haberse invertido el dinero que se está gastando en acciones punitivas hacia las criminalidades en programas de apoyo económico y social a los grupos menos beneficiados con el desarrollo, no se habría creado esta pérdida de sustentabilidad social.

Ante este panorama urge hacer un análisis integral, basado en datos verdaderos para impedir que este proceso se perpetúe en las próximas generaciones. Como se demuestra a lo largo de este trabajo, resulta fundamental considerar la reproducción social como parte integral del desarrollo de México. Tal y como sucede en los países más desarrollados, es preciso negociar una economía social —con resultados tangibles en países como Suecia y Alemania—, o bien formular y dar preponderancia a una política explícita de "armonía social" en la convivencia política y social, como ocurre en China y otros países emergentes. A continuación se hacen algunas propuestas para impulsar este debate en México.

Propuestas para restaurar la sustentabilidad social

El análisis integral de este artículo permite hacer las siguientes propuestas primordialmente para detener el deterioro social, en el entendido de que se trata, por lo pronto, de detener la generalización de la violencia y el que perdure en las generaciones más jóvenes. Habría que hacer un análisis más amplio para verdaderamente reconstruir la sustentabilidad social en las condiciones actuales para evitar que la violencia de la desigualdad económica, el desempleo y la precarización del empleo propiciados por las políticas económicas y la ausencia de canales políticos de expresión contra

[4]Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, "Indicadores de desarrollo humano y género en México: 2000-2005", México, 2009. Disponible en www.undp.org.mx.

las injusticias y las nuevas vulnerabilidades, no se transformen en violencia brutal, física y psíquica.

Con fundamento en este análisis preliminar se proponen las siguientes acciones para restaurar la sustentabilidad social en México:

1. Cambiar el punto de partida del pensamiento en torno al desarrollo. México no es una economía, es una sociedad, y como tal requiere de una política de desarrollo que comprenda de forma integral una línea de acción económica y una línea de acción social, con un vigoroso apoyo, sin favoritismos, a las asociaciones ciudadanas. Todo ello manejado por una administración política que lleve a todos los actores a negociar un desarrollo compartido.
2. Atacar las causas del deterioro social con acciones de alta política, lo que implica: *a)* reconstruir la vocación del Estado para servir a todos los mexicanos, sin favoritismos políticos ni religiosos, considerando como actores principales del desarrollo a todas las empresas económicas y sociales y no sólo a las que acumulan privilegios económicos, favores políticos y la permisividad del gobierno para abusar de los consumidores, y *b)* reconocer que el desarrollo comprende dos procesos coevolutivos: el crecimiento de la producción económica y el cuidado de la reproducción social, sin la cual, como ha quedado de manifiesto en la última década, todos los mexicanos acabariamos siendo rehenes de la violencia.
3. Impulsar desde el Estado un profundo proceso de negociación y corrección que detenga las causas y los detonantes, y no sólo los síntomas de la violencia. Para ello se debe reconocer que la desigualdad, la exclusión, la imposición de una nueva sumisión a las mujeres, el abandono de la sociedad agraria y la inacción frente a los graves delitos en torno a las migraciones son formas de violencia en sí mismas, que tarde o temprano van acumulando rencores y desesperación que se traducen en una deshumanización en el trato con nuestros semejantes.
4. Volver a impulsar en México un pensamiento propio, adaptado y de vanguardia, sobre el desarrollo, como ocurre en los principales países emergentes, con propuestas propias, que puedan permitir una negociación de los ajustes necesarios a los proyectos elaborados por el

Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. En particular, México debe adherirse a las nuevas corrientes internacionales que ya abogan por ajustes al modelo de desarrollo económico y a las redes de investigación que ya trabajan sobre modelos nuevos de desarrollo.

5. Dejar atrás una visión doctrinal de gobierno que, al no poder analizar sino enjuiciar, sólo concibe acciones punitivas contra las conductas ilícitas para concentrarnos en un análisis político, científico e intelectual que desmantele la constelación de factores que provocan tales conductas y así lograr acciones aptas y eficaces contra ellas en todos los campos.
6. Revertir el abandono, la exclusión y el divisionismo propiciados en las comunidades campesinas y en los barrios pobres de las ciudades por parte de los gobiernos federales en la última década, lo que ha dado lugar a un crecimiento exponencial de las bases de efectivos en los que se apoyan los narcotraficantes. Hacer eficaces a los cuerpos de seguridad del Estado para que no sean sustituidos por los cárteles de narcotraficantes en muchas regiones del país.
7. Reconocer y generar conciencia en torno a las nuevas vulnerabilidades de las mujeres por: *a)* la pérdida del poder adquisitivo del salario, el desempleo, la precarización del empleo y la saturación de la informalidad; *b)* el aumento del trabajo familiar y doméstico por la retracción de los servicios sociales provistos por el Estado, la prevalencia de la inseguridad, y las nuevas enfermedades provocadas por sustancias químicas en los productos de consumo, y *c)* el incremento de la violencia contra las mujeres por parte de sus cónyuges o cuerpos de seguridad, propiciado por la impunidad generada por los gobiernos y los poderosos, sobre todo en relación con los feminicidios. En este mismo punto es preciso también poner un alto a las políticas neoconservadoras de la extrema derecha que impulsan la discriminación de las mujeres en todos los órdenes y que sólo aumentan su precarización laboral, su indefensión frente a la violencia y su angustia moral al no poder cumplir con lo que exigen los valores doctrinales, ajenos al mundo actual.
8. Reconstituir una visión de Estado que refrende la pertenencia a una misma sociedad para todos los ciudadanos que habitan en México, que garantice efectivamente las libertades y las garantías individuales, y que brinde a los jóvenes en particular un marco de referentes colecti-

vos y un proyecto de futuro. En paralelo, crear una nueva percepción de la política, según la cual los grupos de ciudadanos pueden disentir entre sí, aunque compartiendo en forma colectiva los procesos de la sociedad.

En suma, hay que reconstruir una visión de justicia e igualdad que se oponga a los intereses particulares, a la imposición por la ausencia de canales políticos de negociación, a la discriminación disfrazada de doctrina religiosa, a los abusos por la indefensión en que se coloca a los indígenas, a las mujeres y a los jóvenes. Este cambio de visión y de políticas de desarrollo podría restaurar un camino negociado hacia el futuro.

Para explicar la violencia, se han formulado públicamente respuestas que provienen más de una visión moralista, ajena a la realidad, que de un análisis de las espirales de desesperación y venganza. Se requiere, más bien, responder a la siguiente pregunta: ¿por qué tantos mexicanos se han vuelto tan violentos en la última década? Para ello, el presente trabajo se centra en la transducción de tres procesos: *1)* de la destrucción de la sociedad agraria a la expansión del narcotráfico; *2)* de las nuevas vulnerabilidades de las mujeres a la descomposición social, y *3)* de las promesas de libertad traicionadas a la pérdida de la convivencia solidaria. A continuación se describen las principales tendencias de los tres procesos con base en datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), otros estudios y el propio trabajo de campo de la autora en el estado de Morelos.

La violencia de la desigualdad económica y la exclusión

En el informe "México frente a la crisis: hacia un nuevo curso de desarrollo", de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), se hace un diagnóstico de la falta de desarrollo asociada al modelo del Consenso de Washington (UNAM, *ibid.*). A dicho diagnóstico se suman los resultados del Índice de Competitividad 2010 del Foro Económico Mundial de Davos, Suiza, según el cual "particularmente, el sistema de educación superior y formación laboral tan pobre, en la posición 79, parece no producir una fuerza laboral lo suficientemente preparada, sin científicos ni ingenieros

suficientes para que haya un impulso considerable en tecnología e innovación".[5] Y, tal como lo ha reiterado José Narro, rector de la UNAM, el rezago en educación, ciencia y tecnología coloca a México en el último lugar entre los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) en cuanto a mediciones críticas para la construcción de la sociedad del conocimiento. Datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), junto con otros estudios, confirman también que México es de los pocos países en América Latina en los que no ha disminuido sustancialmente la pobreza y, en cambio, ha seguido aumentando la desigualdad económica.

En 2000, en Davos en sesiones en las que estuvo presente esta autora, Vicente Fox afirmó que había que darle continuidad al modelo de desarrollo; dos días después, Lula da Silva, al igual que otros presidentes de América Latina, declaró que debía cambiarse el modelo de desarrollo. Hoy, en el ámbito internacional se asegura al unísono que el Consenso de Washington está muerto. Según explica Richard Jolly (2010), ex director del Instituto de Estudios del Desarrollo de la Universidad de Sussex, Inglaterra, las metas del Consenso de Washington eran "consistentes con una perspectiva neoliberal de la economía pero no necesariamente se derivaban de ella. Más bien, representaban los intereses y las políticas de los países industriales, en especial los Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania y Japón". En su comparecencia ante el Senado de Estados Unidos, Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal, se refirió a su ideología del libre mercado en estos términos: "Cometí un error al suponer que los intereses propios de las organizaciones, específicamente bancos y otros, eran tales que resultaban los más capaces para proteger a sus accionistas y sus intereses en las empresas".

En el Comité de Políticas de Desarrollo del Consejo Económico y Social de Naciones Unidas advertimos desde 2004 sobre los riesgos de la "financiarización" del desarrollo económico y los efectos de la desigualdad y la exclusión social en América Latina. La CEPAL confirma que esta última tendencia sigue siendo alta y persistente en América Latina. En el caso concreto de México, no se ha logrado descender el índice de Gini, que mide la desigualdad, algo que sí se ha logrado en Brasil.

[5]Foro Económico Mundial, "Global Competitiveness Report 2010-2011". Disponible en www.weforum.org/documents/GCR10.

Es importante mencionar que en los debates internacionales sobre desarrollo están resurgiendo las discusiones sobre la economía mixta, el tercer sector y los modelos sociales de la economía. Resulta punzante que estos conceptos sean ahora traídos a México por la vía internacional, siendo que de los años ochenta hasta los noventa fueron centrales en todas las discusiones sobre desarrollo en nuestro país. No obstante, a partir de la imposición de las políticas de liberalización específicas del Consenso de Washington, todos estos conceptos fueron radicalmente excluidos de los debates y de los departamentos de economía de las principales universidades de países desarrollados.

De la destrucción de la sociedad agraria a la expansión del narcotráfico

Desde 1994, año de entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), hasta 2005, el gasto del sector público en el desarrollo agropecuario y la pesca en México descendió 54.7 por ciento —si bien registró una muy ligera alza en los años posteriores—. En 2005, el crédito agropecuario del gobierno representaba sólo 12.6 por ciento de lo que se había otorgado en 1994.[6] El TLCAN, tal y como se había pronosticado, también llevó a la quiebra a las pequeñas unidades productivas del campo mexicano, las cuales, más allá de su importancia en términos económicos, forman parte de un tejido social y político milenario, que le ha dado a México una identidad histórica sobresaliente en el ámbito mundial.

Luego de la quiebra de las familias campesinas, las jovencitas y jovencitos campesinos tuvieron frente a sí cuatro opciones: el trabajo asalariado como jornaleros, la educación, la migración hacia Estados Unidos y el narcotráfico. La primera opción ha seguido vigente, aunque con un deterioro en los salarios y de las condiciones laborales, tal como explican trabajos recientes.[7]

Muchas familias campesinas hicieron el esfuerzo de financiar la educación universitaria de alguno de sus hijos y, también ahora, de sus hijas —la segunda opción—. Pero los recién graduados se encontraron al final del camino con que no pueden competir con los graduados urbanos, además de que se toparon con otra realidad: el hecho de que no se crearon

[6]Banco de México.
[7]Entre muchos otros autores, los de Sara Lovera y Hubert Gramont.

nuevos empleos, ni siquiera en sus especialidades —por ejemplo, veterinaria y agronomía—, en otras zonas rurales y que el alto desempleo y subempleo los excluyó de cualquier posibilidad de movilidad económica y social. Las nuevas empresas agroindustriales, muchas de ellas transnacionales, prefieren traer a sus empleados de otras partes. Y las pocas empresas creadas por los migrantes son en su gran mayoría muy pequeñas como para absorber al gran número de jóvenes que buscan empleo.

Como es sabido, la opción de migrar, hacia las ciudades del país con la esperanza de encontrar empleos decentes o mejores fuentes de ingreso, ha sido cada vez más limitada a medida que se ha ido saturando el sector informal en esas ciudades mexicanas. En tanto, el cierre de la frontera con Estados Unidos y la repatriación de migrantes indocumentados, aunque no anulan por completo la posibilidad de migrar, sí la convierten en un proceso delictivo, cuyo trayecto está erizado de oportunidades frustradas y peligros reales.

La pregunta, entonces, es: ¿qué opciones tienen hoy en día los jóvenes rurales, incluidas desde luego las jovencitas, puesto que ellas también han aumentado sus aspiraciones a la par de los varones? En este sombrío proceso de derrumbe de la sociedad agraria, el camino es, claro está, el narcotráfico.

Dicho de una manera esquemática, a partir de 2000, cuando los campesinos ya no tuvieron ni apoyo del gobierno ni crédito agropecuario para cultivar, fueron los narcotraficantes quienes invirtieron en sus campos. Cuando necesitaron apoyo para insumos agrícolas adicionales —o si les iba mal en el cultivo—, fueron los narcotraficantes quienes les renovaron el crédito, como también fueron ellos quienes organizaron los equipos para cosechar, transportar y comercializar los cultivos; quienes, ante la pérdida de servicios sociales del Estado y ante la indiferencia de los gobiernos, empezaron a hacer pequeñas inversiones en mejoras para los pueblos de algunas regiones, ya sea en forma de pozos y agua potable, pavimentación de las calles o fiestas; quienes prestaron dinero a las familias en caso de una enfermedad grave, un accidente o un deceso, y así sucesivamente. En consecuencia, y ante la ineptitud política y policial de los gobiernos, en muchas regiones los narcotraficantes se convirtieron en los caciques y agentes que brindaban protección y seguridad. Sin duda, a este proceso contribuyó también el debilitamiento de las organizacio-

nes tradicionales agrarias y ejidales o su acallamiento por motivos políticos. Si un presidente responde a la petición de un ciudadano con un "¿Y yo por qué?", como lo hizo Vicente Fox, es entendible que los narcotraficantes se arrogaran el imperio de la ley en distintas regiones del país. Y, lo que es más grave aún, que los propios narcotraficantes sustituyeran al Estado en las tareas de protección y seguridad. Ya después todo se complicó cuando el narcotráfico se convirtió en algunos casos en el brazo armado de la política.

La violencia del desempleo y la precarización del empleo

De acuerdo con un estudio de Ciro Murayama (2006), el inicio de este siglo se ha distinguido por el estancamiento económico. La tasa de desempleo se duplicó de 2000 a 2006, al pasar de 1.60 a 3.2, y se elevó hasta 5.17 por ciento en 2009 (Murayama, 2010, pp. 71-85). Asimismo, entre 2003 y 2010, el poder adquisitivo del salario registró una pérdida de 51 por ciento (*ibid.*).

Por su parte, en un estudio reciente, Norma Samaniego (2010, pp. 25-29) calcula que el número de desempleados en México ascendió a 2.5 millones en 2010. La autora se refiere también a la precarización del empleo, caracterizada por una falta de acceso a la seguridad social y la percepción de salarios inferiores a los puestos de trabajo perdidos, ya sea porque los ingresos provienen de empresas más pequeñas o abiertamente informales o por el hecho de que los contratados están sujetos a una jornada laboral parcial (Samaniego, *op. cit.*, p. 70).

Es importante anotar que hay más mujeres que hombres en los empleos informales poco productivos y mal remunerados. De hecho, la crisis no está golpeando a ellos y a ellas por igual. De acuerdo con Saúl Escobar Toledo, el empleo ha caído más entre los hombres que entre las mujeres (Escobar Toledo). Esto es así porque, ante el desempleo de los varones, cada vez son más las mujeres que están siendo obligadas a desempeñar un trabajo remunerado. En su estudio, Escobar añade que "la feminización de la ocupación motivada por la crisis no es buena noticia, porque […] junto con esta tendencia se advierte una precarización mayor del empleo, es decir, una pérdida de calidad de las ocupaciones remuneradas" (*ibid.*). En el periodo estudiado, más mujeres que hombres aceptaron un empleo

sin un contrato por escrito, fuera temporal o por tiempo indefinido. Esta nueva vulnerabilidad de las mujeres afecta directamente a sus familias.

Samaniego señala otro punto muy importante: en materia de empleo, la crisis ha golpeado al país en el peor momento demográfico. De hecho, se ha esfumado el "bono demográfico", es decir, el impulso que los jóvenes habrían dado al desarrollo económico (Samaniego, *op. cit.*, p. 50). La informalidad se ha saturado y es hoy una válvula de escape cerrada. Ante esta nueva realidad, muchos jóvenes han regresado al campo. Pero, en esta ruralidad sin agricultura, han buscado un empleo no agrícola sin encontrarlo, como lo demuestra el trabajo de campo de la autora de este artículo.[8] Lo anterior incluye a las jóvenes, quienes, después de haber cursado estudios superiores, no han encontrado empleo ni en la ciudad ni en el campo.

Ni estudio ni trabajo: la situación de los jóvenes

Una realidad muy preocupante con miras al futuro, analizada en el estudio de Saúl Escobar Toledo (*op. cit.*, p. 85) y muy discutida recientemente, es la situación de los jóvenes en relación con el empleo. Del total de desempleados en 2008, 57 por ciento eran jóvenes, y esta tendencia ha continuado en los dos últimos años. Sin acceso al empleo o a centros de educación media o superior —ya que el gobierno actual apoya la educación privada pero no la pública—, esta gran población de "ni-nis" augura tiempos difíciles. La sustentabilidad social de un país depende de que los jóvenes estudien y desarrollen sus capacidades. Una vez que se pierde esta posibilidad, es sumamente difícil revertir las conductas a las que han dado pie la exclusión y la pobreza.

Tampoco es admisible lo que declaró nada menos que el secretario de Educación Alonso Lujambio, al tratar de minimizar el alto número de jóvenes desempleados en el país. Señaló que las jovencitas entre los 13 y los 19 años no estaban desempleadas porque "realizan trabajo doméstico". No sólo acepta de buen grado que no estudien sino que, además, considera que es lícito que en vez de estudiar realicen labores domésticas. Es esta

[8]El trabajo de campo, realizado de 2004 a 2010 en el nororiente del estado de Morelos, se enfocó inicialmente en las migraciones.

visión del gobierno neoconservador la que les está creando una disonancia a las jovencitas, pero además las sume en la ausencia de educación, con todo lo que ello significa para su futuro como personas pero también como futuro para México. En efecto, todos los estudios han demostrado que la vía más rápida para desarrollar un país es la educación de las mujeres. En este caso, esa visión y esa política de propiciar el retraso educativo de las mujeres es una fórmula para impulsar otra vez el subdesarrollo del país.

Las nuevas vulnerabilidades de las mujeres

Las condiciones anteriormente descritas —alto desempleo, precariedad de los empleos, saturación de la informalidad— afectan las capacidades de las mujeres para sostener la reproducción social de las familias y la sociedad. En especial, la dinámica de los "mercados diferenciados por género" (*gendered markets*) deriva en importantes diferencias en el acceso de las mujeres y hombres (Banco Mundial, 2001). El ejemplo más claro en este sentido es el de las maquiladoras, tal como se analizará más adelante.

Desempleo y precarización del empleo

Tal como se muestra en el cuadro siguiente, la participación económica de las mujeres se incrementó de 1995 a 2010. Esta tendencia es positiva entre las mujeres de estratos económicos altos. Sin embargo, en el caso de aquellas ubicadas en los estratos medios y bajos, la pérdida de calidad de vida y la precarización de los empleos en general indican más bien un descenso en las condiciones laborales y de vida. El porcentaje de la población femenina ocupada sin percibir ingresos ha disminuido casi a la mitad. Esto obedece —y así lo confirman los trabajos de campo de esta autora en zonas rurales— a que las mujeres se dedicaban antes a las labores agrícolas no remuneradas en la unidad agrícola familiar, mientras que últimamente han tenido que ocuparse como jornaleras o recurrir a la migración laboral.

Las mujeres en México 1995-2010. Economía

Indicador	*1995*	*2010*
Tasas de participación (por cien).	M 34.51 H 78.2	M 42.52 H 77.6
Porcentaje de población ocupada que no recibe ingresos.	M17.51 H12.4	M 9.62 H 7.7
Porcentaje de población ocupada que recibe 5 o más salarios mínimos.	M4.71 H8.3	M 6.52 H 10.1
Porcentaje de mujeres en la población jubilada total (2000 y 2010).	25.52	28.82
Porcentaje de mujeres en la población jubilada de 60 a 64 años (2000 y 2010).	25.52	36.72
Porcentaje de mujeres en la población jubilada de 65 y más años (2000 y 2010).	25.52	26.12

INMUJERES. Sistema de Información Estadística para Mujeres y Hombres. En: http://estadistica.inmujeres.gob.mx/formas/index.php# (13 de enero de 2011).

Fuentes: INEGI, Ocupación y empleo. En: http://www.inegi.org.mx/Sistemas/temasV2/Default.aspx?s=est&c=25433&t=1 (13 de enero de 2011).

Los feminicidios y las industrias maquiladoras

En la prolongada presencia de la maquila en el país, María Eugenia de la O Martínez (CIESAS) identifica tres ciclos diferenciados de participación femenina. El primero de ellos, ubicado en el norte y el noroeste de la frontera durante los años setenta y ochenta, se caracterizó por una alta contratación de mujeres jóvenes migrantes procedentes de zonas deprimidas del país. En 1980 era posible observar que por cada 100 mujeres obreras, 30 hombres eran contratados para ocupar el mismo puesto. El segundo ciclo inició a finales de los años ochenta y estuvo marcado por una "desfeminización" del empleo en la maquila, con la contratación creciente de varones. Para enero de 1990, las mujeres constituían 60.7 por ciento del total de los obreros, y este porcentaje descendió a 53.8 por ciento en 2005.[9] Por último, a partir de los años noventa se observó una acelerada desfeminización del empleo en la región maquiladora centro-norte y una expansión de las

[9]http://dgcnesyp.inegi.gob.mx/cgi-in/bdieintsi.exe/NIVJ150002000300050005#ARBOL?c=1414

maquiladoras hacia el occidente y centro del país, así como hacia la península de Yucatán.

De acuerdo con una encuesta realizada en las ciudades fronterizas con influjo de migrantes provenientes del centro y sureste de México, el TLCAN fracasó en crear empleos en las comunidades de origen.[10] Al preguntarles a los migrantes acerca de su situación en 2009 en comparación con 1993, 62 por ciento respondió que ésta era "peor", contra 24 por ciento que la calificó de "mejor" y 15 por ciento que la consideró "igual" (Fleck, 2001).[11]

En resumen, el programa de las maquiladoras en la frontera inició con la contratación de hombres. Poco después se inclinó más por las jovencitas porque éstas aceptaban salarios más bajos, eran más dóciles, no se sindicalizaban y podían ser despedidas sin mayor problema en caso de embarazo. Posteriormente, al cambiar el tipo de maquiladoras, se regresó a la contratación de hombres. La pérdida de sustentabilidad social fue el resultado de estos cambios. Las obreras despedidas, migrantes en su mayoría, se quedaron a vivir en la frontera en condiciones muy precarias, por lo que sus hijos crecieron en entornos de pobreza, inestabilidad y violencia. Las maquiladoras se desentendieron de la situación, al igual que los gobiernos, que han sido totalmente ineficaces para aportar soluciones. El constante trasiego de migrantes y droga detonó una serie de asesinatos contra las mujeres, los llamados "feminicidios" que tanto han indignado al mundo. A ello se agrega la oleada de muertes sin sentido a causa de los enfrentamientos entre ejército, policía, narcotraficantes y otros criminales. Esta tragedia continúa como evidencia de lo que el capitalismo salvaje, la impotencia gubernamental y la complicidad de los poderosos pueden generar.

La feminización de la migración internacional

Se calcula que cerca de 2.4 millones de mexicanas trabajan actualmente en Estados Unidos, por lo que debe tenerse presente, como lo estableció el Instituto Nacional de las Mujeres (2010), "la extrema vulnerabilidad en la que se encuentra la población migrante, en especial las mujeres y niñas y

[10]Informe "Seis años del TLC: una perspectiva desde dentro de las maquiladoras". La versión en inglés fue incluida en el libro *Women and Globalization*, publicado en 2004.

[11]Véase también http://www.cfomaquiladoras.org/libre_comercio_ytrabajador.html

niños por la discriminación que padecen, los riesgos que enfrentan y la falta de acceso a sus derechos". Por lo tanto, es "necesario instrumentar medidas por sexo y grupo etario en un marco de corresponsabilidad".

En los últimos 15 años, la feminización de la migración internacional[12] ha estado vinculada con el crecimiento de la "economía del cuidado" en los países desarrollados, en donde las mujeres requieren apoyarse en el trabajo doméstico remunerado que proporcionan las migrantes, en especial para el cuidado de los ancianos, los enfermos y los niños. Como resultado de este fenómeno, en las comunidades latinoamericanas que envían mujeres migrantes a los países desarrollados se ha registrado un "déficit de cuidado", producto también de la reducción de los servicios sociales del Estado y el desempleo.

Por otra parte, debido a la crisis económica, las mujeres migrantes han enfrentado una profundización de la desigualdad de beneficios laborales en Estados Unidos, si bien esto varía en intensidad dependiendo del sector en el que trabajan. Al igual que en crisis anteriores, las migrantes han tenido menos protección para hacerle frente a las dificultades de índole económica.

A las condiciones laborales y de vida más precarias se suma la discriminación en el mercado y la escasa protección de sus garantías individuales como mujeres. El ejemplo extremo es, justamente, el de las obreras de las maquiladoras a lo largo de la frontera, con consecuencias funestas en esas zonas: feminicidios, desorganización social, violencia y criminalidad.

La expansión de la trata de personas

Una nueva faceta de la migración de mujeres es la expansión de la trata de personas. Son cada vez más las jovencitas atrapadas en las redes de la industria del "entretenimiento" (bares con *table dance*, cabarets, etcétera) y de la prostitución.

Mediante acciones dinámicas, las mujeres legisladoras y sus compañeros lograron en 2007 que en México se expidiera la Ley para Prevenir y

[12]El concepto de feminización de la migración debe tomarse con cautela. Si bien la migración femenina internacional llegó a su punto más alto en los años noventa, el *stock* de mujeres migrantes se ha mantenido estable en las tres últimas décadas. Véase International Organization for Migration (2009), "Global Estimates and Trends", disponible en http://www.iom.int/jahi a/Jahia/about-migration/facts-and-figures/global-estimates-and-trends

Sancionar la Trata de Personas. Y por decreto presidencial, el 6 de enero de 2011 se creó el programa nacional para atender este grave problema.

En 2010, la Secretaría de Gobernación indicó en un comunicado de prensa que en México hay casi 1.2 millones de víctimas de trata, con lo que el país se coloca en el deshonroso quinto lugar latinoamericano. La Coalición Contra el Tráfico de Mujeres y Niñas en América Latina y el Caribe (CATW-LAC) ha reportado que de cada diez víctimas de este delito, mujeres en su gran mayoría, al menos dos son menores de edad. También ha señalado que en los últimos años, ¡en México ha habido un aumento de mujeres y adolescentes provenientes de Rusia y Bulgaria que son explotadas, sobre todo sexualmente!

Inseguridad y ampliación de la violencia

El porcentaje de hogares cuyos jefes de familia son mujeres aumentó de 17.8 por ciento en 1995 a 23.1 por ciento en 2010.[13] Este incremento se atribuye a la separación por motivos económicos o de violencia física, a la migración de los esposos o a la muerte de los varones en las familias. Sobre este último punto hay que preguntar lo que nadie ha preguntado: ¿cuántos de los 34 mil muertos por el narcotráfico dejaron viudas, madres o hermanas en el desamparo? ¿Se ha encargado el gobierno siquiera de documentar esta situación? ¿Cómo viven ahora estas mujeres?

Por otra parte, el Instituto Nacional de las Mujeres indica que el tiempo destinado por las mujeres a las actividades domésticas aumentó de 38.3 horas en 2002 a 42.4 horas en 2009. En ese mismo lapso, las horas destinadas por los hombres se incrementaron de 8.6 a 15.2, lo que indica una ligera mejoría en el reparto de las labores domésticas, ya sea por un cambio de normas sociales o por necesidad. Y es que, a raíz de la crisis, las empresas han preferido emplear más a mujeres que a hombres.

Esta ampliación del tiempo para el trabajo doméstico tiene lugar en un momento en que las mujeres deben brindar más atención a los hijos y sus familiares por la inseguridad. Hay mayores peligros de drogadicción entre los jóvenes y de violencia en contra de las jovencitas. Ese tiempo destinado

[13]Instituto Nacional de las Mujeres. Sistema de Información Estadística para Mujeres y Hombres, disponible en www.estadística.inmujeres.gob.mx/formas/index.php#

al "cuidado", a la atención afectiva, a la preocupación, forma parte también de las tareas familiares. Por añadidura, son las madres y hermanas quienes están al frente de la familia en los casos de asesinatos o encarcelamientos y quienes deben mantener las relaciones parentales, familiares o comunitarias en esas condiciones de inseguridad y precariedad. Dicho de otra manera, la pobreza de hoy no es la misma que la pobreza tradicional. Hoy se ha teñido de sangre, coraje y desorganización social.

Se necesitan estudios profundos sobre el papel y la condición de las mujeres pertenecientes a las familias de narcotraficantes. Incluso algunas de ellas son jefas de cárteles o gerentes de las empresas del narcotráfico. La prensa deja ver que, al parecer, ellas pasan completamente por alto el daño que sus cónyuges y parientes causan al fomentar la drogadicción, los enfrentamientos violentos y los asesinatos deshumanizados. ¿Qué pasa ahí?

La violencia contra las mujeres también se ha incrementado en los últimos años. La encuesta nacional sobre la dinámica de las relaciones en los hogares, realizada en 2006, revela que 43.2 por ciento de las mujeres mayores de 15 años han sufrido violencia de pareja. De ellas, 46.6 por ciento son casadas o viven en pareja, 61.5 por ciento vivieron alguna vez en pareja y 26 por ciento son solteras. Podría inferirse que aquellas que vivieron en unión libre se separaron precisamente por la violencia del cónyuge. La violencia emocional es la que predomina, con 37.5 por ciento de los casos, seguida por la económica (23.4 por ciento), la física (19.2 por ciento) y la sexual (9 por ciento) (INEGI, 2006).[14]

En esta ampliación de la violencia, los temas más graves son, sin duda, los feminicidios y los asesinatos con saña entre los narcotraficantes, esto es, incluyendo violaciones y tortura. Esta pérdida del respeto fundamental hacia la mujer es gravísima y nunca había tenido esos alcances en México. A falta de explicaciones claras al respecto, sólo podemos conjeturar que esta destrucción moral proviene probablemente de un coraje convertido en furia por parte de hombres que han perdido toda capacidad de relación afectiva con las mujeres. Y que esta incapacidad se asocia con un retorno del machismo debido al patriarcalismo de la extrema derecha y a las graves distorsiones derivadas de un crecimiento personal psicosocial en con-

[14]Datos elaborados por el Instituto Estatal de la Mujer de Nuevo León.

diciones de pobreza, exclusión y brutalidad. Asimismo, según los reportajes en torno a este tema, se advierte la influencia de las películas y programas de televisión que muestran una falta de respeto y violencia extremos, sobre todo contra las mujeres, lo que lleva a los jóvenes a querer emular la fuerza bruta y la impunidad de sus héroes cinematográficos y televisivos. Desde los años noventa hay leyes que prohíben mostrar tales grados de violencia en muchos países europeos, especialmente en los nórdicos. Habría que añadir las nuevas leyes que se dicen de "defensa de la vida" y que vuelven más indefensas a las mujeres frente a las agresiones sexuales de los hombres.

La violencia contra las mujeres se inscribe en el contexto descrito por Eduardo Gutiérrez Guerrero en su estudio sobre la "producción de la violencia", publicado en 2010 (Gutiérrez, pp. 24-33). El panorama es gravísimo: el número de homicidios vinculados con el crimen organizado aumentó de 1,000 a 2,300 entre 2001 y 2007; posteriormente, con las intervenciones militares, hubo 5,207 ejecuciones en 2008, 6,587 en 2009 y quizás unas 11,800 en 2010. Gutiérrez enfoca su análisis en los detonantes de la violencia vinculada con el narcotráfico —ubicación, rezago social, calidad de vida y desarrollo humano, pandillas, ineficacia policial—, sobre todo en Ciudad Juárez, acentuando la espeluznante dinámica interna de las organizaciones de narcotraficantes (*ibid.*).

El autor, sin embargo, no profundiza en las causas de esta producción de la violencia, la cual se ha generalizado en el país y apunta hacia tendencias macropolíticas y económicas sostenidas por las decisiones gubernamentales en los últimos años. En su muy riguroso pero insuficiente estudio, Gutiérrez Guerrero tampoco se adentra en la reproducción de la violencia, que es el punto a resaltar en este artículo. En otras palabras, omite las condiciones en que crecen las niñas y niños, quienes a su vez habrán de reproducir patrones de conducta que se irán agravando debido a la inestabilidad y/o precarización del empleo —sobre todo para las mujeres— y el vacío político de contenidos e identidad que ofrezcan cohesión a la sociedad.

Es de esperarse que las organizaciones civiles contribuyan a esto último, pero su campo de acción es muy específico, ya que no les incumben las tareas de instrumentación judicial y policial o dirigirse al ejército para que haga lo que corresponda. Es decir, la movilización

ciudadana puede acompañar la lucha contra la inseguridad, pero no puede ejercer una legítima defensa policial ni convocar a todos, gobierno y ciudadanos, para hacerse cargo, juntos, de la vigilancia necesaria para detener la criminalidad.

Conclusiones

El grave panorama antes descrito muestra que los distintos fenómenos a través de los cuales se manifiesta una crisis social están insertos en procesos generales sin cuya comprensión no podrán revertirse los alarmantes riesgos que estamos enfrentando. Esas conexiones, todavía no bien analizadas, permiten responder, al menos en parte, por qué tantos mexicanos se han vuelto tan violentos en los últimos años y por qué la violencia ha terminado de manera tan brutal y tan masiva con los valores más primarios de respeto a la dignidad humana, la integridad y la corporeidad.

Con fundamento en este análisis preliminar se proponen las siguientes acciones para reconstruir la sustentabilidad social en México:

1. Cambiar el punto de partida del pensamiento en torno al desarrollo. México no es una economía, es una sociedad, y como tal requiere de una política de desarrollo que comprenda de forma integral una línea de acción económica y una línea de acción social, ambas equilibradas por una administración política que lleve a todos los actores a negociar un desarrollo compartido.
2. Ampliar y apoyar un conjunto de estudios, como ocurre en los principales países emergentes, con propuestas propias que permitan negociar los ajustes necesarios a los modelos y condicionamientos del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. En particular, México debe adherirse, al interior de esas mismas instituciones, a las nuevas corrientes que ya abogan por dichos ajustes.
3. Impulsar desde el gobierno un profundo proceso de negociación que detenga las causas y no los síntomas de la violencia y el grave deterioro social que afectan ya a todas las capas de la sociedad mexicana. Para ello se debe reconocer que la desigualdad económica y la injusticia social son formas de violencia en sí mismas y que se traducen en

una constelación de actividades violentas que, de no ser atendidas, van acumulando rencores que crecen hasta la deshumanización en el trato con nuestros semejantes.

4. Atacar las causas del deterioro social con acciones de alta política, lo que implica: *a)* reconstruir la vocación del Estado para servir a todos los mexicanos, considerando como actores principales del desarrollo a todos los grupos económicos —no sólo a los que acumulan privilegios económicos— y evitando que los funcionarios minimicen los graves problemas que enfrentan los ciudadanos, y *b)* reconocer que el desarrollo comprende dos procesos coevolutivos: el crecimiento de la producción económica y el cuidado de la reproducción social, sin la cual, como ha quedado de manifiesto en la última década, todos los mexicanos se privan de los beneficios del desarrollo.
5. Pasar de una visión doctrinal moralista, que enjuicia las situaciones y sólo puede concebir una salida en acciones punitivas contra lo que se juzga como conductas ilícitas, a un análisis político y científico que dé cuenta de la constelación de factores que provocan tales conductas, las cuales son muchas veces una defensa contra situaciones desesperadas, muy distintas de aquéllas claramente antisociales.
6. Revertir el abandono de las familias y comunidades campesinas por parte de los gobiernos de la última década, lo que ha dado lugar a un crecimiento exponencial de las bases de efectivos en los que se apoyan los narcotraficantes, y acabar con la ineficacia policial que convirtió a éstos en los sustitutos de los elementos de seguridad del Estado en muchas regiones del país.
7. Difundir y generar conciencia en torno a las nuevas vulnerabilidades de las mujeres: *a)* pérdida del poder adquisitivo del salario, desempleo, precarización del empleo y saturación de la informalidad; *b)* aumento del trabajo doméstico con la extensión de la inseguridad, la disminución de los servicios sociales provistos por el Estado y el incremento de la esperanza de vida de algunos miembros de la familia, especialmente cuando fungen como jefes de familia, y *c)* incremento de la violencia contra las mujeres por parte de sus cónyuges e impunidad propiciada por el gobierno y los poderosos en relación con los feminicidios. En este mismo punto es preciso también poner un alto a las políticas neoconservadoras de la extrema derecha que impulsan la

discriminación de las mujeres en todos los órdenes y que sólo aumentan su precarización laboral, su indefensión frente a la violencia y su angustia moral (al no poder cumplir con lo que exigen los valores doctrinales, ajenos al mundo actual).

8. Reconstituir una visión de Estado que refrende la pertenencia a una misma sociedad para todos los ciudadanos, que garantice efectivamente las libertades y las garantías individuales, y que brinde a los jóvenes en particular un marco de referentes colectivos y un proyecto de futuro. En paralelo, crear una nueva percepción de la política, según la cual los grupos de ciudadanos pueden disentir entre sí, aunque compartiendo por igual los derroteros de la nación.

Finalmente, la desigualdad económica, la indefensión del consumidor, la discriminación contra las mujeres y la exclusión de los indígenas y de los diferentes son también violencia. Y es que son esas violencias ocultas las que han llevado a la pérdida de la sustentabilidad social en México y a la detonación de las violencias físicas y la deshumanización en el trato entre las personas.

Fuentes consultadas

Arizpe, L. (1995), *On Social and Cultural Sustainability* en *Development*.

Banco Mundial (2001), "The Economics of Gender in Mexico: Work, Family, State, and Market", Washington, D.C., pp. 133-172.

Fleck, S. (2001), "A Gender Perspective on Maquila Employment and Wages in Mexico", en E. G. Katz y M. C. Correira (eds.), *The Economics of Gender in Mexico: Work, Family, State and Market*, Washington, The International Bank of Reconstruction and Development, pp. 73-133.

Instituto Nacional de las Mujeres. Comunicado de prensa 102, 17 de diciembre de 2010.

inegi. "Encuesta nacional de la dinámica de las relaciones en los hogares, 2006".

Jolly, R. (2010), "Employment, Basic Needs and Human Development: Elements for a New International Paradigm in Response to Crisis", in *Journal of Human Development and Capabilities*, Universidad de Sussex, Instituto de Estudios del Desarrollo (ids), vol. 11, núm. 1, febrero.

Murayama, C. (2006), "México 2000-2006: la economía estancada", en A. Sánchez Rebolledo, *¿Qué país nos deja Fox? Los claroscuros del gobierno del cambio*, México, Editorial Norma.

_____ (2010), "Juventud y crisis: ¿hacia una generación perdida?", *Economía UNAM*, núm. 20, mayo-agosto, pp. 71-85.

Samaniego, N. (2010), "El empleo y la crisis. Precarización y nuevas válvulas de Escape", *Economía UNAM*, vol. 20, mayo-agosto, p. 70. Véase también Universidad Nacional Autónoma de México, *Memorándum de política económica y presupuestal para 2011*, México, UNAM, pp. 25-29.

Universidad Nacional Autónoma de México (2010), *Hacia un nuevo curso de desarrollo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Capítulo 4

Los derechos humanos en su contexto*

En los últimos seis años, si bien se han llevado a cabo algunas acciones institucionales sobre derechos humanos y contra la discriminación, estas medidas se han visto arrinconadas por la profundización del desempleo, la desigualdad económica, el éxodo hacia los Estados Unidos y la renovación de la cultura del abuso del poder, ahora con otros actores. Se requiere un nuevo impulso que consolide una verdadera transición democrática, con derechos humanos y libertades públicas afianzados en el marco del Estado. Un Estado en el que haya equilibrio entre autoridad y libertad, y una cultura de igualdad, respeto y dignidad para todos los mexicanos.

En esta ponencia quisiera retomar brevemente lo propuesto por la Comisión de Estudios para la Reforma del Estado en la que tuve el honor de presidir la Mesa sobre Derechos Humanos y Libertades Públicas, analizando algunos puntos que inciden en este campo a la luz de discusiones internacionales actuales.

En el año 2000, entusiasmados con la posibilidad de cambio, y bajo el muy activo liderazgo de Porfirio Muñoz Ledo, trabajamos en la Comisión bajo la premisa de que una persona sólo se constituye en ciudadano de una nación vigorosa cuando tiene asegurada la libertad de vida, de conciencia y de expresión que le dan razón de ser. Por ello, reconocemos los derechos humanos y las libertades públicas como el fundamento sobre el cual se erigen todos los derechos que rigen la vida pública. Acordamos, como marco ordenador de los derechos humanos, introducir en el texto constitucional un capítulo relativo a los derechos humanos. Estipular y definir la supremacía de los derechos humanos, así como su carácter universal en sus dos dimen-

*Obra inédita.

siones: exigibles por todos estudios indivisibles y dependientes entre sí, asumiendo la definición de Naciones Unidas. Elaborar cuerpos normativos que garanticen la aplicación de los artículos más relevantes de la Constitución. Y promover las reformas conducentes para la internalización del contenido de los Tratados Internacionales en nuestro orden jurídico; esto es, la conversión de estos compromisos en leyes internas.

La propuesta de la Comisión incluyó recomendaciones específicas sobre derechos humanos pero también derechos civiles y políticos, derechos económicos y sociales, y derechos ambientales, culturales y de los migrantes. Me parece a mí que aquí hay ya un camino andado que, además de revisarse a la luz de acontecimientos recientes, ahora requeriría de un trabajo conjunto de acuerdos políticos y sociales que lleven a elaborar cómo se pueden desarrollar. Para lograr, como decíamos en la conclusión "...el sueño perseverante de querer vivir con libertad en un Estado de derecho y con alegría en una sociedad de animada convivencia" (*op. cit.*).

¿Cómo evalúo, a seis años de distancia, la necesidad de realizar estas acciones? Diría que si en ese entonces eran urgentes esas acciones, hoy se acercan a estado de emergencia. Y lo afirmo basándome en gran medida en el trabajo de campo de varias semanas que acabamos de realizar en una zona rural cercana a la Ciudad de México en la que, como en tantas otras zonas rurales y urbanas de México, la migración hacia los Estados Unidos se está volviendo masiva (Arizpe, 2000). Lo que nos quedó claro es que no habrá muro que la detenga. Y que el costo para México será irreversible: no habrá vialidad ni económica ni social ni cultural en las regiones rurales, ni tampoco en las zonas urbanas en las que el desempleo y sus secuelas destruyen toda viabilidad económica y social. La falta de oportunidades de empleo pero también de seguridades frente a condiciones de trabajo, frente a abusos y corrupción de algunos funcionarios, frente al asesinato impune, y, las mujeres frente a la violencia doméstica y la violación, conforma un cuadro que perpetúa el atraso y falta de desarrollo que caracterizan a esas regiones.

Por ello afirmo que los derechos humanos están estrechamente relacionados con del desarrollo económico, el avance democrático y la libertad cultural. En esta breve ponencia me referiré únicamente a tres puntos que se discuten actualmente a nivel internacional que inciden en la relación entre derechos humanos, Estado y desarrollo.

Primero, en la última década se ha hecho evidente la incongruencia entre políticas económicas y el discurso de los gobiernos a favor de los derechos humanos y civiles. La ciencia social actual muestra cómo, al enmarcar los fenómenos en marcos sumamente estrechos, se excluyen otras dimensiones de la realidad que pueden alterar por completo el curso de ese fenómeno. Por ejemplo, no se puede encumbrar una política de defensa de los derechos de los indígenas y al mismo tiempo sostener una política agrícola que destruye la base económica de sus comunidades; no se puede realzar una política de defensa de los derechos humanos cuando se impulsa una política de bajos salarios, degradación de condiciones laborales y precarización de las pensiones para gente de la tercera edad.

En efecto, la Comisión Mundial sobre las Dimensiones Sociales de la Globalización, auspiciada por la OIT, en su informe presentado en 2004, lo señaló a nivel internacional. Al confirmar con cifras el alarmante crecimiento de las desigualdades económicas tanto al interior de los países —incluso los países desarrollados— como entre los países, expuso la urgencia de que se logre una coherencia en las políticas impulsadas por el FMI y el Banco Mundial. Esa misma coherencia tiene que exigirse de los gobiernos nacionales.

El segundo punto es que, ante los desequilibrios creados por la globalización neoliberal, el Consenso de Washington ya está siendo rebasado por los consensos de Chile, de Barcelona y de Beijing y las demandas del Foro Mundial Global. Entre otros puntos, hay un regreso a la discusión sobre el papel del Estado en distintos ámbitos. En efecto, no pueden discutirse los derechos humanos sin un Estado de derecho fuerte que pueda sostener las acciones en su defensa. Nuevamente, se requiere situar los derechos humanos en el marco de un Estado legitimado como entidad por encima de intereses particulares, de grupos culturales y de sectas. Este punto es urgente también en relación con el poderío creciente de las mafias de la ilegalidad y el crimen en procesos transnacionales. No necesitamos evidencias de ello en México puesto que las tenemos de sobra. Baste mencionar el continuo, incesante, repetido e indignante asesinato de jóvenes mujeres en la frontera de México. Las muertas de Juárez son la frontera de la vergüenza de México.

También a nivel internacional se debate el hecho de que, cuando sólo crece la economía de los ricos, las sociedades se derrumban. Esto se cons-

tata incluso en países desarrollados, en donde, por ejemplo, la Inglaterra de la señora Thatcher y el señor Blair ha tenido que aplicar nuevas legislaciones para tratar de frenar la conducta antisocial y anticívica sobre todo de los jóvenes, en lo que fue hasta hace algunas décadas, la sociedad más civil de Europa.

¿Es acaso esto lo que queremos para México en algunos años? Para evitarlo se requiere equilibrar, con toda urgencia, una política económica que destruye la cohesión social. No con una política social sectorial de caridad como la que está representada en el gobierno hoy, sino con acciones políticas que le transfieran a mujeres y a hombres la fuerza y los medios para participar de forma equitativa en lo laboral y lo económico, para erradicar los abusos del poder y para defender sus culturas y sus comunidades. Esto, para todos los ciudadanos, sin privilegios ni impunidad para algunos, sin dádivas ni discursos de conmiseración para otros.

Falta algo más, que se ha perdido en años recientes. Crear un nuevo horizonte de filosofía política, de lazos nacionales, de convivencia de culturas, que haga del futuro un terreno compartido por todos los ciudadanos mexicanos.

Fuentes consultadas

Arizpe, L. (2004), "Migración y cultura: las redes simbólicas del futuro", en L. Arizpe (coord.), *Los retos culturales de México*, México, Cámara de Diputados LIX Legislatura-CRIM-UNAM-Miguel Ángel Porrúa (Colección Conocer Para Decidir), pp. 19-42.

Comisión de Estudios para la Reforma del Estado (2000), *Conclusiones y propuestas*.

Comisión Mundial sobre las Dimensiones Sociales de la Globalización, auspiciada por la OIT (2004), *Por una globalización justa: crear oportunidades para todos*.

Capítulo 5

Las ciencias sociales y su relación con las políticas sociales*

Introducción

En el mundo actual los riesgos sociales ocupan cada vez mayor espacio en los medios masivos de comunicación y, a la par de los riesgos culturales, se constituyen en preocupación central de las sociedades y los gobiernos. El año pasado, en la sesión en la que la Comisión Económica y Social de Naciones Unidas hacía constatar casi en todas las regiones indicadores negativos en desarrollo social, como presidente del Consejo Internacional de Ciencias Sociales, pregunté ¿por qué, en un mundo en el que crecen las economías y las sociedades se derrumban, no se toman en cuenta los *riesgos sociales* en las políticas de desarrollo? Se llama la atención constantemente acerca de los riesgos financieros, los riesgos económicos, los riesgos ecológicos pero no los sociales. En cambio se mencionan en forma desagregada problemas de pobreza, migraciones, delincuencia, drogas, conducta incivil, disolución familiar, criminalidad organizada, pérdida de la solidaridad social, enfermedades de depresión y ruptura de identidades y de vínculos culturales. El término de exclusión social capta una parte de estos fenómenos pero no explica la dinámica que la produce.

Lo que se pierde de vista es que fuera de los modelos, allá en la realidad, toda economía es una sociedad. Y que si se atiende con las políticas sólo a las actividades económicas se provoca el desmoronamiento del tejido social. Dicho de otra manera, la premisa de la ciencia económica neoli-

*Conferencia presentada por Lourdes Arizpe, presidente del Consejo Internacional de Ciencias Sociales, en el Foro Internacional sobre el Nexo Ciencia Social-Políticas Sociales, Buenos Aires, Argentina, 20-24 de febrero de 2006.

beral es que ya existen individuos dotados de entereza psicológica, redes familiares y sociales de apoyo, salud y aspiraciones, dispuestos a participar en el mercado. No se integran a sus modelos las instituciones destinadas a *crear* tales mujeres y hombres. Así, al apoyarse únicamente la producción de bienes de consumo y de servicios se acaba minando en forma irreparable la reproducción de las personas y, en especial, su convivencia.

Para lograr un análisis integral que pueda ser la base de una verdadera política social, por tanto, habría que analizar cómo el modelo actual de políticas económicas produce bienes de consumo pero también, cómo lo estudia el Programa de Estudios Comparativos de la Pobreza (CROP),[1] cómo produce añejas y nuevas formas de pobreza, y, aunado a ello, nuevas formas de criminalidad, violencia y alienación. Por ejemplo, no tiene precedente histórico el asesinato de más de 400 jóvenes mujeres trabajadoras en la zona fronteriza de las maquiladoras en México ante el cual las autoridades siguen siendo impotentes. Y no tiene precedente histórico el crecimiento de la esfera internacional de ilícitos, entre drogas, prostitución, mafias y contrabando que tan bien ha documentado el investigador venezolano Moisés Naim.

Falta comprender la dinámica de todos estos fenómenos, que todavía se ven como fenómenos inconexos. Dinámica que nunca se va a comprender sólo con base en encuestas de opinión y estadísticas. Tampoco se va a comprender con estudios puntuales y de caso de problemas aislados. Se va a entender sólo con una ciencia social vigorosa, que desempolve teorías que siguen vigentes y produzca nuevas teorías y métodos adaptados a la aceleración de las transformaciones sociales en el mundo actual.

Para que esa comprensión llegue a los ciudadanos, a los políticos, a los funcionarios nacionales e internacionales se requiere fortalecer las instituciones de investigación en ciencias sociales y la cooperación internacional en este campo.

Y para que ese conocimiento compartido e integrado se convierta en acciones exitosas se requiere, finalmente, de políticas sociales lúcidas, bien formuladas, competentes y que no pierdan de su mirada la justicia social, por encima de intereses partidistas, de sectas o personales de los políticos.

[1]El Programa de Estudios Comparativos de la Pobreza (CROP), con sede en la Universidad de Bergen, Noruega, y bajo la dirección de Else Oyen conduce actualmente un proyecto sobre "Producción de la Pobreza".

¿Cuáles tendrían que ser los marcos de referencia para estas políticas sociales posibles?

Los marcos de referencia de la política social

La política social tiene hoy en día un marco mucho mayor de referencia. Tal y como lo señalamos en el Informe de la Comisión Mundial para la Cultura y el Desarrollo,[2] mientras que la economía se hace cada vez más global, las instituciones políticas, sociales y culturales ocupan un ámbito de acción cada vez más restringido y no se están renovando con la celeridad requerida. Tampoco se logra el avance requerido en las instituciones internacionales, ya que, como lo señaló la Comisión Mundial sobre las Dimensiones Sociales de la Globalización[3] en su informe "Para una Globalización Justa" presentado recientemente, las normas globales reflejan una falta de equilibrio. El sistema multilateral no está siendo eficaz en hacer coherentes las políticas económicas, financieras, comerciales, medioambientales y sociales para fomentar el desarrollo humano y el progreso social.

Hoy la globalización económica, con sus características actuales, está provocando la globalización de la vulnerabilidad. Así lo afirmamos en un trabajo realizado para Naciones Unidas,[4] al hacer notar que el derrotero actual del mundo crea una igualdad de vulnerabilidad para todos los grupos de las sociedades. Se requieren, por tanto, estrategias globales que abarquen lo económico, lo político, lo social y lo cultural para luchar contra las múltiples amenazas en el mundo actual.

Pueden citarse muchas cifras para hacer evidente lo anterior. Los Informes sobre Desarrollo Humano del PNUD dan cuenta de ello; la Comisión Mundial sobre las Dimensiones Sociales de la Globalización añade cifras sobre el crecimiento de la desigualdad al interior de los países, incluso algunos países desarrollados. Y ahora lo afirma el Banco Mundial. En el estudio presentado el día 14 de febrero de la semana pasada, intitulado "Re-

[2]La Comisión de Naciones Unidas para la Cultura y el Desarrollo, apoyada por la UNESCO, presentó su *informe Nuestra Diversidad Creativa* en 1996.

[3]La Comisión Mundial sobre las Dimensiones Sociales de la Globalización fue auspiciada por la Organización Internacional del Trabajo y presentó su informe en febrero de 2004.

[4]Group of Eminent Persons for the Dialogue of Civilizations (2001). *Crossing the Divide: Dialogue of Civilizations*, New York, U.N.

ducción de la Pobreza y Crecimiento: Círculos Virtuosos y Círculos Viciosos", se pone el acento en las desigualdades que hacen que, por ejemplo, el 50 por ciento de la población de Nicaragua, así como el 30 por ciento de la de México —aunque hay estimaciones que aumentan este porcentaje— viven con menos de 2 dólares diarios. Acepta también que han aumentado las desigualdades en la calidad de la educación en muchos países. En México, por ejemplo, el estudio PISA mostró que en los últimos seis años ha bajado la calidad de la educación en ese país.

En la sesión de la Comisión Económica y Social de Naciones Unidas también pregunté: si se espera que la investigación en ciencias sociales se financie sólo a través del mercado, ¿cómo van a financiar los grupos más pobres y más vulnerables los estudios que necesitan para resolver sus problemas de desarrollo?

Las ciencias sociales marginadas

Desde el cambio hacia un modelo de desarrollo neoliberal en los años ochenta, las ciencias sociales, a excepción de cierto tipo de estudios económicos, fueron colocadas al margen de las discusiones sobre políticas del desarrollo. En especial en América Latina, duele ver que la riqueza en el análisis que se realizó en las ciencias sociales en los estudios sobre la modernización y que podían haber sido utilizados para evitar cometer los mismos errores se dejaron a un lado. Vale aquí citar dos frases del poeta, T.S. Eliot; la primera: "la humanidad no soporta demasiado la verdad"; y la segunda: "los humanos olvidamos una y otra y otra vez".

De ahí la importancia de que, desde fines de los años noventa se hayan multiplicado los seminarios internacionales para impulsar la renovación de las ciencias sociales y su vinculación con la formulación de políticas, en especial las políticas sociales. ¿Qué avances se han logrado a partir de nuevos planteamientos?

En una serie de talleres organizados por la OCDE a partir de marzo de 1999 se propusieron los siguientes objetivos. Por una parte, construir una nueva perspectiva para las ciencias sociales con base en un proceso continuo de interactividad y de aprendizaje permanente y con apoyo en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Es cierto que

las teorías y métodos en las ciencias sociales se hallan rezagados frente a una realidad que cambia de manera acelerada. Por otra, se propone que las investigaciones en ciencias sociales contribuyan directamente a la innovación social y tecnológica. Da gusto, por ejemplo, que la investigación-acción desarrollada por científicos latinoamericanos en los años setenta con Orlando Fals Borda a la cabeza, ahora haya sido reconocida y retomada por el Banco Mundial. Reconociéndose también la aportación en este sentido de la tradición de Gandhi en la India y de otros movimientos semejantes en otros países de Asia y de África.

El Consejo Internacional de Ciencias Sociales

Para un mundo global necesitamos una ciencia social global. ¿Qué significa esto? Significa desarrollar teorías y modelos analíticos que abarquen fenómenos que traspasan las fronteras nacionales, impulsar un lenguaje común, establecer redes de investigación que intercambien experiencias y promover ciclos de estudios sobre ciencias sociales que se inicien desde el nivel de educación de secundaria.

El Consejo Internacional de Ciencias Sociales, formado por 64 uniones científicas, academias y consejos de ciencias sociales, está abocado al desarrollo de esta cooperación científica internacional. En los años noventa creó el Programa Internacional de Cambio Ambiental Global (IHDP) auspiciado ahora también por ICSU, la Organización Mundial de la Ciencia; creó también el Programa de Estudios Comparativos sobre Pobreza (CROP); el Programa sobre Género, Democratización y Globalización y actualmente se encuentran en desarrollo dos nuevos programas: el Programa de Investigación sobre Etnicidad y Resolución de Conflictos (RECAP) y el Programa sobre Cambio Social Global (IGSCP).

En 2002, para celebrar los cincuenta años de la creación del Consejo, se realizó en Viena la Conferencia Internacional sobre Ciencia Social, de la que se derivó un gran número de proyectos de investigación y redes en ciencias sociales.

En la actualidad el Consejo se encuentra en plena expansión, con la adhesión de los principales consejos de ciencias sociales de Alemania, Inglaterra, Noruega, Holanda, Canadá y varias otras asociaciones académi-

cas en ciencias sociales. Y con la incorporación de otros países a nuestras actividades, entre ellas la realización de nuestras asambleas generales en otros países, como fue China en el 2004 y próximamente en la Biblioteca de Alejandría en Egipto.

Contamos con un Plan de Desarrollo Estratégico que incluye, entre sus acciones, el apoyar la realización de un Foro Internacional de Ciencias Sociales permanente, tal y como se realiza cada dos años el Foro Internacional de Ciencia en Budapest, y la publicación, o más bien, la continuación de la publicación del Informe Mundial de Ciencia Social en colaboración con la UNESCO.

La vinculación con la formulación de políticas, incluyendo las políticas sociales, se fortalece trabajando con los consejos de ciencias sociales, realizando seminarios conjuntos entre científicos sociales, funcionarios y gestores sociales, con la redacción de manuales para uso local, como el que se acaba de realizar con la UNESCO. Las asesorías en programas de política social se han incrementado, sobre todo entre los científicos sociales que trabajan en las áreas de sociología, politología y economía.

La política social: entre el Estado y la sociedad civil

La política social no puede, sin embargo, ser pensada únicamente como una relación entre Estado y sociedad. Hoy en día la interacción de los individuos está enmarcada en sus relaciones con el Estado, los movimientos sociales, las corporaciones transnacionales y las organizaciones no gubernamentales. Se requiere un análisis mucho más preciso de cómo pueden complementarse las acciones de la política social del Estado con los movimientos de actores no-estatales, con la finalidad de lograr que los individuos y los grupos puedan construir las formas de bienestar mejor adaptadas a sus culturas y sus entornos.

En la actualidad, con el énfasis en la competencia entre los individuos y las comunidades por recursos más escasos y otorgados en muchos casos en forma discrecional por los gobiernos, la política social se ha convertido en un campo de disputa y negociación. Las políticas sociales dirigidas a sectores seleccionados que funcionan en países desarrollados pueden no funcionar en países en los que una élite económica o una clase política

domina el gobierno. En otros la cultura de discriminación o estratificación étnica o de castas puede volver a concentrar los recursos en manos de quienes ya dominan el Estado.

Hay que partir de la base, por tanto, de que toda política social debe ser, ante todo, un proyecto de sociedad. Y, al interior de esa sociedad, un proyecto de futuro para cada uno de los hombres y mujeres que están entretejidos en redes sociales, culturales, económicas y políticas.



Con Javier Pérez de Cuéllar, exsecretario General de Naciones Unidas,
con quien colaboró la autora en su calidad de encargada de los trabajos
de la Comisión Mundial de Naciones Unidas sobre Cultura y Desarrollo. 1996.
FOTO COLECCIÓN DE LA AUTORA

Capítulo 6

Conviviabilidad: el papel de la sociedad civil en el desarrollo*

En las últimas décadas, los procesos de desarrollo han obtenido resultados muy dispares. Mientras que Asia Oriental ha logrado un exitoso crecimiento económico aparejado a la estabilidad social, otras regiones no han prosperado en la misma medida: mientras que algunos de los países que las conforman han avanzado, otros han quedado rezagados. Hoy en día hay un consenso respecto a que no basta el crecimiento económico para mejorar la condición humana: existen otros factores que son cruciales para el desarrollo humano y a los que deben apuntar las políticas de desarrollo; entre ellos se incluyen la gobernanza democrática, la organización de la sociedad civil, la erradicación de la pobreza, y la cultura en desarrollo. De hecho, si bien el trabajo con la sociedad civil toca todos estos aspectos a la vez, carecemos de un concepto analítico que nos permita una comprensión conjunta de todos estos factores.

Quisiera proponer en este artículo que trabajemos para desarrollar una visión más incluyente de los mismos. Necesitamos un concepto que nos permita redefinir las relaciones entre los diversos grupos humanos en los estados-nación transformados en el contexto de la globalidad. Asimismo, este concepto deberá proveer la meta hacia la cual trabajar conjuntamente para lograr el desarrollo sustentable en el siglo XXI. Acaso se pueda sugerir un término mejor, pero quisiera proponer, para referirme a este propósito, el término "conviviabilidad".[1]

*En Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (1997), *Global Aid 97-98*. París, OCDE.

[1]No he logrado encontrar un término que signifique, además de "vivir juntos de manera positiva e interactiva", la capacidad de generar esa convivencia. El equivalente más cercano

Muchos estudios han demostrado profusamente que la sustentabilidad, es decir, la satisfacción de las necesidades humanas aunada a la conservación y protección del ambiente natural para las generaciones futuras, no puede lograrse sin la paz y la cooperación entre los seres humanos. En muchos lugares, aun cuando se tenga conciencia y disponibilidad para proteger el ambiente natural, puede resultar imposible hacerlo debido a presiones económicas, políticas o sociales.[2] Para eliminar estas presiones se requiere, a su vez, resolver los problemas de la pobreza extrema, la desigualdad de ingresos, la persecución y los conflictos por motivos políticos, la exclusión social y la represión cultural, todos los cuales se relacionan con la manera en la que conviven los grupos humanos diferentes. Así, sostengo que no es posible lograr la *sustentabilidad* sin la *conviviabilidad*.

La necesidad de un concepto con estas características obedece también a la transformación de los estados-nación como consecuencia de la *globalidad*. Si bien no es probable que estos últimos se desvanezcan, habrá cambios trascendentales en la toma de decisiones económicas y políticas a nivel nacional como consecuencia de la creciente interdependencia económica y del surgimiento de nuevos movimientos e ideologías sociales que atraviesan las fronteras. Esto, a su vez, modificará el modo en que se perciben y gestionan las relaciones entre grupos diferentes cuyos límites, que en ocasiones rebasan las fronteras políticas, se definen según criterios de etnicidad, religión, lengua y otros factores. Además, hoy en día el descentramiento del saber y de la identidad en el pensamiento actual nos permite reconceptualizar esas relaciones como un campo más general en el cual el representante en el poder crea el mapa de los límites y las fronteras que organizan a las personas. En este nuevo campo, como ha dicho Alain Touraine, la democracia política y la diversidad cultural se combinan sobre la base de la libertad del sujeto.[3]

La conviviabilidad podría designar ese campo. Se referiría así a la necesidad de redefinir los códigos y actitudes a través de los cuales los

---

es *conviviabilidad*: he utilizado el sufijo *abilidad* con objeto de crear un concepto proactivo, dotado de un propósito y complementario al de sustentabilidad.

[2]Véase, por ejemplo, nuestro estudio empírico: L. Arizpe, F. Paz y M. Velázquez (1997), *Culture and Global Change: Social Perceptions of Deforestation in the Lacandona Rain Forest*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

[3]Alain Touraine (1997), *Pourrons-nous vivre ensemble?*, París, Fayard.

seres humanos con ideales diferentes de lo que constituye el buen vivir son capaces de vivir juntos de manera compatible para garantizar el desarrollo sustentable. Proporcionaría el principio rector para la transición social y cultural que se debe realizar en esta era global. Y también proveería un indicador de desempeño tanto para el Estado como para la sociedad civil.

¿Sistemas políticos o sociedad civil?

En este entorno, la discusión sobre el papel de la sociedad civil adquiere una importancia central. Muchos autores señalan acertadamente la activación de la sociedad civil como la alternativa a la insuficiencia de muchos sistemas políticos que se están desarticulando o deslegitimizando, no sólo en ciertas regiones en vías de desarrollo sino también en algunos países industrializados. Las siguientes preguntas tienen gran relevancia: en este contexto, ¿hemos de reforzar la organización política o la sociedad civil? ¿De qué manera se pueden canalizar los procesos sociales a medida que se transforma el Estado-nación?

Tal transformación implica una transferencia del poder de los sistemas políticos a la sociedad civil. No obstante, rara vez se menciona que la legitimidad de ese poder en manos del Estado se deriva también del hecho de que fue creado para mantener la paz civil, es decir, para prevenir que surjan conflictos graves entre los grupos comunitarios opuestos, ya se trate de partidos políticos, del capital y la mano de obra, de grupos étnicos, sectas religiosas o comunidades locales. Al parecer, sin embargo, los gobiernos carecen cada vez con mayor frecuencia de la capacidad para desempeñar esta función. Y lo trágico es que en muchos lugares incluso han alimentado el conflicto al tomar partido en contra de determinados grupos étnicos, como en la antigua Yugoslavia y en Ruanda.

Por ende, al poder que se transfiere a la sociedad civil se le debe dar un uso legítimo en el mismo sentido de propiciar una conviviabilidad mayor, no menor por excluir a otros grupos. Ésta es la problemática, en especial en el caso de las minorías culturales y los grupos autóctonos, que exige un tratamiento especial en el contexto del Estado-nación. Una posible solución, propuesta por Martin Albrow en su importante libro sobre *La era*

global, es que ahora se conciba al Estado como separado de sus naciones.[4] En este caso, la siguiente acción será examinar cómo se relacionarán entre sí la sociedad civil y los *enclaves culturales* a la vez que continúan conviviendo en el marco de un Estado.[5]

Utilizo el término *enclaves culturales* en lugar de minorías, grupos étnicos o grupos autóctonos, para resaltar el hecho de que esos grupos están redefiniendo su identidad cultural *en oposición con respecto al Estado y a otros grupos sociales incluidos en ese Estado*. Se ha generado una gran confusión en los últimos años debido a la suposición implícita, por parte de muchos autores, de que la revitalización de las identidades culturales es un nuevo despertar de las formas culturales prístinas que se habían mantenido latentes en los estados-nación del siglo XX y que están adoptando su antigua forma autárquica. No es el caso. Lo más frecuente es que se trate de un proceso de construirlas de nuevo con los elementos que se recuerdan de las culturas tradicionales, es decir, de una identidad *recompuesta para definir sus intereses en los territorios sociales y políticos que la transformación de los estados-nación en el contexto de la globalidad está abriendo*.

Frente a este abrirse del Estado desde dentro, surge una pregunta muy relevante: ¿hasta dónde hemos de llegar? Y la respuesta debe ser: sólo hasta donde sea posible que siga funcionando un Estado estable y consensual. Sin éste —lo que algunos ven como el resultado inevitable— los estados se descompondrán en un millar de microestados. Esos microestados ¿son viables financiera y administrativamente? ¿Tendrán relevancia política en una Era Global? ¿Será posible gestionar tal proliferación de estados dentro del marco de las Naciones Unidas o de otra "Organización Mundial"?

Esta perspectiva plantea la necesidad de nuevas estructuras de gobernanza, como lo subraya la Comisión de Gobernanza Global. Es necesaria una nueva clase de conviviabilidad política, con especial atención en las nuevas fuerzas locales y globales que están surgiendo por doquier. Los movimientos tales como el ambientalismo, la defensa de los derechos humanos y los movimientos femeninos están presionando para hacer valer sus demandas, y los gobiernos están intentando incorporar éstas a sus

[4]Martin Albrow (1996), *The Global Age*, Londres, Polity Press.

[5]*Cfr.* el informe de la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo, *Our Creative Diversity*, París, UNESCO. Presidió la Comisión Javier Pérez de Cuéllar, y yo tuve el honor de ser miembro de la misma y de estar a cargo de supervisar el trabajo de su Secretaría.

programas. Sin embargo, a la larga, no se trata ya de forzar a los nuevos movimientos a encajar en los viejos moldes de los Estados monoculturales centralizados y patriarcales sino de cambiar los moldes. La sociedad civil es el lugar en el que se deben desarrollar los nuevos moldes para lograr la conviviabilidad.

Nuevas cuestiones para la sociedad civil

Si tomamos la conviviabilidad como principio rector para pensar el papel de la sociedad civil, entonces debemos ampliar nuestra consideración para analizar las acciones concertadas de las personas en varios otros entornos.

En primer lugar, la relación de la sociedad civil con el mercado. Con frecuencia la individuación implícita en la expansión del mercado que da a cada cual la posibilidad de convertirse en un consumidor aislado está ligada al desarrollo de una sociedad civil como una red de individuos libres. La paradoja aquí es que entre más libera la democracia al individuo para permitirle la elección individual, mina en mayor medida los valores y códigos comunitarios o consensuales que conforman el capital social que se requiere para el desarrollo.

En segundo lugar, las sociedades civiles están desarrollando rápidamente conexiones transfronterizas como respuesta ante la globalidad. Esta última genera la necesidad de una realineación en comunidades locales que ahora están permanentemente ligadas al exterior por medio de las telecomunicaciones, la telemática y los viajes. La sociedad civil ¿es el lugar en donde se puede al fin concebir lo local como elemento constitutivo de lo global? ¿Es posible una sociedad civil global en términos de una Tierra-mundo, ahora que hemos visto la fotografía de este planeta azul desde el espacio y que nuestra percepción al observar de cerca el paisaje de Marte sencillamente nos ha hecho conscientes de que vivimos en este planeta?

Por último, la "revolución más larga", como se ha llamado al movimiento femenino, también debe ser parte del repensar la sociedad civil. En la actualidad, un gran número de líderes y activistas en la sociedad civil son mujeres: desde los grupos de renovación urbana, las asociaciones que trabajan con los pobres, con los discapacitados, con los niños menos favorecidos, etcétera. Aun así, ellas se están dando cuenta de que no lograrán

aliviar muchos de los problemas urgentes, como la violencia urbana y familiar, el desempleo, la exclusión y el aislamiento, a menos que se transformen las estructuras de gobernanza y los límites étnicos ligados a éstas. A medida que más mujeres participan en la política, así como en las organizaciones privadas o internacionales, nos percatamos de que con el solo incorporar en las instituciones nuestra propia manera de gestionar a las personas y los programas, las viejas maneras de hacer las cosas están siendo reemplazadas por nuevos patrones de comportamiento. Si este cambio se vuelve autorreflexivo a través de la concientización y de la cooperación, entonces las instituciones en su totalidad comenzarán a cambiar. Así, para nosotras las mujeres esto se vuelve una cuestión no solamente de estar allí sino de ayudar a repensar y reconstruir las instituciones.

Un hecho importante es que las organizaciones de la sociedad civil son la principal arena en la que las mujeres pueden adquirir la experiencia personal y los conocimientos técnicos para luego poder ocupar puestos administrativos o ejecutivos en cualquier tipo de organización. En las sociedades tradicionales no había espacios para la capacitación informal de las mujeres para este tipo de empleos. Éstos se han abierto en la sociedad civil, desde los grupos feministas hasta los grupos políticos de presión, desde los ambientalistas hasta las asociaciones de defensa del patrimonio cultural.

Determinar el flujo

Parece existir un acuerdo general en el sentido de que la sociedad civil no sólo puede ser considerada como aquello-que-no-es-el-gobierno: debe ser liberada de esta oposición binaria a fin de convertirse en una sociedad civil entendida como una extensión del ámbito de los asuntos de interés público que rebasa los límites de la estrecha definición de gobierno y política tal como suele ser manejada —y monopolizada en muchos casos— por apenas unos cuantos grupos de la sociedad en la mayoría de los países hoy en día. Como tal, la sociedad civil es el espacio donde se llevará a cabo la mayor parte de los experimentos sociales y culturales de los que surgirán las nuevas ideas, códigos, instituciones y actitudes de esta nueva Era Global.

No existe una opción entre apoyar o no a la organización política o a la sociedad civil. De hecho, me parece que los límites entre ambas se volve-

rán más permeables en la medida en que se confíen las tareas gubernamentales o institucionales a más activistas de la sociedad civil, mientras los políticos retoman roles propios de la sociedad civil que les permitan llegar a una nueva comprensión de sus electorados. Pero no sólo es necesaria una mayor diversidad de actores en el escenario político: se requiere además repensar de qué está hecha la política en una Era Global en la que la legitimidad política se sigue saliendo de su centro al tiempo que el dinero y las armas pasan a ocupar un lugar central y proliferan.

La sociedad civil también es el caldo de cultivo para todas las nuevas generaciones que tienen una visión más amplia de los múltiples asuntos que se deben tratar en esta nueva era en los niveles local, nacional y global. En los espacios abiertos que provee la sociedad civil pueden aprender y pueden crear. Este motivo basta por sí solo para brindar un fuerte apoyo a las asociaciones de la sociedad civil en todo el mundo.

Con ello no se pretende idealizarlas. Puesto que quienes participan en la sociedad civil son seres humanos, tienden a tener las mismas ineficiencias, dificultades y desviaciones que otros enfrentan en el gobierno, sin los poderosos frenos de las estructuras legales o autoritarias. De modo que debe haber una constante crítica, evaluación y supervisión para redirigir los programas y a las personas cuando sea necesario. Pero, lo que es más importante, esto se debe hacer en el seno de los propios grupos, o bien, entre unos grupos y otros.[6]

En consecuencia, se coloca en un primer plano el importantísimo papel que desempeñará la ética en los años venideros: una ética que deberá ser consensual pero derivada de la práctica en situaciones sin precedentes. Deberá ser una ética global, como lo ha propuesto la Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo, pero surgida como fruto de nuestra diversidad creativa.

Pensemos en la imagen de nuestras sociedades intentando nadar en un torrente que ha desbordado su represa: el flujo parece ser caótico, y sin embargo busca los meandros y salidas que habrán de darle forma, con el tiempo; dada la libertad para fluir y a la vez cuidar de garantizar que se encuentren salidas positivas, tengo confianza en que el torrente se organizará a sí mismo, como lo ha hecho siempre en nuestra historia.

[6] *Ibid.*

Capítulo 7

Hacia la sustentabilidad cultural y social

Para examinar la cuestión de la interdependencia en una economía mundial multipolar y globalizada y sin embargo desigual, hay que plantear los términos del marco de referencia de nuestro análisis. Partiremos, pues, del hecho de que todo lo que hemos aprendido a través de la investigación histórica y antropológica indica que el mundo actual enfrenta no sólo una reestructuración del capitalismo sino un cambio civilizacional a gran escala.

Este cambio está siendo impulsado —lo mismo que en momentos anteriores de la historia— por los avances tecnológicos que alteran la mecánica de la vida cotidiana, así como las formas de producción industrial a partir de las materias primas y las líneas de ensamble propio de la industria del siglo XIX. Los cambios hacia la globalización de la economía de mercado también están provocando un reordenamiento político y laboral. La transformación del Estado y la incorporación de las minorías étnicas y culturales requerirán una redefinición de la estructura política de los estados-nación. La biotecnología cambiará en unos cuantos años la naturaleza de la agricultura, que sigue siendo la base de la subsistencia de la mayoría de la población mundial, en especial en los países del Hemisferio Sur. Al mismo tiempo, la biogenética humana y las tendencias demográficas ya han alterado los dominios más privados: el de la reproducción biológica y social y, por tanto, el de la composición de las familias.

*Este texto se publicó por primera vez con el título "*On the Cultural and Social Sustainability of World Development*" ("La sustentabilidad cultural y social del desarrollo mundial") en Louis Emmerj (coord.) (1989), *One World or Several?*, París, Centro de Desarrollo de la OCDE, pp. 31-42, y posteriormente, en *Development*, 1997, pp. 43-57. La OCDE autorizó la reimpresión de este texto el 22 de mayo de 2013 (Referencia P-2013-179).

La cultura postindustrial —término poco adecuado— está fomentando en el Hemisferio Norte un sentido fragmentado del yo y de la posición social de los individuos. En los países en desarrollo la gente ve amenazadas sus culturas e identidades tradicionales por las nuevas tecnologías de información y comunicación. Se pueden predecir también otros cambios en otras esferas de lo cultural y lo social. Sin embargo, lo principal es que sólo ha habido dos casos en la historia en los que ha ocurrido un cambio social tan vasto —la Revolución Neolítica y la Revolución Industrial— y que, a la vez, afecta a todas las sociedades del mundo casi simultáneamente. Como lo acaba de señalar Soedjatmoko, la Tercera Revolución Tecnológica ya se ha puesto en marcha aun antes de que la Primera y la Segunda se hayan extendido al mundo entero.

A pesar de estas dos características del cambio global de hoy, en primer lugar, la discusión de estos procesos globales no ha sido holística en su análisis ni en sus propuestas de medidas normativas. Se ha concentrado en buscar soluciones a los problemas económicos y en crear conciencia con respecto a la sustentabilidad ecológica de las acciones del desarrollo. Este trabajo hará énfasis en el hecho que la sustentabilidad ecológica es imposible de lograr sin la sustentabilidad social y cultural del desarrollo mundial.

En segundo lugar, los debates internacionales no se han centrado en cómo crear una ciudadanía capaz de construir un mundo sustentable para todos. Un poeta danés anónimo, citado por Inga Thorsson, ha dicho que seguimos siendo ciudadanos globales con una mentalidad tribal.

Si estamos frente a un importante cambio civilizacional, ¿debemos concentrarnos en crear un "gran diseño" para el futuro? Esto no es posible ni deseable. La historia demuestra que todas las grandes transformaciones sociales, o al menos la gran mayoría, han sucedido sin que hubiera un plan de acción previo. Hoy en día los cambios son tan diversos y están tan vinculados entre sí que se requiere una visión multidisciplinaria para avanzar. Se necesitan también percepciones y metas mundiales que guíen esas transformaciones y, sobre todo, para que la gente tenga un sentido de propósito y de solidaridad sin el cual los cambios pueden volverse peligrosamente violentos. De modo que hay que empezar por pensar, por lo menos, en las líneas principales de políticas capaces de propiciar acciones para una nueva sociedad mundial.

Un primer paso: la responsabilidad global

Si bien no podemos predecir hacia dónde nos está llevando el cambio, hay que dar pasos para garantizar una mayor responsabilidad de los gobiernos nacionales y los conglomerados multinacionales ante la ciudadanía global, a fin de impedir que las virtudes corporativas y nacionales se sigan convirtiendo en vicios globales. Como ha señalado correctamente Mahbub ul Haq, justo cuando requerimos de instituciones internacionales y del internacionalismo, el Banco Mundial, el FMI y el GATT no logran equidad en la gestión económica mundial. Una manera de lograr esto es sería transformando las leyes internacionales en un sistema jurídico global y convirtiendo las instituciones multilaterales en instituciones de un gobierno mundial. Por supuesto, los poderes hegemónicos se opondrían férreamente, pero frente al carácter global de los problemas y la amenaza a la supervivencia colectiva, esto se tendrá que hacer tarde o temprano.

Quizás este proceso sea más fácil con un enfoque que implique negociaciones más directas, lo que permitiría introducir un sistema de controles y equilibrios, así como medios para que éstos sean efectivos. En un esquema multipolar con mayor autonomía de las regiones, es posible que las negociaciones globales sean más equilibradas, pero ¿las regiones tendrían, internamente, un esquema pluralista de negociación? Como lo han señalado muchos ponentes en este seminario, la división entre Norte y Sur también se puede hallar dentro de los países tanto en el Norte como en el Sur.

Lo que debería resultar obvio por la experiencia histórica anterior es que la polarización económica de un capitalismo global sin duda creara tensiones políticas, sociales y culturales que lo hagan insustentable a largo plazo.

La experiencia de América Latina con las economías de alta desigualdad ha demostrado que éstas son siempre inestables. El crecimiento económico de esta región desde los años cincuenta creó tales disparidades en la distribución de ingresos que proliferaron las guerras de guerrillas y las insurrecciones en las décadas siguientes. Los regímenes dictatoriales o autoritarios exacerbaron aún más la militancia política y tuvieron que ceder el paso a los regímenes militares y a las "guerras sucias", o bien a políticas populistas costosas; los "milagros" para unos cuantos se convirtieron en pesadillas para todos.

Las economías que tengan una gran desigualdad de ingresos serán aún más inestables a nivel interno en la década de los noventa. En primer lugar, un nivel educativo más alto de la mayoría de la población en algunos países en desarrollo hará que la polarización económica sea más insostenible desde el punto de vista político. En segundo lugar, los medios de comunicación mostrarán constantemente las disparidades económicas, provocando cada vez más frustración. En tercer lugar, por lo menos dos de las principales religiones del Hemisferio Sur —el catolicismo y el islam— se oponen en sus doctrinas a los extremos de riqueza y pobreza; una economía dualista fortalecerá los fundamentalismos o las seudorreligiones irracionales, o bien, en el mejor de los casos, las teologías políticamente conscientes, como la Teología de la Liberación en América Latina; de modo que el conflicto religioso exacerbará las luchas políticas y sociales.

Un segundo paso: tomar en cuenta la sustentabilidad social

Es bien sabido que desde los años cincuenta las políticas de desarrollo han ignorado las dimensiones sociales y culturales del desarrollo o las han dado por hecho. Se suponía de manera implícita que estas dimensiones avanzarían a la par del crecimiento económico. Así ocurrió, de hecho hasta los años sesenta, debido a que tanto en el Norte como en el Sur la esfera privada de la reproducción social y las relaciones personales era tan estables como la roca de Gibraltar; además, en el Hemisferio Sur, la movilidad geográfica era lenta y manejable. En ambos hemisferios las identidades culturales cambiaban lentamente; en el mundo cultural y artístico hegemónico del Hemisferio Norte, además, la vanguardia entraba en una espiral solipsista del "arte por el arte". Así, el tren del crecimiento económico podía correr con fluidez por los dos rieles de la estabilidad social y cultural, mismos que se daban por sentado. Sin embargo, para la década de los setenta, en ambos hemisferios, por diferentes motivos, el tren comenzó a descarrilarse.

La inercia de la esfera privada explotó: algunos lo atribuyen al deseo del Estado de controlar la última frontera autónoma en la sociedad; otros, al hecho de que las mujeres se rebelaron al fin. Se ha argumentado que la desaparición de la fe religiosa minó certezas psicológicas y morales y ge-

neró "mentes indigentes" o "valores hedonistas" en el Norte, y movimientos mesiánicos —políticos o religiosos— en el Sur; que el debilitamiento de las instituciones religiosas, comunitarias y familiares tradicionales dejó a los individuos enajenados y solos. En realidad, son procesos mucho más concretos los que cambiaron esta situación. El crecimiento sin límites de la población mundial; el invento de la "píldora" y de otros anticonceptivos, que catapultó el proceso de reproducción biológica y social hacia la esfera pública; con base en estos cambios, el feminismo generó un gran movimiento ideológico y político: de hecho, la consigna feminista de que "lo personal es político" es hasta la fecha la descripción más sucinta de este desarrollo histórico. En la actualidad, la investigación en ciencias sociales ha demostrado que esta transformación general se debió a la combinación histórica de profundos cambios simultáneos en la reproducción demográfica y biológica y en la participación económica de las mujeres.

Antes, el industrialismo, en sus formas tanto capitalista como socialista, había encontrado un equilibrio al mantener la esfera privada de reproducción separada de la lógica de la producción económica; hoy en día este ámbito, en sus dimensiones biológica y social, plantea problemas fundamentales e inesperados para el crecimiento económico. Por mencionar sólo los principales: la disminución de la población en los países del Norte; en muchas regiones del Sur, la sobrepoblación —en relación con la capacidad económica de dar empleo y alimentar a una población particular—, vinculada a un rápido agotamiento de recursos ecológicos; las continuas migraciones laborales del Hemisferio Sur al Hemisferio Norte; las cambiantes dimensiones de género de la estructura del empleo; la expansión del liderazgo femenino en los movimientos políticos, tanto urbanos como rurales, sobre todo en los sectores más pobres, y la creciente matrifocalidad de las familias, que también ha sido denominada la "feminización de la pobreza".

Es alarmante que estas cuestiones todavía estén ausentes de los planes de desarrollo económico, o bien, que se les mencione de manera colateral como "problemas sociales". Esto representa un riesgo tanto teórico como metodológico para los modelos de desarrollo económico. El reto se vuelve aún más importante cuando se le añaden los problemas de los fenómenos abiertamente "antisociales". Se pueden citar datos duros muy preocupantes: como el hecho de que las prisiones de Estados Unidos son

actualmente insuficientes para albergar a la creciente población criminal, de que los suicidios continúan siendo una de las principales causas de muerte en el Norte, de que la producción de drogas y la adicción a las mismas está aumentado en forma alarmante, de que los fanatismos religiosos o sectarios están creciendo en todas partes, y que también van en aumento el alcoholismo, la prostitución y la criminalidad, y que cada vez mayor número de gente considera que estamos al borde de la destrucción milenaria, tal como se lee en el *Apocalipsis*. Esto apunta hacia un mundo psíquica y socialmente desequilibrado. En términos estrictamente económicos, se diría que en el panorama de la economía mundial cada día crece más la economía gris y la negra. ¿O son éstas partes lo que se seguirá dejando fuera de los modelos de desarrollo económico para dejarlos en manos de la policía y del ejército? Esta posibilidad nos conduce a un pensamiento muy sombrío: si se está entregando una parte de la soberanía política al mercado, y se está entregando una parte cada vez mayor a la policía y al ejército, ¿cuánta soberanía política le quedará a la población civil para que el desarrollo pueda seguir siendo una actividad impulsada por la razón?

Se ha descrito lo anterior con cierto detalle porque el propósito de este trabajo es subrayar que, junto con la sustentabilidad ecológica, es indispensable atender la sustentabilidad social y cultural. Para ahora debería haber quedado bastante claro que en algunas áreas vitales los factores sociales y culturales como los que se mencionan arriba ya están alterando los patrones de crecimiento económico.

En esta dimensión de los "problemas sociales" es necesario añadir la transferencia masiva de la población de las áreas rurales a los centros urbanos en el Sur. El distanciamiento social y cultural que se ha derivado de ésta no tiene paralelo, si bien en lo personal estoy convencida de que la creatividad y la sociabilidad humanas podrán reconstruir los vínculos culturales en unas cuantas generaciones siempre y cuando tengan las condiciones para hacerlo. Ésta debe ser una de las áreas cruciales para las políticas de desarrollo en la próxima década.

Al señalar que hay grupos de población que están en riesgo de quedar excluidos, voluntaria o involuntariamente de una economía mundial que crea desigualdades, hay que ser muy claros sobre a quiénes nos estamos refiriendo. Sin duda, hablamos sobre todo de las poblaciones rurales, en su mayor parte constituidas por comunidades campesinas, y a los sectores

urbanos más pobres que en su mayoría son campesinos migrantes. De hecho, es probable que las comunidades campesinas sean el grupo social más vulnerable del mundo en las próximas décadas, independientemente de cuál sea el modelo de economía mundial que se adopte, puesto que están atrapadas entre tres apisonadoras que avanzan. La primera, la biotecnología está a punto de cambiar una forma de producción con más de 15 mil años de antigüedad. La segunda tiene que ver con los desequilibrios de la producción agrícola en el mercado mundial que está llevando a la bancarrota a muchos campesinos. Los del Norte, sin embargo, tienen gobiernos ricos que subsidian, regulan, proporcionan Seguridad Social, convierten las granjas en hoteles o encuentran otras maneras de minimizar los golpes asestados a las economías agrarias. En el Sur, los campesinos son arrasados como la arena en el desierto, con lo cual se está creando una desertificación social de las áreas rurales que produce tanto daño como la desertificación del suelo. Y la tercera apisonadora, que por lo tanto también está golpeando más duramente al Sur, es la degradación ecológica. La combinación de los factores económicos, biotecnológicos y políticos está destruyendo la fuente de ingresos de los grupos campesinos, su modo de vida, situación que se ve agravada en algunos casos por las tendencias demográficas, que ahora avanzan hacia el agotamiento de los recursos ecológicos. Seguramente ésta deberá ser un área altamente prioritaria para las políticas que se implementen en las décadas venideras. Pero esto no se deberá hacer sólo para proporcionar un alivio inmediato; el reto es repensar la economía del futuro en función de una distribución territorial racional de los sectores de producción. Para lograr esto se requiere de más investigación y pensamiento creativo, así como de voluntad política.

Un tercer paso: la sustentabilidad cultural

Tal y como afirmó MacLuhan, los cambios mundiales se enfilan hacia un proceso de homogeneización que conduce hacia una "aldea global". Es verdad que en todo el mundo —ya sea en Francia, en México o en Singapur— hay alarma por la posible "pérdida de identidad" conforme los medios masivos de comunicación se extienden sobre los continentes borrando el "sentido de lugar" de cada uno de nosotros.

No obstante, pese a que existe una tenencia superficial hacia la homogeneización cultural, o más probablemente debido a ésta, nunca se ha defendido tanto ni con tanta militancia la diversidad cultural como en la era actual. A medida que las fuerzas centrípetas a nivel global tiran hacia una transnacionalización de la economía y de la cultura, parece estar ocurriendo lo contrario en el nivel microsocial a medida que las fuerzas centrífugas atomizan las identidades nacionales en unidades cada vez menores. Aquí, el principal problema que enfrenta el desarrollo es el modo en que avance una economía mundial, ya sea polarizando la riqueza o uniendo acciones para lograr la sustentabilidad junto con los grupos nacionales, étnicos o culturales.

En relación con este problema, es importante tener en mente varios procesos analíticamente diversos:

En muchos países existen algunos grupos que, de manera consciente y voluntaria, querrán permanecer fuera de un desarrollo modernizador porque los ciclos de tiempo en los que viven son circulares y, de hecho, intemporales, y es necesario que se respeten sus deseos. Tal será el caso de algunas sectas religiosas y de ciertos grupos étnicos tanto en el Hemisferio Norte como en el Sur. Se les debe dejar a ellos la decisión, en el claro entendido de que entonces no desearán los bienes y servicios de una economía modernizadora. Puede ser que entonces su problema radique en que muchos miembros de sus generaciones más jóvenes se deslicen constantemente hacia la sociedad de consumo. Pero éste será su problema, del mismo modo en que su nivel de vida será el que ellos elijan.

En cambio, si se les impone, a la fuerza o por caridad, un modo de vida occidental, se destruirán sus estructuras psicológicas y simbólicas, como ha ocurrido con los pueblos autóctonos en todo el mundo. Lo que requieren es que el Estado los proteja en contra de quienes codician sus tierras o quieren explotar su mano de obra. Actualmente se están explorando esquemas para lograr esto en diversos países: en Canadá, los Inuit —anteriormente denominados Esquimales— están negociando la creación de una provincia aparte para ellos en el territorio del Ártico; en Nicaragua se concedió un estatuto de autonomía regional al área de la costa del Atlántico donde habita la mayor parte de las minorías indígenas y negras.

Lo principal es que estos grupos están luchando porque no quieren cambiar. Pero ¿qué pasará si la biotecnología, las preocupaciones ambien-

tales o las telecomunicaciones modifican su modo de vida, aun de manera indirecta? Es posible que entonces caigan en la segunda categoría.

Es necesario distinguir a ese primer grupo que defiende una forma de vida y una cultura antigua de quienes se repliegan en las costumbres o religiones tradicionales porque están siendo marginados; es decir, están perdiendo su modo de vida o prevén que el nuevo contexto económico será una tierra baldía para ellos, y posiblemente así sea, puesto que lo más probable es que en una economía polarizada los deje en el estancamiento. Tal sería el caso de la gran mayoría de la población de las áreas rurales del Hemisferio Sur, así como de los obreros no calificados en las ciudades, en ambos hemisferios. Me parece que esta percepción de su creciente exclusión de la economía neoliberal, normalmente acompañada de la marginación política, es lo que lleva a estos grupos a adoptar identidades sectarias, ya sea religiosas, esotéricas, políticas o étnicas. Estos fenómenos son mucho más prevalentes en el Norte, mientras que en el Sur las identidades que tienen siglos de antigüedad continúan proporcionando este refugio. Lo principal aquí es que el primer grupo está luchando porque no quiere alterar su forma de vida, y el segundo está reaccionando porque se les está excluyendo. Si al primer grupo se le ofrece un lugar en el crecimiento económico, lo rechazará; el segundo, en cambio, lo aceptará. Desde la perspectiva de las políticas de desarrollo, este grupo tan diverso es el que requiere acciones para estimular su propio desarrollo, pero ligado a la economía de alta velocidad de tal modo que se evite su desvinculación involuntaria con respecto a ésta.

El tercer factor que crea tendencias centrífugas, derivado del proceso que se explicó arriba pero que resulta útil distinguir desde el punto de vista analítico, es la cercanía con el poder. Las identidades culturales han sido y siguen siendo utilizadas para movilizar con fines de liberación, para obtener poder en la política nacional, o para concentrar las fuerzas políticas macrorregionales. El nacionalismo —tanto en los estados-nación como en las "nacionalidades" dentro de los sistemas socialistas— y los etnicismos están siendo esgrimidos como estandartes en esta lucha. En algunos casos, los grupos están exigiendo una mayor autonomía política en una gran variedad de movimientos —para analizar cuáles requeriríamos aquí de mucho espacio—, por ejemplo: los irlandeses, los vascos, los armenios, los sij o los caledonios. En otros casos, están combinando la defensa reli-

giosa con la influencia regional, como en el caso de Irán. Lo principal es que, en contraste con el primer grupo, la identidad cultural no es un fin en sí mismo sino un medio para alcanzar algún propósito político.

Por último, las tendencias centrífugas también entran en juego cuando se utiliza la identidad cultural para defender los mercados nacionales. Cuando el gobierno británico lanzó su campaña "Compra productos británicos" a finales de los años sesenta, abrió el camino para una gran variedad de campañas proteccionistas en la guerra comercial entre economías rivales.

Debemos tener en mente, entonces, estas cuatro tendencias diferentes al preguntarnos si la pluralidad y la diversidad serán o no parte de la nueva organización mundial. Ciertamente lo serán. El mejor ejemplo para contradecir a quienes argumentan que más desarrollo y más medios de comunicación significan automáticamente más homogeneización cultural, es el de la propia Europa: pese a su avanzado desarrollo industrial y sus comunicaciones de amplio alcance, todavía se hablan allí 3 mil lenguas y las voces de las minorías culturales siguen estando muy vivas.

En el futuro próximo, es muy probable que los cuatro procesos descritos arriba continuarán influyendo en los sucesos sociales y políticos, llevando a acciones y a reacciones a las tendencias macroeconómicas. Sin embargo, una economía que provoque mayor desigualdad exacerbará estos conflictos porque hay una alta probabilidad de que la marginación profundice las fronteras de clase social y étnicas preexistentes, haciendo que las disparidades del crecimiento económico se perpetúen a través de la discriminación social y étnica. Ésta sería, por ende, una fórmula para la inestabilidad política crónica y la lucha social en todos los países.

Desde el punto de vista de las políticas, la prioridad para evitar estos riesgos es modificar la legislación o crear una nueva, sobre todo en los países del Hemisferio Sur, a fin de garantizar una participación política equilibrada de todos los grupos étnicos, así como otorgar autonomía, en la medida de lo posible, a las regiones y grupos que la demandan. No obstante, algunos líderes minoritarios están exigiendo incluso que se desmantele la organización de los estados-nación, y les hacen eco quienes ven los nuevos bloques geoeconómicos como los principales actores políticos en el escenario mundial. En mi opinión, tal desmantelamiento no sólo es poco realista sino también indeseable. Los estudios científicos han demostrado

que la diversidad social y cultural es un rasgo inherente de la especie humana, así como de las especies animales, y que bastan unas pocas generaciones de aislamiento relativo para que se forme una nueva cultura y una nueva organización social. Pero los patrones de crecimiento demográfico, la inventiva y la agresividad —por mencionar tan sólo algunos rasgos— de los grupos humanos varían considerablemente, y por ende se requieren reglas de organización política de alcance geográfico mediano para atenuar y resolver los conflictos. De hecho, esto es lo que los estados-nación siempre han tratado de lograr. Ello significa que el Estado debe responder a las demandas de las minorías culturales para evitar el estallamiento de sus naciones.

Una cuestión especial: el conocimiento para sustentar el desarrollo

Otra área crucial para el desarrollo, particularmente en el Hemisferio Sur, pero que se pierde en los intersticios entre la tecnología y la etnicidad, es la del conocimiento. Me refiero específicamente al conocimiento llamado tradicional local, empírico o anticientífico, que sin embargo es de vital importancia para el desarrollo.

A este respecto, es importante subrayar que las condiciones actuales del sistema internacional están haciendo que la gente de los países del Hemisferio Sur sean más pobres en recursos económicos, pero también en la pérdida de sus conocimientos ancestrales y, lo que quizás es peor, les está restando la confianza necesaria para poder continuar creando conocimientos. Esta tendencia fomentará, de hecho, un sesgo en la riqueza cognitiva e intelectual sin precedentes en un mundo que ha tenido una historia intelectual y científica multipolar: Egipto, Mesopotamia, la India, el Imperio Incaico, Mesoamérica, China, Benín, los Califatos islámicos, Grecia y Europa. Nunca en la historia ha sido región alguna la única creadora perpetua del conocimiento.

Porque si bien se contempla para el futuro la multipolaridad económica, ¿acaso no se está imponiendo de manera insidiosa una monocultura científica y tecnológica? Pero no nos confundamos: no se trata de dejar de reconocer los extraordinarios logros de la ciencia y la cultura occidentales. Sin duda, Occidente creó, a través del racionalismo y la laicidad, las condi-

ciones intelectuales para sustentar el progreso científico. Pero es cuestión de verlo con claridad: su gran Era del Descubrimiento —cuyo 500 aniversario todos están ansiosos de celebrar en 1992— también fue su Era de la Apropiación de los recursos del mundo. Todo el mundo piensa de inmediato en los recursos económicos, pero rara vez se toman en cuenta los enormes recursos intelectuales que Europa tomó igualmente del Oriente, del Sur y de todas partes.

Porque, desde la época isabelina —y hay quienes incluso creen que éste fue uno de los inventos cruciales para el advenimiento de la ciencia y del capitalismo—, los científicos e intelectuales europeos han sido escrupulosamente protegidos en lo que atañe a sus derechos creativos y recompensados por sus esfuerzos, los cuales les han requerido mucho tiempo. Compárese eso con el hecho de que los descubridores e intelectuales "tradicionales" del Hemisferio Sur nunca han obtenido el más mínimo reconocimiento de sus derechos de propiedad intelectual ni de sus descubrimientos e inventos, y esta situación se mantiene hasta la fecha.

Las corporaciones y los científicos del Norte exigen que se respeten sus patentes en los países del Sur. Pero ¿dónde están todas las patentes de todos los productos creados por mujeres del Sur y las de todas las ideas que el Norte ha tomado de esos países en los últimos cinco siglos? Y hoy, ¿qué significan las patentes cuando, por ejemplo, la patente de una planta de una corporación del Norte se hace con germoplasma tomado del Sur, quizá también utilizando el conocimiento etnobotánico del Sur y acaso valiéndose, a través de la fuga de cerebros, de las mentes más lúcidas, nacidas, alimentadas y educadas en el Sur?

En todo caso, la cuestión principal es que la distribución mundial de la capacidad de seguir creando conocimiento está en riesgo y se deterioraría aún más en una economía que polariza. Porque el Norte no sólo concentra todos los recursos financieros, institucionales e intelectuales para la investigación sino que, para desarrollarse, continúa acumulando además los recursos físicos e intelectuales del Sur.

Es verdad que también los gobiernos de los países del Sur están en falta. La destrucción ecológica, la discriminación cultural, la insensibilidad de los gobiernos y la indiferencia pública con respecto al conocimiento local y tradicional están destruyendo una riqueza cuya acumulación ha tomado milenios.

Es difícil exagerar lo que significará esta pérdida del conocimiento en términos de la civilización humana. Los biólogos advierten con urgencia que, para decirlo en palabras de E. Wilson (1984, p. 121):

> Lo peor que ocurrirá probablemente —y que de hecho ya está sucediendo— no es el agotamiento ambiental, el colapso económico, la guerra convencional ni la expansión de los gobiernos totalitarios. Si bien estas catástrofes serían terribles para nosotros, es posible repararlas en unas cuantas generaciones. El proceso que se encuentra ya en curso y cuya rectificación requerirá millones de años es la pérdida de la diversidad genética y de múltiples especies como consecuencia de la destrucción de sus hábitats naturales. Ésta es, probablemente, la locura que menos nos perdonarán nuestros descendientes.

En el ámbito de la cultura, el equivalente preciso de esta pérdida de diversidad genética y de especies es la pérdida de la diversidad del conocimiento humano y de las tradiciones culturales.

Es cierto que los seres humanos tenemos la capacidad de adaptarnos a ambientes rápidamente cambiantes, gracias a que creamos nuevo conocimiento todo el tiempo. Sin embargo, este don de la adaptación se basa en la capacidad única que tenemos los seres humanos, al menos por encima de las plantas y, todavía, de las computadoras: la capacidad de aprender de la experiencia. Si esta experiencia, en sus diversas formas de conocimiento local o tradicional —en relación con la farmacopea, la ecología, la botánica, zoología, agronomía, caza, pesca y recolección de frutos, las terapias fisiológicas y psicológicas y los sistemas de símbolos—, se borra del libro de la historia humana, el resultado será un empobrecimiento no sólo en términos absolutos sino de las posibilidades de aprender de la experiencia para lograr el avance científico y social.

No se trata ya solamente de reconocer que la etnociencia proporciona recursos importantes para desarrollar después en laboratorios sofisticados y, ser, por cierto, patentados. Es igualmente cierto que, independientemente de cuán refinados sean los productos de los laboratorios científicos o de las salas de seminarios, toda la tecnología, los modelos administrativos y las políticas económicas tienen que ser adaptados, moldeados y combinados con el conocimiento local si han de tener éxito en ambientes geoecológicos, políticos y sociales diferentes. De hecho, algunos de los peores ejemplos de los fracasos en el ámbito del desarrollo tienen su origen en la falta de atención a las condiciones locales.

Las políticas que se apliquen, muy especialmente en la década de los noventa, deberán ocuparse de conservar activamente esta diversidad de conocimientos. Esto se puede lograr, entre otras cosas, utilizando la sofisticación de la informática para registrar, clasificar y difundir estas bases de conocimiento, así como para crear conciencia y apoyar proyectos entre las poblaciones locales de modo que éstas puedan atesorar y conservar este conocimiento para su propio avance.

Resumen de las propuestas de políticas

Si el marco de referencia en el que abordamos las nuevas tendencias mundiales es global y holístico, la búsqueda de metas compartidas también tienen que ser global y holísticamente objetivos. Las formas que adoptaron las ideologías políticas en el siglo XX ya es obsoleta ahora, pero esto no significa que los principios que guiaron a muchas de ellas lo sean. En las próximas décadas se les debe dar nueva forma a los mejores de estos principios, como son: la equidad, la democracia, la libertad de elección y los derechos humanos y civiles. *Le pari:*[1] el reto es dar forma a algo que aún no ha nacido pero que nacerá al tiempo que se le pone a prueba.

¿Cómo inducir este nacimiento? Pues, apoyando la investigación multidisciplinaria y las políticas en beneficio de todos, incluyendo a participantes de ambos hemisferios, a fin de replantear los objetivos e instituciones sociales y culturales sobre una base global. Por supuesto, como lo han propuesto muchos participantes de este seminario, tiene prioridad inmediata la generación de políticas ambientales y de gestión financiera y económica sustentables.

Es igualmente importante crear, a través de los medios masivos de comunicación tanto en el Norte como en el Sur, una mayor conciencia pública de la necesidad de un enfoque global en el cual la responsabilidad y los beneficios compartidos se negocien con miras a un desarrollo mundial sustentable.

Por lo que se refiere a la sustentabilidad social, se deben dirigir los esfuerzos de las investigaciones hacia incorporar el costo económico de no

[1]En francés, *pari* es un reto, pero también significa apostar por algo que se desea.

atender los problemas sociales en los modelos de desarrollo económico. Éste es, en parte, un problema metodológico, cuya solución se debe enfocar primeramente en la creación de datos duros sobre estos fenómenos.

En cuanto a las políticas, conjuntamente con atención y seguridad social para los grupos más vulnerables, éstas deben fomentar lo que podríamos denominar la "libertad de inventiva", es decir, la capacidad de crear nuevos medios de subsistencia, de organización, de imaginación. ¿Cómo? Entre otras cosas, proporcionando crédito a las microindustrias, sobre todo para las mujeres que son jefas de familia, y para microproyectos agrícolas y pesqueros sólidos; promoviendo nuevos esquemas organizados en la agricultura de alta tecnología que estimulen la interdependencia negociada en lugar del control vertical; acelerando y ampliando la difusión de los conocimientos basados en las nuevas tecnologías y en los movimientos del mercado; renovando y fortaleciendo los vínculos de comunidad, de parentesco y de solidaridad social, los cuales seguirán proporcionando a las personas un sentido de pertenencia. Pero que no sean opresivos y represivos para las mujeres.

Con respecto a la sustentabilidad cultural, necesitamos una mayor conciencia de que, en última instancia, el significado y el propósito son los dos únicos rieles que permiten organizar a los seres humanos en forma colectiva. ¿Puede la cultura occidental proporcionar por sí sola las respuestas para las metas de desarrollo a nivel mundial? No creo que esto sea posible en el mundo actual. Las respuestas tienen que surgir de un diálogo constante entre las diversas culturas a través de la ciencia y de la invención de nuevas posibilidades.

Por último, como ya se mencionó, hay que llevar a cabo un esfuerzo masivo en todo el mundo para registrar los conocimientos locales y tradicionales, sobre todo en aquellas regiones en las que las presiones de los intereses particulares y de los medios están barriendo con las herencias de observación y de invención que se han acumulado a lo largo de siglos. Esto se puede hacer de manera rápida utilizando computadoras y métodos etnográficos. Idealmente, se pueden realizar proyectos con las propias comunidades —sobre todo con la colaboración entre los jóvenes y los ancianos— para hacer un registro de los legados de sabiduría de estos últimos.

El momento de tomar decisiones difíciles

En términos generales, evitar una creciente desigualdad que separe aún más a los más ricos de los más pobres, requiere romper las barreras jurídicas, políticas, científicas y culturales que polarizan el uso de los recursos. En acciones concretas, equivale a expandir los servicios educativos; preservar, reconocer y adaptar los conocimientos locales; promover la democracia; eliminar la discriminación étnica, y abrir los medios masivos de comunicación a la participación local, entre otras cosas. Es importante señalar que esto no significa dar limosnas: significa reconstruir capacidades de pensar y de hacer.

Como recientemente lo subrayó James Grant, director de la UNICEF, estamos en un momento en el que hay que tomar decisiones difíciles. Ahora todavía estamos a tiempo de elegir entre un modelo de desarrollo global al estilo del *apartheid*, con toda su inestabilidad, pobreza y sufrimiento, y un modelo en el cual el proceso constituya un fin en sí mismo por el momento y un camino participativo hacia el futuro. Me parece que el segundo es nuestra única opción: aun cuando no sepamos hacia dónde nos dirigimos, sí podemos decidir cómo avanzar.

Fuentes consultadas

WILSON, E. O. (1984), *Biophilia*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Capítulo 8

LAS DIMENSIONES SOCIALES DE LA POBLACIÓN*

Lourdes Arizpe
Margarita Velázquez**

Mientras que la comprensión científica del cambio medioambiental y el demográfico, estudiados por separado, está aumentando de forma espectacular, nuestra capacidad para vincular a ambos de alguna manera sintética y holística está a la zaga. El argumento central de este estudio será que la comunidad científica no puede utilizar modelos y metodologías actuales para comprender la relación dinámica entre población y ambiente, sino que necesita un nuevo marco de referencia. Este nuevo marco deberá ampliar las definiciones clave de asuntos y conceptos y proponer nuevos métodos para investigarlos. La población, por ejemplo, no puede ser limitada a tamaño, densidad, tasa de aumento, distribución de edad y proporciones de sexo de la población, sino que además debe incluir el acceso a recursos, los modos de sustento, las dimensiones sociales del género, y las estructuras de poder. Es necesario explorar nuevos modelos en los que el control demográfico no es simplemente una cuestión de planificación familiar, sino una de planificación social y política (Naciones Unidas, 1990, pp. 202-216; Jacobson, 1988, pp. 152-154); en los que el uso dispendioso de recursos no consiste simplemente en encontrar nuevos sustitutos, sino en cambiar los estilos de vida de altos ingresos (Praderas, 1988, pp. 332-349; Repetto, 1987) y en los que el control de la contaminación no es simplemente un asunto de "el contaminador paga", sino también de control de emisiones, y que a su vez está asociado con procesos políticos y sociales.

*Cuaderno de trabajo del CRIM.

**Muchas de las ideas expresadas en esta sección se examinaron en las reuniones del proyecto SSRC/1SSC/DAWN descrito en el prólogo. Nuestro agradecimiento a Richard Rockwell, Gita Sen, William Clark, Rosina Wiltshire y Alberto Palloni.

Éstos deben ser modelos en los que la sostenibilidad es considerada no sólo como un proceso adicional mundial, sino como uno que integra los objetivos de las políticas de modos de vida sostenibles para una mayoría de pobladores locales.

Esto es una empresa de proporciones no despreciables, y sin embargo los desafíos teóricos y empíricos suscitados por el cambio ambiental global son en sí mismos de una magnitud enteramente nueva. Aunque en un plano mundial muchos reconozcan el desafío de armonizar el crecimiento demográfico y las expectativas humanas con la tasa en que los recursos naturales del planeta son utilizados o contaminados, carecemos de modelos con los cuales comprender y planificar estos cambios. El control humano del ambiente está siendo rebasado por nuevos fenómenos inesperados —el efecto invernadero, que lleva al cambio climático, y el agotamiento del ozono— o por los efectos acumulativos de viejos fenómenos —la desertificación, la pérdida de diversidad biológica y cultural y la erosión de los suelos, entre otros. Los humanos son ahora vulnerables a peligros naturales y de origen humano de un orden diferente, nunca antes visto.

Tres factores distinguen lo que encaramos hoy de los desafíos del pasado. Primero, la escala de dichos fenómenos es mucho más grande y el número de personas que serán afectadas por estos cambios no tiene precedentes históricos. En segundo lugar, aunque la mala gestión ecológica sí se daba en el pasado, las poblaciones podían optar por la emigración. Ahora, en cambio, no queda un solo lugar adonde ir. En tercer lugar, las desigualdades naturales en la distribución geográfica de los recursos han sido agravadas aún más por la concentración de capital productivo en las naciones industrializadas y en los círculos de élite de los países menos desarrollados.

Un desafío como éste, de magnitud y complejidad mayores a las que la humanidad ha tenido que encarar en el pasado, requiere de conceptualización y planeación en un nivel más incluyente y complejo. Pero carecemos de los marcos científicos y políticos apropiados: los problemas tienden a ser elaborados y tratados con relación a explicaciones con un factor único, y a resultar en acciones simplistas. Creer, por ejemplo, que la población es la causa clave de la degradación ambiental es un argumento reduccionista que lleva a políticas concebidas con un concepto estrecho. La complejidad de los problemas implicados requiere realmente de un debate sobre el planeamiento político y económico para un mundo global.

Este capítulo sostiene que el debate sobre población-medio ambiente ha llegado a un punto de estancamiento porque se ha convertido en una cuestión de toma de partido en vez de explorar a profundidad la complejidad de los problemas. Por otro lado, la tendencia a utilizar modelos mecanicistas y predictivos está fuera de lugar dado el nivel de incertidumbre. Las cuestiones de población han sido descontextualizadas de los ambientes sociales reales, así como de los problemas más generales y más profundos relativos a la nueva estructura económica y política que está surgiendo en el mundo y su relación con la base de recursos del planeta.

Algunos podrán argumentar que empeñarse en el análisis de asuntos tan vastos puede distraer de la necesidad urgente de actuar en cuanto a los problemas de población. La experiencia demuestra, sin embargo, que las soluciones en políticas públicas enfocadas exclusivamente a disuadir el crecimiento demográfico en el corto plazo son ineficaces comparadas con reformas económicas y sociales de mayor alcance. La tarea más urgente, entonces, es la de establecer una jerarquía de objetivos —económicos, ecológicos, sociales y culturales— para orientar mejor el potencial de acción ya existente.

En la actualidad, el desorden en el debate sobre la población y el uso de recursos ha sido atribuido a la falta de datos confiables y a la incertidumbre de las predicciones. Pero también se asocia con el fracaso para analizar tendencias de población *en relación con otros procesos*. Este capítulo sostiene, por consiguiente, que todas las transiciones demográficas han estado encastradas en transiciones socioeconómicas más amplias; que el crecimiento demográfico no es una fuerza *motora* sino una fuerza *acelerante* excepto bajo circunstancias poco frecuentes en las que todas las otras condiciones permanecen estáticas; y que el crecimiento demográfico sólo puede ser comprendido analizándolo en relación con tasas del crecimiento en el consumo de los recursos naturales y productivos. Por último, sostenemos, como muchos otros, que limitar el crecimiento demográfico sólo puede ocurrir a largo plazo con planes para el desarrollo *sostenible* a escala nacional, regional y mundial (Ehrlich, 1989, pp. 19- 27; Ehrlich y Ehrlich, 1991; Keyfitz, 1991 y 1991b; Costanza, 1991; Leff, 1990; Little y Horowitz, 1987; Toledo, 1990; Maihold y Urquidi, 1990).

Las transiciones demográficas en Norteamérica y Europa Occidental a fines del siglo XIX estuvieron ligadas a mejores niveles de servicios médicos y nutrición, los que llevaron a un descenso en la mortalidad debido a enfermedades contagiosas (Demeny, 1990, pp. 41-54; Lutz y Prinz, 1991). Pero fueron posibles gracias a varios cambios interrelacionados, entre ellos el cambio de una sociedad agrícola a una sociedad urbana-industrial; y por cambios correlativos en la composición familiar, la edad de casamiento, y la educación.

Por contraste, el descenso en la mortalidad en países menos desarrollados en la segunda mitad del siglo XX se ha dado principalmente a consecuencia de mejores servicios médicos y de salud, en muchos casos no acompañados por transformaciones sociales, económicas y políticas. Dado que estas transiciones socioeconómicas han ocurrido de manera desigual, con frecuencia sin equidad, y a veces han sido revertidas, las transiciones demográficas en estos países no han concluido, especialmente en África.

Algunos autores creen que una transición demográfica general está ya en camino. Mian Simon (1990), por ejemplo, afirma que las tasas de fecundidad han disminuido en países de todo el mundo. Otros rechazan esta visión optimista o creen que tales transiciones ocurren demasiado lentamente (Ehrlich, 1989; Ehrlich y Ehrlich, 1991; Grant y Tanton, 1981). Las cifras recientes, de hecho, muestran que en todo el mundo el índice de natalidad decreció de 33.9 (1950-1970) a 27.1 (1985-1990), mientras que la tasa total de fecundidad disminuyó de 5.9 a 3.3 durante ese mismo periodo (World Resources Institute, 1990, p. 256) (véase cuadro 1).

Lutz y Prinz indican que las proyecciones para los próximos 30 años son en realidad bastante seguras, ya que son insensibles a cambios menores en la mortalidad, la migración y la fecundidad (1991). En la gráfica 1, resumen las proyecciones de acuerdo con diferentes escenarios. Se estima que la población mundial alcanzará alrededor de 8 mil millones para el año 2010 (Fondo de Población de las Naciones Unidas, 1991, pp. 3, 48; Departamento de Asuntos Económicos y Sociales Internacionales de las Naciones Unidas, 1989; Demeny, 1990, p. 41; Sánchez, 1989, p. 16; Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1990, p. 166).

Cuadro 1
Tendencias de la fecundidad en el mundo en vías de desarrollo

Año	*Núm. promedio de nacimientos/mujer*
1950-1955	6.1
1955-1960	6.0
1960-1965	6.1
1965-1970	6.0
1970-1975	5.4
1975-1980	4.5
1980-1985	4.2

Fuente: Bongaarts, Mauldin y Phillips (1990).

Como Lutz y Prinz subrayan, el *impulso* del crecimiento demográfico tiene que ser tomado en cuenta —la estructura de edad de una población en rápido crecimiento es tan joven que incluso si la fecundidad por mujer disminuyera a un nivel muy bajo, el número creciente de mujeres jóvenes que ingresan a las edades reproductivas causará que la población crezca aún más por bastante tiempo (1991). Para el año 2050 y más allá, las proyecciones comienzan a variar de 8 a 14 mil millones y divergen aún más extensamente para el próximo siglo después de eso (Lutz y Prinz, 1991).

¿Qué significan los números de población?

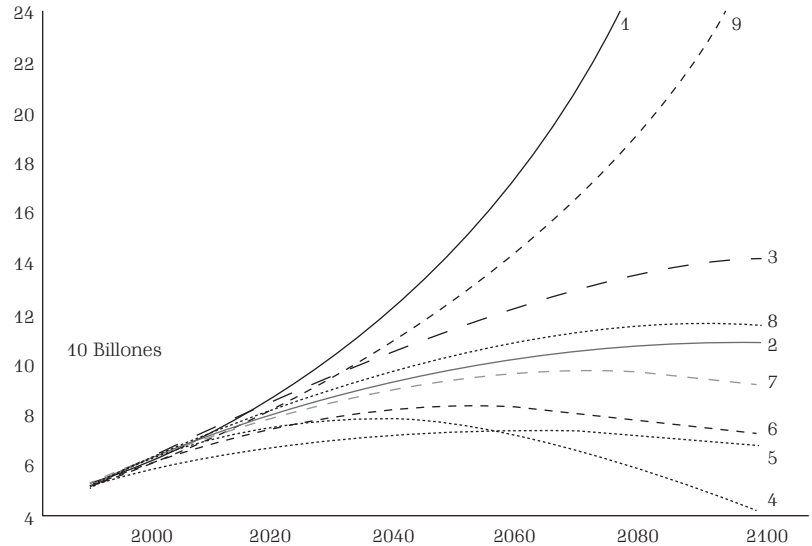
El concepto de población como número de cuerpos humanos es de un uso muy limitado para comprender el futuro de las sociedades en un contexto global. Es lo que estos cuerpos hacen, lo que extraen y devuelven al ambiente, el uso que hacen de la tierra, de los árboles y del agua, y el impacto que tiene su comercio e industria en sus sistemas sociales y ecológicos, lo que es crucial (Demeny, 1988, p. 217; Harrison, 1990; Duming, 1991).

Una tentativa temprana por establecer este vínculo se hizo estimando la capacidad de carga del planeta. Las aproximaciones variaron mucho, pasando de 7.5 mil millones (Gilland, 1983, pp. 203-211), 12 mil millones (Clark, 1958, pp. 32-35), 40 mil millones (Revelle, 1976, pp. 165-178), a 50 mil millones (Brown, 1954). El problema fundamental es, por supuesto,

cómo establecer el nivel apropiado de kilocalorías para cada ser humano (Blaxter, 1986).

"Para los humanos, una definición física de necesidades puede no ser pertinente. Las necesidades y las aspiraciones humanas están determinadas culturalmente: pueden crecer y crecen para abarcar una cantidad creciente de 'bienes', mucho más allá de lo que es necesario para la mera supervivencia" (Demeny, 1988, pp. 215-216).

Gráfica 1
Población mundial total proyectada 1990-2100 según escenarios



Escenarios
1. Tasas constantes; tasas de fecundidad y mortalidad constantes 1985-1990
2. Variante Media de la ONU; fuerte descenso de fecundidad y mortalidad hasta 2025, luego constante
3. Descenso lento de la fecundidad; descenso de fecundidad de la ONU pospuesto 25 años, mortalidad media de la ONU
4. Descenso rápido de la fecundidad; TGF=1.4 en todo el mundo en 2025, mortalidad media de la ONU
5. Fecundidad de recambio inmediato; TGF asumida=2.1 en 1990; mortalidad media de la ONU
6. Mortalidad constante; TGF=2.1 en todo el mundo en 2025, mortalidad constante
7. Descenso lento de la mortalidad; descenso de mortalidad de la ONU pospuesto 25 años, TGF=2.1 en 2025
8. Descenso rápido de la mortalidad; esperanza de vida de 80/85 años y TGF=2.1 en 2025
9. Tercera crisis mundial; fecundidad constante y 10 por ciento de aumento en la mortalidad en África y Asia del Sur; TGF=2.1 en 2025 y mortalidad de la ONU para el resto del mundo

Nota: TGF es la Tasa Global de Fecundidad (= número medio de hijos por mujer).
Fuente: W. Lutz y C. Prinz, 1991.

Otros autores hacen notar que el concepto de capacidad de carga y de mecanismos de autorregulación aplicados a poblaciones animales no deben extrapolarse a las poblaciones *humanas* (Sánchez, 1989, p. 26), y sostiene que los cambios socioeconómicos, tecnológicos o ambientales son tan decisivos para alterar la capacidad de carga que el concepto mismo es de uso limitado (Blaikie y Brookfield, 1987). Un ejercicio más apropiado, entonces, debe ser el de tratar de desarrollar sistemas de contabilidad mundial que establezcan relaciones entre la población, el uso per cápita de recursos, y la distribución de la riqueza.

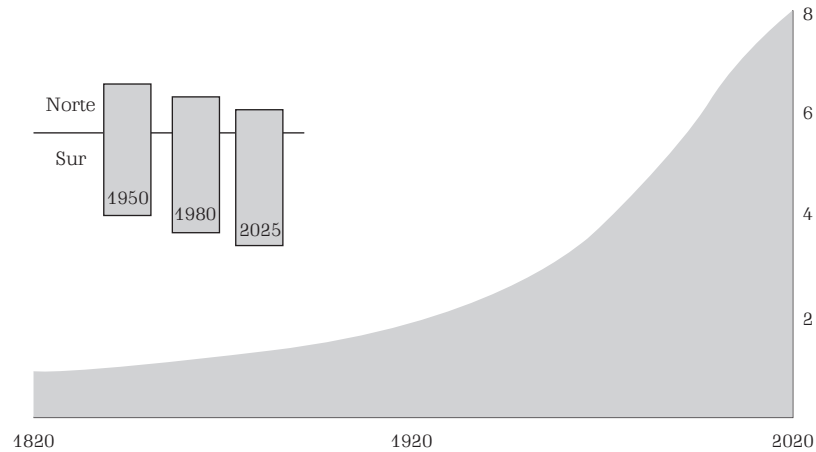
Un enfoque diferente es adoptado por quienes tratan de pronosticar los impactos socioeconómicos y ambientales de las proyecciones de población. Gordon y Suzuki, en su evaluación del cambio ambiental de 1991, presentan un escenario difícil para el año 2040: sobrepoblación, aire irrespirable, altas temperaturas, desertificación, pérdida de tierras debida a la erosión y aumento en el nivel de los mares, revueltas por alimentos en el Tercer Mundo, etcétera. Insisten en que las "verdades sagradas" que afirman que la tierra es infinita y que el progreso es posible deben ser desechadas.

Otro tema es el crecimiento demográfico diferenciado de las regiones y de diversos grupos étnicos y religiosos dentro de los países. Aquí, la población se superpone con procesos políticos. La gráfica 2 muestra la diferencia en la proporción de población entre el Norte y el Sur basada en suposiciones "medias" de crecimiento de las Naciones Unidas (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1990). Para el año 2010, seis de cada siete personas vivirá o habrá nacido en países menos desarrollados del Sur (FAO, 1990) (véase cuadro 2). Tal crecimiento diferenciado es visto cada vez más como una posible amenaza para los países del Norte (Grant y Tanton, 1981).

Durante los últimos años, el crecimiento demográfico ha sido considerado cada vez más como la fuerza motora en la degradación ambiental, en el aumento de la contaminación, y en provocar conflictos internacionales —por ejemplo, sobre el agua en el Cercano Oriente (Myers, 1987). Es interesante notar que al ligar crecimiento demográfico al agotamiento ambiental, las disparidades en la base natural de recursos y en la distribución de bienes y servicios en sociedades diferentes son dejadas con frecuencia fuera de la imagen. Parecería, de hecho, que se utiliza, a veces, el creci-

miento demográfico para compensar las disparidades y las injusticias existentes. Para comprender esto, deben analizarse los números de población en concordancia con los indicadores de desarrollo humano. Regresaremos a este punto más tarde.

Gráfica 2
Tendencia mundial de la población y distribución Norte-Sur (miles de millones de personas)



Fuente: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1990.

El debate sobre la población

El debate sobre la población se ha polarizado en dos posiciones principales. Una posición sostiene que la creciente población es la principal fuerza motora que amenaza los recursos finitos del planeta. Paul Ehrlich menciona que el consumo excesivo, que aumenta la dependencia en tecnologías poco sólidas ecológicamente para proveer ese consumo, y un acceso desigual a los recursos y la pobreza desempeñan un papel mayor en las crisis ambientales (Ehrlich, 1989). Concluye que "la clave para entender la sobrepoblación no es la densidad de población sino el número de personas en un área con respeto a sus recursos y la capacidad del medio ambiente para sostener las actividades humanas" (Ehrlich y Ehrlich, 1991, pp. 38-39). Otras visiones mucho más extremas en esta posición han comparado

la expansión de la población humana a un crecimiento canceroso dirigido a matar a su planeta huésped (Hem, 1990, p. 30) o a un frasco de levadura, que produce alcohol, el cual finalmente la mata (Grant y Tanton, 1981).

Cuadro 2
Indicadores de población para las principales regiones del mundo

Región:	*Población millones 1990*	*Av. Tasa de crecimiento (por ciento) 1990-1995*	*TMI* por 1,000 1990*	*Por ciento urbano 1990*	*Por ciento de crecimiento urbano 1990/1995*
Mundo	5,292.2	1.7	63	45	3.0
"Norte"	1,206.6	0.5	12	73	0.8
"Sur"	4,084.6	2.1	70	37	4.2
África	642.1	3.0	94	34	4.91
Norteamérica	275.9	0.7	8	75	1.0
América Latina	448.1	1.9	48	72	2.6
Asia	3,112.7	1.8	64	34	4.2
Europa	498.4	0.2	11	73	0.7
Oceanía	26.5	1.4	23	71	1.4
URSS	288.6	0.7	20	66	0.9

*Tasa de mortalidad infantil.
Fuente: C. La Salvia y M. Redclift (1991).

Sin embargo, se han reportado estudios de casos que indican que "no hay relación lineal entre una población y una densidad crecientes, y estas presiones [hacia la degradación de la tierra y la desertificación]" (Caldwell, 1984). De hecho, un estudio encontró que la degradación de la tierra puede ocurrir por una presión creciente de la población sobre los recursos (PPR), con una PPR en disminución, y sin PPR (Blaikie y Brookfield, 1987). Por lo tanto, la agenda científica debe mirar hacia modelos más complejos y sistémicos en los que los efectos de las presiones de población puedan ser analizados en relación con otros factores (García, 1990). Esto nos permitiría diferenciar entre la población como una causa "próxima" de degradación ambiental, y la concatenación de efectos de población con otros factores, como la causa "última" de tal degradación (Banco de Desarrollo Asiático,

1990). Otros autores igualmente preocupados por el crecimiento demográfico ponen mayor énfasis en mejorar la suerte de la humanidad (Eckholm, 1982).

La otra posición sostiene que el crecimiento demográfico puede ser tratado con soluciones tecnológicas que la creatividad humana seguirá encontrando (Simon, 1990; Kasun, 1988). Una vista aún más optimista, originalmente planteada por Hirschman, consideraba que las tasas altas de crecimiento demográfico estimulaban el desarrollo económico al inducir cambios tecnológicos y organizativos (1958).

Esta posición, sin embargo, ignora los peligros de agotamiento ambiental implícitos en un crecimiento económico sin control: aumentos en el consumo y poblaciones en rápido crecimiento que pueden imponer una carga muy real a los recursos de la tierra y producir tensión social y política por el control de dichos recursos. Esta posición también hace la suposición dudosa de que la creatividad tecnológica tendrá los mismos resultados en el Sur que en el Norte. Por último, descuenta en gran medida la importancia de la pérdida de la biodiversidad —una pérdida que es irrevocable y cuyas consecuencias para el hombre son todavía desconocidas.

Ninguna de las dos posiciones, según ciertos autores, representa los últimos adelantos de la comprensión científica (Johnson y Lee, 1987; Repetto, 1987). Otros autores indican que "la población no es una variable pertinente" en función del agotamiento de los recursos, y ponen el énfasis en la desigualdad de ingresos, es decir la pobreza, como un factor más importante (Gallopin, 1990; Leff, 1990). Más específicamente, el consumo de recursos, en particular el sobreconsumo por los ricos, es considerado por muchos autores como el factor clave del agotamiento ambiental (Hardoy y Satterthwatte, 1991; Harrison, 1990; Duming, 1991). Los países de la OCDE representan tan sólo el 16 por ciento de la población del mundo y el 24 por ciento de las áreas terrestres; pero sus economías equivalen aproximadamente al 72 por ciento del producto bruto mundial, al 78 por ciento de los vehículos automotores, y al 50 por ciento del uso mundial de energía. Generan aproximadamente 76 por ciento del comercio internacional, 73 por ciento de la exportación de productos químicos, y 73 por ciento de las importaciones de productos forestales (OCDE, 1991). El principal instrumento de corto plazo de las políticas públicas en este caso es reducir el consumo.

Por último, una postura "revisionista" afirma que "ni el alarmismo ni la complacencia total respecto al crecimiento demográfico pueden sostenerse en las pruebas actuales" (Kelley, 1986, pp. 563-567). Este autor cita el juicio sumario de Kuznets:

> no tenemos coeficientes empíricos probados, ni aún aproximados, con que medir los diversos aspectos positivos y negativos del crecimiento demográfico. Aunque podemos ser capaces de distinguir las ventajas y desventajas, muy pocas veces conocemos el carácter de la función que los relaciona con diferentes magnitudes del crecimiento demográfico.

De manera importante, ciertos estudios demográficos históricos han demostrado que no puede establecerse ninguna correlación simple entre población y transformaciones ambientales. En el volumen *The Earth Transformed by Human Action* (*La tierra transformada por la acción humana*), los investigadores encontraron que la escala de tiempo de la variabilidad de la población es asíncrona con transformaciones y recuperación ambientales determinadas (Whitmore *et al*., 1990, p. 37). En consecuencia, los autores enfatizan "la necesidad de ser precavidos al utilizar la población como un simple sustituto de la transformación ambiental" (Whitmore *et al*., 1990, p. 37).

También encontraron pruebas de divergencia entre tendencias mundiales y regionales de población y concluyeron que "si la experiencia de los cambios regionales de población en el pasado y sus transformaciones ambientales conexas tienen aplicabilidad para el futuro, el 'nivelamiento' proyectado de la población a nivel mundial no debe disminuir la escala y la profundidad del cambio ambiental mundial. Esto es especialmente cierto a escala regional o local, donde el crecimiento demográfico mundial cero (de población o de transformación) no necesita ir acompañado de un equilibrio local o regional" (Whitmore *et al*., 1990, p. 37). Además, advierten que "los descensos regionales de población son posibles, potencialmente brutales, e incluso probables acompañamientos del crecimiento demográfico cero a escala mundial" (Whitmore *et al*., 1990, p. 37).

Más allá de un debate bipolar sobre población, debemos, entonces, desarrollar una comprensión más clara de lo que significan los números de población en diferentes contextos sociales.

Lo que significan los números de población: migración y urbanización

Aunque los métodos intensivos de investigación etnográfica pueden apuntar a relaciones inesperadas y cruciales, el volver a pensar las preguntas también debe extenderse a nuevos ámbitos de la investigación. Mientras que la mayor parte de la teorización en torno al tema población-ambiente ha sido dirigido al crecimiento demográfico, otros procesos demográficos como la migración y la urbanización deben ser claramente integrados. Examinemos con fines ilustrativos algunas de las cuestiones macro que rodean estos procesos.

La extinción de las sociedades agrarias en todo el mundo, asociada con el aumento de la población, ha contribuido a provocar movimientos migratorios masivos en las últimas décadas. A principios de los años ochenta el número de emigrantes económicos se estimaba en alrededor de 20 millones; agregando un cálculo semejante para los emigrantes ilegales, quizás 40 a 50 millones de personas se desplazaron con la esperanza de tener una parte más grande de los beneficios del desarrollo mundial (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1990, p. 28). Se estima que en las primeras décadas del próximo siglo estos movimientos aumentarán y se diversificarán, añadiendo a sus contingentes refugiados ecológicos, que se desplazarán principalmente de Sur a Norte, pero también en regiones dentro del Sur (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1990, p. 28).

La pauta clásica de la emigración rural vinculada a los cambios de precios que llevaron a la desintegración de las economías campesinas europeas —y que mandó 52 millones de migrantes de Europa Central y Occidental al extranjero entre 1848 y 1912, aun cuando el crecimiento demográfico era lento (Brinley, 1961)— continúa siendo la principal fuerza impulsora de la emigración en muchos países en desarrollo. En la actualidad, se asocia con la caída en el precio de los productos agrícolas en el mercado mundial: en los años ochenta, las subvenciones en la Comunidad Económica Europea y otras economías desarrolladas para proteger a sus propios granjeros provocó la desintegración de las economías campesinas de muchos países del Sur, llevando a un éxodo rural masivo. Tales presiones también pueden llevar a los granjeros a realizar actividades poco

respetuosas del medio ambiente: deforestación, monocultivo, intensificación de las cosechas y uso excesivo de abonos o pesticidas, todos los cuales significan el agotamiento de los recursos naturales.

El crecimiento demográfico puede incrementar la frecuencia con que se llevan a cabo tales actividades, pero las estructuras que impulsan esas actividades son económicas y financieras, no demográficas. Si esto no fuera el caso, Europa no habría expulsado a tantos emigrantes al extranjero durante el último siglo.

La pregunta importante es qué sucederá cuando las fuerzas del mercado continúen integrando a las sociedades agrarias en un mercado globalizado, continuando así las presiones para la emigración rural. Las medidas para proteger a los granjeros del mercado han fallado en la mayoría de los países. A menudo éstos han transferido el problema a otros países, como ya se mencionó respecto a la CEE, de tal modo que una solución local de Europa Occidental a un problema económico y político ha detonado problemas locales de empobrecimiento, de emigración y de agotamiento de recursos en muchos países del Sur. Por otro lado, como en el caso de la deforestación, esto intensifica otro problema *mundial*.

Las sociedades agrarias tradicionales han respondido en incontables maneras, como una mayor autoexplotación en el trabajo, la disminución de la ingesta calórica, especialmente entre mujeres pobres rurales, la intensificación y la diversificación de actividades generadoras de ingresos, y la emigración permanente o recurrente —migración "golondrina" como es llamada en México (Arizpe, 1978, 1982).

Una pregunta importante es si el hecho de tener más hijos que sobreviven ha sido utilizado por los granjeros en esta lucha desigual para adaptarse a un mercado global. La respuesta es sí, en muchos sentidos; nos centramos en los que se relacionan con las estrategias de migración. Dado que los granjeros en las sociedades agrarias tradicionales no tienen más progenitura pero en vez de ello encuentran que más hijos sobreviven, lo que se les pide es que cambien una pauta antiquísima de reproducción. Esto requiere no sólo de un fuerte estímulo económico, que en el caso de más de mil millones de pobres rurales en el Sur no está allí, sino además un cambio cultural y político mediante el cual las personas rurales se sentirán partícipes de la nueva sociedad mundial que se está creando. Para los pequeños productores agrícolas familiares, es bien sabido que los hijos

tienen un valor económico en el trabajo de la granja. Adicionalmente, en décadas recientes, han sido útiles a sus familias en la migración de relevo, enviando remesas para compensar el déficit económico familiar (Arizpe, 1982). Esta estrategia, no obstante, es solamente posible cuando las ciudades ofrecen oportunidades ilimitadas de ganancia económica, lo que cada vez más ha dejado de ser el caso en muchas megaurbes de los países en desarrollo.

Así pues, las estrategias adaptativas para los modos de vida rurales en vías de desaparecer, dadas las condiciones actuales del mercado, son limitadas, así que puede asumirse que la emigración rural continuará aumentando y se dirigirá hacia las megaurbes y a destinos internacionales.

Las disparidades campo-ciudad continúan aumentando la atracción de las ciudades: en la mayoría de los países, los ingresos urbanos por persona son 50 a 100 por ciento más altos que los ingresos rurales (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1990, p. 30). En Nigeria los ingresos promedio de las familias urbanas en 1978-1979 eran 4.6 veces el ingreso rural; en México, el ingreso per cápita urbano era 2.6 veces el rural (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1990, p. 30).

Las proyecciones muestran que la urbanización llegará a ser el proceso social dominante en los próximos 50 años y la mayoría de las megaurbes estarán en latitudes bajas en regiones tropicales (Douglas, 1991), como puede verse en el cuadro 3. Algunos autores creen sin embargo que la tasa de urbanización en el Tercer Mundo no será tan alta como lo sugieren las cifras de las Naciones Unidas (Hardoy y Satterthwaite, 1991).

La tendencia a la urbanización fomentada por factores de expulsión rural en vez de factores de atracción urbana es causa de preocupación, ya que "en los lugares donde las actividades del hombre están más densamente concentradas —sus asentamientos— el impacto ambiental es mayor y los riesgos de daño ambiental son más agudos" (Naciones Unidas, 1974). En realidad, desde que las Naciones Unidas señalaron esto en 1974, la urbanización ha continuado a ritmo acelerado. Mundialmente, se ha pronosticado que 24 millones de hectáreas de tierra de cultivo serán transformadas para usos urbanos-industriales para el año 2000; esto es sólo el 2 por ciento del total mundial, pero equivale al suministro actual de alimento de unos 84 millones de personas (Douglas, 1991, p. 8). La pérdida de terrenos agrícolas a favor de la urbanización es más severa en los países en

desarrollo, donde más de 476 mil hectáreas de tierra por año serán construidas en los años restantes del siglo XX (World Resources Institute, 1988, citado en Douglas, 1991).

Cuadro 3
Aumentos proyectados en la población urbana
en las principales regiones mundiales, 1985-2000

Región:	*Población urbana (millones)*		*Aumento absoluto*	*Porcentaje aumento*
	1985	*2000*	*(millones)*	
África	174	361	187	108
Asia	700	1,187	487	70
América Latina	279	417	138	49
Oceanía	1.3	2.3	1	77
Países en desarrollo	1,154	1,967	813	70
Países industrializados	844	950	106	13
Mundo	1,998	2,917	919	46

Fuente: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo 1990.

Mientras que en las décadas anteriores las ciudades en los países en desarrollo pudieron absorber, aún bajo condiciones terribles de pobreza, a los emigrantes de su interior rural, esto ya no es el caso en los años noventa. Los emigrantes de Europa del Este y África fluyen en multitudes hacia Europa Occidental, y los peruanos y bolivianos ahora se han unido a los mexicanos y centroamericanos para emigrar a los Estados Unidos (Grant y Tanton, 1981). Sin duda los números de emigrantes económicos y ecológicos que tocan a la puerta del Norte serían menores si el crecimiento demográfico en el Sur disminuyera, pero la tendencia seguiría estando allí. Si las inversiones de capital no fluyen adonde están las personas, entonces las personas fluirán adonde están las inversiones de capital. Un ejemplo será suficiente: tan sólo en California, se estima que se crearán 7 millones de trabajos en los años noventa, la mayor parte con bajas pagas, trabajos no calificados que los norteamericanos no podrán cubrir.

Por consiguiente, con ambos factores de expulsión en el Sur y factores de atracción en el Norte operando juntos, el flujo de migrantes del Sur hacia el Norte continuará creciendo en las próximas décadas y puede llegar a ser uno de los problemas más contenciosos a nivel internacional, aunque se puede prever también un aumento de la migración Sur-Sur. Por lo tanto, el debate sobre población y ambiente debe integrar estas preocupaciones para modelar mejor estos cambios complejos. Esto significa, entre otras cosas, desarrollar nuevas prioridades y métodos de investigación para observar los procesos de población pero, en particular, analizarlos en relación con los fenómenos de cambio mundial.

Exploración de nuevos métodos de investigación

La investigación debe enfocarse no en la población como una variable aislada, sino en la relación entre población y uso de los recursos naturales y productivos (Demeny, 1988, p. 217; Harrison, 1990; Duming, 1991; Arizpe, Constanza y Lutz, 1992). Los desafíos metodológicos y teóricos son considerables.

Una prioridad de la investigación debe ser explorar los métodos para estimar con mayor precisión la relación entre población y uso de recursos. William Clark sugiere que la "identidad Ehrlich" (Contaminación/Área = Personas/Área x Producción económica/Personas x Contaminación/Producción económica) puede expresarse como la operación (Emisiones de CO_2/km^2 = Población/km^2 x PNB/Población x Emisiones de CO_2/PNB) (1991). Clark y sus colegas examinaron datos sobre 12 países de 1925 a 1985 y concluyeron que la misma carga de contaminación en el ambiente puede venir de combinaciones radicalmente diferentes de tamaño de población, consumo y producción. Así, pues ningún factor único domina las pautas cambiantes de las cargas ambientales a través del tiempo.

Otra prioridad de la investigación es la de observar el efecto que tiene sobre los recursos agregar una nueva persona según niveles de consumo, y el efecto que tiene la eficiencia en elevar los niveles de consumo. Gretchen Kolsrud y Barbara Torrey (1993) examinan la eficiencia del crecimiento demográfico y de la energía en varios países y concluyen que el pronóstico de un crecimiento demográfico muy pequeño para los países desarrollados

en los próximos 40 años agregará una carga de emisiones de CO_2 que serán *iguales* a las agregadas por el pronóstico de un crecimiento demográfico mucho más grande para los países menos desarrollados. Mejorar la eficiencia energética en los países desarrollados podría disminuir dramáticamente las emisiones de CO_2 a nivel mundial (si el consumo por persona permanece constante). Sólo en un escenario de limitaciones severas de las emisiones en los países desarrollados desempeña el crecimiento demográfico en los países menos desarrollados un papel mundial importante en cuanto a las emisiones. Si pudiera mejorarse la eficiencia energética en estos últimos, así como en los primeros, entonces el aumento de población tendría un papel mucho más modesto. Joss Goldemberg, un participante en las reuniones en que estos dos documentos fueron presentados originalmente, ha indicado que permitir que los países en desarrollo "den el salto" hacia la adopción de nuevas tecnologías eficientes de energía permitiría lograr este objetivo.

La necesidad de estudios locales sobre las relaciones causales en las combinaciones sistémicas de población, consumo y producción está clara, pero estos estudios locales deben apuntar a una teoría general que dé cuenta de la gran variedad de experiencias locales. Ilustraremos esto más abajo con material de una investigación de campo de nivel micro en la Selva Lacandona.

Lo que los números de población significan en el nivel micro: la Selva Lacandona

Ilustramos varias cosas con el ejemplo de la Selva Lacandona. Primero, enfatizamos la complejidad de la relación entre población y ambiente y el número de factores sociales, políticos, históricos y económicos, *en combinaciones particulares*, que afectan su interacción. En segundo lugar, introducimos las vistas de las personas mismas. Las actitudes acerca del ambiente y la maternidad y su valor deben ser integradas en modelos y programas que apunten a la sostenibilidad.

La colonización y la deforestación de la Selva Lacandona en el sureste de México empezaron a inicios del siglo XX con la extracción de maderas preciosas por compañías extranjeras hasta los años sesenta y por institu-

ciones nacionales del gobierno hasta 1988. La colonización subsidiada por el gobierno de la selva empezó como parte de los programas de asentamientos agrícolas de la Alianza para el Progreso en los años sesenta; fue más lenta en los años setenta pero ante la entrada de guerrilleros y refugiados guatemaltecos entre 1982 y 1988, la migración en la selva aumentó a lo largo de la frontera con Guatemala. La migración voluntaria a la selva también tuvo lugar cuando los indígenas bajaron de las tierras altas en los años setenta, empujados por la presión demográfica sobre las tierras y por la concentración de tierras en manos de las familias políticamente poderosas que habían permanecido intactas aún después de la Revolución mexicana. En 1988 el gobierno del presidente Carlos Salinas de Gortari decretó una prohibición total de la tala de árboles en la Selva Lacandona, que todavía está vigente. Los programas para desarrollar una agricultura y agrosilvicultura sostenibles en la región han sido reforzados.

Nuestra investigación se centró en percepciones de la deforestación y se basó en una inspección de 432 hogares en las áreas de Palenque y Marqués de Comillas en la profundidad de la selva en el rincón de la frontera con Guatemala.

El número promedio de niños está presentado en el cuadro 4, así como el significativo espectro de variación en estos promedios entre áreas, comunidades, y por riqueza relativa.

El debate sobre población-medio ambiente tal como está descrito en las secciones anteriores nos llevaría a preguntar: ¿tienen los grupos de ingresos bajos más hijos porque son pobres, o son pobres porque tienen más hijos? La pregunta es, por supuesto, simplista y su respuesta se prestaría a confusión. De hecho, los datos del trabajo de campo y de la encuesta muestran cuánto más complejo es este asunto.

Por ejemplo, el cuadro 4 contiene datos desconcertantes sobre las tasas de supervivencia de la progenitura, que no dan pie para una correlación simple, que sería la predicción de la teoría demográfica de transición. Algunas de las pautas parecen efectivamente haber sido predichas por la teoría. La tasa más alta de supervivencia es en efecto la de los niños urbanos de Palenque, debido a servicios médicos y a ingresos más altos; las mujeres de altos ingresos, sabiendo que sus niños sobrevivirán, han disminuido el número medio de hijos que tienen a 2.6. El grupo de más bajos ingresos en Palenque, a pesar de tener una tasa alta de supervivencia,

Cuadro 4
Número promedio de niños por mujer y tasa de supervivencia por comunidad

Comunidades	*Promedio*	*Tasa*
Pico de Oro/Ref. Agraria Ejidos viejos.	5.8	88
Victoria/Nvo. Chihuahua Ejidos más pobres.	6.9	85
Lacandón/La Unión Ejidos deforestados.	5.5	83
Palenque Bajos. Grupo de ingresos bajos.	4.2	90
Palenque Altos. Grupo de altos ingresos.	2.6	90
Rancheros de ganado	2.6	92
Promedio	5.1	87

Fuente: Encuesta en la Selva Lacandona por Arizpe, Paz y Velázquez.

todavía tiene dos veces más hijos que el grupo más rico. Quizás esto sucede porque muchos de ellos son migrantes que trajeron con ellos tasas rurales de fecundidad, o porque en situaciones de desempleo tener más hijos resulta útil.

En cuanto a esta segunda posibilidad, cuando se les preguntaba cuál era la amenaza más grande en el mundo hoy en día, el grupo de bajos ingresos de Palenque tuvo la tasa más alta de preocupación acerca de la pobreza, aún más alta que la de los cultivadores itinerantes de la selva. No obstante, a pesar de esta percepción, tienen un número promedio de hijos más bajo. Otra ligera discrepancia es que el grupo con la tasa más baja de supervivencia infantil no tiene un número promedio de progenitura más alto. Hay claramente otros factores que intervienen allí. Consideraremos sólo dos por ahora: etnia y religión.

El cuadro 5 desglosa nuestra muestra de acuerdo con la identidad étnica. Es patente una diferencia sorprendente en la tasa de supervivencia entre niños indígenas y no indígenas, y esto parece tener correlación con un número promedio muy alto de progenitura por mujer entre los indígenas. Las entrevistas mostraron que la planificación familiar no ha penetrado entre las familias indígenas, por cualquier número de razones, que incluyen la falta de acceso a los programas de planificación familiar, la resistencia por parte de los hombres, el aislamiento y la edad temprana de casamiento.

Cuadro 5
Número promedio de hijos por mujer y tasa de supervivencia por identidad étnica

	Promedio por identidad	*Tasa*
Indígenas	6.5	76
No-indígenas	4.8	87

Fuente: Encuesta en la Selva Lacandona por Arizpe, Paz y Velázquez.

Sin embargo, el que la influencia de tales factores puede ser pasada por alto se demuestra con datos de otras etnias en México que han disminuido su tasa de fecundidad en las dos últimas décadas (Dirección General de Estadística, 1991). Esto ha tenido que ver con un cambio cultural, de educación y en la autonomía de las mujeres, y con una disminución del aislamiento geográfico y económico.

Asimismo, la religión también tiene efectos importantes en los niveles de fecundidad. Las mujeres católicas en la encuesta tienen un promedio de 5.1 hijos y las que pertenecen a sectas no católicas, inclusive los Testigos de Jehová, Adventistas del Séptimo Día y Evangelistas, tienen en promedio 5.9, por contraste con 2.9 para las no creyentes. Pero estas cifras no coinciden claramente con las pautas. Aunque la supervivencia infantil es más alta entre las sectas no católicas, no ha llevado a un número más bajo de hijos. Sin embargo, una vez más, los datos muestran que el factor religioso puede ser ignorado, ya que las mujeres católicas en la región de Palenque —con acceso a escuelas, dispensarios, y a los medios de comunicación— tiene un promedio de 5.3 hijos, en comparación con las del área de Marqués de Comillas, que tiene un promedio de 6.6 niños.

En nuestra opinión, para cualquier grupo dado, es la *combinación* de factores —accesibilidad geográfica, escuelas, ingresos, variedad de las actividades de las mujeres, etnia, religión, acceso a la información, medios de comunicación— lo que es más importante que cualquier factor único. Proponemos un *modelo anidado invertido* para comprender esta complejidad. Mientras que el enfoque anidado conviene a los estudios que comienzan desde el nivel mundial-nacional para moverse al nivel local, un modelo anidado invertido podría ser útil cuando la investigación empieza en el nivel local. Permitiría identificar los factores más notables que afectan la re-

producción de la población en el nivel local, pero ayudaría a explicar por qué ciertos factores toman más prominencia en ciertos contextos particulares. Así, por ejemplo, la misma combinación de factores lleva a un número promedio de progenitura ligeramente diferente entre las mujeres católicas en Palenque y en Marqués de Comillas a causa de la importancia relativa de diversos factores.

A la pregunta "¿qué es la mayor amenaza el mundo hoy en día?" sólo el 3.2 por ciento de la muestra total se refirió a la sobrepoblación. Sorprendentemente, la mayor parte eran hombres y la mayoría eran ganaderos de Palenque. Consideran que la mayor amenaza a su negocio de cría de ganado son las invasiones por campesinos sin tierras y se preocupan de que estos campesinos no continúen reproduciéndose con las tasas actuales. Un enfoque anidado nos permitiría identificar la expansión de la población como una preocupación tanto de los cultivadores itinerantes como de los ganaderos; a causa de la combinación de otros factores, estos grupos acaban por conferirle una prioridad diferente a la sobrepoblación como problema.

La pregunta ya no es por qué los pobres tienen más hijos. En vez de ello hay que reformularla: ¿cuál es la combinación anidada de los factores más pertinentes en una situación local dada, que lleva a niveles dados de fecundidad? Esto implica un enfoque de los datos que pide mucho más tiempo y es más cualitativo, pero creemos que el potencial explicativo es mucho mayor.

Población y desarrollo humano

El notable progreso que se ha hecho en términos de desarrollo humano durante este siglo, y especialmente en las décadas recientes, hace aún más difícil aceptar nuestro presente predicamento. A escala mundial, la esperanza de vida ha aumentado de 54.9 (1950-1970) a 61.5 (1985-1990) (World Resources Institute, 1990, p. 256). En los países en desarrollo, la mortalidad infantil promedio disminuyó de casi 200 muertes por 1,000 nacimientos vivos a aproximadamente 80 alrededor de cuatro décadas (1950-1988), "una proeza que propició a los países industrializados casi un siglo llevar a cabo" (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1990, p. 2).

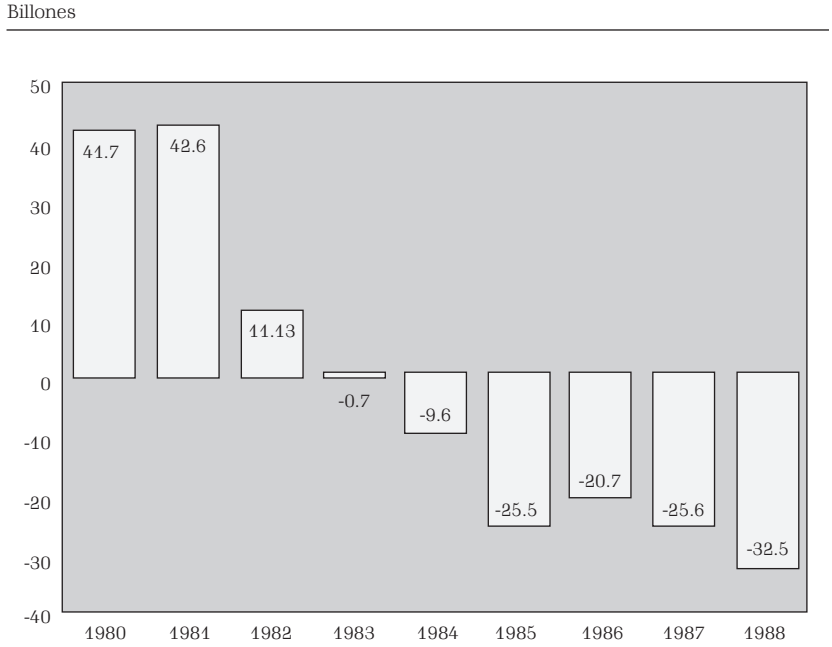
La asistencia médica primaria se extendió al 64 por ciento de la población, y el agua potable confiable al 55 por ciento; y a pesar de la adición de 2 mil millones de personas en los países en desarrollo, el aumento en la producción de alimento excedió el alza en la población por aproximadamente 20 por ciento (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1990, p. 2).

A pesar de este avance, en 1985 más de mil millones de personas en los países en desarrollo estaban atrapadas en la pobreza absoluta, además de algunos grupos que también vivían en la pobreza en las naciones desarrolladas. En 12 de los 23 países en desarrollo donde esta comparación está disponible, los ingresos de los grupos más ricos fueron 15 veces o más los del grupo más pobre, en particular en Latinoamérica (PNUD, 1990, pp. 22-23). La FAO estima que aproximadamente 30 millones de hogares agrícolas no tienen tierra y aproximadamente 138 millones están casi sin tierras, dos tercios de ellos en Asia (PNUD, 1990). Una conclusión mayor de la investigación es que unos 500 millones a un mil millones de mujeres rurales pobres en países en desarrollo sufren de las mayores carencias, "Para ellas, ha habido poco progreso durante los últimos 30 años" (PNUD, 1990, p. 33).

Algo que resulta importante es que las desigualdades en la distribución de capital financiero y humano no disminuyeron, sino que en realidad crecieron durante los años ochenta, tanto al interior de los países como entre naciones. Esto se ilustra en la gráfica 3, que muestra los flujos financieros de los países en desarrollo hacia los países desarrollados. ¿Qué recomendaciones se han dado para resolver esta reversión en el frágil progreso en cuanto al desarrollo humano? Los autores del Reporte sobre Desarrollo Humano del PNUD 1990 concluyen que "un reinicio del crecimiento económico es por lo tanto esencial para permitir la expansión de los ingresos, del empleo y del gasto gubernamental necesarios para el desarrollo humano a largo plazo. Sin un final a la crisis continua de la deuda y las divisas en la mayor parte de África y Latinoamérica, los impresionantes logros humanos registrados hasta ahora pronto pueden perderse" (PNUD, 1990, p. 36).

Resulta claro que la gama de variables que afectan la cuestión de la población es mucho más diversa de lo que se toma en cuenta generalmente en el debate actual sobre población en Estados Unidos y Europa.

Gráfica 3
Flujos inversos de recursos: transferencias netas de Sur a Norte (billones de dólares US)



Fuente: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 1990.

La población y el uso de recursos en contextos sociales

El descenso gradual en la mortalidad humana desde el final del siglo pasado debe considerarse uno de los logros más grandes de la civilización occidental, en términos tanto científicos como de gestión humana. Pocas veces en la historia ha sido una acción unánime y coordinada emprendida con éxito por tan numerosos agentes humanos: científicos, médicos, empresas que producen medicinas, grupos de voluntarios, compañías farmacéuticas y gobiernos —incluso si algunos pueden haber sido guiados también por sus propios intereses económicos o políticos.

El juramento hipocrático que defiende las vidas humanas más allá de cualquier otra consideración le dio sustento filosófico a sus actividades. No obstante, muchas otras culturas no le dan tal preeminencia a la lucha con-

tra la muerte; para algunos significa acercarse a la liberación espiritual, o una oportunidad para que el alma transmigre hacia otros reinos o seres. Algo que es importante para nuestra discusión es que muchas culturas, especialmente las que viven en hábitats naturales inclementes, subordinaron efectivamente la vida humana individual a la supervivencia del grupo. Una vasta combinación de controles de fecundidad y prácticas abortivas estuvo, y está a veces todavía, presente en muchas culturas no occidentales. El punto es que por siglos muchas sociedades habían desarrollado alguna clase de sistema de contabilidad mediante la cual el número de personas en su grupo y su estructura de edad se planteaban en relación con los recursos naturales disponibles. Esto fue especialmente cierto en las sociedades cazadoras y recolectoras, pastorales y hortícolas, y lo fue menos en las sociedades agrarias, donde el cultivo de alimentos podía expandirse y alimentar a más personas. Otras sociedades más agresivas obtenían los recursos necesarios para sostener a sus poblaciones mediante la guerra.

Estos sistemas integrados de contabilidad social y ecológica, en muchas culturas indígenas, colocaban la responsabilidad para manejar procesos sociodemográficos en las mismas sociedades. Esto ha sido socavado en gran medida a consecuencia de cuatro fuerzas motrices. Primero, la centralización del poder llevó a la subordinación de las sociedades rurales a las necesidades de los sistemas urbanos. En segundo lugar, la pérdida de diversidad cultural erosionó los mecanismos sociales cohesivos cuando las sociedades tradicionales fueron atraídas a las economías de mercado y sujetas a sistemas educativos y de comunicación uniformes. En tercer lugar, debido a la expansión de la cultura urbana, las personas ya no están en contacto directo con las fuentes naturales de las cosas que comen, usan, o con las que juegan, y así se desorientan en cuanto al agotamiento de las reservas naturales. Verdaderamente, el entorno urbano de acero y concreto da la impresión que los bienes aparecen simplemente de la nada por manipulación tecnológica. Los urbanoides, no obstante, se están volviendo agudamente conscientes del abigarramiento de cuerpos humanos en las ciudades, con lo cual refuerzan su visión de que el problema es el número de cuerpos humanos que ocupan espacio y compiten por bienes, antes que la relación general de la pauta urbana de consumo de recursos naturales y reservas planetarias. Cuarto, los modelos científicos han tendido a omitir las matrices culturales y sociales en las que se insertan los

procesos de población, y así han socavado las capacidades locales y de nivel medio para organizar sus propios procesos sociodemográficos.

Tales sistemas culturales de contabilidad socialmente operados, que fomentan la gestión social local y regional, deben ser revitalizados en las sociedades de todo el mundo. En las regiones en desarrollo esto permitiría a las comunidades y a las poblaciones locales ajustar su conducta reproductiva a las expectativas reales de modos de vida sostenibles, de la disponibilidad natural de recursos, y de medidas de calidad de la vida localmente definidas. Adaptarse a los límites ambientales para el crecimiento en países en desarrollo no necesita sin embargo traer consigo la aceptación de los límites económicos impuestos por las continuas subvenciones al estilo de vida ruinoso, contaminante y opulento de algunos sectores en los países industrializados del Norte.

Limitar el crecimiento de la población y del uso de recursos

Una perspectiva mundial del binomio población-uso de recursos significa que una reducción en el crecimiento demográfico en las naciones de bajo consumo debe ir de la mano con la reducción del consumo entre los grupos y naciones opulentos. Esto sólo puede lograrse disminuyendo las tasas de nacimiento y mortalidad, aliviando la pobreza, reduciendo las presiones sobre los recursos y mejorando las oportunidades para las mujeres, las políticas generadoras de empleo y los servicios de salud (Repetto, 1986). En el momento presente el debate en el Norte se ocupa más de las políticas de población a aplicar en el Sur que de limitar el sobreconsumo en el Norte (Worldwatch Institute, 1988).

Es sabido que el control demográfico es insuficiente: se ha demostrado repetidas veces que no se logra fácilmente de y por sí mismo y que las transformaciones sociales y económicas importantes, como la reducción de la pobreza, deben acompañarlo. "Sólo se puede esperar que la población descienda cuando los sustentos están asegurados, porque sólo entonces llega a ser racional para los pobres limitar el tamaño de la familia" (Chambers, 1988; Sen y Grown, 1988). Según un estudio del Banco Mundial de 64 países, cuando los ingresos de los pobres aumentan en un 1 por ciento, las tasas generales de fecundidad descienden en un 3 por ciento

(Lappe y Schurman, 1988). La reducción de la pobreza puede ser una condición necesaria para disminuir la fecundidad; no es sin embargo una condición suficiente, como lo demuestran los casos de Kerala, Sri Lanka, y otras regiones (Gordon y Suzuki, 1991). Ni tampoco las tasas de crecimiento demográfico se traducen inmediatamente en mejores condiciones ambientales. Aún en esos casos en que el crecimiento demográfico ha sido controlado exitosamente, como en China, el bienestar de las personas no ha mejorado necesariamente y el ambiente no está necesariamente expuesto a menores tasas de afectación.

Para reducir las presiones sobre los recursos, las prioridades de investigación deben considerar las situaciones en que la demanda, ya sea de subsistencia o comercial, crece con relación al rendimiento máximo sostenible de los recursos, en que la capacidad regeneradora de los recursos es relativamente baja, o en que los estímulos y restricciones dirigidos a *los* explotadores de los recursos son tales que los inducen a valorar las ganancias presentes muy por encima de las ganancias futuras (Repetto y Holmes, 1983). Los estudios sobre la escasez de recursos naturales indican que *tendrá que* hacerse una transición durante el próximo siglo para pasar del uso barato y abundante del petróleo a fuentes intrínsecamente menos deseables de energía (Mackellar y Vining, 1987), aunque algunos autores son más optimistas acerca de la disponibilidad ilimitada de energía (Gilland, 1986).

En cuanto al problema de los alimentos, prevalece un optimismo prudente en cuanto a las posibilidades de incrementar la productividad agrícola para alimentar el aumento de población más allá del año 2000 (Srinivasan, 1987; Mackellar y Vining, 1987). Algunos autores sin embargo no son tan optimistas (Brown, 1983). Para analizar tales posibilidades, el verdadero problema de la producción de más alimentos debe separarse del problema económico y político del hambre, esto es, el asunto de la distribución de alimentos *versus* el de la disponibilidad de alimentos. La biotecnología aporta motivos para el optimismo, aunque parece que sus aplicaciones comerciales no se verán en lo inmediato.

La deforestación, por otro lado, presenta más bien una imagen más pesimista, aunque las diferentes fuentes no pueden ponerse de acuerdo sobre las tasas de deforestación (Mackellar y Vining, 1987; FAO, 1990; Williams, 1991). En 1950, los países industrializados importaron 4.2 millones

de metros cuadrados de maderas tropicales; en 1980 importaron 66 millones (Myers, 1981). El resultado dependerá de si el consumo de maderas tropicales y las presiones demográficas en los márgenes de las selvas tropicales disminuyen.

Hacia una sociedad mundial

Una de las razones detrás de la bomba poblacional es que como variable, la población fue abstraída de las sociedades reales con gran desigualdad de ingresos y distribución de los recursos naturales. En realidad, concordamos con la Comisión Brundtland en que no habrá futuro si no podemos construir un mundo. Para ser más precisos, diríamos que, siguiendo a Wittgenstein, una sociedad mundial debe empezar a ser interpretada como tal, para que pueda ser percibida como tal, y por lo tanto construida (Arizpe, 1991).

Pero la respuesta es que una sociedad mundial como ésta debe ser construida de la misma manera en que han sido construidos los estados-nación. Casi sin excepción, son internamente plurales en identidades étnicas y religiosas, ingresos per cápita, regionalismos económicos, tasas de crecimiento demográfico, etcétera, y sin embargo jurídica y políticamente funcionan como una unidad. En otras palabras, casi sin excepción, la unidad de los estados-nación no es una realidad empírica, y sin embargo las transacciones de la vida nacional e internacional se llevan a cabo con base en esta unidad.

De la misma manera, uno puede plantear que una sociedad mundial ha llegado a ser una necesidad judicial, política, e incluso cultural, pero la realidad empírica mundial siempre estará hecha de naciones y sociedades, a su vez hechas de una pluralidad de tendencias, algunas convergentes, otras divergentes, que todavía no son comprendidas por completo ni son susceptibles de ser controladas totalmente. Pueden, sin embargo, mediante negociaciones, ser manejadas exitosamente y orientarse en la dirección correcta ~ si es que puede llegarse a un acuerdo sobre una dirección. Así pues, es inapropiado abstraer la población como un factor único en modelos que pretenden representar una realidad empírica compleja, pero tratar

a la población como uno de los principales asuntos en la construcción de una sociedad mundial es no sólo apropiado sino necesario.

La cuestión más profunda en este caso es un tema que subyace en los debates, desde la Selva Lacandona en México hasta la Asamblea General de las Naciones Unidas: ¿quién construirá este nuevo sistema económico y de contabilidad para el mundo? Éste es, verdaderamente, un asunto apolítico en un nivel internacional. Dado que las naciones todavía intentan aumentar su propia "riqueza de las naciones", sin haber dejado nunca el puerto de la economía clásica, cada una tratará de construir un sistema que, mínimamente, mantenga sus propios intereses intactos, o en el mejor de los casos aumente sus beneficios.

En un nivel más local, la pregunta de quién está creando las nuevas reglas de una sociedad mundial se percibe en términos más inmediatos como quién asumirá el costo, verdadero o potencial, de prevenir o adaptarse a nuevas condiciones. Ya sea que el debate implique a los ganaderos de la selva y a los pueblos indígenas en torno a la deforestación, o a los habitantes urbanos pobres y a los urbanoides ricos en torno a la contaminación, o a las empresas y a los ecologistas en torno al desarrollo económico, o al Norte y al Sur en torno al futuro del mundo; lo que está en juego es la capacidad de los seres humanos para negociar un futuro común. Y para este fin, el concepto de humanidad parece más pertinente que el de población.

Fuentes consultadas

Alba, P. y J. Potter (1986), "Población y desarrollo en México desde 1940: una interpretación", in *Population and Development Review*, 12,1, march, pp. 47-75.

Arizpe, L. (1978a), *Migración, etnicismo y cambio económico*, México, El Colegio de México.

_____ (1982b), "Relay Migration and the Survival of the Peasant Household", in J. Balan (ed.), *Why People Move*, París, UNESCO.

_____ (1991c), "The Global Cube: Social Models in a Global Context", in *International Social Science Journal*, 130, november, pp. 599-608.

Arizpe, L., R. Costanza y W. Lutz (1992), "Population and Resources", in J. Dooge, G. Goodman y J. la Riviere (eds.), *An Agenda for Science in Environment and Development*, London, Cambridge University Press.

Banco Asiático de Desarrollo (1990), "Population Pressure and Natural Resource Management: Key Issues and Possible Actions", Paper núm. 6.

BLAIKIE, M. y B. Brookfield (1987), *Land Degradation and Society*, London Methuen.

BLAXTER, K. F. R. S. (1986), *People, Food and Resources*, Cambridge University Press.

BONGAARTS, J., W. Mauldin y J. Phillips (1990), "The Demographic Impact of Family Planning Programs", *Population Council Research Division*, Documento de trabajo núm. 17.

BRINLEY, T. (1961), *International Migration and Economic Development*, UNESCO.

BROWN, H. (1954), *The Challenge of Man's Future*, New York, The Viking Press.

BROWN, L. (1983), "Global Food Prospects: Shadow of Malthus", in M. Glassner, *Global Resources: Challenges of Interdependence*, New York, Praeger.

CALDWELL, J. (1984), "Desertification: Demografic Evidence, 1973-83", Universidad Nacional Australiana, Documento ocasional núm. 37.

CLARK, C. (1958), "Population Growth and Living Standards", in A.N. Agarwal y S. P. Singh, *The Economics of Underdevelopment*, London, Oxford University Press, pp. 32-35.

CLARK, W. (1991), Ponencia presentada en la Reunión anual de la Asociación Norteamericana para el Adelantamiento de la Ciencia (American Association for the Advancement of Science), Washington, D.C.

CHAMBERS, R. (1988), *Sustainable Livelihoods, Environment and Development: Putting Poor People First*. Brighton, R. U., Instituto de Estudios de Desarrollo, Universidad de Sussex.

COSTANZA, R. (ed.), (1991), *Ecological Economics: The Science and Management of Sustainability*, New York, Columbia University Press.

DEMENY, P. (1988), "Demography and the Limits of Growth", *Population and Development Review Supplement*, vol. 14, pp. 213-244.

_____ (1990), "Population", in B.L. Turner *et al.*, *The Earth Transformed by Human Action. Global and Regional Changes in the Biosphere over the Past 300 Years*, New York, Cambridge University Press with Clark University, pp. 41-54.

Dirección General de Estadística (1991), *Censo Agropecuario (1990)*, México DGE.

DOUGLAS, I. (1991), "Human Settlements". Documento presentado en el Taller Cambio Global de la Oficina para Estudios Interdisciplinarios sobre la Tierra, realizado el 28 de julio-agosto, Snowmass, Colorado.

DUMING, A. (1991), "Asking How Much is Enough", in L.R. Blown *et al.*, *Statfpf the World 1991*, A Worldwatch Institute Report on Progress Toward a Sustainable Development, pp. 153-169.

Departamento de Asuntos Internacionales, Económicos y Sociales de las Naciones Unidas (1989), *World Population Prospects 1988*, New York, 1982.

Fondo de Población de las Naciones Unidas. (1991), 3, 48. *The State of the World Population 1991*, New York, Oxford University Press.

ECKHOLM, R. *(1982), Down to Earth: Environmental and Human Needs*, New York, Norton.

EHRLICH, P. *et al*. (1989), "Global Change and Carrying Capacity: Implications for Life on Earth", in Ruth DeFries and Thomas Malone (eds.), *Global Change and Our Common Future: Papers from a Forum*, Washington, National Academy Press, pp. 19-27.

EHRLICH, P. y Anne H. Ehrlich (1991), *The Population Explosion*, New York, Touchstone, Simon & Schuster Inc.

FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (1990), *Vital World Statistics*, Roma, FAO.

GALLOPIN, G. C. (1990), "Global Impovershment, Sustainable Development and the Environment", *Ecological Analysis Group*.

GARCÍA, R. (1990), "Interdisciplinariedad y sistemas complejos", en E. Leff (coord.), *Las ciencias sociales y la formación ambiental a nivel universitario*, México.

GILLAND, B. (1983), "Considerations on World Population and Food Supply", *Population and Development Review*, 9,2, pp. 203-211.

_____ (1986), "On Resources and Economic Development", *Population and Development Review*, 12,2, pp. 295-305.

GORDON, Anita y David Suzuki (1991), *It's a Matter of Survival*, Cambridge, Harvard University Press.

GRANT y TANTON (1981), "Immigration and the American Conscience", in H. Nash (ed.), *Progress as if Survival Mattered: A Handbook for a Conserver Society*, San Francisco, Friends of the Earth.

HARDOY, E. y W. Satterthwatte (1991), "Environmental Problems of the Third World Cities: A Global Issue Ignored?", *Public Administration and Development*, vol. 11.

HARRISON, P. (1990), "Too Much Life on Earth?", *New Scientist*, may 19.

HEM, W. M. (1990), "Why Are There So Many of Us? Description and Diagnosis of a Planetary Ecopathological Process", *Population and Environment: A Journal of Interdisciplinary Studies*, vol. 12, núm. 1, otoño.

HIRSCHMAN, A. (1958), *The Strategy of Economic Development*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

JACOBSON, Jodi (1988), "Planning the Global Family", in L.R. Brown *et al*. *State of the World 1988*, A Worldwatch Institute Report on Progress Toward a Sustainable Development, pp. 151-16.

JOHNSON, D. G. y L. D. Ronald (eds.) (1987), *Population Growth and Economic Development: Issues and Evidence*, Madison, University of Wisconsin Press. Una publicación del National Research Council Committee on Population.
KASUN, J. P. (1988), *The War Against Population: The Economics and Ideology of World Population Control*, San Francisco, Ignatius Press.
KELLEY, A. (1986), "Review of the National Research Council Report Population Growth and Economic Development: Policy Questions", *Population and Development Review*, 12, 3, september, pp. 563-567.
KEYFITZ, N. (1991a), "Need We Have Confusion on Population and Environment?", *International Institute for Applied Systems Analisis*, Laxenburg, Austria, august.
(1991b), "From Malthus to Sustainable Growth", *International Institute for Applied Systems Analysis*, Laxenburg, Austria, july.
KOLSRUD, G. y B. Boyle Torrey (1993), "The Importance of Population Growth in Future Commercial Energy Consumption", in James White (eds.), *Global Climate Control*, New York, Plenum Press, pp. 127-141.
LAPPÉ, Frances y Rachel Schurman (1988), *Taking Population Seriously*, in Institute for Food and Development Policy (eds.), New York, Earthscan.
LA SALVIA, C. y M. Redclift (1991), "Population and Income Change: Their role as Driving Forces of Land-Use Change", Documento preparado para el Taller de 1991 de Global Change Institute sobre el Uso mundial de la tierra/ Cambio de cobertura. Oficina para Estudios interdisciplinarios sobre la Tierra, 28 de julio-10 de agosto, Snowmass, Colorado.
LEFF, E. (1990), "Población y medio ambiente. Es urgente detener la degradación ambiental", en *DEMOS. Carta demográfica sobre México*, México.
LITTLE, P. y M. Horowitz, con A. Endre Nyerges (eds.) (1987), *Lands at Risk in the Third World: Local-Level Perspectives*, Westview Press.
LUTZ, W. y C. Prinz (1991), "Scenarios for the World Population in the Next Century: Excessive Growth or Extreme Aging", WP-91-22, International Institute for Applied Systems Analisis, Laxenburg, Austria.
MACKELLAR, F.L. y D. R. Vining Jr. (1987), "Natural Resource Scarcity", in Johnson y Lee (eds.), *Population Growth and Economic Development*, Madison, University of Wisconsin Press.
MAIHOLD, G. y V. Urquidi (comps.) (1990), *Diálogo con nuestro futuro común*, Perspectivas latinoamericanas del Informe Brundtland, Fundación Frederich Ebert, México. Venezuela, Editorial Nueva Sociedad.
MEADOWS, D. (1988), "Quality of Life", in *Earth '88: Changing Geographic Perspectives*, Washington, D.C., National Geographic Society, pp. 332-349.
MYERS, N. (1987), *Not Far Afield: US Interests and the Global Environment*, Washington, World Resources Institute.

MYERS, R. (1981) "Deforestation in the Tropics: Who Gains, Who Loses?", in *Where have all the Flowers Gone? Studies in Third World Societies*, ed. Williamsburg.

Naciones Unidas (1974), *Human Settlements: the Environmental Challenge*, London, Macmillan.

_____ (1990), *Global Outlook 2000. An Economic, Social and Environmental Perspective*, Publicaciones de las Naciones Unidas.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) (1991), *The State of the Environment*, París, OCDE.

PRADERAS, D. (1988), pp. 332-349.

REPETTO, R. (1986), *World Enough and Time*, New Haven, Yale University Press.

_____ (1987), *Population, Resources, Environment: An Uncertain Future*, Washington, Population Reference Bureau. y T. Holmes (1983), "The Role of Population in Resource Depletion in Developing Countries", *Population and Development Review*, vol. 9, núm. 4, december.

REVELLE, R. (1976), "The Resources Available for Agriculture", *Scientific American*, september, pp. 165-178.

SÁNCHEZ, V., M. Castillejos y L. Rojas (1989), *Población, recursos y medio ambiente en México*, México, Fundación Universo Veintiuno, A.C.

SEN, G. y C. Grown (1988), *Development, Crises and Alternative Visions: Third World Women's Perspectives*, New Delhi, India, DAWN.

SIMON, J. (1990), *Population Matters: People, Resources, Environment and Inmigration*, New Brunswick, Transaction Publishers.

SRINIVASAN, T. N. (1987), "Population and Food", in Johnson y Lee (eds.), *Population Growth and Economic Development*. Madison, University of Wisconsin Press.

SSRC/ISSC/DAWN (1991), Recasting the Population-Environment Debate: A Proposal for a Research Program.

TOLEDO, V. M. (1990), "Modernidad y ecología. La nueva crisis planetaria", Documento, abril, México.

PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (1990), *Informe sobre Desarrollo Humano*, Nueva York, Oxford University Press.

WHITMORE, T. M. *et al*. (1990), "Long-Term Population Change", in B.L. Turner. *et al*., *The Earth Transformed by Human Action. Global and Regional Changes in the Biosphere over the Past 300 Years*, New York, Cambridge University Press with Clark University, pp. 25-39.

WILLIAM, M. (1991), "Forest and Tree Cover", Documento presentado en el Taller Cambio Global de la Oficina para Estudios Interdisciplinarios sobre la Tierra, realizado el 28 de julio-agosto Snowmass, Colorado.

World Resources Institute (1990), *World Resources 1990-91. A Guide to the Global Environment*, New York, Oxford University Press.

Worldwatch Institute (1988), *State of the World 1988. A Worldwatch Institute Report on Progress Toward a Sustainable Society,* New York.
_____ (1990), *State of the World 1990. A Worldwatch Institute Report on Progress Toward a Sustainable Society,* New York.
_____ (1991), *State of the World 1991. A Worldwatch Institute Report on Progress Toward a Sustainable Society,* New York.

Abreviaciones

TMI – Tasa de mortalidad infantil.
PPR – Presión de la población sobre los recursos.
OCDE – Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos.

Capítulo 9

Población y uso de recursos naturales

L. Arizpe, R. Costanza y W. Lutz

Introducción

El uso de los recursos naturales por los humanos ha aumentado dramáticamente en los últimos años, como resultado de los complejos vínculos entre el aumento de la población y el aumento del consumo per cápita. Esto ha empezado a tener efectos significativos en el clima del planeta y en las funciones que sostienen la vida a largo plazo. Las proyecciones a futuro de la población humana están en el rango de un orden de magnitud mayor al actual para el año 2100 y varían dependiendo de las tasas de fertilidad y mortalidad que se consideren, e indican además un significativo envejecimiento y urbanización de la población.

En un planeta finito, el aumento de la población y del uso de recursos no es sustentable indefinidamente. Para lograr un patrón sustentable del uso de recursos y población, debemos entender y controlar las interacciones de la población y el consumo per cápita de recursos mediante la tecnología, la cultura y los valores. Debemos también ser cuidadosos para diferenciar el crecimiento económico (aumento en cantidad de la producción y el consumo) y el desarrollo económico (aumento del bienestar humano sin que necesariamente aumente el consumo).

Los optimistas entusiastas de la tecnología asumen que se desarrollarán nuevas tecnologías para eliminar cualquier restricción de recursos al crecimiento económico continuo. Los escépticos de la tecnología argumentan que si bien esto *podría* ocurrir, es irracional contar con ello. Debido a la gran incertidumbre acerca de los impactos a largo plazo del crecimiento de población y el uso de recursos en la sustentabilidad ecológica, debemos

al menos provisionalmente asumir lo peor y planear de acuerdo con ello. Necesitamos enfocar la investigación en la comprensión y el control de los patrones relacionales entre la población, el consumo y la distribución, y no contar con que ajustes tecnológicos o el continuo crecimiento económico puedan resolver el problema.

Interacciones entre poblaciones humanas, tecnología, valores y capital natural

El meollo del problema para asegurar un mundo sustentable es comprender el rango completo de interacciones posibles entre los humanos y su medio ambiente, y entre los humanos mismos en el medio ambiente, y elegir de este espectro las formas de interacción que son sustentables. Aunque reconocemos que el concepto de sustentabilidad requiere aún de mucha investigación, usamos la siguiente definición para trabajar mientras tanto: *Sustentabilidad* es la relación entre sistemas dinámicos humanos culturales y/o económicos, y sistemas ecológicos mayores, dinámicos, pero generalmente con cambios más lentos, en los que: *a)* la vida humana puede continuar indefinidamente, *b)* los individuos humanos pueden prosperar, y *c)* culturas humanas pueden desarrollarse, pero los efectos de las actividades humanas permanecen en un rango donde no destruyen la diversidad, complejidad y funcionamiento del sistema ecológico que mantiene la vida (Costanza, 1991).

En este contexto, la forma como las poblaciones humanas interactúan con el capital natural (recursos naturales renovables o no-renovables) es crítico. Si queremos llegar a la sustentabilidad, necesitamos desarrollar una comprensión mucho más profunda de las relaciones entre las poblaciones humanas, sus tecnologías, culturas y valores, y el capital natural del que dependen para mantener la vida. La ciencia y la tecnología por sí solas no pueden alcanzar esto; es importante que los gobiernos y las poblaciones locales se movilicen en un gran esfuerzo colectivo para asegurar la sobrevivencia humana.

Tendencias de la población humana y las transformaciones ambientales

Algo en el que todas las sociedades humanas están de acuerdo es el deseo de superar la muerte; de ahí la alianza sin precedente de la ciencia, el gobierno, los agentes económicos y culturales, y las comunidades, que efectivamente bajó la mortalidad en el planeta. ¿Podrían estos acuerdos construirse con base en la fertilidad, el uso de recursos per cápita, la competencia por los recursos y el medio ambiente? Estos temas tocan necesidades y valores centrales para las diferentes sociedades así que no es sorprendente que "…al final de la década de 1980, a pesar de la larga historia de esfuerzos intelectuales dedicados al tema de la población y los recursos, este campo parece todavía confuso, con pocas perspectivas de consenso académico" (Demeny, 1988, p. 237).

Mientras la investigación científica se vuelve cada vez más especializada y precisa, el debate sobre la relación global entre población y medio ambiente permanece polarizado en dos posturas que tienen cada una, una comprensión científica parcial del problema. Una de ellas sostiene que la principal amenaza al medio ambiente es el crecimiento constante de la población, ya que los recursos del planeta son limitados; la otra dice que la creatividad humana continuará encontrando soluciones tecnológicas para expandir la capacidad del planeta de mantener a la población. Ninguna de las dos posturas representa la perspectiva más avanzada en materia científica (Johnson y Lee, 1987; Repetto, 1987; Keyfitz, 1991, pp. 5-22).

Ambas posturas han salido del área científica al dominio público debido a interpretaciones populares del debate Ehrlich-Simon y se enfocan en explicaciones unicausales y lineales, y en análisis de macronivel que utiliza estadísticas mundiales del pasado o simulaciones de agregados. El debate no ha tomado en cuenta la riqueza de la información generada en microniveles, información que brinda datos sobre los determinantes de la fertilidad y mortalidad infantil; tampoco ha considerado los patrones de producción, consumo y distribución. Estos complejos patrones de relaciones humanas envuelven, alteran y modifican la relación de los humanos con la tierra y los recursos naturales. La ciencia necesita ir más allá de las explicaciones de un solo factor sobre el número de personas y la cantidad de recursos, y dirigirse hacia el análisis del aumento per cápita del uso de los

recursos renovables y no renovables, más que al análisis del número de personas solamente (Demeny, 1988, p. 217; Harrison, 1990, p. 28; Durning, 1991, pp. 153-169).

Es necesario construir un marco científico para minimizar la división entre los campos contendientes del Norte y del Sur, ricos y pobres, ya que los problemas del medio ambiente se dan a nivel global, y aunque sus causas y efectos son regionales, se requiere de un esfuerzo coordinado para llegar a una solución global. Además, esta división simplifica exageradamente problemas complejos que realmente son la continuación de problemas de sobrepoblación y despoblamiento; de consumismo excesivo y de bajo consumo, y de formas de ganarse la vida, sustentables y no sustentables. Adoptar un marco de referencia diferente servirá como método correctivo: gran parte del debate en el Norte es sobre las políticas de población que deben implementarse en el Sur, en vez de ser sobre cómo disminuir el consumismo en el Norte (Worldwatch Institute, 1988).

No es posible establecer correlaciones simples entre población y transformaciones ambientales. En un estudio reciente se encontró que las medidas en el tiempo de la variabilidad de población son asíncronas con transformaciones ambientales dadas y restablecimiento (Whitmore/Turner II/Johnson/Kates/Gottschang, 1990). Los autores enfatizan "la necesidad de tener cuidado al usar la población como un simple sustituto de transformación ambiental" (Whitmore/Turner II/Johnson/Kates/Gottschang, 1990, p. 37).

Un gran problema heurístico es la gran heterogeneidad regional del crecimiento de población. Whitmore *et al.* (1990) concluyen que "si la experiencia de cambios de población en el pasado y sus correspondientes transformaciones ambientales tiene relevancia para el futuro, la proyección global de la medida de población 'estabilizada' no debe disminuir la medida y profundidad del cambio ambiental global. Esto es especialmente cierto en las medidas regionales o locales donde la medida global cero de crecimiento de población (de población o transformación) no se acompaña del equilibrio local o regional" (1990, p. 37).

Si se cambia el análisis para estudiar el *uso* de recursos per cápita, las áreas con prioridad en la investigación son las percepciones y afirmaciones de las personas y sus necesidades, ingresos y deseos; así como también sus percepciones comparativas de necesidades, ingresos y deseos de otros grupos. El estudio de lo último debe extenderse a incluir la aceptabi-

lidad de diversas opciones de negociación de quien va a pagar el costo de los ajustes del uso de los recursos per cápita. Es necesario saber mucho más acerca de la capacidad institucional y social de ajustes y adaptaciones (Jacobson/Price, 1990).

Crecimiento de población hasta 1990

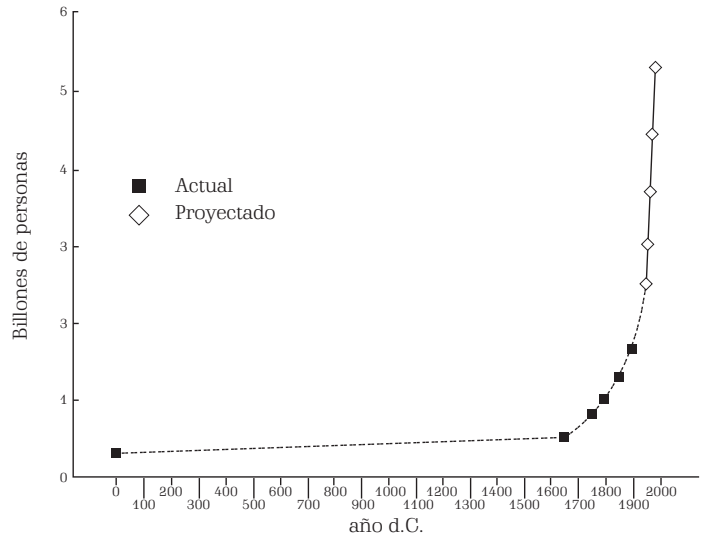
Con todo lo dicho anteriormente existen pocas dudas de que el crecimiento reciente y extremadamente rápido y el aumento proyectado a futuro de la especie *Homo sapiens* en nuestro planeta sean un factor importante que afecta el uso de recursos a nivel global, que junto con la tecnología y los patrones de consumo, contribuye al estrés que se ha puesto en el medio ambiente.

La gráfica 1 da una imagen de este crecimiento extremadamente acelerado de la población mundial. Aunque se conoce poco de tiempos prehistóricos, las estimaciones sitúan el total de la población mundial de 7000-6000 a.C. alrededor de 5-10 millones de personas (UN, 1973). Parece haber habido fluctuaciones por milenio en el tamaño de la población debido a la influencia importante de las condiciones climáticas. Restos fósiles muestran que la vida era corta y frecuentemente terminaba con una muerte violenta. Para el año 1 d.C. el mundo tenía una población estimada de 200-400 millones. El aumento fue posible debido al mejoramiento de las técnicas de agricultura y el desarrollo de la civilización humana. No fue hasta el siglo XVII que el crecimiento de la población empezó verdaderamente a acelerarse. Se llegó al primer billón de personas en el mundo alrededor de 1830. El segundo billón se alcanzó en la década de 1930, el tercero en 1960, el cuarto en 1975, el quinto el 1987 y el sexto, seguramente en 1997. Así que el tiempo que se requiere para agregar un billón más a la población mundial fue decreciendo en más de 100 años para el segundo billón en alrededor de 10 años para el sexto. Con estas tasas de crecimiento, la población del mundo se volverá a doblar en 40 años.

Este crecimiento sin precedente en el número de humanos ha sido posible debido a la disminución de las tasas de mortalidad, mientras que las tasas de nacimiento han permanecido en los niveles tradicionales altos. En Europa y América del Norte disminuyó significativamente la mortalidad

desde la segunda mitad del siglo XIX debido principalmente al mejoramiento en las condiciones sanitarias y a la seguridad en la alimentación. Desde entonces la esperanza de vida ha ido aumentando constantemente en los países más desarrollados. El cambio más significativo a nivel mundial en la mortalidad se ha dado actualmente en los países menos desarrollados (PmD) después de la Segunda Guerra Mundial con una lucha generalmente exitosa de las enfermedades infecciosas. Más recientemente, la mejoría en las tasas de mortalidad ha disminuido debido a que las medidas sencillas ya se han tomado, y se ha visto que aquellas que requieren cambios infraestructurales o conductuales son mucho más difíciles de implementar.

Gráfica 1
Población mundial desde el año 0 d.C.



Por el lado de la fertilidad, las tasas de nacimiento empezaron a declinar en Europa y América del Norte durante las primeras décadas de este siglo. Esto ha llevado a la reducción de la tasa de crecimiento de la población. El fenómeno de que la disminución de las tasas de nacimiento siga al de la disminución de las tasas de mortalidad con un cierto intervalo se ha explicado con la noción de transición demográfica. Mientras en las regiones más desarrolladas la transición se ha completado básicamente, en la

mayoría de los PmD todavía está ocurriendo; en algunas regiones, especialmente en África, la transición en materia de fertilidad apenas comienza.

Crecimiento de la población a futuro

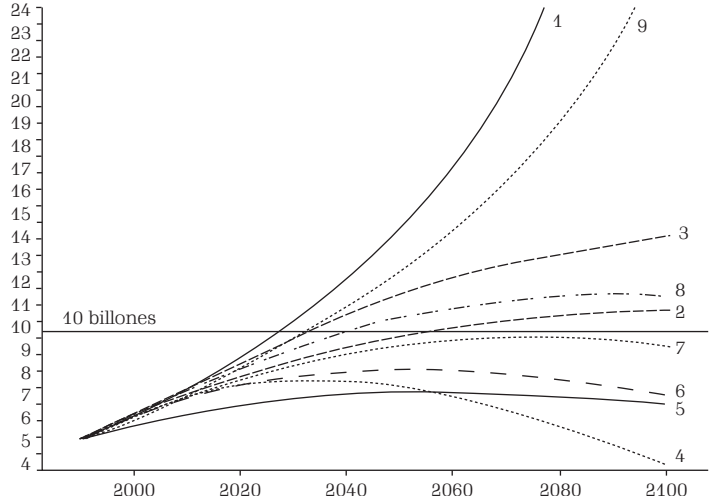
Los cambios en el tamaño de la población y la estructura de edad tienen una gran inercia. A menos que haya guerras, hambrunas o epidemias que maten porciones significativas de la población, o corrientes masivas de migración que vacíen ciertas regiones y llenen otras, la población futura de una cierta área puede proyectarse con alta certeza a corto plazo. Las proyecciones para los próximos 20-30 años son bastante confiables y poco sensibles a cambios menores en mortalidad, migración y fertilidad. En las siguientes situaciones, estimamos que incluso hipótesis con grandes diferencias llevarán a casi a los mismos resultados hasta el año 2010-2020; después, el rango de posibilidades futuras se abre ampliamente (Lutz y Prinz, 1991).

La inercia en los cambios de población también implica que puede haber un gran impacto a largo plazo de diferencias pequeñas en tendencias aceptadas de fertilidad en las próximas décadas. Si tomamos como ejemplo una situación extrema: si se tuviera un cierto nivel bajo de fertilidad en África en 2025 o 2050, haría una diferencia en el tamaño total de la población para el año 2100 de más de 1.5 billones, que es casi tres veces el tamaño de la población actual de África. Esta inercia increíble torna la tarea de detener el crecimiento de la población en un problema muy difícil y una tarea a largo plazo, y se conoce también como el momento de crecimiento de la población. El hecho de que la estructura de edad de una población que crece rápidamente sea tan joven hace que incluso si la fertilidad de cada mujer disminuyera a un nivel muy bajo, el número creciente de mujeres jóvenes que llegan a la edad reproductiva causaría que siguiera el crecimiento de la población por un tiempo más o menos largo.

El enfoque usado en los escenarios seleccionados a continuación, que calcula las implicaciones de varias posibles alternativas de vías de fertilidad y mortalidad a futuro, no necesariamente refleja el punto de vista más popular actualmente. El principal valor de este conjunto de proyecciones de escenarios alternativos (basado en conjeturas controversiales pero in-

formadas sobre el futuro) está en dar una imagen del rango posible de tamaños de población y estructuras futuras. Esto ayudará a distinguir las inevitables tendencias de cambios que son muy sensibles a pequeñas modificaciones en las hipótesis.

Gráfica 2
Proyección de la población mundial total 1990-2100 de acuerdo con varios escenarios



Escenario 1: Tasas constantes; constante 1985-1990 de tasas de fertilidad y mortalidad
Escenario 2: NU Variante media; fuerte disminución de fertilidad y mortalidad hasta 2025, después constante
Escenario 3: Disminución lenta de la fertilidad; NU descenso de fertilidad por 25 años, NU mortalidad media
Escenario 4: Disminución rápida de fertilidad; TGF = 1.4 en todo el mundo en 2025, NU mortalidad media
Escenario 5: Población en equilibrio inmediato; suponiendo TGF = 2.1 en 1990, NU mortalidad media
Escenario 6: Mortalidad constante; TGF = 2.1 en todo el mundo en 2025, mortalidad constante
Escenario 7: Disminución lenta de mortalidad; NU disminución de mortalidad en 25 años, TGF = 2.1 en 2025
Escenario 8: Disminución rápida de mortalidad; esperanza de vida de 80/85 años y TGF = 2.1 en 2025
Escenario 9: Crisis del Tercer Mundo; fertilidad constante y 10 por ciento de aumento en la mortalidad en África y el sur de Asia; TGF = 2.1 en 2025 y NU mortalidad para el resto del mundo
Nota: TGF es la Tasa global de fertilidad (= número promedio de hijos por mujer).

La gráfica 2 muestra el tamaño total resultante de nueve escenarios considerados con las proyecciones calculadas separadamente para seis regiones importantes en el mundo. En 1990 nuestro planeta daba cabida a

5.3 billones de personas. En todos los escenarios considerados, en los próximos 30 o 40 años la población aumentará su tamaño a por lo menos 8 billones. Aun si se considera el caso de población en equilibrio inmediato en todas partes del mundo, resultaría en un aumento de dos billones de personas o más debido solamente al momento de crecimiento de la población. En el escenario poco probable de disminución rápida de fertilidad, suponiendo solamente dos terceras partes de la población en equilibrio inmediato para 2025, el tamaño de la población total llegaría en 2040 a cerca de 8 billones y entonces empezaría a disminuir.

Podemos concluir que en el nivel más bajo del espectro, a menos que amenazas a la vida importantes e inesperadas mataran a una gran proporción de la población mundial en los próximos 30 o 40 años, el mundo tendrá que dar cabida a un número extra de personas al menos tan grande como la mitad de la población mundial actual. Bajo la hipótesis de desnatalidad sostenida en todas las regiones del mundo la población podría disminuir pero también en un plazo bastante largo y posiblemente para el año 2100 alcanzaría un tamaño menor al actual. De cualquier manera, en el periodo de transición se alcanzarían los 8 billones.

En el nivel más alto del espectro debemos distinguir entre escenarios que consideran el caso de crecimiento continuo y aquellos que asumen que el crecimiento tiende a estabilizarse. Obviamente el crecimiento exponencial no puede continuar para siempre y a muy largo plazo, no es sólo irrealista sino imposible. Sin embargo, es útil estudiar los resultados, especialmente a corto y mediano plazo y compararlos con otros escenarios. Además, asumir la continuación de los niveles observados es un estándar de comparación en casi todas las disciplinas científicas, a menos que haya algún tipo de certeza de que ese nivel cambiará en alguna dirección específica. En el caso del crecimiento de población, tenemos buenas razones para suponer un cambio en las tasas, pero estamos muy lejos de tener certeza sobre el alcance y el momento de la disminución.

De cualquier forma, debido a la inercia, en las próximas tres décadas el Escenario de tasas constantes (1) no dará resultados muy diferentes del total del tamaño de la población a los de cualquier otro escenario. Cerca de 2015, se llegará a la marca de 8 a 10 billones solamente después de 2025. Bajo este Escenario, una población mundial de 15 billones aparecerá por primera vez después de 2050. Durante la segunda mitad del próximo siglo,

un crecimiento exponencial continuo llevará a un aumento absoluto que se incrementará continuamente y resultará, bajo el Escenario 1, en cerca de 40 billones en el año 2100. Si el crecimiento continúa, llevará rápidamente a una situación donde sólo hay "espacio para estar parado". Por definición, estos escenarios de crecimiento exponencial no suponen retroalimentación del tamaño de población a la fertilidad o mortalidad.

Para los escenarios que suponen una disminución de fertilidad hasta el equilibrio en un momento futuro, parece que incluso diferencias relativamente pequeñas en las hipótesis relacionadas con el momento de disminución de fertilidad tienen un gran impacto en el tamaño de la población. Si se proyecta con los supuestos de variante media de NU, hasta el año 2100, se estabiliza el crecimiento de población en cerca de 11 billones y la población en 2050 ya es de alrededor de 10 billones (Escenario 2). Si se retrasa la disminución de la fertilidad 25 años, el Escenario 3, se obtiene un tamaño de población de más de 14 billones en 2100 y el crecimiento de población no parece detenerse sino hasta alcanzar los 15-16 billones en el siglo XXII. De la misma manera, con una disminución rápida y lineal en fertilidad a una TGF de solamente 1.4 hijos por mujer, se obtiene una situación totalmente diferente en el año 2025 para todas las regiones (Escenario 4): después de un incremento a 8 billones en 2030-2040, el tamaño de la población puede disminuir a una cantidad figurativa menor a 5 billones a muy largo plazo (2100), siempre y cuando no haya grandes guerras, hambrunas o epidemias.

El tamaño de la población está influenciado en menor medida por los supuestos acerca de la mortalidad. A mediano plazo, un nivel constante de mortalidad junto con fertilidad en equilibrio (Escenario 6) retrasaría el crecimiento del tamaño de población por 10 años más o menos, para 2025, si se compara con los supuestos de media en mejoras en la mortalidad. A muy largo plazo el tamaño de la población en ausencia de mejoras a la mortalidad tiende a estabilizarse en cerca de 7.5 billones, que es 2 billones menor que la correspondiente en el Escenario con aumento en la esperanza de vida. Retrasar la mejora asumida en la esperanza de vida 25 años, Escenario 7, no tiene virtualmente ningún impacto en el total del tamaño de la población. Si se supone un aumento rápido en la esperanza de vida a 85 años para mujeres y a 80 para hombres en todas las regiones, en el año 2025, Escenario 9, el tamaño de la población aumenta un billón en 2050 y 2 billones en 2100.

Distribuciones por edad

La estructura de la población es significativa no sólo por el momento del crecimiento de población mencionado anteriormente sino porque tiene implicaciones para la estructura económica y las cargas de dependencia económica que van desde gastos en la educación para los jóvenes hasta cuidados de salud y otros apoyos para los mayores. La distribución por edad de una sociedad también tiene un impacto significativo en los patrones de consumo, cambios en el sistema de valores e incluso en la cultura.

El envejecimiento de la población es una tendencia universal incluso en los países menos desarrollados. Mientras que en los países más desarrollados (PMD) las proporciones de población mayores a 60 años aumentaron de un 11 por ciento en 1950 a un 17.1 por ciento en 1990 (con algunos países como Alemania que están ya sobre el 20 por ciento); en los PmD esta proporción también ha aumentado ligeramente, de 6.3 por ciento en 1950 a 6.9 por ciento en 1990, a pesar del gran número de recién nacidos que se agregan en la base de la pirámide.

En un futuro un mayor envejecimiento de la población parece inevitable. Incluso el Escenario de tasas constantes, que es muy poco probable, a largo plazo da un aumento en la media de edades de todas las regiones en los próximos 50 años. En el Escenario 2, basado en la media variante de NU, resulta en un significativo envejecimiento en todas las regiones del mundo. Mientras que en los países industrializados hoy en día se espera que la media de edad aumente de la presente de 35 años a más de 43 años para 2070; la magnitud y el ritmo del envejecimiento será aún más fuerte en el este de Asia. Ahí, la media variante de NU espera un aumento en la media de edad de la presente de 29 años a 44 años para 2070. Incluso en África, se espera que la media de edad aumente por más de 12 años para estar al mismo nivel que encontramos hoy día en Europa y América del Norte.

Como podría esperarse en el Escenario 4 de Disminución Rápida en la Fertilidad, que es el único que podría disminuir la población mundial por debajo de su tamaño actual, resulta en el más extremo envejecimiento de la población mundial. En este Escenario, la edad media será de casi 50 años para el final del próximo siglo, en casi todos los continentes. Lo que

esto significa en términos de cambios de la estructura social y económica es difícil de imaginar, sin considerar gastos médicos y pensiones de retiro.

Como resumen, esta comparación de las consecuencias de varios escenarios sobre el tamaño de la población total y la estructura por edad pone en claro el dilema fundamental de las tendencias de población a futuro bajo condiciones de baja mortalidad. Todos los escenarios que limitan el crecimiento de población incluso a nivel de dos o tres veces la población mundial actual resultan en un envejecimiento extremo de ésta. Solamente la continuación del crecimiento exponencial de la población mantendrá la joven.

Poniéndolo en palabras llanas, o el tamaño de la población explota o la población envejece de una forma sin precedente. La explosión tarde o temprano resultará en niveles de mayor mortalidad debido a que no puede seguir creciendo para siempre, el envejecimiento conlleva necesariamente procesos de ajustes sociales dolorosos y una completa remodelación de la familia y el sistema de apoyo del estado para los mayores.

Cuadro 1
Tamaños de población y distribución, 1950 y 2000

	1950		*2000*	
Mundo	2,516	(100 por ciento)	6,122	(100 por ciento)
Países desarrollados	832	(33 por ciento)	1,277	(21 por ciento)
Países en desarrollo	1,684	(67 por ciento)	4,846	(79 por ciento)
África	224	(9 por ciento)	872	(14 por ciento)
América Latina	165	(7 por ciento)	546	(9 por ciento)
América del Norte	166	(7 por ciento)	297	(4 por ciento)
Asia	1,376	(55 por ciento)	3,549	(58 por ciento)
China	555	(22 por ciento)	1,256	(21 por ciento)
India	358	(14 por ciento)	964	(16 por ciento)
Europa	392	(16 por ciento)	512	(8 por ciento)
Oceanía	13	(5 por ciento)	30	(5 por ciento)
URSS	180	(7 por ciento)	315	(5 por ciento)

Fuente: Los estimados dados para el año 2000 resultan del Escenario 2 descrito arriba.

Distribuciones regionales

La distribución de la población en las regiones más importantes del mundo ha cambiado significativamente en los años pasados y es probable que cambie aún más en el futuro. Como indica el cuadro 1, en 1950 una tercera parte de la población mundial vivía en países desarrollados. En 2000, esta fracción habrá declinado a una quinta parte aproximadamente a pesar del hecho de que la población de los países desarrollados ha crecido cerca del 50 por ciento.

Al fin de este siglo, la población de África se habrá cuadruplicado de 224 millones a 872 millones y aumentado su contribución a la población mundial de 9 a 14 por ciento. Por otro lado tenemos a Europa que disminuirá a la mitad su contribución de 16 a 8 por ciento. América del Norte la disminuirá de un 7 por ciento en 1950 a solamente un 4 por ciento en 2000, y América Latina y Asia también disminuirán su parte. Debido a su exitosa política de estabilización de crecimiento de población, la contribución de China a la población mundial ya ha disminuido ligeramente.

Para el año 2050, los cálculos del Escenario descrito arriba llevan al siguiente patrón: la proporción de la población mundial viviendo en África inevitablemente aumentará tanto como un 25 por ciento en los escenarios 1 y 9. Aún en el Escenario de disminución rápida de fertilidad, la proporción aumentará hasta un 17 por ciento. En el otro extremo, la proporción de la población mundial que vive en Europa, América del Norte y la URSS juntas disminuirá en el escenario de tasas constantes, tanto como para quedar en un 7 por ciento para el año 2050. Aún en el escenario poco probable de la disminución rápida de fertilidad, la proporción en las regiones más desarrolladas disminuirá del presente 20 por ciento a cerca del 12 por ciento. Esto también demuestra un momento fuerte en el crecimiento y disminución de los tamaños relativos de población en las regiones más importantes del mundo.

Migración y urbanización

La capacidad humana de adaptación (la más alta entre las especies naturales) permitió al *Homo habilis* deambular por la tierra por 3 millones de

años, dispersándose desde el este de África hasta la Tierra del Fuego en la punta de América del Sur. Sin embargo, los cambios geográficos de población nunca antes se habían dado en la magnitud de aquellos que se dieron en el siglo XVII con la desaparición de las sociedades agrarias. Las cuatro crisis agrícolas más importantes en Europa, especialmente en Europa Central y Báltica, que se dieron entre 1844 y 1913, hicieron que la mayor parte de los 52 millones de emigrantes que surcaron los mares llegara a establecerse en áreas poco pobladas (Brinley, 1961, p. 11).[2] Con la propagación de la economía de mercado en la segunda mitad de este siglo, el éxodo rural aumentó enormemente aunque con diferentes resultados en América Latina, África y el Sur de Asia.[3]

En las últimas décadas, la migración rural al exterior en las tres regiones mencionadas arriba ha cambiado; los factores que empujan se han vuelto más fuertes que los que atraen; las migraciones internas ahora salen al área internacional. El desbalance de género en cohortes migratorias tiende a disminuir conforme los costos de las oportunidades económicas y los determinantes culturales comienzan a cambiar la división del trabajo por género, y de movilidad geográfica. Al mismo tiempo, la pobreza tiende a empujar más mujeres y gente mayor fuera de los poblados rurales a las ciudades, y más recientemente, la migración al exterior de ciudades a otras localidades está aumentando.

Las proyecciones tienden a indicar que las migraciones continuarán aumentando en todas las regiones en desarrollo, fomentadas por una combinación de factores que incluyen la espiral de crecimiento de población y pobreza, tierra y riqueza concentrada, polarización económica en la producción agrícola, y políticas gubernamentales ineficientes, corruptas o equivocadas. Todo esto lleva a la migración fuera de lo rural: la pérdida de

[2]Existen otros tipos de salidas que han involucrado a menos personas: el comercio de esclavos en el Atlántico, entre 6 y 12 millones; refugiados políticos en todos los países del mundo, 14 millones.

[3]"Tal vez nueve décimos del aumento de la población en América del Norte y Oceanía y dos terceras partes de la de América Latina puede atribuirse directamente a las migraciones demográficas de poblaciones europeas hacia las escasamente pobladas y vastas tierras de Las Américas, Oceanía y el norte de Asia. Todas las áreas de asentamientos europeos que formaban el 20 por ciento de la población mundial en 1700 forman el 36 por ciento de ese total a mediados del siglo XX" (Demeny, 1990).

trabajo o de la forma de sobrevivencia, la degradación y desertización de la tierra, y alimentos y tierra para cultivo escasos.[4]

Otro factor importante, que muy probablemente aumentará la importancia de los factores que promueven la migración rural a otras áreas, es la diseminación de una tendencia cultural urbana a través de la educación y los medios masivos de comunicación (Swaminathan, 1988). Además, si la competencia por el control y acceso a los limitados recursos (tierra capital, tecnología, agua) aumenta (especialmente en las áreas rurales de los países menos desarrollados y en los países de Europa del Este, muy probablemente bajo las líneas tradicionales de etnicidad y nacionalismo), el número de refugiados políticos muy probablemente también aumentará.

La migración ha sido una estrategia de sobrevivencia para los pobres, sean éstos los miembros de una familia de Punjabi que tiene varios hijos trabajando en la región del Golfo, o una pareja peruana que vive de los envíos que manda su hija de Estados Unidos. Los estudios regionales que analizan la relación entre la economía y los flujos de migración son necesarios para trazar la intrincada trama de movimientos migratorios que pueden tener efectos globales.

Las prioridades en la investigación relacionadas con migración parecen bastante simples: la gente continuará migrando hacia donde la riqueza, las posibilidades significativas de ganarse la vida, los servicios y la imagen de una "buena vida" están concentradas. Los estudios que separan las cohortes de migrantes por género, edad, grupo étnico, etcétera, brindan una información valiosa para "colorear" los mapas de flujo de migración pero dan pocas posibilidades para hacer predicciones. Por otro lado, los estudios en la selectividad de los migrantes, es decir, quien emigra en una

[4]Una combinación típica de estos factores a escala regional en América Latina ha sido mencionada por Stonich (1989): "El desarrollo agrícola en la región ha sido altamente errático, no sólo en términos de distribución espacial de las personas; factores político-económicos relacionados con la expansión de la agricultura orientada a la exportación dificultan el acceso a las tierras más fértiles de la región (en el sur de Honduras). Esto ha resultado en una distribución altamente desigual de la población en la cual las densidades más altas de población ocurren en las tierras altas, las áreas más marginadas para la agricultura. El crecimiento de la población en las tierras altas con oportunidades inadecuadas para ganarse la vida ha llevado a la necesidad de dividir la tierra entre más y más personas, y a la producción agrícola a expandirse a regiones más marginadas aún. La creciente pobreza rural estimula la migración del muy densamente cuadriculado sur hacia otras partes del país, disminuyendo la presión poblacional en la región mientras aumenta la población urbana y la presión en las áreas de bosque tropical en el resto del país".

comunidad local y *por qué* se establecen en un lugar específico, podrían dar luz sobre opciones políticas y de planeación adecuadas.

Tanto a nivel global como regional, los estudios de migración deberían focalizarse en modelos probabilísticos y simulaciones de los flujos internacionales más importantes que pudieran esperarse con los eventos climáticos en aumento y con los cambios ambientales acumulativos que pueden destruir la manera de ganarse la vida de las personas que viven en el área. Los primeros estudios deberían de ser sobre grandes movilizaciones del África hacia el exterior, que pueden esperarse debido a hambrunas y desertización; también de las regiones más vulnerables a posibles cambios climáticos, especialmente en las costas, deltas e islas. La mayor parte de la migración tenderá a ir de sur a norte, aunque también la habrá de este a oeste y de sur a sur. Otro factor que añade gran incertidumbre en los intentos de pronosticar los flujos de migración internacional, son los cambios a corto plazo en las políticas de inmigración en los PMD y la pregunta de cómo hacer cumplir efectivamente estas políticas.

Actualmente, el 45 por ciento de la población mundial vive en áreas urbanas (37 por ciento en PmD, 73 por ciento en PMD). Es probable que este porcentaje aumente a 51 por ciento para el año 2000 y a 65 por ciento para 2025 (FPNU, 1991). Aunque la urbanización a diferentes niveles es una tendencia global, en las regiones menos desarrolladas el crecimiento acelerado de megaciudades es más visible. En 1960, siete de las diez mayores aglomeraciones del mundo estaban en América del Norte, Japón y Europa, con Nueva York, Tokio y Londres a la cabeza. Actualmente, la ciudad de México es la más grande con más de 20 millones de habitantes, y siete de las diez mayores ciudades están en PmD.

Presión de la población y uso de recursos per cápita

Una de las preguntas fundamentales es: ¿existen límites en la capacidad del Sistema Tierra para albergar poblaciones humanas? Kenneth Blaxter responde sí con seguridad, pero advierte que "donde hay duda es en la definición precisa de número de personas que puede albergar, acerca de la forma como la población aumentará, la forma como la producción de alimentos alcanzará el límite impuesto por la capacidad de albergar, y acer-

ca de la disponibilidad de recursos para ampliar el espacio antes de llegar al límite" (Blaxter, 1986). Estos puntos deben ser los temas primordiales para investigación en las próximas décadas. En la literatura han aparecido varias estimaciones sobre la capacidad de la Tierra para albergar humanos, que van desde 7.5 billones (Gilliand, 1983 citado en Demeny, 1988), 12 billones (Clark, 1958), 40 billones (Revelle, 1976) hasta 50 billones (Brown, 1954). Sin embargo, muchos autores se muestran escépticos acerca del criterio —cantidad de comida o kilocalorías— que se usa como base para estas estimaciones. "En el caso de los humanos, la definición física de necesidades puede ser irrelevante. La cultura determina las aspiraciones y necesidades de los humanos, ya que puede crecer y de hecho aumenta para incluir una creciente cantidad de 'bienes' muy por encima de los necesarios para la sobrevivencia básica" (Demeny, 1988, pp. 213-244).

La evolución cultural tiene un efecto profundo en el impacto de los humanos en el medio ambiente. Si se cambian conductas aprendidas y se incorporan herramientas y artefactos, se puede hacer que los requerimientos de recursos y el impacto de los individuos en el ecosistema donde viven varíen por varios grados de magnitud. Así que no tiene sentido hablar sobre la "capacidad de albergar" humanos de la misma forma que se podría hablar de la capacidad de albergar otras especies (Sánchez, Castillejos y Rojas, 1989; Blaikie y Brookfield, 1987) ya que, en términos de capacidad de la tierra de albergar, los humanos tienen muchas diferentes subespecies. Cada subespecie tendría que ser definida culturalmente para determinar niveles de uso de recursos y la capacidad de ser albergada. Por ejemplo, la capacidad global para albergar *Homo americanus* sería mucho más baja que la capacidad para albergar *Homo indus*, ya que cada americano consume mucho más de lo que consume un indio. De cualquier forma, la velocidad de adaptación cultural hace que pensar en especies (que inevitablemente cambian lentamente) sea confuso. *Homo americanus* podría cambiar sus patrones de consumo de recursos dramáticamente en unos cuantos años, mientras que *Homo sapiens* permanecerá relativamente igual.

Creemos que es mejor seguir la propuesta de Herman Daly (1977; Daly y Cobb, 1989) en este respecto y hablar sobre el producto de población y uso de recursos per cápita como el *impacto total* de la población humana. Es este impacto total que la Tierra tiene la capacidad de albergar, y depende de nosotros decidir cómo dividirlo entre el número de personas

y el uso de recursos per cápita. Esto complica la política de población enormemente ya que uno no puede simplemente proponer la *población máxima sino debe expresar el máximo de unidades de impacto*. Cuántas unidades de impacto puede mantener la Tierra y cómo distribuir estas unidades de impacto entre la población es un problema ciertamente muy difícil de resolver pero debe ser el tema central en esta área de estudio.

Muchos casos de estudio indican que "no existe un relación lineal entre crecimiento de población y densidad, y las presiones mencionadas (hacia la degradación y desertización de la tierra)" (Caldwell, 1984). De hecho, un estudio encontró que la degradación de la tierra puede ocurrir bajo la presión creciente de la población por los recursos (PPR), bajo la disminución de PPR y sin PPR (Blaikie y Brookfield, 1987). Por lo tanto, en la agenda científica se debe mirar hacia modelos más complejos y sistemáticos donde el efecto de las presiones de población pueda analizarse en su relación con otros factores (García, 1990). Esto nos permitiría diferenciar a la población como una causa "próxima" a la degradación ambiental, de la concatenación de efectos de población con otros factores como la causa "fundamental" de tal degradación (Banco de Desarrollo Asiático, 1991).

Esta investigación se podría iniciar explorando métodos para estimar con mayor precisión el impacto total de la población; por ejemplo, William Clark (1991) sugiere que la 'igualdad de Ehrlich' (Contaminación/Área = Personas/Área x Producción económica/Personas x Contaminación/Producción económica) puede usarse operativamente como: (Emisiones CO_2/km^2 = Población/km^2 x PNB/Población x Emisiones CO_2/PNB). Clark y sus colegas revisaron los datos de doce países de 1925 a 1985 y calcularon que la misma cantidad de contaminación en el medio ambiente puede venir de combinaciones radicalmente diferentes de tamaño de población, consumo y producción. Así que ningún factor *per se* domina los patrones de cambio del impacto total en el tiempo. Esto marca la necesidad de estudios locales de relaciones causales entre combinaciones específicas de población, consumo y producción, teniendo en mente que estos estudios locales necesitan apuntar a una teoría general que explicará la gran variedad de experiencias locales (véase también Lutz, 1991).

En esta línea, Barbara Torrey y Gretchen Kolsrud (1991, 1993) examinaron el crecimiento de población y la eficiencia energética en varios países y concluyeron que la predicción de muy bajo crecimiento en los países

desarrollados en los próximos 40 años agregará una carga de emisiones de CO_2 que será igual a la añadida por poblaciones con predicción de crecimiento de población mayor que los países menos desarrollados. Bajar el consumo de energía en los países desarrollados podría dramáticamente disminuir las emisiones de CO_2 a nivel global. Solamente en un escenario de restricciones severas en emisiones en los países desarrollados tendría el crecimiento de población en los países menos desarrollados un papel importante en el aumento de emisiones. Si la eficiencia energética pudiera mejorarse en estos últimos, así como también en los primeros, el crecimiento de población tendría un papel menos importante en este rubro. José Goldemberg (1993) sugiere que si se posibilita que los países en desarrollo den un salto para adoptar tecnologías modernas de eficiencia energética, se podría lograr esta meta.

Las prioridades en la investigación deberían también enfocarse a situaciones donde la demanda (por subsistencia o comercial) se vuelve demasiado grande en comparación con el máximo sustentable que permite el recurso, o a un punto donde la capacidad regenerativa del recurso es relativamente baja, o donde los incentivos y limitaciones que enfrentan los que explotan ese recurso son tales que los inducen a valorar las ganancias presentes mucho más alto que las ganancias futuras (Repetto y Holmes, 1983).

Cómo hacer que el crecimiento de población y el uso de recursos per cápita disminuyan

Algunos autores enfatizan la alta tasa de crecimiento de población como el factor primario y de fondo en la degradación ambiental y la sobrecarga en la capacidad del planeta, y afirman que el control del crecimiento de población es el instrumento apropiado para las políticas de población.

Ehrlich y sus colegas afirman que "no hay tiempo que perder para tratar de hacer que la población disminuya tan rápidamente como sea humanamente posible" (Ehrlich, Daily, Ehrlich, Matson y Vitousek, 1989). Ciertamente un paso que deberíamos tomar inmediatamente es dar acceso universal a medios simples de control de natalidad para proveer a los padres potenciales con un rango completo de opciones al planear sus fami-

lias. En lo referente a políticas de población, los mismos estándares, tales como elección voluntaria del tamaño de la familia y métodos de planeación familiar, deberían aplicar en países desarrollados y en aquellos en vías de desarrollo. Se sabe que las políticas que se focalizan solamente en el control del tamaño de la población son insuficientes. Se ha mostrado repetidamente que el nivel de fertilidad en una población no puede simplemente regularse, sino que depende crucialmente de cambios sociales y económicos, tales como mejoras en el nivel educativo, especialmente para las mujeres, mejoras en la infraestructura social, y reducción de pobreza. También existen ejemplos que muestran que curvar el crecimiento de población no necesariamente resulta en una mejora en el bienestar y las condiciones ambientales, aunque se podría argumentar que las condiciones podrían ser peores si el rápido crecimiento de población hubiera continuado.

Los que ven las altas tasas de crecimiento de población como un estímulo al desarrollo económico al inducir cambios tecnológicos y organizacionales, han adoptado la postura opuesta (Hirschman, 1958; Boserup, 1965), también aquellos que las ven como un fenómeno que puede resolverse a través de cambios técnicos (Simon, 1990). Si dejamos a un lado la pregunta importante de si hay tiempo suficiente para que dichas consideraciones tengan efecto, estas posiciones ignoran el peligro del agotamiento ambiental implícito en el crecimiento económico no regulado; el aumento del consumo y del crecimiento de las poblaciones puede poner una demanda real en los recursos de la Tierra y traer conflictos políticos y sociales por el control de dichos recursos.

Aquellos autores para quienes "solamente puede esperarse que la población disminuya cuando la forma de ganarse la vida, para los pobres, sea segura, ya que sólo entonces reducir el tamaño de sus familias tendrá sentido para ellos", han tomado un enfoque diferente (Chambers, 1988; DAWN, 1988). De acuerdo con un estudio del Banco Mundial realizado en 64 países, cuando el salario de los pobres suba 1 por ciento, las tasas de fertilidad general bajarán un 3 por ciento (Lappe y Schumann, 1988). Sin embargo, al formular tales afirmaciones se debe tener presente la gran heterogeneidad social y cultural entre los pobres de distintas partes del mundo, que es muy relevante por la forma en la que pueden reaccionar en términos de la fertilidad al mejorar las condiciones de vida.

En contraste con las posiciones previamente mencionadas, algunos autores afirman que "la población no es una variable relevante" en términos de disminución de recursos y estrés, sino que el *consumo de recursos*, especialmente el sobreconsumismo de la ricos es el factor clave (Hardoy y Satterthwaite, 1991; Sánchez, 1990; Harrison, 1990; Durning, 1991). Los países de la OCDE representan solamente un 16 por ciento de la población mundial y un 24 por ciento del área de la tierra, pero sus economías son responsables del 72 por ciento del producto mundial bruto, el 78 por ciento de los vehículos rodantes, y el 50 por ciento del uso de energía. Generan el 76 por ciento del comercio mundial, el 73 por ciento de las exportaciones de productos químicos, y el 73 por ciento de la importación de productos de madera (OCED, 1991). El instrumento inmediato para las políticas a corto plazo es, en este caso, reducir el consumo y esto puede lograrse fácilmente en esas áreas donde el consumo per cápita es mayor.

Entonces, un nuevo marco de referencia expandirá las definiciones de algunos puntos: es necesario enfocarse no sólo en el tamaño de la población, la densidad, y la tasa de crecimiento, la distribución por edad y la razón de sexo, sino que también en el acceso a recursos, modo de sobrevivencia, dimensiones sociales de género y estructuras de poder. Es necesario explorar modelos nuevos en los que el control de la población no sea solamente una pregunta de planeación familiar sino también de planeación económica, ecológica, social y política (PNUD, 1990; Jacobson, 1987), en la que el uso derrochador de recursos no sea simplemente una cuestión de encontrar nuevos sustitutos sino de rediseñar estilos de vida afluente y en los que la sustentabilidad no se vea solamente como un proceso global total sino también como un proceso que tiene que ver con estilos de vida sustentables para la mayoría de las personas de una localidad.

Fuentes consultadas

Asian Development Bank (1991), *Population Pressure and National Resource Management: Key Issues and Possible Actions*, Manila, Asian Development Bank.

Blaikie, P. M. y H. Brookfield (1987), *Land Degradation and Society*, London, Methuen.

BLAXTER, K. L. (1986), *People, Food and Resources*, Cambridge, Cambridge University Press.
BOSERUP, E. (1965), *The Conditions of Agricultural Growth: The Economics of Agrarian Change under Population Pressure*, Chicago, Aldine.
BRINLEY, T. (1961), *International Migration and Economic Development*, Paris, UNESCO.
BROWN, H. (1954), *The Challenge of Man's Future*, New York, The Viking Press.
CALDWELL, J. C. (1984), *Desertification: Demographic Evidence 1973-1983*, Development Studies Centre, Australia, Australian National University.
CHAMBERS, R. (1988), *Sustainable Livelihoods, Environment and Development: Putting Poor People First*, Brighton, Institute of Development Studies, University of Sussex.
CLARK, C. (1958), "Population Growth and Living Standards", in A. N. Agarwala, S. P. Singh (eds.), *The Economics of Underdevelopment*, London, Oxford University Press, pp. 32-53.
CLARK, W. C. (1991), "Environment and Risk", Paper presented at the Annual Meeting of the American Association for the Advancement of Science, Washington, D.C.
COSTANZA R. (ed.) (1991), *Ecological Economics: The Science and Management of Sustainability*, New York, Columbia University Press.
DALY, H. E. y J. B. Jr. Cobb (1989), *For the Common Good: Redirecting the Economy toward Community, the Environment and a Sustainable Future*, Boston, Beacon.
DALY, H. E. (1977), *Steady State Economics*, San Francisco, W.H. Freeman.
DEMENY, P. (1988), "Demography and the Limits of Growth", *Population and Development Review Supplement*, 14, winter, pp. 213-244.
DEMENY, P. (1990), "Population", in B.L. Turner II; W. C. Clark; R. W. Kates; J. F. Richards, J. T. Mathews y W. B. Meyer (eds.); *The Earth Transformed by Human Action: Global and Regional Changes in the Biosphere Over the Past 300 Years*, New York, Cambridge University Press and Clark University, pp. 41-54.
DURNING, A. (1991), "Asking How Much is Enough", in L. R. Brown; Durning, A. Flavin, Ch. French, H. Jacobson, J. Lenssen, N. Lowe, M. Postel, S. Renner, M. Ryan, J. Starke y L. Young, J., *State of the World 1991. A Worldwatch Institute Report on Progress Towards Sustainable Development*, New York, WW Norton and Co, 153-169.
EHRLICH, P.; Daily, G. C.; Ehrlich, A. H.; Matson, P. y Vitousek, P. (1989), "Global Change and Carrying Capacity: Implications for Life on Earth", in R. DeFries y T. Malone (eds.), *Global Change and Our Common Future: Papers from a Forum*, Washington, D.C., National Academy Press, pp. 19-27.
GARCÍA, R. (1990), *Metodología para el estudio del cambio global*, Mexico, ISSC Workshop Issues in Global Environmental Change.

GILLIAND, B. (1983), "Considerations of World Population and Food Supply", *Population and Development Review*, 9, 2, pp. 203-211.
GOLDEMBERG, J. (1993), *Personal Comment*, Rio de Janeiro, Brazil, june.
HARDOY, J. y D. Satterthwaite (1991), "Environmental Problems of the Third World Cities: A Global Issue Ignored?", *Public Administration and Development*, 11, pp. 341-361.
HARRISON, P. (1990), "Too Much Life on Earth?", *New Scientist*, 126, 1717 may, pp. 28-29.
HIRSCHMAN, A. O. (1958), *The Strategy of Economic Development*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.
JACOBSON, H. K. y M. F. Price (1990), *A Framework for Research in the Social Sciences for Global Environmental Change*, Paris, ISSC.
JACOBSON, J. L. (1987), *Planning the Global Family*, Worldwatch Paper 80 Washington, D.C., Worldwatch Institute.
JOHNSON, D. G. y R. D. Lee (eds.) (1987), *Population Growth and Economic Development: Issues and Evidence*, Madison, University of Wisconsin Press.
KEYFITZ, N. (1991), "Population and Development within the Ecosphere One View of the Literature", *Population Index*, 57, 1, spring, pp. 5-22.
KOLSRUD, G. y B. Boyle Torrey (1993), "The Importance of Population Growth in Future Commercial Energy Consumption", James White (ed.), *Global Climate Control*, New York, Plenum Press, pp. 127-141.
LAPPE, F. M. y R. Schurman (1988), *Taking Population Seriously*, London y Earthscan.
LUTZ, W. (1991), "Towards the Holistic Understanding of a Micro Cosmos a Case Study on Mauritius", in *Population, Economy and Environment in Mauritius*, CP-91-01, Laxenburg, Austria, International Institute for Applied Systems Analysis, pp. 3-8.
_____ y Ch. Prinz (1991), "Scenarios for the World Population in the Next Generation: Excessive Growth or Extreme Aging", WP-91-22, Laxenburg, Austria, International Institute for Applied Systems Analysis.
OECD (Organisation for Economic Co-operation and Development) (1991), *The State of the Environment*, Paris, OECD.
REPETTO, R. y T. Holmes (1983), "The Role of Population in Resource Depletion in Developing Countries", *Population and Development Review*, 9, 4 december, pp. 609-632.
_____ (1987), *Population, Resources, Environment: An Uncertain Future*, Washington, D.C. Population Reference Bureau.
REVELLE, R. (1976), "The Resources Available for Agriculture", *Scientific American*, 235, 3, september, pp. 165-178.
SÁNCHEZ, V. (1990), *Población y medio ambiente*, Mexico, Fundación Medio Mundo.
_____, M. Castillejos, y L. Rojas Bracho (1989), *Población, recursos y medio ambiente en México*, Mexico, Fundación Universo, Veintiuno A.C.

SEN, G. y C. Grown (1988) *Development, Crises and Alternative Visions: Third World Women's Perspectives*, New Dehli, DAWN.
SIMON, J. (1990), *Population Matters: People, Resource, Environment and Immigration*, New Brunswick, Transaction Publishers.
STONICH, S. C. (1989), "The Dynamics of Social Processes and Environmental Destruction: A Central American Case Study", *Population and Development Review*, 15, 2, june, pp. 269-296.
SWAMINATHAN, M. S. (1988), "Global Agriculture at the Crossroads", in H. J. de Blij (ed.), *Earth 88: Changing Geographic Perspectives*, Washington, D.C., National Geographic Society, pp. 316-331.
TORREY, B. y G. Kolsrud (1991), "Population Growth and Energy Consumption", Paper presented at the Annual Meeting of the American Association for the Advancement of Science, Washington, D.C.
UN (United Nations) (1973), *The Determinants and Consequences of Population Trends*, New York, United Nations.
UNDP (United Nations Development Programme) (1990), *Human Development Index*, New York, UNDP.
UNPF (United Nations Population Fund) (1991), *The State of the World Population 1991*, New York, Oxford University Press.
WHITMORE, T. M.; B.L. Turner II; D. L. Johnson; R. W. Kates; T. R. Gottschang,(1990), "Long-term Population Change", in B.L. Turner II, W. C. Clark; R. W. Kates; J. F. Richards, J. T. Mathews y W. B. Meyer (eds.), *The Earth Transformed by Human Action: Global and Regional Changes in the Biosphere over the past 300 years*, New York, Cambridge University Press and Clark University, pp. 25-39.
Worldwatch Institute (1988), *State of the World 1988. A Worldwatch Institute Report on Progress Toward a Sustainable Society*, New York, WW Norton and Co.

Abreviaciones

PmD – Países menos desarrollados.
TGF – Tasa global de fertilidad.
PMD – Países más desarrollados.
NU – Naciones Unidas.
PNUD – Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
FPNU – Fondo de Población de las Naciones Unidas.
OCDE – Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos.

Capítulo 10

El cubo global*

Introducción

¿Es posible que el mundo se unifique como sugiere la Comisión Mundial de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo en la primera frase de su informe?[1] A medida que los estadistas empiezan a afirmar que «nuestro país es el planeta» y que los sistemas económicos y políticos se convierten en entidades metanacionales, la especie humana se ve enfrentada a una perspectiva global.

Y, sin embargo, no está claro si este cambio dará lugar a un mundo más equilibrado o a un mundo amenazado por peligros ambientales y fragmentados en islas de riqueza rodeadas por un mar de pobreza, entre el Norte y el Sur y entre las diversas naciones. La fuerza dominante ¿será una acción consciente y colectiva de la humanidad o bien una serie de procesos destructivos a corto plazo? Lo que suceda dependerá, en parte, de la rapidez y precisión con que la ciencia pueda responder al desafío de pensar y analizar los fenómenos desde una perspectiva global.

Las ciencias sociales hacen frente a un desafío fundamental en lo relativo al estudio del cambio global. Como se ha señalado, la «sociosfera» no

*_International Social Science Journal_: _Global Environmental Change_, Blackwell, UNESCO: Publ., No 130, pp. 599-608, diciembre, 1991.

[1]La Tierra es una sola, pero el mundo no lo es. Ésta es la expresión utilizada por la Comisión Mundial de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo al comienzo de su informe, con objeto de recalcar la necesidad de construir formas sostenibles de desarrollo para el futuro.

puede verse en una fotografía del planeta tomada desde el espacio sideral.[2] Como entidad, parece existir solamente en nuestra mente. Por ello, y por otros motivos, a veces se tiene la impresión de que las estructuras cambiantes de la geosfera y la biosfera no son más que fenómenos naturales, cuando, en gran medida, están sujetos a un proceso impulsado por el hombre y estrechamente relacionados con el uso humano de los recursos del planeta.

En la actualidad, las ciencias físicas y naturales están progresando rápidamente en conocer *cómo, dónde y con qué rapidez* se utilizan los recursos. En cambio, las ciencias sociales deberían preguntarse *por qué* se están utilizando estos recursos de ciertas maneras, es decir, con qué finalidad y —lo que es de máxima importancia para encontrar soluciones con miras a un futuro sostenido— quién los utiliza. En muchas ocasiones, las propuestas de políticas para conseguir un desarrollo sostenido han quedado atrapadas en la tela de los intereses, o en el desinterés, de diversas instituciones y grupos sociales.

Este nuevo campo de investigación se denomina en general del "cambio global". Martin Price (1989, pp. 18-20; 42-44) afirma con razón que esta expresión se ha definido predominantemente desde una perspectiva geocéntrica y biocéntrica, por lo que es necesario progresar hacia la creación de una perspectiva sociocéntrica. Sin embargo, para lograr una perspectiva más equilibrada hará falta tiempo, principalmente por razones epistemológicas pero también porque el término se utiliza indistintamente para denominar *nuevos tipos de fenómenos y una nueva perspectiva de la realidad* mundial. En ocasiones se emplea también para designar una «etapa» de la civilización mundial, y la exigencia de una nueva ciencia "global".

En el presente documento se examinan las interpretaciones del término "global" y el modo en que ven dicho término los programas de investigación de las ciencias naturales y sociales. Se centra en los problemas básicos de teoría y modelación que deben resolverse para establecer un

[2]Daniel Bertaux examinó este punto en una de las reuniones del Comité sobre las Dimensiones Humanas del Cambio Mundial, del Consejo Internacional de Ciencias Sociales, UNU y UNESCO. Tengo que dar las gracias a los participantes en el Comité por los debates que suscitaron muchas de las reflexiones expuestas en el presente documento: doctor Harold Jacobson, coordinador: Daniel Bertaux, Lezzek Kosinski, Robert Worcester, Kurt Pawlik. Renat Parelet, Takashi Fujii. Ashish Bose y Martin Price.

programa amplio de investigación sobre la pluralidad de los fenómenos que se incluyen en el cambio ambiental global.

Un programa conjunto con las ciencias naturales

Los especialistas en ciencias naturales han identificado ya los problemas más urgentes del medio ambiente mundial (como el cambio climático, el agotamiento del ozono o la pérdida de la biodiversidad) en el trabajo "Programa Internacional de la Geosfera-Biosfera: estudio del cambio global".[3] Un primer paso hacia la colaboración entre las ciencias naturales y las ciencias sociales lo constituye el documento "A Framework for Research on the Human Dimensions of Global Environmental Change" (un marco para la investigación de las dimensiones humanas del cambio ambiental mundial) del Comité Permanente sobre las Dimensiones Humanas del Cambio Global (Jacobson, 1990).

Sin embargo, dada la complejidad de las acciones humanas relacionadas con los múltiples procesos del cambio ambiental global, es necesario preparar un programa a largo plazo de teorías y métodos de las ciencias sociales para hacer frente a esta situación sin precedentes históricos. No basta con preparar un programa de temas de investigación de las ciencias sociales en relación con el cambio mundial; hace falta una nueva perspectiva global que permita analizar minuciosamente la realidad existente con un criterio distinto al que ha encauzado la investigación en ciencias sociales durante el último siglo.

Existen ya varias propuestas para articular esta nueva perspectiva global. Burton y Timmerman (1989, pp. 279-313) han señalado la aparición de un «nuevo paradigma» basado en lo que denominan «la evolución de los *sistemas complejos*». Sin embargo, la creación de un nuevo paradigma supondría no sólo crear un nuevo programa teórico de investigación sino también reconsiderar algunas de las premisas epistemológicas básicas de las ciencias sociales tradicionales. Como están intrínsecamente vinculadas a principios filosóficos fundamentales, ello significa que nuevas normas

[3]Consejo Internacional de Uniones Científicas (1989), "The International Geosphere-Biosphere Programme: A Study of Global Change". París: CIUC, Harold. Jacobson. "Note on the Human Dimensions for Global Change" HDGEC Internal Document: 2.

filosóficas y éticas deben formar parte del programa para la creación de conocimientos necesarios para abordar las nuevas áreas de experiencia humana, tales como la ingeniería genética, así como los nuevos límites de la empresa humana, por ejemplo el agotamiento de los recursos no renovables.

Un trabajo innovador que ofrece grandes posibilidades para la reflexión acerca de la realidad global es el esquema teórico que han desarrollado Gilberto Gallopín y los investigadores de la Fundación Bariloche (Gallopín, Gutman y Maletta, 1989). Estos investigadores proponen que el concepto de «empobrecimiento global» abarque a la vez el empobrecimiento ecológico y el económico como procesos centrales del cambio global.

Así, pues, ¿con qué criterios podemos empezar a definir el concepto «global» en las ciencias sociales?

Definición del cambio global en las ciencias naturales

El doctor G.K. Menon (1989), presidente del Consejo Internacional de Uniones Científicas, ha definido el cambio ambiental global del modo siguiente: "La humanidad ha modificado el medio ambiente en el proceso de vivir y desarrollarse durante dos millones de años por lo menos, pero durante la mayor parte de este periodo la influencia humana en el medio ambiente ha sido de escala local y de pequeña magnitud. Sólo en la última mitad de este siglo, la humanidad ha tenido la capacidad de modificar el medio ambiente a escala global, y no sólo en relación con los efectos locales, como en el caso de la contaminación". En este contexto, el criterio para la definición del concepto "global es un criterio de escala". Además, el doctor Menon menciona también, en su descripción del objetivo principal del Programa Internacional de la Geosfera-Biosfera (PIGB), que el cambio global entraña "procesos físicos, químicos y biológicos interactivos que regulan el sistema terrestre, el medio ambiente único que permite la vida, los cambios que se están produciendo en este sistema y el modo en que las acciones del ser humano influyen en ellos" (*ibid.*). Así, pues, el segundo criterio para definirlo es el de la interacción entre los diferentes procesos que se consideran sus componentes.

Si los principales criterios para definir los fenómenos globales en las ciencias naturales son escala e interacción, será fácil crear una imagen paralela de estos fenómenos en las ciencias sociales, que sea equivalente. Por ejemplo, la "internacionalización de la economía de mercado", la "globalización" de las telecomunicaciones, el transporte y los medios de comunicación de masas, etcétera. *Para entender estos fenómenos bastaría con añadir un nuevo nivel de magnitud a nuestros modelos y establecer las relaciones entre los diferentes niveles*.

Sin embargo, los cambios que se consideran globales, en lo que se refiere a los grupos humanos, guardan relación no sólo con un cambio en la rapidez, densidad y escala de las interacciones, sino también con la modificación de la estructura y la complejidad de estas interacciones. Como indicó Roberta Balstad Miller (Miller, 1989, p. 87), para explicar el cambio ambiental mundial es necesario examinar las acciones humanas directas que influyen en él, así como las acciones humanas indirectas que ponen en movimiento complejas secuencias de acontecimientos que afectan también al medio ambiente. El estudio de estas acciones humanas indirectas contenidas en la dinámica del cambio de los sistemas políticos y económicos es lo que exige el desarrollo de teorías sociales autónomas para explicarlas, independientemente de los intereses ambientales, y sin embargo vinculadas con los problemas mundiales.

Así, pues, la investigación sobre el cambio mundial debe ir más allá de una simple medición de lo que ya se ve, y abordar la tarea más difícil de la posible interpretación de dicho cambio.

El cubo global[4]

Para exponer nuestra percepción de la realidad, Wittgenstein recurría al ejemplo de un dibujo tridimensional de doce líneas que pudiera interpretarse y, por consiguient, verse como un cubo, un armazón de alambre, seis tableros, etcétera. Parafraseando a Wittgenstein (1958, p. 200), podríamos decir que "interpretamos lo global y lo vemos como *lo interpretamos*". ¿Cómo interpretan las ciencias sociales al mundo y, por consiguiente, lo glo-

[4]Agradezco la participación de Benjamín Mayer en el análisis de esta sección.

bal? Inevitablemente, con base en la visión del mundo heredada de la epistemología decimonónica.

Si bien es posible poner en duda la conveniencia de aplicar el análisis que sigue a todas las ciencias sociales, puede decirse, en primer lugar, que todas estas ciencias se basan en el racionalismo científico y, en segundo lugar, que todas ellas, incluida la economía, tienen dificultades para analizar los fenómenos contemporáneos. Sin embargo, como es tan complicado generalizar para todas las ciencias sociales, las observaciones que figuran a continuación han de ser necesariamente esquemáticas, con la única finalidad de abrir el debate.

Interpretación de lo global en las ciencias sociales

Una posible interpretación del término "global" que haría revivir una vieja pretensión superada en las ciencias sociales, es considerarlo sinónimo de "universal". El principal objetivo de la ciencia social positivista ha sido llegar a leyes universales de la experiencia humana, empresa intelectual que se remonta a los griegos. Pero la introspección de la generación de los años sesenta en las ciencias sociales occidentales, y la crítica de los estudiosos del Tercer Mundo contra su "etnocentrismo" en los años setenta, mostraron lo lejos que habían quedado las ciencias sociales de alcanzar su finalidad de universalismo.

Además, no sólo se ha diagnosticado el fracaso actual del universalismo, sino que, en términos más radicales, se ha teorizado *la imposibilidad* de un universalismo absoluto, en particular en la teoría crítica. En otros términos, el fracaso actual del universalismo no se debe sólo a la limitación de nuestros instrumentos de trabajo; es un fracaso esencial o una imposibilidad.

De un programa de investigación de este tipo se sigue una perspectiva relativista, contraria a la universalista. Frente a este "renacimiento del relativismo", Margaret Archer (1987, p. 249) aduce que "si no podemos asignar creencias, el resultado final será que la sociología no interviene para nada en la explicación de la acción. Esto corresponde al behaviorismo, el materialismo o incluso la biología; en breve, a todo lo que excluye la referencia a las creencias determinadas de los sujetos humanos". Clifford Geertz (1984), desde el punto de vista de la antropología, ofreció un anti-antirrela-

tivismo, afirmando que vamos a la deriva, como los polinesios en alta mar, y debemos aprender a vivir con la incertidumbre intelectual.

La teoría crítica va aún más allá, poniendo en tela de juicio el lenguaje mismo que se utiliza para pensar sobre la realidad. El marco conceptual del enfoque científico de lo "global" exigiría un examen detallado, lingüístico y filosófico. En este sentido, las ciencias sociales se consideran ejercicios de exégesis que tratan de interpretaciones de interpretaciones de interpretaciones. Así, pues, emplear el término "global" para referirse a una esfera clásica del universalismo resulta altamente problemático.

Otra dificultad teórica relacionada con el estudio del cambio global se deriva del individualismo metodológico aplicado al análisis social. La premisa básica de los modelos que utilizan este esquema metodológico destaca que todos los fenómenos sociales tienen que analizarse en función de las creencias, las propiedades y las acciones de los individuos. Un modelo de este tipo que ejerce una considerable influencia en la actualidad es el modelo de la elección racional.

No obstante, un esquema de este tipo difícilmente puede salvar la distancia entre las opciones que eligen los individuos a nivel microeconómico y los efectos globales de esas elecciones. Asimismo, si nos encontramos ante umbrales históricos relacionados con el cambio global, una de las objeciones de Adam Przeworski (1987, p. 104) a este tipo de análisis parece justificada: a saber, que las preferencias individuales no son universales ni estables y dependen de condiciones determinadas, por lo que cambian a lo largo de la historia (*ibid.*). Otra objeción válida de ese autor es que «en determinadas condiciones no es posible una acción racional aunque los individuos sean "racionales"» (*ibid.*). De hecho, lo que ocurre hoy día en el cambio ambiental global muestra la contradicción entre la elección racional hecha por individuos que desean impedir que prosiga la degradación ambiental y la irracionalidad de los sistemas económicos y políticos que no pueden detener las acciones ambientales insostenibles.

Un problema complementario de índole más general para desarrollar una perspectiva global de las ciencias sociales, es la dificultad inherente a la mayoría de ellas, desde siempre, de explicar el cambio social, especialmente en lo relativo a ciertas teorías como el funcionalismo e incluso el marxismo. Como recalca Przeworski: "El marxismo es una teoría de la historia que carece de una teoría sobre las acciones de la gente que hace

esta historia". Esto no sólo guarda relación con las teorías sociales, sino que además refleja una desviación mucho más extendida de la ciencia clásica. Ahora que el estudio de los procesos no lineales e irreversibles está ganando terreno en las ciencias físicas, se hace evidente que en gran medida la ciencia clásica tenía preferencia por estudiar fenómenos estables, lineales y reversibles. La preferencia por lo estable se observaba en la elección misma de los problemas que se investigaban, por ejemplo, la ciencia atmosférica puede explicar satisfactoriamente cómo están constituidos e interactúan los gases atmosféricos, pero no puede predecir el tiempo que hará mañana.

Dado que las ciencias sociales aceptaron las normas del método científico que se habían desarrollado para las ciencias exactas, recibieron esta misma predisposición hacia la elección de fenómenos estables como materia de estudio. Ejemplo de esta tendencia es el hecho de que hasta los años setenta la mayoría de los estudios sociológicos y antropológicos se concentraban en comunidades o sociedades estables; sólo en los últimos decenios se han empezado a estudiar los movimientos sociales, las migraciones o los cambios de la estructura familiar. Además, lo que en los años cincuenta se consideraba un comportamiento "desviado", en los años ochenta se considera "normal".

El cambio global, relacionado con el medio ambiente o con otros fenómenos sociales, consiste esencialmente en un estudio del movimiento, del cruce de umbrales históricos para entrar a una nueva era. Esta transición es difícil de comprender y analizar con el instrumental clásico de las ciencias sociales. Pero como los científicos sociales participamos también en la creación de estos nuevos cambios, debemos mirar hacia el futuro, no sólo para analizar lo que está ocurriendo sino también para contribuir a la articulación de nuevas filosofías, una nueva ética, y los nuevos pactos sociales necesarios para que este nuevo mundo sea sustentable.

Sin embargo, la ciencia social de hoy, con su énfasis en el empirismo, parece atrapada en un proceso contradictorio: cuanto más rigurosa se hace, menos abierta está a la creatividad. Cuando se crearon las ciencias sociales en la segunda mitad del siglo XIX, los múltiples debates y publicaciones de carácter filosófico y especulativo acerca de la sociedad y el individuo proporcionaron un rico mantillo de ideas que alimentó las hipótesis básicas de las ciencias sociales. Hoy día, debido a la prioridad, que tiende

a la exclusividad, atribuida a la observación empírica y a la medición en las ciencias sociales, el pensamiento filosófico y la especulación intelectual han quedado al margen de los principales debates. Por ejemplo, las ciencias políticas, según John Trent (1990, pp. 5-23), se han visto obstaculizadas por una visión reduccionista de su ámbito, mientras que la filosofía política se ha dejado imprudentemente de lado.

Por decirlo en términos más vivos, como los fenómenos globales no tienen precedentes en la experiencia humana, no sólo carecemos de los métodos para comprenderlos sino que además no tenemos categorías e ideas básicas que nos sirvan para pensar en los mismos. Así, en el cuerpo tradicional del pensamiento teórico de las ciencias sociales hay pocas hipótesis para interpretar estos fenómenos, lo que puede contribuir a explicar por qué parecen tan invisibles desde el punto de vista de las ciencias sociales.

Como nuestra interpretación del mundo en las ciencias sociales está aún condicionada por los mapas mentales del siglo XIX, que establecían una gran división entre Occidente y "el Otro", atomizado en centenares de naciones o «tribus», no es de sorprender que no podamos ver los fenómenos globales de nuestra experiencia cotidiana.

La experiencia antropológica

A pesar de que la antropología se creó en el siglo XIX para ocuparse de "los otros", la mitad huérfana de la dicotomía política entre lo civilizado y lo primitivo, la historia y la no historia, nosotros y ellos, y forzando un poco las hipótesis intencionales de la disciplina, o sea, el objetivo de explicar la naturaleza humana en todas las sociedades, puede decirse que la antropología pretendía ser, de hecho, una ciencia social globalizadora. Esto debe entenderse en el sentido de que su campo de estudio abarca la totalidad del pasado humano, en un periodo de miles o millones de años, y que gran parte de su investigación se ocupa de la interacción de las sociedades humanas y el medio ambiente natural.

Merece la pena señalar que este conocimiento ha demostrado entre otras cosas que no es la primera vez ni mucho menos en la historia que los factores ecológicos han forzado a las civilizaciones humanas a encami-

narse en direcciones imprevistas. Ejemplo de ello podría ser la civilización egipcia, cuya aparición se ha relacionado con la desertización de las regiones vecinas que atrajo a las poblaciones agrícolas al fértil valle del Nilo y dio lugar a la aparición de una civilización sumamente desarrollada (Manzanilla, 1989). Por otra parte, existen muchos ejemplos de Estados centralizados altamente desarrollados que cayeron muy probablemente por convulsiones políticas y sociales resultantes del agotamiento de los recursos ambientales circundantes, como pudo ser el caso de la ciudad maya de Copán (Abrams *et al*., 1988, pp. 377-395).

Los antropólogos han creado, asimismo, un mapa mundial de todas las culturas con base en datos comparativos en el proyecto "Human Relation Area Files" (Archivo sobre relaciones humanas), de George Murdock (1967) ¿Puede pensarse que la suma de todas estas diversas entidades culturales crease una "realidad global"? No. Sin embargo, existen grandes similitudes en los problemas de teoría y método planteados por el proyecto indicado y los que se examinan en la actualidad en relación con los datos y modelos del cambio ambiental global. Nos limitaremos a mencionar dos de los más importantes.

El principal problema es cómo establecer los límites heurísticos de las unidades de análisis. En el análisis cultural ello significa decidir si una cultura debe considerarse una unidad singular, a pesar de la diversidad interna, o si sus subculturas deben considerarse entidades aparte. Esta división metodológica altera decisivamente la distribución estadística de las culturas y, por consiguiente, las generalizaciones que podrían hacerse en cuanto a la naturaleza de determinadas características culturales o instituciones en todo el mundo. Así, pues, estos límites plantean no sólo problemas técnicos de medición estadística sino también problemas teóricos relacionados con la definición de las relaciones existentes entre las diferentes culturas.

Consideremos el siguiente ejemplo de relación entre este problema y el estudio del cambio mundial. En los estudios sobre deforestación, si la unidad de análisis se define como la "población humana" y esta unidad se relaciona con la cantidad de tierra o recursos naturales de que dispone esa población, habrá tendencia a considerar que cada individuo tiene igual acceso a estos recursos. En cambio, si como unidades de análisis se toman los grupos que guardan una relación específica con las instituciones de decisión que controlan el acceso a estos recursos, se podrá analizar la interacción de estos grupos

con el medio ambiente no sólo en relación con procesos demográficos sino también con el acceso real de cada grupo al uso de los recursos.

Otro problema que se planteó también al intentar trazar mapas de las culturas del mundo fue que, una vez se identificaron las diversas unidades culturales, resultó difícil explicar la dinámica de las relaciones existentes entre ellas. Cuando se estudian las dimensiones humanas del cambio ambiental global se plantean los mismos tipos de problemas. ¿Cómo establecer una relación entre los grupos sociales significativos y las unidades de 500 km^2 de los sistemas geográficos de información? ¿Sirven los límites políticos o administrativos —nacionales, estatales, provinciales, municipales— para definir las unidades de análisis con miras al estudio del deterioro ambiental? Las fronteras étnicas, ¿deben considerarse importantes para el análisis del cambio ambiental?

La exigencia de interdisciplinariedad

La exigencia de interdisciplinariedad en el análisis social es hoy día un clamor universal, particularmente en lo relativo al estudio del cambio global (Dogan y Robert Pahre, 1989, pp. 497-512). Cuantas más esferas disciplinarias se analizan, más evidente resulta que las fronteras nacionales e institucionales tienen un importante papel que desempeñar en la definición de estos ámbitos o esferas. Merece la pena señalar que desde el siglo XIX las fronteras geopolíticas se han utilizado como herramienta metodológica para delimitar los objetivos del estudio de las ciencias sociales.

La primera frontera política, como se ha mencionado anteriormente, fue la que dividió a los pueblos occidentales de los no occidentales y dio lugar a la creación de una ciencia social especial llamada antropología para estudiar a estos últimos. Se establecieron también otras ciencias sociales para estudiar a las sociedades nacionales occidentales, por ejemplo, la ciencia política que se basa en el concepto de la soberanía nacional; la economía que se ocupa principalmente de la contabilidad nacional y los mercados de los países; la sociología, centrada en las instituciones sociales de las sociedades occidentales; la psicología —y los conceptos de salud y enfermedad mental— que se creó y aplicó principalmente a la mentalidad y comportamiento europeos. Se ha señalado en repetidas ocasiones que la expansión de los bloques económicos y políticos regionales, la economía de mercado

y el enfrentamiento étnico están debilitando a las naciones-Estado, y lo propio ocurre con las interpretaciones teóricas basadas en esta institución central.

Como señalan Dogan y Pahre, que sugieren que el término "multidisciplinario" podría sustituirse por "interdisciplinario", los campos híbridos de estudio en esta esfera se están multiplicando rápidamente. Ejemplos de ello son los estudios sobre la mujer, que utilizan herramientas teóricas y metodológicas procedentes de muchas disciplinas; la antropología biológica, la inteligencia artificial y la teoría de las comunicaciones. Según estos autores, los campos híbridos están progresando en las ciencias sociales por un proceso de "fragmentación conducente a la hibridización" (*op. cit.*).

Cuanto más se amplíe el campo de investigación del cambio ambiental global, más campos híbridos se crearán, especialmente en las fronteras entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, por ejemplo la ecología humana o la economía ecológica.

Modelos microsociales en un contexto global

¿Qué clases de modelos microsociales podemos empezar a construir para estudiar el cambio ambiental en un contexto global? A continuación se examinan algunos de los principales problemas teóricos del establecimiento de estos modelos, en relación con el proceso de toma de decisiones de un estudio sobre deforestación.[5]

El primer problema consiste en definir el proceso en estudio, en un marco global. En su trabajo precursor sobre la modelación del cambio ambiental global, Rolando García (1986, *op. cit.*) propuso una estructura triple que vinculaba los procesos microeconómicos y macroeconórnicos. Para captar adecuadamente la dinámica de este proceso, ese autor insiste en que la adecuación del sistema no se encuentra en sus componentes sino en las relaciones entre sus componentes. Por tanto, es necesario utilizar modelos procesales. Un modelo de este tipo se ocupa de una serie de decisiones que conducen a un acontecimiento o fenómeno importante.

[5]Este estudio titulado "Percepciones del cambio social y ambiental en el bosque húmedo de Lacandonia en el suroeste de México", dirigido por Lourdes Arizpe, está financiado por la Universidad Nacional Autónoma de México.

Es bien sabido que los especialistas en ciencias sociales que se ocupan del comportamiento humano a nivel microeconómico se han enfrentado siempre con el difícil problema de explicar cómo las pautas individuales crean distribuciones de frecuencia estadística en torno a un módulo. Los fenómenos más fácilmente observables para explicar estas distribuciones son los de las opciones elegidas por los individuos. Sin embargo, una cosa es trazar un mapa de las elecciones de los individuos y otra muy distinta tratar de explicar las presiones e incentivos que condicionan las opciones individuales. Lo primero explicaría lo que los individuos tienden a hacer y lo segundo la manera en que se crean las pautas sociales. Sin embargo, la elección puede definirse teóricamente en función de los *motivos* de los individuos, como en el esquema de la elección racional, o puede presentarse como una *acción que genera estructuras sociales*. Las opciones las eligen desde luego los individuos, pero están contenidas en *intercambios*. Cuando se dice, por ejemplo, que la economía de mercado permite que los individuos elijan libremente, se pasa por alto que esta elección implica una *transacción con otro individuo o entidad*, en la cual ambos pierden o ganan, o uno gana más que otro. La consecuencia de estas transacciones atañen no sólo al bienestar del primer individuo, sino también, lo que es muy importante, al bienestar de la sociedad en general. Así, pues, en el resto del artículo no se entenderá por elección la motivación psicológica del individuo sino las opciones de los individuos o los grupos dentro de una determinada gama de posibilidades.

Hay que tener muy en cuenta que la premisa individualista de los modelos de elección se adapta bien a las sociedades industriales occidentales, pero no a las sociedades agrarias o no occidentales con fuertes tradiciones comunales o corporativistas, en las cuales las redes sociales y los grupos corporativos deben tenerse en cuenta para definir las unidades de análisis de la investigación.

Diríase, pues, que el valor explicativo del análisis de la elección no procede de la determinación de que los individuos puedan tener una actitud maximalista hacia la economía, el medio ambiente o la vida en general, sino de la gama de opciones proporcionada por los sistemas políticos, económicos y sociales, y las presiones sociales que moldean las opciones.

Otro punto que debe tenerse muy en cuenta al vincular los niveles microeconómicos y macroeconómicos en los modelos globales es que las

fuerzas que dan lugar al deterioro ambiental no pueden entenderse si en ellas no se incorpora el factor tiempo. Las presiones que alteran el subsistema en diferentes niveles de magnitud se producen en épocas distintas y causan reacciones en cadena en otros niveles de magnitud. Sólo un enfoque diacrónico puede contribuir a explicar la dinámica de estas reacciones.

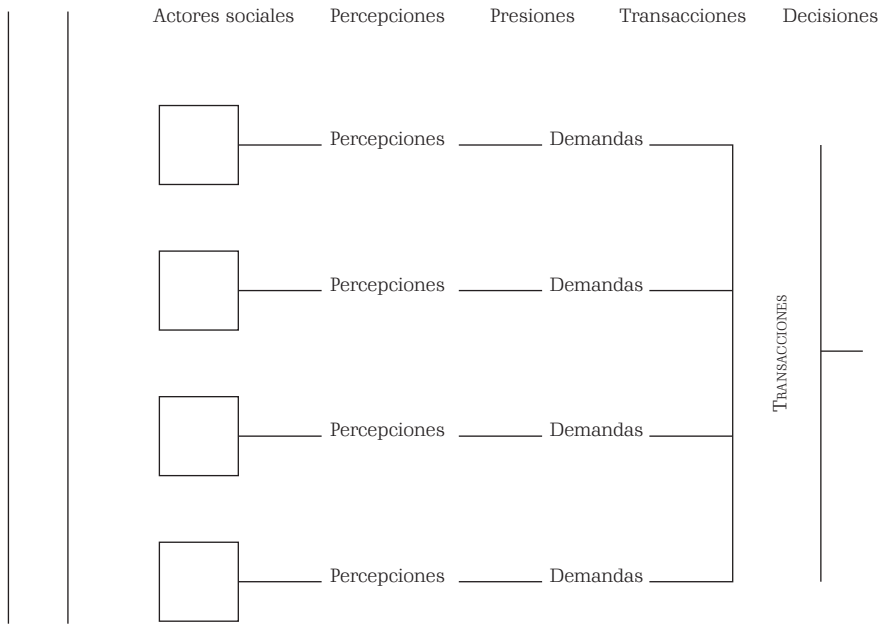
El modelo utilizado en un estudio sobre la deforestación en México reconoce tres niveles —local, regional/nacional e internacional/global— en los cuales los procesos tienen un comportamiento sistémico. Se utilizan los siguientes instrumentos metodológicos (véase gráfica 1):

1. *Acontecimientos*: un enfoque diacrónico plantea siempre el problema de cómo determinar una secuencia continua de fenómenos. Utilizando un procedimiento similar al ideado por Robert Kates (1979) para estudiar el cambio climático, los *acontecimientos* se identifican como las decisiones o movimientos sociales que alteran decisivamente la trayectoria de un proceso, en este caso la aceleración del ritmo de deforestación en Lacandonia.
2. *Condiciones iniciales*: por condiciones iniciales pueden entenderse las existentes inmediatamente antes de un acontecimiento importante que causó una alteración suficientemente significativa de esas condiciones y cuyas repercusiones se dejan aún sentir en las condiciones actuales. Las condiciones se distinguen de los acontecimientos en cuanto que duran más que éstos y habitualmente corresponden a los niveles de fenómenos de mayor magnitud.
   La utilidad de este modelo es la posibilidad de remontarse a una bifurcación previa para explicar factores generadores en tiempo histórico, que en realidad se mueven entre diferentes niveles de magnitud.
3. *Racionalidades y elecciones*: en un artículo importante, Marianne Schmink (1989) explicó las racionalidades de los diferentes grupos sociales que intervienen en el proceso de deforestación del Amazonas. He adoptado el mismo sistema, consistente en identificar los grupos sociales que ejercen influencia considerable en la desforestación y explicar la racionalidad de su conducta. Sin embargo, en vez de considerarlo como un único proceso constituido por diferentes racionalidades, lo he dividido en acontecimientos, y los grupos sociales significativos pueden desempeñar un papel diferente en un acontecimiento determinado. Se mide el

grado de presión ejercido por cada grupo social en un momento preciso, y se determina su influencia en las transacciones entre los grupos. Asimismo, el resultado del acontecimiento se evalúa en función de la gama de opciones que existían como función del proceso total de transacción.

En la definición de esta gama de opciones, y en el balance que hace cada grupo de sus "ganancias" o "pérdidas", las percepciones desempeñan un papel importante: *percepciones, no como estados psicológicos, sino como expresiones culturales en un contexto de cambio social acelerado*. Este estrato fundamental de valores culturales constituye la base de la evaluación de las opciones y las elecciones efectuadas (Clark, 1989). Así, la percepción de la reciprocidad, la ganancia o la pérdida, se incorpora también en el modelo utilizado.

Gráfica 1



Me parece que este tipo de modelo puede abrir el camino para conseguir una mejor respuesta a las preguntas de por qué algunos grupos sociales actúan de un modo aparentemente irracional que pone en peligro el medio ambiente y la supervivencia del planeta. Podría ser de utilidad, en particular, para recomendar políticas.

Puede analizarse la dinámica de los grupos de actores sociales en rápida mutación. Es posible evaluar las percepciones discrepantes de lo que diversos grupos consideran "ganancias" o "pérdidas". Y es posible también explicar el proceso sistémico total de intercambio entre los grupos para cada acontecimiento, de modo que la política pueda aplicarse precisamente en el punto en que la oferta de otras opciones a grupos específicos puede disuadirlos de adoptar comportamientos negativos para el medio ambiente.

Fuentes consultadas

Abrams, E. M. y D. J. Rue (1988), "The Causes and Consequences of Deforestation among the Prehistoric Maya", *Human Ecology*, 16, pp. 377-395.

Archer, M. (1987), "Resisting the Revival of Relativism", *International Sociology*, 2,3, September, pp. 235-250.

Burton, I. y P. Timmerman (1989), "Human Dimensions of Global Change: a Review of Responsibilities and Opportunities", *International Social Science Journal*, 121, august, pp. 279-313.

Clark, W. C. (1989), "The Human Ecology of Global Change", *International Social Science Journal*, 121, pp. 315-345.

Dogan, M. y R. Pahre (1989), "Hybrid Fields in the Social Sciences", *International Social Science Journal*, 121, august, pp. 457-470.

García, Boutigue y V. Rolando (1986), "Conceptos básicos para el estudio de sistemas complejos", en Enrique Leff (ed.), *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*, Mexico, Siglo XXI Editores, pp. 381-409.

Gallopín, G.; P. Gutman y H. Maletta (1989), "Global Impoverishment, Sustainable Development and the Environment", A Report to IRDC on the Project 'Global Impoverishment and Sustainable Development (Mimeo).

Geertz, C. (1984), "Anti-Anti-Relativism", *American Anthropologist*, 86,2, pp. 263–278.

Gutman, P. (1988), *Desarrollo rural y medio ambiente en América Latina*, Buenos Aires, CEAL.

ICSU (International Council of Scientific Unions) (1989), *The International Geosphere-Biosphere Programme: A Study of Global Change*, Paris, ICSU.

JACOBSON, H. K. (1990), "Note on the Human Dimensions for Global Change", *HDGEC Internal Document*, núm. 2.

_____ y M. F. Price (1990), *A Framework for Research on the Human Dimensions of Global Environmental Change*, Paris, HCGEC-ISSC-UNESCO.

KATES, R. (1979), *Climate Change Assessment*, Chicago, Chicago University Press.

LEFF, E. (ed.) (1986), *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*, México, Siglo XXI Editores.

MANZANILLA, L. (1989), *La formación del estado en Babilonia*, México UNAM.

MENON, M.G.K. (1989), "Opening Address", *Global Change*, Report 71.

MILLER, R. (1989), "Human Dimensions of Global Environmental Change", en R.S. Fries y T.C. Malone (eds.), *Global Change and our Common Future*, Washington, National Academy Press, pp. 84-89.

MURDOCK, G. (1967), *Ethnographic Atlas*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

PRICE, M. (1989), "Global Change: Defining the Ill-defined", *Environment*, 31, 8, October, pp. 18-20, 42-44.

PRZEWORSKI, A. (1987), "Marxismo y elección racional", *Zona Abierta*, 45 october-december, pp. 97-136.

SCHMINK, M. (1989), "The Rationality of the Destruction of Tropical Forests", University of Florida at Gainesville, Mimeo.

TRENT, J. (1990), "Though on Political Thought: An Introduction", *International Political Science Review*, 11, pp. 5-23.

WITTGENSTEIN, Ludwig (1958), *Philosophical Investigations*, New York, Harper and Row.



Premio al Mérito Académico, Universidad Veracruzana. 2010.

FOTO EDITH PÉREZ FLORES

Capítulo 11

Cultura y desarrollo: una etnografía de las creencias de una comunidad

En este fin de época que nos ha tocado vivir, Zamora es una cristalización que nos ayuda a pensar. En este capítulo final, ofrecemos las interpretaciones que el estudio ha sugerido sobre la relación entre la cultura y la distribución comparativa de las creencias entre los grupos estudiados.

Cultura y capitalismo

La "angustia" que viven muchos zamoranos porque "se están cambiando las costumbres" corresponde, en efecto, a los abruptos cambios provocados por el desarrollo capitalista de la región que han cambiado el contexto en el que se ejercían las concepciones y normas culturales tradicionales. Coincide este desfase cultural con la preocupación que expresan muchos mexicanos por "la pérdida de la identidad" y "la desnacionalización". Sin embargo, quizás se vive con mayor intensidad en Zamora porque implica la pérdida de todo un orden social, el que calificó un entrevistado como "el México antiguo" y que corresponde, en el Occidente de México, a la formación socioeconómica dominada por la vieja oligarquía terrateniente y la Iglesia. No obstante, cabe destacar que este desfase cultural es *resultado* del desarrollo y no consecuencia de la crisis económica de los años ochenta. En otras palabras, se *debe este desfase a que a la par del desarrollo económico en Zamora, no se dio un desarrollo social y cultural apropiado.*

Hasta hace unos decenios, Zamora y su región aledaña vivía un orden oligárquico cuya cúpula estaba conformada por las familias dueñas de las grandes haciendas y por la alta jerarquía eclesiástica —a la que se incor-

poraban los hijos de esas familias—. La jerarquía social, rígida y adscrita, se sustentaba en un sistema de creencias dominado por la doctrina católica romana, vinculada a todo un complejo cultural fincado en el trinomio España-Conquista-catolicismo. La visión de la cultura como refinamiento del espíritu correspondía a la sensibilidad que desplegaba la aristocracia terrateniente para marcar y sustentar su preeminencia social, su liderazgo cultural y su legitimación política.

Este universo cultural, autocontenido y unitario, que se expresaba en un solo sistema de creencias sostenido por la religión, la educación y la urbanidad, empezó a desmoronarse desde mediados de siglo y aceleró su cambio particularmente en los años setenta. Penetró una nueva lógica económica: para producir ya no era suficiente la propiedad de la tierra, ahora se requería, además, disponibilidad de capitales. La expansión de la agricultura de exportación, la agroindustria, el comercio y la migración a Estados Unidos empezó a consolidar una estructura de clases sociales cuyo eje de prestigio ya no era el nacimiento aunado, o la superioridad por una sensibilidad cuidadosamente cultivada, sino crasamente, el dinero, que representa la capacidad de consumo individual.

Para una sociedad católica, que doctrinalmente prohíbe el lucro, predica la caridad y exalta los valores espirituales por encima de los materiales, surge inevitablemente una contradicción profunda que tiene que tratar de resolver ajustando sus prácticas y valores. A ello se debe que se acepte la preeminencia económica de los "nuevos ricos" a regañadientes, pero negándoseles el prestigio social y cultural. Para la Iglesia esto se convierte en un arma para exigirle a la nueva burguesía integrarse a la antigua alianza que sostenía con la oligarquía.

Por su parte, la nueva burguesía se mueve, ambivalente, entre aceptar la subordinación formal a los valores católicos para propiciar ese beneplácito de la Iglesia y del sector religioso de la sociedad y querer asumir el papel que le toca cumplir en una sociedad industrial de clases, esto es, ser la promotora de una visión moderna, liberal, de fe en el progreso. De ahí que sus comportamientos sean ambiguos. Por una parte, son las mujeres de la burguesía que, en las formas, se declaran más religiosas, mientras que los hombres, en todos los indicadores, son los más liberales y progresistas. ¿Acaso su contradicción de clase se convierte, precisamente, en conflicto entre los géneros? ¿O al contrario, será ésa precisamente su es-

trategia para resolver la contradicción? Es decir, que las mujeres exterioricen el comportamiento requerido para el prestigio social y los hombres asumen el que expresa la nueva visión liberal de su clase histórica.

Lo que es claro es que la nueva burguesía no está ejerciendo cabalmente un liderazgo cultural en Zamora: el dinero de esta clase, que en sociedades industriales ayuda a subsidiar actividades artísticas, literarias y científicas y de asistencia social, en este caso —como también en el de gran parte de la nueva burguesía de otras ciudades de México—, acaba despilfarrándose exclusivamente en consumo suntuario individual. Así, la falta de conciencia de esta nueva burguesía ha tenido como consecuencia que no se haya consolidado en México el contrapeso de subsidios privados que en sociedades industriales capitalistas han ayudado a paliar la desigualdad social y a impulsar el desarrollo cultural.

Esa misma contradicción hace que la pequeña burguesía se escinda en dos sectores claramente perfilados. Un sector con creencias muy conservadoras, vinculado a las viejas profesiones como abogacía, contabilidad y medicina, con un muy alto grado de religiosidad, que defiende activamente el viejo orden social católico. Otro liberal y progresista, de profesionales egresados de las nuevas carreras, tales como economía, odontología, psicología, incluyendo en forma importante a los académicos, y que, si son creyentes, se inclinan por las corrientes progresistas de la Iglesia y, si no, demandan a voz en cuello un orden más moderno y eficiente. Este último sector es el que más posibilidades tiene de "jalar" ideológica y culturalmente la vida zamorana para actualizar la cultura y llenar ese vacío cultural.

Entre los obreros predomina un sector conservador, pero hay también uno progresista minoritario; entre los jornaleros es al contrario, es mayoritario el progresista en cuanto a religiosidad y política. Y entre los campesinos predomina un sistema de creencias muy conservador, fundamentado en una religiosidad más mística que practicante.

Así, la cultura añeja de Zamora se ha ido perdiendo y las nuevas clases han sido incapaces de ir creando nuevos acuerdos, ritos y símbolos que unan a la colectividad. Este vacío cultural se manifiesta hasta visiblemente en la ciudad de Zamora a través de tres ausencias.

Primero, está ausente el arte en Zamora —exceptuando el viejo arte litúrgico—. No se le considera ni una vía de conocimiento ni un cauce para la reflexión y la liberación de la conciencia. Esto dicho sobre todo por dos

artistas que ahí viven. Se conecta lo anterior con la segunda ausencia: la falta de interés de la colectividad, manifiesta en el caos urbano, vial, de construcción, de falta de parques, etcétera, por la ciudad misma. Esto señalado repetidamente por sus propios habitantes. Un dato interesante es la interpretación que hicieron dos personas de que la falta de estética pública y cuidado en las cosas se debe a que el ámbito público está dominado por los hombres en un medio machista y violento; ofrecen esta interpretación por el contraste que se marca con la afectividad y sensualidad del mundo de las casas, que es el mundo de las mujeres. Sea como sea, la tercera ausencia es un desconocimiento, ignorancia y desprecio por la naturaleza, al grado de que el deterioro ecológico del valle de Zamora es grave y su mayor seña es que están permitiendo que la ciudad se vaya comiendo las mejores y más fértiles tierras agrícolas del centro del valle. En suma, puede decirse que es una sociedad arrasada por un proceso abrupto de desarrollo que no alcanza a explicarse y, sobre todo, que no está aprendiendo a manejarlo en tanto a colectividad. El vacío cultural no es más que reflejo de esa incapacidad por llevar ese proceso en forma racional, con un acuerdo negociado entre las clases sociales. A su vez, ese vacío impide que se formen los nuevos sistemas de principios y justificaciones que vayan construyendo, entre otras cosas, esa nueva cultura política acorde con las nuevas circunstancias.

El balance del desarrollo cultural

No obstante lo anterior, existen rasgos positivos de la cultura zamorana que han evitado algunas de las consecuencias que otros autores describen para países industrializados. Uno de ellos es que la identidad personal todavía encuentra fuertes lazos y resonancias en las instituciones familiares, de parentesco, de amistad y de barrio. No se da, por tanto, el síndrome de la "mente desamparada" descrito por Berger.

Se extiende este rasgo positivo al hecho de que las relaciones sociales en Zamora son todavía personalizadas. Es decir, al contrario de la racionalidad comercializada o burocratizada intervienen todavía en las transacciones cotidianas en oficinas, mercados, vías públicas, fábricas, etcétera, elementos de reconocimiento personalizado de las relaciones. No hay duda

de que esta forma de relación interfiere a veces con la eficiencia en las tramitaciones institucionales, sobre todo cuando, por ejemplo, se llevan a su extremo nocivo las relaciones de familia o de amistad, dando lugar al nepotismo y al amiguismo. Las relaciones impersonales, se ha visto en países industrializados, conllevan un alto costo psicológico, ya que aíslan y alienan a los individuos, de ahí que se esté a la búsqueda de nuevas formas de organización del trabajo y de la vida social que eviten esa alienación. En países del Tercer Mundo, en particular, se ha hecho la crítica del "imperativo impersonal" como exigencia del desarrollo y se están buscando maneras de conservar las relaciones personalizadas aun en un contexto de desarrollo industrial.

Otro rasgo positivo en la cultura zamorana, ligada a la anterior, es la afectividad que prevalece en las relaciones de la vida privada, de la casa y de la familia. Esa afectividad es otro de los componentes culturales que hoy en día se están tratando de conservar en el desarrollo.

Los rasgos anteriores, como podrá entenderse, forman un conjunto que se opone a lo que Weber llamó la racionalidad instrumental. Además de estos rasgos, en Zamora se perfila en algunos una conciencia muy lúcida acerca de lo que implica el proceso tecnológico, y hay quienes, en palabras de un entrevistado, se rehúsan "a trabajar para las cosas". La crítica es directa contra un proceso que somete a los hombres, a las máquinas y a las cosas. Conscientemente, zamoranos de diversas clases sociales, en especial técnicos y administradores, dijeron que se rehúsan a orientar todo en su vida en torno a la producción de bienes materiales. Como posiciones críticas en Zamora hacia esta orientación encontramos, como diría Habermas, una crítica anticapitalista conservadora: la de los católicos zamoranos que exaltan la espiritualidad; y otra crítica anticapitalista progresista: la de los liberales o socialistas que dan énfasis a la comunidad y solidaridad. Existe también, para redondear esta idea, la crítica precapitalista en Zamora, que es la que hacen los campesinos y los purhépechas al desarrollo agrícola comercial. Y lo que no ha llegado a Zamora todavía es la crítica poscapitalista o posmoderna, aunque cabría preguntarse si el desmembramiento del viejo tejido cultural unitario no forma parte de una tendencia posmoderna.

En todo caso, como parte importante de estas conclusiones, hay que recalcar que el rezago de la cultura frente a los procesos económicos se

convierte en Zamora virtualmente en un problema social ya que *a medida que avanza el desarrollo capitalista, no se han ido generando ni la ética ni los hábitos culturales que pudieran constituirse en limitantes y contrapesos* a *ciertas tendencias del desarrollo mexicano que profundizan la desigualdad social, la marginación política, el sexismo y el vacío cultural.* Así, por ejemplo, no se ha generado en Zamora una opinión pública que frene los abusos de políticos y funcionarios corruptos o que exija que la burguesía aporte para la vida social y cultural de la ciudad; tampoco existen espacios civiles para la discusión y organización entre las distintas clases sociales. Esto último quizás se esté logrando ahora a través de las recientes movilizaciones con los partidos políticos, pero ello implica, nuevamente, una supeditación de la vida civil a la vida política al ocupar esta última espacios sociales cada vez mayores.

¿Cuáles serían los principales obstáculos para crear esa ética y esos hábitos que actuarán como contrapesos? El estudio permitió identificar los siguientes:

1. En la cultura, la persistencia de una base epistemológica de alto dogmatismo —recuérdese que fue el índice más alto de la encuesta— que hace que tiendan a asumirse todas las creencias, incluso las seculares, como verdades dogmáticas. Así, aun los pasos que muchos han seguido de catolicismo-crisis religiosa-jacobinismo-marxismo no han llevado a una "ruptura epistemológica" —por llamarla con un término de moda— en la manera de internalizar las creencias sino a una simple sustitución semántica, de ahí que el marxismo o el patrioterismo se asuman con frecuencia con la misma carga de fanatismo que el catolicismo. Esto puede convertirse en problema político porque una base dogmática no permite aceptar el pluralismo, ni facilita una convivencia negociada con otros sectores; tampoco admite la duda, el debate y la crítica que son la base de la cultura científica.
2. El segundo obstáculo es la falta de comprensión, en general, de los procesos que vive la sociedad zamorana. Si su base doctrinaria es católica, todo lo que se dirime en el teatro del mundo tiende a verse como la lucha sin tregua entre el Bien y el Mal: es, a todas luces, un acontecer moral. Por eso se expresan los cambios en términos de "(buenas) costumbres" y de "pérdida de los valores morales". Y por eso la única

propuesta posible para corregir el desfase tiene que enunciarse en términos morales: regresar a la moral católica, incluso la fundamentalista, como proponen los más conservadores. En consecuencia, no se capta la realidad del conjunto de cambios que conforman una transformación básica en la producción e intercambio económicos, en la tecnología y en la organización del trabajo y de la sociedad. Tampoco se capta la irreversibilidad de estos procesos. Frente a estos formidables contrincantes oponer preceptos exegéticos y dogmáticos es como querer detener un alud con invocaciones mágicas. Al contrario, las estrategias tienen que partir de un análisis profundo que permita crear nuevas propuestas éticas, políticas y sociales, negociadas y compartidas en el nuevo contexto mexicano.

3. Los intentos de la fracción conservadora de la Iglesia por recobrar la hegemonía perdida pueden llevar a un retroceso, pero es significativo que esa hegemonía muy posiblemente no la puedan recuperar reiterando las interpretaciones y prácticas conservadoras, sino las progresistas. En Zamora es claro que los nuevos inmigrantes jornaleros prefieren a los jóvenes curas que están con las causas populares; y la clase media y los inmigrantes técnicos buscan también a los sacerdotes que pueden hablarles de la psicología y de la cultura modernas. Así pues, es posible que, con el cambio en la estructura de clases sociales, el cambio en los reclamos sociales y políticos lleven a la Iglesia a una nueva disyuntiva.
4. La manipulación política del gobierno municipal y de los políticos está orientada más al control político que a crear una verdadera *polis,* es decir, la convivencia política ha detenido el desarrollo político y cultural. Las nuevas movilizaciones del PAN y del cardenismo probablemente son las que obliguen a un cambio pero habría que crear, en su conjunto, una nueva cultura política que se extienda a la relación entre el Estado y la sociedad civil.
5. La ausencia de una política cultural en el Estado mexicano desde hace cinco decenios ha dejado a la deriva el desarrollo cultural nacional. Es evidente que no basta una política de promoción del arte, del patrimonio nacional y de la recreación con base en la premisa única de evitar el dirigismo. Se requiere una política que atienda a la *dimensión cultural* del desarrollo económico y social del país, que impulse una convivencia

más consciente, más informada, más democrática y más solidaria. Este tipo de acción se requiere con urgencia en regiones como Zamora.

Frente al vacío cultural que siguen fomentando los procesos indicados arriba, en estos momentos son los medios de comunicación masiva los que se han estado ganando el terreno del liderazgo cultural en Zamora. Pero su programación, en especial en los canales de televisión comercial, está orientada primordialmente a fomentar el consumo. De no mejorarse la calidad de la programación de estos medios con un contenido cultural más rico y crítico, el único horizonte cultural que tendrá Zamora —y México— en los años futuros será el consumismo que sigue creando un vacío en el momento mismo en que da una satisfacción.

Cultura y modernidad

Si tomamos otro eje analítico, el de la modernidad, para ordenar las conclusiones, encontramos que sus coordenadas no coinciden con las de las clases sociales. Pero se hace aún más claro que la *modernización* ocurrida en Zamora —entendida como el proceso de crecimiento y expansión económica— no se ha visto acompañada por una *modernidad* en términos de adopción de un conjunto de valores de base racional y progresista. En efecto, la "angustia" que se percibe proviene del choque entre una modernización al galope y una cultura de la Contrarreforma que, como bien señaló Octavio Paz, es la que se ha radicado en la provincia mexicana. En esta intrincada lucha de sombras los zamoranos se realinean, pero no por posición de clase social.

No hay duda de que la antigua burguesía contrarreformista, es decir, la más católica y conservadora, ha perdido frente a la nueva burguesía modernizadora y se ha convertido en una clase media alta en elegante descenso social, de recalcitrante catolicismo. Constituye este grupo el núcleo de la posición antimoderna, base de apoyo para el sector conservador de la Iglesia y de los partidos de derecha. La nueva burguesía modernizadora, en cambio, a pesar de su población femenina se declara muy católica, está *socialmente* supeditada a la Iglesia local, pero *ideológicamente ya* depende de otras instancias-universidades, medios masivos de comunicación, cultura internacional, entre otras.

Sin embargo, esta misma burguesía modernizadora resulta conservadora frente al sector progresista de la clase media, los obreros y algunos jornaleros. El mayor empuje modernizador se encuentra sin duda en este grupo, que salta por encima de determinaciones de clase social, para colocarse como vanguardia ideológica y política en favor de la modernidad. Y aquí caben los que están a favor de la civilización laica, el progreso técnico, social y político, la justicia social y el desarrollo económico. En términos políticos reflejan la gran coalición de socialistas agrarios, liberales nacionalistas y liberales capitalistas que triunfó en la Revolución mexicana. A este grupo se adhiere hoy en día la Teología de la Liberación para formar la corriente modernizadora por excelencia.

Frente a los contrarreformistas antimodernos, y a la coalición modernizadora, se deslindan también los premodernos reticentes, que son los campesinos —entre ellos muchos indígenas purhépechas— y algunos grupos de jornaleros que "luchan para no cambiar", como se hizo evidente en el análisis de sus creencias.

Éstas son, pues, las tres grandes corrientes que se enfrentan hoy en día en el campo cultural de Zamora. Es previsible que, poco a poco, la corriente modernizadora vaya ganando terreno puesto que la disonancia entre valores antimodernos y desarrollo socioeconómico no es sostenible a largo plazo. De hecho, ya han cambiado las prácticas, pero Zamora se encuentra justamente en el delicado momento en que esas nuevas prácticas tienen que encarnar en creencias modernas: hoy la búsqueda de esta congruencia en Zamora, y en México en su conjunto, es insoslayable.

Religiosidad y racionalismo

En cuanto a la religiosidad, ya se señaló que la burguesía y una fracción de la pequeña burguesía son relativamente poco religiosas en sus creencias, lo que no impide que en su práctica —asistencia a misa, donaciones a la Iglesia, buenas relaciones con los sacerdotes— sean las más cumplidoras. Pero sus creencias tienen ya una base ideológica racionalista de tipo liberal: la vida se construye con base en el esfuerzo personal, y el trabajo es la vía para mejorar las condiciones de vida. Sin embargo, cabe señalar que una fracción importante de la pequeña burguesía, en especial quienes han

pasado por universidades, tienen las creencias más seculares en el sentido de negar por completo la injerencia divina en los asuntos humanos.

Las más religiosas en sus creencias son las tres clases trabajadoras, sobre todo los campesinos, entre quienes hay gran consenso interno acerca de estas creencias. En cambio, entre los obreros y jornaleros hay mayor heterogeneidad, puesto que sostienen creencias religiosas, liberales y radicales de distintos núcleos en su interior. Pero, además, hay contraposición de las creencias en los propios individuos ya que en las preguntas sobre preceptos tienden a responder con una alta religiosidad, pero a las preguntas sobre el mundo actual y la desigualdad social responden con creencias radicales: les va bien a quienes heredan propiedades y la acumulación de riquezas se debe a que algunos son voraces.

Es interesante que este radicalismo de los jornaleros y los obreros contrasta notablemente con las respuestas de los campesinos —algo con los hombres pero sobre todo con las mujeres— que responden en todo conforme a la doctrina, al deber ser. Es posible que esto se deba a que la posición de clase de estos últimos como pequeños propietarios, ejidatarios y comuneros, en todo caso poseedores de sus medios de trabajo, los hace percibir menos directamente los mecanismos de explotación. En cambio, los asalariados, en especial los del campo, sufren más brutalmente las consecuencias de los bajos salarios, la ausencia de servicios sociales, la vida itinerante y la marginación social.

El estudio también desmiente la idea de que las mujeres, por alguna razón intrínseca, son siempre las más religiosas. Aunque correlativamente las mujeres tienden a ser más religiosas que los hombres en las distintas clases sociales, hay una en la que no lo son. No es casual que se trate de aquella en la que las mujeres enfrentan en la forma más directa el mercado de trabajo y la condición de asalariadas. Éstas son las jornaleras —no se marca tanto esta tendencia en empleadas y obreras—. Lo anterior sugiere la hipótesis de que no es *exclusivamente el ingreso* al trabajo asalariado lo que provocaría un aumento de la conciencia radical entre las mujeres, sino que influye decisivamente su grado de inmiseración y explotación. Es decir, a condiciones de mayor precariedad de empleo y de miseria, mayor tendencia a adquirir una conciencia radical entre las mujeres. Sin embargo, hay otras dimensiones que influyen en ello como son su alta movilidad geográfica y su marginación de las instituciones y espacios sociales de Zamora.

De gran importancia resulta el hecho de que, a pesar de la variabilidad en el grado de adhesión y en las prácticas religiosas, hay una creencia que tuvo absoluto consenso entre las clases sociales y géneros: aquella que afirma que existe una *sola verdad*. Tal base epistemológica predispone al pensamiento dogmático, sea cual sea el contenido ideológico, ya sea católico romano, guadalupano o marxista, mientras que está menos acorde con un racionalismo de tipo pluralista.

Refuerza esta hipótesis el que en todos los grupos se resalte la *fidelidad* a las creencias, en gran parte, nos parece, por la fidelidad misma. Vimos el alto valor que se asigna a respetar lo que enseñan los padres, los ancestros y a continuar con la tradición. Son únicamente los hombres de las burguesías y algunas mujeres de la pequeña burguesía quienes reiteran que es necesario cambiar las creencias de acuerdo con nuevas circunstancias.

A pesar de esta tendencia general a conservar intactas las creencias, todos los grupos —a excepción de las mujeres burguesas y de las campesinas— manifestaron que la verdad la puede conocer uno mismo estudiando. Si esto es así, tiene una serie de implicaciones importantes. La primera es que la Iglesia está perdiendo su dominio como única intermediaria que permite el acceso a la verdad. Segundo, abre la puerta a que penetren otras creencias a través del sistema educativo, puesto que es el estudio el que ofrece la posibilidad de conocimiento. Tercero, aun las clases sociales más excluidas del sistema educativo, como son los obreros y jornaleros, creen que ésa es una forma de acceder a un mayor conocimiento. Se nota, por tanto, una influencia decisiva de la educación laica en toda la sociedad zamorana. Sobresale, entre las demás, una fracción de la pequeña burguesía que declara firmemente su confianza en el conocimiento racional y científico.

Porque se apartan de los demás, en curiosa alianza, vale la pena tratar de explicar por qué las mujeres burguesas y las campesinas son las que más defienden el conservar las creencias tradicionales. Podría argumentarse que las segundas lo hacen por ser las más alejadas del sistema educativo y con menos información acerca de los procesos sociales y culturales actuales. Pero ello no explicaría el caso de las mujeres burguesas. Éstas, con gran acceso a la educación y a la información, y con creencias relativamente menos religiosas que los demás grupos, ¿por qué rechazan el pensamiento racionalista científico? Puede hipotetizarse que se debe a que,

teniendo ya la posición social y económica más alta de la sociedad, las mujeres de la burguesía buscan conservar su situación y no cambiarla, como sería el caso de la pequeña burguesía. Habría, por tanto, en los dos casos, una determinación de clase social: unas queriendo conservar sus privilegios, y otras queriendo conservar un modo de vida inmemorial. Para ambas la modernización resulta amenazante porque atenta contra esa estabilidad en sus condiciones de vida. No es de sorprenderse, por tanto, que tengan una predisposición hacia ideologías políticas de derecha —el PAN y el PDM—. Y que, de los grupos de hombres de las distintas clases sociales, de acuerdo con las respuestas analizadas, compartan esta predisposición sobre todo con los obreros y campesinos.

Política y autoritarismo

Las conclusiones más importantes en este campo fueron las discrepancias en cuanto a quiénes gobiernan y quiénes deberían gobernar, el bajo nivel de autoritarismo expresado en las creencias y la alta tolerancia que se manifestó en cuanto a la desigualdad social.

La relativa homogeneidad que se captó en cuanto a creencias en los campos de religiosidad y moral contrasta con las divergencias que se hicieron evidentes en cuanto a creencias fundamentales sobre el gobierno y las relaciones entre clases sociales. Concordaron los entrevistados en que actualmente gobiernan los políticos —en opinión sobre todo de la burguesía y la pequeña burguesía— y los ricos —coincidieron en ello jornaleros, campesinos y las mujeres de todas las clases sociales—. En cambio, hubo una gran dispersión en las creencias en cuanto a quiénes deberían gobernar. Muy pocos se pronunciaron por que gobiernen los políticos, lo que señala el nivel de desconfianza que prevalece a este respecto y, en cambio, fueron altos los porcentajes de quienes se pronunciaron por los profesionales e intelectuales, lo que, significativamente, perfila un apoyo hacia una mayor tecnocracia en la administración pública, pero sobresale también el apoyo hacia un gobierno de sacerdotes, expresado sobre todo por las mujeres de la burguesía y del campesinado.

La dispersión de las respuestas sobre aspectos concretos de la política marcó un contraste con la homogeneidad en la expresión fija, dogmática,

de ciertos principios ideológicos básicos al referirse a posiciones políticas. Parecería que hay una distancia considerable entre los pronunciamientos ideológicos abstractos y las prácticas políticas a nivel cotidiano.

La conclusión más importante en cuanto a autoritarismo es el bajo nivel de autoritarismo que manifiestan todos los grupos. De los cuatro índices de creencias, es el más bajo comparado con los demás. La hipótesis de la que partimos sugería que en una cultura conservadora —dentro del rango de orientaciones políticas en el país—, como la de Zamora, se habría esperado un mayor nivel de autoritarismo, que podría predisponer a tendencias fascistas en el comportamiento político. Esto lo niegan los diversos datos del estudio.

Resulta importante este resultado, además, en comparación con el estudio realizado por Teodoro Adorno sobre la personalidad autoritaria en la cultura germánica. Los zamoranos aparecen como mucho menos autoritarios que los ciudadanos alemanes. Se trata, además, de otro estilo de autoritarismo. En Alemania, el legado hegeliano y la orientación protestante luterana influyeron para crear una personalidad de juicios morales inapelables, disciplina férrea y sumisión incuestionada a la autoridad del Estado. En Zamora se encontró, en cambio, una religiosidad cuyo filo moral se ve sobredeterminado por dos valores: el apoyo incondicional a los familiares y amigos y el perdón. Puede entenderse, entonces, que la preeminencia que se otorga a esos dos valores atempere la rigidez de los juicios morales y de la disciplina.

Por otra parte, se constata una marcada diferencia por sexo-género en cuanto a creencias autoritarias. En general, las mujeres son menos autoritarias que los hombres. Las menos autoritarias entre las mujeres son las de la pequeña burguesía y las jornaleras. Entre hombres y mujeres, el grado en que expresaron creencias autoritarias coincide exactamente con la jerarquía social. Es decir, el grupo menos autoritario en sus creencias de todos los grupos es el de los hombres de la burguesía. Interesante resultado, que apunta a que ellos no apoyarían un gobierno de tipo dictatorial. Va decreciendo el índice de la pequeña burguesía, a los obreros, a los jornaleros, hasta llegar a la clase con creencias comparativamente más autoritarias que son los campesinos.

Vale la pena destacar un punto específico: sí hubo apoyo, precisamente por parte de las clases trabajadoras, en contraposición a las burguesías,

a la idea de que lo que México necesita es un líder fuerte que imponga el orden. Confirmaron esta disposición otros datos, entre ellos el hecho de que varios campesinos, obreros y jornaleros entrevistados expresaron que para la política se necesita "un señor de… altura". Ello significa que la política se sigue concibiendo primordialmente en términos personales y no institucionales ni partidistas.

Finalmente, la alta tolerancia a la desigualdad social se hizo evidente en muchos datos. Entre ellos, el que el 63 por ciento de los encuestados hayan explicado la desigualdad social porque así lo quiere Dios o por el trabajo. Sólo una fracción de la pequeña burguesía insistió en que se debía a razones de explotación y de desequilibrio en el uso de recursos. Hubo también un muy alto consenso, 83 por ciento de los encuestados, que cree que los ricos deben invertir para crear empleos.

Moralidad y sexismo

Comparada con las otras áreas, en la de la moralidad se manifiesta la mayor resistencia consciente al cambio, es "lo que no se debe cambiar" en palabras de un zamorano. De hecho, *es el ámbito en el que menores discrepancias existen en cuanto a creencias anunciadas entre hombres y mujeres —fue el índice con mayor coincidencia entre los géneros— y en el que hay mayor regularidad en el grado de conservadurismo moral entre las clases sociales*. En efecto, al igual que con el índice de autoritarismo, se encontró que el grado de moralismo enunciado corre en sentido inverso a la jerarquía social: a más alta posición social, menor moralismo; en cambio, va aumentando éste entre obreros, jornaleros y campesinos.

Hay, por tanto, un acuerdo muy consistente en cuanto al deber ser en moralidad; esto es, no se ha presentado en Zamora un sistema de creencias morales alternativas. Dentro del sistema imperante cabe todavía la mayor liberalidad en los enunciados de los hombres de la burguesía y la pequeña burguesía, así como el mayor conservadurismo de los hombres jornaleros y las mujeres campesinas.

Pero lo que salta a la vista en cuanto a moralidad, en comparación con las otras áreas, es el contraste entre la consistencia en las creencias enunciadas y la inconsistencia entre las creencias y las prácticas. No se trata de

una transgresión ocasional o circunstancial, sino que en el terreno de la sexualidad existe *la transgresión institucionalizada de las creencias morales* manifiesta en las prácticas de la "casa chica" y de la prostitución.

El hecho de que la presencia, ya inveterada, de estas prácticas no haya llevado a un cambio en el nivel de las creencias enunciadas no hace más que confirmar la fuerza con que se presenta el "deber ser" en esta área. Sin embargo, no es un deber ser inmisericorde, como tiende a ser el de otras vertientes del cristianismo, por dos razones: la incondicionalidad de los afectos y la gracia del perdón —que es de Dios pero que pueden dar los humanos—. Cualquier transgresión a las normas morales es, por tanto, perdonable. Esto, pensamos, es lo que permite la convivencia de creencias y prácticas totalmente dispares; convivencia que algunos interpretan como la cima de la hipocresía y otros como la cima de la compasión.

Por lo anterior, el estudio de las creencias morales es el que menos revela procesos históricos o sociológicos. Son las que más se atienen a los preceptos del catolicismo romano. El eje de la cuestión moral es la represión sexual, de la cual es custodia privilegiada la mujer. A ello se debe que el cambio que está provocando el proceso de desarrollo se note —y se tema— sobre todo en el comportamiento de la mujer. El que las mujeres "ya no sean tan sufridas" como antes, empieza a alterar el esquema de hembrismo/machismo que imperaba en las relaciones entre los géneros.

Es evidente, además, que el campo de la moral sigue siendo un espacio social de influencia exclusiva de la Iglesia, en el que ni el Estado ni los partidos políticos han incursionado en forma importante todavía.

Clases sociales y dominación cultural

En la actualidad tiene gran importancia la perspectiva teórica relativa a la dominación cultural que ejercen en la sociedad capitalista las clases dominantes. El estudio de Zamora señaló que, primero, hay que matizar la idea de que esas clases sean las dominantes en términos culturales y, segundo, hay que constatar si su dominación es realmente tan efectiva como lo señalan los modelos teóricos. En Zamora, una muy poderosa burguesía financiera, agrícola y comercial no ejerce, ya no se diga una dominación cultural acorde con su dominio económico, sino ni siquiera un liderazgo cultural. Las

razones de ello ya se explicaron en secciones anteriores, baste recalcar que no han ejercido una dominación cultural porque, además de sus propias razones de debilidad intrínseca, se han enfrentado a dos adversarios poderosísimos: la Iglesia y el Estado de la Revolución mexicana.

No hay duda de que la hegemonía cultural la ejerce todavía en Zamora la Iglesia y esto es cierto también para gran parte del Occidente de México y del Bajío en el altiplano central. En estos términos, todo estudio sobre dominación cultural en México, sobre todo en esas regiones, tiene que incluir en su universo de análisis, al Vaticano en Roma. Dicho de otra forma, los segmentos de la sociedad mexicana subordinados a la doctrina católica romana deben ser considerados como "clases subalternas" del Vaticano en Roma. Así, la que puede percibirse como Clase dominante" en México resulta ser, a su vez, "clase subalterna", ampliando el campo a su extensión verdadera, que salta fronteras políticas y se define como internacional.

En Zamora no hay duda de que la Iglesia es la que sigue ejerciendo la dominación cultural —aunque ya con fuertes resquebrajamientos— superando al gobierno y al PRI. No es de extrañar, por tanto, el enorme avance del PAN de 1984 a la fecha. El sistema preponderante de creencias en Zamora se deriva de la exégesis actual de la doctrina católica romana, pero ya es asediado por el protestantismo, el pensamiento científico, el marxismo y el pragmatismo norteamericano.

La dominación cultural, en cambio, se analiza de otra manera para los grupos indígenas. Sin duda, sobre los purhépechas pesa la imposición de la cultura occidental, pero la dominación por parte de ésta la ejerce en este caso la Iglesia y no el Estado ni las clases supuestamente dominantes. Resulta interesante que, a pesar de esta supeditación al dogma religioso, políticamente las comunidades purhépechas de la región no han apoyado al partido más cercano a la Iglesia, el PAN, sino a la corriente cardenista de izquierda. Por tanto, hay un grado considerable de autonomía cultural en sus comportamientos que hay que reconocer y, también, apoyar.

Disemantismo de género

A lo largo de los capítulos se analizaron las diferencias de creencias entre hombres y mujeres. El resultado del análisis permite crear un nuevo con-

cepto, el de *disemantismo de género*. Sabemos que se utiliza el término de dimorfismo sexual, en biología, que se refiere a las diferencias morfológicas de los cuerpos humanos debidas al sexo. Proponemos que se llame disemantismo de género, pues, al índice que marca el grado de divergencia en la semántica de las creencias entre mujeres y hombres.

En general, encontramos en la cultura zamorana un grado relativamente alto de disemantismo de género. Como se citó en el texto, un investigador anterior, Oriol Pi-Sunyer, había hecho notar el alto grado de divergencia entre el mundo de los hombres y el de las mujeres en Zamora. Esto lo confirmó nuestro estudio pero añadió una óptica distinta. En la cultura zamorana el alto grado de disemantismo de género se expresa en el lenguaje coloquial como preocupación por el machismo, enfocado éste como un problema de prepotencia, inseguridad y violencia en los hombres. De fondo, como se han encargado de demostrar los psicólogos, responde a una estructura tradicional de relaciones entre los géneros, es decir, una serie de creencias y hábitos en que interviene un binomio de personalidad: el machismo sostenido y reproducido por el hembrismo, forma exagerada ésta de posesividad materna.

En general, se encontró en Zamora que las formas de comportamiento de machismo/hembrismo están provocando un alto grado de angustia social y los datos indicaron que en las últimas décadas se ha ido intensificando este conflicto. Lo interpretamos de la siguiente manera: por una parte, en la estructura social oligárquica agraria el machismo desempeñaba un papel importante de agresión y defensa en situaciones caracterizadas por un alto grado de conflicto social empezando por la lucha por la tierra. El dominio ideológico de la Iglesia, por otra parte, enfatizaba la complementariedad y no el compañerismo entre los géneros.

Al pasar a segundo término la lógica agraria basada en la jerarquía adscrita y la complementariedad, se ha ido imponiendo la lógica moderna del mercado de trabajo al que, en teoría al menos, todos los individuos tienen acceso. Por tanto, se diluyen las jerarquías adscritas y los hombres y mujeres quedan teóricamente en igualdad de condiciones ante el trabajo. Así, el machismo pierde su función de fuerza a través de la violencia y se convierte en una caricatura que no expresa más que la frustración y la revancha frente a la dominación de otro tipo de fuerza mucho más sutil, la de los capitales. Por su parte, el hembrismo, acicateado en la sociedad agraria

por la necesidad de una protección extrema por parte de los hombres de la familia contra la agresión machista exterior, va perdiendo esa necesidad a medida que se va modernizando la sociedad. En cambio, y los sucesos de Zamora lo muestran, ese remanente de machismo cada vez más inútil para la vida pública pero arraigado en los hábitos, no tiene contra quién volverse sino contra la familia y así aumenta la violencia masculina contra las esposas y contra los hijos. Ante esta situación, las mujeres buscan la protección de la Iglesia y por eso tienden a ser más religiosas que los hombres. Pero, contrario a lo que ocurría en tiempos oligárquicos, la Iglesia ya no cuenta con la fuerza pública suficiente para controlar la violencia de los hombres; además, sigue pidiendo a las mujeres sumisión y resignación, cuando las ideologías seculares las invitan a defenderse y realizarse. Así, las bases del hembrismo también se van minando.

Si la interpretación anterior es correcta, debe reflejarse en las diferencias de disemantismo de género por clases sociales. Con base en los índices temáticos de la encuesta, construimos un índice de disemantismo de género[1] por temática y por clase social.

El más alto índice de disemantismo de género corresponde a los campesinos, mientras que el más bajo es el de los jornaleros. Confirman estos dos indicadores la interpretación de párrafos arriba. En cambio, discrepa de ella el índice correspondiente a la pequeña burguesía que resulta ser muy alto, el segundo después del de los campesinos. Obviamente no se puede deber a las mismas razones que para estos últimos, por lo que pensamos que quizás se debe a que los cambios hacia creencias seculares, racionalistas, se están marcando todavía mucho más en las mujeres que en los hombres y eso mantiene una distancia semántica y cognoscitiva mayor entre los géneros. Significativamente, hay menor disemantismo en la alta burguesía y entre los obreros, aunque por encima del de los jornaleros.

Visto el índice de disemantismo por temática, las mujeres tendían a ser relativamente mucho más religiosas en sus creencias —con excepción de algunos grupos ya mencionados anteriormente— que los hombres. Pero éste se ve rebasado por el índice de autoritarismo que llega a ser el más alto en cuanto a diferencia entre los géneros. En comparación, es menor el

[1]Se creó dividiendo los porcentajes de índices temáticos más altos de las mujeres entre los que correspondieron a los hombres.

índice de disemantismo en cuanto a dogmatismo y, finalmente, el más bajo es el de moralismo. Pero las variaciones por clase social son mucho mayores en cuanto a dogmatismo y, sobre todo, en cuanto a moralismo.

Todo lo anterior permite concluir que no existen dos subsistemas distintos de creencias entre mujeres y hombres que sobredeterminen por encima de todas las diferencias de clases. Lo que sí puede discernirse es que las mayores diferencias en bloque entre los géneros se encuentran en relación con la religiosidad. En cambio, el polo opuesto, esto es, la temática que globalmente muestra menores diferencias entre los géneros, es la del moralismo.

En términos amplios, el estudio demostró que las mujeres tienden a ser más conservadoras que los hombres en el caso de la burguesía y el campesinado y que, en cambio, las mujeres jornaleras, y una fracción de mujeres de la pequeña burguesía, llegan a ser incluso más radicales que los hombres. En la situación actual, el potencial renovador y dinámico de estas mujeres está desperdiciado porque, aunque tienen cada vez más acceso al mercado de trabajo, no lo tienen a las instituciones y programas educativos que puedan proveerles de nuevas creencias y prácticas que les permitan construir nuevos entendimientos culturales acordes con el proceso de desarrollo. Además, mientras no se propicie un diálogo constante y real entre los dos géneros para reconstruir los valores en torno a la definición de los comportamientos femenino y masculino, seguirán agudizándose los conflictos entre ellos.

Rutas a seguir

Ante el preludio de incertidumbres del fin de milenio no hay más que hacer sino oponer conciencia a la zozobra, y memoria al fatalismo. ¿Cómo enfrentar los retos de la cultura ante un proceso de liberalización e internacionalización de los mercados?

El estudio mostró que no se puede enfrentar un mundo de pluralismos —étnicos, religiosos, políticos y sociales— con creencias dogmáticas o autoritarias. Mostró, además, que no puede enfrentarse un violento proceso de pauperización cerrando los ojos frente a la desigualdad social. Apuntó también hacia la inutilidad de enfrentar procesos de liberalización en economía,

y en cultura, recurriendo a viejos comportamientos genéricos y normas represivas.

Pero nada de esto debe significar la pérdida de la memoria cultural, ni la claudicación en nuestra lealtad hacia símbolos e identidades compartidas ni, menos aún, el desistimiento ético que llevaría a afirmar que "todo se vale".

No, no todo se vale. Lo que hay que reconstruir es una ética social acorde con las nuevas situaciones. Para ello se requiere hacer consciente lo inconsciente: conocer y reconocer los nuevos comportamientos para reconstruir sistemas de valores congruentes, aceptados en su pluralismo. Sólo el pluralismo puede proporcionar los fundamentos para una democracia, que use como instrumentos, el discernimiento y la negociación, y que tenga por finalidad defender la afectividad y la solidaridad humanas.

Segunda parte

Migración e interacción cultural

Capítulo 12

El mundo se está volviendo más peligroso: cultura e identidad entre los migrantes mexicanos en Estados Unidos*

Sí, me gustaría concebirme como una mujer indígena, los indígenas son muy preciados para mí; pero ahora me siento normal: no me siento indígena, ni hispana ni gringa; me siento mexicana.
Rocío Montalvo,
joven migrante Tlacotepec, México

La segunda mitad del siglo XX ha sido denominada "la era de la migración" debido al número inaudito de personas que se han mudado de un país a otro (Toro-Morn y Alicea, 2004). Más de doscientos millones de personas —incluyendo a los trabajadores indocumentados— han cruzado fronteras en busca de empleo o de una nueva vida. Esto está produciendo cambios fundamentales en las jerarquías, así como una mezcla creativa de culturas, tanto en las estructuras de gobernanza como en las relaciones humanas.

Estos flujos están motivados principalmente por las disparidades en los ingresos. Datos recientes de este informe demuestran que la brecha entre los ingresos en los países desarrollados y los que se perciben en los países en vías de desarrollo se triplicó de 1960-1961 a 2000-2002; solamente 16 países en desarrollo tuvieron un crecimiento de más del 3 por ciento entre 1985 y 2000, mientras que otro 55 por ciento reportó un crecimiento anual de menos del 2 por ciento; de éstos, 23 reportaron un crecimiento negativo (Halonen, 2004).[1] Otros factores son las disparidades en la población entre

*Publicado originalmente en inglés en *Development*, vol. 50, núm. 4, diciembre de 2007.

[1]Véase también la Comisión Global sobre Migración Internacional (en inglés, GCIM) en http://www.gcim.org, consultado el 13 de junio de 2013.

países y regiones y, quisiera subrayar, la influencia cultural de los medios masivos y audiovisuales de comunicación.

Las Naciones Unidas señalan que el "contingente" migratorio, que es el núcleo permanente de estas transferencias, aumentó del 0.8 por ciento de la población mundial entre 1960 y 1965 hasta alcanzar un sorprendente 6.7 por ciento en 1985-1990, para descender nuevamente al 1.5 por ciento en 2005-2007 (ONU, 2006).[2]

La presencia de mujeres en estos movimientos continúa creciendo, del 46.8 por ciento en 1960 al 49.6 por ciento en 2005 (UN, 2006). Éstas ya no son mujeres que viajan para reunirse con sus familias: son trabajadoras independientes; se trata del mismo cambio que se ha identificado en los flujos migratorios nacionales (sobre México, véanse Trigueros, 2004 y Goldring, 2001).

Dadas las tendencias globalizadoras, geopolíticas y demográficas, las estimaciones recientes sugieren que estos flujos continuarán sin disminuir. La naturaleza ilegal de buena parte de la migración internacional también ha suscitado problemas de crimen e inseguridad que van más allá de las regiones fronterizas y que requieren de nuevas medidas para combatir el tráfico de personas, incluyendo el comercio sexual con mujeres y niños, así como el crimen organizado y el terrorismo.

Migraciones y cultura transfronterizas

Los aspectos culturales[3] de la migración se han convertido rápidamente en un tema importante en las agendas nacionales e internacionales sobre los problemas de la integración cultural o ascendencia de los migrantes. Ac-

[2]Obsérvese que las cifras sobre migración internacional se basan principalmente en el número de personas extranjeras registradas en los censos nacionales y otras fuentes oficiales. Por lo tanto, no incluyen a los migrantes indocumentados ni el tráfico de personas, ni a aquellos que están involucrados en el tráfico de drogas u otras actividades criminales.

[3]Dado que "cultura" es un término polisémico, la definición práctica de cultura en este artículo es un grupo autorreferencial que suele pertenecer a categorías más amplias, en las que los individuos deciden si mantener, descartar o cambiar radicalmente los discursos simbólicos y prácticas característicos del grupo. Las culturas no son unidades autónomas y autárquicas sino que siempre están vinculadas con otros racimos culturales a través de flujos dimensionales.

tualmente las inquietudes sobre la cultura se están manifestando con virulencia en tres ámbitos.

En primer lugar, en las relaciones internacionales, en las que el profesor Samuel Huntington ha utilizado el viejo discurso, ya desacreditado, de las "civilizaciones", al referirse a un 'choque de civilizaciones' como un eufemismo para las religiones, en lo que podría considerarse un intento de simplificar la política mundial a fin de dejar fuera la pluralidad de los actores reales que están emergiendo en el escenario mundial hoy en día.

En segundo lugar, en los medios masivos de comunicación, y ahora también en internet, en la preocupación por el predominio de la lengua inglesa y de los audiovisuales de Estados Unidos en todos los ámbitos de las telecomunicaciones y de la informática.

Cuán irónico parece, entonces, que el libro de Huntington de 2004, *¿Quiénes somos? Los desafíos de la identidad nacional estadounidenses*[4] haga un llamado a la defensa del "credo americano" en contra de los migrantes hispánicos en Estados Unidos. Señala a los mexicanos como la principal amenaza, argumentando que podrían acabar por dividir a Estados Unidos en dos naciones. De hecho, sus datos están equivocados, puesto que los estudios demuestran que para la tercera generación, los descendientes de migrantes se encuentran ya plenamente integrados al modo de vida estadounidense.[5]

De hecho, éste es el tercer ámbito en el que la cultura ha sido fiel a su naturaleza "contenciosa":[6] la integración o falta de integración de los migrantes en las sociedades receptoras. Es un ámbito en el que los gobiernos de los países receptores de los migrantes buscan urgentemente nuevas políticas, dados los problemas fomentados por las políticas multiculturalistas, como en el Reino Unido y en los Países Bajos. Mientras que en los fo-

[4]Un primer artículo en el que el señor Huntington (2009) presentó este argumento, titulado "El reto hispánico" ("The Hispanic Challenge"), pronto fue llamado por los hispánicos "Su reto es pánico" ("His Panic Challenge").

[5]En un artículo reciente se presentaron datos de una encuesta que demostraban el impacto cultural de los migrantes mexicanos y de otros países latinoamericanos en la revitalización de la pintura, la literatura, la comida y las "fiestas" en Estados Unidos y, por supuesto, también de la música popular. Véase Arizpe (2004).

[6]Desde el surgimiento de los "estudios culturales", se ha pasado de la visión clásica de la cultura como una unidad homogénea, consensual y diferenciada a percibirla como un "lugar de cuestionamiento". Ésta, de hecho, parece una definición más apropiada para las turbulentas interacciones culturales de la actualidad.

ros internacionales constantemente se hace referencia a los problemas de integración de los migrantes en los países desarrollados, en las discusiones sobre políticas de desarrollo se presta mucha menos atención a las "sociedades fallidas" que los migrantes dejan atrás en sus países de origen.

En este contexto, México ocupa un lugar particular, puesto que es la única nación en vías de desarrollo que comparte una frontera con un país industrializado y, además, una frontera larga (de 3,200 kilómetros, de los cuales el Muro que se construirá cubrirá 700),[7] porosa y políticamente delicada. Las manifestaciones que hicieron salir a las calles a cientos de miles de trabajadores indocumentados de todas las nacionalidades y a sus aliados en Estados Unidos en marzo y mayo de 2006 atrajeron la atención hacia la necesidad de llegar a acuerdos políticos y culturales en los que los riesgos y los beneficios se compartan de manera más equitativa entre las sociedades de origen y las receptoras.

Los migrantes hispánicos en Estados Unidos

Según el censo de Estados Unidos del año 2000, 22.3 millones de mexicanos están viviendo actualmente en ese país. Esta cifra se duplicó entre 1980 y 1990, y de nuevo entre 1990 y 2000 (Rumbaut, 2006, p. 33), y se calcula que 4 millones migraron entre 2000 y 2006; en el censo, esa cifra equivale al 63.3 por ciento de la población hispánica total, de 35.2 millones (Rumbaut, 2006, p. 33).

¿Cómo se identifican culturalmente los distintos grupos, o "racialmente", según los términos del Censo de Estados Unidos? Según Rumbaut (2006, p. 33) —y coincido con él—, los hispánicos o latinos están siendo metidos a la fuerza en categorías raciales que no corresponden con sus experiencias históricas ni con sus percepciones culturales. Sólo el 49.9 por ciento de los hispánicos se consideran blancos, negros o asiáticos; el resto se identifican como "multirraciales" u "otros".

Los mexicanos se clasificaron a sí mismos como sigue: el 46.8 por ciento como "blancos"; el 0.7 por ciento como "negros"; el 0.2 por ciento

[7] 1,008 personas murieron intentando cruzar el Muro de Berlín. En el caso de la frontera mexicana, la cifra hasta el año 2007 era de 4 mil. Los migrantes entrevistados aseveran que el "Muro de la Vergüenza" no los detendrá porque tienen "un pasaporte de Dios".

como "asiáticos"; el 1.2 por ciento como "indios americanos"; el 44.8 por ciento como "otros", y el 5.2 por ciento restante, como pertenecientes a "dos o más razas" (Rumbaut, 2006: 39). De aquellos que eligieron describir su raza como "otra", el 41 por ciento indicaron ser hispánicos o latinos, y otro 20 por ciento citaron su nacionalidad (por ejemplo, mexicanos). (Portes y Rumbaut, 2001: cuadro 7-7 citado en Tienda y Mitchell, 2006, p. 44).

Según el excelente estudio llevado a cabo por las Academias Nacionales de Ciencia sobre los "hispánicos" en Estados Unidos, las cifras y otros rasgos sociales y culturales revelan la enorme diversidad entre ellos (Tienda y Mitchell, 2006). Explican que el término "hispánicos", creado por decisión administrativa como una nueva categoría para el censo de 1980, se ha convertido, a lo largo de varias décadas, en una nueva categoría étnica y racial. Si bien en un principio se refería sobre todo a determinados aspectos sociales y laborales, con los nuevos movimientos que culminaron en las manifestaciones masivas de mayo de 2006, la categoría ha adoptado una fuerte connotación política.

El estudio también lo demuestra, aunque los inmigrantes hispánicos en Estados Unidos están atravesando las mismas fases de inmigración que los inmigrantes de otras nacionalidades: la pérdida gradual de su idioma y el aislamiento social con cada generación sucesiva, a la vez que alcanzan niveles de educación cada vez más altos y obtienen empleos mejor pagados, ocupan puestos profesionales y administrativos en sus compañías y contraen matrimonio con personas de grupos étnicos diferentes, blancos u otros. Advierten que, a menos que se dedique una mayor inversión a la educación e integración de los latinos, esta categoría corre el riesgo de pasar de ser una definición étnica a convertirse en una suerte de "clase marginal" permanente, lo cual exacerba los problemas laborales, educativos y de salud de este grupo (Tienda y Mitchell, 2006, pp. 57-58).

> La pregunta clave para el futuro es si el término "latinos" —con el que se les conoce popularmente— desarrollará una identidad simbólica para algunas personas de ascendencia latinoamericana o para todas ellas a medida en que se unen a la generalidad de los estadounidenses, o si se convertirá en un indicador duradero de una condición de grupo minoritario en desventaja (Tienda y Mitchell, 2006, p. 4).

Al otro lado de la frontera, nuestro estudio muestra cómo los propios migrantes mexicanos perciben su situación y las interacciones culturales en las que participan en este continuo movimiento entre ambos países.

¿Cómo se identifican a sí mismos los migrantes mexicanos?

En nuestra investigación, basada en el trabajo de campo,[8] entrevistamos a migrantes de cuatro comunidades del noreste del estado de Morelos y a migrantes de una comunidad del suburbio de Norcross en Atlanta, Georgia. En esa región la migración se inició apenas hace poco, con hombres adultos que desempeñan empleos temporales, si bien en la siguiente generación, para los jóvenes de ambos sexos de entre 15 y 30 años de edad, la migración se está convirtiendo en una opción permanente.[9]

De las personas entrevistadas, el 64 por ciento de los hombres expresó que su migración se debía principalmente a razones económicas, por ejemplo: "el campo no da lo suficiente", "no hay trabajo", "no pagan bien aquí"; un hecho interesante es que otro 15 por ciento —jóvenes en su mayoría— respondió que migraba "para ir a conocer Estados Unidos", y el 7 por ciento señaló como su motivo que un pariente los había mandado llamar o los había invitado a visitarlos.[10] Las respuestas de las mujeres variaban sólo un poco: el 52 por ciento adujo motivos económicos; el 15 por ciento, que deseaba conocer el país y, como cabía esperar, el 12.5 por ciento migró por invitación de sus familiares.

Cuando se les preguntó con cuál país o región se identificaban más, los entrevistados respondieron como sigue: el 76.1 por ciento, con México; el

[8]Se llevaron a cabo entrevistas y se aplicó una encuesta a 201 personas con base en una muestra aleatoria formada por un número igual de hombres y de mujeres, migrantes y no migrantes, en el estado de Morelos, México, y en una de las comunidades de migrantes en Norcross, suburbio de Atlanta, Georgia. Fueron realizadas por Lourdes Arizpe, coordinadora del proyecto; por las estudiantes de antropología Cristina Amescua y Edith Pérez, y por Carlos Guadalupe Ocampo, miembro de una de las comunidades. El trabajo fue financiado por la Universidad Nacional Autónoma de México y por la Fundación Rockefeller.

[9]Se realizó trabajo de campo en la región norte del estado de Morelos, en cuatro comunidades de los municipios de Temoac y Zacualpan, en la ladera sur del volcán Popocatépetl.

[10]La muestra fue aleatoria, pero con un equilibrio en cuanto a la condición migratoria (temporal, circulante o permanente), género, edad y religión.

15.4 por ciento con el mundo; el 7.0 por ciento con América Latina y un entrevistado (0.5 por ciento) mencionó Estados Unidos.

Por lo que se refiere al género, es significativo que el número de mujeres que se identifican en primer lugar con México es bajo (36.6 por ciento) en comparación con el número de hombres (61.4 por ciento). En las entrevistas en profundidad, las mujeres, de hecho, hicieron agudas críticas a las instituciones mexicanas: al gobierno, porque lo culpan directamente (lo mismo que sus maridos) de obligar a estos últimos a emigrar y de colocarlos en condiciones de desempleo, sin posibilidades de ganar un ingreso decente; de las cortes y del sistema judicial, porque nunca les ha ofrecido ninguna protección contra la violencia doméstica ni pública —algo que los migrantes que regresan a casa les dicen que se les ofrece en Estados Unidos. De hecho, dadas las más de 400 muertes violentas de mujeres en Ciudad Juárez, además de muchos otros casos en otros estados de México que no fueron explicados por el gobierno de Vicente Fox (2000-2006), y el crecimiento exponencial del tráfico de drogas durante el mismo periodo, estas mujeres simplemente están describiendo la realidad. Y asimismo de los programas sociales como Oportunidades —la política social del gobierno mexicano patrocinada por el Banco Mundial—, en los que se selecciona a tan sólo unas cuantas mujeres de la comunidad para otorgarles una beca y para mantener al o a la mayor de sus hijos en la escuela. Como dijo acertadamente una mujer que quedó fuera de este programa, "…escogen a quien le quieren dar el dinero por cualquier motivo —¿qué, entonces nosotros a los que no nos toca ni el polvo, no somos mexicanos?".

Un aspecto interesante que muestra la encuesta es que los entrevistados que se identificaron como indígenas se sentían más estrechamente identificados con América Latina. El noreste de Morelos todavía tiene a unas cuantas personas, en su mayoría ancianos de ambos sexos, que hablan "mexicano", como se le llama localmente al náhuatl, la lengua antigua de los toltecas y mexicas, y que representan cuando mucho el 5 por ciento de la población local.[11] Dado lo anterior, ¡es muy significativo que el 56.7 por ciento de los encuestados dijera que se consideraban indígenas! Esto indica cuán inclusiva es la nacionalidad mexicana y que el término "mexicani-

[11]Encuesta realizada en 2007 en cuatro comunidades del estado de Morelos —Zacualpan, Tlacotepec, Amilcingo y Temoac— con una muestra aleatoria de migrantes y no migrantes, con referencias cruzadas de edad, género, localidad y estatus migratorio.

dad", que utilizan cada vez con mayor frecuencia los migrantes mexicanos y sus descendientes en Estados Unidos, está, de hecho, construyendo una nueva representación social de ellos, más amplia que la de la nacionalidad mexicana, en Estados Unidos.

"El mundo se está volviendo más peligroso"

La tendencia más preocupante que indicó la encuesta fue la de las respuestas a la pregunta: "¿cuál es el mayor peligro del mundo hoy en día?" En ellas se describe un mundo emergente en el que la violencia está predominando sobre todos los demás riesgos, un temor expresado por el 43.2 por ciento de los encuestados en relación con el crimen, la adicción a las drogas, la guerra y el terrorismo. Otras respuestas mencionaron el medio ambiente (10.4 por ciento), el desempleo y la pobreza (7.0 por ciento), las enfermedades (7.0 por ciento), los desastres naturales (6.0 por ciento) y otras respuestas menos frecuentes como la migración, la política, los seres humanos y la moral relajada. Significativamente, *el doble de mujeres que de hombres mencionaron el crimen, y la respuesta fue mayor entre las mujeres jóvenes de entre 19 y 35 años de edad*. Esto confirma la interpretación que hicimos antes de la profunda inseguridad que sienten las mujeres que viven en México. Incluso los dos transexuales que figuraron en la muestra de los entrevistados en Estados Unidos identificaron el crimen como el mayor riesgo.[12]

Entre los hombres entrevistados —incluyendo a los más jóvenes— también predominó la preocupación sobre el crimen y las drogas. Esto se corroboró en las entrevistas en las que decían que, hasta hace poco, las drogas no se vendían localmente, pero ahora circulan ampliamente, aún en las secundarias y preparatorias de la región.

Los migrantes fueron particularmente enfáticos en sus comentarios sobre el crimen y las drogas, que reflejan sus experiencias en el cruce de la frontera, y muchos de ellos viven en barrios de Estados Unidos con altos índices de criminalidad y asolados por las drogas. Mencionan un aspecto específico que,

[12]El trabajo de campo etnográfico indicó que la homosexualidad puede ser también un factor que induzca la migración, dado que la vida de los hombres y mujeres homosexuales en los pueblos rurales de México está oprimida por la discriminación y humillación.

si se corrobora, resulta sumamente perturbador: "Existen montones de personas que simplemente se han dado por vencidas y que no regresan (a México): están metidas en las drogas". Asimismo, muchas madres de Tlacotepec, en el propio Morelos, han expresado inquietudes crecientes respecto a las drogas. Un joven originario de esa población nos explicó:

> La familia se pierde cuando (los padres) se van, supongo que porque muchas veces los matrimonios no duran; se van y encuentran a otra pareja allá, y (los hijos aquí) crecen sin una imagen y hacen lo que quieren, y hacen cosas terribles porque no tienen en su vida una figura paterna fuerte.

Esta percepción de un aumento del consumo de drogas entre los hijos es correcta: los especialistas de un seminario impartido por la Secretaría de Salud en mayo confirma que este consumo aumentó en México a razón del 20 por ciento el año pasado.

Otra respuesta prevalente se relaciona con la enfermedad, vinculada asimismo a la vulnerabilidad que dicen sentir como inmigrantes. Como dijo un chofer de Zacualpan:

> lo que pasa es que hay muchas infecciones por las enfermedades, muertes por los gases que inhalan y contagios entre unos y otros … uno de ellos era mi hermano; lo atropelló un carro allá … Me preocupan más los que se fueron, porque regresan con cosas; allá nos daban pláticas sobre el SIDA, y el doctor era mexicano y decía que veía muchos casos de SIDA, y muchos mexicanos van allá, y hablaba de lo mal que se sentía decirles a (sus) compatriotas que lo tenían … Eso no se me puede olvidar, porque a veces uno simplemente se deja llevar por las ganas y dice, "no se lo puede contraer por hacerlo una sola vez", "pero piense en sus pobres esposas, porque regresan acá e infectan a sus esposas y a sus hijos, y ahora ya es una pandemia".

El problema empeora por la falta de médicos o de clínicas que traten este tipo de enfermedades en sus pueblos.

"Doy gracias por haber nacido en México…"

En la encuesta, las lealtades culturales siguen patrones interesantes. En respuesta a la pregunta sobre si preferían la cultura mexicana o la esta-

dounidense, el 90.1 por ciento de los inmigrantes —en su mayoría de sexo masculino— respondieron que preferían la mexicana. Solamente uno eligió la cultura estadounidense, y los demás no contestaron o dijeron no saber. También preguntamos por qué la preferían, y recibimos una avalancha de respuestas exuberantes, entre ellas: "Yo estuve en un grupo de danza (mexicana), y se te sube la sangre y sientes que quieres decir: 'Doy gracias por haber nacido en México'" (Juan Martínez); o bien, "Aunque somos irrespetuosos y corruptos, cuando veo la calidez que creamos, eso me hace feliz" (Rocío Montalvo).

Sin embargo, hay críticas acerbas a las autoridades fronterizas mexicanas y cierto resentimiento en contra de aquellos que alcanzaron el éxito en Estados Unidos. Es común que los migrantes se quejen de que "…los mismos mexicanos actúan como unos absolutos patanes; obtienen un empleo temporal y se hinchan de sí mismos, y cuando llegas allá no te ayudan en nada, te discriminan" (Francisco Ornelas).

Otro hallazgo importante fue que a la mayoría de los migrantes les simpatizan los estadounidenses, en especial los blancos; muchos de ellos hacen hincapié en lo justos que son en su trato en el trabajo. Los migrantes reiteran que "aquí (en México) te pagan un salario miserable con el que no puedes comprar nada, que a veces no te deja prosperar, y (en Estados Unidos) no: si un empleador te ve, y tú te das por completo en tu trabajo, te busca y hasta te manda traer".

No obstante, nuevamente las mujeres expresaron más críticas a la cultura mexicana: el 97.1 por ciento de los hombres dijeron que la preferían, en comparación con el 77.5 por ciento de las mujeres. El resto (el 22.5 por ciento) no hablaron a favor de la cultura estadounidense: sencillamente no contestaron o dijeron no saber. En las entrevistas en profundidad hubo muchos casos en que las percepciones se expresaban como críticas: contra el machismo, expresado en términos de violencia doméstica y alcoholismo; contra el desorden político y contra la irresponsabilidad de los padres hacia sus hijos. Debido a la migración y a los medios masivos, las mujeres saben ahora que las condiciones son diferentes para las mujeres en Estados Unidos.

Es interesante que el 61.3 por ciento de los migrantes hayan respondido que se sentían igualmente mexicanos en México que en el "Norte", pero el 32.4 por ciento hayan dicho que se sentían más mexicanos cuando se

encontraban en Estados Unidos. El sentirse "más mexicanos" corresponde a la actitud común entre los migrantes de diferentes nacionalidades que se encuentran en cualquier país que tenga un estilo de vida diferente. Sin embargo, la identidad mexicana se basa en una historia de múltiples niveles de lucha y de consolidación nacional, así como de una notable creatividad cultural que se remonta al año 300 a.C. De hecho, encontramos que todos estos factores están presentes hoy en día en el este de Morelos: la cultura está impregnada de la herencia mesoamericana nahua; algunas personas siguen sosteniendo la ideología agraria de la Revolución mexicana, aunque matizada con tendencias anarquistas, manteniendo encendida la llama del zapatismo de Emiliano Zapata; las nuevas generaciones han adoptado el neozapatismo del Subcomandante Marcos. Al mismo tiempo, mientras que varias diócesis conservaban el catolicismo fundamentalista previo al Concilio Vaticano II, en nuestra encuesta el 21.2 por ciento de los encuestados dijeron no profesar ninguna religión.

Esta visión plural del mundo de los lugares de origen de los migrantes en nuestro estudio se encuentra con una pluralidad diferente en Estados Unidos: hay más contactos con otros pueblos latinoamericanos y del Caribe, además de la asombrosa variedad de los estadounidenses. Eleazar Martínez lo expresa así: "parecería que los mexicanos son fiesteros y de sangre caliente; si uno simplemente está pasando el rato con alguien, la pasa (bien); pero allá (en Estados Unidos) no tienen mucha cultura".

Biculturalidad sin problemas

Finalmente, lo que importa es el futuro. ¿Qué piensan los migrantes y los no migrantes que ocurrirá en el futuro? Veamos, por ejemplo, la pregunta de la encuesta sobre si en el futuro se hablará en México inglés lo mismo que español. Un sorprendente 70 por ciento dijo que sí. Existe un agudo contraste muy claro entre los jóvenes de 35 años de edad, entre quienes la respuesta afirmativa fue de hasta un 80 por ciento, mientras que entre los mayores de 36 años la cifra desciende hasta el 50 por ciento. También hay una marcada diferencia entre católicos (58.55 por ciento) y protestantes (88.9 por ciento).

Si bien es posible que se vea este cambio como inevitable, las actitudes hacia esta cuestión variaron significativamente: el 48.9 por ciento de los encuestados opina que este prospecto sería algo bueno; 17.8 por ciento lo ven como algo malo, y el 12.2 por ciento son indiferentes a él. La diferencia según las edades no es tan pronunciada como en la pregunta anterior, pero sí refleja un sesgo particular entre los adolescentes (de entre 13 y 18 años), de los cuales el 64.3 por ciento opina que sería algo bueno. Estos son, precisamente, los grupos etarios que se muestran más deseosos de emigrar a Estados Unidos; puede verse una evidencia concreta de ello en el hecho de que el 80 por ciento de los egresados de sexo masculino de una escuela preparatoria en Tlacotepec se han ido al "Norte".

La religión es otro factor interesante en esta respuesta: el 61.1 por ciento de los protestantes aprueba el bilingüismo, en comparación con el 47.2 por ciento de los católicos (de los cuales el 15 por ciento no sentía que fuera bueno ni malo) y con el 42.1 por ciento que dijeron no profesar ninguna religión.

Conclusiones

Los datos obtenidos mediante nuestro trabajo de campo y la encuesta presentan una visión de la pluralidad y de las controversias en torno a las interacciones culturales que se dan a través de la migración a Estados Unidos en la región estudiada. Asimismo, señalan a lo que puede considerarse como una característica general de la cultura mexicana: su generosidad cultural, que recibe y acepta la coexistencia de diversas culturas, ideologías y religiones. También fomenta la creatividad cultural y se cristaliza en un rico humus constantemente recreado de herencia cultural intangible. Sin embargo, para muchos de los migrantes que están cruzando la frontera, esta situación se vuelve muy diferente en Estados Unidos.

Allá, dicen sentir que no existe un conjunto de prácticas, rituales ni festividades que les permitan reconstruir la pluralidad y la densidad del parentesco social, familiar o ritual, ni tampoco las relaciones comunitarias de que gozan en México. Es sumamente preocupante que, si los migrantes mexicanos indocumentados o ilegales tienden a verse succionados hacia ámbitos marginales o incluso hacia mundos oscuros clandestinos y crimi-

nales —tanto más ahora, bajo las amenazas de deportación que se ciernen sobre ellos como sombras de una recesión—, y en la medida en que se los representa en algunos medios estadounidenses como una versión sobre simplificada de los mexicanos, enfrentan una pérdida cultural de pluralidad, así como de las posibilidades de mostrar su herencia de creatividad cultural. De modo que pueden volverse aún más militantes respecto a su identidad y a su herencia.

Esto pone de cabeza la hipótesis de Samuel Huntington: si él ve una amenaza de que los mexicanos dividan a Estados Unidos, ésta se verá más exacerbada en la medida en que más mexicanos se vean empujados hacia un nivel de vida bajo, para formar, junto con otros latinos, una clase marginal permanente.

Las migraciones transfronterizas en todo el mundo están superando a todas las políticas y barricadas culturales anteriores, cuya finalidad es disolverlas, mezclarlas o mantenerlas separadas de las sociedades receptoras. Necesitamos urgentemente nuevas fórmulas para la concepción del desarrollo a fin de reestructurar las representaciones culturales, y las lealtades de múltiples niveles, en un mundo en el que las naciones están lejos de disolverse.

Fuentes consultadas

Arizpe, L. (1983), "The Rural Exodus in Mexico and Mexican Migration to the United States", en P. G. Brown y H. Shue (eds.), *The Border that Joins: Mexican Migrants and US Responsibility*, Maryland, Institute of Philosophy and Public Policy, pp. 162-183.

_____ (2004), "Migración y cultura: las redes simbólicas del futuro", en L. Arizpe (coord.), *Los retos culturales de México*, México, Cámara de Diputados LIX Legislatura-CRIM-UNAM-Miguel Ángel Porrúa (Colección Conocer Para Decidir), pp. 19-42.

_____ (2006), *Culturas en movimiento: interactividad cultural y procesos globales*, México, Cámara de Diputados, LIX Legislatura-CRIM-UNAM-Miguel Ángel Porrúa (Colección Conocer Para Decidir).

Delgado Wise, Raúl y Margarita Favela (coords.) (2004), *Nuevas tendencias y desafíos de la migración internacional México-Estados Unidos*, México, Cámara de Diputados, CEIICH-UNAM-Universidad Autónoma de Zacatecas-Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.

Durand, J. y M. Douglas (2003), *Clandestinos: migración México- Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas-Miguel Ángel Porrúa, XX pp.

Fernández-Kelly, P. (1995), "Social and Cultural Capital in the Urban Ghetto: Implications for the Economic Sociology of Immigration", en A. Portes Alejandro (coord.), *The Economic Sociology of Immigration*, New York, Russell Sage Foundation, pp. 213-247.

Goldring, L. (2001), "The Gender and Geography of Citizenship, Mexico, US: Transnational Spaces", *Identities*, vol. 7, núm. 4, pp. 501-537.

Halonen, T. (2004), "Toward a Fair Globalization: A Finnish Perspective", ponencia para la Serie de "Conferencias U Thant", 8ª Conferencia, Comisionado de la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, Universidad de las Naciones Unidas, Tokio, 22 de octubre de 2004.

Huntington, S. P. (2004), *Who are we? The Challenges to America's National Identity*, New York, Simon and Schuster, 448 pp.

_____ (2009), "*The Hispanic Challenge*", *Foreign Policy*, disponible en <http://www.foreignpolicy.com/articles/2004/03/01/the_hispanic_challenge>, consultado el 21 de enero de 2010.

Imaz, C. (2004), "Las organizaciones sociales de migrantes mexicanos en Estados Unidos", en R. Delgado Wise y M. Favela (coords.), *Nuevas tendencias y desafíos de la migración internacional México-Estados Unidos*, México, Cámara de Diputados, CEIICH-UNAM-Universidad Autónoma de Zacatecas-Miguel Ángel Porrúa, pp. 47-67.

Kearney, M. (1995), "The Local and the Global: the Anthropology of Globalization and Transnationalism", *Annual Review of Anthropology*, vol. 24, pp. 547-565.

Organización de las Naciones Unidas (2006), *Trends in the Total Migrant Stock: the 2005 Revision*, New York, División de Población de la Organización de las Naciones Unidas.

Portes, A. y R. Rumbaut (2001), *Legacies: The Story of the Immigrant Second Generation*, Berkeley, University of California Press.

Rumbaut, R. G. (2006), "The Making of a People", en M. Tienda y M. Faith (coords.), *Hispanics and the Future America*, Washington, D.C., National Academies Press, pp. 16-66.

Tienda, M. y M. Faith (eds.) (2006), *Multiple Origins, Uncertain Destines: Hispanics and the American Future*, Washington, D.C., The National Academies Press, 176 pp.

Toro-Morn, M. y M. Alicea (eds.) (2004), *Migration and Immigration: a Global View*, Westport, Greenwood, Series: A World View of Social Issues.

Trigueros Legarreta, P. (2004), "La migración femenina mexicana hacia los EUA y su participación en el mercado laboral de ese país", en R. Delgado

Wise y M. Favela (eds.), Nuevas tendencias y desafíos de la migración internacional México-Estados Unidos, México, Cámara de Diputados, CEIICH-UNAM-Universidad Autónoma de Zacatecas-Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, pp. 97-126.

World Bank (2005), *Income generation and social protection for the poor*, Washington, D.C., World Bank.



La doctora Arizpe saluda a Juan Pablo II con motivo de su participación en la Academia Pontificia de Ciencias del Vaticano, con la ponencia "Cultura y ciencia", 2003.

FOTO VATICANO

Capítulo 13

Los mexicanos en la era global: migración mexicana e interacción cultural*

Los elementos identitarios de los mexicanos son múltiples y abarcan un sinnúmero de valores tangibles e intangibles: costumbres, gastronomía, relaciones familiares, manifestaciones artísticas, para sólo mencionar unos cuantos aspectos. La antropóloga e investigadora Lourdes Arizpe destaca la fortaleza cultural de nuestro país y sus diversas transformaciones desde los orígenes hasta la actual globalización.

Introducción

En gran número de países del mundo la cultura y la identidad de los mexicanos es reconocida por su originalidad. Se forjó esta originalidad en el crisol de las altas culturas mesoamericanas y en el diálogo con una gran diversidad de culturas del mundo. Lo que marca en especial la cultura de México es que, a lo largo del siglo XX, la mexicanidad, como voluntad colectiva nacional, forma parte de la combinatoria tanto del nacionalismo como del cosmopolitismo de diversas fuentes políticas. Se basa esta mexicanidad, tanto en la fuerza de compartir una historia que nos hiere, como en el deseo de comunicar e intercambiar diversidades, lo que explica la gran creatividad cultural de los mexicanos. Se ha comentado esta creatividad, tanto en México como entre los mexicanos

*En *Revista de la Universidad de México*, Nueva época | Número 92 | Octubre 2011 | *issn en trámite con número de folio 493* | *revista mensual;* bajo el título "Cultura e Identidad, Mexicanos en la era global".

que salen a vivir al extranjero. Lo expresa con acierto el poeta Michael Schmidt, mexicano galardonado con la Orden del Imperio Británico, al decir que "...esa pluralidad internalizada es nuestro privilegio porque, ahí donde estemos, también estaremos en otro lugar; al mismo tiempo, es, quizá, nuestro mal, porque nos es difícil habitar por completo el momento".

Recordemos que México es el cuarto país del mundo en biodiversidad y, no por coincidencia, es también uno de los diez primeros en densidad cultural. Hasta hace diez años, era también uno de los diez principales en la producción de artesanías y en innovaciones museológicas y culturales.

Por su peculiar situación geográfica, México es una nación megacultural que recibió la llegada de una gran diversidad de culturas de todos los puntos cardinales: del este de Asia, del oeste de Europa y del suroeste de África, por no mencionar las expediciones míticas mediterráneas, atlánticas y de Polinesia. Se reconocen estas migraciones en la riqueza del legado paleontológico, arqueológico e histórico de México, en el número de lenguas y culturas originarias mesoamericanas. La riqueza siguió floreciendo con las creaciones culturales posteriores al encuentro con los europeos, que incluyen culturas mestizas que se desbordan en música, danza, artesanías, patrimonio cultural de todo tipo y que han nutrido un arte de fama mundial.

Hoy en día, sin embargo, el crecimiento exponencial de las telecomunicaciones, los audiovisuales e internet, características de la nueva globalidad, están creando nuevas homogeneizaciones culturales y, al mismo tiempo, nuevas diversidades. Como reacción ha surgido con gran fuerza una voluntad de recrear la identidad y en México, como en otros países, se hace evidente una gran efervescencia en la creación de nuevos códigos identitarios, sobre todo entre los jóvenes, digamos, con el rock en náhuatl y la renovación del huapango en el ir y venir de Veracruz a Los Ángeles. Vale la pena mencionar también, en el arte postobjetual, el *performance* y el videoarte.

Los mexicanos toman nuevas posiciones en el marco de la pantalla comunicacional global y se vuelven hacia lo que más comparten: la cultura, ya que ella hace visibles, tangibles e intangibles, sus memorias, sus deseos y sus búsquedas de futuro. Sólo que ahora están cambiando a tal velocidad

los soportes tecnológicos para la comunicación que cabe preguntar: ¿cómo se va a recrear, reinventar y difundir la cultura y la identidad de los mexicanos a través de los minimensajes de los celulares, el infinito de las redes sociales como el Facebook, los chispazos del Twitter y el mundo por descubrir del multimedia?

No hay duda de que los avances actuales en teorías llevan a una nueva definición de la cultura que la sitúa en el corazón de la relación entre las sociedades, las divisiones políticas —naciones, etnias, religiones y sectas— y los ecosistemas. Por eso hoy es vital afirmar que la cultura no está conformada por objetos, sino por formas de relación en las que interviene la libre decisión de las personas de asumir, portar y practicar un comportamiento cultural. Si no se considera la cultura como este acto de libre decisión, se niega el derecho de las personas de cambiar las vetas de su propia cultura a través de la originalidad y la creatividad. Sin embargo, esas vetas tienen siempre un designio político, entendido éste como la conciencia de saber que se necesitan alianzas y lealtades para asegurar la sobrevivencia de todos. Ésta es hoy la frontera extrema que impone el planeta, a partir de la cual hay que hacer un camino de regreso para recrear la política y la cultura. Es decir, la relación con los demás y con nosotros mismos.

Sin embargo, la cultura puede ser utilizada para unir, pero también para dividir. En la última década se ha utilizado también para crear barreras insalvables cuando no se razona en torno a una creencia, cuando se clava como dogma para exigir que todos los demás se ciñan a ella. Es lo que practican los fundamentalistas, como los islamistas, incapaces de negociar y capaces de destruir con tal de imponer su dogma. El resultado es siempre el mismo: el conflicto y el ansia de destruir a quien piensa de diferente forma. En México, a lo largo del siglo XX se fortaleció una cultura de libertad que permitió la convivencia de ideologías y doctrinas de gran diversidad. Hoy amenaza esa cultura el regreso, en gran medida soterrado, de acciones para imponer un orden ultraconservador que, además, es ya imposible en la etapa de evolución actual del mundo. Por añadidura, esas acciones acaban por infringir la propia moral que quieren imponer y que terminan por abrir resquebrajaduras morales que se han profundizado en México en los últimos años.

En México en el momento actual, después de un clamor ingenuo en el sentido de que todo se reinventaría, no se ha hecho más que seguir con lo mismo, ahora disminuido, banalizando la memoria colectiva sobre el pasado y negando los logros culturales realizados a lo largo del siglo XX. Al contrario, haber seguido el paso adelantado de México en la cultura habría requerido centrar la atención en la libertad cultural, en fortalecer la fuerte adhesión de los mexicanos a aquello que consideran valioso en sus culturas y que quieran rehacer y proyectar, lo que implica haber valorado sus códigos de respeto profundo por lo propio, por sus formas de relacionarse y por su patrimonio cultural. Pero, sobre todo, haber impulsado políticas para hacer que el mercado asegurara las condiciones de vida y de despliegue de sus habilidades para conservar esa intensa producción imaginativa que creaba empleos y pequeñas empresas, nutría un imaginario colectivo y tejía una gran capacidad de convivencia. Ello sólo se podría lograr situando a México otra vez en los movimientos internacionales que mueven el mundo de la cultura.

Hoy ha resurgido el tema de la identidad. ¿Quiénes somos los mexicanos? Después de hacer exactamente la misma pregunta desde la década de los veinte, a lo largo del siglo pasado se desarrollaron iniciativas culturales sumamente diversas pero que fueron negociadas para forjar esa "pluralidad internalizada" de la que habla el poeta. Demuestra la vigencia de aquella discusión este hecho: después de infinitas discusiones acerca de "¿quién es un indio?" a fines de los años cuarenta, Alfonso Caso respondió: "un indio es el que se siente indio". En una editorial del *International Herald Tribune* del 8 de agosto de 2011, un editorialista comenta otros artículos que han discutido si ser judío es ser miembro de una religión, una nacionalidad o un pueblo, y concluye que: "es judío el que se siente judío". Lo importante es rescatar la idea de que tantas iniciativas culturales, discusiones intelectuales, aportaciones culturales, políticas e incluso tecnológicas en México siguen siendo vigentes. Lo que hay que combatir, con toda convicción, es la idea de que aquí nunca se ha hecho nada de valor y por tanto, hay que importar todo.

Por definición, toda identidad es relacional y múltiple. Los mexicanos somos, al mismo tiempo, oriundos de un pueblo, barrio o ciudad, portadores de una cultura étnica —originaria maya o nahua, o de inmigración, afro y otras— o regional —oaxaqueña, jarocha, tapatía, norteña, yucateca—,

practicantes de una dirección, profesión, oficio o subempleo, miembros de una feligresía religiosa, adherentes de grupos sociales diversos, y aficionados a tales o cuales tipos de música, o deporte o lo que sea. Cada una de estas filiaciones y adhesiones nos une a una gran variedad de grupos y entreteje nuestra identidad total. Hoy, además, varias de estas pertenencias múltiples nos unen a grupos en otros lugares del mundo. Así sucede con los mexicanos migrantes, artistas y viajantes de la cultura que viven en otros países.

México: la tierra de la libertad cultural

No sería necesario remontarnos hasta hace sesenta mil años si no fuera por lo fascinantes que están resultando los estudios etnogenéticos sobre quiénes y cuándo llegaron a América. Ahora se muestra que llegaron muchas oleadas de migrantes desde las regiones de los Montes Urales, de Siberia, de China y de otras regiones de Asia. Algunas de ellas, después de convivir más de veinte mil años en territorio mexicano, consolidaron una gran diversidad de lenguas y culturas. Hoy, en México se hablan todavía trescientas sesenta y cuatro variantes de lenguas mesoamericanas, que forman parte de ciento diez agrupaciones lingüísticas pertenecientes a tres familias de lenguas: la yuto-azteca, la oto-pame y la maya. Milenios después arribaron los hablantes del castellano, el gallego, el vasco, el andaluz y el valenciano —si es que se consideran lengua separadas— y, al parecer, muy pocos del catalán. Poco después, pisaron tierras mexicanas los africanos con su gran variedad de lenguas, principalmente las variantes del bantú, el wolof y el mandingo, que formaron la tercera raíz del pueblo mexicano. Y, desde el siglo XIX no han dejado de llegar los grupos hablantes del inglés, francés, chino, libanés, yiddish y alemán, entre otras lenguas.

Con tal diversidad, no sorprende que el contraste, el roce y el gozo de las culturas haya marcado la historia de México. Frente a ella, en vez de replegarse, los mexicanos crearon una cultura de gran hospitalidad y generosidad, que igual ha absorbido a invasores altaneros que a expatriados, desterrados y exiliados. Y, lo que hay que destacar, también dieron la bienvenida a los enamorados de la música mexicana, la gentileza de la

gente, los colores y los paisajes mexicanos. A todos ellos México los ha acabado por asimilar, integrar o dejar en libertad en toda su diversidad.

Este intenso cruce y mestizaje de culturas ha sido posible porque a lo largo del siglo XX se insistió en crear nuevas culturas y nuevas corrientes de arte, artesanías y patrimonio cultural inmaterial. Esta creatividad no provino del Estado sino que éste, al tener un proyecto de desarrollo nacional, la defendió y la auspició, dejando a los propios mexicanos la libertad de hacerla florecer. Por ejemplo, en la danza de la Conquista de Tlacoachistlahuaca en Guerrero, se inventó una coreografía que incorpora otra interpretación de la Conquista, otros personajes míticos y una partitura musical que incluye danza medieval, música mexicana y cuecas chilenas. Cuando le preguntamos a uno de los fiscales amuzgos por qué tocan cuecas chilenas, nos dijo: "Hace unos pocos años vinieron unos chilenos a Acapulco y a los muchachos les gustó esa música". Se reitera así el gran abrazo mexicano hacia las culturas extranjeras, que pronto se vuelven propias por ese irrefrenable gusto de los mexicanos por la música, la pintura, la danza, el canto, las artesanías, la retórica, el arte escénico, los desfiles y las procesiones, la convivencia, la espiritualidad y mucho más. Si todo ello queda contenido en el cuerno de la abundancia cultural de México, al final, lo que queda es la fiesta. La fiesta, la feria, la conmemoración, el simulacro, el festejo, el relajo, que a través de los siglos se han seguido derramando del gran calendario de ritos y festividades y mitotes de Mesoamérica.

México: el cruce constante de arte de culturas

Es muy larga la historia reciente de mexicanos que han trazado senderos culturales entre México y el resto del mundo. Desde Diego Rivera hasta Carlos Fuentes y Salma Hayek se hace vigente el principio de que nunca se es tan cosmopolita como cuando se toma como punto de partida el imaginario nacional. Los artistas mexicanos se llevan en la imaginación las habilidades culturales que se transmiten en la vida cotidiana y la combinación de diversidades de varios milenios. Ello explica por qué, ahora en un mundo globalizado y cosmopolita, los mexicanos en el extranjero no sólo no han desaparecido del horizonte mexicano sino que han creado y recreado movimientos culturales que renuevan ese horizonte.

Los ejemplos abundan. Los artistas chicanos recuperaron el muralismo y los símbolos fundacionales de México para después reinsertarse en la dinámica sociedad norteamericana con una perspectiva propia. En muchas ciudades de Estados Unidos y Europa, los migrantes mexicanos han reinventado un patrimonio cultural intangible, como los grupos que tocan sones jarochos en Los Ángeles o Los Tigres del Norte y la música tecnonorteña.

A su paso por el mundo, los mexicanos han formado otros grupos formados de jóvenes en las sociedades que los recibieron, entusiastas de la música, la pintura y la historia de México. Ejemplo de ello es el grupo de mujeres californianas que tocaron música de mariachi nada menos que en la inauguración de los Juegos Olímpicos de Beijing. Gran número de mexicanos contribuyen a la vida artística y cultural de otros países: Michael Schmidt, galardonado con la Orden del Imperio Británico como poeta, regresará a vivir a Oaxaca, en el país en el que nació; Águeda Lozano, pintora y escultora, a quien se debe la magnífica obra de brillos metálicos de la Place du Mexique en París, ya construye su casa en Cuauhtémoc, Chihuahua, para regresar algún día. Hay muchos más ejemplos de artistas y escritores que se pasan la vida yendo y viniendo de México.

En el séptimo arte, abundan las celebridades: Alejandro González Iñárritu, cuya película *Babel* concursó como finalista para el Óscar de Hollywood; Salma Hayek, actriz, productora de cine sobre México, ahora promotora del arte contemporáneo; Guillermo del Toro, galardonado también por sus películas. Y los jóvenes se adelantan a los tiempos: Gael García Bernal, Diego Luna, Patricia Riggen. Son muchos más los que se podrían mencionar y que han refrendado una de las características más notables de la cultura de México desde el siglo XX: su gran internacionalismo. Éste surgió en las postrimerías de la Revolución mexicana.

Influencia cultural de México en el ámbito internacional

Abiertas las compuertas de la libertad cultural por la Revolución mexicana, a partir de los años veinte fluyeron los torrentes de creación artística, hacia dentro y hacia fuera. Llegaron los cineastas, como Serguei Eisenstein; los poetas, como Antonin Artaud; los pintores, como Louis Aragon y una lista interminable que fue refrendando el internacionalismo de la cultura en

México. Los artistas e intelectuales mexicanos por su parte no cesaron de viajar a Europa, a Estados Unidos en estancias cortas o largas, como los dieciséis años que pasó Diego Rivera en París. Y todos regresaban.

Más tarde, la reforma agraria permitió a las comunidades agrarias recomponer su patrimonio cultural intangible, tan evidente en la profusión de fiestas conmemorativas, patronales, cívicas, agrícolas, calendáricas. No es cierto que los campesinos participaron en la Revolución porque no querían cambiar sino porque querían seguir teniendo una vida comunitaria basada en la sociabilidad, en la convivencia, en la familia, en el parentesco ritual de los compadres, en los arcoiris y sones y retórica cuya algarabía viene a sosegarse, como última ola de la vida que rompe suavemente sobre la muerte de la arena, en el Día de Muertos.

Se ha estudiado mucho la cultura mexicana hacia dentro, pero poco la interactividad cultural de los mexicanos fuera del país. No se conoce a ciencia cierta, por tanto, la gran influencia cultural que ha tenido México en el exterior. Para dar un breve ejemplo de esta influencia de México, en el largo camino de sus aportes al estudio y manejo del patrimonio cultural, el arte y las políticas culturales en el mundo, se mencionan unas cuantas fechas clave:

1947: Apenas creada la UNESCO, se celebró en la Ciudad de México su Segunda Conferencia General. La inauguró el entonces secretario de Educación Pública, Manuel Gual Vidal, refiriéndose a "...el profundo sentido progresivo de la cultura". Participó Jaime Torres Bodet, secretario de Relaciones Exteriores, quien pronto sería designado director general de la UNESCO. Samuel Ramos presidió las "Pláticas Filosóficas" que dieron pie a la creación de la División de "Filosofía y Civilizaciones" de la UNESCO; Carlos Chávez y R. Rubín de la Borbolla presidieron las sesiones de música y de museos; Alfonso Caso presidió la sesión de clausura del recién creado Consejo Internacional de Museos. Se dieron a conocer a los delegados, entre otros, los muy originales programas de Misiones Culturales y de las Escuelas de Arte al Aire Libre. La originalidad de la política cultural mexicana, manifiesta en la labor del Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Instituto Nacional Indigenista y el Instituto Nacional de Bellas Artes, inspiró a los delegados del mundo para la creación, poco después, de un programa en la UNESCO intitulado "Cultura", orientado hacia *a)* la conservación del patrimonio ar-

queológico y monumental; *b)* el apoyo a los artistas; *c)* la promoción de las artes y las "artes folclóricas", y *d)* los derechos de autor.

Como premonitorio, bajo el capítulo II de ese programa, intitulado "Libre Circulación de Ideas" (*Free Flow of Ideas* en inglés) se leía:

> Los canales para la libre circulación de ideas no pueden y no deben ser usados para promover una cultura mundial uniforme. El objetivo de la UNESCO era, y sigue siendo, la unidad-en-la-diversidad: ayudar a usar esos canales para que la cultura de uno pueda ser interpretada por otras culturas que mejor puedan servir de fundamento a un pensamiento y una acción comunes; pero, de igual importancia, es que susciten el respeto por elementos divergentes.

1963: La inauguración del Museo Nacional de Antropología e Historia de México causó revuelo a nivel internacional. Por su originalidad, se concibió con base en una nueva arquitectura museológica, en la integración de la antropología y las artes, la vinculación de las grandezas arqueológicas y las prácticas etnológicas vigentes y presentó innovaciones extraordinarias en museografía. Con este magnífico ejemplo, gracias al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez y a un enorme grupo de antropólogos, artistas y artesanos, México quedó integrado a la gran corriente mundial de protección al patrimonio cultural en el primer lugar. Además, en ese sexenio de Adolfo López Mateos, se inauguraron en total cinco museos: además del de Antropología, el Museo Nacional de Arte, la Pinacoteca Nacional y dos más.

1972: Los arqueólogos y arquitectos mexicanos tuvieron una participación activa en la creación de la Lista del Patrimonio de la Humanidad. Su experiencia en programas concretos de protección, conservación y restauración del patrimonio arqueológico y monumental, y que puede aplicarse en otros países en desarrollo constituyó un aporte fundamental para la Convención Internacional para la Protección del Patrimonio Natural y Cultural aprobada ese año.

1975: Se celebra por primera vez un Congreso Nacional de Indígenas en Pátzcuaro, Michoacán. Allí surgieron las primeras organizaciones dirigidas por indígenas. Se inició la corriente que promovió una política nacional pluricultural, tema que apenas se esbozaba en el ámbito internacional.

1978: Creación del Programa Nacional de Culturas Populares, con base en las ideas innovadoras de un grupo de antropólogos, escritores y artistas

que tuvo una influencia vital en la Convención Internacional del Patrimonio Cultural Inmaterial.

1982: Tiene lugar en la Ciudad de México la famosa Conferencia Intergubernamental sobre Política Cultural, llamada Mondiacult, que consolidó las bases para que los estados crearan políticas de apoyo a grupos indígenas, a artistas, a autores y a promotores culturales.

1995-2003: Las experiencias innovadoras de los antropólogos mexicanos en rescate etnográfico, museos comunitarios y escolares, y de culturas populares se integraron a las discusiones para la creación de la Convención Internacional de Patrimonio Inmaterial en la UNESCO. Como subdirectora general para la Cultura de la UNESCO, esta autora presidió los trabajos iniciales de elaboración de esta convención. En consonancia con corrientes de otros países, se orientó el programa ya no hacia la conservación sino hacia la salvaguardia del "Patrimonio Vivo". En reconocimiento a la asesoría mexicana en la elaboración de la convención, la UNESCO otorgó a la Universidad Nacional Autónoma de México la "Cátedra UNESCO de investigación sobre patrimonio cultural inmaterial y diversidad cultural".

2009: Después de la adopción de la Convención Internacional sobre Contenidos Culturales y Expresiones Artísticas en 2005, se publicó el Informe Mundial UNESCO con la participación de la autora de este artículo en el Comité Científico que lo redactó.

Aparte habría que mencionar como aportes internacionales un gran número de otras iniciativas y políticas culturales de México, en especial en cuanto a exposiciones, muestras e intercambios artísticos. Para dar sólo un ejemplo, hubo un sinnúmero de extraordinarias exposiciones del arte de México de varios siglos y de arte olmeca, maya y azteca, además de las exposiciones sobre temas específicos como la reciente sobre Moctezuma. Sería muy difícil enumerar el torbellino de participaciones individuales de mexicanos en el arte y la cultura a nivel internacional que ha creado en el público global un aprecio permanente por las creaciones y producciones artísticas mexicanas.

En suma, los mexicanos nos podemos enorgullecer de los logros en la vida cultural y en la política cultural que se llevaron a cabo durante el siglo XX. Nos honran las creaciones de las culturas originarias y nos honra haber sido vanguardia en la investigación arqueológica y antropológica que, en colaboración con un gran número de antropólogos de otros países, dio a

conocer la extraordinaria riqueza de las culturas mesoamericanas. Nos honran las prácticas arquitectónicas, museológicas y artísticas que se conjugaron para crear el museo más admirado del mundo y un conjunto de museos originales y abiertos al pueblo y a todos los turistas del mundo.

Nos honran, asimismo, las políticas y el apoyo a los pintores y los escultores que permitieron crear el muralismo mexicano, reconocido en todo el mundo y, más tarde, la libertad cultural que permitió que surgieran sus antítesis, transgresiones y finalmente un arte postobjetual y móvil que se escapa de las telas, las galerías y de toda otra materialidad. El *performance*, libertad expresiva con el cuerpo, como serpiente que se muerde la cola, cierra el ciclo del teatro comunitario y el simulacro que nos vienen desde tiempos antiguos.

El arte y los talentos mexicanos todavía brillan en el ámbito internacional, pero México ha perdido el liderazgo cultural que tuvo durante más de siete decenios y que ahora ha pasado a Brasil, Colombia, Perú y otros países latinoamericanos.

Mexicanidad y cosmopolitismo

Podría caracterizarse la cultura mexicana de acuerdo con muchos criterios, pero pueden mencionarse tres cualidades por las que sobresale su historia y su práctica cultural: la monumentalidad, la originalidad y la creatividad.

La monumentalidad se hace evidente de muchas maneras. En las altas pirámides, algunas con el basamento más ancho del mundo; en la ciudad colonial calificada como "de los palacios"; en los murales mesoamericanos que encontraron su eco en el gran muralismo mexicano del siglo XX. Lo descomunal parece surgir de un alma grande de los mexicanos que se plasmó también en una Revolución que fue la primera revolución social del siglo XX. Pero también en actitudes mexicanas. En la terquedad de Diego Rivera, Siqueiros y Orozco por plasmar un nuevo sujeto de la pintura: el pueblo y sus luchas de todos los siglos; o en la carta de Frida Kahlo dirigida al presidente que decía:

> Defendiendo la cultura, usted demuestra ante los pueblos del mundo que México es un país libre... que siendo México demócrata, lo mismo se respetan

las bendiciones del señor arzobispo Martínez que las palabras históricas del Nigromante ("Dios no existe"). Lo mismo se pintan vírgenes de Guadalupe que pinturas con contenido revolucionario en las escaleras monumentales del Palacio Nacional.

A esta carta Miguel Alemán respondió: "La cultura es inmortal y nunca en los verdaderos atentados contra ella la han destruido, porque es incontenible su fuerza creadora".

Como descomunal fue también la convicción de Carlos Monsiváis al escribir sin cesar la crónica, no de una ciudad únicamente, sino de las vivencias de varias generaciones de mexicanos, inquietos, rebeldes, olvidados y recordados, asegurando, precisamente, que siguen siendo protagonistas de una historia cultural inclusiva, robusta y creativa.

Esa originalidad y creatividad en la cultura, compartida por todos los mexicanos, se desborda también en el patrimonio cultural intangible. No hay más que ver los simulacros de la Guerra de Independencia que se celebran todavía en muchos pueblos y que fueron groseramente excluidos de los festejos multimillonarios del Centenario y el Bicentenario. Por ejemplo, el festejo en Chilacachapa, Guerrero, que se celebra desde hace más de cien años, en el que se movilizan más de ciento veinte jóvenes en la escenificación de los cuadros del arresto de doña Josefa, el aviso a don Miguel Hidalgo, cuadro a cuadro durante tres días, hasta su fusilamiento. Once contingentes de distintos pueblos llegan a desfilar y participar. Salta a la vista esta creatividad mexicana en la invención de la danza neoindígena de los concheros y en los grupos de rock en náhuatl, así como en el jazz, rap mexside y tantos otros grupos musicales. Se hace visible esa convicción, hoy en día, en el millón de jóvenes y de grupos afiliados a la memoria mesoamericana, que asisten al equinoccio de primavera el 21 de marzo en Teotihuacán, y también en el Tajín, Xochicalco, Chichén-Itzá, la pirámide de Tepoztlán y en tantos otros lugares. País de mitos y país de la palabra florida, país de nuevas celebraciones y de nuevos lazos culturales.

La originalidad de lo que inventan los mexicanos se percibe también en la constante renovación, espontánea e imaginativa, de las artesanías mexicanas. En la actualidad se está tratando de probar la teoría de que una expedición china llegó a costas de Michoacán en 1451 y que dejó, quizá, la tradición de las lacas michoacanas, cuya técnica está muy cercana a las de

aquel país. Si acaso fuera cierto, los purépechas no han dejado de innovar en las artesanías de la laca, pero además en la construcción de pirámides redondas y de una lengua, que es, sin duda, la más sonora de México. Sólo falta añadir que puede apreciarse hoy esa lengua en todas partes porque han sido los primeros en filmar una película hablada enteramente en purépecha. Lo que inventan los ceramistas de Ocumicho proviene tanto de una imaginación desbordada como de manos tocadas por la irreverencia. Lo mismo ocurre en Oaxaca, con su Guelaguetza de dieciséis lenguas originarias y textiles y artificios de madera y barro únicos en el mundo. O en Chiapas, donde, entre tantas iniciativas, las mujeres de Sna Jolobil siguen dando muestras de la excelencia de sus textiles mayas.

Los migrantes mexicanos: la identidad desde lejos

Los mexicanos enfrentan hoy un contexto difícil económico por la desigualdad pero también una sed de conocer que ha propiciado múltiples movimientos migratorios con una intensa interactividad cultural. Muchos salen de México a buscar empleo, a respirar una brisa fresca o a realizar sus aspiraciones artísticas. En palabras de Francisco Pinonceli, joven estudiante de música en París:

> Al principio pensé que no regresaría y hoy estoy más que seguro que regresaré, por razones sentimentales, nacionalistas, de responsabilidad social, por mis seres queridos porque mis amistades aquí no me necesitan tanto, tengo el corazón en el otro lado, en Chihuahua.

Es un hecho que los migrantes mexicanos no sólo no rechazan su identidad nacional ni su cultura mexicana sino que siguen atados a sus pueblos, sus familias y sus paisajes en México. Al contrario del caso de otros, los mexicanos nunca han sido ni expatriados, ni desterrados, ni exiliados. Apenas nos preguntamos hoy si constituyen una diáspora. El imaginario mexicano forma parte de sus pertenencias personales, adonde vayan. "Ningún mexicano deja de ser mexicano" afirmó una joven escritora mexicana, Juana Adcock, que vive en Glasgow, Inglaterra.

La fortaleza de la identidad mexicana se hace evidente de muchas maneras, entre ellas, en cómo se identifican los mexicanos en el censo de los

Estados Unidos. En el censo del año 2010 de este país, los latinos aparecen ya como la segunda minoría, habiendo rebasado a la población afroamericana. No se cuenta todavía con los datos sobre identidad desagregados para este censo de 2010. En cambio, resulta muy interesante que, en el censo de 2000, sólo el 46.8 por ciento de los mexicanos se identificó como raza "blanca"; 0.7 como "negra"; 0.2 como "asiática" y 1.2 por ciento como "indio americano". De los demás, 45.8 por ciento se reconocieron como de "otra raza" —muchos decían, aparte, que escogieron esa categoría porque se consideran de nacionalidad mexicana; unos cuantos dijeron que porque pertenecen a la "raza de bronce"— y 5.2 por ciento escogieron la categoría de "dos o más razas, es decir, mestizos".

Migración masiva, cultura creativa

La migración masiva de mexicanos a los Estados Unidos responde a razones primordialmente económicas, pero lo que ha sorprendido es la vigorosa transculturalidad que mantiene vigentes los lazos afectivos y culturales entre los migrantes y las primeras generaciones de sus descendientes, con sus comunidades de origen. Admirable resulta también, y congruente con nuestra historia, la creación de varios movimientos culturales mexicano/chicanos, originales, vehementes, en aquel país. Mientras allá este movimiento cultural echó chispas entre el brote de nuevos significados y representaciones —muralismo y artistas chicanos, *performance* "naftazteca" y la Virgen de Guadalupe plasmada en *shorts* y zapatos tenis, liberada—, en México más bien cundió la alarma por la posible pérdida de tradiciones culturales por este ajetreo geográfico.

Más que pérdida, sin embargo, se trata de transculturalidades, fenómeno que será permanente en los años por venir. Nos toca a los mexicanos, por simple demografía y compleja historia, proponer una nueva concepción de estas transculturalidades como fuentes de creatividad. Varios aspectos de la "representación social" de la cultura mexicana en relación con los Estados Unidos se han hecho ya obsoletos; entre ellos el viejo esquema colonial que percibía a México como sociedad pasiva necesitada de murallas culturales para defender su cultura del exterior. Como se ha mostrado en este ensayo, los mexicanos destacaron a todo lo largo del siglo XX por

una producción cultural y artística en constante tránsito con Estados Unidos y con Europa.

También se ha venido abajo la idea de una cultura mexicana "hacia dentro", esto es, pensar que la fiesta cultural se detenía en las fronteras. Hoy menos que nunca, la cultura mexicana, con todas sus diversidades, no se detiene en las fronteras, ni geográficas ni imaginarias ni cibernéticas, como puede apreciarse en las páginas siguientes.

La cultura mexicana: "el don creativo, la templanza del pueblo y la alegría"

Así describió una mexicana en Nueva York la cultura mexicana. En efecto, los términos en los que se expresan los migrantes sobre su cultura originaria no podrían ser más elogiosos. En una encuesta realizada a migrantes en Nueva York, se les hizo la pregunta "¿cuáles son las tres cosas que más le gustan de la cultura mexicana?". Se alternan respuestas tales como "el don creativo, la templanza del pueblo, la alegría"; "las tradiciones, más inocencia, más convivencia entre vecinos: hay sentido de comunidad"; "la música regional, la historia, los museos son interesantes pues nuestra historia es bastante larga"; "las tierras, los pueblos, la creatividad, y el genio y las invenciones de la gente"; "la calidad y la unión de la gente"; "la cocina, la forma en que se relaciona la gente, la historia".

En esa encuesta, los migrantes mexicanos, al hablar de lo que les gusta e identifica con México, 40.2 por ciento se refirieron a aspectos de la cultura: historia, tradiciones, fiestas, patrimonio cultural y 10.4 por ciento a la gastronomía. Lo que resalta también por cierto es que 17.4 por ciento destacaron aspectos de la convivencia: la calidez, el trato y el apoyo entre la gente. El resto de las respuestas se repartieron entre temas tales como la belleza de los paisajes, el clima, las playas y hasta el tequila.

Un joven migrante de Tlayacapan, Morelos, resumió así lo que sentía: "¿Qué extrañaba? La familia, que es lo más importante, las costumbres, la libertad...". Varias mujeres, sin embargo, dijeron que extrañaban a sus familias, pero que apreciaban sobremanera que en Estados Unidos se sentían protegidas contra la violencia de sus esposos.

Como ocurre también en países europeos, en el caso de Estados Unidos, hacia donde la migración mexicana es una ola perenne de ida y vuelta, a la par de esta lealtad cultural crece también el deseo por asimilar selectivamente muchos aspectos del estilo de vida norteamericano y encontrarles un acomodo sin perder sus referencias simbólicas mexicanas o latinas. Esto es válido para la primera generación y aun para la segunda generación de descendientes de mexicanos, aunque ya los nietos de los primeros migrantes tienden a integrarse a la sociedad norteamericana, muchos con un aprecio por una nueva filiación como latinos. El arte y la cultura chicana y mexicano-norteamericana constituyen una aportación a la vida cultural y social de los Estados Unidos. Por ejemplo, se extiende cada vez más la gastronomía y la música de México, pero crea relaciones complejas con el arte y la cultura de nuestro país.

El estudio más connotado sobre la migración de hispánicos, realizado por las Academias de Ciencias de los Estados Unidos, hace notar asimismo que si bien los inmigrantes hispanos en los Estados Unidos están pasando por las mismas etapas de integración que los migrantes de otras nacionalidades —pérdida paulatina del idioma y del aislamiento social en cada nueva generación, incremento progresivo de niveles de estudio y acceso a empleos mejor remunerados y a niveles profesionales y directivos en las empresas, y matrimonio con personas pertenecientes a otros grupos blancos o étnicos—, los latinos tienen características que pueden obstaculizar su plena integración en el futuro. De no lograrse aumentar las inversiones en la educación e integración de los latinos, señalan los autores de este estudio, esta categorización pasará de una denotación étnica a ser una categoría de clase subalterna permanente o *underclass* que agravará los problemas laborales, educativos y de salud de este grupo.

En suma: los códigos identitarios de los mexicanos

En gran número de estudios y encuestas que no es posible citar aquí, se ha reiterado que existe entre los mexicanos una constelación de códigos identitarios. Entre ellos pueden mencionarse:

1. La tierra: los paisajes, las playas, las sierras, las selvas. Pero también la ondulación verde claro de las milpas tempranas, los collares de bugambilias sobre los tecorrales, las calles empedradas con casas altas de anchos aleros en las sierras, las calles empedradas de las mansiones estilo colonial, los edificios ultramodernos siempre acompañados de pinturas murales o esculturas, la arquitectura del desierto que funde los muros con las tierras áridas.
2. La historia: las pirámides, las canchas de juego de pelota, las iglesias, los palacios virreinales, el Castillo de Chapultepec, el Monumento a la Revolución, el Museo Nacional de Antropología e Historia, la Plaza de Tlatelolco, la Macroplaza de Monterrey. Y, también, el patrimonio cultural intangible: las danzas de la Conquista, los carnavales; y el patrimonio cultural cívico: el simulacro de la guerra de la Independencia en Chilacachapa, Guerrero; la conmemoración "Vida y Muerte de Zapata" en Ixtlilco el Grande, Morelos.
3. La convivencia: los infinitos festejos para celebrar los ritos de pasaje de la vida humana, las ferias y fiestas de pueblos y colonias, los desfiles y procesiones, la música compartida en los convivios. Y también, la sonrisa pronta y el abrazo apapachado, la disposición inmediata a prestar ayuda, la invitación abierta a los hogares, la hospitalidad sin límites hacia los fuereños, el regalo, el omnipresente regalo por todo y hacia todos.

La convivencia mexicana, esa costumbre tan profunda que nos une en los tiempos de peligros que corren, es necesario defenderla con toda la firmeza de que seamos capaces. Después de una Revolución violenta los mexicanos, con un Estado responsable, logramos vivir setenta años con paz social. Hoy, más allá del desastre político que ha propiciado cuarenta mil muertos, ante la violencia que han incrustado en los corazones, hay que defender la integridad física y con más razón la convivencia social. En el mundo cosmopolita en el que ya vivimos, no habrá sustentabilidad sin conviviabilidad.

Las nuevas narrativas culturales de las ciudades mexicanas

Las ciudades de México son tesoros de la sucesión de los tiempos culturales de la historia. En los últimos lustros, en las principales ciudades de

México, han surgido innumerables proyectos de conservación del patrimonio cultural, tanto edificado como intangible así como la creación de museos y centros culturales. En algunos casos, como el de la Ciudad de México, y como ha sucedido con otras ciudades del mundo, al destacarse la conservación, se corre el riesgo de que los propios centros de las ciudades se conviertan en museos. En cambio, como en la propia Ciudad de México, se ha promovido la cultura. Por una parte, dinamizar las actividades económicas para que inciten a la construcción de nuevas infraestructuras, así como de nuevos oficios, y nuevos centros de creación artística. Por otra parte, promover el patrimonio cultural inmaterial, al rescatar los oficios, las festividades, las actividades asociativas culturales. Con ello, se acompaña la salvaguarda del patrimonio cultural inmaterial con una nueva reinvención del patrimonio cultural vivo.

En México el dinamismo cultural del país ha seguido viento en popa en el mundo del arte y de los nuevos medios, apoyados por los gobiernos federal y estatales. Los jóvenes artistas han seguido con una creación profusa de nuevas formas de ambientar, instalar —incluso adosar ciudades perdidas a los museos—, hacer *performance*, explorar la biosimbiosis con el entorno natural, y cuanto les ha dictado la invención. En la Ciudad de México, además, las festividades y proyectos culturales se recrean sin cesar, como si siguiéramos cumpliendo al día todavía el calendario ritual tenochca.

Hay que reconocer que, si bien todas las ciudades comparten una gran diversidad cultural y social, el lugar en el que se mezclan, reconociéndose y asimilándose, las diversidades, es por lo general en los centros de las ciudades. Hoy, sin embargo, el concepto de arte así como de patrimonio cultural se han extendido más allá de las definiciones y programas previos y de los sitios y territorios tradicionales. No hay ya exclusividad de espacios y esto favorece el mestizaje, esto es, la libertad de entrelazar distintos modos de ver, de comunicar y de amar para crear nuevas versiones de las culturas mexicanas. Hay también las hibridaciones en las que conviven diversos aspectos de distintas culturas o estilos de vida. Y todo esto en la actualidad llega a su apogeo con la tendencia hacia las "fusiones", nuevo vocablo global que, en nuestro país, como serpiente que se muerde la cola, reitera la vigencia del término con el cual los intelectuales y artistas mexicanos inauguraron el auge de la cultura mexicana: el mestizaje.

Lo que es importante destacar es que, ante la rapidez del cambio social y de las narrativas y signos de las nuevas culturas urbanas, es el patrimonio cultural intangible el que puede mantener el hilo que hilvane cómo se identificaban las generaciones sucesivas en la ciudad.

La persona y el patrimonio cultural primario

Dos puntos hilan el patrimonio cultural primario y la memoria en las culturas urbanas en México: la memoria es el punto de partida de la cultura pero es la vida privada la que da un sentido de persona al individuo. Y es la persona la que puede ejercer la libertad cultural en sus decisiones para construir un futuro, para seguir tejiendo los lazos que hacen posible que un conjunto de personas, no de individuos, no de sujetos, no de actores —que no son lo mismo— hagan posible interactuar y apoyarse unas a otras para seguir viviendo en la convivialidad en una sociedad y una nación.

De lo que no se puede prescindir es del patrimonio cultural, puesto que son las conexiones entre los elementos de la memoria las que nos dan el sentimiento unitario de ser uno mismo. Lo que Antonio Damasio describe en términos de la neurociencia como el "ser autobiográfico". O sea, este "ser autobiográfico" es el que sabe que sabe y —puede responder de acuerdo con los valores y deseos que reflejan sus redes de memoria. Todo lo cual nos lleva a decir que el "ser autobiográfico" es el que puede elegir.

El patrimonio cultural inmaterial nos rodea. Desde las fiestas y ferias hasta el mundo más íntimo. Ese pequeño lugar construido con objetos y recuerdos culturales. Por ejemplo, los retratos empañados de los abuelos, el abanico traído de Veracruz por la tía, el cromo del Popocatépetl y el Iztaccíhuatl cuyo calendario de hace diez años quedó fijado en el tiempo, igual que la leyenda de esos volcanes. Pequeños trazos del pasado que, al irse enlazando en su conjunto, marcan los linderos de un pequeño mundo de confianza.

No hay casa campesina, cuarto de vecindad, departamento o casa citadina que no tenga esta constelación de "recuerdos", puntos tangibles de un patrimonio intangible que le otorga sentido al sitio primario que construye el ser autobiográfico de los mexicanos. Este "sitio de cultura primaria" es el

que protege, en muchos casos, de una vida pública cuando ésta es amenazante por alguna razón.

En todas las ciudades del mundo, así como ocurre en México, los jóvenes buscan agruparse con base en nuevos códigos de su propia invención y que ahora, en muchos casos, son globales. Nacidos como signos de identidad joven desde los años ochenta, los grupos cholos, *dark,* góticos, *skatos,* relocalizados como "ciberpunk-mazahuatlahuac", de acuerdo con una publicación reciente, organizan los símbolos para las nuevas generaciones de la sociedad mexicana. Los jóvenes pasan por estos grupos para después insertarse en otras identidades, según su oficio, su profesión, su preferencia política, su feligresía, su colonia urbana y/o su pertenencia a otros grupos culturales. Cuando los jóvenes no tienen acceso a estos otros escalones de la movilidad económica y social, tienden a perpetuarse en grupos que llegan a acentuar perfiles más radicales y, como ocurre ahora, son violentos y criminales.

Cuando ocurre esto último es importante destacar que aun los grupos de criminalidad más acendrada crean sus propios códigos simbólicos. Quizás el ejemplo más claro es el de los narcotraficantes que abrieron prácticamente el único camino de ascenso económico y social frente a una política que favoreció la desigualdad educativa y económica y dejó a la deriva a tantas jovencitas y jovencitos del bono demográfico.

Las redes sociales y la vida pública y privada

El milenio abrió creando un universo invisible, paralelo al que ven nuestros ojos y que crea redes culturales y sociales distintas a las que habían existido hasta ahora en la cultura mexicana. Para la gente que puede acceder a la comunicación por computadora, las redes sociales en Internet permiten navegar, conectarse, intercambiar, crear y recrear con una libertad sin horizontes para las personas, a través de un mundo que se ha hecho pequeño.

Es evidente que este tsunami de las redes de Internet ya está cambiando los hábitos culturales de los mexicanos. Los migrantes se comunican a través del sitio de su pueblo en la red; las familias entretejen correos por todo el territorio nacional; los jóvenes viven sus vidas de amores y amigos en el Facebook; los políticos de pronto tienen que atender a oleadas de

ciudadanos ciberinvisibles en el Twitter. ¿Se verterá la intensa sociabilidad de la cultura mexicana en las redes cibernéticas? ¿O está surgiendo otro tipo de comunicación, para unos aceleradísima, para otros trivializadora? El hecho es que los niños están creciendo conformados por los mensajes e imágenes de teléfonos móviles, Facebook, Twitter y un esperanzador y a la vez oscuro y amenazante universo cibernético.

Surgen voces que quieren orientar este insólito poder comunicativo hacia un verdadero desarrollo humano sustentable, es decir, en el que las libertades de unos respeten las libertades de los demás. Las redes sociales pueden ser un instrumento vital para lograr la democracia, el respeto a los derechos humanos y la movilización hacia la libertad. Según otros autores, en cambio, lo que puede inquietar del uso omnipresente y de intrusión del Internet es, primero, que se lleguen a percibir las tecnologías de comunicación como una voluntad descentrada que rebasa la autoridad del mismo usuario, de sus padres o maestros, o de las autoridades elegidas democráticamente. Y, segundo, que los propios usuarios se vuelvan esclavos de su subordinación a verdades a medias provenientes del autoritarismo de comunidades virtuales que pueden volverse opresivas, como las sectas fundamentalistas, los grupos militantes violentos o que incitan al odio, y otros. En efecto, varios sucesos recientes muestran que las tecnologías pueden deslizarse a un lado frente a las capacidades de las instituciones educativas, legislativas y políticas nacionales o internacionales y que no puedan acotarse sus impactos psicosociales, políticos y culturales.

Otra pregunta empieza a hacer la ronda: si la entrega de la vida privada a través de los correos electrónicos, los sitios y las redes sociales en Internet la hará volverse completamente pública: ¿quiénes y cómo tienen derecho a usarla? En una actualidad plena de amenazas, la circulación extendida de todos los datos sobre la vida de las personas, la noción misma de libertad cultural, la creación artística, la propiedad intelectual se encuentran en entredicho.

Los retos: las lealtades múltiples y las redes globales

La pregunta que se remueve en los espacios culturales mexicanos en el presente es si seremos capaces de sostener ese alto nivel de avan-

zada cultural que tuvo México el siglo pasado, ahora en un mundo globalizado.

Durante el siglo XX, el Estado tuvo el acierto de impulsar las actividades culturales que un mercado en ciernes no podía hacer florecer. Entonces, los indígenas, los artistas, los intelectuales, todos los mexicanos lucharon por la libertad cultural, tanto de expresión como de pensamiento, que les ha permitido desarrollar, cuestionar, viajar, crear y reinventar, abrir su imaginación y desplegar sus talentos. Las mujeres, en particular, tanto jóvenes como menos jóvenes, vieron abrirse los horizontes del ser, del pensar, del elegir. Hoy los desequilibrios están a la vista de todos y la cultura en México se está quedando en medio del río. Lo que más preocupa es que los mexicanos sigan teniendo las condiciones para poder crear, producir, innovar y comunicar en la cultura.

La oposición cultural en contra de lo que se percibe como tendencias culturales globales homogeneizadoras se ha acelerado de la misma manera en que los medios institucionales para remediar el acceso desigual a los recursos económicos se han debilitado o se les tacha de ineficaces. Las crecientes dislocaciones del poder han coincidido así con las crecientes presiones culturales.

Porque el mexicano vive la vida con la muerte, no deja de crear señales de vida. Esas señales son la pasión que, como en todo, se desborda. Se desborda en los amores y en sus crímenes pasionales; en la lucha por el poder que tanto daña a la democracia; en la avidez por acumular que llega a tal ceguera que se deja en el hambre a los demás. La violencia económica que se arropa en la arrogancia y la indiferencia lleva entonces a la violencia a secas, a los secuestros, a la brutalidad contra las mujeres, al tráfico de drogas: ese ciclo de infierno se había mantenido a raya hasta el nuevo milenio.

En suma, hoy en día, en México la cultura constituye: *1)* un factor primordial de unidad nacional: lengua, valores compartidos e identidad; *2)* un espacio para desarrollar una visión de futuro basada en el consenso y la negociación; *3)* un sector económico en crecimiento; *4)* un valor de presencia y prestigio para la conducción de interacciones económicas, políticas y culturales con otros países en el proceso de la globalización.

Para enfrentar estos retos se requiere: *1)* la protección del patrimonio cultural en toda su gama; *2)* promover la producción de bienes culturales

para el mercado tanto nacional como de exportación promoviendo las industrias culturales, asegurando que su propiedad intelectual y los beneficios de sus ventas queden en manos de sus creadores y productores; *3)* seguir manteniendo en alto la reflexión y las prácticas de la cultura en México como parte de nuestra identidad en el mundo global; *4)* orientar actividades culturales hacia los grupos cuya pobreza destruye sus capacidades y habilidades culturales tradicionales, fomentando nuevas formas de producción de bienes culturales y de actividades culturales generadoras de ingreso.

Para concluir, en México no hemos acabado de resolver los viejos problemas de la cultura y el patrimonio y ahora tenemos que acelerar el paso con nuevos conceptos, nuevas estrategias y nuevos bríos. Para ello contamos con la riqueza del patrimonio, la habilidad de las manos, la imaginación y la sociabilidad de los mexicanos. Hoy las obras de los mexicanos marcan los senderos culturales de todo el mundo, como lo hicieron a lo largo del siglo XX. Nuestro reto es defender estos talentos y exigir esa libertad de pensamiento y de creación que es nuestro principal patrimonio cultural.



Arizpe recibe las Palmas Académicas, distinción otorgada por el gobierno de Francia. 2008.
FOTO EMBAJADA DE MÉXICO EN PARÍS, FRANCIA

Capítulo 14

Migración, género y crisis mundial*

Los beneficios heterogéneos de las mujeres migrantes y el impacto de la recesión

Dada la división por género del mercado de trabajo, especialmente para los migrantes, el impacto de la recesión ha ampliado la distancia entre los ingresos de las mujeres que viven y trabajan en otros países y los que ganan los migrantes varones. La evidencia en las crisis anteriores sugiere que las mujeres, y en particular las mujeres migrantes, sufren desproporcionadamente durante las crisis mundiales ya que tienen menos amortiguadores, y éstos son menos efectivos para enfrentar las dificultades económicas. El hecho de que los gobiernos no tomen en cuenta a estos grupos en sus estrategias agrava en muchos casos sus condiciones de vida y de trabajo, ampliando las desigualdades y reduciendo la aceptación de las migrantes en las comunidades que las reciben.

La diversidad de trayectorias, de tipos de inserción laboral, el ingreso y las motivaciones hacen difícil generalizar el impacto de la crisis reciente y de las políticas de respuesta de los gobiernos (Kofman y Raghuram, 2009). Mientras que el número de mujeres migrantes en los grupos que cruzan la frontera ha crecido en algunas regiones en los últimos años (UN, 2005; UNFPA, 2006), no está claro si esto ha ayudado a aliviar la pobreza, ni cómo ha beneficiado a diferentes grupos de mujeres (De Haan y Shahin, 2009).

*Este texto se presentó en el encuentro del Comité para el Desarrollo de Políticas del Consejo de Economía y Asuntos Sociales (ECOSOC) de las Naciones Unidas, del que Lourdes Arizpe era miembro en marzo de 2009 y no ha sido publicado.

La "feminización" de la migración internacional está ligada al crecimiento de la economía asistencial en los países desarrollados. La escasez de empleo para las mujeres está creciendo ahora a su mayor tasa debido a las reducciones de presupuesto en educación, salud y servicios sociales para el sector público. Ahora ellas tienen que pagar por el cuidado de sus hijos, los ancianos y los enfermos en sus propias casas. Tales trabajos son relativamente más estables pero con la crisis mundial, como más hombres que mujeres migrantes pierden sus trabajos en construcción, agricultura, jardinería y ventas, un mayor peso para mandar remesas a casa se coloca en los hombros de las mujeres migrantes.

En términos de destino, los flujos de mujeres que emigran han aumentado hacia Europa, los Estados Unidos y Asia (Fix, Papademetriou, Batalova, Terrazas, Yi-Ying Lin y Mittelstadt, 2009). Un estimado de 46.2 millones (51 por ciento) de todos los migrantes tienen como destino un país de la OCDE, y 8.7 millones (40 por ciento) van a países que no pertenecen a la OCDE con altos niveles de ingresos (Ratha y Shaw, 2007). En 2005, las mujeres representaban el 53.4 por ciento de los migrantes en Europa, el 50.4 por ciento en América del Norte y el 45.5 por ciento en América del Sur (Martin, Martin y Cross, 2007). Estados Unidos es hogar de uno de cada veinte residentes del mundo, y también de uno de cada cinco de los migrantes del mundo (IOM, 2009).

Sin embargo, el número total de mujeres migrantes ha permanecido estable en las últimas tres décadas; la migración femenina que cruza fronteras llegó al máximo en la década de los noventa. Variaciones regionales muestran patrones diferentes: el crecimiento de la migración femenina alcanzó el 66.5 por ciento en Asia del Este, especialmente en Filipinas, y 60.7 por ciento en Asia Central, como se muestra en el cuadro 1.

Las mujeres migrantes tienden a concentrarse en las industrias de exportación que requieran trabajo intensivo —las cuales han sido golpeadas fuertemente por la recesión—, en las industrias de servicio que requieren fuerza laboral poco calificada, y en trabajos de cuidados domésticos, para los que no se tiene información disponible. Las mujeres migrantes han tendido a constituir una capa de trabajadores de doble amortiguador ya que la dinámica del mercado de exportaciones ha generado una fuerza laboral flexible y movible de trabajadoras casuales, temporales, por contrato determinado, y del hogar. Las mujeres en esta fuerza laboral temporal

Cuadro 1
Migración femenina que cruzó fronteras entre 1990 y 2009

	1995	*2000*	*2005*	*2010*
Total migrantes	165'968,778	78'498,563	195'245,404	213'943,812
Varones migrantes	84'207,529	90'242,214	99'171,119	109'148,850
Mujeres migrantes	81'761,249	88'256,349	96'074,285	104'794,962
Migración femenina como porcentaje de la migración total	49.3	49.4	49.2	49.0
	1990-1995	*1995-2000*	*2000-2005*	*2005-2010*
Aumento neto general	10'450,713	12'529,785	16'746,841	18'698,408
Aumento neto de varones	5'075,097	6'034,685	8'928,905	9'977,731
Aumento neto de mujeres	5'375,616	6'495,100	7'817,936	8'720,677
Mujeres como porcentaje de crecimiento	51.4	51.8	46.7	46.6

Fuente: IOM (2009).

sobrellevan muchas dificultades ya que están en una situación muy vulnerable y fácilmente pueden ser jaladas hacia la industria del entretenimiento poco calificado, la prostitución y el comercio de drogas. Un ejemplo horrendo es la conjunción de mujeres jóvenes en las industrias maquiladoras en la frontera mexicana que ahora se encuentran sin empleo, en un ambiente violento y anárquico, en el que más de 600 mujeres fueron asesinadas y para las cuales el nuevo término "feminicidio" fue acuñado.

Internacionalmente las mujeres son las líderes en la fuga de cerebros, ya que la diferencia en número de hombres y mujeres migrantes con educación universitaria es 3.2 por ciento en América Latina y el Caribe, 8 por ciento en Oceanía, y 10 por ciento en África (UNIFEM, 2008-2009). No hay información disponible de su situación presente, aunque la evidencia de crisis previas sugiere que son la últimas en ser contratadas y las primeras en ser despedidas.

Las deportaciones de migrantes, así como las curvas en las llegadas de éstos han aumentado en muchos países desarrollados durante la recesión. Por ejemplo, 546,039 mexicanos fueron repatriados entre septiembre de

2008 y julio de 2009.[1] Entre ellos, 19 mil menores que incluían 4,317 niñas viajando sin la compañía de ningún adulto, de acuerdo con el Instituto Nacional de Migración.[2]

Remesas

En algunos lugares las remesas han crecido en importancia ya que las estrategias contra la pobreza fallan y el desempleo aumenta haciendo a algunas familias más dependientes que nunca de las remesas. Sin embargo, las remesas, al menos al iniciarse la recesión, demostraron ser fuentes menos volátiles de ingresos que las exportaciones o la inversión extranjera, como en el caso de Filipinas. De acuerdo con el Institute for Migration Studies [Instituto de Estudios de Migración], aunque las remesas han bajado a nivel mundial por el descenso económico, en algunas regiones las remesas han aumentado o permanecen constantes.

Retorno de los migrantes

Algunas evidencias indican que los migrantes temporales, entre ellos las mujeres jóvenes que se ocupan como trabajadoras domésticas asistenciales, meseras, paramédicos o dependientas en tiendas se resisten a regresar a sus países de origen; así lo reporta el Migration Policy Institute [Instituto de Políticas de Migración] en un estudio: "…para tomar la decisión de regresar a casa o no, las personas se basan primordialmente en lo que está pasando en la economía del país del que se mandan las remesas, no tanto en lo que pasa en la economía del país que las recibe" (Fix, Papademetriou, Batalova, Terrazas, Yi-Ying Lin y Mittelstadt, 2009, p. 3).

[1]President's Third State of the Union Report [Tercer Reporte del Estado de la Unión], 2009. disponible en <http://www.inaugural.senate.gov/swearing-in/addresses> (1º de noviembre de 2013).

[2]Instituto Nacional de Migración (INM) reportado en *La Jornada*, 11 de octubre de 2009, p. 9.

Fuentes consultadas

De Haan, A. y Y. Shahin (2009), *Migration and Poverty: Linkages, Knowledge Gaps and Policy Implications*, Geneva, United Nations Research Institute for Social Development.

Fix, M., D. G. Papademetriou, J. Batalova, A. Terrazas, S. Yi-Ying Lin y M. Mittelstadt (2009), *Migration and the Global Recession*, Washington, D.C., Migration Policy Institute.

IOM (International Organization for Migration) (2009), *Global Estimates and Trends*, Geneva, IOM.

Kofman, E. y P. Raghuram (2009), *The Implications of Migration for Gender and Care Regimes in the South*, Geneva, United Nations Research Institute for Social Development.

Martin Philip, S. y S. Cross Martin (2007), "High-level Dialogue on Migration and Development", *International Migration*, vol. 45, núm. 1, march, pp. 7-25.

Ratha, D. y W. Shaw (2007), *South-South Migration and Remittances*, Washington, D.C., The World Bank.

UN Population Division (2005), *Proceedings of the United Nations Expert Group Meeting on Social and Economic Implications of Changing Population Age Structures*, New York, UN Population Division.

UNFPA (United Nations Populations Fund) (2006), *UNFPA State of the World Population 2006: A Passage to Hope. Women and International Migration*, New York, UNFPA.

UNIFEM (United Nations Development Fund for Women) (2008-2009), *Who Answers to Whom? Gender & Accountability*, New York, UNIFEM.

Capítulo 15

El éxodo rural en México y su relación con la migración a Estados Unidos

Introducción

La emigración de trabajadores de países en desarrollo a países industriales es considerada por muchos gobiernos como una forma de intercambio Norte-Sur que beneficia a ambas partes. La escasez de mano de obra y la renuencia de la población nativa a ocupar los espacios laborales de baja remuneración y poco prestigio han impulsado la creación de programas temporales y permanentes de "trabajadores-huéspedes" por parte de los gobiernos de países industriales. Es interesante notar que, en gran medida, el lugar de ocurrencia de este hecho se verifica en países que están geográficamente alejados o aislados de aquellos que expulsan trabajadores, permitiendo establecer en éstos una clara separación entre la migración laboral internacional y la migración interna. Por el contrario, la contigüidad geográfica de México y Estados Unidos y la ausencia de programas oficiales de envergadura realista han generado reiteradas interpretaciones de la migración mexicana hacia aquel país como un "desborde" de la migración rural interna. Este trabajo intenta demostrar que, a pesar de que el éxodo rural y la migración extrafronteras se hallan interrelacionados, constituyen dos movimientos distintos en lo que respecta a ritmos y selectividad del tipo de migrantes involucrado.

*Artículo publicado originalmente como "Cultural Change and Ethnicity in Rural Mexico", en David Preston (ed.), *Environment, Society and Rural Change in Latin America* (London, John Wiley and Sons, Ltd., 1980) y como "The Rural Exodus in Mexico and Mexican Migration to the United States", en *International Migration Review*, XV, 4 (Winter, 1981), pp. 626-650. Permiso otorgado el 4 de julio de 2013 por Ms. Verity Butler, Permissions Coordinator, Wiley, Chichester, Reino Unido.

Esta distinción es de importancia; a pesar de que las investigaciones recientes de Bustamante, CENIET, Cornelius y otros autores han aportado datos más precisos y confiables sobre este movimiento migratorio, con frecuencia, en la opinión política y pública de ambos países, se siguen oscureciendo sus causas bajo amplias generalizaciones. Así se atribuye, *grosso modo*, como causas de la emigración la pobreza, el crecimiento de la población y el desempleo en forma vaga e inconsistente cuando de hecho se trata de procesos sociales y económicos altamente complejos.

Un conocimiento más exacto de la textura de ambos flujos migratorios resulta prioritaria para la formulación de políticas en ambos países. Muchas de las propuestas formuladas hasta ahora sugieren soluciones uniformes para lo que realmente es un flujo muy heterogéneo. Los migrantes establecen múltiples estrategias para alcanzar objetivos diversos que, en la mayoría de los casos, implican decisiones personales difíciles. Sería casi imposible tomar medidas específicas para cada tipo de migrante, pero es importante que por lo menos se reconozcan estas diferencias al formular programas o políticas que los afecten.

En este trabajo comenzaré por discutir algunos problemas analíticos que se presentan cuando se intenta explicar el fenómeno migratorio en países en desarrollo. Luego se analizarán los condicionantes macroeconómicos y los patrones de migración a nivel de comunidad como contexto para entender quiénes son los migrantes que son atraídos hacia Estados Unidos.

La emigración rural en el marco del capitalismo industrial

A la luz de la experiencia histórica del desarrollo industrial capitalista, no sorprende la existencia de flujos de emigración rural orientados hacia los centros urbanos. Todas las naciones industrializadas crearon un proletariado industrial a partir del traslado de los trabajadores desplazados de la actividad agrícola que se movilizaron hacia regiones de crecimiento industrial, en especial en países con un patrón de industrialización altamente centralizado.

Sin embargo, durante el periodo de industrialización en Europa Occidental, el ritmo de creación de empleos en las industrias fue insuficiente

para absorber la totalidad de la población expulsada de la agricultura. En consecuencia, se trasladaron a ultramar, entre 1846 y 1932, 51 millones de emigrantes (Thomas, 1961, p. 11). Los cuatro flujos más importantes de la emigración europea durante este periodo tuvieron su empuje inicial en un éxodo masivo. Como ejemplos, el movimiento migratorio internacional de 1849-1854 se inició a partir de la descomposición de la economía campesina del sureste de Alemania; el de 1881-1888 fue consecuencia de la crisis agrícola provocada por la importación a Europa de trigo a precio más bajo de los Estados Unidos (Thomas, *ibid.*, p. 10).

Más de la mitad de estos migrantes fueron recibidos por los Estados Unidos. Entre 1821 y 1932 absorbió aproximadamente 32 millones de inmigrantes europeos, la mayoría proveniente de zonas rurales. Así lo afirmó la Comisión de Inmigración de los Estados Unidos a raíz del ingreso de 10 millones de inmigrantes en el periodo de 1903 a 1913: "Antes de arribar a los Estados Unidos, la mayoría se ocupaba en actividades agrícolas, o no calificadas y no tenían experiencia en la industria manufacturera o en la minería (Thomas, *ibid.*, p. 11)".

Esta exportación de trabajadores desempleados fue posible gracias a que existían, en ultramar, vastos territorios sujetos a la dominación y colonización europea desde hacía varios siglos. Esta opción, por supuesto, no está abierta a los países en desarrollo de la actualidad.

La experiencia histórica europea también nos muestra que es falaz considerar como causas únicas de la emigración rural el crecimiento demográfico, la pobreza o los conflictos étnicos abstraídos del contexto total del proceso de desarrollo capitalista.

Primero, observamos que el éxodo rural durante el periodo de la industrialización de Europa Occidental, ocurrió *a pesar del lento crecimiento de la población en las áreas rurales.* Esto apunta al hecho de que el elevado crecimiento demográfico en los países en desarrollo actuales no puede ser considerado como la única y exclusiva causa de la emigración rural. Contrariamente, esta diferencia señala cuánto más crítica es la situación que enfrentan hoy en día los países en desarrollo, al aplicarse políticas similares a aquellas ejercidas durante el periodo del crecimiento industrial de Europa Occidental, que estimulan el éxodo rural pero bajo condiciones agravadas por el alto crecimiento poblacional y por opciones más restringidas de empleo y de migración externa.

Segundo, no se explica nada al afirmar que la pobreza es la causa principal del fenómeno de la emigración rural. Además de que ha existido desde mucho antes del comienzo de la migración rural-urbana, la pobreza no es sino un *síntoma* de la existencia de un proceso económico subyacente.

Tercero, las diferencias étnicas, salvo en casos de enfrentamientos políticos, invasiones o guerra, por lo general se reflejan sólo de manera *indirecta* en la migración. Claro que el factor étnico puede determinar el patrón de distribución y tenencia de la tierra, de la riqueza y del poder político, y esta jerarquización de la sociedad se refleja en la selectividad de los migrantes. Pero su influencia es más directa, entonces, en los *patrones* de migración, dado que los lazos sociales y económicos, fortalecidos por una identidad étnica común, estructuran un comportamiento diferenciado en los migrantes de un grupo particular. Esto es especialmente cierto en el caso de México.

Consideraciones teóricas sobre la migración[1]

La estrecha vinculación entre el crecimiento industrial capitalista, especialmente en países con un patrón de industrialización altamente centralizado, y la migración rural urbana en gran escala, indican que este tipo de migración puede ser considerado como la expresión geográfica de un proceso económico. Sin embargo, no puede derivarse mecánicamente la emigración rural del proceso de desarrollo del capitalismo, ya que es necesario distinguir entre la generación de una sobrepoblación relativa en el campo y el proceso de migración. No hay duda de que la liberación de fuerza de trabajo mediante niveles más altos de inversión de capital en la agricultura, es una condición necesaria para la emigración masiva. Pero de ahí no puede realizarse un desplazamiento lógico para afirmar que los trabajadores liberados, automáticamente, se convierten en migrantes. Existen muchas alternativas posibles. Por ejemplo, los trabajadores pueden orientarse hacia otras actividades asalariadas, o fuentes de ingreso locales; las prescripciones culturales y étnicas pueden disuadir o cambiar la selectividad de los migrantes; el desempleo puede ser transferido de un sexo a otro, como por

[1]Una discusión más completa sobre teorías de la migración se presenta en Lourdes Arizpe, *Migración, etnicismo y cambio económico*.

ejemplo cuando las mujeres jóvenes son enviadas al trabajo migratorio para compensar el desempleo masculino en la agricultura.

Por lo anterior, deben concurrir en la explicación de la migración dos niveles de análisis. En un nivel general, debe entenderse dentro del contexto de la industrialización, los patrones de urbanización, la transformación de la economía campesina en una economía de mercado y las políticas estatales que afectan al cambio social y económico. Estas fuerzas macroeconómicas estructuran el proceso de migración, pero este nivel de análisis sólo puede proporcionar explicaciones generales. Todavía es necesario explicar por qué algunos núcleos campesinos permanecen en el campo, en tanto que otros migran, cuando ocurre que ambos enfrentan presiones similares para partir. Dicho en otras palabras, *dado que los migrantes rurales no constituyen una muestra aleatoria de los habitantes rurales, debe explicarse la selectividad.*

La selectividad de los migrantes sólo se entiende en otro nivel de análisis, *desplazando el foco de análisis de los individuos migrantes hacia los cambios que están ocurriendo en la estructura social de las comunidades rurales.* Esto no implica concentrar la atención en las características personales de los migrantes, tales como, si se trata de los psicológicamente más aventureros o los más pasivos, etcétera, o en sus motivaciones para haber migrado. Antes bien, debemos fijarnos en la posición que ocupan en el seno del hogar, por ejemplo, si son los de más edad o los más jóvenes, si son hombres o mujeres; y en la estructura de clase de la comunidad, por ejemplo, si se trata de terratenientes, asalariados, artesanos o comerciantes.

El punto teórico más importante que se postula aquí es que las características individuales de los migrantes adquieren su significado sólo dentro del marco de análisis de la estructura social. *Es probable que el tipo de migrante varíe en cada generación y, quizá aún con más frecuencia, de acuerdo con el ritmo del cambio social.* La emigración rural puede explicarse plenamente, por lo tanto, mediante la observación minuciosa del proceso histórico y, específicamente, de las variaciones que ocurren en las regiones y comunidades que experimentan un rápido cambio social y económico.

En síntesis, existen dos interrogantes básicos acerca de la emigración rural en un país en vía de desarrollo. Por una parte, el problema de *por qué* ocurre la migración, que tiene que ver con las políticas del desarrollo industrial y agrícola. Y por otra, el de *cómo* están enfrentando las comunidades

campesinas las presiones para migrar, que hace que se presenten claros patrones geográficos, sociales y económicos en los flujos migratorios.

Con estos instrumentos analíticos trataré, en los párrafos siguientes, de explicar las fuerzas más importantes que han operado tras el éxodo rural en México y la migración de mexicanos hacia los Estados Unidos. Se mencionarán sólo brevemente los aspectos macroeconómicos pertinentes para explicar la migración y el análisis se centrará, antes bien, en los cambios de la estructura social de las comunidades rurales.

Las políticas de desarrollo y el éxodo rural en México (1940-1980)

El éxodo comenzó hace mucho tiempo en el campo mexicano —en parte desde el siglo pasado ya comprendía migrantes hacia los Estados Unidos—, pero empezó a tomar características propias a comienzos del decenio de los cuarenta (Bustamante, 1977). Durante la década anterior, el presidente Cárdenas había llevado a cabo la Reforma Agraria favoreciendo al campesinado mediante una extensa distribución de la tierra. Este proceso sentó las bases para una era de prosperidad rural con un crecimiento del 5.7 por ciento anual de la agricultura mexicana entre 1940 y 1965. Sin embargo, hacia fines de los años sesenta, el crecimiento agrícola había caído por debajo del nivel del aumento de la población, y se tuvo que importar granos, en tanto que los migrantes se trasladaban a las ciudades o cruzaban la frontera. ¿Qué había sucedido durante este periodo que hizo que se transformara la producción de alimentos en la producción de migrantes?

El éxito de la Reforma Agraria y el saldo favorable de la agricultura en la economía nacional —el precio de los alimentos se incrementó más rápidamente que el índice general de precios entre 1929 y 1945 (Bustamante, *ibid.*)— se reflejó en un mejoramiento nutricional y en un mayor acceso a los servicios médicos que disminuyeron las tasas de mortalidad y generaron un crecimiento de la población sin precedentes de más de un 3 por ciento anual.

Al comienzo del régimen de Alemán en 1948, se adoptó una nueva estrategia de desarrollo que orientó las inversiones del gobierno hacia la sustitución de importaciones y hacia la irrigación agrícola en gran escala

(Bancomext, 1976, pp. 146-148). Las políticas del gobierno que estimulaban la industrialización llevaron a la centralización de recursos en los centros urbanos, los que incesantemente atraían gente de regiones rurales. Se crearon oportunidades de empleo muy rápidamente en las grandes ciudades, sobre todo en la Ciudad de México. Allí, por ejemplo, se generaron 503 mil empleos en los años cuarenta, 686 mil en los cincuenta, y 679 mil en los años sesenta (Contreras Suárez, 1972, p. 393). Los migrantes podían encontrar un empleo formal con facilidad puesto que los requisitos para el ingreso en el mercado de trabajo eran pocos y podían ser entrenados en la ocupación misma. Para aquellos que buscaban un ingreso temporal, el auge de la construcción de viviendas y de la infraestructura urbana ofrecía amplias oportunidades a voluntad.

Sin embargo, a pesar de este desarrollo urbano e industrial, el crecimiento agrícola fue muy desigual en dos sentidos: en su intercambio con el sector industrial e internamente. La agricultura proporcionó los productos agrícolas para la exportación y los alimentos baratos para apoyar la industrialización. No obstante, en este proceso perdió demasiados recursos (Reyes Osorio *et al.*, 1974; Gómez Oliver, 1978).

La prolongada transferencia de recursos, por vías fiscales y de precios, entre la agricultura y la industria en el periodo de 1942 a 1963 erosionó las bases económicas de la pequeña propiedad al estimular un desarrollo desigual dentro del sector agrícola. Por su parte, la Revolución Verde polarizó, aún más, este desarrollo tal y como sucedió en otros países de Asia. Las semillas híbridas pueden producir altos rendimientos sólo cuando son usadas junto con otros insumos de alta tecnología, como los insecticidas, fertilizantes químicos y sistemas de riego. Sólo una minoría de agricultores fueron capaces de beneficiarse de las nuevas especies y de la tierra irrigada, por lo que tanto la tecnología como los capitales se han concentrado en las grandes propiedades (Hewitt de Alcántara, 1979; George, 1977).

Pero el golpe de gracia contra los minifundios, que subsistían gracias al cultivo de temporal del maíz, vino en 1957 cuando fue regulado artificialmente su precio. Desde 1927, este precio había crecido en forma sostenida en ciclos continuos pero en 1957, siguiendo los lineamientos de la política del "desarrollo estabilizador", su ascenso cíclico fue interrumpido con importaciones masivas, procedimiento que se repitió luego, en 1963, cuando comenzó a subir nuevamente. Se mantuvo este precio desde 1957 hasta

1973, periodo durante el cual el economista mexicano Gómez Oliver (*op. cit.,* p. 727) estima que perdió un 33 por ciento de su valor.

Warman señala que el equilibrio entre los costos monetarios de producción, precios y salarios medios de las áreas rurales se rompió en 1966 (Warman, 1978, pp. 681-687). Los campesinos minifundistas, entonces, disminuyeron sus "inversiones" en la producción agrícola y se hicieron más dependientes para su subsistencia del trabajo asalariado estacional. Ya para 1974, dos millones de hectáreas de cultivo de temporal, que habían estado bajo cultivo en 1965, se habían abandonado (Warman, *ibid.*). De allí la escasez de la producción de granos para la alimentación que comenzó a caracterizar a la agricultura mexicana durante los años setenta. Si se agrega a esto la declinación del empleo asalariado en las áreas rurales durante este periodo —que se explica en la siguiente sección— se hace claro cuán dependientes del empleo migratorio asalariado se hicieron los campesinos. Este empleo fue buscado en las ciudades, en la agricultura en expansión de la región del noroeste de México, y en Estados Unidos. Así lo indican las cifras censales: los hombres y mujeres trabajadores agrícolas representaban el 36.7 por ciento de la fuerza de trabajo en la agricultura de México en 1950, el 48.0 por ciento en 1960, y el 54.0 por ciento en 1970 (Paré, 1977).

Durante este mismo periodo comenzó a declinar la tasa de creación de empleo en los centros industriales. En la Ciudad de México bajó de un 4.9 por ciento para los hombres y un 5.0 para las mujeres en la década de los cincuenta, a un 3.2 por ciento y un 3.3 por ciento en los años sesenta (Contreras Suárez, 1972, p. 393). En consecuencia, los migrantes comenzaron a incorporarse al sector servicios, mismo que fue responsable del 30.2 por ciento de los nuevos empleos en los años cuarenta, del 33.2 por ciento en la década de los cincuenta, y del 55.5 por ciento en los años sesenta (Contreras Suárez, *ibid.*, p. 408). Pero fue en el sector informal urbano, es decir, en el empleo no contractual y de bajos ingresos —generalmente por cuenta propia— en donde la abrumadora mayoría de los migrantes rurales se ocuparon durante los años sesenta y setenta (Arizpe, 1978; Lomnitz, 1978).

En esta sección se han mencionado algunos de los indicadores macroeconómicos de la crisis de la pequeña propiedad en México, pero éstos proporcionan sólo una imagen parcial de la emigración rural. Es necesario

también observar el *impacto local* en la organización de la comunidad, la estructura política regional y la división del trabajo dentro del hogar campesino, pues son éstas las condiciones que explican con mayor claridad los diferentes tipos de migrantes que han dejado y continúan dejando el campo mexicano. Ahora podemos preguntarnos: dadas estas condiciones *necesarias* ¿cuáles han sido las condiciones *suficientes* que han operado para provocar la migración de ciertos individuos y grupos?

La estructura social de las comunidades rurales y la emigración

La integración de las comunidades campesinas de México en una economía de mercado durante los últimos treinta años ha implicado un reordenamiento total de sus relaciones económicas y sociales; reordenamiento que no puede explicarse atendiendo a factores únicos y autónomos. Por ello el análisis de correlación entre las variables relativas a las condiciones de pueblos y municipios y la emigración, no alcanza a explicar plenamente este fenómeno (Stoltman y Ball, 1971, pp. 47-56).

Un ejemplo puede ilustrar este problema analítico. Se ha encontrado que la introducción de un cultivo comercial, en algunos casos, puede *frenar* la migración por dos razones: primero, porque permite a la familia campesina obtener ingresos líquidos en la localidad y, segundo, porque estabiliza las fluctuaciones estacionales del empleo. La dinamización del flujo comercial que se produce puede traer al pueblo algunos de los bienes de consumo y actividades de esparcimiento que hacen tan atractivas a las ciudades. Sin embargo, al contrario, también puede *estimular* la migración cuando acelera la concentración de la tierra y el capital. Esto desplaza a los pequeños productores y, en la medida en que estimula la utilización de tecnologías intensivas en capital en el cultivo, obliga a las familias campesinas a enviar migrantes fuera de la comunidad para obtener recursos monetarios necesarios para el cultivo del producto comercial (Arizpe, 1978, *op. cit.*, p. 98; Dinerman. 1978, p. 491).

Este ejemplo subraya el grado en que la estructura social y política de las comunidades puede aliviar o reforzar los aspectos negativos de la integración en una economía de mercado. Por lo tanto, no se puede dar por supuesta la existencia de una "comunidad rural" en abstracto.

Para comenzar, la economía campesina en México no es tan "tradicional" como pudiera pensarse. La Reforma Agraria de los años treinta conllevó un considerable movimiento de reasentamiento de la población rural haciendo posible que las comunidades reconstruyeran una economía campesina basada en la producción de autosubsistencia en hogares estrechamente unidos por relaciones de reciprocidad dentro de la comunidad.

Sin embargo, en los programas de distribución de la tierra no se hicieron reservas que contemplaran el incremento natural de la población campesina. En efecto, los hijos de los ejidatarios con frecuencia no poseen títulos legales de las tierras ejidales, lo que hace difícil la obtención de créditos agrícolas y permite una serie de irregularidades en la asignación de la tierra.

En las áreas densamente pobladas, la distribución promedio de tierra otorgada en el ejido fue, en algunos casos, inferior a las 6.5 hectáreas que, en aquella época se consideraba un minifundio dado que este tamaño de parcela no permitía a las familias asegurar su subsistencia. En Santiago Toxi, una comunidad del Estado de México, los ejidatarios recibieron, en 1929, 2.5 hectáreas de tierra; alrededor de los años setenta, la mayoría de las parcelas ejidales, y aun las tierras privadas, era de apenas una hectárea en promedio. Muchos jóvenes querían permanecer en el pueblo y continuar con la agricultura pero, como dijo el hijo de Pascual de la Luz, de veinte años: "Sí, quiero cultivar la tierra pero, dígame, ¿qué puedo hacer con unos cuantos surcos?".

No obstante, el crecimiento de la población por sí mismo no explica ni la crisis de la agricultura, ni la elevada tasa de emigración. La prueba de esto es que el monto de la tierra cultivable per cápita en México no ha cambiado desde 1930 (Reyes Osorio *et al*., 1974). Además, como se ha observado en varios países en desarrollo, la tasa bruta hombre/tierra "no nos dice nada sobre la productividad del suelo, el cultivo y, muy importante, su distribución entre la población residente" (Connell y Blplab Dasgupta *et al.*, 1976).[2]

[2]Lo mismo ha sido mencionado para muchas regiones en África. Véase, por ejemplo, Audrey I. Richards (ed.), *Economic Development and Tribal Change*, Cambridge: W. Hefter & Sons, 1954 y más recientemente, Helen I. Safa y Brian M. Du Troit, *Migration and Development*, The Hague: Mouton Publishers, 1976.

Como se ha destacado en la sección anterior, el proceso de concentración de la tierra ha continuado en México, y el sector de la agricultura de temporal es el que ha sufrido con más agudeza la presión demográfica sobre la tierra. Algunas comunidades con alta presión poblacional como, por ejemplo, Santiago Toxi fueron capaces de sostener una economía viable basada en este tipo de agricultura *porque tuvieron otras alternativas que les permitieron diversificar sus fuentes de ingreso en la unidad familiar.*

En comunidades con escasez de tierra, como es el caso de Toxi, la búsqueda de fuentes alternativas de ingreso comenzó a principios de los años cuarenta. Muchos hogares todavía podían apoyarse en antiguas fuentes de ingreso: el pequeño comercio, las artesanías, la producción doméstica de alimentos y bebidas.

En otras regiones, un cultivo comercial "tradicional", que vendían al mercado nacional o internacional, aún proporcionaba un sostenido ingreso monetario. Por ejemplo, las fibras de ixtle, candelilla y henequén, y la raíz de zacatón.

Las artesanías tenían una amplia demanda en el campo puesto que proporcionaban la mayor parte de la vestimenta, utensilios domésticos, y herramientas agrícolas, muebles, aparejos de labranza, equipo de transporte, contenedores y juguetes. Así ocurría también con las industrias domésticas tales como la elaboración de licores, cerveza, dulces, colorantes, tejidos y otros. La gran ventaja de tales actividades, y también del pequeño comercio, era que se adaptaban a las necesidades estacionales de la fuerza de trabajo de la familia campesina, distribuyéndose en forma óptima entre los miembros del hogar según su sexo y edad.

También estaban en disponibilidad fuentes locales de trabajo asalariado tanto en la agricultura, sobre todo durante los periodos de siembra y recolección, como en proyectos del gobierno tales como los programas de construcción de carreteras y diques que se llevaron a cabo en los años cuarenta y cincuenta.

Una opción entre varias fue el trabajo migratorio. Hasta fines de los años cincuenta ésta era principalmente estacional (el padre y/o los hijos trabajaban en la industria de la construcción urbana, o en las áreas de la agricultura comercial) y temporal (los hijos y las hijas trabajaban en la ciudad, los varones generalmente como estibadores y mozos y las mujeres como empleadas domésticas). Otra posibilidad en las regiones donde se habían

establecido centros de reclutamiento era, por supuesto, la migración hacia los Estados Unidos mediante el programa oficial de braceros.

Lo anterior significa que, cuanto más numerosa la familia, mayor era su posibilidad de obtener ingresos, dado que los miembros del hogar combinaban las actividades agrícolas con otras actividades generadoras de ingresos. Así el "capital humano" era claramente un haber para los hogares campesinos. La disminución de la tasa de mortalidad, especialmente de la mortalidad infantil, aumentó la posibilidad de supervivencia y, por tanto, de acumulación de recursos para estos hogares.

Si las comunidades campesinas contribuían con la mayoría de los migrantes estacionales y temporales, ¿quiénes eran los migrantes que ingresaban a los empleos permanentes en las ciudades? Significativamente, durante los años cuarenta y cincuenta se trataba en su mayoría de jóvenes con cierta escolaridad, provenientes de las ciudades regionales y los pueblos de mayor tamaño. Ellos fueron los primeros en sentir el impacto de la atracción de las ciudades industriales (Muñoz, De Oliveira y Stern, 1978). Sin duda influyó en este movimiento el patrón altamente centralizado del desarrollo industrial de México, mismo que tuvo un efecto estancador sobre los pueblos y ciudades de provincia de la periferia. En consecuencia, el empleo en las áreas rurales se expandía muy lentamente en las ocupaciones no agrícolas, a pesar de que los promedios de escolaridad y de aspiraciones de movilidad social crecían. De esta manera, los jóvenes con educación secundaria o preparatoria se inclinaban por ir a la Ciudad de México en donde podían vivir la vida moderna a la que aspiraban. Por supuesto, hubo algunos migrantes permanentes que salieron de las comunidades campesinas durante este periodo de migración pionera, en su mayoría por decisión individual, producto de un "deseo de superación" o de un impulso aventurero, o debido a conflictos en su hogar o en la comunidad (Balan, Browning y Jelin, 1973; Kemper, 1977; Arizpe, *op. cit.*, 1978).

Durante la década de los cincuenta, en la medida en que se fortaleció el proceso de incorporación del sector campesino al mercado interno, comenzaron a ocurrir cambios económicos irreversibles en las pequeñas comunidades rurales. Con anterioridad, el intercambio de bienes y servicios dentro de las comunidades aseguraba que cualquier excedente producido permaneciera dentro de la región. Otros mecanismos socialmente prescritos permitían que el excedente de los hogares individuales se

redistribuyera entre otros hogares de la comunidad. El mecanismo redistributivo más importante era el sistema de *cargos* mediante el cual los miembros más ricos de la comunidad debían cumplir con los ritos colectivos y religiosos de la comunidad asumiendo los gastos de las fiestas y ceremonias anuales.

Las normas de parentesco y de residencia también contribuían a esta redistribución. Cualquier hogar o grupo familiar con dificultades económicas podía ser rescatado o simplemente readjudicado, al repartirse sus miembros entre los hogares de parientes más prósperos. El casamiento uxoripatrilocal (en el que el marido va a vivir con los padres de la esposa), las familias extensas y el parentesco ritual también podían lograr este mismo objetivo.

El punto a destacar aquí es que, al mantenerse un alto grado de interdependencia y de nivelación de las desigualdades de la riqueza dentro de la comunidad, disminuyen los riesgos económicos para cualquier hogar y, de este modo, se inhiben la quiebra y la carencia de tierra para algunas familias campesinas.

Esto no quiere decir que las desigualdades no hayan existido en tales comunidades. Por supuesto que las ha habido y las hay, y una muestra es que el poder político desigualmente distribuido ha creado cacicazgos; pero en una economía de subsistencia, las presiones sociales mencionadas en párrafos anteriores lograban evitar, en gran medida, la creación de extremos de riqueza y de pobreza en una mayoría de las comunidades.

Cuando estos mecanismos sociales de redistribución se alteran, y finalmente se destruyen, en el interior de la comunidad se genera un proceso que lleva a la pérdida de la tierra por parte de muchas familias campesinas y que, finalmente, sienta las bases para la emigración masiva del campo. Esto ocurre, a mi juicio, como resultado de la *monetarización* de la economía campesina.

El impacto de la monetarización se puede entender con más claridad en las comunidades en donde una agricultura capitalista puede, en un momento dado, ofrecer repentinamente un ingreso monetario considerable. Un caso que sirve de ejemplo es el cultivo del café, cuyo precio aumentó veintidós veces de 1938 a 1954. En Zacatipan, una comunidad de la Sierra de Puebla, el repentino auge del café trajo como consecuencia la fragmentación de la propiedad patrimonial, poseída en conjunto por varias familias emparen-

tadas, debido a que los matrimonios jóvenes podían entonces hacerse económicamente independientes del hogar paterno con mayor rapidez (Arizpe, 1972). Es decir, podían obtener ingresos inmediatos en dinero, mientras que, con anterioridad, en el cultivo del maíz, los insumos agrícolas y el trabajo recíproco sólo podían obtenerse mediante la pertenencia a grupos de trabajo basados en el parentesco, y la cosecha no se vendía al contado sino que se iba consumiendo o intercambiando paulatinamente. Con el café, en cambio, los jóvenes hogares neolocales han llegado a depender por completo del ingreso de las ventas de la cosecha del café y, con la caída del precio de este producto en las últimas dos décadas, han enfrentado mayor riesgo de vender o hipotecar sus tierras y emigrar.

Este mismo proceso fue analizado en Copa Bitoo, en el estado de Oaxaca (Young, en prensa). Se señala que predominó el trabajo asalariado durante el tiempo de auge del café. Cuando el precio en el mercado internacional del café decreció, los hogares ya no pudieron revivir el sistema tradicional de "mano-vuelta" de intercambio de trabajo; tuvieron que apoyarse de nuevo en el trabajo familiar no remunerado, puesto que ya no podían pagar el salario de los peones. Pero, ya para entonces, muchos hogares habían enviado a sus hijos e hijas fuera de la comunidad para la venta migratoria de su fuerza de trabajo. Esta emigración, que fue tanto estacional como permanente, erosionó todavía más el sistema de intercambio de trabajo dentro de la comunidad. En consecuencia, la gran mayoría de hogares tuvo que disminuir la extensión de sus cultivos de maíz de acuerdo con la cantidad de trabajadores miembros del hogar con los que podía contar.

La monetarización de la economía rural ocurrió, a menudo, más lentamente que en estos ejemplos, pero ha sido el proceso predominante en todas las áreas rurales de México. Se ha hecho evidente en la incesante necesidad de ingresos monetarios por parte de los hogares campesinos, para pagar los costos de la producción del maíz. En 1973, en Santiago Toxi, el 80 por ciento de los costos de producción del maíz se tenían que pagar al contado, comparado con el 30 por ciento de la década anterior (Arizpe, *op. cit.*, 1978). El intercambio de trabajo basado en relaciones de parentesco y los grupos colectivos de labranza desaparecieron, como sucedió con el intercambio de semillas entre las unidades domésticas. Al fragmentarse las parcelas, aumentó la erosión del suelo motivada por el

cultivo constante, por lo que ahora los fertilizantes resultan indispensables. Además, su precio ha aumentado constantemente. Ahora, el arado y los bueyes tienen que ser arrendados así como también las mulas para las otras tareas agrícolas.

Mientras tanto, los ingresos, producto de la venta de maíz y otros productos agrícolas en el mercado eran cada vez menores. Los campesinos sabían que su creciente déficit se vinculaba con el precio del maíz. "Todo sube (de precio), pero no el maíz. ¿Por qué pasará eso?", me preguntaba Raúl Martínez en 1972. Otro agricultor resumió con rapidez toda la situación: "Ya no sirve plantar maíz porque el precio de todo ha subido… Entre tanto, el precio del maíz no ha subido en quince o veinte años. Por eso la gente ya no quiere cultivar el maíz y prefiere irse a trabajar a la Ciudad de México".

Durante este mismo periodo las industrias y artesanías domésticas campesinas decayeron notablemente, mientras que los productos manufacturados invadieron las áreas rurales; algunos eran más durables que sus contrapartes locales como, por ejemplo, las cacerolas de peltre en comparación con las de barro; o más baratas, como las mantas comerciales comparadas con los sarapes tejidos a mano; o tenían un mayor prestigio, como las flores de plástico comparadas con los adornos tradicionales. La cerveza embotellada desplazó a casi todas las bebidas locales; por ejemplo, el pulque perdió el 80 por ciento de su valor, en tanto que las botanas empaquetadas han desplazado las ventas de antojitos, quelites, y fritangas de las mujeres. Las capas de tule y las sandalias de cuero fueron reemplazadas por artículos de plástico, los petates por colchones, las reatas de ixtle y de henequén por las de fibras sintéticas, y así sucesivamente se podría hacer una lista muy extensa. Un punto a destacar es que los productos comerciales tradicionales —el zacatón, el ixtle, el henequén, la candelilla y otros— ya no han tenido demanda efectiva ni en el mercado interno ni en el internacional. También importante, las actividades femeninas generadoras de ingresos más significativas —tejer, coser, cerámica, venta de alimentos y productos de recolección, pequeño comercio, y otras— también declinaron, con lo que se redujeron los ingresos de los hogares más pobres y se hizo casi imposible para las mujeres, ya sea jefas de hogar o independientes, sobrevivir en estas comunidades. La emigración de estas mujeres, por tanto, ha sido sumamente alta.

El crítico desequilibrio económico creado en estas comunidades todavía se hace más claro por el hecho de que, al mismo tiempo que ocurría lo anterior, sus necesidades de consumo aumentaron significativamente. Hay nuevos servicios que pagar: la electricidad, el agua potable, el transporte. Y la actitud "modernizante" difundida por los maestros educados en la ciudad y por los medios de comunicación masiva ha estimulado, en forma agresiva y con desprecio hacia la vida rural, el consumo de bienes con prestigio urbano: ropa de moda, discos, consolas, aparatos electrónicos y otros similares.

Una vez que la acumulación de bienes se convirtió en la principal fuente de prestigio —y de poder político—, los agricultores capitalistas de las comunidades adoptaron patrones de consumo suntuario. Pero el acceso a las concesiones de crédito y de comercialización corre por vías políticas. Esto ha dado como resultado que la élite económica y política se hayan fortalecido mutuamente formando un estrecho círculo en donde se superponen el poder político y la riqueza económica, en tanto que la subordinación del sistema judicial a los poderosos no ha proporcionado vías institucionales para detener las arbitrariedades y abusos que se cometen contra los campesinos. De este modo, con la centralización de los recursos agrícolas, financieros, comerciales y de poder político, se ha consolidado una clase rural dominante muy poderosa. Frente a este grupo, ni los auténticos pequeños propietarios de tierras, ni los ejidatarios, ni los trabajadores agrícolas han podido ejercer un contrapeso político dada la represión y el sistema imperantes.

Significativamente, esta clase rural dominante muestra también una alta incidencia de emigración, hijos e hijas, que buscan una educación mejor o un estilo de vida urbano más a la moda. Este mismo fenómeno ha sido mencionado en otros países en desarrollo.

En resumen, las oportunidades de empleo y de generación de ingresos en los pueblos se han reducido al mínimo. El mercado local de trabajo asalariado no ha proporcionado ni una expansión de oportunidades, ni salarios adecuados. En Huecorio, Michoacán, el salario mínimo en zonas rurales era de 6 o 7 pesos al día en 1962. En 1976, es decir, catorce años más tarde, cuando los ingresos agrícolas en las zonas temporaleras habían decaído y las necesidades monetarias habían ascendido a niveles estratos-

féricos, ¡este salario había aumentado a 8 pesos! (Dinerman, 1978, *op. cit.*, p. 491).

La discrepancia tan marcada entre los salarios urbanos y rurales, tuvo un gran impacto en la migración, particularmente en las regiones incluidas en un radio de 250 kilómetros de las ciudades. En las regiones circunvecinas a la Ciudad de México (los estados de Hidalgo, Tlaxcala, Puebla, Morelos, México y Querétaro) el salario oficial mínimo era de 18 a 21 pesos diarios en 1972; el salario realmente pagado en estas áreas era de 8 a 10 pesos para las mujeres, y 10 a 15 pesos para los hombres. En tanto, el salario mínimo en la Ciudad de México —a sólo dos horas de distancia en autobús— era de 41 pesos; un trabajador de la construcción podía con facilidad ganar 25 pesos diarios, y una vendedora ambulante al menos 20 pesos (Arizpe, *op. cit.*, p. 84).

Sobra decir que la discrepancia de salarios entre México y Estados Unidos es todavía más notoria. En 1976 Cornelius menciona que los salarios locales en la agricultura en Jalisco eran de 25 a 30 pesos *diarios* (entre 2 y 2.80 dólares) y su equivalente en los Estados Unidos era entre 2.50 y 3 dólares *por hora*. En ese mismo momento, en las fábricas de los Estados Unidos los salarios eran de 4 a 5 dólares por hora (Cornelius, 1976, p. 23).

El éxodo rural y la selectividad de los migrantes hacia Estados Unidos

La información de las encuestas efectuadas sobre la migración mexicana hacia los Estados Unidos,[3] enmarcada en los antecedentes del éxodo rural analizado en las páginas anteriores, sugiere que migra al otro lado de la frontera solamente cierto tipo de migrante. En otras palabras, nos preguntamos si los migrantes extrafrontera constituyen una muestra aleatoria de los migrantes rurales de México. ¿Es idéntica su selectividad?

[3]Se basa este análisis en información proporcionada por la encuesta del Centro Nacional de Información y Estadísticas del Trabajo (CENIET) y en los trabajos de Jorge Bustamante, entre ellos: "Undocumented Migration from Mexico: A Research Report", en *International Migration Review*, XI, núm. 2, pp. 149-178; de Francisco Alba, "Mexico's International Migration as a Manifestation of its Development Pattern", en *International Migration Review*, XII, núm. 4, pp. 502-513; y los ya citados de Wayne Cornelius e Ina Dinerman.

Varios estudios de comunidad en México han mostrado que los habitantes rurales más pobres y sin tierras tienden, por regla general, a no migrar a los Estados Unidos aunque sí migran hacia otros destinos, usualmente rurales, dentro de México. Dinerman, a partir de su trabajo de campo en Michoacán, explica este fenómeno de la siguiente manera: "Los que carecen de tierras, aquéllos sin recursos para construir y mantener una amplia red social que los una a otros hogares, aquellos que no tienen influencia en los asuntos de la comunidad y que, por lo mismo, carecen de aliados económicos, no patrocinan a migrantes (a Estados Unidos)". (Dinerman, *op. cit.*, p. 498). Mis propias investigaciones en los estados de México y Michoacán apoyan esta hipótesis. Cornelius señala, entre otras cosas, que los campesinos muy pobres no pueden costear los gastos de viaje o los costos del "coyote" para cruzar hacia Estados Unidos (Cornelius, *op. cit.*, p. 24). Este freno económico a la migración, sin embargo, puede ser compensado por el hecho de que algunas comunidades ya han establecido, desde hace tiempo, rutas de migración y contactos en Estados Unidos.

El motivo que con más frecuencia se menciona para migrar a Estados Unidos son los salarios más elevados. La importancia de los efectos de los diferenciales de salario ha sido ya demostrada en diversos estudios (Gollás, 1981). Con base en un análisis longitudinal de la migración mexicana hacia los Estados Unidos, se concluye que: "Son las fluctuaciones en los diferenciales de salario, generados en gran medida por los cambios en los salarios de México, los que dan forma a la migración (hacia los Estados Unidos)" (Jenkins, 1977, p. 184). Esto hace pensar en el modelo teórico sobre la migración de Todaro, en el cual concluye que "los migrantes encuentran un incentivo para migrar aun cuando existe una alta probabilidad de desempleo en el lugar de destino, siempre y cuando el producto del salario, y la probabilidad de empleo, sobrepasen al salario rural por un margen suficientemente alto como para absorber el costo de traslado" (Todaro, 1976).[4]

Sin embargo, esto no significa que el flujo de migrantes a los Estados Unidos conste principalmente de trabajadores que escogen entre dos nive-

[4]El modelo de Todaro resulta útil para explicar por qué los migrantes siguen migrando a pesar de las malas condiciones en las ciudades, pero es criticable por no incorporar al análisis el sector urbano informal en el que se emplean una mayoría de los migrantes en muchas ciudades de los países en desarrollo.

les de salarios. Jenkins añade que no son las condiciones laborales sino los cambios totales en la productividad agrícola y en la inversión de capital los que tienen el impacto mayor sobre la migración indocumentada y la de los braceros (Jenkins, 1977, p. 184). Este autor encontró que el programa oficial de braceros reclutaba una mayor cantidad de trabajadores asalariados, en tanto que la migración de indocumentados absorbe una mayor proporción de propietarios de tierra. El CENIET en su estudio, extenso y muy completo, mostró la existencia de una mayoría de propietarios entre los migrantes a los Estados Unidos, apoyando la observación de Bustamante de que la proporción de jornaleros ha decrecido progresivamente entre tal grupo de migrantes (Bustamante y Zazueta, 1983).

¿Por qué ocurre que los campesinos minifundistas estén más interesados que los asalariados en el tipo de empleo temporal que ofrecen los Estados Unidos? La respuesta se halla en la dinámica familiar de la migración entre los primeros. En estas familias la migración es consecutiva, con la salida, según la etapa del ciclo doméstico de los siguientes miembros del hogar:

a) El padre, que es el primero que migra; se trata de una migración temporal o estacional en la que el migrante raramente permanece en los Estados Unidos de manera definitiva;
b) Los hijos mayores que en un principio envían remesas pero de quienes se espera que se establezcan pronto por su cuenta, puesto que no heredarán tierra; ellos van temporalmente, pero tienden a permanecer allá si las condiciones lo permiten;
c) Los hijos más jóvenes que también envían remesas, pero que tienen mayor probabilidad de heredar alguna tierra dada la ultimogenitura; ellos muy probablemente sí regresen a establecerse en México;
d) Las hijas que también envían remesas, pero que viajan sólo si pueden hacerlo con el padre, un hermano, o un pariente cercano;
e) Miembros colaterales que el hogar campesino no puede emplear o mantener; estos parientes (por ejemplo, sobrinos, sobrinas, primos) tienen especial propensión a emigrar.

Ahora bien, es probable que la seguridad de tener una base patrimonial haga que estos migrantes estén más dispuestos a asumir los riesgos que

implican varios años de un incierto y estacional trabajo en Estados Unidos, en tanto que los varones y mujeres trabajadores sin tierras necesitan crearse condiciones más estables para vivir y, consecuentemente, preferirían las ciudades u otras áreas rurales en México. También como ya se mencionó, los jornaleros encuentran mayores dificultades para reunir el dinero necesario para viajar al otro lado de la frontera. Finalmente, es muy probable que los lazos sociales y los canales de información, que son necesarios para una migración exitosa a Estados Unidos, sólo puedan mantenerse, de manera estable, entre aquellos migrantes que poseen tierras.

Pocos son los migrantes a Estados Unidos que pertenecen a las clases rurales de ingresos medio y alto, puesto que en su mayoría poseen un capital económico o educativo o parientes o contactos sociales favorables en las ciudades mexicanas.

Finalmente, por diferentes razones, las mujeres viudas, divorciadas o solteras también tienden a establecerse en las ciudades mexicanas, a menos que la red migratoria de la comunidad les haga posible cruzar la frontera. Asimismo, por lo general, la gente más anciana sale de su comunidad hacia las ciudades de México; pocos se aventuran hacia Estados Unidos debido a las barreras impuestas y a la preferencia por ambientes más familiares.

Conclusiones

El intenso éxodo rural en México en las últimas tres décadas ha sido el resultado de los efectos combinados, por una parte, de la oferta de empleo en los centros industriales y comerciales en expansión de México y de Estados Unidos, y, por otra parte, de la descomposición progresiva de la economía campesina basada en el cultivo temporalero del maíz. Debido a que han decrecido las fuentes de ingreso y los empleos asalariados tradicionales en las zonas rurales, muchos miembros de los hogares campesinos se han transformado en migrantes.

Los mecanismos económicos que subyacen a este éxodo —la monetarización de la economía campesina, las fluctuaciones y declinación relativa de los precios agrícolas, la destrucción de las ocupaciones e industrias rurales— no son diferentes de aquellos que expulsaron a millones de mi-

grantes del campo en Europa Occidental durante el siglo XIX y comienzos del XX. La emigración rural masiva, entonces, no es un fenómeno nuevo en el capitalismo industrial occidental y no es de ningún modo extraño para los Estados Unidos, país que formó gran parte de su población colonizadora a partir de los migrantes rurales europeos y que, a su vez, ha trasladado a la mayoría de su población rural a las ciudades.

Es indudable que la rapidez con la que ha ocurrido la emigración rural en México, y también en muchos países en desarrollo desde los años cincuenta, se ha debido a las políticas específicas de desarrollo que han estimulado la industrialización y urbanización a expensas de la agricultura. Puede decirse que la crisis rural actual en estos países, es el resultado de la aceptación acrítica de tales políticas por parte de los Estados y de las instituciones financieras internacionales.

En el caso mexicano, la quiebra de la agricultura minifundista de temporal generó las condiciones para un éxodo rural masivo. Las acciones específicas, tales como el mantenimiento de los precios bajos para el maíz entre 1957 y 1973, sólo aceleraron el proceso de integración de los campesinos a la economía de mercado en condiciones desiguales. Esto no significa que este proceso sea irreversible o inmodificable. Pero lo seguirá siendo en la medida en que prime, como objetivo del desarrollo, la eficiencia económica —basada en la importación de insumos y bienes de capital y en el ahorro de mano de obra— y política que desplaza a los pequeños productores e inhibe iniciativas locales.

Ahora bien, aun dada la liberación de fuerza de trabajo agrícola, la salida del campo ocurre sólo si existen fuertes factores de atracción en otras zonas: son estos factores los que determinan la tasa de emigración y el lugar de destino de los migrantes. Desde los años cuarenta hasta mediados de los sesenta, la expansión de los sectores industrial y de servicios en las ciudades de México permitieron la incorporación de varios millones de migrantes rurales. Desde mediados de los años sesenta, sin embargo, el sector urbano moderno ha sido incapaz de ofrecer empleo al ritmo requerido para absorber la totalidad de la mano de obra migrante. En forma paralela a la migración rural-urbana, se fue consolidando, a partir de los años cincuenta, un movimiento migratorio de mexicanos hacia los Estados Unidos. Sin embargo, esta migración, tanto la oficial como la indocumentada, atrae sólo a ciertos tipos de migrantes.

Comparado con el flujo general de emigrantes rurales, la migración a Estados Unidos contiene una proporción *menor* de migrantes pobres y sin tierras, de mujeres, de ancianos y de jóvenes de ambos sexos de hogares rurales de ingresos medios y altos. El grueso de los migrantes hacia Estados Unidos son hombres adultos ligados, de alguna manera, a la pequeña producción agrícola. Y, muy importante, no todos ellos son asalariados sin empleo, lo cual significa que, a partir de cierto punto, los factores de atracción superan a los factores de expulsión que ponen en disponibilidad de migrar a parte de la población rural.

Por lo tanto, si los Estados Unidos no están recibiendo aleatoriamente a los migrantes expulsados del campo mexicano, se puede concluir que no están recibiendo el impacto directo de la crisis rural actual. Antes bien, los empleadores de los Estados Unidos se están beneficiando de la crisis ya que están cosechando a los trabajadores más aptos para su mercado de trabajo. Esta observación se fortalece si anotamos que todos estos migrantes, capaces y emprendedores, han sido alimentados, atendidos y educados por las ya empobrecidas comunidades rurales mexicanas. Es cierto que, en estos momentos y en especial por la crisis financiera, la economía mexicana es incapaz de acomodar productivamente a todos estos migrantes rurales, pero no es solución el que estas comunidades rurales proporcionen los servicios de guarderías, escuelas, seguridad social y servicio de desempleo para trabajadores empleados en Estados Unidos, sobre todo si se les pide que, además, los reabsorban cuando son enviados de regreso a México, en periodos de recesión económica.

Por lo anterior, sí hay manera de asegurar que los migrantes mexicanos no dañen la posición de los trabajadores norteamericanos en Estados Unidos, el movimiento de migrantes entre los dos países puede constituir un vínculo que beneficie a ambas partes. Pero esto significa que debe buscarse un marco de políticas que parta del reconocimiento de las necesidades y beneficios para ambos países.

En lo que atañe a tendencias futuras, es probable que el patrón y tasa de este flujo migratorio no varíe mucho en su estructura, aunque fluctúe súbitamente por la crisis financiera. No disminuirá en tanto exista la demanda de trabajadores en los Estados Unidos, fenómeno que es virtualmente independiente de las condiciones en las áreas rurales de México. No se intensificará a largo plazo si el gobierno mexicano apoya con éxito a

la agricultura temporalera tal como se ha comprometido a hacerlo a través de múltiples programas de desarrollo rural y si se logra una regulación voluntaria del crecimiento poblacional. Sin embargo, el flujo masivo de recursos financieros hacia las comunidades campesinas tomará muchos años para lograr reconstruir una organización económica y social viable de modo que sus efectos se hagan sentir sobre la emigración. Lo que es muy claro es que esto requeriría, no una política económica productivista, sino una política redistributiva y con participación amplia que comprenda lo económico y lo social.

En una perspectiva amplia y de largo plazo, se hace evidente que la migración mexicana a los Estados Unidos, movimiento que involucra a miles de hombres y mujeres que buscan mejores oportunidades de vida, es sólo una parte de la relación muy compleja entre ambos países. La forma en que esta relación evolucione en su conjunto creará las condiciones para resolver los problemas bilaterales en un futuro, esperemos, sobre la base de la reciprocidad y de la cooperación.

Fuentes consultadas

Arizpe, L. (1972), *Parentesco y economía en una sociedad nahua*, México, Instituto Nacional Indigenista.

_____ (1975), *Indígenas en la ciudad: el caso de las 'Marías'*, México, Sep-Setentas, 156 pp.

_____ (1978), *Migración, etnicismo y cambio económico*, México, El Colegio de México, 261 pp.

Balan, J., H. Browning y E. Jelin (1973), *Men in a Developing Society*, Austin, University of Texas en Austin.

Banco Nacional de Comercio Exterior (1976), *Facts, Figures, Trends*, México.

Bustamante, J. (1977), "Undocumented Migration, from Mexico: A Research Report", en *International Migration Review*, vol. 11, núm. 2, pp. 149-178.

Connell, J. y B. Dasgupta *et al.* (1976), *Migration from Rural Areas: The Evidence from Village Studies*, Delhi, Oxford University Press.

Contreras Suárez, E. (1972), "Migración interna y oportunidades de empleo en la Ciudad de México", en *El perfil de México en 1980*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México-Siglo XXI Editores.

CORNELIUS, W. (1976), "Outmigration from Rural Mexican Communities", en *The Dynamics of Infernal Migration*, Occasional Monograph Series, Washington, D.C., Smithsonian Institution, vol. 2, núm. 5, p. 23.

DINERMAN, I. (1978), "Patterns of Adaptations among Households of U.S. – Bound Migrants from Michoacan, Mexico", en *International Migration Review*, vol. 12, núm. 4, pp. 485-501.

GOLLÁS, M. (1981), "La migración, el ingreso y el empleo urbanos", en *Las migraciones y la política demográfica regional en México*, México, Asociación Mexicana de Población (AMEP).

GÓMEZ, O. J. (1978), "Crisis agrícola, crisis de los campesinos", en *Comercio Exterior*, 28, núm. 6, junio, pp. 714-727.

GEORGE, S. (1977), *How the Other Half Dies*, Montclair, N.J., Allanheld, Osmun and Co.

HEWITT DE ALCÁNTARA, C. (1979), *La modernización de la agricultura mexicana*, México, Siglo XXI Editores.

JENKINS, J. C. (1977), "Push-Pull in Recent Mexican Migration to the U.S.", en *International Migration Review*, vol. 11, núm. 2, pp. 178-189.

KEMPER, R. (1977), *Migration and Adaptation*, Beverly Hills, Sage Publications.

LOMNITZ, L. (1978), *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI Editores, 229 pp.

MUÑOZ, H., O. de Oliveira y C. Stern (1978), *Migración y desigualdad social*, México, El Colegio de México.

PARÉ, L. (1977), *El proletariado agrícola de México*, México, Siglo XXI Editores.

REYES OSORIO, S. *et al*. (1974), *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*, México, Fondo de Cultura Económica.

STOLTMAN, J. y J. Ball (1971), "Migration and the Local Economic Factor in Rural México", en *Human Organisation*, vol. 30, núm. 1, pp. 47-56.

THOMAS, B. (1961), *International Migration and Economic Development*, París, UNESCO, p. 85.

TODARO, M. P. (1976), *Internal Migration in Developing Countries*, Ginebra, Organización Internacional del Trabajo.

WARMAN, A. (junio de 1978), "Política agraria o política agrícola", en *Comercio Exterior*, vol. 28, núm. 6, pp. 681-687; 686.

YOUNG, K. (en prensa), *The Creation of a Relative Surplus Population: A Case* Study from México", en L. Beneria, (ed.), *From Dawn to Dusk*, Oficina Internacional del Trabajo (OIT).

ZAZUETA, Carlos H. (1983), en P. G. Brown, y H. Shue (eds.), *The Border That Joins: Mexican Migrants and U.S. Responsibility*, vol., 2, Totowa, N.J., Rowman and Littlefield.

Capítulo 16

La migración por relevos y la reproducción social del campesinado*

Las grandes migraciones del mundo moderno han ocurrido en estrecha vinculación con la movilidad geográfica del capital. La distribución desequilibrada de las inversiones de capital ha generado un desarrollo desigual entre campo y ciudad, entre regiones y entre naciones, característico del capitalismo. Estas inversiones —o la falta de ellas— han impreso diversos volúmenes y direcciones tanto a las migraciones internas como a las internacionales. A partir de este marco general, las formas históricas particulares de la migración se ven condicionadas por tres procesos fundamentales: primero, la manera en que ocurre la descomposición-recomposición de la economía campesina tradicional; segundo, el ritmo de crecimiento de la industria urbana, y, tercero, la forma en que interviene el Estado en el desarrollo económico. La migración rural-urbana a nivel macrosociológico debe examinarse atendiendo a la dinámica de la interacción entre los tres procesos anteriores. Es importante recalcar que esta interacción es siempre recíproca, ya que los estudios sobre migración con frecuencia tienden a destacar los efectos unidireccionales de estos procesos perdiéndose así la dinámica del conjunto.

En este trabajo se analiza la migración campo-ciudad a partir de la dinámica de la economía campesina, como una estrategia de las familias campesinas para sobrevivir y reproducirse frente a la presión económica del sector industrial capitalista. En discusiones recientes sobre este tema pensamos que han quedado soslayados aspectos sociales y demográficos

*Cuadernos del CES 28, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, Primera edición, 1980 ©, El Colegio de México, ISBN 968-12-0050-0, pp. 5-38.

cuya importancia obliga a replantear la tesis de la refuncionalización de la economía campesina.

En los estudios sobre la migración rural-urbana en América Latina se han identificado con precisión las características generales de las cohortes de migrantes (Elizaga, 1970), y los procesos estructurales que vinculan la industrialización con la urbanización (Singer, 1978; Castels, 1976). Para algunos países se han analizado asimismo los patrones de procedencia geográfica y de traslado a la ciudad, sus fluctuaciones en distintos periodos históricos y la forma en que se insertan los migrantes en la sociedad urbana (Browning, Balán y Jelin, 1977; Muñoz, De Oliveira y Stern, 1977; Stern, 1977; CLACSO, 1973, 1974 y 1975).

Ha sido más difícil aclarar con precisión las condiciones que provocan la migración en el sector agrario, puesto que es necesario desde un punto de vista teórico ir más allá de la afirmación de que las formas de producción en el campo expulsan migrantes.

En efecto, se han confundido dos problemas en la conceptualización teórica del éxodo rural. Se ha intentado explicar el mecanismo que crea una sobrepoblación relativa en el campo como si este proceso explicara por sí mismo la expulsión de migrantes. No se han distinguido, desde un punto de vista teórico, el desempleo rural de la migración hacia las ciudades. Para ello pensamos que es indispensable analizar los procesos más complejos de inserción de las comunidades campesinas al mercado nacional e internacional, tomando en cuenta su reacción interna frente a estos procesos.

La relación entre migración y desempleo no es mecánica y su grado de coincidencia varía según las clases sociales existentes en el campo. Es indudable que coinciden en mayor grado en el caso del proletariado rural: las fluctuaciones del mercado de trabajo se hacen sentir en forma más directa sobre esta población. Son válidas, en este caso, las generalizaciones sobre proletarización y éxodo rural. No se aplican de la misma manera, en cambio, para los agricultores capitalistas quienes, sin embargo, también se ven afectados por la migración. Sus hijos e hijas migran, por lo general, por tener altas aspiraciones de movilidad social y de estudio que no pueden satisfacer en la sociedad rural. En cuanto al sector mayoritario de familias campesinas minifundistas, las causas de su emigración son más complejas: están asociadas al desempleo, a la necesidad de recibir ingresos por trabajo asalariado extraagrícola y a aspiraciones de movilidad y de estudio.

Lo expuesto arriba resume las hipótesis presentadas en un trabajo anterior (Arizpe, 1976, 1978; Kemper, 1976), en el sentido de que las causas de la migración debidas a los grandes cambios económicos se filtran al nivel local en forma diferencial para distintas clases sociales. Dicho de otro modo, cada clase social tiende a generar un tipo específico de migración en respuesta a los procesos económicos que los afectan.

Entendido el fenómeno desde este punto de vista, interesa conocer la dinámica de la migración al interior de cada una de estas clases sociales. Sin duda la que presenta mayor interés, tanto por su complejidad como por el hecho de que constituye un sector mayoritario en el campo en muchos países latinoamericanos, es la de campesinos minifundistas que practican la agricultura de subsistencia.

Destacan varias interrogantes importantes en cuanto a este sector. Frente a presiones que tienden a proletarizar a estas familias y a expulsarlas de sus parcelas, ¿por qué han sobrevivido y por qué siguen persistiendo? ¿Por qué, al contrario de lo ocurrido en Europa, en donde el proletariado industrial fue la clase más prolífica, en países latinoamericanos ha sido el sector de campesinos empobrecidos el que tiene índices más altos de crecimiento de población? ¿Por qué ha seguido aumentando su población a pesar de la atomización de las parcelas y de una declinación de sus niveles de vida?

En cuanto a la migración, aunada al traslado permanente, se presenta con frecuencia la migración golondrina y la temporal entre estas familias. ¿Cuál es la relación entre estos distintos tipos de migración?

En este trabajo se intenta responder a las preguntas sobre la persistencia y la migración de este sector, y se sugieren hipótesis en cuanto a su comportamiento reproductivo. Con este fin se analizan los resultados de una encuesta realizada en 1976 en dos comunidades: una donde ha persistido una economía campesina de tipo tradicional; otra en que ha ocurrido una "recomposición" de esta economía.

Éxodo rural y desarrollo industrial

En la actualidad nuevamente se halla en pleno debate la viabilidad de la economía campesina como forma de producción en el seno de economías

capitalistas.[1] Hasta hace poco, hubo una tendencia a explicar el cambio social en comunidades campesinas por el proceso de destrucción de la economía tradicional con su consecuente proletarización. Pero este nivel de análisis, demasiado general, encubre procesos fundamentales para entender lo que ocurre hoy en día en el campo de países dependientes. Es necesario explicar la dinámica interna de estos procesos volviendo la atención hacia la unidad de producción en estas economías tradicionales, es decir, hacia la unidad doméstica.

El renovado interés por la producción doméstica y la composición de la familia resulta indispensable para el estudio de la migración. Así lo demuestran las investigaciones recientes sobre el éxodo rural en Europa en los siglos XVIII y XIX.[2]

En vez de haber sido homogéneas las causas de la migración hacia las ciudades en aquellas épocas, manifiestan interrelaciones muy complejas de factores económicos, políticos y culturales. En Austria y el oeste de Checoslovaquia —en las regiones de Silesia, Bohemia y el noroeste de Moravia—, se encontraban en disposición de trasladarse a las ciudades gran número de campesinos: por una parte, aquellos que no podían sostenerse mediante el cultivo de sus pequeñas parcelas al consolidarse las grandes propiedades agrarias; por otra, las hermanas y hermanos de los herederos únicos de dichas propiedades. La gran movilidad de esta mano de obra permitió a las industrias concentrarse en las áreas urbanas (Habbakuk, 1968).

Algo semejante ocurrió en Inglaterra. Allí se inició la escasez de tierras laborables a través de la intervención del Estado mediante la legislación sobre el cercamiento de tierras comunales. Además, la norma de herencia unipartita también expulsaba de la propiedad patrimonial a aquellos que no heredaban tierras. Más tarde, las granjas se orientaron hacia la producción de lácteos y se mecanizaron, lo que liberó gran número de trabajadores

[1] *Cfr*. C. Meillasoux, *Mujeres, graneros y capitales*, México, Siglo XXI Editores, 1977; *Comercio Exterior*, número dedicado a la problemática campesina, diciembre, 1977.

[2] Se ha renovado este interés con base en la obra de A.V. Chayanov, *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1977. Han contribuido a la discusión Marshall Sahlins con el concepto de modo de producción doméstico y C. Meillasoux (*op. cit.*) con el de economía doméstica. Presentan una gran riqueza de datos históricos y una perspectiva novedosa, J. Scott y L. Tilly, 1976: "Women's Work and the Family in 19th Century Europe". Para un análisis importante del papel de la compra y venta de fuerza de trabajo campesina para las unidades domésticas, véase M. Martínez y T. Rendón, "Fuerza de trabajo y reproducción campesina", en *Comercio Exterior*, vol. 26, núm. 6, junio, 1978.

que se dirigieron hacia las ciudades. Esta alta movilidad también permitió un patrón de industrialización centralizado en unas cuantas ciudades.

En cambio, ocurrió algo muy distinto en Francia. El código napoleónico y anteriormente, la tradición cultural, especificaba que la herencia debía repartirse entre todos los hijos e hijas del propietario. Ello tendía a arraigar a la población en el campo ya que todos podían cultivar tierras y el mercado de tierras era muy fluido, permitiendo que aquellos que no poseyeran tierras las compraran. La baja movilidad geográfica de la mano de obra obligó a la industria a instalarse cerca de las regiones que podrían abastecerla de mano de obra. En consecuencia, Francia presenta un patrón industrial descentralizado.

En la época actual, pese a las diferencias en el patrón migratorio, por lo general subyace al éxodo rural un intercambio económico desigual entre campo y ciudad, que provoca un deterioro constante del nivel de vida de los campesinos. Entre los mecanismos principales de este intercambio se encuentran la baja tendencial de los precios de los productos agrícolas y la extracción por vías financieras y fiscales. En el caso de México, así como de otros países latinoamericanos, se muestra muy clara la tendencia hacia la descapitalización del agro por la transferencia de recursos hacia el sector urbano capitalista.

En este contexto de empobrecimiento progresivo, cabe repetir la pregunta formulada páginas atrás: ¿Por qué entonces se conserva la producción campesina basada en la producción familiar? Recientemente, se ha sugerido la explicación de que el sector capitalista "conserva" los enclaves de agricultura campesina para extraer de ellos mano de obra, ahorrándose así el costo de su reproducción y para estar en posibilidad de enviarla de regreso en caso de recesión económica, enfermedad o invalidez de los trabajadores. Esta hipótesis se confirma ampliamente en casos extremos como el de Sudáfrica en que el gobierno ha creado deliberadamente "Reservas nativas" con este propósito. Pero la aplicación de esta hipótesis al caso de países latinoamericanos resulta mucho más compleja.

Para la economía capitalista, Meillasoux (*op. cit.*) y Castels (1975) presentan la hipótesis de que el capital requiere incorporar constantemente mano de obra proveniente de economías no capitalistas porque no puede pagar el costo de su propia reproducción. Aquí se inserta la discusión sobre la definición y funcionamiento de la "masa marginal" en economías capitalistas depen-

dientes. Esta discusión rebasa los propósitos de este trabajo, sin embargo, cabe mencionar que no hay acuerdo todavía sobre si la "masa marginal" o el "sector informal" son funcionales o disfuncionales en relación con el sector capitalista de la economía. No hay bases, por tanto, para afirmar en forma decisiva que los grandes volúmenes de migrantes provenientes de la economía campesina en su totalidad sean de utilidad para el desarrollo capitalista.

Por el lado de la economía campesina, la situación es también muy compleja. La producción familiar campesina al parecer no sólo no está desapareciendo sino que va en aumento —aunque sobre esto tampoco hay acuerdo actualmente—,[3] esto a pesar de la fuga de capitales de la agricultura. ¿De dónde provienen los recursos que siguen permitiendo que subsista la agricultura familiar? Según estudios recientes, en varios países de Europa Occidental, Francia por ejemplo, los recursos provienen de la deuda campesina con el Estado. Para el caso de México y quizá de otros países latinoamericanos, también son aportados, en algunos rubros, por el Estado. Se plantea en este trabajo la hipótesis de que las propias unidades campesinas han desarrollado la migración como una estrategia de sobrevivencia y de reproducción social. A través de la migración permanente de algunos de sus miembros, pero sobre todo a través de la estacional y la temporal, la familia campesina capta recursos que le permiten continuar con su producción así como asegurar su reproducción.

Esta hipótesis permitiría romper con el mecanicismo del modelo económico que reduce al sector campesino a mero receptor pasivo de las directrices del centro. Las unidades campesinas sufren presiones económicas externas pero toman también estrategias propias que pueden modificar las tendencias estructurales. Esperamos comprobar esta hipótesis en el presente trabajo.

Unidad campesina y reproducción social

En el capitalismo, a través de los mecanismos del mercado y de condiciones distintas para la producción, se consolida un intercambio desigual

[3]Presentan posiciones divergentes, por ejemplo: R. Stavenhagen, *El campesinado y las estrategias del desarrollo rural,* México, Cuadernos del CES, 1977 y E. Feder, "Campesinistas / descampesinistas", en *Comercio Exterior,* diciembre, 1977.

entre campo y ciudad. Al mismo tiempo, en el interior del sector campesino se produce una creciente diferenciación en la distribución de la riqueza entre las unidades domésticas. Intervienen en ella los mecanismos de renta diferencial de la tierra y de privilegio político, pero también desempeñan un papel importante las normas de reproducción demográfica, de herencia y de división de labores por sexo.

El siglo pasado, en uno de los primeros estudios sobre estos temas Frederick Leplay sostuvo que la familia troncal (*Famille souche*; *stem family*) era la organización familiar mejor adaptada al desarrollo económico, ya que permitía al heredero único mantener indiviso el capital patrimonial, y así estar en posibilidades de reinvertir progresivamente. En tiempos económicos adversos, afirma Leplay, los hermanos y hermanas que habían emigrado a la ciudad podrían regresar a la propiedad del hermano y así la economía urbana se ahorraba el pago por desempleo o fondos de caridad pública. Añadía, además, que la familia troncal aparece asociada a un bajo crecimiento de la población, ya que los hijos e hijas que no heredaban, al no poder disponer de medios de subsistencia tenderían a permanecer célibes.

En cambio, ocurría lo contrario cuando la propiedad del padre se repartía a todos los hijos e hijas. El capital acumulado se dispersaría y los terrenos sufrirían una fragmentación progresiva. Todos los hijos se casarían con el consiguiente aumento demográfico. En suma, todo aumento de capital redundaría en un aumento de la población.

A mi juicio, lo que Leplay soslayó fue la relación entre composición familiar y clase social. La estrategia a que se refiere, de enviar "ramales" al sector industrial urbano sólo puede llevarse a cabo con éxito en familias que disfruten de un capital considerable. Suficiente, cuando menos, para proveer a los migrantes a su partida con una educación y un pequeño capital, ambos elementos ventajosos en la ciudad. Suficiente, también, para poder reincorporar en su seno a los que regresaran de la ciudad.

Varias investigaciones recientes han confirmado, en efecto, que las familias con mayores recursos son las que tienden a constituirse en familias extensas (Berkner, 1972; Young, 1978; Deer, 1978).[4] Cabe distinguir entre

[4]L. Berkner, "The Stem Family and the Developmental Cycle of the Peasant Household: An 18th Century Austrian Example", en *American Historical Review*, 77, 2, abril, 1972, pp. 398-418; Young, K., "Economía campesina, grupo doméstico y migración", en *América indígena*, junio,

familia extensa y familia troncal. La primera es sencillamente aquella que alberga a más de dos generaciones lineales y/o a parientes colaterales y afines.[5] En cambio, la familia troncal es un tipo de familia extensa que lleva a cabo la estrategia a la que se refiere Leplay.

En la literatura antropológica y sociológica, con frecuencia se ha afirmado que la norma de familia extensa típica de sociedades tradicionales, es sustituida por la de familia nuclear en sociedades modernas. Este argumento se tomó de Europa en el periodo de formación de la sociedad industrial y se ha extrapolado a países en desarrollo para marcar un contraste entre lo "tradicional" y lo "moderno". Berkner,[6] al contrario, hace una proposición sugerente. Propone que el creciente predominio de la familia nuclear en la sociedad industrial se ha debido no a un cambio en la norma de composición familiar sino al aumento relativo de las clases asalariadas que son las que tienden a consolidarse en familias nucleares.

Si esto es cierto, no ha ocurrido un cambio cualitativo, cultural, en la estructura de la familia, sino un cambio cuantitativo en la composición de clases sociales.

Los resultados de la investigación de Deere (1978) en Perú apoyan esta hipótesis. Esta investigadora detectó un número mucho mayor de familias extensas de tipo troncal entre los campesinos ricos que entre otros grupos sociales en el campo.

En cuanto a la mano de obra liberada en la economía campesina, se define ésta, por lo general, en relación con el total de trabajadores de que dispone una región o una comunidad. Pero se gana en precisión si se le define con relación a la composición interna del grupo doméstico en la que intervienen normas culturales que dictan la división de labores por sexo y por edad. Los estudios mencionados y los llevados a cabo por la autora indicaron que esta definición, al interior de la unidad campesina, es la que determina la selectividad de los migrantes.

En una sociedad campesina los miembros de una familia generalmente no actúan según normas individualistas, sino en función del grupo do-

---

1978; C.D. Deer, *The Differentiation of the Peasantry and the Economic Basis of Family Structure: A Peruvian Case Study*, Edición mimeografiada. Universidad de Amherst, 1978.

[5]Se analizan distintas definiciones de la familia y de composición de familias extensas y compuestas en L. Arizpe, *Parentesco y economía en una sociedad nahua*, cap. IX, México, Instituto Nacional Indigenista, 1972.

[6]Berkner, *op. cit.*

méstico. Al interior de éste, por lo general, es el patriarca quien ejerce el poder de decidir —a veces en consulta con su esposa— cómo se lleva a cabo la división de labores dentro de la empresa familiar y quiénes salen hacia el exterior. Para ejercer este poder utiliza "medios ideológicos: la moral, el terror supersticioso, las prohibiciones sexuales, la exaltación de la autoridad viril" y de la gerontocrática.[7] Así, aunque su capacidad de absorción de mano de obra depende del tamaño de la parcela y de los recursos con que cuenta el grupo doméstico, la decisión del patriarca puede modificar sus límites ya sea reteniendo a hijas o hijos cuyo trabajo es innecesario, o enviándolos al trabajo migratorio a pesar de que se requiera éste en la unidad familiar.

Toxi y Dotejiare

La región mazahua en la que se encuentran enclavadas Santiago Toxi y San Francisco Dotejiare se hallaba dominada a principios de siglo por las haciendas.[8] Producían maíz, frijol, trigo y arvejón en vastos terrenos de su propiedad y se especializaban, además, en la crianza de ganado bovino y en la exportación internacional de la raíz de zacatón, fibra que se emplea para confeccionar cepillos y escobas y para otros usos industriales. En los intersticios entre las tierras de las haciendas se hallaban asentadas comunidades campesinas. No ocurrieron enfrentamientos directos entre comunidades y haciendas ya que, en contraste con lo ocurrido en Morelos, por ejemplo —en donde los ingenios azucareros requerían de una expansión constante de sus posesiones de tierras—, el tipo de producción hacendaria en la región que nos ocupa, la de Ixtlahuaca y Atlacomulco, se enfrentaba a límites estrechos tanto en el mercado nacional como en el internacional. Se reflejó esta situación en el hecho de que la lucha revolucionaria de 1910 no enfrentó a peones y campesinos contra los hacendados sino que dividió a los primeros de acuerdo con lealtades hacia caudillos regionales.

En consecuencia, una vez terminada la lucha armada, las haciendas se volvieron a organizar y continuaron produciendo como si nada hubiera ocurrido. No fue sino hasta fines de la década de los veinte cuando surgie-

[7]Meillasoux, *op. cit.*
[8]Para información más amplia sobre la región, véase L. Arizpe, 1978.

ron grupos agraristas, quienes, alentados por el hecho de que el gobierno federal estaba repartiendo tierras de las haciendas, las invadieron y pidieron reparto de tierras. Unos años más tarde se llevó a cabo la Reforma Agraria en toda la región. Con la dotación de parcelas ejidales a los campesinos se consolidó en la región una economía campesina basada en la producción doméstica plenamente integrada al mercado nacional a través de la venta de productos agrícolas, pecuarios y artesanales, y al mercado internacional a través de la venta de la raíz de zacatón. A partir de entonces esta economía campesina se ha ido deteriorando, en el caso de una mayoría de las familias, hacia un minifundismo agudo y una de las consecuencias más claras de este fenómeno es la emigración masiva hacia la Ciudad de México. Un menor número de familias ha logrado capitalizar sus propiedades y ejercer una hegemonía tanto económica como política, situándose como intermediarios en el intercambio entre la región y el mercado nacional.

Interesa, para los propósitos de este trabajo, analizar en profundidad este proceso para explicar el papel que ha desempeñado la migración —tanto permanente como temporal y estacional—. Cabe advertir, que si bien este papel puede caracterizarse a nivel regional y comunitario, sin embargo, sólo puede explicarse en relación con la organización doméstica de la producción.

En Santiago Toxi se creó el ejido en 1928, concediéndose a 718 padres de familia parcelas con un promedio de extensión de 2.5 hectáreas. Dicho promedio se hallaba por debajo del que se consideraba en aquel entonces como la extensión mínima —4.0 hectáreas— para usufructo familiar. Esto se debió a una alta densidad de población —61 habitantes por kilómetro cuadrado en 1930—, ya que gran número de haciendas y pueblos se habían concentrado en el Valle de Ixtlahuaca por la fertilidad que le concedía el río Lerma y porque se trataba de la vía de paso más importante entre la Ciudad de México y las ricas comarcas del Bajío al norte. En el reparto no se hicieron distinciones por proveniencia geográfica ni por grupo étnico, pero la población liberada de los asentamientos de las haciendas tendió a aglutinarse por grupo étnico. Regresaron a establecerse en Toxi cerca de 300 familias, hablantes todas del idioma mazahua, que habían vivido en tierras de las haciendas.

En San Francisco Dotejiare, en cambio, se repartieron parcelas con un promedio de extensión de 6.2 hectáreas, a un total de 451 familias.

La creación de estos ejidos, al igual que en otras partes de México, sufrió desde un principio de una ambivalencia en cuanto al régimen de producción que se esperaba de ellos. En ambos casos se hizo una dotación formal colectiva, sin parcelación de las tierras. Se dejó al arbitrio del Comisariado Ejidal local la asignación específica de las parcelas a cada ejidatario. Pero una vez ejercida la dotación, el Estado no proporcionó canales técnicos, administrativos ni crediticios que ampararan una forma de producción colectiva ni cooperativista. Los nuevos ejidatarios, por su parte, no tuvieron interés en crearla. En Toxi pidieron de inmediato la asignación de parcelas y así se hizo. En Dotejiare esta situación se vio agravada por la existencia de plantaciones de zacatón en tierras ejidales, hecho que provocó luchas intestinas en la comunidad que no cesaron sino hasta 1952. Se formaron dos facciones con intenciones contrarias: una pretendía que se subdividieran de inmediato las parcelas para permitir la explotación individual del zacatón. Esta medida, llevada a cabo en el ejido cercano de El Depósito, tuvo consecuencias nefastas: los ejidatarios explotaron la raíz de zacatón con demasiada intensidad, lo que acabó con las plantas y provocó una erosión irrefrenable de los terrenos, que continúa aún hoy en día. La segunda facción pugnaba por mantener una explotación comunal de la planta, sin recurrir a la división en parcelas individuales. El triunfo de este segundo grupo hizo que hoy en día Dotejiare sea el único pueblo de la región que ha conservado grandes extensiones de esta planta, cuya venta le proporciona un ingreso considerable.

El que no hubieran sido fijados los límites de las parcelas tuvo otra consecuencia importante, esta vez en relación con la mano de obra familiar. La maquinaria agrícola era escasa por lo que su posesión no produjo discrepancias en la extensión de parcelas cultivadas. En cambio, sí las produjo el tener a disposición el otro factor de producción: mano de obra. Aquellas familias con varios hijos varones —por ley las hijas no podían heredar parcelas ejidales— pudieron extender más sus cultivos.

Por otra parte, la rentabilidad de sus empresas domésticas permitió que las familias pudieran retener a toda su mano de obra, lo que también llevó a una mayor diversificación de actividades asalariadas, artesanales y comerciales en su economía.

Estos factores, además de otros como, por ejemplo, la mejor alimentación de la madre y de los hijos, influyeron para que se diera un marcado

aumento de población en ambos pueblos. En el decenio 1930-1940, el índice del incremento medio anual de población fue de 28.45 en Toxi y 28.72 en Dotejiare. Aun así, la mortalidad, en especial la infantil, era muy alta. El promedio de miembros por grupo doméstico en el municipio en el cual está Toxi era de 4.7 y en el Dotejiare 4.4.

Los datos de los informantes revelan con claridad la forma en que se acomodó la división interna de labores en las unidades domésticas a las nuevas oportunidades económicas. El padre y los hijos mayores se encargaban de las labores agrícolas con la ayuda de las mujeres del grupo durante la siembra, las escardas y la cosecha. El hecho de que se hayan perdido formas antiguas de intercambio de trabajo entre grupos de parientes, indica que los grupos domésticos eran autosuficientes en este renglón.

Esto fue posible gracias a la disponibilidad de fuentes locales y regionales de ingresos líquidos que permitían la renta de yunta y arado para aquellas familias que no las poseían. El padre y los hijos varones obtenían estos ingresos en el trabajo asalariado en las minas de El Oro y en ranchos aledaños. También llevaban a cabo comercio interregional: en Dotejiare se les conocía como "fruteros" porque traían a vender fruta adquirida en Zitácuaro, distante tres días a pie; en Toxi se trataba de "polleros" que llevaban a vender aves al mercado central de la Ciudad de México. Otras veces, en ambos pueblos, se ocupaban en la arriería y el comercio itinerante a otras regiones.

En Dotejiare los hombres extraían además la raíz de zacatón y el pulque del maguey, productos para la venta. Asimismo, tejían sarapes de lana para la venta. En Toxi, tejían esteras de caña —petates.

La madre de la familia y las hijas mayores, por su parte, se ocupaban de transformar los productos en alimentos, del cuidado y crianza de los hijos pequeños, del cuidado de las aves y otras tareas domésticas tales como el acarrear agua, lavar ropa, remendarla, etcétera. Llevaban a cabo la recolección de quelites —plantas alimenticias—, miel y otros productos silvestres. Se encargaban del pequeño comercio local, llevando productos agrícolas, pecuarios o de recolección a vender al mercado de los pueblos cercanos. En cuanto a artesanías, en Dotejiare las mujeres confeccionaban la mayor parte de la vestimenta, tanto de hombres como de mujeres y se especializaban en bordados. Tejían prendas de lana en Toxi y confeccionaban parte de las vestimentas masculina y femenina.

Por su parte, los hijos varones menores se encargaban de pastorear los rebaños de ovejas; cuando no había varones que lo hicieran, lo llevaban a cabo las hijas menores. Los hijos también ayudaban en recolectar leña y en asistir al padre en tareas agrícolas o artesanales. Las hijas se encargaban por entero del cuidado de sus hermanos menores y de asistir a la madre en los quehaceres domésticos.

Como puede verse, el grupo doméstico hacía un uso maximizado de la fuerza de trabajo en su interior. Hasta 1940 no hubo emigración en ninguno de los pueblos, salvo la migración estacional del padre y de los hijos varones mayores, al trabajo asalariado en la misma región.

En el decenio de los cuarenta empezó a heredar tierras la segunda generación de ejidatarios. Ya para entonces las parcelas ejidales tenían límites precisos en Toxi y no había posibilidad de ampliarlas más que a través de la adquisición de terrenos de propiedad privada en el centro de los pueblos. Esto pudo hacerse en Dotejiare utilizando las ganancias de la venta de raíz de zacatón para comprarlos. En cambio, en Toxi, los hombres jóvenes empezaron a recibir parcelas cuyo usufructo no alcanzaba para la manutención de la familia y no había más tierras a las cuales extenderse. Empezaron a migrar temporalmente, algunos a otras zonas agrícolas, otros a la Ciudad de México a trabajar en el mercado central. Algunas mujeres empezaron a irse a la ciudad a trabajar en el servicio doméstico remunerado. Unos cuantos hombres y mujeres se establecieron definitivamente en la ciudad, pero la mayoría regresaron o se establecieron en pueblos cercanos a Toxi. Con base en estadísticas vitables se estima que salieron de la comunidad 414 mujeres, entre 1940 y 1950 —el 25 por ciento de la población femenina— y 351 hombres —el 21 por ciento de la población masculina.

La emigración en Dotejiare durante este decenio fue mucho menor: salieron 279 mujeres y 208 hombres —10% y 16 por ciento respectivamente de la población de cada sexo—. Los hombres casi sin excepción se dirigían a Xochimilco, una zona agrícola suburbana de la Ciudad de México, a trabajar en el cultivo de legumbres. Otros salían a extraer la raíz de zacatón en regiones de los estados de Puebla, Michoacán y Jalisco. El caso de las mujeres es más difícil de explicar: la gente afirma que no migraban a trabajar fuera de la comunidad. Lo más probable es que se trate de mujeres que se mudaron a otros pueblos de la región al casarse.

En el decenio 1950-1960 la población se incrementó en la región a un ritmo mayor que el índice nacional. La presión demográfica no se hizo sentir en forma tan aguda en Dotejiare por una contingencia: en 1950 emigraron a la Ciudad de México cerca de 25 familias, las que pertenecían a la facción derrotada en la lucha por el control del ejido. Así, una encuesta realizada en 1956 hizo saber que cada ejidatario contaba todavía con un promedio de 2.5 hectáreas de tierra. En cambio en Toxi el reparto de las tierras por herencia ya había reducido la extensión de las parcelas ejidales a un promedio de una hectárea en 1956. La emigración, esta vez exclusivamente hacia la Ciudad de México, se convirtió en parte integrante de la vida de la comunidad. En ello influyeron cambios económicos decisivos que alteraron el equilibrio de ingresos y egresos de las familias.

Dada la creciente fragmentación de las parcelas, el cultivo intensivo produjo un marcado descenso en el rendimiento de la tierra, en especial en la siembra del maíz, el cultivo principal. Ya en 1956 en parcelas de temporal, una hectárea de terreno producía apenas 600 toneladas de maíz. Desde los años sesenta los terrenos ya no producen si no se les aplica fertilizante químico, ya que el fertilizante animal no se puede comprar. Éste no es el único gasto en dinero que deben hacer las familias para el cultivo. Pagan además, la renta de la yunta o el tractor y el pago de peones. Y precisamente por el alto costo de este último pago, las familias se avienen a permitir que varios hijos o hijas migren sólo temporalmente, para que puedan regresar a ayudar en las escardas y la cosecha. En total, se calculó que los costos financieros del cultivo del maíz, se duplicaron entre 1950 y 1970 (Díaz Polanco, 1974).[9] En la actualidad, el 80 por ciento del costo de producción es monetario.

También ha contribuido a la escasez de tierras la grave erosión de los terrenos debida a la tala irrestricta de árboles —la madera sirve de combustible y de material de construcción de casas en Dotejiare—, de arbusto y de zacatón y la ausencia de obras para detener la erosión. En Toxi, de 1927 a 1950, por ejemplo, se perdieron 21 hectáreas del ejido por este concepto; de esa fecha a 1960 se perdieron 72 hectáreas más.

Las fuentes locales de trabajo asalariado se agotaron: las minas de El Oro, todas en manos de compañías extranjeras, fueron cerrando una a una,

[9] Héctor Díaz Polanco, *La economía campesina* y el *impacto capitalista*, edición mimeografiada, CES, 1974. Cifras citadas en Arizpe. 1978, pp. 112-113.

hasta que la última dejó de funcionar en 1954. La demanda de trabajo asalariado agrícola disminuyó por la mecanización de los ranchos más extensos. En el decenio de los cuarenta se habían abierto brechas y se habían construido carreteras en la región. Los hombres de Toxi trabajaban en esta actividad: mandaban traer comida desde el pueblo porque el salario no incluía pago de comida ni de hospedaje, y dormían en las mismas zanjas que habían cavado durante el día. En todo caso, les proporcionaba una fuente temporal de ingresos que también desapareció en los años cincuenta.

De igual manera cayeron en desuso muchas ocupaciones tradicionales. Ya no se acude al huesero o a la partera sino al médico. Ya no se paga al violinista y al guitarrero del pueblo, sino a una banda de música de la ciudad. Lo mismo se aplica al cohetero, al decorador de altares, al maestro de las danzas tradicionales, a la curandera, al techador y al rezandero.

El pequeño comercio local y el itinerante también han declinado. Los han sustituido los grandes comerciantes radicados en las ciudades regionales y los comerciantes monopolistas del mercado central de la Ciudad de México.

Las artesanías e industrias caseras han decaído casi hasta desaparecer frente a la competencia de productos manufacturados de industrias urbanas. Apenas en los años setenta el gobierno estatal se interesó por reavivar las artesanías, pero no han podido recuperar la importancia que tenían como fuente de ingresos antes de los años cincuenta.

En Dotejiare se conservaron dos actividades importantes. La raíz de zacatón todavía se exporta y proporciona un ingreso líquido en cualquier momento para las familias. Eso, a pesar de que se exporta solamente una cuarta parte de lo que se exportaba a principios de siglo. También ha sufrido un deterioro relativo su precio por la competencia de fibras sintéticas en el mercado internacional. El pulque, la bebida estimulante que se extrae del maguey, también se sigue extrayendo y vendiendo aunque en mucha menor cantidad que antaño, por la competencia con los refrescos y cervezas embotellados, y por el hecho de que su precio real actual equivale aproximadamente al 20 por ciento de su nivel de hace 20 años.

Al tiempo que los procesos anteriores disminuían las posibilidades de obtener ingresos en la localidad, aumentaron, en proporción aún mayor, las necesidades de ingresos en dinero para las familias. Hay nuevos servicios que pagar: la electricidad, los viajes más frecuentes en autobuses, los servi-

cios escolares —aunque son gratuitos se piden con frecuencia cuotas para diversos usos— y, en Toxi, por añadidura, el agua potable y el agua de riego. Además, el impulso consumista a través de los medios masivos de comunicación ha alentado notablemente la adquisición de bienes de consumo: radios, relojes, ropa comercial, muebles y tocadiscos, entre otros.

Cuadro 1
Distribución porcentual de ocupaciones principales y posición del padre de familia

Ocupación y posición del padre de familia	*Toxi*	*Dotejiare*
Agricultura por cuenta propia	25 por ciento (16)	10 por ciento (6)
Agricultura por cuenta propia y actividades extractivas	27 por ciento (17)	85 por ciento (52)
Agricultura por cuenta propia y trabajo migratorio	30 por ciento (19)	0 -
Trabajo asalariado local*	11 por ciento (7)	2 por ciento (1)
Trabajo migratorio**	6 por ciento (4)	2 por ciento (1)
Total	100 por ciento (63)	100 por ciento (60)

Casos faltantes: Toxi 11: Dotejiare 10.
* Incluye peonaje, empleos fabriles, administrativos y de servicios.
** Incluye empleos informales, empleos fabriles y administrativos y actividades por cuenta propia en la ciudad.

Según los censos nacionales de 1970, tanto Toxi como Dotejiare son pueblos campesinos, ya que indican que el 67 y el 89 por ciento, respectivamente, de los padres de familia en cada comunidad se dedican a la agricultura (dato pedido en cuadros especiales a la Dirección de Estadística). Si atendemos únicamente a la ocupación del padre de familia, los resultados de la encuesta[10] apoyan en términos generales la versión de los censos, como puede constatarse en el cuadro 1. Sin embargo, muestran con precisión el hecho de que la mayoría de ellos no se sostienen únicamente de la agricultura, sino que la combinan con otra actividad.

[10]La encuesta fue realizada directamente por la autora en las comunidades. Comprendió 144 casos correspondientes al 10 por ciento de las unidades domésticas de cada comunidad: 74 en Toxi y 70 en Dotejiare.

De acuerdo con lo anterior, el 82 por ciento de los casos en Toxi y el 95 por ciento en Dotejiare dependen de la agricultura, lo que haría pensar que se trata de comunidades con una economía eminentemente campesina. Pero esta impresión cambia si analizamos las actividades del total de la fuerza de trabajo en las unidades domésticas, es decir, incluyendo a todos los adultos, mujeres y hombres, que trabajan.

Cabe aclarar que se incluyeron en el recuento aquellos miembros ausentes del domicilio del grupo doméstico en el momento de la encuesta pero que, a juicio de los entrevistados, todavía se consideran miembros de éste. Casi sin excepción se consideraron de este modo a las hijas e hijos que todavía envían dinero a la familia a pesar de haber estado residiendo varios meses e incluso años en la ciudad.

El cuadro 2 muestra la distorsión que provoca el clasificar la actividad productiva de la unidad doméstica sólo con base en la ocupación principal del padre. Toxi se revela no como un pueblo campesino sino como un pueblo proletario, ya que su fuerza de trabajo asalariado rebasa la campesina, es decir, aquella que ejerce la agricultura por cuenta propia. En Dotejiare, en contraste, no es así, ya que apenas un 12 por ciento depende de un salario.

¿Cómo están distribuidos estos trabajadores entre los grupos domésticos? Responder a esta pregunta nos permite evaluar la capacidad de absorción de mano de obra y las necesidades de ingresos extraagrícolas de las familias. En Toxi el 53 por ciento de las familias tienen trabajadores agrícolas en el grupo familiar; le corresponde a Dotejiare el 96 por ciento.

Cuadro 2
Distribución porcentual del total de fuerza de trabajo (masculina y femenina) por actividad principal

Pueblo	*Agricultura**	*Trabajo doméstico sin remuneración*	*Trabajo asalariado***	*Total*
Toxi	21 por ciento (45)	32 por ciento (69)	47 por ciento (100)	100 por ciento (214)
Dotejiare	53 por ciento (107)	35 por ciento (70)	12 por ciento (25)	100 por ciento (202)

* Incluye actividades extractivas y dos casos de pequeños comercios de productos agrícolas.
** En agricultura y servicios principalmente.
Fuente: Encuesta, 1976.

De éstos, en Dotejiare, a 54 por ciento le corresponde un solo trabajador; al 32 por ciento, dos y al restante, tres trabajadores. Estos últimos casos se refieren a dos familias con propiedad mediana, y a siete con grandes propiedades. En ellas, de hecho, estos trabajadores —los hijos— no realizan directamente labores agrícolas sino que supervisan a los peones o ayudan a atender la tienda familiar. El contraste con Toxi es muy marcado: allí el 92 por ciento de las familias con trabajadores agrícolas tienen sólo uno, y el 8 por ciento tres. Estos últimos casos presentan circunstancias especiales. En dos casos el padre, por idiosincrasia personal, se ha rehusado a dejar que sus hijos e hijas salgan a trabajar fuera del pueblo y los obliga a trabajar de jornaleros en parcelas cercanas. Otro caso es el de tres hermanos que siguieron viviendo juntos con sus esposas e hijos después de la muerte del padre, y que cultivan su parcela y se alquilan como peones en la localidad.

Lo anterior comprueba que el trabajo en las parcelas, en la gran mayoría de los casos, ocupa únicamente a un trabajador agrícola de tiempo completo. La explotación de dos cultivos comerciales en Dotejiare —el zacatón y el pulque— permite que permanezca en el grupo doméstico un segundo trabajador de tiempo completo en un tercio de las familias.

Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que los cultivos requieren también de mano de obra intensiva en ciertas épocas del año. Estas actividades de apoyo al trabajo agrícola las llevan a cabo, en parte, los miembros migrantes temporales y, en parte, las trabajadoras domésticas no remuneradas.

En el 90 por ciento de los casos en ambos pueblos hay trabajadoras domésticas no remuneradas. El resto corresponde a casos especiales de viudos. ¿Cuántas trabajadoras de este tipo pueden sostener los grupos domésticos? En el 80 por ciento de los casos de Dotejiare y en el 94 por ciento de los casos en Toxi, hay una sola trabajadora en los grupos correspondientes. Este hecho indica, en ambos casos, una gran salida de las hijas mayores, quienes de otra manera aparecerían en el recuento. Esta ausencia la confirma el gran desequilibrio en la distribución por sexos entre los hijos mayores: predominan notablemente los varones entre primeros y segundos hijos.

El que un mayor número de casos albergue a más de una trabajadora doméstica en Dotejiare, no se justifica en términos de familias de mayor tamaño que requirieran más ayuda. Sólo en contados casos de familias

ricas, se requiere la ayuda de las hijas para atender la tienda familiar. En cambio, los grupos residentes en Toxi son más grandes. Esto significa que la trabajadora doméstica única en Toxi, de hecho, sobrelleva una carga mucho mayor de trabajo. Esta sobrecarga se hace más pesada por el hecho de que todas las hijas asisten a la escuela.

Un cálculo significativo es que, si sumamos el número de mujeres de Toxi que migran al trabajo doméstico asalariado en la Ciudad de México a las anteriores, nos da una proporción muy semejante al número total de trabajadoras domésticas en Dotejiare. Esto indica que aquí las familias no tienen tanta necesidad de ingresos como para enviar a las hijas al trabajo migratorio. Lo anterior se confirma con datos del estudio de campo ya que, efectivamente, en Dotejiare la gente considera humillante que las hijas vayan a trabajar de sirvientas. Por ello, las pocas que migran se dedican al comercio de frutas en la ciudad.

El 89 por ciento de los casos en Toxi y el 28 por ciento solamente en Dotejiare albergan a trabajadores asalariados. De estos casos en Toxi tienen un trabajador el 59 por ciento, dos el 30 por ciento y tres el 11 por ciento restante. En Dotejiare tienen uno el 81 por ciento y dos el 19 por ciento. El contraste es muy significativo: en Toxi se hace patente la necesidad de varios ingresos monetarios simultáneos para la familia.

Pero el contraste se vuelve dramático, y revelador para el análisis de la migración, al preguntar ¿en dónde y qué tipo de trabajo asalariado realizan estos trabajadores?

El cuadro 3 confirma lo expuesto en páginas anteriores con respecto a la desaparición de fuentes de trabajo asalariado en las localidades estudiadas. Falta preguntar si el desarrollo económico de la región ha creado nuevas fuentes que sustituyen a las desaparecidas. Las cifras del cuadro indican claramente que no ha sido así.

En la región se han creado empleos a través de la ampliación de servicios administrativos, financieros y comerciales en las pequeñas ciudades regionales y de nuevas ocupaciones; por ejemplo: sastre, mecánico, electricista. Pero han sido los hijos de familias residentes de estas ciudades y de unas cuantas en los pueblos, quienes han ingresado a estas ocupaciones. Aun así, la demanda ni siquiera ha podido emplear a todos los jóvenes de este grupo, ya que muchos también han migrado a la Ciudad de México.

Cuadro 3
Distribución porcentual de fuerza de trabajo en trabajo asalariado y migratorio

Pueblo	*Local* por ciento*	*Migratorio***	*Total*
Toxi	14 por ciento	86 por ciento	100 por ciento
	(14)	(86)	(100)
Dotejiare	20 por ciento	80 por ciento	100 por ciento
	(5)	(20)	(25)

* Incluye peonaje, empleados fabriles y administrativos y de servicios en la localidad.
** Incluye ocupaciones informales, empleos fabriles y administrativos, y actividades por cuenta propia en la ciudad.

Destaca lo anterior si lo comparamos con Dotejiare, en donde solamente un 10 por ciento de sus trabajadores —15 por ciento de los "económicamente activos"— migran por temporadas a la ciudad. Por lo demás, la composición de las dos cohortes es muy distinta, por sexo y por tipo de actividad en la ciudad. En Toxi el 84 por ciento de los migrantes son hombres que se emplean como peones de albañil, estibadores y macheteros en los mercados, o como ayudantes de comerciantes y bodegueros. El 16 por ciento restante son mujeres, todas sin excepción empleadas en el servicio doméstico asalariado, y todas envían algo de dinero a sus familias. En contraste, el 60 por ciento de los migrantes en Dotejiare son mujeres, se dedican en su mayoría al comercio ambulante de fruta y pocas envían dinero a sus familias en el pueblo.

Cabe preguntar ahora ¿por qué es tan alta la proporción de migración oscilatoria en Toxi? ¿Por qué no emigran los hombres de una vez por todas, sabiendo que si llegan a recibir tierras será un pedazo ínfimo, y las mujeres, sabiendo que si no se casan no podrán permanecer en el pueblo? La respuesta más sencilla es que no emigran por el bajo nivel de empleo que han encontrado en la ciudad. La mayoría son subempleados. Pero sucede que los hermanos mayores de los que emigraban en el momento de la encuesta, sí se han establecido en la ciudad a pesar de estar ocupados en los mismos subempleos. Además, entre los que emigran en forma oscilatoria hay varios que trabajan en empleos fijos y bien remunerados, como obreros y empleados de oficina.

La hipótesis que propongo es que no se separan definitivamente del grupo doméstico en el pueblo porque están actuando en función de él. En otras palabras, están cumpliendo con un papel asignado en la división de

labores al interior de la unidad campesina. Para entender esto explicaremos la relación entre el trabajo asalariado migratorio y la composición de las familias.

División de labores y composición familiar

El promedio de miembros residentes por grupo doméstico es ligeramente superior en Toxi (6.8 —con desviación estándar de 2.4—) que en Dotejiare (6.2 —con desviación estándar de 2.2—). El cuadro 4 muestra la distribución porcentual de familias según tamaño en los dos pueblos.

El mayor tamaño de los grupos domésticos en Toxi no se debe, como podría pensarse, a familias extensas. Al contrario, éstas corresponden apenas a un 19 por ciento (14 casos) en Toxi y a un tercio (21) de los de Dotejiare. Por otra parte, los casos de familias extensas en ambos pueblos están asociados a la agricultura como ocupación principal del padre de familia. Es decir, los que se dedican al trabajo asalariado, ya sea local o foráneo, no pertenecen a familias extensas.

Además, la mayoría de las familias extensas coinciden con las familias más ricas en ambos pueblos. El número de casos de familias extensas en la muestra es demasiado reducido —10 en Toxi y 16 en Dotejiare— para poder generalizar, pero sí apoyan la hipótesis de una relación entre composición familiar extensa, tipo de actividad económica y tamaño de la propiedad.

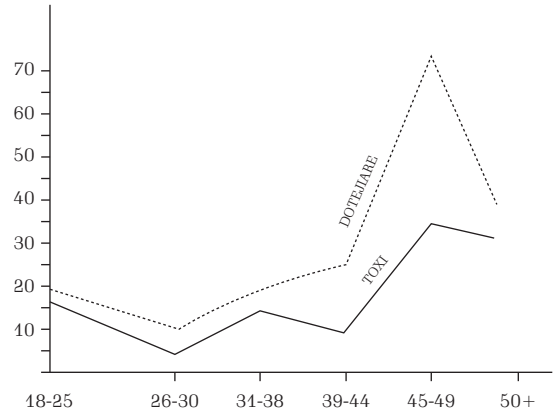
Cuadro 4
Distribución porcentual de los grupos domésticos según tamaño

Pueblo	*Número de miembros*			
	1-5	*6-9*	*10-13*	*Total*
Toxi	25 por ciento (18)	61 por ciento (44)	13 por ciento (10)	100 por ciento (72)
Dotejiare	42 por ciento (29)	47 por ciento (32)	10 por ciento (7)	100 por ciento (68)

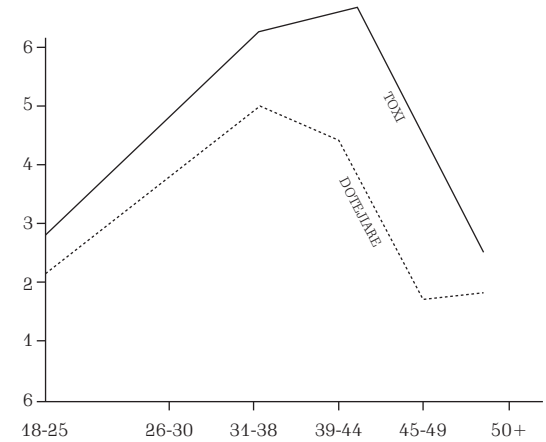
Casos faltantes: Toxi 2; Dotejiare 2.

La mitad de las familias extensas se deben a la presencia de nueras; una quinta parte a la de yernos. En los demás casos, se trata de una familia compuesta fraterna, formada por varios hermanos casados —2 casos—; en otros están presentes abuelas —2 casos—, sobrinos —2 casos— y un entenado (hijo por adopción) —un caso.

Gráfica 1
Porcentaje de familias extensas según ciclo doméstico
Ciclo doméstico (edad de la madre)



Gráfica 2
Promedio de hijos residentes según ciclo doméstico



La presencia de cónyuges de los hijos constituye una etapa normal del ciclo doméstico (Godoy, 1968).[11] Las gráficas 1 y 2 tienen el propósito de mostrar las etapas del ciclo en correlación con las extensiones a la familia nuclear y la salida de los hijos de la familia de orientación.

En la gráfica 1 se nota que las nueras y yernos aparecen en forma marcada en la etapa del ciclo doméstico en la que la madre tiene entre 39 y 50 años. El descenso que se percibe cuando la madre tiene entre 31 y 38 años se debe a que muchos matrimonios jóvenes pasan los primeros años en la ciudad y regresan a la casa paterna o materna cuando sus hijos empiezan a crecer. Puede percibirse, además, que en Dotejiare hay mayor número de familias extensas a todo lo largo del ciclo y, en especial, en las últimas etapas. Es significativo que en Toxi desciende el porcentaje en la última etapa, cuando la madre pasa de los 50 años de edad, pues indica que únicamente tiende a quedarse viviendo en la casa el hijo menor.

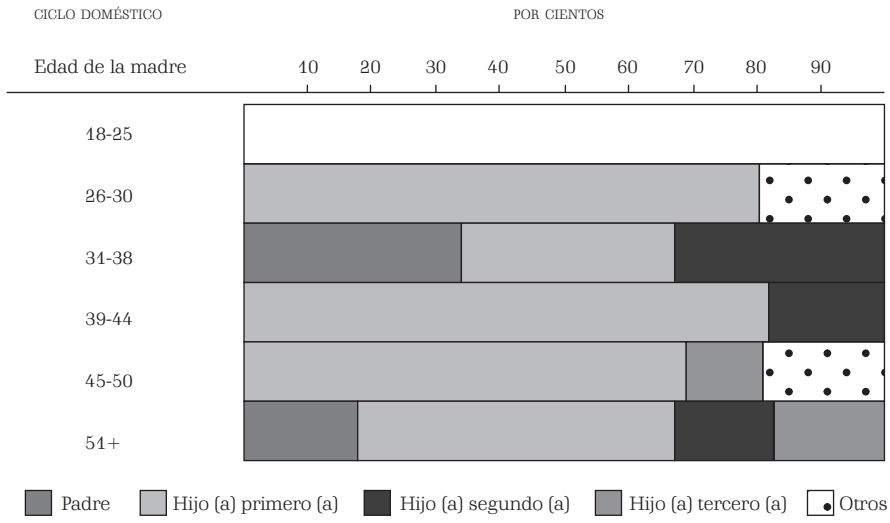
En efecto, se sigue la norma de ultimogenitura: el hijo menor es quien hereda la casa y, si no hay otros hermanos que pidan su parte, la propiedad patrimonial le corresponderá. En este punto la investigación arroja un resultado importante: si bien la norma de ultimogenitura está prescrita por la tradición, el que se cumpla o no dependerá de si los hermanos del heredero logran o no afianzarse en la ciudad o en otro tipo de ocupaciones locales fuera de la agricultura. Si no logran establecerse por su cuenta, el padre, siguiendo la norma alterna de repartición a todos los hijos varones —se excluye a las hijas—, repartirá la tierra entre todos. En los años de 1930 a 1950, no hubo en la región oportunidades económicas fuera de la agricultura; había, en cambio, tierra que podía subdividirse. En consecuencia, se siguió el proceso normal de repartir la tierra a todos los hijos varones. El mismo patrón se siguió en Dotejiare hasta los años setenta.

En cambio, en Toxi, a partir de 1950, las familias empezaron a impulsar a los hijos varones mayores hacia ocupaciones fuera de la agricultura. La notable expansión del empleo en la Ciudad de México de 1950 a 1965 hizo posible que, en efecto, estos hijos se integraran con éxito a la economía urbana.[12]

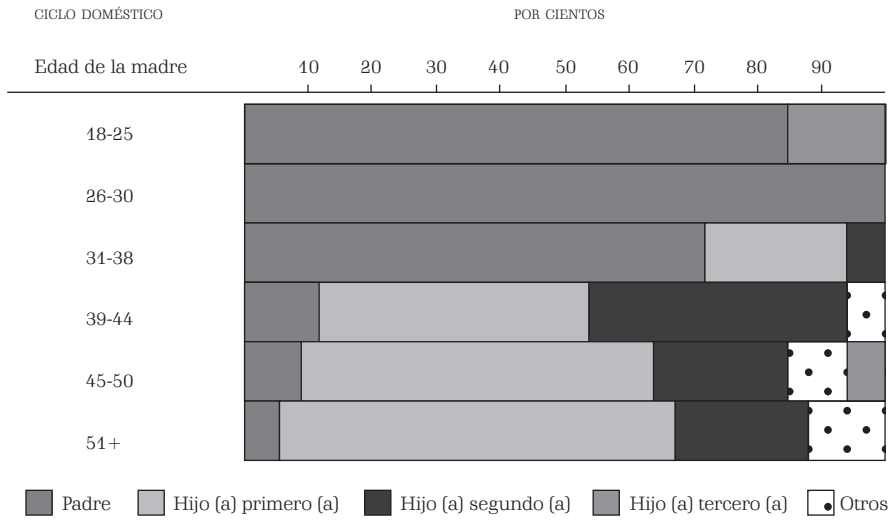
[11]El concepto y método del ciclo de desarrollo del grupo doméstico se exponen en J. Godoy, *The Development Cycle of the Domestic Group*, Cambridge, University Press, 1968. Un método de aplicación de esta técnica se presenta en Arizpe, 1972.

[12]Véase Arizpe, *op. cit.*, 1978, para las cifras correspondientes sobre la Ciudad de México y las historias de vida de los migrantes.

Gráfica 3
Miembros migrantes según ciclo doméstico. Toxi



Gráfica 4
Miembros migrantes según ciclo doméstico. Dotejiare.



Esta estrategia de las familias no puede más que recordar la de la familia troncal de Leplay. Pero el análisis realizado aquí permite postular que no se trata de una norma dictada en abstracto por la tradición, sino de una estrategia que se adapta a cierto contexto económico: frente a la imposibilidad de seguir subdividiendo la tierra, se envía a los hijos que no heredan a otros sectores económicos.

Pero mientras que la familia en Toxi resolvía así el problema del futuro de sus hijos no herederos, se enfrentaba al problema de su propia sobrevivencia en el pueblo. ¿Cómo ha solucionado éste?

Analicemos la gráfica 2. El que no haya un vértice entre la etapa en que la madre tiene 31 y 38 años, indica la ausencia de hijos e hijas entre los 15 y los 22 años que han emigrado definitivamente, ya que no se les considera parte de la familia. Ello indica que no todos los hijos-hijas participan en la estrategia de migración oscilatoria. El declive a partir de esa etapa coincide con la gráfica 1 señalando que al tiempo que empiezan a salir de la casa los hijos e hijas mayores, llegan a residir los hijos-hijas políticos.

Todavía más importante es apreciar en la gráfica 2 lo que aparentemente es una contradicción. A pesar de la escasez de tierras, y del estrangulamiento del presupuesto familiar en Toxi, hay más hijos residentes en todas las etapas del ciclo doméstico que en Dotejiare. El hecho de que en la primera etapa lo sobrepase Dotejiare indica una edad más temprana de matrimonio en esta comunidad; a pesar de ello, posteriormente hay menor número de hijos. Esta discrepancia no se explica por factores de mortalidad, ya que la disponibilidad de servicios médicos y conexos es la misma en las dos comunidades.

Confirma esta observación el promedio de hijos por familia en Toxi, 4.5, comparado con el de Dotejiare, 3.6. En resumen, el pueblo con condiciones económicas más precarias es el que retiene a mayor número de hijos. También puede postularse, con base en los índices generales de crecimiento de la población para las localidades, que en Toxi las familias están teniendo mayor número de hijos. Sin embargo, esta tendencia tendría que verificarse con técnicas demográficas apropiadas. Por ello, en este trabajo me limito a apuntar esto como hipótesis y a centrar el análisis sobre el hecho de que las familias retienen más a los hijos. ¿Por qué los retienen más? Sugiero que el mecanismo que está en juego es una asignación espe-

cial de trabajo para cada uno de los miembros del grupo doméstico con el fin de contrarrestar, precisamente, su debilidad económica.

El cuadro 5 muestra el índice de trabajadores en relación con dependientes por familia según las etapas del ciclo doméstico.

Este cuadro revela los momentos críticos en la relación entre trabajadores y dependientes para los grupos domésticos. Corresponden claramente a las etapas en que los hijos todavía no inician sus actividades económicas.

En Dotejiare esta etapa es algo más temprana, puesto que la edad al contraer matrimonio es menor, de tal manera que la madre a los 25 años por lo general ya tiene varios hijos. Pero en ninguna etapa se llega al desequilibrio que ocurre en Toxi en las etapas 2 y 3 en las que hay más de dos dependientes por cada trabajador.

Cuadro 5
Índice de trabajadores* por dependientes por ciclo doméstico

Ciclo doméstico (edad de la madre)	*Toxi*	*Dotejiare*
18-25	1.16	1.55
26-30	2.06	1.77
31-38	2.29	1.43
39-44	1.48	.95
45-50	1.05	.96
51 o más	.78	1.10

*Incluye a trabajadores agrícolas por cuenta propia, trabajadores domésticos y asalariados. Casos faltantes en cada pueblo: 4 o 2.8 por ciento

¿A qué tipo de actividad se dedican estos trabajadores en las distintas etapas?

El cuadro 6 indica la proporción de trabajadores dedicados a cada una de las actividades mencionadas, en cada etapa del ciclo doméstico. En Toxi el trabajo asalariado migratorio es parte integrante de las labores del grupo doméstico a todo lo largo de su ciclo. Esto contrasta con Dotejiare, en donde se concentra esta actividad en las etapas 4 y 5. Comparando los índices de proporción de trabajadores en relación con dependientes, el cuadro 5 permite comprobar que la actividad migratoria en Dotejiare no es una ne-

cesidad económica puesto que ocurre cuando la proporción de trabajadores en relación con dependientes se encuentra más equilibrada.

Cuadro 6
Distribución porcentual del tipo de actividad* de los trabajadores según ciclo doméstico

Ciclo doméstico (edad de la madre)		*Agricultura*	*Trabajo doméstico*	*Trabajo asalariado local*	*Trabajo asalariado migratorio*	*Total*
18-25	Toxi	0	42	25	33	100
	Dote.	50	45	5	0	100
26-30	Toxi	7	4	3	43	100
	Dote.	51	38	4	7	100
31-38	Toxi	18	39	8	35	100
	Dote.	61	34	0	5	100
39-44	Toxi	27	30	9	34	100
	Dote.	61	26	0	13	100
45-50	Toxi	22	30	7	41	100
	Dote.	43	32	6	18	100
50 o más	Toxi	35	19	10	35	100
	Dote.	54	32	4	10	100

Casos faltantes en cada pueblo: 4 o 2.8 por ciento.
*Calculado mediante el índice: número de trabajadores por actividad específica / número total de trabajadores, aplicado a cada familia y promediado por etapa.

Muestra también el cuadro que los matrimonios jóvenes de Toxi dependen casi exclusivamente de la migración para su sostén. Además a todo lo largo del ciclo, el trabajo migratorio tiene mayor peso que el agrícola en Toxi. Ocurre lo contrario en Dotejiare.

Por otra parte, el trabajo doméstico tiene sus más altos índices de participación en las primeras etapas, hasta que la madre llega a la edad de 38 años. Es precisamente en estas etapas cuando más lleva a cabo trabajo asalariado extradoméstico como sirvienta, jornalera o lavandera en la localidad, o se dedica a la venta de productos de recolección.

Cuadro 7
Distribución porcentual de miembros que migran según ciclo doméstico

Ciclo doméstico (edad de la madre)		*Padre*	*Hijo-a 1º**	*Hijo-a 2º*	*Hijo-a 3º*	*Otros***	*Total*
18-25	Toxi	84 por ciento	-	-	-	16 por ciento	100
	Dote.	-	-	-	-	-	100
26-30	Toxi	100 por ciento	-	-	-	-	100
	Dote.	-	80 por ciento	-	-	20 por ciento	100
31-38	Toxi	66 por ciento	29 por ciento	5 por ciento	-	-	100
	Dote.	33 por ciento	33 por ciento	33 por ciento	-	-	100
39-44	Toxi	9 por ciento	43 por ciento	43 por ciento	5 por ciento	-	100
	Dote.	-	84 por ciento	16 por ciento	-	-	100
45-50	Toxi	8 por ciento	55 por ciento	21 por ciento	11 por ciento	5 por ciento	100
	Dote.	-	70 por ciento	-	10 por ciento	20 por ciento	100
50 o +	Toxi	4 por ciento	61 por ciento	23 por ciento	12 por ciento	-	100
	Dote.	17 por ciento	50 por ciento	17 por ciento	16 por ciento	-	100

*Se refiere a posición ordinal de hijos e hijas residentes.
**Incluye hermanos del padre, un entenado, yernos, nueras y sobrinos.

Sin embargo, el cuadro 6 mide únicamente la proporción de cada tipo de actividad según la etapa del ciclo doméstico sin indicar el número de trabajadores involucrados en cada una de ellas. Para este estudio interesa la variación en número de migrantes en cada etapa. En Toxi, en las dos primeras etapas, por cada diez familias hay siete migrantes; en las dos siguientes, por el mismo número de familias hay 13.7 migrantes, es decir, en más de un tercio de los casos hay dos migrantes por familia; en las últimas dos etapas, el número correspondiente de migrantes es

10.4. En Dotejiare las cifras correspondientes son 3.2, 10.8 y 7 por cada 10 familias.

Conocemos la composición por sexo de estos migrantes —en Toxi la mayoría son varones, en Dotejiare casi todas son mujeres—; resta saber cuál es su posición dentro del grupo doméstico. Esto lo indican el cuadro 7 y las gráficas 2 y 4.

Se hace evidente la falta de regularidad en la migración de Dotejiare según posición en el grupo doméstico, mientras que en Toxi es claro un patrón predominante; de acuerdo con el ciclo doméstico se turnan el padre y las hijas o hijos —conforme van creciendo— en la actividad migratoria: es esta modalidad lo que he designado migración por relevos.

Puede entenderse dicha modalidad como sigue: en Toxi las etapas críticas para las familias en términos de equilibrio entre trabajadores y dependientes, corren desde el momento en que la madre tiene 25 años y hasta que cumple 45. Al aumentar la necesidad de ingresos monetarios durante estos 20 años, la unidad campesina debe asegurar este ingreso a través del trabajo asalariado. Para ello necesita, mínimo, de tres a cuatro hijos, por lo siguiente: las hijas por lo general contribuyen en menos de cinco años al presupuesto familiar, ya que migran alrededor de los 14 años y se casan entre los 18 y los 20 años. Al casarse, por lo general su trabajo se transfiere en los primeros años del grupo doméstico del padre del esposo, y al suyo propio cuando ella y su esposo ponen residencia aparte. Los hijos varones contribuyen en promedio siete años al presupuesto familiar. Migran también alrededor de los 14 años, y se casan alrededor de los 21, pero traen a su esposa a vivir a la casa. Así, para cubrir el ingreso asalariado durante veinte años, podemos calcular que la familia se beneficia si cuenta, como mínimo, con tres hijos varones o cuatro hijos e hijas combinados.

Tal número permite cumplir mínimamente con la estrategia migratoria, es decir, apenas para asegurar la supervivencia y la reproducción social de la familia. Esta reproducción resulta precaria pues queda sujeta a eventos adversos como podrían ser la muerte de alguno de los hijos, el descenso de los salarios o ganancias que puedan obtenerse, el desempleo y otros acontecimientos imprevistos. Recordemos que se trata de unidades de producción sin recursos en que apoyarse. Por ello, si la unidad quiere asegurarse esta reproducción tiene que invertir.

Pero las posibilidades de invertir dinero, tiempo y esfuerzo en la producción en las condiciones económicas de Toxi, son muy limitadas. Por una parte, la poca disponibilidad de tierras hace difícil la ampliación de la producción; la fragmentación a su vez hace imposible la mecanización. Por otra, no hay posibilidades de invertir en actividades extraagrícolas: no hay mercado local para los servicios ni para la venta de producción artesanal o de industrias caseras; el comercio está dominado por los intermediarios monopolistas. Al no poder invertir aquellos recursos en la producción, sugerimos que las familias los "invierten", por así decirlo, en su reproducción social ampliada. Esto es, aumentar el número de trabajadores que pueden eventualmente obtener un ingreso.

Los datos de observación señalan que en las primeras dos etapas del ciclo los excedentes de la unidad doméstica se reinvierten en la crianza y la alimentación del mayor número posible de hijos.

De ahí que la madre nunca migre: se requiere su presencia constante y sus embarazos continuos para producir hijos y para criarlos. A mayor número de hijos, mayor capacidad eventual de ahorro por el ingreso migratorio con que contribuye cada uno. Esto lo demuestra el cuadro 8 que revela que a mayor número de hijos la proporción migratoria se incrementa.

A grandes rasgos, si calculamos que para contar con un ingreso asalariado en las etapas críticas para la producción familiar, la unidad campesina requiere cuatro hijos, el ingreso adicional que proporcionan los hijos a partir del quinto resulta un excedente para la unidad doméstica. A mayor número de hijos, pues, mayor excedente.

Cuadro 8
Porcentaje de miembros del grupo doméstico
que migran según número de hijos residentes en Toxi

*Porcentaje de migrantes**					
Número de hijos	*Padre*	*Hijo-a*	*Hijo-a*	*Hijo-a*	*Otros***
Residentes		1º**	2º**	3º**	
1 a 3	36.0	36.0	16.0	4.0	0
4 a 6	36.4	36.4	24.2	9.1	6
7 a 11	35.7	50.0	50.0	7.1	0

*Sobre un total de personas en cada categoría.
**Véanse indicaciones en el cuadro 7.

Así, al tener y al retener a un mayor número de hijos, las familias tienen más posibilidades de llevar a cabo una migración por relevos y así lograr un excedente para inversión. Es evidente que este estudio no podría demostrar que las familias tienen más hijos con este fin pero el análisis sí señala, sin lugar a dudas, que las familias sí retienen más a los hijos y que existe una relación recíproca entre el número de hijos y la migración por relevos.

Este excedente económico, ¿en qué lo invierten? Frente a las escasas oportunidades para invertir en la estructura económica en Toxi, los datos indican que lo invierten en la educación de los hijos menores.

La costumbre de que los hermanos mayores ayuden a pagar la educación de los menores es tradicional en México. Pero en épocas anteriores en Toxi, por lo general eran las hermanas mayores quienes con su ingreso financiaban la escolaridad de los hermanos varones menores, es decir, pagaban su alimentación, los gastos escolares y su sustitución en las labores del campo. Actualmente, la apertura de oportunidades de empleo para mujeres, en especial en la fábrica de Pastejé, ha hecho que los padres consideren importante la educación y capacitación de las hijas. Hoy en día hay menos diferencia en la asistencia a la escuela primaria entre hijos e hijas.

A continuación se señalan los niveles de escolaridad de los hijos entre los 4 y los 13 años según las etapas del ciclo doméstico. No se trata simplemente de que a mayor edad de los hijos éstos tengan mayor escolaridad, ya que es evidente que los hijos que cuentan con menos de 13 años en las últimas etapas del ciclo son los hijos menores.

Resumiendo, dadas las condiciones económicas prevalecientes en Toxi, con tres o cuatro hijos el grupo doméstico asegura una reproducción precaria. Con más de cuatro hijos fortalece sus posibilidades de reproducción y logra un excedente que le permite ahorrar. Utiliza los ahorros para protegerse contra el desempleo invirtiendo en el nivel educativo de los hijos menores.

Conclusiones

Toxi y Dotejiare se hallan en dos momentos distintos de un mismo proceso: la descomposición de la economía campesina tradicional basada en la producción familiar.

Cuadro 9
Promedio de escolaridad de los miembros del grupo doméstico
de 4 a 13 años según ciclo doméstico

Pueblo	*Ciclo doméstico (edad de la madre)*						
	18-25	26-30	31-38	39-44	45-50	51 y +	Total
Toxi	-	2.2	4.2	4.4	5.0	7.0*	
Dotejiare	-	2.0	2.5	3.0	3.0	6.0	

*Corresponde al primer año de escuela secundaria.
Casos faltantes: 3 o 3.1 por ciento.

En Toxi la atomización y erosión de la tierra, la desaparición de la producción artesanal e industrial doméstica y de las ocupaciones tradicionales; la creciente centralización del comercio y de la industria fabril en la Ciudad de México, y el deterioro de los términos de intercambio entre las comunidades, y este último a través de mecanismos de precios, fiscales y crediticios, han contribuido a provocar el desempleo de mano de obra. El proceso de inserción en el mercado nacional ha creado una sobrepoblación relativa que no puede emplearse en la localidad. El empleo creado a través de la ampliación de servicios, y de unas cuantas industrias fabriles en la región, no ha compensado la pérdida de ocupaciones tradicionales, artesanías e industrias caseras. Debido a la centralización excesiva de la industria a partir de 1950, se crearon fuentes de trabajo predominantemente en la Ciudad de México. De acuerdo con el análisis, Toxi es un pueblo proletario más que campesino, ya que la mitad de sus trabajadores son asalariados. Si estuviera localizado dentro del perímetro de la zona metropolitana, sería considerado como un barrio proletario. Como se localiza, por el contrario, a 250 kilómetros de ésta, sus trabajadores desempleados se tienen que trasladar a la ciudad para ocuparse y son, por tanto, emigrantes.

El 80 por ciento de los miembros de los grupos domésticos en Toxi son trabajadores asalariados y de éstos el 86 por ciento se emplean en la ciudad a través de la migración oscilatoria, es decir, son emigrantes que se consideran todavía miembros residentes del grupo familiar en Toxi. En la Ciudad de México se caracterizan por ocupar subempleos y empleos eventuales, de bajos salarios y mínima productividad. Están involucrados en

este tipo de migración mayor número de hombres que de mujeres. Estas últimas se emplean exclusivamente en el trabajo doméstico asalariado.

La dinámica de la migración por relevos se entiende sólo en relación con el ciclo de los grupos domésticos. En las dos primeras etapas (edad de la madre = 18 a 30 años) el padre y la madre intensifican sus labores puesto que sobrellevan toda la carga de trabajo del grupo doméstico. La madre ha perdido las actividades productivas que llevaba a cabo en la producción doméstica campesina: ya no se ocupa en la artesanía, ni en la industria doméstica ni en el pequeño comercio. Todas sus energías, pues, desplazadas del proceso productivo, se concentran en la reproducción de hijos; o sea, en su reproducción social. Por la importancia que adquiere en las nuevas condiciones del minifundio el contar con muchos hijos, con corto espaciamiento entre los nacimientos, la madre nunca emigra fuera de la comunidad. Permanece en ella y se añade al trabajo asalariado local como sirvienta o lavandera y a su trabajo doméstico no remunerado, las labores agrícolas y de cuidado de animales de su marido cuando éste se ausenta por la migración. Pero la intensidad de su trabajo no merma, como antaño, al crecer las hijas para que la ayudaran en sus labores, ya que ahora asisten éstas a la escuela y poco después emigran a trabajar a la ciudad. Así, los cambios económicos han obligado a la madre a sobrellevar ella sola, como nunca antes, un trabajo doméstico ampliado.

El padre intensifica su trabajo en las dos primeras etapas del ciclo combinando el trabajo agrícola con el trabajo migratorio. Pero a partir de la tercera etapa los hijos o hijas mayores empiezan a sustituirlo en el trabajo migratorio. Cuando éstos empiezan a separarse del grupo doméstico, a partir de la cuarta etapa del ciclo doméstico, al tener la madre 40 años o más, las hijas o hijos que siguen los sustituyen en el turno migratorio. Esta migración por relevos constituye una estrategia para asegurarle al grupo doméstico un ingreso asalariado en cada una de las etapas del ciclo. Dicho ingreso resulta imprescindible para financiar el cultivo de maíz, cultivo que resulta incosteable pero que permite a la familia conservar la propiedad de la tierra.

Para cumplir con esta estrategia, que les asegura mínimamente la reproducción social, la unidad doméstica requiere cuando menos de cuatro hijos o hijas. Con más de cuatro hijos o hijas la unidad acumula los ingresos adicionales de los hijos después del cuarto, lo que fortalece sus

posibilidades de reproducirse y asimismo le permite invertir en la educación de los hijos menores. Este tipo de inversión, en las condiciones económicas de la comunidad, resulta la más viable, por las razones que se expusieron en el texto. Estos mecanismos podrían explicar por qué los padres siguen teniendo gran número de hijos aun cuando ya no hay tierras que repartirles ni empleos para ocuparlos. También explicaría por qué en Toxi se retienen durante mayor tiempo los hijos en la casa paterna que en Dotejiare.

La situación anterior marca un agudo contraste con Dotejiare, en donde todavía predomina una economía agrícola campesina.

El promedio del número de hijos residentes es menor y, en cambio, hay mayor número de familias extensas. La migración se presenta entre los jóvenes, en especial entre las mujeres jóvenes y en las etapas tercera y cuarta del ciclo doméstico (edad de la madre = 31 a 44 años) pero no responde a una estrategia deliberada del grupo familiar. De hecho no hay regularidad en el tipo de migración excepto que es mayoritariamente femenina, y que estas migrantes se ocupan en el comercio ambulante en la ciudad pero no siempre envían dinero a sus casas.

Este contraste, a mi juicio, se debe a dos condiciones que han retrasado el proceso de proletarización tan acelerado que sufrió Toxi. Estas dos condiciones en Dotejiare son: la mayor disponibilidad de tierras y el ingreso de actividades extractivas locales. El ingreso en dinero que en Toxi proviene del trabajo migratorio, en Dotejiare proviene de la venta de la raíz de zacatón y del pulque. Sin embargo, es previsible que estas dos actividades desaparezcan en un futuro próximo. La primera, por la competencia de fibras sintéticas en el mercado internacional, que constantemente hace bajar su precio; y la segunda, por la competencia de los refrescos y cervezas embotellados en fábricas urbanas.

El análisis señala, pues, que al menos en este tipo de comunidad cercana a una metrópoli industrial pueden identificarse similitudes con lo ocurrido en Europa Occidental durante el siglo pasado. Es similar en tanto que la fragmentación de las tierras por la norma de herencia equipartida ha llevado a una fragmentación de los recursos de las unidades domésticas tal y como ocurrió en Francia. En forma contradictoria, es también similar en que la alta movilidad geográfica de la mano de obra favoreció la concentración de la industria en la Ciudad de México.

También coincide en que las familias extensas tienden a ser aquellas que están asociadas a la agricultura y que cuentan con más recursos. Pero hay una diferencia a este respecto: la estrategia de familia troncal la siguen las familias ricas, puesto que envían a sus hijos a estudiar y a radicar en la ciudad, diversificando así sus contactos con distintos sectores de la economía. Pero también la llevan a cabo las familias minifundistas: frente a la imposibilidad de entregarles tierras a todos los hijos, envían a los mayores en migración primero oscilatoria y luego permanente a la ciudad. Se apoya lo discutido en la introducción: que la familia troncal no es un tipo de composición familiar sino una estrategia que resulta favorable en dos contextos: cuando la familia es rica o cuando la familia no tiene tierras que heredarles a todos sus hijos.

Dicho de otra manera, significa que la norma cultural de herencia se cumple dependiendo de las condiciones económicas en que se halle la familia. La ultimogenitura, norma tradicional en el campo mexicano, que se alterna con la norma equipartida constitucional, se cumple de acuerdo con la disponibilidad de tierras o de empleo que existan para los hijos varones. Si las familias disponen de tierras, caso raro en Toxi, los migrantes temporales regresan a vivir en ellas. Si no las hay, permanecen en forma definitiva en la ciudad, independientemente del futuro que se abra allí para ellos, futuro que a partir de fines de los años sesenta no era muy prometedor en la Ciudad de México. Visto desde un punto de vista global, parecería que estamos frente a una estrategia que resulta funcional a nivel de las unidades campesinas y antifuncional para la economía en su conjunto.

Si lo anterior es cierto, contradice la tesis de que el capital industrial ha "refuncionalizado" la economía de subsistencia para seguirla utilizando como reserva de mano de obra que le ahorre el costo social de su reproducción. Sin duda ésta ha sido y seguirá siendo una de las contribuciones del sector campesino al desarrollo industrial. Pero esta tesis no logra explicar las consecuencias negativas del crecimiento de población para el desarrollo capitalista ni el interés correspondiente de los grupos dominantes empresariales por reducir este crecimiento. Existe, es cierto, la posición contraria —por ejemplo la de Paul Singer (1972)—, que afirma que el crecimiento de la población es funcional porque amplía el mercado interno. Sin embargo, la situación actual en países en desarrollo parece mostrar lo contrario.

Una explicación alternativa a la tesis de la "refuncionalización" surge de las conclusiones de este trabajo. En primer lugar, se puede concluir que los campesinos no sufren pasivamente las presiones estructurales. En el caso analizado, a partir de una estrategia familiar, los campesinos están recuperando recursos a través de la migración por relevos para continuar con una empresa agrícola ya incosteable y así asegurar su reproducción social. Esta estrategia de migración la llevan a cabo con base en una reproducción ampliada de hijos-hijas trabajadores.

Para apoyar esta proposición no proponemos que las campesinas y los campesinos tomen deliberada y conscientemente una decisión de tener mayor número de hijos. Basta con mostrar que, no obstante el descenso de la mortalidad que ha provocado una mayor sobrevivencia de los hijos y una mayor esperanza de vida para los padres, no han surgido razones que hayan inducido a la toma de decisión, ahora sí, deliberada y consciente, de evitar el tener muchos hijos. Al contrario, el número ampliado de hijos se ha ajustado a las condiciones económicas de la familia de tal manera que ha permitido su sobrevivencia.

En suma, la tesis que se propone explicaría uno de los factores que contribuyen a la persistencia de la economía campesina. Gracias a la estrategia de la migración por relevos —sin exclusión de otras estrategias semejantes o diferentes—, el campesinado ha podido resistir la destrucción de su modo de vida, impuesta por el proceso de desarrollo capitalista. Al no aparecer razones económicas ni ideológicas precisas tendientes a reducir el número de nacimientos, de acuerdo con el análisis expuesto, se entendería el ilimitado crecimiento de población en el campo. También explicaría el arraigo de valores culturales que sujetan a las mujeres exclusivamente al papel de reproductoras biológicas. Finalmente, también permitiría comprender la doble naturaleza de Toxi: una comunidad campesina que es a la vez pueblo proletario suburbano de la metrópoli industrial de la Ciudad de México.

Así, frente a la inserción en el mercado nacional en términos muy desiguales, las familias campesinas de Toxi no han sufrido en forma inerte el desempleo y el deterioro de su nivel de vida, sino que han respondido con su propia estrategia. Si los recursos se han centralizado en la ciudad, había que enviar "ramales" a recuperar parte de esos recursos. A través de la migración por relevos, canalizan de regreso al grupo doméstico rural parte

de la riqueza que la ciudad les extrae a través de un proceso de desarrollo desigual. La ciudad maneja la circulación de capitales en bienes y dinero. Los campesinos, atomizada su tierra, manejan la circulación de su único "capital": sus hijos.

Nota. Agradezco mucho los comentarios hechos por colegas que permitieron hacer más preciso este trabajo, en especial los de Orlandina de Oliveira, Jorge Balán, Brígida García y Bryan Roberts.

Fuentes consultadas

Arizpe, L. (1972), *Parentesco y economía en una sociedad nahua*, México, Instituto Nacional Indigenista.

_____ (1975), *Indígenas en la ciudad: el caso de las "Marías"*, México, Sep-Setentas.

_____ (1976), "La ideología del indio y la economía campesina", en R. Stavenhagen (ed.), *Capitalismo y campesinado*, México, CIS-INAH, pp. 99-129.

_____ (1976), "La mujer en el sector informal de la Ciudad de México", en *Estudios de población*, vol. 1, núm. II, Bogotá, Colombia, pp. 627-645.

_____ (1978), *Migración, etnicismo y cambio económico*, México, El Colegio de México.

Berkner, L. K. (1972), "The Stem Family and the Development Cycle of the Peasant Household: An 18th Century Austrian Example", en *American Historical Review*, vol. 77, núm. 2, pp. 398-418.

Bloch, R. (1976), "Changing Domestic Roles among Polish Inmigrant Women", en *Antropology Quarterly*, 49, I, pp. 3-11.

Boserup, E. (1970), *Woman's Role in Economic Development*, Londres, George Alien and Unwin, Ltd.

Brinley, T. (1954), *Migration and Economic Growth*, Cambridge, Cambridge University Press.

Browning, H., J. Balán y E. Jelin (1977), *Hombres en una sociedad en desarrollo*, México, Fondo de Cultura Económica.

Buttcrworth, D. (1971), "Migración rural-urbana en América Latina: el estado de nuestro conocimiento", en *América Indígena*, pp. 52-85.

Castels, M. (1975), "Immigrant Workers and Class Struggles in Advanced Capitalism; The Western European Experience", en *Politics and Society*, Nueva York, Sage Publications.

_____ (1976), *Urbanización*, México, Siglo XXI Editores.

CERNEA, M. (1979), "Monitoring Project Impact: Monitor and Evaluation in the PIDER Rural Development Project México", en *World Bank Staff*, Working Paper, núm. 332.
CLACSO (1973, 1974 y 1975), *Migración y desarrollo*, vols. I, II y III, Buenos Aires, CLACSO.
CONNELL, J., B. Dasgupta *et al.* (1976), *Migration from Rural Areas: The Evidence from Village Studies*, Nueva Delhi, Oxford University Press.
CHAYANOV, A. y R. M. Rússovich (1974), *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
DEERE, C.D. (1978), *The Differentiation of the Peasantry and the Economic Basis of Family Structure: A Peruvian Case Study*, edición mimeografiada, Universidad de Amherst.
_____ (1976), "Rural Women's Subsistence Production in the Capitalist Periphery", en *Review of Radical Politics / Economics*, 8, I, pp. 9-18.
DCNICH, B. "Urbanization and Women's Roles in Yugoslavia", en *Anthropology Quarterly*, 49, 1, pp. 11-19.
DÍAZ POLANCO, H. (1974), *La economía campesina y el impacto capitalista*, edición mimeografiada.
ELIZAGA, J.C. (1970), "*Migración al área metropolitana de América Latina*. Santiago de Chile. Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), *Dinámica de la población en México*, México, El Colegio de México.
FABELA, I. (1958), *Los ejidos del Estado de México*, México, Gobierno del Estado de México, 1958.
GERMANI, G. (1965), "Emigración del campo a la ciudad y sus causas", en Gilberti, H. (ed.), *Sociedad y Reforma Agraria*, Buenos Aires.
GODOY, J. (1968), *The Development Cycle of the Domestic Group*, Cambridge, U. Press.
GÓMEZ OLIVER, L. (1978), "Crisis agrícola, crisis de los campesinos", en *Comercio Exterior*, 18, 6, pp. 714-727.
HABBAKUK, H. J. (1968), "Family Structure and Economic Change in I9th Century Europe", en N. Bell y E. Vogel (eds.), *A Modern Introduction to the Family*, Glencoe, Illionois, Free Press.
HARRIS, J. y M. Todaro (1970), "Migration. Unemployment and Development: A Two Sector Analvsis", en *American Economic Review*, pp. 126-142.
HAUSER. P. (ed.) (1967), *La urbanización en América Latina*, Buenos Aires.
JELIN, E. (1977), "Migration and Labour Force Participation of Latin America Women", en *Women and National Development*, Chicago, Chicago University Press.
KEMPER, R. (1976), *Campesinos en la ciudad*, México, Sep-Setentas.
MEILLASOUX, C. (1977), *Mujeres, graneros y capitales*, México, Siglo XXI Editores.

MITCHEL, C. (1959), "The Causes of Labour Migration", en *Bulletin of the Inter-American Labour Institute*, VI, 1, pp. 12-17.

MUÑOZ, H. y O. Oliveira (1972), "Migraciones internas en América Latina: exposición y crítica de algunos análisis", en Muñoz *et al.*, *Migración y desarrollo*, Buenos Aires, CLACSO.

_____, O. Oliveira y C. Stern (1977), *Migración y desigualdad social en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México.

OLIVEIRA, O. y C. Stern (1972), "Notas acerca de la teoría de las migraciones internas: aspectos sociológicos", en Muñoz *et al.*, *Migración y desarrollo*, Buenos Aires, CLACSO.

PELTIER, R. y A. Galván (1972), *Encuesta sobre mujeres dedicadas a la venta ambulante*, manuscrito.

PARÉ. L. (1978), *El proletariado agrícola*, México, Siglo XXI Editores.

RAVENSTEIN, E. G. (1885), "The Laws of Migration", en *Journal of the Statistical Society of London*, XLVIII, part. 11.

REYNOLDS, C. (1972), *The Mexican Economy*, Connecticut, New Haven.

SAFA, H. (1978), *Migration and Development*, La Haya, Mouton Publishers.

SCHWARSWELLER, H. y J. J. Mangalam, "General Theory in the Study of Migration: Current Needsand Difficulties", en *Journal of Migration*, IX. pp. 3-17.

SINGER, P. (1972), "Migraciones internas: consideraciones teóricas sobre su estudio", en Muñoz *et al.*, *Migración v desarrollo*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 45-67.

_____ (1979), *La economía política de la urbanización*, México, Siglo XXI Editores.

SOLÍS, L. (1967), "Hacia un análisis general a largo plazo del desarrollo económico de México", en *Economía y demografía*, México, pp. 52-58.

STERN, C. (1977), *Migración y desigualdad social*, México, El Colegio de México.

TAGLIORETTI, G. (1981), *Women's Participation in the Labour Market and Migratory Processes in Uruguay*, UNESCO SS/80/Conf. 627/7, 02, 1981.

YOUNG, K. (1978), "Economía campesina, grupo doméstico y migración", en *América Indígena*.

_____ (1982), "The Creation of a Relative Surplus Population: A Case Study from México", en L. Beneria, *From Dawn to Dusk*, Ginebra, Organización Internacional del Trabajo.

YOUSSET, N. (1971), "Social Structure and the Female Labour Force: The Case of Women in Muslim Middle Eastern Countries", en *Demography*, pp. 427-449.

Capítulo 17

Migración indígena, problemas analíticos*

El estudio de pequeños grupos en la migración rural-urbana

Más que otros fenómenos sociales, el estudio de la migración presenta dificultades teóricas particulares por estar insertada en procesos sociales y económicos mayores que influyen en ellas en forma decisiva. Incluso se ha llegado a afirmar, como lo hacen los sociólogos Muñoz, Oliveira y Stern (1972), que la migración no constituye un área de estudio susceptible de ser analizada en sí misma como un fenómeno: se trataría, en cambio, de un síntoma o del resultado de otros procesos que requerirían ser explicados previamente. En efecto, el aislar a la migración del juego de variaciones demográficas, económicas y sociales, que la acompañan, ha provocado, como sugieren Schwarsweller y Mangalam (1969), que la gran mayoría de estudios sobre este tema hayan partido de premisas equivocadas; a saber, que la migración es un fenómeno azaroso, individual y único, cada vez que ocurre.

Dicha dificultad teórica se hace más aguda en el estudio de pequeños grupos de migrantes. Los estudios de este tipo realizados en Latinoamérica, por lo mismo, han adolecido de graves deficiencias. En el peor de los casos, los investigadores no han estado conscientes de estarse enfrentando a un fenómeno que, por sus dimensiones en todo el subcontinente, es masivo, y así han confundido las causas de la migración —primordialmente la rural-urbana— con las motivaciones de ella, lo que reduce sus estudios a encuestas de opiniones. En el mejor de los casos, el comprender

Revista Nueva Antropología, vol. II, núm. 5, julio de 1976, Mexico, Asociación Nueva, pp. 63-89. Antropología, A.C.

que el pequeño grupo que se estudia forma parte de un fenómeno más amplio, ha llevado a la búsqueda de marcos teóricos más generales; pero, hasta ahora, sólo se ha tomado como tal la teoría de la modernización (*cfr*. Germani, 1965; Hauser, 1967).

Al nivel más general, la migración, en especial la rural-urbana, cuando se presenta a escala masiva, está relacionada con los mecanismos de la oferta y demanda de mano de obra. En dichos mecanismos, una variable primordial, las más de las veces, es la industrialización. Sin embargo, esta relación causal es sólo una explicación parcial. Explica el ajuste mecánico entre recursos y población, pero no las variaciones que han ocurrido en distintos periodos en diferentes países.

En Inglaterra, por ejemplo, la migración interna, en niveles considerables, se dio en el siglo pasado a resultas de un incremento de población en las áreas rurales —muy moderado, una tasa de 1.0 por década (Saville, 1957: 2), en comparación con el promedio de 3.5 en América Latina hoy en día—, y del cambio operado en la economía rural debido a la nueva legislación sobre tierras comunales. La proporción de población excedente en estas áreas aumentó durante la recesión económica de la agricultura en la primera mitad del siglo XIX, y por consecuencia de la maquinación de la misma hacia fines de ese siglo. Las industrias en expansión, gracias a los enormes mercados de consumidores que ofrecían las colonias y la multiplicación de servicios y amenidades fueron atrayendo a los migrantes a las ciudades, en especial a los hombres y mujeres jóvenes. Pronto, la proporción de migrantes en las grandes ciudades fue mayor de la que podía ser absorbida por la demanda de mano de obra de las industrias. Consecuentemente, muchos de ellos emigraron a ultramar a las colonias imperiales o a Estados Unidos, Australia y Canadá. Sin embargo, emigraban sólo en caso de no poderse emplear en Inglaterra: se estableció así una correlación inversa entre la migración de ultramar y la exportación de capitales. Es decir, en la medida en que aumentaban las primeras, disminuían las segundas, y viceversa (Brinley, 1954, p. 125).

A pesar de las limitaciones que tiene el hacer comparaciones tan generales, el contraste con la forma en que se ha dado este mismo proceso en África y en América Latina señala diferencias muy significativas. En las antiguas colonias inglesas del África Negra puede decirse que se dio un proceso de industrialización sin urbanización. La migración ha sido de

hombres jóvenes, en su mayor número, que salen de sus zonas tribales solamente por temporada. Lo hacían a fin de conseguir el dinero necesario para pagar impuestos —de hecho, se ha afirmado que la introducción de éstos por la administración colonial fue una medida para impulsar la migración a los centros de trabajo—, para adquirir bienes de consumo, y por los atractivos que les ofrecían las ciudades. Las mujeres, los ancianos y los niños permanecían en las zonas tribales, puesto que en las ciudades no se había creado para ellos ni una demanda laboral ni una oferta de servicios. Ni la administración colonial ni las empresas aportaron medidas de seguridad social, de vivienda, de transportes u otro tipo de servicios que permitiera a los migrantes establecerse permanentemente en los centros de trabajo. Se creó así un patrón de migración periódica y temporal, en que la mayoría de los migrantes se desplazaban continuamente de su comunidad tribal de origen a los centros laborales.

En América Latina, la migración rural-urbana ha estado asociada a una incipiente expansión industrial en algunas ciudades y al empobrecimiento y desempleo en el campo. Tanto el estancamiento económico como el desarrollo comercial —aunado con la mecanización de la agricultura— han provocado desempleo, y los campesinos se han trasladado a las ciudades. El crecimiento vegetativo de la población ha aumentado en forma dramática la mano de obra sobrante. Además, la demanda de ella en las ciudades, a causa de una expansión industrial, y la posibilidad de ganarse la vida mediante actividades marginales, como son la venta ambulante o la prestación de servicios no especializados, han fortalecido la atracción de migrantes. Sin embargo, muy pocas ciudades, si no es que ninguna, han logrado absorber a los migrantes a niveles adecuados de remuneración, por lo que la proliferación de barriadas paupérrimas se ha convertido en la nota distintiva de la migración rural-urbana en estos países. En breves palabras, puede decirse que las condiciones de la economía internacional no permiten la industrialización acelerada, siguiendo el modelo clásico del desarrollo capitalista; el crecimiento de la población es el más alto que registran históricamente los demógrafos, y no existen posibilidades de migración al exterior. Son estos tres factores los que han moldeado de manera decisiva el carácter de la migración interna en América Latina.

He citado los tres casos anteriores, de manera simplificada, sólo para establecer el contexto en que se ha dado históricamente la migración inter-

na en forma masiva. Visto así, se aclara su naturaleza de fenómeno integrante de la transformación capitalista de la economía de los distintos países, ya sea siguiendo un "desarrollo clásico", ya sea un "subdesarrollo deformado o dependiente".

A nivel teórico, ¿cómo se explica la relación entre población y economía? Los economistas de la escuela clásica y los maltusianos afirman que existe una proporción óptima de población para una cantidad limitada de recursos: al sobrepasarse esta proporción, se crea una población sobrante que deberá reasignarse a otros recursos. El problema del bienestar se resuelve, pues, manteniendo un equilibrio entre ambos factores, primordialmente a través del control del crecimiento de la población o, alternativamente, mediante el aumento de los recursos. La escuela contraria, la del marxismo, sostiene que no existe un problema de escasez de recursos ni de sobrepoblación. Estos síntomas aparecen porque hay una mediación política en el intercambio entre ambos factores: una clase social controla el acceso a estos recursos en beneficio propio. El bienestar se logra, pues, reestructurando las relaciones de la población con los recursos.

Estas dos interpretaciones generales han producido teorías explicativas divergentes para la migración, basadas en dos concepciones sobre lo que constituye el desarrollo económico. Por un lado, existe el esquema restoviano, o como lo llama Gunder Frank, el "enfoque de zanja". Con tinte evolutivo y ahistórico, afirma que el desarrollo es el extremo de dos polos cuya distancia deben zanjar los países subdesarrollados en su camino hacia el bienestar. No amplío esta discusión, porque es ya bien conocida. La menciono porque la teoría de la modernización, que se ha utilizado en el estudio de la migración, es un desprendimiento culturalista de este esquema. Basándose en la dualidad heurística entre tradicionalismo y modernización, esta teoría concibe a la migración como una representación espacial de dicha dicotomía. Su contraparte geográfica son el pueblo y la ciudad. Pero al ignorar la estructura económica y política que los engloba, los oponentes de esta teoría tienen que apoyarse fuertemente en las diferencias culturales de los dos polos, para poder mostrar que son independientes. De ahí la tendencia de los antropólogos a estudiar la migración entre un pueblo y una ciudad con distintas culturas. Su interés central se enfoca hacia el cambio cultural que acompaña la migración. Para los sociólogos que siguen esta corriente, no se trata ya de una transformación cultural,

pero sí de un cambio de actitudes. Porque consideran que, finalmente, las modificaciones que ocurren son resultado de la selección que hacen los actores de opciones de comportamiento. El modelo de toma de decisiones es el esqueleto metodológico de la teoría de la modernización. Dicho en otras palabras: si las transformaciones sociales en estos países son primordialmente un cambio de actitudes tendientes hacia la modernización, las motivaciones subjetivas de los actores, y, en el caso de la migración, de los migrantes, son las que determinan su manera de actuar, y ésta, a su vez, es la que conforma el proceso social. De hecho, lo que intenta explicar esta teoría es la *selectividad* de los migrantes, objetivo aceptable siempre y cuando se acepte que no por ello está explicando el fenómeno en sí.

En el estudio de pequeños grupos, el modelo de la modernización tiene la ventaja de poderse aplicar indistintamente a cualquier nivel paramétrico. Digamos, para estudiar la modernización a nivel de un país, o al nivel de un pueblo.

En cambio, el enfoque alternativo, histórico y estructural, no se ha operacionalizado para estudiar pequeños grupos. Según dicho enfoque, la migración rural-urbana es el resultado de los grandes procesos económicos y políticos por los que atraviesa un país. Las preguntas a las que responde (Oliveira y Stern, 1973) se ubican a nivel de procesos predominantemente macrosociológicos. Pero una vez explicada la migración por cambios estructurales, el investigador se topa con la microincógnita: ¿por qué la selectividad? Argüello (1973) lo formula claramente: después de explicar por qué las distintas formas de producción en el campo chileno tienden a expeler migrantes, formula la siguiente pregunta: ¿Entonces por qué no migran todos?

Contestar a esta pregunta, me parece que es la labor del antropólogo. Pero llega a un terreno lleno de tentaciones y obstáculos. Una tentación es que, dado que su punto de partida metodológico es el individuo informante, pase a considerar a éste como su punto de partida teórico. En efecto, es ésta la premisa implícita, tanto en el esquema de la modernización como en el de la toma de decisiones: a saber, que la migración es una acumulación de decisiones individuales. Pero el individuo no recibe las presiones estructurales sino a través de una medición: la del grupo al que pertenece, ya sea éste una unidad cultural, ya sea una clase social. De este grupo precisamente recibe la mayoría de las actitudes que asume. Si no partimos

de esta premisa, el estudio de la migración, a través de casos, se convierte en una enumeración de motivaciones cuya aglutinación se hace basándose en similitudes superficiales de opinión.

La segunda tentación consiste en ignorar aquellas presiones que no son verbalizadas por los entrevistados. De ahí la importancia de la representatividad de los casos estudiados, y del conocimiento a fondo del contexto local y regional en que se hallan insertados éstos.

Además, el mayor obstáculo que encuentra el antropólogo que toma como marco de referencia para la migración los procesos macroeconómicos es la falta de instrumental, tanto metodológico como teórico, con qué ligar los distintos niveles paramétricos.

El propósito de la investigación que realicé sobre un grupo de migrantes indígenas a la Ciudad de México fue, claro, en primer lugar, explicar por qué migraban y por qué se daban diversas formas de migrar entre ellos. Pero en una segunda etapa de la investigación intenté resolver algunos de los problemas teóricos que presenta la investigación microsociológica de la migración. En este trabajo, presento los resultados preliminares obtenidos con relación a: *1)* evaluar las posibilidades inductivas del método antropológico para el estudio específico de la migración; *2)* comprobar si el modelo de toma de decisiones es adecuado para un estudio de esta índole, y *3)* sugerir los lineamientos de un modelo que permita operacionalizar el estudio de pequeños grupos dentro de una visión histórico-estructural de la migración.

La migración en la región mazahua

La región mazahua abarca once municipios localizados en el rincón noreste del Estado de México, en los que habitan cerca de 100 mil hablantes de la lengua mazahua, conviviendo con unos 80 mil mestizos. Los grandes poblados, Atlacomulco e Ixtlahuaca, dominan la región, desde el punto de vista político y económico. San Felipe del Progreso, otra cabecera municipal, constituye el centro social más importante de la población mazahua.

La investigación se inició con un somero recorrido por toda la región y una indagación más precisa en seis comunidades en cuanto a los siguientes puntos: distancia de la Ciudad de México, facilidad de transporte

a ella, proporción de la población migratoria, formas de migración, tipo de economía, grado de conservación de los valores y costumbres de la cultura tradicional, y, finalmente, aceptación de los investigadores. Con apoyo en estos criterios, fueron seleccionadas dos comunidades mazahuas para ejecutar trabajo de campo intensivo; al mismo tiempo, se ampliaba la investigación para estudiar a los emigrantes de estos mismos pueblos en la Ciudad de México.

El contraste que presentan las dos comunidades permitiría responder a estas preguntas: San Francisco Dotejiare, pueblo de 3,701 habitantes, con 97 por ciento de hablantes de mazahua y 38.6 por ciento de alfabetizados, ha contribuido con el mayor número de mujeres —de las llamadas popularmente "Marías"— que venden fruta en las calles de la ciudad capital mexicana. Según una encuesta, el 62.3 por ciento de éstas proviene de Dotejiare (Peltier y Galván, 1971). Inaccesible, comunicado sólo por brecha con el exterior, Dotejiare es el típico pueblo mazahua; en él imperan todavía las costumbres y valores tradicionales, cuya conservación es reforzada por el hecho de que las familias viven sumamente dispersas en los montes y ejidos. A pesar de ello, hay una corriente continua de emigraciones temporales de mazahuas que se trasladan a la Ciudad de México, en donde se dedican a la venta ambulante, a la albañilería, y a los servicios no especializados; *i.e.*, como cargadores y macheteros en los mercados y como mozos. Existe también una bien delineada colonia de emigrantes permanentes en la ciudad, que conservan su estilo de vida rural, su lengua y su indumentaria mazahua.

En cambio, de Santiago Toxi, comunidad de 3,818 pobladores, no salen "Marías". Sus emigrantes tienden a querer establecerse permanentemente, casi todos ellos, en la ciudad: se integran a empleos no marginales; como empleados y dependientes en tiendas y negocios, choferes, obreros y oficinistas, o establecen su negocio propio; *i.e.*, un puesto en un mercado, o una tienda en alguna colonia suburbana. Pierden casi de inmediato la lengua y la indumentaria mazahua y se diluyen socialmente de manera rápida en la población urbana. El pueblo mismo está sufriendo una transculturación acelerada —sólo el 47.7 por ciento habla el mazahua y su índice de alfabetismo es de 41.3 por ciento—, en parte como resultado directo de cambios culturales fomentados por una gran industria establecida en el municipio contiguo. Dicha industria ha sido un virtual experimento para

"convertir a ejidatarios en obreros", según las palabras de su gerente. Cerca de 50 mujeres y hombres, jóvenes los más, trabajan en la fábrica. Todo ello ha ejercido un importante influjo en su forma de migración.

En las comunidades, durante el trabajo de campo, se realizó un estudio etnográfico completo para darle un marco inmediato a los datos y relatos de los entrevistados. Desde los primeros momentos, se hizo obvio que un estudio sincrónico habría ofrecido datos poco interesantes: se habrían enunciado solamente cuántos emigrantes habían salido en fecha reciente, qué motivos daban para haberlo hecho, en qué condiciones se habían trasladado, dónde se habían instalado en la ciudad, etcétera. Pero al congelar el momento para cuantificar sujetos, se habría perdido el proceso que nos interesa. Esto se hizo aún más patente al empezar a recoger relatos del tiempo reciente de las comunidades e historias de vida: se hicieron transparentes, a través de los relatos, varias etapas migratorias con distintos patrones de migración y de asimilación a la sociedad urbana. Para explicar la migración actual de estos grupos, pues, había que mostrar cómo se había originado ésta en las comunidades, y para explicar sus distintas modalidades había que entender el proceso histórico, económico y político de las comunidades, e, incluso, algunos procesos que sólo se hicieron claros a nivel regional.

En seguida se describe el papel de la migración en la historia local, con base en relatos de informantes, datos históricos recogidos en libros y censos estadísticos de población.

1900-1930

A principios de este siglo, la vida en la región mazahua, al igual que en la mayor parte del país, giraba en torno a la existencia de grandes haciendas. Eran éstas extensos latifundios en manos privadas, que controlaban la producción y la comercialización agrícola. En ellas se cultivaba principalmente el maíz, el frijol, la cebada, la avena, la haba y la alfalfa; productos que la hacienda vendía a los pueblos libres de los alrededores, todos de población mazahua, o a regiones más alejadas, transportándolos por carreta. Dos tipos de haciendas especializadas existieron en la región mazahua; en la meseta de Ixtlahuaca, varias haciendas y ranchos se dedicaban a la cría

de ganado: la hacienda de Boxinó, por ejemplo, vendía ganado corriente a los carniceros de Ixtlahuaca, en la imposibilidad de llevarlo a otros mercados; *i.e.*, el de Toluca, por falta de transporte. El rancho de El Rocío y la hacienda de Pastejé criaban toros de lidia, y otro rancho cercano, caballos pura sangre para el Hipódromo. Éstos eran llevados en carretas o a pie hasta la capital.

En la zona de San Felipe del Progreso, algunas haciendas se caracterizaban por una organización de tipo plantación, por las necesidades del cultivo del zacatón, el producto comercial de la región, que se exportaba a diversos países, principalmente de Europa.

En general, los recuerdos de informantes coinciden en que las condiciones de trabajo y de vida de los peones en las haciendas eran muy duras: se les pagaba poco, se les maltrataba, se les enganchaba con las deudas de la temible tienda de raya, y no se les permitía irse a trabajar a otra parte. Esto es importante: cuando un peón se hallaba en la "lista" de una hacienda, no podía irse a trabajar a otra si no le extendían un documento en el que constaba que se le permitía ausentarse; de otra manera, no le darían trabajo en ninguna otra hacienda. La movilidad geográfica, entonces, sólo era posible para los peones no *acasillados*.

El comercio en pequeño, por la frecuencia con que es mencionado en los relatos, era una actividad continua en las vidas de casi todos los campesinos mazahuas. Una imagen muy evocadora de esta actividad es la que nos da un viajero, Rivera Cambas, al atravesar la región mazahua en 1883: Dice: "...en estas soledades, reina el silencio más grande y nadie creería que por aquí vive gente si no fuera por el encuentro ocasional con indios acarreando semillas y bastimento al mercado de Toluca y hasta el de México. Así, siempre llevan fruta, pájaros silvestres, tejamanil, y, a veces, carbón; los acompañan sus esposas e hijos, todos cargando pesados bultos y arreando burros pacientes..." (Rivera Cambas, 1883, p. 56).

Este comercio itinerante tomaba muchas formas: el padre de Anacleto Solís traía a vender aguardiente de caña, en burro, desde Cuernavaca hasta Santiago Toxi; otras veces, caminaba hasta Quiroga, Michoacán, donde compraba loza, que llevaba a vender a los ranchos de la sierra. Otro informante acarreaba carbón a vender a El Oro, y trigo a San Juan del Río. En el camino, cuenta que se encontraba a veces hasta con 20 arrieros, con sus burros y mulas, cargados de mercancías. Estos arrieros pasaban periódi-

camente por Toxi y Dotejiare, llegando hasta las chozas más apartadas de los mazahuas a vender recaudo. Don Luis, el hombre más prominente de Dotejiare, recuerda que ésa fue su labor de joven: "ranchear" fruta de Zitácuaro hasta San Felipe.

Un grupo regular que participaba en este comercio era el de "polleros" y "huacaleros" que llevaban mercancías a la Ciudad de México. Los que a esto se dedicaban en Ixtlahuaca, por ejemplo, compraban pollos y guajolotes en este mercado los lunes. Descansaban martes y miércoles. El jueves, tempranito, salían a pie para la ciudad, llegando a ella el viernes por la noche, después de pernoctar en los fríos bosques de la Sierra de Lerma. El sábado se presentaban en la gran plaza de La Merced a vender sus aves, y regresaban a Ixtlahuaca el domingo.

El trabajo en las minas era otra importante fuente de ingresos en aquel tiempo. A principios de siglo, las minas de El Oro producían grandes cantidades de ese mineral, y absorbían mano de obra de toda la zona circunvecina. Los mazahuas de Dotejiare, así como de Santiago Toxi, iban a trabajar allá, en los meses durante los cuales no había labores que ejecutar en sus milpas.

Entre 1915 y 1920, el terremoto de la Revolución, y otro real, terrestre, junto con una epidemia de gripe que diezmó la población, parecen haber soltado las amarras de la población, y cuentan que gran cantidad de familias vagaban por la región en busca de qué comer. Algunas, como la de José Antonino, de Toxi, se fueron a la capital con otras familias mazahuas; allí, él se ocupó en descargar granos de los vagones del tren, acarreándolos a las bodegas de La Merced. Duró en ese trabajo varios años, hasta que supieron que la situación se había calmado en sus pueblos, y entonces regresaron.

Después de la Revolución, las haciendas siguieron funcionando normalmente: las condiciones no habían cambiado. Aunque para ir a la ciudad de México todavía había que tomar el tren o venirse a pie, algunos hombres jóvenes de los dos pueblos empezaron a salir a trabajar a la ciudad. Pero sólo se quedaban algunos años para regresar luego a trabajar la parcela que les heredaba su padre.

En general, la situación en aquel tiempo la resume este comentario de un anciano de Dotejiare: "Antes, en tiempos de los abuelos, no salían. ¿A qué, si no había trabajo en la Ciudad de México? Se tenían que ir a pie tres

días, y la mayoría no iba. Entonces no se necesitaba tanto (emigrar) porque todo era barato, de a centavo el kilo. Daban las cosas por montones, no por báscula como ahora".

1930-1950

Dos hechos, ambos por iniciativa del gobierno nacional en la década de los treinta, provocaron cambios radicales en los dos pueblos: por una parte, se alteró la organización política de la región; por otra parte se realizó la reforma agraria.

Hasta entonces, la región mazahua había estado englobada políticamente dentro de los límites del Distrito de Ixtlahuaca, con sede del gobierno distrital en ese poblado. Éste se dividía a su vez en municipalidades, una de las cuales era San Felipe del Progreso. En 1930, se subdividió el distrito en municipios libres, cada uno con una cabecera donde se asienta el gobierno municipal. Santiago Toxi quedó comprendido en el municipio de Ixtlahuaca, y Dotejiare, en el de San Felipe del Progreso. En términos reales, esto permitió el desarrollo económico y político de las cabeceras, que se transformaron en centros de comercio y servicios para los pequeños pueblos de su municipio.

El segundo acontecimiento que influyó en la vida de los pueblos fue el reparto de la tierra que se llevó a efecto por la reforma agraria. En el valle de Ixtlahuaca, se desmantelaron casi todas las haciendas, y en su lugar se fundaron pueblos.

En 1928, se concedió al pueblo de Santiago Toxi un ejido de 1,413 hectáreas de tierras de las haciendas de Pastejé, Enyejé, Ticaque y Huerejé el Grande. Los 718 ejidatarios recibieron parcelas de un promedio de 2.5 hectáreas, quedando 158 individuos con derechos a salvo (Fabila, s.f., p. 187).

En Dotejiare el ejido se dotó en 1937, fecha en que se inició una lucha sangrienta por el control de las tierras ejidales, que terminó en 1952, al consolidarse como líder político único don Luis Cruz. En la dotación, 451 ejidatarios recibieron un promedio de 3.0 hectáreas de tierra cada uno (Fabila, s. f., p. 437).

El hecho es que la situación económica de los campesinos mejoró repentinamente, y en los años posteriores al reparto de las tierras, en la dé-

cada de los treinta y cuarenta, *el usufructo de dichas tierras era suficiente para la manutención de las familias*.

La migración se limitaba, en ese entonces, como ya dijimos, al trabajo temporal, por parte de hombres y mujeres jóvenes, y a la salida de algunos individuos con rasgos personales especiales.

El comercio itinerante a pequeña escala se siguió practicando, siguiendo las mismas rutas y características que en décadas anteriores. Con la desaparición del trabajo asalariado en las minas de El Oro y en las haciendas, sin embargo, los campesinos buscaron otras fuentes de trabajo temporal. Una que apareció a partir de la década de los cuarenta fue el trabajo en la construcción de caminos. La primera vez que participaron en ellos los mazahuas de Dotejiare y Toxi fue en la construcción de la carretera de Toluca a Villa Victoria. Cuenta Marcelino Hernández, que, al enterarse de que ofrecían allí trabajo, él y varios compañeros se decidieron a ir. Durante toda la temporada en que duró la construcción, excepto en los meses en que regresaban al pueblo a realizar alguna labor en las milpas, permanecieron en el lugar de la construcción, durmiendo en una zanja por no haber casas donde hospedarse. Desde entonces, se delinea ya el carácter colectivo que muestra la migración laboral en el pueblo: de entre ellos se escogió a un "huacalero", que salía de Toxi todos los días a las 4 de la mañana, después de haber recibido comida de las esposas de los trabajadores para llevarles el desayuno, que éstos recibían oportunamente a las ocho de la mañana. Entre todos, le pagaban un pequeño salario; le daban también encargos —ropa o dinero— que traer o llevar a sus familias.

El trabajo en la construcción de carretera fue incrementándose ya entrada la década de los cincuenta. La carretera principal de Toluca a Ixtlahuaca, Atlacomulco y San Felipe, se abrió en 1945. Brechas de Villa Victoria a San Felipe y a El Oro se abrieron a principios de los años cincuenta. En todas estas obras pudieron trabajar los mazahuas de ambos pueblos.

Pero fue precisamente a partir de los años cuarenta cuando la Ciudad de México empezó a ser la principal fuente de trabajo temporal para los campesinos mazahuas. Esto se debió, en parte, al hecho de que se hubieran agotado otras fuentes de trabajo, ya mencionadas, y a que algunos individuos excepcionales se establecieron en la ciudad y se hicieron proveedores de información, de hospedaje y de empleo para sus paisanos.

Dos ejemplos servirán para ilustrar esta relación: José Matos, del pueblo de Providencia —cerca de Dotejiare— se fue a vivir a Xochimilco, donde compró tierras en unas chinampas. Periódicamente, iba al pueblo a reclutar jóvenes que le ayudaran en la siembra y cosecha de verduras. Les pagaba 50 pesos cada dos semanas, de lo cual, cuenta un informante, gastaba 20 pesos para comida y enviaban 30 pesos a sus familias. Pronto se estableció un tráfico continuo entre Xochimilco y los pueblos de Providencia y Dotejiare. Algunos muchachos empezaron entonces a extraer la raíz de zacatón en los alrededores de Xochimilco. Poco después fueron a Tlalnepantla, también a extraer dicha raíz. Otros grupos de jóvenes salieron, con el mismo objeto a los estados de Puebla, Jalisco y Michoacán.

Lo importante es que José Matos, a quien llamaban "tío", según la costumbre mazahua de designar así a cualquier hombre de edad, les dio trabajo no sólo a los jóvenes mazahuas de la Providencia, sino que "se corrió la voz" y empezaron a ir de todos los pueblos cercanos; entre ellos, de Dotejiare.

Otro caso parecido, pero con diferencias importantes, es el de los hermanos Vieira, de Santiago Toxi. Emigraron a la Ciudad de México en los años cuarenta, y lograron establecer un próspero negocio de librerías e imprentas. Posteriormente, han venido a trabajar para ellos, en calidad de empleados y de sirvientas, muchos jóvenes de Toxi. Su relación, sin embargo, ha sido de clientela, ya que los Vieira son mestizos y se han incorporado de lleno al estilo de vida urbana.

Otro tipo de emigrante individual excepcional es el que representa Lorenzo Miranda, también de Toxi. A los 10 años, por iniciativa propia, salió a la ciudad a trabajar de mozo en una casa. Ahorró hasta reunir lo necesario para comprar una pollería. La compró, la vendió luego, y pasó por una serie de aventuras por demás simpáticas, que sería demasiado largo relatar. Terminó siendo un hombre muy rico, dueño de una cadena de pollerías y puestos de jugos. Hace cinco años, regresó a vivir a Toxi. Su casa estilo urbano, de dos pisos, con puertas y balcones de hierro, y sus tres automóviles y una camioneta, representan a ojos de los del pueblo el éxito que puede obtenerse con sólo irse a la ciudad. Así, don Lorenzo, aunque no actuó como empleado de emigrantes del pueblo, ha desempeñado un papel importante en fortalecer la idea de que la migración hace fácil ascender económica y socialmente.

En cambio, el resto de historias personales de emigrantes repiten un mismo patrón de migración estacional; salían a la Ciudad de México en tren o a pie; trabajaban de cargadores o macheteros en La Merced; ahorraban algún dinero, y regresaban a Toxi.

En Dotejiare, según cuentan, en aquel tiempo había muy poca migración, probablemente debido a que los trabajadores aprovechaban el tiempo en que no había labores en las milpas, dedicándose a la extracción del zacatón. Además, el pueblo se encontraba más alejado y aislado geográficamente, y justamente en aquellos años se hallaba sumido en matanzas intestinas que hacían arriesgado el desplazarse.

Finalmente, después de sucederse varios asesinatos y cambios de comisariado ejidal, don Luis Cruz logró mantenerse en su puesto y consolidar su posición política en el pueblo. Ello ocasionó el éxodo masivo de la facción opositora, y se estima que unas 25 familias salieron intempestivamente a establecerse en la Ciudad de México.

1950-1970

En la década de los cincuenta resaltan con claridad las condiciones que han influido en convertir lo que fue en los años cuarenta un movimiento individual y costumbrista, en una migración masiva, cuyas proporciones han modificado por completo la conformación social y económica de la región.

Por una parte, se hicieron sentir los efectos de la explosión demográfica: los índices de crecimiento de ambos municipios fueron más altos que el nacional para la década de los cincuenta. Ixtlahuaca aumentó su población con un índice anual de crecimiento de 4.5, y San Felipe del Progreso, de 4.0 (dato proporcionado por el demógrafo Agustín Porras).

En ambos pueblos, el crecimiento de la población fue explosivo. Sin embargo, por circunstancias especiales, la presión demográfica les afectó en forma diferencial.

En Dotejiare, debido a la salida precipitada de una parte de su población, no se ha hecho sentir con agudeza la presión sobre la tierra. Una encuesta, hecha en 1956, mostró que cada ejidatario tenía todavía como promedio 2.5 hectáreas de tierra. En cambio, la misma encuesta en Toxi

reveló que las parcelas ya se habían reducido a un promedio de 0.5 a dos hectáreas (Fabila, s.f., pp. 287 y 437).

Las razones para esta mayor presión demográfica en Toxi son las siguientes: el índice de mortalidad decreció al hacerse disponibles los servicios médicos en Ixtlahuaca y en Toluca. Esto se nota en la pirámide de edades del municipio de Ixtlahuaca de 1950. Un cálculo sencillo explica la escasez de tierras: en el municipio, las mujeres que entraron en edad de procrear en los años treinta, tuvieron un promedio de 7 hijos, según el censo de 1970. Aun teniendo en cuenta la mortalidad, podemos calcular que tuvieron cuando menos de dos a tres hijos varones a quienes repartir la parcela patrimonial. Si éstas originalmente tuvieron un promedio de 2.5 hectáreas, significa que la segunda generación de ejidatarios, los que tomaron posesión de ellas a principios de los años cincuenta, recibieron una hectárea o menos. Las hijas, obviamente, no tuvieron posibilidad de heredar las tierras, y la legislación sobre tierras ejidales incluso no lo permitía.

Para principios de los años cincuenta, como resultado de ello, la migración permanente y temporal se intensificó en Santiago Toxi y en otros pueblos del municipio.

El destino de casi todos los emigrantes de Toxi era la Ciudad de México. Los hombres adultos seguían yendo a la ciudad, por temporadas, a trabajar como cargadores y macheteros en La Merced. Pero ya había un número considerable de niños y adolescentes que, desde los doce y trece años, saltan a la ciudad, y allí permanecían hasta pasados los veinte años. Han sido estos hombres jóvenes —que son ahora jefes de familia— los que han tenido una influencia decisiva en provocar cambios sociales y políticos en el pueblo.

José Maldonado, por ejemplo, trabajó desde los trece años descargando por la noche los camiones de verduras en La Merced. Ganaba de 30 a 40 pesos trabajando toda la noche. Dormía en las mañanas, y en las tardes asistía a la escuela para aprender "a escribir y a hacer cuentas".

Sobresalen en las historias personales de estos emigrantes su afán por aprender a leer y escribir, adiestramiento que no pudieron recibir en el pueblo por la falta de interés de sus padres y por los pocos maestros con que contaba la escuela. Pero una vez en la ciudad, al entrar en un sistema en que dichos conocimientos cuentan para "progresar", adquirieron interés en educarse: interés que ahora han suscitado en sus hijos, a quienes

han enviado sin dilación a las escuelas primaria y secundaria. Incluso algunas familias se han trasladado a México a fin de asegurar esta educación para sus hijos. Ahora bien, un punto vital que comprender es que no hay empleos mediante los cuales "progresar" en el pueblo, de manera que, para cumplir con este nuevo esquema ideológico de movilidad social, los jóvenes se tienen que trasladar a la ciudad.

Ya para esta época, se había consolidado una amplia red de trabajo y de intercambio de información entre La Merced y Santiago Toxi. Los tres emigrantes dueños de bodegas proveían y proveen de empleo a los hombres jóvenes del pueblo y de otros pueblos de la región. El constante ir y venir de emigrantes ha establecido canales permanentes de información y todos ellos se comunican y están al tanto de sus mutuas actividades. Es típico un comentario, como el siguiente, por parte de una mujer cuyo esposo estaba trabajando en la ciudad: —"No, si ya me dijeron que esta semana no me va a traer centavos porque los perdió antenoche a las cartas…". Para reforzar este vínculo pueblo-ciudad existe ya desde los años cincuenta el "correo", un hombre que se dedica a llevar y traer encargos entre Toxi y la Ciudad de México. Actualmente, desempeña este papel José Vidal. Sale del pueblo todos los domingos a las 6 a.m. hacia la capital. Se pasea en la ciudad hasta las 12, y de las 12 a la una de la tarde, espera en la estación de los autobuses de la Herradura, a recibir los encargos de emigrantes en la ciudad: algunos recogen la ropa limpia que les envía su familia y mandan de regreso algún dinero y su ropa sucia; alguna mujer joven que trabaja de sirvienta le manda un recado a su padre para que la venga a recoger, porque no está "a gusto en donde trabaja"; otra manda preguntar si ya se alivió su madre; otros muchachos envían regalos a sus novias allá en el pueblo. A las seis de la tarde, José ya está de regreso en Toxi, repartiendo recados. Además de este "correo", cada fin de semana hay alguien que va al pueblo y, si se quiere enviar algún recado o bulto, no hay más que preguntar quién está por irse, generalmente será un pariente propio, o de alguien conocido, y se realiza el encargo con facilidad.

En Dotejiare, en cambio, la situación general en la década de los cincuenta fue muy distinta. No existía en ese entonces la necesidad imperiosa de emigrar estacionalmente para sobrevivir. Las tierras eran todavía abundantes, y la extracción de la raíz de zacatón proporcionaba el ingreso líquido que se necesitaba para otros gastos. Al contrario de otros pueblos cir-

cundantes, en los que pronto se acabó el zacatón por haber sido explotado con demasiada rapidez, en Dotejiare, don Luis logró convencer a los ejidatarios de que se plantara nuevamente zacatón. Esto fue en 1952, y, gracias a ello, en la actualidad el pueblo cuenta con la reserva más alta de zacatón de la zona.

Pero el hecho de que un grupo de gente del pueblo estuviera instalado en la Ciudad de México funcionó como estímulo a la migración. Lo interesante de esto es que casi todos los que salían a la ciudad por alguna temporada, se dedicaban a vender fruta en las calles. Y sucedió que, a principios de los años sesenta, al intensificarse la represión de la venta ambulante, por parte de las autoridades urbanas, los hombres de Dotejiare empezaron a llevar a sus esposas para que ellas vendieran, ya que la represión contra ellas ha sido menos dura, aunque igualmente brutal.

En Dotejiare, los datos muestran que un grupo doméstico de unas cinco personas, el promedio es de seis, puede subsistir si posee 2 hectáreas de terreno y un ingreso líquido, ya sea que éste provenga del zacatón, o de raspar magueyes, o de vender pulque, o de una pequeña tienda, o de la venta de algunos animales, o de la contribución monetaria de un hijo o hija. Es decir, la migración en Dotejiare es opcional para la subsistencia. En Toxi no lo es.

Un factor de atracción poderoso en la migración durante los años sesenta, ha sido el aumento en los ingresos que podían obtenerse en la Ciudad de México. Por ejemplo, el salario de un albañil, 90 pesos semanales en 1955, se duplicó en 1965, y en 1971 ha llegado a 224 pesos. En ese mismo lapso, el jornal agrícola subió de 42 pesos semanales en 1955, 60 pesos en 1965, y a 90 pesos en 1971. Los incrementos de las ganancias en la venta ambulante y en otros tipos de servicios marginales en la ciudad son aún más altos. Esta discrepancia, en un principio, aceleró la salida masiva de gente de Dotejiare hacia la ciudad. Apenas en los primeros días de los años setenta comenzó a notarse entre los emigrantes la desilusión de que a altas ganancias corresponden altos gastos de vida en la ciudad, y de que, por tanto, no aseguran un nivel de vida mucho más alto. Unas cuantas familias han empezado a regresar a Dotejiare. Petra Albino y su esposo, por ejemplo, habían vendido sus tierras y se habían ido a vivir a la Ciudad de México. Pero allí, no pudo él encontrar un trabajo permanente, y sobrevivían gracias a la venta de frutas a que ella se dedicaba. La policía la

arrestó varias veces: en una ocasión tuvo que quedarse 15 días encerrada en la cárcel por no poder pagar la multa. Al ver que no tenían futuro en la ciudad, regresaron al pueblo. Habían pasado 10 años en la ciudad, cuando "las cosas eran baratas". En 1974, su esposo se ocupaba de nuevo en extraer la raíz de zacatón, y con eso lograban mantenerse. Esperaban poder comprar otra parcela y, por lo pronto, él trabajaba una parcela "a medias".

Conclusiones

El análisis de los procesos de migración que acabamos de describir, en sus distintos aspectos de economía, estructura de poder en la región, familia y parentesco, y estratificación social, nos permitió llegar a las siguientes conclusiones, en cuanto a los puntos que expusimos al principio de este trabajo que son, a saber, la validez del estudio antropológico de pequeños grupos migratorios.

En primer lugar, se hizo patente que el estudio restringido heurísticamente a una o a dos comunidades no habría permitido explicar los procesos sociales que se han dado en ellas; entre los cuales está la migración. En efecto, todos los acontecimientos que afectaron en forma decisiva a las comunidades, provinieron del exterior: la posibilidad de trabajo en las minas —y posteriormente su desaparición—, la Revolución, la reorganización política en municipios, las iniciativas políticas que apoyaron o derrocaron a los caciques en las comunidades, la reforma agraria, la construcción de carreteras, la extensión de los servicios médicos, la instalación de las escuelas, la disponibilidad de insumos y maquinaria agrícola, y el punto más importante, el surgimiento de la Ciudad de México como enorme mercado de trabajo, con una amplia demanda de mano de obra no calificada.

Puede apreciarse que todos estos hechos forman parte de un solo proceso económico, político y social, a nivel macrosociológico. Aislar analíticamente, pues, en su interior, a una o a dos comunidades, como suelen hacerlo los antropólogos para estudiar la migración, llega a ser a todas luces inadecuado. Tampoco son adecuados los esquemas dualistas que consideran al pueblo y a la ciudad como sistemas independientes cuyo vínculo es el emigrante: se pierde entonces el hecho de que ambos están entrevera-

dos en un proceso mayor. Y la migración, cuando es masiva, como en el caso de los mazahuas, está especialmente ligada con dicho proceso.

En segundo lugar, se confirmó lo expuesto como hipótesis en un principio: el error de intentar generalizar partiendo únicamente de las verbalizaciones de los informantes. En la reconstrucción que hicimos de la historia reciente de las comunidades, resalta el hecho de que muy pocos individuos en ella —aunque sí los hay— han logrado tener una visión sociológica e histórica amplia de la misma, como para haber podido describir el proceso social mayor en que están insertadas las comunidades. Es decir, el individuo, por estar dentro de la tela social, difícilmente puede realizar la tarea del científico social: verla a distancia, desde fuera. La colección de gran número de relatos individuales, incluyendo sus motivaciones para emigrar, no asegura, pues, de ningún modo, la reconstrucción del proceso social.

Respecto de esto, el estudio hecho en Toxi y en Dotejiare mostró lo siguiente:

1. Se encontró, en algunos casos, una fuerte discrepancia entre las causas globales de la migración y las motivaciones que dan los emigrantes para salir de sus pueblos de origen. Esto se debe, casi siempre, a una distinta posición de clase del informante. Un ejemplo ilustrará este punto: en Dotejiare, un grupo de gente afirma que los emigrantes se van por flojos, por "dejados", porque prefieren la vida "fácil y promiscua" de la ciudad. En Toxi, no hubo opiniones como ésta. Sólo puede encontrarse coherencia a estas divergencias cuando, al revisar entrevista por entrevista, se hizo evidente que casi todos los que así se habían expresado pertenecen a una exigua burguesía rural; es decir, son aquellos cuyas propiedades les permiten sobrevivir holgadamente en el pueblo, y que, además, gozan también de privilegio político. La posición de clase, por tanto, influye de manera importante en la apreciación que hace la gente de la migración.
2. Ligado con lo anterior, resaltó que no existen las mismas alternativas de acción para toda una población. Para los hijos de las familias poderosas de Dotejiare, existe la posibilidad de salir a estudiar a la universidad a la ciudad, o pedir prestado dinero al padre para establecer allá un negocio, o permanecer en el pueblo para seguir manejando los

cultivos y negocios del padre. En cambio, para una familia con ocho hijos y una hectárea de tierra estéril, que sufre una descapitalización y endeudamiento constante —la situación más común en ambas comunidades—, el hijo no tiene opciones entre las cuales escoger: se ve forzado a emigrar para ganar dinero con qué solventar el déficit familiar, y queda de esa manera condenado a seguir repitiendo este esquema toda su vida o a emigrar para siempre. Así, un estudio de toma de decisiones puede dar indicios importantes sólo si se establece con precisión la alternativa que existe para un grupo social específico. En el estudio llevado a cabo en la región mazahua, esta consideración tiene una importancia adicional, porque tratándose de un grupo "indio", el simple hecho de ser estigmatizados como tales les cierra la puerta a los mazahuas, a toda una serie de alternativas de trabajo y de ascenso político y social de que gozan los mestizos (Arizpe, 1975). *El analizar las tomas de decisiones de estos grupos en conjunto, como si no existieran diferencias de clase, de poder y de estigma étnico, falsea por completo los datos.*

3. Aclarado lo anterior, resulta que un estudio de toma de decisiones lo que nos explica son los casos desviantes; es decir, aquellos que, a pesar de encontrarse en una situación previamente definida, según ciertos parámetros de opción, han tomado una decisión contraria. Tal sería el caso citado de Lorenzo Miranda, por ejemplo. Nos ayuda, pues, a entender la selectividad migratoria, pero no puede explicar la norma de la migración, porque éste explica no los resultados, *i.e.*, las decisiones tomadas, sino por los rectores canalizantes de dichas decisiones.

Ahora bien, demostrada la necesidad de que, a nivel de pequeños grupos, el investigador centre su análisis en la clase social o grupo étnico —no en la seriación de individuos— y en los procesos mayores que los afectan, los obstáculos que surgieron para realizar este tipo de análisis fueron los siguientes:

Para el caso de la migración, el estudio mostró que es indispensable que el investigador lleve ya al campo un marco teórico macro estructural que le indique cuáles son los puntos claves de su investigación. Dicho modelo puede ser tomado de estudios estadísticos realizados por economistas, demógrafos y sociólogos, que se refieren a la sociedad mayor en la que

participan los pequeños grupos que va a investigar. El resumen incluido en este trabajo muestra que, a partir de una o dos comunidades, *el antropólogo no puede inducir los procesos básicos que afectan a la migración, i.e.*, las características particulares del proceso de industrialización, las políticas gubernamentales que la han afectado, el desarrollo desigual de las regiones, los cambios demográficos, etcétera. Hasta el momento, a mi juicio, el esquema que mejor provee de este marco explicativo del desarrollo capitalista de las economías latinoamericanas, respecto de la migración, es el que proporciona Paul Singer (1972 y 1975).

Sin embargo, una vez demostrada la necesidad de utilizar un marco histórico-estructural, el antropólogo o sociólogo se enfrenta a la dificultad de ligarlo con sus datos de nivel local. El ejemplo siguiente ilustra dicha dificultad: por una parte, un número considerable de campesinos recalcó que ya no se ocupaban en extraer la raíz de zacatón, por razones de índole muy diversa: "lo están acaparando", "la gente se ha vuelto floja, ya no la quiere trabajar", "es un trabajo muy duro, es mucha chinga", o, simplemente, "se está acabando"; por otra parte, busqué estadísticas sobre la exportación de este producto, y encontré que, en efecto, decreció en un 80 por ciento en el periodo de 1900 a 1970. Me parece que es innecesario explicar que esto se debió a que la raíz de zacatón ha sido sustituida en mercados internacionales por fibras sintéticas fabricadas en los países desarrollados. Parcialmente, la explicación del empobrecimiento de la región mazahua, pues, se debe a las características de su relación económica y política con el exterior.

De esta manera, resalta que el área en la que se necesita trabajo teórico más urgente consiste en tratar de ligar los datos de informantes con el nivel regional y nacional. Intenté resolver este problema, en mi investigación, comenzando por dar forma a un esquema analítico que permitiera colocar los datos en sus niveles adecuados, sin perder su conexión causal. En seguida se presenta para su discusión.

Como medida heurística, se identifican tres niveles paramétricos causales en la migración. El nivel de mayor magnitud, de condiciones, afecta a la unidad social mayor, ya sea a la nación, ya sea al área de análisis que incluya a la comunidad de origen del emigrante y la ciudad de destino. Los factores que operan a este nivel no pueden captarse únicamente en uno de los polos: se requiere englobar a ambos en el análisis. Su funcionamiento

se entiende solamente a nivel estadístico, en el marco de un sistema político-económico global. En sus aspectos más generales, se relaciona con el modelo de desarrollo económico y las políticas de industrialización y urbanización tomadas por los gobiernos centrales.

El segundo nivel de *causas mediatas* comprende aquellos factores que influyen directamente en los grupos sociales y culturales de una región dada. Dichos factores no pueden captarse únicamente a nivel de la comunidad o del grupo de emigrantes en la ciudad, sino que se hacen aparentes analizando la estructura de la región rural o de la ciudad en su totalidad. Sin embargo, estas presiones, que se mantienen constantes, afectan diferencialmente a los diversos grupos. Son estas presiones diferenciales las que debe explicar el antropólogo.

El último parámetro es el de *factores precipitantes*, las razones de haber emigrado que dan los emigrantes. Es el último empujón que necesita el emigrante para partir —lo que Pullover (citado en Mitchell, 1959) llama "las Straw causes", y lo que Mitchell (1959) denomina "causas suficientes". Incluye acontecimientos precisos, accidentes y sucesos en la vida de los individuos.

El esquema se presenta como sigue:

Condiciones

1. El modelo general de desarrollo adoptado por el país en el que se estudia la migración, dando especial atención a lo siguiente:
   a) Tipo y localización de las industrias que se están estableciendo.
   b) Desequilibrios económicos que se están agudizando en diversas regiones.
   c) Condiciones de la agricultura en las regiones que expelen emigrantes.
2. Las políticas del gobierno central relativas a aspectos que afectan a los emigrantes, tales como: servicios sociales y de vivienda en la ciudad, medidas tendientes a una distribución equitativa del ingreso, al desarrollo regional equilibrado, a la canalización de recursos fiscales, etcétera.
3. Los cambios demográficos de importancia en la región en donde se produce la migración.

Causas mediatas

1. Características del lugar de origen:
   1.1 Las condiciones económicas de la región y las comunidades que se estudian.
      a) Agricultura: desarrollo o estancamiento, rendimiento, disponibilidad de insumos, de crédito, etcétera.
      b) Industrias, artesanías y empleos tradicionales.
      c) Nuevas fuentes de trabajo creadas por las industrias modernas y por los servicios.
      d) Los patrones de consumo.
   1.2 La estratificación y clases sociales en la región y en el pueblo.
   1.3 La estructura de poder de la región y las comunidades: en particular, su relación con las condiciones económicas.
   1.4 Comunicaciones y transportes.
   1.5 Cambios culturales:
      a) Las pautas de la cultura tradicional.
      b) Los efectos de la estigmatización étnica.
2. Características del lugar de destino:
   a) La estructura ocupacional.
   b) La aceptación de emigrantes: las barreras sociales y culturales.
   c) El acceso a servicios sociales, viviendas y diversiones.
   d) Factores específicos del lugar, respecto de la región de origen de los emigrantes; *i.e.*, que exista ya una colonia de emigrantes de la región en la ciudad.

Factores precipitantes

1. Acontecimientos locales y de la comunidad que han provocado migración; *i.e.*, luchas políticas, desastres naturales, epidemias, etcétera.
2. Eventos de la vida personal que han hecho que ciertos individuos emigren; *i.e.*, una muerte o enfermedad en la familia, una disputa familiar, la ocasión de emigrar con un amigo o pariente, la oferta directa de un trabajo en la ciudad, etcétera.

Fuentes consultadas

Arizpe, L. (1975), *Indígenas en la ciudad: el caso de las Marías*, México, Sep-Setentas.

_____ (1975), *Consecuencias económicas de un estigma étnico: el indio y la economía campesina*, manuscrito.

Argüello, O. (1973), "Migración y cambio estructural", en *Población, Desarrollo y Estructura Social*, Buenos Aires, CLACSO.

Brinley, T. (1954), *Migration and Economic Growth*, Cambridge, Cambridge University Press.

Butterworth, D. (1971), "Migración rural-urbana en América Latina: el estado de nuestro conocimiento", en *América Indígena*, XXI, 1, 52-85.

(C.E.E.), Centro de Estudios Económicos y Demográficos (1970), *Dinámica de la población de México*, México, El Colegio de México.

Fabela, I. (1958), *Los ejidos del Estado de México*, México, Gobierno del Estado de México.

Germani, G. (1965), "Emigración del campo a la ciudad y sus causas", en H. Gilberti (ed.), *Sociedad, economía y reforma agraria*, Buenos Aires.

Harris, J. y M. Todaro (1970), "Migration, Unemployment and Development: a Two Sector Analysis", en *American Economic Review,* pp. 126-142.

Hauser, P. (ed.) (1967), *La urbanización en América Latina*, Buenos Aires.

Mitchell, C. (1959), "The Causes of Labour Migration", en *Bulletin of the Inter-African Labour Institute*, VI, 1, 12-47.

Muñoz, H. y O. Olíveira (1972), "Migraciones Internas en América Latina: exposición y crítica de algunos análisis", en H. Muñoz *et al*., *Migración y Desarrollo*. Buenos Aires, CLACSO.

Oliveira, O. y C. Stern (1972), "Notas acerca de la Teoría de las Migraciones Internas: aspectos sociológicos", en H. Muñoz *et al*., *Migración y Desarrollo*, Buenos Aires, CLACSO.

Peltier, R. y A. Galván (1972), "Encuesta sobre mujeres dedicadas a la venta ambulante", manuscrito.

Rivera Cambas, Manuel (1883), *México pintoresco artístico y monumental*, México, Imprenta Reforma.

Schwarsweller, H. y J. J. Mangalam (1973), "General Theory in the Study of Migration: Current Needs and Difficulties", en *Journal of Migration*, IX, 3-17.

Singer, P. (1972), "Migraciones internas: consideraciones teóricas sobre su estudio", en H. Muñoz *et al.*, *Migración y desarrollo*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 45-67.

_____ (1975), *Economía política de la urbanización*, México, Siglo XXI Editores.

Capítulo 18

Indígenas en la Ciudad de México: las causas mediatas, inmediatas y detonantes de la migración*

En este capítulo partimos de los datos de campo para elaborar un modelo del proceso histórico de migración en las cuatro comunidades. De este proceso extraemos dos tipos distintos de migración según estrato social y étnico. Finalmente, proponemos varios niveles de factores determinantes del fenómeno, distinguiendo factores de expulsión y de atracción.

La breve exposición de datos en este capítulo señala claramente que el proceso migratorio en las cuatro comunidades de 1940 a la fecha ha sido básicamente similar. Esquematizando considerablemente, puede sistematizarse como sigue: la dotación de ejidos en los años treinta otorgó a los campesinos indígenas y mestizos parcelas lo suficientemente extensas como para poder mantener a sus familias mediante su usufructo. En ese tiempo las salidas temporales de los jóvenes a comerciar regionalmente con productos o artesanías, eran una forma de complementar la economía familiar, pero no eran indispensables. Correspondían, además, a una práctica habitual de los hombres jóvenes de salir "a conocer otras partes" antes de casarse. En esa época, la Ciudad de México no ejercía una atracción particular, excepto como mercado para productos agropecuarios, en especial legumbres, pollos, huevos y artesanías. Todavía no existían carreteras, ni medios de transporte rápido para las mercancías, por lo que el comercio regional era llevado a cabo por el campesino indígena, quien le dedicaba parte de su año laboral. Transportaba en burro o cargaba sus propios productos u otros del mercado a vender de pueblo en pueblo, "rancheando". Con los buenos rendimientos de maíz de su parcela, a lo que se sumaban

*En *Indígenas en la Ciudad de México. El caso de las Marías,* Sep-Setentas, 1975, © Secretaría de Educación Pública, CAP. VII y IX, pp. 97-126 y 143 a 153.



Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas
organizado por Lourdes Arizpe como presidenta de la Unión Internacional (IUAES). 1993.
FOTO COLECCIÓN DE LA AUTORA

los ingresos por venta de productos agrícolas o de extracción, como la raíz de zacatón en Providencia y Pueblo Nuevo, o de artesanías como petates y tejidos de lana en Santo Domingo, y las ganancias provenientes de actividades comerciales en venta directa a consumidores y en mercados, los campesinos indígenas lograban mantener a sus familias.

Pero el incremento demográfico que sobrevino fue notable: ya citamos los índices de crecimiento vegetativo. El reparto de parcelas a los hijos de los ejidatarios originales produjo un minifundismo agudo. Sin embargo, ciertas condiciones en tres de las comunidades retrasaron el minifundismo una generación más. En Pueblo Nuevo y Providencia hubo terrenos a los cuales extenderse. El ejido comprendía grandes extensiones de monte y de zacatón que se fueron desmontando. Además la mortalidad, aún ahora, es más alta en el municipio de San Felipe del Progreso que en el de Ixtlahuaca,

por lo que el incremento de población fue menor en el primero. Por lo tanto, la primera subdivisión de parcelas ejidales todavía proporcionó a los herederos extensiones rentables de tierra.

En Mezquititlán, las familias conservaron parcelas de propiedad privada además de las ejidales. En estas últimas el rendimiento de maíz siempre ha sido muy alto, actualmente llega a los 1,500 kilogramos por hectárea. La relativa prosperidad de las familias en la década de los años treinta y cuarenta se señala por el hecho de que casi todas ellas poseían yunta. Así, los jefes de familia en esa época, en contraste con los de Santo Domingo, no emigraban para trabajar. En este lugar no se presentaron las mismas condiciones. Después de la dotación, ya no se contaba con más tierras que repartir. El índice de mortalidad fue más bajo que en las demás comunidades, por lo que sobrevinieron más niños, reduciéndose las parcelas de éstos a un promedio de 0.5 hectáreas para 1950. En consecuencia, en este pueblo se inició la emigración desde una época muy temprana, a partir de la década de los cuarenta.

El hecho importante es que en esta época sólo en Santo Domingo se hicieron indispensables los ingresos adicionales del trabajo migratorio para sostener a las familias. La apertura de la carretera en 1945, que la conecta con Toluca y la Ciudad de México, creemos que fue determinante para dirigir a los migrantes hacia el Distrito Federal. Ninguna de las otras tres comunidades tenía fácil acceso al exterior. En este periodo, las cuatro comunidades empezaban a ser bilingües, es decir, predominaba la tradición indígena. Culturalmente todavía se hallaban cerradas al exterior. En Mezquititlán no se permitía que se establecieran familias mestizas en el pueblo, y hasta la fecha sólo hay dos o tres. En Pueblo Nuevo y Santo Domingo también eran contadas las familias mestizas. Sólo en Providencia, por haber sido anteriormente una hacienda, se estableció un grupo numeroso de familias mestizas.

Dos eventos contingentes ocurridos a fines de los años cuarenta en Pueblo Nuevo y en Mezquititlán, vinieron a acelerar el ritmo del flujo migratorio. En Mezquititlán, en 1948, se tuvieron que matar todos los animales debido a una epidemia de fiebre aftosa. Los informantes coinciden con unanimidad en que fue precisamente esta contingencia por la que los jefes de familia empezaron a salir a trabajar a la Ciudad de México. Tenían que pagar en efectivo el alquiler de la yunta o el tractor, y el dinero que obtenían de la venta de su excedente de maíz no lograba cubrirlo. Empezaron a salir, en grupos de cuatro o cinco parientes y amigos, a trabajar de peo-

nes de albañil en obras de construcción o de estibadores al mercado de Jamaica. Éstas eran las dos ocupaciones principales. Al igual que los padres de familia de Santo Domingo, dejaban a sus esposas y a sus hijos pequeños cuidando la milpa y los animales y regresaban a dejarles dinero cada 8 o 15 días. Venían a México sólo durante los meses en que no había labor en la milpa.

En Pueblo Nuevo, en 1949, el pleito por el control del ejido causó numerosas muertes —dejando muchas viudas— y la salida masiva del grupo vencido. Éste se estableció como verdadera colonia en el exilio en la Ciudad de México. Se concentró en ciertas vecindades y sirvió de base para acoger a todos los parientes que venían a trabajar temporalmente o a establecerse a la ciudad. A las viudas, con la excusa de que no podían cultivar las parcelas, se las arrebataron y con ellas toda posibilidad de mantenerse en el pueblo. Ni en el pueblo, ni en la región hay ocupaciones que absorban mano de obra femenina. El jornal de campo es miserable y siempre menor que el que se paga a los hombres. Finalmente, la extracción de la raíz del zacatón es un trabajo demasiado arduo para la mujer. Por todo lo anterior, la única solución para una viuda con hijos pequeños era emigrar, y así lo hicieron, junto con parientes o con paisanos, a vivir en un núcleo compacto de colonos ya dentro de la Ciudad de México.

Aparejado a la reducción del tamaño de las parcelas se produjo un control monopólico progresivo de tierras en algunos ejidos, pero principalmente del comercio en casi todos los pueblos de la región. El control de tierras se ha dado en forma típica en Palizada y en Joaquín Lamillas, pueblos vecinos de Providencia. El proceso es el siguiente: algunos ejidatarios lograron acumular un capital, algunos yéndose de braceros, como en Palizada, otros robando los fondos del comisariado ejidal, como en Joaquín Lamillas, otros extrayéndolo de sus ganancias por la venta de productos agrícolas. Con ese capital inicial consiguen crédito en la compra de maquinaria agrícola y camiones, y pueden además pagar peones para sus siembras. Estos medios de producción adicionales, les permiten cultivar extensiones mayores. En ejidos no parcelados, como en Palizada, no tuvieron problema en obtener tierras, ya que la regla fue que todo ejidatario sembrara lo que alcanzara a cultivar. En un principio, cuando todos los campesinos contaban con los mismos medios de producción, eran uniformes los tamaños de las parcelas. Pero, posteriormente, al haber acumulación de

capital por parte de un pequeño grupo de ejidatarios, se crearon grandes disparidades en la extensión.

Pero más importante que el control de tierras es el control del comercio. Porque, como nos dijo un prestamista: "*Se gana más en el comercio que en la siembra*. Una vez que un ejidatario de la localidad o de la cabecera ha logrado comprar un camión, puede monopolizar la salida de los productos agrícolas, y la entrada del imprescindible fertilizante". Los precios de compraventa de los productos agrícolas que fija son, entonces, definitivos. En la actualidad, esta situación ha mejorado considerablemente con el establecimiento, primero, de Almacenes de Depósito Nacional y posteriormente de los graneros de la Conasupo en la región, pero estos organismos sólo compran por tonelada, lo que sigue permitiendo la existencia de intermediarios. Estos acaparadores comerciales generalmente funcionan también como agiotistas locales. A través de pequeños préstamos a ejidatarios logran controlar sus cosechas. Finalmente, son ellos los únicos que pueden transportar el fertilizante, en razón directa con el aislamiento del pueblo, lo que les permite decidir arbitrariamente a quién distribuirlo. Es decir, como sólo ellos cuentan con los camiones necesarios para transportarlo, obtienen las concesiones para su distribución en los pueblos. Su conveniencia en ello no es tanto la ganancia que obtienen de su venta, sino el poder que ejercen de decidir a quién otorgar el abono y a quién no. Por ejemplo, un comisariado ejidal de Joaquín Lamillas, como era el único que poseía un camión, recibía el fertilizante para el ejido, pero en vez de repartirlo a los ejidatarios, lo vendía en otras partes. Aquéllos, al no serles costeable el cultivo, dejaban sus parcelas sin sembrar y entonces el comisariado o sus compadres lo hacían y ya no la devolvían al ejidatario original.

Consolidado el minifundismo se sucedieron los empeños, rentas o ventas de parcelas. Obviamente, a un campesino no le rinde sembrar una parcela de media hectárea; prefiere venirse a trabajar a la ciudad, sobre todo, si se le ofrecen buenas oportunidades de remuneración, como sucedió en la década de los cincuenta. Partiendo de una condición básica de minifundio en las comunidades, se encontró que son tres las causas directas que llevan a los campesinos a vender, rentar o empeñar sus parcelas: *1)* por alguna contingencia: enfermedad en la familia, el desempeño de algún cargo religioso, la muerte de los animales de la yunta, una boda, etcétera; *2)* por no poder pagar la deuda contraída con algún prestamista

local: en estos casos, si el prestamista tiene interés, simplemente entra a sembrar en la parcela del endeudado; si no tiene interés en poseerla, sólo mantiene la deuda y ejerce entonces control sobre la cosecha del campesino. Pero si bien en un principio el afán de los acaparadores era apoderarse de las tierras, una vez que logra monopolizar el comercio de los productos agrícolas, le es mucho más cómodo e igual de rentable dejar la parcela en manos del pequeño productor y simplemente controlar su cosecha. Así, va reafirmando su monopolio de la producción en el pueblo sin tener los problemas de la producción misma.

La tercera causa de que vendan o renten la parcela es la desesperanza de no poder ascender a un mejor nivel de vida en la comunidad. Dejan entonces su parcela para trasladarse a la ciudad, donde esperan llevar una vida mejor. Esto sucede cuando se crea un mito sobre las posibilidades de ascenso social y económico en la urbe. Pero este mito, aún suplementado por las aspiraciones crecientes de las nuevas generaciones de campesinos, por sí solo no hace que abandonen sus parcelas y emigren. De ser éste el caso, ya todos los minifundistas del centro de México se habrían venido a la ciudad. Se requieren varias otras condiciones adicionales. En toda la investigación se encontró que ocurrió únicamente en un solo periodo, de 1957 a 1965, en una comunidad, Pueblo Nuevo. En todos los otros pueblos, la gente emigra pero siempre conserva su parcela para regresar a ella en caso de fracasar. En cambio, en Pueblo Nuevo, se corrió la voz de ganancias fabulosas en la capital, de 300 pesos al día ganados vendiendo fruta, de "Marías" que portan 4 mil pesos debajo de la faja, de familias que han adquirido casa, provista de agua corriente, luz, drenaje y acondicionada con televisión, estufa y radio. Este mito creció por el desconocimiento casi total de las condiciones de la ciudad: el mal estado de las vecindades, la falta de empleo, la represión policiaca de la venta ambulante y, sobre todo, el muy alto costo de vida, en especial para familias numerosas. La situación en el pueblo era, además, tensa por las constantes acusaciones del grupo en exilio en la Ciudad de México en contra de los líderes en el pueblo. Todas estas condiciones juntas sí hicieron que varias familias vendieran o abandonaran sus parcelas. Y son ahora las que viven en la ciudad, desesperándose porque se les ha esfumado el mito, y ya no tienen tierra a la cual regresar.

Ahora bien, las tres causas anteriores, analíticamente, son factores precipitantes de la acción, pero como mencionamos la condición inmediata es, evidentemente, el minifundismo. Es decir, la enfermedad, la contingencia, la deuda es desastrosa porque el campesino no tiene capital suficiente, porque no tiene ganancias suficientes para sobrellevarla. Y la desesperación por su situación miserable y el deslumbramiento por una vida mejor en la ciudad, también provienen de un minifundismo sin esperanza. Ya indicamos cómo el minifundismo se agudizó a partir de la década de los cuarenta, primero en Santo Domingo, y en la década siguiente, por los procesos ya descritos de agotamiento de tierras y monopolio de capitales, en Providencia, Pueblo Nuevo y dos pueblos adyacentes: Palizada y Joaquín Lamillas. En Mezquititlán apenas se ha agudizado en la década de los sesenta.

La diferenciación socioeconómica entre un grupo minoritario —generalmente mestizo— que controla las actividades comerciales y la población mayoritaria de campesinos indígenas se acentuó en las últimas dos décadas en las comunidades que se estudiaron debido a dos tipos de factores. Los que se asocian al minifundismo: *1)* el notable crecimiento demográfico de la población; *2)* la reducción del tamaño de las parcelas al repartirse a los hijos según el patrón cultural de dar a cada hijo un pedazo de tierra, por pequeño que sea; *3)* el agotamiento de la tierra por el cultivo intensivo; *4)* la baja productividad por tecnología muy pobre; *5)* la falta de créditos para conseguir yuntas, maquinaria y fertilizantes; *6)* la descapitalización de los campesinos indígenas por el gasto ritual, y los factores que han favorecido una creciente centralización del comercio de los productos agrícolas: la apertura de las carreteras en 1945 a Santo Domingo y de brechas, en 1952 a Pueblo Nuevo, en 1956 a Providencia, en 1962 a Mezquititlán. La carretera y las brechas permitieron el tránsito de camiones de carga. Pero sólo los agricultores mestizos pudieron conseguir créditos para comprar camiones —excepto en Pueblo Nuevo—, donde los indígenas habían acumulado cierto capital, o contaban con contactos políticos que les permitieron obtener créditos bancarios, maquinaria o concesiones sobre el transporte del fertilizante.

Hemos hecho hincapié en la descripción del desarrollo de estos dos grupos sociales, ya que su situación económica respectiva no sólo ha determinado los motivos de su emigración, sino que ha condicionado la for-

ma que ha tomado ésta. Nuestro tema de estudio inicial en esta investigación fue la emigración indígena. Pero un análisis del proceso total de emigración en los cuatro pueblos necesariamente tuvo que incluir la emigración de los grupos mestizos. Este hecho enriqueció el análisis, ya que hemos podido contrastar dos tipos de emigración y buscar la razón de ambos.

A riesgo de caer en repeticiones, queremos describir el modelo típico de emigración de los indígenas. Se resume como sigue: en los años treinta, el abuelo se dedicaba a cultivar su milpa, y además al comercio regional y a la venta de artesanías. Al declinar estas actividades, el padre de familia migraba estacionalmente a la Ciudad de México a trabajar de albañil en obras, de estibador en mercados o de vendedor ambulante, dejando a su familia en el pueblo. Al ir creciendo, los hijos mayores han empezado a venir a la ciudad temporalmente, a trabajar en lo mismo, regresando a ayudar a su padre en el cultivo. Su ciclo es el siguiente: regresan al pueblo a la siembra en marzo-abril, a las limpias y a la escarda en junio y julio, a la cosecha en noviembre, y al barbecho —aunque si tienen yunta lo puede hacer el padre solo— en febrero. El resto del año lo pasan en la Ciudad de México. Casi siempre regresan a casarse con una muchacha del pueblo, la que, una vez desposada, dejan en casa del padre. De lo que ganan los hijos en la ciudad, la familia saca para pagar los siguientes gastos, por orden de importancia: *1)* la compra de fertilizantes —600 pesos anuales en 1972 por ha. 800 pesos en 1973—; *2)* el pago del alquiler de yunta y jornal de peones, —unos 250 pesos por cosecha; *3)* el forraje de los animales de yunta si se tienen; *4)* el desempeño de un cargo ritual o ceremonia: mayordomía, bendición de un oratorio, boda, bautizo, etcétera; *5)* la compra de ropa, y *6)* la compra de alimentos complementarios.

Si la parcela de la familia es muy pequeña y hay muchos hermanos, una vez que los menores pueden ayudar al padre en el cultivo de la parcela, el mayor o mayores ya no regresan estacionalmente sino que permanecen en la ciudad por largas temporadas. En este caso buscan un trabajo permanente, como obreros en una fábrica o empleados en algún comercio o empresa pequeña. Pero es muy difícil para ellos conseguir estos empleos, *porque un campesino indígena no sólo está en desventaja en relación con el campesino mestizo al competir por empleos, sino en doble desventaja con un joven urbano.* Son muy pocos los jóvenes indígenas, por lo tanto, que

consiguen empleos de este tipo. Además, si lo consiguen, muchos no soportan trabajar con horario fijo bajo el control de un jefe y sin poder ir ocasionalmente de visita a su pueblo. Los que viven por largas temporadas en la ciudad siguen manteniendo relaciones con su familia en la comunidad, pero ya los acompañan su esposa y sus hijos. Sin embargo, el ingreso del esposo es insuficiente para mantener a la familia en la ciudad, sobre todo porque siguen teniendo gran número de hijos, continuando el patrón rural de fecundidad. Así, la esposa se ve obligada a buscar trabajo, y al no encontrarlo, por razones que exponemos en el siguiente capítulo, se dedica a la venta ambulante.

Estas familias de jóvenes indígenas tienden a vivir con o cerca de parientes o paisanos del mismo pueblo y siguen el mismo patrón de vida que en la comunidad. No se incorporan a la sociedad urbana. De hecho, la mayoría espera regresar a su comunidad a menos que encuentre un trabajo permanente y bien remunerado en la ciudad, lo que es sumamente difícil. *En la estancia en la ciudad, por lo tanto, su interés principal es obtener los mayores ingresos posibles en el tiempo más corto. Es por eso que la permanencia de los migrantes indígenas estacionales y temporales en la ciudad se caracteriza por la búsqueda de ocupaciones que proporcionen los ingresos más altos y que puedan tomarse y dejarse en cualquier momento.* A este tipo de trabajo corresponde el de albañil, el de estibador o machetero en los mercados, el de vendedor ambulante e incluso el de limosnero. Tal parece que el migrante indígena temporal a la ciudad está aprisionado en estas ocupaciones: es notable la uniformidad sobre este punto en las entrevistas en los pueblos de la región y en la ciudad con migrantes indígenas nahuas y otomíes de otras regiones. Sólo hay pequeñas variaciones, por ejemplo, en ser chalán, media cuchara u oficial de albañilería, o en comprar pieles de gamuza y ofrecerlas en la zona rosa, o mameyes para venderlos en los cruces de las grandes avenidas, o legumbres en La Merced y llevarlas a los mercados de pueblos circunvecinos como Jilotepec, Zumpango, Toluca, o en pedir limosna bajo la excusa de que se está buscando trabajo.

El papel de las esposas vendiendo fruta o chicles en las calles queda incluido dentro de esta búsqueda de opciones más remunerativas. Ya describimos cómo se originó esta actividad entre las mujeres de Pueblo Nuevo. Ahora se continúa porque, *para los migrantes estacionales, es una forma de obtener ingresos adicionales durante su corta estancia en la ciudad, y para los*

migrantes temporales o permanentes es un ingreso indispensable para subsistir con su familia en la urbe.

Es un poco distinta la situación de las mujeres indígenas que son viudas o separadas. Vienen a la ciudad para mantener a sus hijos, pero por ser éstos pequeños y faltarles capacitación no encuentran trabajo fácilmente. Así, quedan apegadas a parientes o conocidos de su comunidad y comparten la actividad comercial de las otras mujeres de su grupo, dándole una forma casi corporativa. Hasta aquí el modelo de migración indígena.

El patrón de migración que sigue el grupo mestizo dominante es muy distinto. Los padres de familia pertenecientes a este sector han logrado acumular cierta riqueza y accedido a un estatus económico y político elevado en el pueblo. En consecuencia, han tenido especial interés en educar a sus hijos y en ayudarlos a mantener esa alta posición socioeconómica. Sus vástagos, al terminar la primaria, salen a cursar la secundaria y a veces preparatoria en las ciudades cercanas como Atlacomulco, Ixtlahuaca, San Juan del Río y Toluca. Algunos incluso siguen carreras en las escuelas normales o universitarias. Al regresar a su comunidad, estos jóvenes obviamente no se interesan por la agricultura, aun cuando el padre tenga tierra suficiente para repartirles. Casi siempre es un hijo —el menor por lo general— quien se queda a administrar el negocio del padre, y los demás emigran a las ciudades. Entre ellos sí se da la "revolución de las aspiraciones". Sus deseos son incorporarse a la sociedad urbana y participar en la competencia por los empleos mejor remunerados, ya que se sienten capacitados para ocuparlos. A veces, establecen un negocio propio, contando con la ayuda del padre. Generalmente no piensan regresar ya a su pueblo, van muy de vez en cuando y mantienen pocas relaciones con la gente de allá. Es usual que se casen en la ciudad, con una mujer citadina y que se asienten permanentemente en la urbe. No ayudan monetariamente a la familia del padre, sino que generalmente ocurre lo contrario.

En el caso de los mestizos más pobres, productores medianos o que sólo tienen una tienda, o un camión con el que hacen fletes, o empleados municipales, de todas maneras comparten con los más ricos el interés en educar a sus hijos. Pero una vez con estudios de primaria o de secundaria, viendo poco futuro en la agricultura, éstos no encuentran en qué trabajar en los pueblos. De hecho es este grupo social el que muestra el mayor índice de migración: son los padres quienes piden industrias en el campo

para que sus hijos puedan quedarse allá. Como no hay trabajo para ellos, ni pueden apoyarse en la riqueza del padre, estos jóvenes mestizos no tienen otra alternativa más que emigrar a las ciudades. Pero su actitud es la misma que las de los otros jóvenes mestizos. Sus aspiraciones son muy altas, mucho más que las de los indígenas, aunque no tienen ni los contactos ni el capital inicial de que gozan los hijos de los mestizos ricos, y su capacitación es mediana, más baja relativamente que la de los jóvenes urbanos. *Es en este grupo en el que creemos se da "la revolución de las frustraciones crecientes"*. Porque vienen a la ciudad para ascender en la escala socioeconómica y es sumamente difícil que lo logren. Pero ellos aspiran y los jóvenes indígenas no. En la ciudad, los jóvenes mestizos se diluyen como grupo, incorporándose individualmente a empleos en medios sociales dispersos y en distintas áreas de residencia. Es muy importante señalar que lo mismo está sucediendo con los indígenas mazahuas que han trabajado en la industria de Pastejé. Las mujeres jóvenes, que ya han sido obreras, vienen a la ciudad buscando trabajos más elaborados que los de doméstica o vendedora ambulante y se diluyen individualmente por toda la ciudad. Lo mismo los jóvenes, que ya vienen a trabajar de choferes de camiones, de obreros, etcétera.

Para resumir, la actitud con la que vienen los dos tipos de migrantes a la ciudad es totalmente distinta. Al campesino indígena la necesidad económica virtualmente lo desprende de su tierra, de otra manera permanecería en su pueblo. Ahora, obligado a salir, se traslada en forma colectiva, participa en actividades comunes corporativas y sigue su mismo patrón de vida en la urbe, sin interesarse en participar en la sociedad urbana y nacional. *Su migración es temporal y condicional.* El joven mestizo, en cambio, deja el pueblo sobre todo por la atracción que ejerce sobre él la ascensión socioeconómica, para la que se prepara adquiriendo la mayor educación posible. *Su emigración es permanente e irreversible.* Hasta ahora nos hemos referido a los dos modelos de emigración por designaciones étnicas, caracterizando una como predominantemente indígena y otra como mestiza. Pero en la descripción misma hemos incluido al grupo indígena proletario de Santo Domingo y el grupo indígena dominante de Pueblo Nuevo, en el segundo modelo. La razón es que cada modelo, de hecho, corresponde no sólo a grupos étnicos sino a estratos sociales. En seguida trataremos de explicar la relación entre ambos y su repercusión sobre el patrón de emigración.

En las zonas indígenas se ha demostrado que la filiación étnica recubre con frecuencia la estratificación clasista local o regional. Los datos de campo nos permiten observar el juego entre ambas en las comunidades. El lugar donde ambas formaciones coinciden exactamente es Providencia, donde los indígenas son los pequeños productores y consumidores, mientras que la minoría mestiza controla el comercio, los créditos y los bienes de capital. Sus características étnicas, por tanto, son los aspectos visibles empleados para representar las relaciones de clase. Mencionamos también que su marginalidad, básicamente económica y visiblemente cultural, en el pueblo, la acarrean los indígenas también a la ciudad donde determina sus ocupaciones y forma de vida.

Esta situación varía en las otras comunidades: en Mezquititlán la situación no es clara puesto que hay sólo dos familias mestizas que poseen bienes de capital, pero no tienen influencia política, y no pudimos observar las relaciones con la cabecera municipal de Amealco. Se requiere un estudio más intensivo de la región. En Santo Domingo, el grupo dominante de mestizos no reside en la comunidad, sino en la cabecera del municipio, Ixtlahuaca. Lo interesante aquí es que los indígenas que ya participan en la estructura industrial ocupacional salarial, trabajando en la fábrica de Pastejé, ahora siguen el patrón de emigración mestizo. O más bien, comparten las aspiraciones del grupo mestizo dominante puesto que han visto que pueden competir con ellos por empleos industriales.

En el caso de Pueblo Nuevo, el grupo dominante está formado por varias familias indígenas, las de los líderes que ganaron en el pleito, y algunas mestizas. Como vimos, la migración de los hijos de estas familias indígenas sigue el patrón mestizo, aun cuando los padres todavía comparten con el resto de la población la lengua y las costumbres.

Hemos subrayado los valores de ambos estratos sociales ya que éstos determinan la actitud de los migrantes hacia la ciudad, las ocupaciones y el estilo de vida que buscan en ella. Pero los valores sociales o ideologías no son creación espontánea que se mantenga o modifique por vida propia. Son, de hecho, el reflejo de una realidad social. Los valores de los indígenas, cuyo origen es evidentemente histórico, reflejan su realidad si ésta se conserva ajustada a estos valores. En muchos casos se han conservado hasta ahora porque las sociedades indígenas, en un principio, se incorporaron a la sociedad nacional como sistemas apéndices, cerrados en sí

mismos. Pero en el momento en que los indígenas han ingresado de lleno —y no como sistema tributario ni colonizado— a la nueva formación económico-social nacional, sus valores dejan de reflejar una realidad y se van modificando.

Esto podría explicar por qué los valores de los mazahuas en Santo Domingo, y del grupo indígena dirigente en Pueblo Nuevo se han modificado: porque ya participan en la estructura económica nacional. En cambio, se han conservado entre los mazahuas de Providencia, entre los minifundistas indígenas de Pueblo Nuevo y entre los otomíes de Mezquititlán. En ninguna de estas tres comunidades existen fábricas o empresas locales que absorban mano de obra y los pocos empleos de oficina disponibles, así como las actividades más lucrativas, son monopolizadas por el estrato dominante generalmente mestizo. Los indígenas, por lo tanto, quedan marginados del proceso de crecimiento económico. Esta posición determina su poco interés por "modernizarse", por adquirir educación escolar o capacitación, en una palabra, su tradicionalismo: enfrentados a un sistema que los rechaza se repliegan a su sociedad tradicional y reafirman sus valores. Éste es un mecanismo muy usual de minorías en sociedades mayores. Esto explicaría por qué los otomíes de Mezquititlán no cooperan para que se abra el último trozo de la carretera al centro del pueblo, ni para que se instale la electricidad en el centro, y en cambio sí contribuyen con fuertes sumas a los cargos y a las ceremonias de la iglesia. También explica por qué salen a explotar a la sociedad nacional pidiendo limosna en vez de tratar de incorporarse a una estructura ocupacional que no está abierta para ellos. Lo anterior se aplica también para explicar por qué los migrantes mazahuas de Pueblo Nuevo y Providencia han conservado su indumentaria —las mujeres—, su lengua y su forma de vida en la ciudad.

Para resumir, los indígenas de estas tres comunidades, marginados económica y culturalmente en la zona rural, se encierran en su sociedad tradicional, y cuando las presiones económicas los fuerzan a salir temporalmente a conseguir ingresos adicionales, no buscan incorporarse a la sociedad urbana, sino únicamente tomar lo que necesitan para seguir viviendo en su comunidad tradicional. O, si al no poseer una parcela se ven forzados a establecerse en la ciudad, participan mínimamente en la estructura ocupacional y se mantienen viviendo dentro de su propia colonia de migrantes. Es decir, su marginalidad rural la trasladan a la urbe. Así pues, puede conside-

rarse que en última instancia, es la posición socioeconómica de ambos grupos de migrantes la que determina su patrón de migración. Pero teóricamente es incorrecto hacer la relación directa, puesto que implica un salto paramétrico. Una colocación socioeconómica *en sí* no produce un comportamiento: son los valores sociales que emanan de dicho *estatus*, los que directamente moldean el comportamiento de los individuos que lo ocupan. Si dicho comportamiento encuentra confirmación en el sistema social se continuará; si no, habrá un cambio en los valores. Esto evidentemente no es mecánico y generalmente provoca un desfasaje a corto plazo entre posición socioeconómica y valores. Así, si un migrante indígena a la ciudad se vuelve a encontrar marginado de la estructura ocupacional y del desarrollo económico, reafirma sus valores tradicionales. Éstos guiarán su comportamiento. Pero cualquier modificación mayor en su posición socioeconómica, con el tiempo provocará un cambio en aquéllos. De esta forma, si un joven indígena tiene la suerte de ingresar como obrero a una fábrica, modificará rápidamente sus valores y pasará a formar parte de otro grupo social.

Hasta aquí hemos descrito el proceso general de migración de estas cuatro comunidades, distinguiendo en su análisis dos patrones o normas. Ahora bien, uno de los aspectos esenciales del estudio de la migración es el de sus causas, precisamente por la dificultad de definirlas y medirlas. Como explicamos en la introducción, en este estudio, más que establecer vínculos de causa-efecto, buscamos descubrir el sistema total de nexos causales que constituye el trasfondo donde toman las decisiones individuales de migrar. Por ello queremos reacomodar los datos expuestos a nivel analítico, para distinguir diversas magnitudes en las causas de emigración. Para ello establecemos tres niveles analíticos o parámetros que ya anotamos en la introducción:

1. *Condiciones o causas mediatas.* Se refieren a las características generales del sistema económico y político nacional, captadas en nuestra investigación a nivel regional. Dichas condiciones son las causas últimas o determinantes de la emigración, pero teóricamente no pueden postularse como causas directas.
2. *Causas inmediatas.* Se manifiestan a nivel local como fenómeno colectivo. Los factores de expulsión a este nivel afectan diferencialmente a los estratos sociales presentes en las comunidades. Los factores de atracción,

aun cuando son apreciaciones subjetivas sobre lo que ofrece la ciudad, también las afectan diferencialmente, como ya se expuso.

3. *Causas precipitantes.* Afectan directamente a familias y a individuos en su decisión de emigrar, y se manifiestan como las razones o racionalizaciones que los *individuos* entrevistados ofrecen para haber emigrado.

A continuación presentamos los datos recopilados, ordenados por niveles paramétricos, en forma diagramática.

Determinantes de la emigración en las cuatro comunidades

	Condiciones o causas mediatas	
Nivel regional (nacional)	El crecimiento demográfico acelerado. Ha reducido el tamaño de las parcelas al grado de que ya no son rentables; al ser escasas se propicia el cultivo intensivo que ha agotado la fertilidad del suelo. Características del sistema económico-político. Permite la acumulación de bienes de capital —medios de producción— por parte de un grupo dominante, que lleva a un progresivo acaparamiento de tierras, del comercio y de la distribución del fertilizante. Se crea una estratificación socioeconómica dual, con una filiación étnica superimpuesta, con grados diferenciales de acceso de cada grupo al desarrollo económico general.	Estructura macrosociológica
Factores de expulsión:	a) La escasez de tierras. Producida por la presión demográfica y el acaparamiento en algunos ejidos, a su vez condiciona: El agotamiento de las parcelas por el cultivo intensivo, que hace indispensable la utilización de fertilizantes; se requieren entonces ingresos líquidos para comprarlo. Aunado a una tecnología pobre, produce bajos rendimientos: por esto la cosecha de maíz no alcanza para alimentar a la familia todo el año —situación agudizada por el gran número de hijos en las familias— por lo que necesitan ingresos adicionales para comprar maíz; por lo mismo el ingreso por producción agrícola es sumamente bajo o nulo, no permitiendo la adquisición de bienes de producción. b) El bajo jornal de campo. No permite la subsistencia de las familias ni la capitalización. c) El gasto ritual. Elimina el poco capital que llegan a acumular las familias indígenas. d) La falta de capitalización. No permite la compra de bienes de producción: arado, yunta, tractor, etcétera, lo que hace necesarios ingresos líquidos para pagar su alquiler;hace desastrosa cualquier contingencia familiar: enfermedad, accidente, boda, etcétera.	Afectan diferencialmente a clases sociales

(*Continuación*)

	Condiciones o causas mediatas	
Factores de expulsión:	e) La necesidad de ingresos líquidos. Resultado de todo lo anterior. Puede suplirse a través del: • endeudamiento con prestamistas locales; • trabajo de peón en ranchos cercanos; y • trabajo migratorio a la Ciudad de México. f) La inflación de precios de productos alimenticios y de consumo. Mientras el jornal de campo y el precio del maíz[1] se mantienen a un nivel, aumentan los precios y manufacturas y éstos, para poder ser absorbidos, requieren de ingresos líquidos familiares cada vez mayores.	Afectan diferencialmente a clases sociales
Factores de atracción:	a) La cercanía de la Ciudad de México que ofrece: • altas ganancias, mayores salarios; • las ventajas de ocupaciones temporales, como la de albañil, estibador, vendedor ambulante; • oportunidades de adquirir capacitación técnica; mejor alimentación; y • ocasiones de recreación, cines, parques, etcétera.	
	Causas precipitantes:	
Factores de expulsión:	a) Un gasto inesperado: enfermedad en la familia, accidente, boda, muerte de los animales de yunta o un gasto ritual; por éstos se pide un préstamo o se renta, empeña o vende la parcela. b) Una mala cosecha o varias seguidas. c) La pérdida de la parcela. Por una deuda o por no haber conseguido el dinero para abonarla, y no haberla sembrado, o por la muerte del esposo. d) El que una familia numerosa tenga varios hijos varones a quienes no les tocará tierras. En este caso, emigran los hijos mayores. e) El haber enviudado una mujer. No hay posibilidades de que se mantenga en el pueblo. f) Una disputa entre esposos, o entre padre e hijo. g) La desesperación porque la parcela no rinde, la deuda crece y no hay trabajo en el pueblo.	Afectan a familias y a individuos
Factores de atracción:	a) Algún pariente o amigo que convence al individuo para que se vaya con él a la ciudad. b) La oferta directa de un empleo en la ciudad. c) El mito de las altas ganancias en la ciudad. d) El deseo de "aprender", "mejorar", "progresar". e) El interés de conocer la gran ciudad de la que todos hablan. f) La necesidad de encontrar una vida "más fácil", "menos insegura", "no tan dura" como la de la agricultura.	

El modelo paramétrico anterior resuelve el problema teórico y metodológico de concebir "la migración" como fenómeno encubridor de diferencias esenciales en la corriente migratoria. Tenemos que el migrante es miembro de un grupo que presenta un modo estadístico de comportamiento. Considerarlo únicamente como individuo, cuya toma de decisión proviene sólo de sus motivaciones personales, es negar la migración como fenómeno *social*. Y entender el comportamiento de un grupo social significa estudiar su posición dentro de la estructura socioeconómica de la sociedad nacional. El modelo paramétrico permite dar este enfoque. Evita también la confusión muy frecuente entre magnitudes en las causas de emigración. Los sucesos contingentes en la vida de las familias, como pueden ser la muerte de la yunta o una mala cosecha, que los propios migrantes dan como motivación para su emigración, sólo adquieren su peso real dentro de un contexto económico y social específico. Sin éste no puede medirse su importancia. Además dentro de este contexto es determinante el estrato socioeconómico al que pertenece una familia. La pérdida de una yunta no tiene el mismo peso para una familia pobre que para una familia con recursos, para un indígena que carece de contactos sociales y políticos para obtener un crédito, que para un mestizo que sí los tiene. El modelo demuestra que *es este contexto inmediato, no los factores precipitantes, el determinante para la migración*. Y en el otro extremo, al atribuirla *directamente* al sistema económico y político en abstracto, se observa que funciona sólo como determinante en segundo grado.

La emigración en las comunidades

El fenómeno de las "Marías" tiene su origen en la migración de familias indígenas a la Ciudad de México, producida por cambios en condiciones demográficas y económicas del campo y en el desarrollo industrial centralizado en esta ciudad. Podemos resumir dicho proceso migratorio en cuatro comunidades indígenas como sigue: en la década de los cuarenta la segunda generación de ejidatarios, o sea, los hijos de los que recibieron las tierras en los años treinta, y los pequeños propietarios, sintieron la necesidad de suplementar sus ingresos mediante el trabajo estacional. En algunos pueblos, como Santo Domingo de Guzmán, la falta de tierras se pre-

sentó con mayor premura, obligando a una emigración permanente ya desde los años cuarenta. En ese tiempo la estructura ocupacional de la Ciudad de México no se expandía y los salarios eran bajos; era indistinto entonces trabajar en ésta o en otras regiones y ciudades del país. Grandes contingentes del Estado de México, mestizos principalmente, pero indígenas también, partieron al bracerismo que proporcionaba muy altas ganancias en corto tiempo. Este ingreso adicional les permitía subsistir adecuadamente, incluso unos cuantos iniciaron así sus capitales. Posteriormente, la mayor parte de ellos empezaron a venir a la Ciudad de México. Los indígenas, en general, preferían suplementar sus ingresos con el trabajo agrícola temporal fuera del pueblo, el comercio regional y la fabricación de artesanías. Específicamente en los municipios de Ixtlahuaca y Atlacomulco obtenían importantes ingresos de la industria del tejido de lana y de la manufactura de petates y sombreros; en San Felipe del Progreso, la industria del zacatón proporcionaba casi la mitad de ingresos de los campesinos indígenas. Actualmente ambas han declinado casi por completo.

Varios factores, en la década de los cincuenta, vinieron a romper el precario equilibrio presupuestal de los campesinos indígenas: el fraccionamiento de las parcelas y la escasez de tierras por el crecimiento demográfico explosivo; eventos contingentes, como la fiebre aftosa que acabó con todos los bueyes de yuntas de Mezquititlán, y el pleito por el control del ejido en San Antonio Pueblo Nuevo; la decadencia de las artesanías locales por la aparición de nuevos productos sintéticos en el mercado; la declinación del comercio regional por la apertura de las carreteras que desplazó el control del comercio a los propietarios de camiones de redilas; la centralización del poder económico a manos de intermediarios y acaparadores. Éstos, extendiendo progresivamente su control sobre el comercio, principalmente a través del endeudamiento de los ejidatarios, lograron ganancias altas. Ello les permitió comprar maquinaria agrícola y camiones, con lo que se perpetuó y se amplió el mecanismo anterior. En esta forma se constituyeron monopolios del comercio regional a gran escala, de la distribución del fertilizante y del poder político local. Bajo estas circunstancias, la migración estacional se hizo forzosa para el jefe de familia indígena. Sus hijos —tercera generación de ejidatarios—, ya desde fines de la década de los cincuenta han reemplazado a su padre en la migración, realizándola por largas temporadas, mientras su padre y sus otros hermanos cultivan la parcela.

Al mismo tiempo, los salarios en la capital se duplicaron en pocos años, y la discrepancia entre el jornal de campo —actualmente 10 a 15 pesos— y el salario urbano de 41 pesos se agudizó. Además, la creación constante de empleos a lo largo de las décadas de los cincuenta y sesenta atrajo a un gran número de migrantes, sobre todo permanentes. Éstos han sido usualmente los hijos mayores de familias campesinas muy numerosas, los jornaleros y los que han perdido sus tierras. Las condiciones de vida en la ciudad, a pesar de ser pésimas en las vecindades, son consideradas por la gente como mejores por el hecho de tener agua, luz, altas ganancias y diversiones a la mano. Los migrantes regresan periódicamente a sus comunidades a lucir su relativa riqueza, relativa porque deslumbra a la gente del pueblo cuando para un citadino representaría un nivel económico muy bajo. Todo esto contribuyó a crear en las comunidades rurales una idea de abundancia, ganancias fáciles y vida bulliciosa en la ciudad. Tal ha sido la fuerza de este mito que algunos indígenas, por ejemplo en Pueblo Nuevo, vendieron sus tierras para venirse a la capital. Otro factor de atracción de suma importancia ha sido el crecimiento de grandes colonias de migrantes indígenas en la ciudad. En ellas encuentra el nuevo migrante no sólo albergue y contactos para proveerle de un empleo, sino una comunidad social que comparte su estilo de vida y sus valores.

Por lo anterior se entiende que la migración no puede atribuirse a un solo factor, sino a un sistema de combinación de varios factores que han provocado una reacción en cadena. A saber: el crecimiento demográfico explosivo, aunado al deterioro de las condiciones económicas de los campesinos indígenas, al mismo tiempo que la Ciudad de México ofrecía altas ganancias y movilidad social ascendente. La interacción de factores individuales y estructurales la mostramos con detalle en un esquema de tres niveles paramétricos.

Lo anterior indica claramente que no puede atribuirse la migración rural-urbana mecánicamente a los bajos ingresos del campo. Máxime que se presenta no sólo entre los campesinos y jornaleros pobres sino también en la burguesía rural. La migración de estos dos grupos sí presenta patrones muy distintos. De la burguesía rural emigran los hombres jóvenes, quienes provistos de una educación de primaria, secundaria y a veces hasta de bachillerato, aunque su padre tenga tierras suficientes, salen a buscar empleos para ascender en la escala socioeconómica; se sienten con

la confianza suficiente de entrar en competencia por ocupaciones que ofrezcan un mayor estatus en la ciudad. En contraste, el campesino indígena, marginado económica y socialmente en su propio pueblo, se repliega en su cultura tradicional y no busca integrarse; no tiene interés en educarse ni en adiestrarse técnicamente puesto que ello no le ha traído nunca ningún beneficio en su comunidad. Su deseo ha sido, más bien, permanecer tranquilo en su sociedad indígena. Al verse forzado por necesidad económica a salir a la ciudad, busca sólo obtener las mayores ganancias en el menor tiempo posible, para regresar a su pueblo. Ha experimentado y sabe que su falta de capacitación y filiación étnica lo marginan de la estructura ocupacional urbana.

Prueba de lo anterior ha sido el rápido cambio de valores de los indígenas mazahuas de Santo Domingo de Guzmán, quienes, al ingresar como obreros a una gran industria, situada cerca de su localidad, han adquirido un gran interés por capacitarse y las altas aspiraciones a un mejor nivel de vida que muestra la burguesía rural.

El migrante indígena en la Ciudad de México

El indígena en general se instala en la ciudad en núcleos comunitarios en vecindades y ciudades perdidas, en los que tiende a perpetuar el patrón de vida rural indígena. Se nota una gran distancia social entre estos núcleos y la población urbana que los rodea. El aislamiento social en que viven las familias indígenas en la ciudad es significativo por sus efectos: siguen conservando un modo de vida y un sistema de valores, incongruentes con la vida urbana, que retardan su eventual incorporación a la estructura ocupacional. Les impide mayor conocimiento y familiaridad con el tipo urbano de relaciones sociales y económicas. A su vez, a manera de círculo vicioso, este desconocimiento es un obstáculo para que lleguen a ocupar empleos que les permitirían elevar su nivel de vida y ampliar su red de relaciones sociales y ocupacionales. En suma, viviendo entre paisanos, los migrantes no se integran a la sociedad urbana, y, lo que es más importante, impiden que sus hijos lo hagan.

El hombre indígena en la ciudad ocupa sólo trabajos no capacitados y de baja remuneración. Trabaja de "diablero", cargador o machetero en La

Merced y en otros mercados, o de peón de albañil, de bolero, de voceador o de vendedor ambulante, generalmente por su cuenta pero también contratado por alguna fábrica para vender sus productos. Es decir, es un subocupado. Este hecho plantea la siguiente pregunta: ¿Es subocupado por ser indígena? Aquí hay dos aspectos importantes por considerar: la identidad étnica sólo puede designarse como un obstáculo al avance económico y social de un migrante, *en tanto que existan empleos que lo puedan absorber.* De ningún modo puede discutirse el peso de los factores étnicos en una situación de desempleo. Dicho de otra forma, los indígenas indudablemente forman parte de la población marginal de la Ciudad de México; con ellos comparten pobreza, viviendas miserables y carencias de educación y adiestramiento. Pero, el hecho de que sean indígenas no es determinante: *su posición socioeconómica está dada por la estructura ocupacional urbana y no por sus características culturales.*

El segundo aspecto a considerar es el siguiente: la gente que se sorprende cuando el indígena no se integra a la sociedad urbana, en realidad desconoce la vida alternativa que se les ofrece. A cambio de su rica tradición indígena, la ciudad les pide que se transformen en uno más de los miles de marginales sin rostro que se refugian en las ciudades perdidas sin posibilidad de encontrar empleo permanente, presos en la miseria, la criminalidad y el alcoholismo. Porque a los marginales urbanos que no son indígenas, ¿qué les ha ofrecido la ciudad?

Así, nosotros replantearíamos la pregunta hecha dos párrafos arriba, a la siguiente: el migrante, ¿es indígena por ser subocupado? Es decir, ambas preguntas se pueden contestar explicando por qué han surgido colonias de migrantes indígenas que conservan su identidad étnica, en la Ciudad de México en los últimos diez años, cuando en décadas anteriores se incorporaban culturalmente en forma más rápida a la sociedad urbana. Creemos que se debe a dos factores. Por una parte, a la intensificación de la migración, en especial de la permanente, por el deterioro de la situación económica de las familias en la comunidad de origen. Pero fundamentalmente a la reducción de la capacidad de absorción de mano de obra de la estructura ocupacional urbana en la última década, reducción demostrada estadísticamente por varios investigadores (*cfr.* Muñoz, De Oliveira y Stern, 1972; Suárez Contreras, 1972).

Los indígenas que llegaron en los años cuarenta y cincuenta encontraron rápido acomodo en la instalación y expansión de las industrias y en el crecimiento de los servicios. Los que han llegado en los años sesenta en cambio, han encontrado bloqueado el camino hacia ocupaciones en el sector secundario e incluso el terciario, por lo que han caído en subocupaciones. Ante el rechazo económico de la sociedad urbana, han buscado ayuda económica y apoyo social en familiares y paisanos que viven en la ciudad. Podemos suponer que en décadas anteriores, aunque el migrante indígena también recibía ayuda inicial de sus paisanos, con el tiempo lograba independizarse de ellos al adquirir un ingreso permanente. Al mismo tiempo, al ascender en la estratificación social urbana, perdía rápidamente su indumentaria y su identidad de indígena. Actualmente, en cambio, la situación económica de estos migrantes está estancada. *Totalmente marginados, sin posibilidad de movilidad social y económica, necesitan del apoyo de su grupo étnico en la ciudad y así, en vez de perderla, reafirman su identidad étnica.*

En cuanto a la aparición de las "Marías" en la ciudad vemos que se trata de una consecuencia de lo anterior. Los ingresos del jefe de familia son insuficientes para sostener a ésta en la ciudad, sobre todo porque normalmente tienen muchos hijos. La esposa indígena, por tanto, se ve forzada a trabajar, rompiendo el patrón tradicional indígena del rol de la mujer. Pero se encuentra sumamente limitada en cuanto a alternativas de empleo. No puede trabajar de sirvienta porque es casada o tiene varios hijos; es casi siempre analfabeta y carece de toda capacitación técnica; no tiene familiaridad con el manejo de una tienda o de una casa. Pero aquí estamos considerando la situación ideal donde existiera demanda de mano de obra femenina. De hecho no la hay. El desempleo femenino en el Distrito Federal es más flagrante que el masculino. Actualmente a las indígenas no se les acepta en muchos empleos porque los patronos tienen posibilidad de escoger entre varias candidatas y esto hace importante su identidad étnica. *Es decir, esta última adquiere importancia sólo en la medida en que existe desempleo.* Le queda sólo la venta ambulante como opción más ventajosa para ganar algún dinero. *Por lo tanto, resulta incorrecto plantear el problema de las "Marías" como un problema étnico.* Su posición socioeconómica está dada no por sus características culturales, sino por su falta de educación y capacitación, su dependencia en el trabajo asalariado como fuente de ingresos, y por el hecho de que no tienen acceso a los diversos servicios socia-

les que provee la ciudad. En esto sólo están en ligera desventaja con el resto de la población marginal de la ciudad, cuya situación está caracterizada por el desempleo y subempleo. Dicho de otra forma, los demás marginales, a pesar de no ser indígenas, están en las mismas pésimas condiciones de vida. Por lo tanto, en términos amplios puede decirse que no son pobres por ser indígenas sino por ser marginales.

Es de vital importancia comprender este hecho, ya que refuta por completo la noción de que integrando *culturalmente a las "Marías" se resolverá su miseria.* La investigación mostró ampliamente que el vivir en su grupo étnico las beneficia más de lo que las perjudica: les proporciona apoyo, ayuda, relaciones sociales y una fuerte cohesión de grupo; asimismo, su personalidad étnica les favorece en la medida en que la gente simpatiza con ellas y tiende a ayudarlas. Es claro, sin embargo, que les cierra las puertas a ciertas ocupaciones. Pero si éstas ya están saturadas de por sí, no hace mucha diferencia el que sean o no indígenas. *En suma, la identidad cultural de las "Marías" mejora o agrava ligeramente su situación social, pero en última instancia no la determina.*

Evidentemente, es necesario proporcionarles cursos de alfabetización y capacitación como los que les ofrece actualmente el Centro de Capacitación del Departamento del Distrito Federal, con objeto de que no queden rezagadas al ser eventualmente absorbidas por la estructura ocupacional; esto en caso de que se creen nuevos empleos para mujeres. Sin embargo, esta medida afectará sólo a las esposas de los migrantes permanentes y no a las de los temporales y estacionales. Para que éstas abandonen la venta ambulante, tendrían que crearse empleos temporales que les ofrecieran las mismas ventajas que la venta ambulante.

Fuentes consultadas

Argüello, O. (1972), "Migración y cambio estructural", Documento presentado en la Tercera Reunión del Grupo de Trabajo sobre Migraciones Internas, clacso.

Barth, F. (1969), "Models of Social Organization", *Occasional Paper of the Royal Anthropological Society*, London.

Blalock, H. y A. Blalock (1968), *Methodology in Social Research*, McGraw-Hill, New York.

Bonfil, G. (1972), "El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial", *Anales de Antropología*, UNAM, México.
Cardoso, F. H. y E. Faletto (1972), *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, México.
Centro de Investigaciones Agrarias (1970), *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*, Centro de Investigaciones Agrarias, México, tomo I.
Dirección de Estadística del Estado de México (1970), *Panorámica socioeconómica del Estado de México*, Gobierno del Estado de México.
Dirección General de Estadística (1960), *Censo del Estado de México*, DGE, México.
Fabila, A. (s.f.), *Los ejidos del Estado de México*. Imprenta del Estado de México.
Germani, G. (1969), "Asimilación de inmigrantes en el medio urbano", en *Sociología de la modernización*, Paidós, Argentina.
Margulis, M. (1968), *Migración y marginalidad en Argentina*, Paidós, Argentina.
Muñoz, H., O. Oliveira y C. Stern (1972), "Migración y marginalidad ocupacional en la Ciudad de México", *El perfil de México en 1980*, Siglo XXI Editores, México.
Oliveira, O. de y C. Stern (1972), "Notas acerca de la teoría de las migraciones. Aspectos sociológicos", *Migración y desarrollo*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires.
Peltier, R. y A. Galván (1971), "Estudio socioeconómico de vendedores ambulantes". Copia mecanoscrita.
Stavenhagen, R. (1972), *Sociología y subdesarrollo*, Nuestro Tiempo, México.
Suárez Contreras, E. (1972), "Migración interna y oportunidades de empleo en la ciudad de México", *El perfil de México en 1980*, Siglo XXI Editores, México.

Tercera parte

Género y desarrollo



En trabajo de campo con antropólogos y estudiantes
de la Escuela Nacional de Antropología, en Yautepec, Morelos. 2010.
FOTO COLECCIÓN DE LA AUTORA

Capítulo 19

Las mujeres que cruzan fronteras: migración y desarrollo*

Introducción

En las últimas décadas, las mujeres han cruzado la frontera para participar en la fuerza laboral o hacer trabajo profesional, por algún compromiso político o para ocupar un cargo, para participar en investigación científica o estudiar, en flujos que cruzan la frontera, o para atreverse a cuestionar por qué teologías e iglesias las excluyen de su jerarquía y poder. El discurso y narrativa sobre las esperanzas de las mujeres se ha enriquecido por las miles de experiencias en diferentes áreas y por la búsqueda, no sólo de ser escuchadas, sino también de tener autoridad e influencia en la toma de decisiones. La diversidad y riqueza de este movimiento se han enlazado con el neoliberalismo con resultados muy diversos. Mientras que las políticas neoliberales han abierto oportunidades económicas con las que muchos grupos de mujeres, ricas y pobres, se han beneficiado, tales políticas no han inspirado los cambios profundos necesarios para balancear los papeles que desempeñan hombres y mujeres en el trabajo remunerado y no remunerado, en ganar más libertad y ser empresarias, en proveer cuidados y sociabilidad, y en recibir respeto y reconocimiento. En todas estas áreas, tanto lo que reciben las mujeres como lo que dan influye fuertemente en el bienestar de toda la sociedad. Cuando la injusticia social se agrega a la desigualdad de género, se frena el desarrollo y no es posible un futuro sustentable.

*Documento inédito, presentado en la reunión del Comité de Políticas de Desarrollo del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, Nueva York, marzo de 2010.

Las sociedades democráticas se construyen sobre los mismos valores medulares que se enfatizan en el feminismo: autoconfianza, participación y emancipación de la violencia. En algunas sociedades que todavía tienen valores atávicos y no reconocen ni respetan a las mujeres, la lucha por la democracia hoy en día ha ahondado en líneas deficientes de resistencia al cambio en referencia al papel y estatus de las mujeres. A pesar de esto, los valores medulares de la democracia y el feminismo han sido adoptados por movimientos activos de mujeres en todo el mundo, cada grupo ha decidido a qué velocidad y ritmo y con qué prioridades cruzarán las, hasta ahora prohibidas, fronteras. Para algunas mujeres, el respeto a los derechos humanos y la dignidad es todo lo que se necesita; otras enfatizan en trabajos aceptables y tener influencia política, así como individualidad y autonomía.

Conforme los movimientos de las mujeres amplían el espacio y los temas que abordan, todos los mencionados —en términos de justicia, emancipación de la guerra y los conflictos, y el desarrollo—, son temas que aplican a todos, hombres y mujeres, de todos los países. Tal como Wendy Harcourt (2009) en su editorial en la revista *Development* enfatizó, en referencia al Foro del 2008 sobre "El Poder de los Movimientos", del encuentro "Las Mujeres y el Desarrollo", organizado por la Association of Women's Rights and Development (Asociación por los Derechos y el Desarrollo de las Mujeres, AWID por sus siglas en ingles), llevado a cabo en Sudáfrica: "El Foro fue aún más profesional que nunca, lleno hasta el borde y guiado por varios temas a tratar. Al participar en el Foro de la AWID nadie puede decir que no hay un movimiento de mujeres en todo el mundo. Tampoco se puede decir que sea un movimiento homogéneo, ni que no atrae jóvenes". Concluye diciendo que "…el movimiento feminista es diverso pero definitivamente… es global".[1]

Diversidad de los movimientos feministas

No debe sorprender que la expansión global de los movimientos feministas refleje gran diversidad; no obstante, hay sorprendentemente varios

[1]Sobre nuevos tipos de activismo, véase también Harris, Anita (2008), *Next Wave Cultures: Feminism, Subcultures, Activism*, London, Routledge.

puntos en común. Un estudio de 2008 llevado a cabo por United Nations Research Institute for Social Development (UNRISD), mostró que existen varias diferencias y similitudes en la forma como ambos géneros llevan a cabo trabajos de atención y cuidados en países de varias regiones; sin embargo, la media de tiempo que pasan las mujeres realizando trabajos no pagados de cuidados y atención es más del doble que la del trabajo que realizan los hombres (Budlender, 2008). También mostró que cuando se combina la información en el Sistema de Cuentas Nacionales (SNA), y la del trabajo no pagado de cuidados y atención, se encuentra que las mujeres hacen más trabajo que los hombres en todos los países (*ibid.*).

Los estudios en ciencias sociales han mostrado que en general la diversificación es uno de los indicadores de que un movimiento político y social se ha expandido más allá de los grupos pequeños para influir a toda la sociedad. Nancy Frazer (2004) localiza el empuje del movimiento feminista en la izquierda, que se focalizó inicialmente en problemas de distribución y luego, en una segunda etapa, fue atraído por las "políticas de identidad". Afirma que el cambio del Estado organizado en alguna variante del capitalismo, a neoliberalismo, da un nuevo significado a los ideales feministas en el marco de un "nuevo espíritu del capitalismo", que ha creado un nuevo proyecto de conexión para el mismo —como Luc Boltanski y Eve Chiapello han propuesto— disminuyendo las jerarquías tradicionales para dar lugar a relaciones horizontales y flexibles, que a su vez liberan la creatividad individual (2004, *op. cit.*, p. 109). Frazer tiene razón al decir que ha surgido una nueva forma de feminismo, activismo, transnacional, a escalas múltiples, y post-westphaliano; sin embargo, el impacto de tal movimiento debe entenderse en los países en desarrollo en el marco de las nuevas desigualdades que ha traído el alto desempleo y la expansión de actividades ilícitas.

Los movimientos feministas se han enriquecido y ampliado en el nuevo siglo; a la demanda tradicional de participación política y autonomía económica se han agregado nuevos activismos. Más mujeres, de todas las edades, están presentes en iniciativas de derechos humanos, de la sociedad civil y en asociaciones voluntarias, desde el nivel local hasta el internacional. Son muy activas, como se ha enfatizado en la reunión: "Las Mujeres y el Desarrollo" de la AWID, en luchas contra fundamentalistas religiosos, en cuestiones de sexo y derechos reproductivos, en estrategias de comunica-

ción, en organización de sindicatos, y en la lucha contra la violencia de género (Harcourt, *op. cit.*).

Existe en el área de "políticas de identidad", una tendencia que sería bueno monitorear de cerca, donde parecería que el feminismo está siendo empujado a un callejón angosto. Como en otros encuentros feministas, Harcourt reporta que, de hecho, la identidad, los temas de diferencias y la sexualidad eran los principales en el Foro AWID; mientras que sólo unas cuantas mujeres asistieron a talleres sobre el hambre y la hambruna, los desastres naturales, la migración y la crisis financiera global. En un momento en que los canales para que el público se organice están desapareciendo, muchas mujeres han sido empujadas a refugiarse en su mundo privado de cambios psicológicos y emocionales.

Que un movimiento que se ha expandido tan rápidamente cree un contragolpe es, como lo afirman Chunn, Boyd y Lessard (2007), una conceptualización sobresimplificada y prefoucaldiana, basada en una perspectiva de poder omnipotente, unidimensional, centrada en el patriarcado, el estado, o las instituciones de la sociedad civil. Al mismo tiempo, mientras que el posmodernismo y el desconstructivismo han abierto nuevas y fascinantes perspectivas sobre la identidad de las mujeres y las expresiones en las artes, Catherine Scott (1995) advierte que dan "un impulso que hace la teoría del feminismo imposible". Que un movimiento global tan diverso ha logrado más en "políticas simbólicas" que en logros concretos, como Naila Kabeer ha observado, es tal vez cierto; sin embargo, la opinión que se ha expresado aún más a menudo es que conforme la recesión económica se hace más profunda, se da un desarrollo nuevo e interesante: si más mujeres estuvieran en el poder, el triste estado de la crisis, la guerra y la violencia prevalente hoy en día en el mundo tal vez empezaría a encaminarse hacia una manera sustentable de vivir.

También es interesante ver que más mujeres parecen estar participando ahora como militantes en conflictos o como combatientes militares. Es importante notar que hubo un tiempo en que la mayoría militante en el movimiento zapatista en Chiapas, México estaba formada por mujeres, y parece que lo mismo ocurrió en la guerrilla en Guatemala.

Sin embargo, debe hacerse una distinción entre los tipos de militantes; por un lado, están las mujeres jóvenes que ven en la militancia un camino para mayor educación y autonomía; frustradas por hombres e institucio-

nes religiosas tradicionales o por falta de empleos, se vuelven militantes en movimientos sociales y políticos; estas mujeres luchan por el cambio. Por otro lado, están las mujeres jóvenes que se dan por vencidas y ofrecen su vida con celo religioso, como las mujeres que se han explotado con bombas como parte de las tácticas terroristas islámicas en el Medio Oriente; estas mujeres luchan para poner un alto al cambio. Un tercer grupo de mujeres, no son militantes, pero se involucran en actividades violentas y muchas veces criminales, por ejemplo la reina de belleza mexicana, Miss Sinaloa; estas mujeres se ven involucradas en tráfico de drogas y terminan tomando esta alternativa para poder tener acceso a dinero y poder. ¿Sabemos que todas han actuado por alguna de estas razones? No, ya que ha habido muy pocos estudios sobre la, cada vez más violenta, militancia de las mujeres.

Si la mayor parte de las victorias del movimiento feminista son en "política simbólica", ¿será esta militancia activa de las mujeres un intento de cambiar tales políticas simbólicas en avances reales? Desde mi perspectiva, éste sería el caso con las jóvenes involucradas en el ejército zapatista, mas no con aquellas que se reducen a posiciones subordinadas, o se involucran en actividades violentas y criminales. Existe cierta evidencia de que, tal como ocurre con los hombres, si las puertas permanecen cerradas a la participación activa de las mujeres en el desarrollo dominante, éstas toman opciones extremistas y violentas.

Lo anterior apunta a un hecho que necesita enfatizarse: las mujeres ya no son observadoras pasivas de los procesos que están cambiando sus vidas. Sin embargo, su participación es dispareja y lleva a resultados diferentes y, en muchos casos, inesperados. El hecho de que las mujeres tengan mayor influencia a través de la participación se captura en el título: *Developing Power* (*Poder en desarrollo*), del libro de 2005 editado por Arvon Fraser e Irene Tinker (2004).

Creo que este reconocimiento resalta conforme se aproxima la Conferencia Beijing plus 15; una revisión de su progreso, que termina en 2010, requerirá un análisis detallado de las políticas y programas de desarrollo, con una mirada nueva, con perspectivas llanas que influencien iniciativas de reformas en políticas internacionales.

Impactos del género en las políticas de desarrollo

Las políticas de crecimiento económico han dado a los géneros opciones dispares e injustas en los últimos 20 años, a lo que debe agregarse que la crisis económica actual está ya teniendo un efecto de género que podría dejar a muchas mujeres en la pobreza o con un aumento en la carga de trabajo no remunerado, para compensar la caída de empleos e ingresos. Como el subsecretario del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas, Sha Zukang, afirmó recientemente "…históricamente, las recesiones económicas han puesto una carga desproporcionada en las mujeres" (Deen, 2009).

Valentine Moghadam usando el "patriarcado" como un concepto analítico se preguntó si el desarrollo y la industrialización han aumentado o decrecido la desigualdad de género (Moghadam, 1996, p. 3). Basándose parcialmente en el Índice de Desarrollo Humano se pudo mostrar que los avances positivos se han hecho en la esperanza de vida de las mujeres, alfabetización, logros educativos, participación en la fuerza de trabajo, uso de anticonceptivos, y participación política. Sin embargo, existen todavía grandes diferencias en salarios, subordinación en el mercado, atención médica, apoyo nutricional y educación (*op. cit.*, pp. 19-20).[2]

En esta área, los estudios muestran que las mujeres enfrentan dificultades desproporcionadas en los mercados de trabajo, nivel de salario y falta de acceso al capital, servicios de consultoría y acceso a la tecnología. Además, el debilitamiento, y en algunos casos colapso de las estructuras organizativas, culturales y de seguridad, que da apoyo al capital social las ha dejado con menos apoyo para el trabajo de atención y cuidados que se espera de ellas. La vulnerabilidad de las mujeres por los riesgos adicionales que enfrentan en zonas donde hay conflictos armados, y como víctimas del tráfico ilícito de drogas y personas, requiere que se dé atención cuidadosa al impacto que la crisis económica está ejerciendo en sus vidas. Es importante mencionar un estudio comparativo entre países realizado en 2007 que presenta evidencia empírica mostrando un descenso en la diferencia de salarios por género en el Sur con relación al Norte, el cual ha

[2]Marie-France Lebrecque, en su estudio del desarrollo rural en México, ha hablado de una dominación masculina doble, ya que instituciones específicas para los dos géneros se han agregado a la dominación cultural tradicional.

tenido un impacto positivo en los términos netos de intercambio en las negociaciones comerciales en el Sur (Van Staveren *et al.* (2007). Por lo tanto, los gobiernos de países en desarrollo deberían interesarse en reducir la discriminación contra las mujeres en materia de salarios en el sector de manufactura. Este estudio también señala que la investigación equivalente no se ha llevado a cabo en el sector de servicios que, de hecho, ha tenido un perfil alto en los últimos años en negociaciones de comercio internacional.

Existen también estudios que han mostrado que las "ventajas comparativas" que dan a los países primacía en el mercado internacional han estado basadas en numerosos sectores en las "desventajas de las mujeres", por ser vulnerables en ciertas condiciones de trabajo y porque tienen acceso restringido a créditos, tecnología y mercados (Arizpe, 1985; Elson *et al.*, 2007).

La OCDE (OECD, 2008) ha reportado con un indicador muy importante que la participación de las mujeres en la fuerza laboral se ha estancado; tanto para mujeres de 20-24, como para aquéllas de 25-49, en salarios de manufactura muy por debajo de los de los hombres. UNIFEM (Unifem 2008/2009, pp. 17-18; Sandler, 2007) reporta que ocho de cada diez mujeres que trabajan tienen empleos vulnerables en África Subsahariana y el sur de Asia. También indica que uno de cada cinco miembros del Parlamento es mujer; que una de cada cuatro mujeres que muere como resultado de embarazo o al dar a luz, podría haberse salvado si hubiera tenido acceso efectivo a anticonceptivos, y que se está dando una feminización del SIDA en África (*ibid.*).

Evaluar el progreso de los Objetivos de Desarrollo del Milenio relacionados con las mujeres es un tema de alta prioridad. De hecho, en los Objetivos de Desarrollo del Milenio no se consideró el papel de las mujeres como productoras, así que no ha habido avance en las políticas para evitar la discriminación y el sesgo en relación con que las mujeres tengan acceso a entradas productivas. Esto explica por qué la pobreza no ha disminuido en algunas partes del mundo.

Sin embargo, existe un lado más brillante en los Objetivos de Desarrollo del Milenio, de paridad en educación primaria y secundaria, y la OCDE ha reportado que de 106 países, 83 han alcanzado el Desarrollo del Milenio en 2005, aunque 19 países no llegarán a esta meta para 2015. Como es bien

sabido, mejor educación no sólo lleva a ingresos individuales más altos, disminuye la mortalidad infantil y otros beneficios; es también una precondición necesaria, aunque no suficiente, para el crecimiento económico a largo plazo (Lutz, 2008-2009). A pesar de este progreso, las estadísticas muestran que el 57 por ciento de aquellos que se quedan sin escuela son niñas.

Para principios de la primera década de este siglo, la "globalización injusta" (Commission on the Social Dimension of Development, 2004) había llevado a la "crisis del desarrollo"; un término que resuena con muchos estudios de campo sobre el impacto de las políticas neoliberales en materia de género, mostrando que los ricos se han enriquecido en un contexto de inestabilidad económica y crecimiento de conflictos sociales alimentados por la desigualdad (Benería, 2003). En este contexto, es esencial considerar la construcción social de mercados, a los que afectan las políticas gubernamentales enfocadas a aumentar la movilidad de capital y expandir la producción orientada al mercado. Tales políticas no consideran cómo la producción orientada al mercado puede impactar los ingresos que sostienen hogares, o cómo las personas sin acceso a capital podrían participar en la producción (Benería, 2007). Además, en muchos casos, como muestra Bina Agarwal (1994), las mujeres llevan a cabo tareas no pagadas ayudando a sus esposos en proyectos para el desarrollo (Pedrero, 1996).

En resumen, a pesar de los intentos al final de los años setenta de "integrar a las mujeres" en el desarrollo, o incluir políticas de género en las de desarrollo en los años ochenta, el avance de las mujeres muestra una imagen de promesas no cumplidas, una situación que el título del libro de Irene Tinker (1990) describe: *Persistent Inequalities* (*Desigualdades persistentes*). La arraigada discriminación que ya ha creado distribuciones injustas de poder y recursos entre hombres y mujeres se ha ahondado en muchos casos debido a políticas de desarrollo que no toman en cuenta su impacto en los empleos de las mujeres, su trabajo no remunerado, y el trabajo adicional de cuidados y atención que realizan (Sen y Grown, 1987).

Esta desigualdad en el avance de las mujeres en el desarrollo mundial se refleja en la participación de las mujeres en migraciones que cruzan fronteras. La movilidad geográfica ha abierto puertas para las mujeres, especialmente del campo, pero los efectos de sus experiencias de migración muestran resultados mezclados. En este artículo se hará referencia principal-

mente a América Latina, y la evidencia empírica utilizada viene del trabajo de campo llevado a cabo por la autora en poblados del México rural.

Migraciones que cruzan fronteras y actividades ilícitas

Las migraciones que cruzan fronteras y el tráfico ilícito de personas tienen alta prioridad en la lista de preocupaciones de la agenda del Desarrollo. Los migrantes internacionales; —191 millones en 2005, probablemente cerca de 200 millones si se incluyeran migrantes ilegales—, manda más de 250 billones de dólares anuales a sus países de origen.[3] La crisis económica ya ha traído una disminución muy marcada en tales envíos que se han vuelto vitales para hogares de escasos recursos en numerosos países en desarrollo.

Las Naciones Unidas reportan que las reservas de los migrantes —el núcleo permanente de transferencias de emigrados internacionales— se elevó de 0.8 por ciento de la población mundial en 1960-1965 a un pico de 6.7 por ciento en 1985-1989, para luego bajar a 1.5 por ciento en 2005-2007.[4] El flujo de migraciones a través de las fronteras se ha vuelto ahora un fenómeno mundial; la información muestra que 28 países han recibido más de un millón de inmigrantes cada uno, y 63 países han recibido más de 100 mil inmigrantes.[5] Las migraciones internacionales, en general, representan el mismo porcentaje de la población mundial —3 por ciento— que representaba a principios del siglo XX, con una composición diferente.[6]

Estudios recientes se refieren a la "feminización" de las migraciones internacionales desde que la participación de las mujeres en estos flujos aumentó a 49.6 por ciento en 2005.[7] Hasta los años ochenta, las tendencias en migración internacional mostraban una proporción de género más

[3]United Nations (2006), *Trends in the Total Migrant Stock: the 2005 Revision* (United Nations, POP/DB/MIG/REV:2005):12. Véase la página web http://esa.un.org/migration. Notar que las cifras de migración internacional se basan primordialmente en el número de personas extranjeras registradas en censos nacionales y otras fuentes oficiales; por lo que no incluyen migrantes indocumentados, ni aquéllos involucrados en la trata de personas, el comercio de drogas u otras actividades criminales.

[4]*Ibid*.

[5]*Ibid*.

[6]Centre Tricontinentale (2004), *Genèse et enjeux des migrations internacionales*, París, Syllepse, p. 25.

[7]United Nations, *op. cit.*, p. 20.

alta de hombres que de mujeres trabajadoras. Las excepciones fueron en trabajos específicos; por ejemplo, migración de hombres a regiones mineras en África y migración de trabajadores a países islámicos en el Medio Oriente; o de culturas específicas, como migración de mujeres del Estado de Kerala, India, donde, en contraste con los estados de tradición hindú, las mujeres emigraron para trabajar como enfermeras y en otras actividades económicas de servicio.

La proporción de trabajadores hombres con respecto a la de mujeres empezó a cambiar las migraciones que cruzan fronteras en las últimas tres décadas. Se necesita una perspectiva de género para entender estos cambios en cada caso; si es que un mayor número de mujeres están emigrando, o si el aumento en la proporción se debe a que menos hombres se están involucrando en estos flujos. El aumento de mujeres migrantes se debió en un principio a que más mujeres iban a reunirse con sus esposos o familias, que para entonces estaban permanentemente establecidas en el país destino. En los últimos años, las mujeres empezaron a emigrar como trabajadoras independientes, siguiendo la tendencia que era evidente en la mayor parte de los flujos de migraciones internas en diferentes países.

Una de las razones para esta "feminización" en los flujos que cruzan las fronteras es la demanda expandida de trabajo de atención y cuidados; tanto calificado, como el de enfermeras, como no calificado, como el de trabajadoras domésticas en países industrializados. Esto enfatiza la importancia del trabajo de cuidados y atención como la base en la que las políticas sociales pueden promover la igualdad de género o exacerbar la división de género y la desigualdad (Zimmerman *et al.*, 2006).

Entre los migrantes calificados, las mujeres encabezaron la "fuga de cerebros", ahora llamada "ganancia de cerebros" en los países industrializados. La evidencia es que la diferencia entre el número de hombres y el número de mujeres migrantes que tienen educación superior es 3.2 por ciento en América Latina y el Caribe, 8 por ciento en Oceanía y 10 por ciento en África.[8]

Este mercado se está volviendo global pero las reglas que los migrantes encuentran en sus movimientos al cruzar la frontera son siempre nacionales. Debe hacerse una distinción entre lo "transnacional" de su viaje

[8]Unifem, *op. cit.*, p. 11.

y la definición nacional, tanto de sus salarios y condiciones como de su acceso a casa, educación y otros servicios sociales. Además, la situación de las mujeres migrantes varía en mercados fragmentados. Por ejemplo, para mujeres migrantes que son trabajadoras de atención y cuidados en instituciones, las leyes y actitudes nacionales que prevalecen definen su situación; para cuidadoras en casas privadas, las reglas están menos definidas y no están sujetas a la supervisión del gobierno (Zimmerman *et al.*, *op. cit*.).

Cambios en la vida de las mujeres migrantes de México

En el caso de migrantes de América Latina y el Caribe, la diferencia para las mujeres que emigran a Estados Unidos con sus parientes —esposos, hermanos, tías u otros parientes cercanos— y las que viajan independientemente es muy marcada. Durante la década de los ochenta, y especialmente en la de los noventa, las rutas de este flujo masivo de emigrantes al "Norte" estaban formadas por familias o grupos de parientes que iniciaban así su vida como residentes en Estados Unidos. Esto abrió oportunidades para otras mujeres de vivir con familias confiables o con amigos de su pueblo en las comunidades que las recibían, y de encontrar trabajo. También dio, especialmente a mujeres jóvenes, confianza para hacer el viaje solas y abrirse camino por sí mismas en la sociedad americana.

Desde los años noventa, el factor de "jale" se ha vuelto importante para las mujeres como motivación a emigrar fuera de sus poblados rurales. A través de la educación y los medios de comunicación masivos, niñas y mujeres jóvenes han adquirido nuevos valores de autoconfianza y deseo de tener logros personales. A la pregunta, ¿por qué emigras?, la mayor parte de las jóvenes mujeres responden "para superarme". Además de superar normas y expectativas tradicionales, los rendimientos de la educación para las mujeres son quizá relativamente más altos en Estados Unidos (Benería y Roldán, 1987); por ejemplo, debido a la discriminación de género en los mercados de trabajo mexicanos. Aunque las mujeres jóvenes están buscando mejorar su estatus a través de la migración, existen estudios que han encontrado que aunque el trabajo remunerado tiende a mejorar su relación de género en el hogar, la migración no cambia los papeles tradicionales de género (Vega Briones, 2002).

Sin embargo, los factores de "empuje" en la migración femenina en América Latina y el Caribe se han vuelto más fuertes en muchos países en la última década. Las políticas neoliberales que debilitaron las formas de vida basadas en la agricultura, y el crecimiento económico que ha traído grandes desigualdades y altas tasas de desempleo han empeorado la situación para las mujeres en familias de bajos ingresos en muchos países de América Latina y el Caribe. Otro factor que influye en las tasas de migración al exterior de las mujeres es el aumento de necesidades monetarias de sus familias y la disminución de servicios sociales.

Las políticas de liberalización prácticamente han destruido la agricultura de parcela en México, forzando a millones de personas del campo a emigrar de las áreas rurales. Esto ha empeorado la situación de las mujeres, muchas de las cuales han tenido que emigrar a las ciudades, o a Estados Unidos, o para la labor agrícola de temporada. Trabajar en las labores agrícolas es tal vez la situación más denigrante y explotadora de todas, especialmente para mujeres y niños, como se ha mostrado en mi propio trabajo de campo (Arizpe y Aranda, 1984). Muchos estudios han confirmado esta degradación; como Sara Lara explica, los empleadores de los negocios agrícolas tienen la posibilidad de ejercer dominio sobre las mujeres migrantes, muchas de ellas indígenas,

> …a través de amenazas, engaños, presiones y acoso, pero más que nada humillándolas. Esto finalmente tiene el mismo efecto que la violencia directa y adicionalmente desencadena los peores sentimientos hacia el "otro" entre los trabajadores mismos… permitiendo al mismo tiempo las expresiones más brutales de violencia en las familias (Lara Flores, 2003).

Las mujeres necesitan mucho valor para emigrar; más ahora que el lado oscuro de tal migración se ha vuelto aún más peligroso en muchas regiones de México, especialmente en las zonas fronterizas. De hecho, en la frontera mexicana el número de "feminicidios" —un nuevo tipo de homicidio tipificado actualmente en la ley mexicana como aquel cometido por el esposo o el pariente— ha llegado a ser mayor a 600 mujeres asesinadas. Este número ha aumentado notoriamente en la última década, dada la total incapacidad del gobierno federal y del Estado de investigar, arrestar y castigar a los asesinos. Esta impunidad ha llevado a mujeres jóvenes a ser víctimas de un horrible grupo: traficantes de personas, "sicarios" —asesi-

nos— en el negocio de drogas, pervertidos —que en películas *snuff* asesinan realmente a las mujeres—, y policía y oficiales del gobierno corruptos.

Es importante mencionar que cuando las puertas mencionadas anteriormente se cierran para las mujeres jóvenes: empleos, migración a las ciudades, migración a Estados Unidos, ellas tienen otras dos opciones: la militancia política en guerrillas, como en el caso del Ejército Zapatista en Chiapas; o, la economía gris y negra. Esto podría significar trabajar en la industria gris del "entretenimiento", como en *table dance* en bares que han proliferado a lo largo de la frontera, o resbalarse en la pendiente hacia la prostitución voluntaria o involuntaria y la trata ilícita de personas.

También y cada vez más, ya que esto raramente pasaba hace una década, se pueden involucrar directamente en el comercio de drogas. Debe mencionarse que, en muchos casos, las mujeres son inducidas a estas actividades negras después de haberse enamorado o haber sido seducidas por hombres que pretenden ser ricos y poderosos, que prometen a las jovencitas cosas que ellas nunca habían soñado. En casos excepcionales, tales aventuras amorosas las llevan a convertirse en jefas de grupos de traficantes de drogas una vez que sus esposos o amantes han sido asesinados. Un caso de este tipo es Sandra Ávila, la Reina del Pacífico, que en un momento dado llegó controlar todas las rutas de suministro de drogas en el Pacífico; fue encarcelada, nunca extraditada a Estados Unidos, y actualmente está en libertad.

En relación con las mujeres que se quedan en casa mientras sus esposos e hijos emigran, vale la pena notar que su precaria situación varía de acuerdo con el nivel de ingresos de la familia, su acceso a insumos para realizar actividades productivas, y el apoyo de su círculo amplio de parientes. La presencia de la cabeza femenina en el hogar es crucial para mantener la integridad de la casa para los hombres que emigran:

> Para un trabajador migrante típico que prefiere no permanecer indefinidamente en "el Norte" es mucho más fácil conciliar el ir a un país extraño si su esposa se queda en casa atendiendo a la familia y las relaciones sociales. El tener una esposa en casa es costo-eficiente, va de acuerdo con las normas de género, y le permite ir y venir sin perder su lugar social en el pueblo ni sus relaciones familiares (Kanaiaupuni, 1995, 1998; Kanaiaupuni, 2000, pp. 1319-1320).

Esto no excluye el que tenga una segunda familia, a menudo con otra mujer latina, con quien, al final, se queda. El que continúe o no mandando dinero a su primera familia, o que mantenga lazos afectivos con los hijos de su primera esposa, depende de su constitución afectiva y psicológica, pero también influirá en gran medida su bagaje cultural. Es por esto que siempre he pensado que los envíos de dinero son un fenómeno cultural.

En lo referente a estudios de las experiencias de las mujeres migrantes mexicanas en Estados Unidos, hacemos una descripción general de la situación en sus empleos:

> La segregación por sexo de las ocupaciones para migrantes limita también las redes sociales de las migrantes. Los migrantes hispanos hombres tienden a concentrarse en la construcción, el trabajo manual y los servicios, y en estos trabajos tienen un amplio y variado contacto con otros hombres. Por otro lado, las migrantes hispanas mujeres se concentran en ocupaciones de servicio doméstico y en servicios de pequeña escala, donde están más aisladas y tienen menos posibilidades de progresar que en el caso de las ocupaciones de los hombres migrantes.[9]

Sin embargo, varios estudios sugieren que existen redes sociales de mujeres que pueden transformar la experiencia de la mujer migrante, brindando contactos para empleos, ayuda e información en sus destinos.[10] En su estudio de 2005, Parrado y Flippen (2005, pp. 626-627) retan una perspectiva de asimilación y emancipación de migración y género que predeciría un aumento gradual y unidireccional en el poder de las mujeres mexicanas asociado con migración y residencia en Estados Unidos argumentando que más bien "…el efecto de la migración en las relaciones de género es muy variable, con ganancias en ciertas áreas y pérdidas en otras. Siguiendo la literatura selectiva de asimilación, vemos que los migrantes mexicanos selectivamente incorporan algunos aspectos de la sociedad que los recibe, y al mismo tiempo refuerzan características y patrones de conducta que llevan de sus comunidades de origen. Aunque este proceso de adaptación sin asimilación puede ayudar a aislar a los migrantes de las fuerzas desestabilizadoras que surgen de residir en un ambiente extranjero, el resultado final es que en algunos casos la migración de hecho exacerba el desbalance de género".

[9]Hagan (1998) citado en Parrado y Flippen (2005), pp. 608-609.
[10]Donato y Kanaiaupuni (2000); Hondagneu-Sotelo (1994).

En general, Parrado y Flippen concluyen que la asociación entre la relación de migración y género no es uniforme en todas las dimensiones de las diferencias de género:

> La reconstrucción de las relaciones de género de la familia en el lugar de destino es un proceso dinámico en el que se descartan algunos elementos llevados de las comunidades de origen; otros se modifican, y otros se refuerzan. Los resultados retan las expectativas de que las mujeres migrantes incorporarán fácilmente los patrones de conducta y valores culturales de Estados Unidos e ilustran la importancia de la asimilación selectiva para entender la diversidad de cambios de relaciones de género que acompañan la migración.[11]

Los autores, Emilio Parado y Chenoa Flippen, enfatizan una conclusión importante basada en su estudio de migración y género en las mujeres mexicanas:

> Antes de teorizar que el efecto de la migración en el género tiene en muchos casos vestigios de los arreglos de género tradicionales de las comunidades de origen, y que esto es una restricción importante a la mejoría socioeconómica de las mujeres migrantes, veamos que, contrariamente a esta interpretación, nuestra investigación sugiere que la conexión causal parece tener impacto también en la otra dirección. No es que las mujeres migrantes fallan en su intento de "progresar" hacia normas más igualitarias por su bagaje cultural o patrones de conducta traídos de sus comunidades de origen; es más bien su posición estructural en la sociedad de Estados Unidos, incluyendo su estatus migratorio precario, las condiciones desfavorables de trabajo, y la falta de apoyo social lo que debilita su bienestar y el poder en sus relaciones.[12]

Sara Lara concluye que a pesar de estas dificultades, la migración crea posibilidades de nuevos escenarios en los que las estructuras culturales referentes al género pueden alterarse y en los que las mujeres, especialmente indígenas, "pueden generar espacios de interacción que les den armas para un nuevo poder que no tenían en sus pueblos de origen".[13]

[11] *Ibid*., pp. 606-632.
[12] *Ibid*., p. 628.
[13] Lara, *op. cit*., p. 395.

Monitoreo del impacto de la crisis económica en el género y las migraciones que cruzan la frontera

Para monitorear el impacto de la presente crisis en mujeres en el campo de las migraciones internacionales, es importante continuar desarrollando la investigación en los siguientes temas:

La disminución de las remesas enviadas por migrantes

La disminución de las remesas tendrá serias consecuencias en los hogares que las usan para los gastos diarios de sobrevivencia, especialmente en los casos de mujeres que han quedado como cabezas del hogar y que tendrán que ampliar sus ingresos generando actividades en su región de origen en el sector informal. Si las remesas disminuyen, las inversiones en pequeños negocios o actividades comerciales serán más lentas en estas regiones.

Regreso de los migrantes a sus países de origen

El número de migrantes que regresen a México como resultado de la disminución de empleos en la industria de la construcción y de la recesión económica general en Estados Unidos, así como de la vigilancia con patrullas en las áreas fronterizas y la radicalización de las regulaciones migratorias en Estados Unidos, seguramente llegará a ser de varios millones. Muchos de estos migrantes podrán usar las habilidades que aprendieron al migrar y abrirán pequeños negocios o tiendas, o se dedicarán a otras actividades comerciales, pero necesitarán créditos y servicios gubernamentales de extensión, o apoyo privado a negocios pequeños para tener éxito en estas iniciativas. Las mujeres migrantes empleadas en la economía de cuidados domésticos no habrán adquirido nuevas habilidades, pero deseablemente habrán podido ahorrar para su regreso. Las jóvenes migrantes que hayan trabajado tanto en la economía de cuidados y atención, industrial o doméstica, así como en otros empleos, quizá hayan adquirido nuevas habilidades, pero la mayoría de ellas también habrán aumentado sus aspiraciones en las áreas de empleo, ingresos, respeto de los hombres y protección contra la violencia doméstica. Esto es especial y penosamente cierto para aquellas nacidas en familias de migrantes ilegales mexicanos,

que han asistido a la escuela primaria y secundaria y que han absorbido el estilo de vida y valores de la juventud de Estados Unidos. Por esta razón, los programas de amnistía y regularización de aquellas que se encuentran en esa situación es una prioridad.

Si no se toman medidas urgentes para crear empleos y obtener logros como estudiante para la juventud mexicana migrante que regresa, especialmente a áreas rurales en desventaja, de las que trataron de huir, existe el riesgo de que actividades ilícitas asociadas con drogas; el crimen, organizado o en pequeña escala, y la prostitución proliferen otra vez. De acuerdo con investigaciones llevadas a cabo por mis alumnos, aquéllos en peligro de ser deportados podrían aferrarse a su situación clandestina e involucrarse en la economía negra que está siempre conectada con redes a través de la frontera.

Si los jóvenes migrantes deportados que regresan llegan a enfrentar situaciones sin esperanza, donde no existen oportunidades de trabajo o estudio, ni otras ventanas abiertas para ellos, además de la economía negra, esconderán su ansiedad tras la violencia sin sentido, el consumo de drogas, o en el caso de mujeres jóvenes, en embarazarse y vivir para siempre en los márgenes de la pobreza, la violencia y el suicidio.

Aquellas mujeres que aún así traten de mantener su vida social, y sus familias y parientes, cargarán el peso de estos eventos criminales y trágicos como guardianas de la familia, y como víctimas de violaciones y violencia doméstica. Además, de acuerdo con el nivel de violencia o, más comúnmente, de violencia internalizada, que termina por convertirse en depresión, según suba, caerán en la pasividad del constructo de la mujer tradicional y estarán dispuestas o participarán activamente en el comercio de drogas y la prostitución, o en secuestros.

Las políticas sociales que incluyen solamente a unas pocas madres seleccionadas en los poblados, y cuya elección nunca se explica —¡lo cual hace que otras madres se indignen!—, y que solamente favorecen a uno de los hijos, son totalmente inútiles para detener la lucha de la trama social y la destrucción de vidas jóvenes. Si el dinero que el gobierno mexicano invierte en la lucha contra el comercio de drogas y el crimen organizado se invirtiera en educación de calidad, apoyo a la pequeña empresa y protección para las mujeres contra la violencia, la decadencia brutal que ocurre

en muchas regiones de México y las vidas arruinadas de su "bono demográfico"[14] se habrían evitado.

Conclusiones

La revisión de la literatura sobre los avances de las mujeres en el desarrollo internacional en los últimos años muestra áreas de mejora en la vida de las mujeres y otras de estancamiento en su estatus, o de aumento en su carga de trabajo, o de estar en riesgo de violencia y criminalidad. Significativamente, la misma tendencia es evidente en la revisión hecha recientemente en migraciones internacionales de mujeres y en mis propias observaciones de investigación. Parrado y Flippen lo describen sucintamente cuando dicen que "…si se considera la literatura de migración y género de manera amplia, los puntos destacados son la necesidad de distinguir entre los dominios en los cuales la migración ha dado ganancias en relación con la autonomía de las mujeres y aquellos en las que la desigualdad se mantiene o refuerza" (Parrado y Flippen, 2005, p. 609). Para llevar a cabo este análisis es muy importante tratar al género como una "…base teorética de diferenciación y no simplemente como una variable de control…" (Kanaiaupuni, 2000, p. 1312).

Dada la desigualdad y exclusión que se ha mantenido en las dos últimas décadas a través del crecimiento económico, es vital definir el desarrollo como el crecimiento de los mercados que están incluidos en los ideales políticos y sociales amplios de las sociedades. El avance de las mujeres dependerá de si son consideradas como una parte constitutiva de estos ideales y sus resultados. Los consumidores deben teorizarse al mismo tiempo como ciudadanos de un Estado nacional, y como miembros de una comunidad social. El Estado debe fortalecerse para disminuir los abusos financieros y de empresas de negocios; para dar atención a la obesidad y otros temas de salud —especialmente en niños—;[15] para la nivelación de campos de oportunidad en educación y empleo, y para la inversión en ac-

[14]Bono demográfico, en inglés *demographic bonus*, es el aumento demográfico observado en numerosas naciones en desarrollo que ocurre justo antes de la transición demográfica y que en la mayoría de los países se ve como una manera dinámica de tener gente joven que promueva el crecimiento económico.

[15]En la última década, México se ha colocado en uno de los primeros lugares de obesidad infantil en el mundo.

tividades que generan pequeñas ganancias. Es muy importante que el Estado provea oportunidades de trabajo para los jóvenes desempleados y que tenga la autonomía necesaria para detener el crimen organizado en todos los sectores de la sociedad.

Dadas las recesiones económicas, ¿han podido las mujeres influir en la agenda de desarrollo internacional? Los autores del libro de 2004, *Developing Power: How Women Transformed International Development*, afirman que el movimiento Women in Development ha enseñado a las mujeres, dentro y fuera del gobierno, a pensar y actuar de forma diferente en casi todos los campos de actividad.

Existen estudios que han mostrado que el análisis del impacto del desarrollo en las mujeres requiere de nuevas herramientas teóricas para abordar los resultados contradictorios y desiguales. Nancy Frazer define este reto como el dilema que plantea al capitalismo su condición "postsocialista". Define la condición "postsocialista" como "…la ausencia de cualquier proyecto confiable emancipador de gran alcance a pesar de la proliferación de frentes de lucha; como una separación amplia de las políticas culturales de reconocimiento, y las políticas sociales de distribución, y como una descentralización de las demandas de igualdad frente a la agresiva imposición del mercadeo y la desigualdad material que se eleva bruscamente".[16] Propone un modelo de democracia radical que "…combina la lucha por un multiculturalismo antiesencial con la lucha por la igualdad social".[17]

Como comentario final, cito a Nancy Frazer que ha resumido la situación muy adecuadamente: "Si nos apoderamos del momento, podremos hacer que la inminente transformación vaya en la dirección de la justicia; y no sólo en relación al género".[18]

Fuentes consultadas

Agarwal, B. (1995), *A Field of One's Own: Gender and Land Rights in South Asia*, Cambridge.

[16]Citado en Naples, Nancy (2004), "To Interpret the World and to Change it: an Interview with Nancy Fraser", en *Signs*, vol. 29, núm. 4, pp. 1103-1124.

[17]Frazer, 2004: 1105.

[18]Frazer, 2009: 117.

ARIZPE, L. (1985), *The Comparative Advantages of Women's Disadvantages*, Oxford, Blackwell.

_____ y J. Aranda (1984), "The Comparative Advantages of Women's Disadvantages: Women Workers in the Strawberry Agroindustry in Agribusiness in Mexico", en H. Safa y E. Leacock, *Women's Work*, New York, Praeger.

BENERÍA, L. (2003), *Gender, Development and Globalization: Economics as if People Mattered*, New York, Routledge, p. 6.

_____ (2007), *The Feminist Economics of Trade*, Irene Van Staveren *et al.* (eds.), Colchester, Francis Taylor Group.

BENERÍA, L. y M. Roldán (1987), citado en Kanaiaupuni, 2000, p. 1314.

BUDLENDER, D. (2008), *The Statistical Evidence on Care and Non-care Work across Six Countries*, Ginebra, UNRISD, 45.

Commission on the Social Dimension of Development (2004), *Report: Towards a Fair Globalization*. Ginebra, Organización Internacional del Trabajo.

CHUNN, D. E., S. B. Boyd y H. Lessard (2007), *Reaction and Resistance: Feminism, Law, and Social Change*, Vancouver, UBC Press.

DEEN, T. (2009), "Development-U.N.: Recession threatens Women's Meagre Gains", en *Global Information Network*, p. 3.

ELSON, D., C. Grown y N. Catagay (2007), "Women, Trade and Comparative Advantages", en Irene *et al.* (eds), *The Feminist Economics of Trade, Irene Van Staveren*, Colchester, Francis Taylor Group.

FRASER, A. S. e I. Tinker (2004), *Developing Power. How Women Transformes International Development*, New York, Feminist Press.

FRAZER, N. (2004), "To Interpret the World and to Change It: An interview with Nancy Frazer", en *Signs*, vol. 29, núm. 4, The University of Chicago Press, pp. 1103-1125.

HARCOURT, W. (2009), *Body Politics in Development. Critical Debates Ingender and Development*, Londres, Books,

LARA FLORES, S. M. (2003), "Violencia y contrapoder: una ventana al mundo de las mujeres indígenas migrantes", en *Revista de Estudios Feministas*, Julho-dezembro, vol. 11, núm. 2, pp. 381-397, 394.

LUTZ, W. (2008/2009), *Population Network Newsletter: New Data on Human Capital*, Viena, International Institute for Applied Systems Analysis, p. 7.

MOGHADAM, V. (1996), *Patriarchy and Economic Development: Women´s Positions at the end of the 20th century*, Oxford, Oxford University Press.

OECD (2008), *Equality for Women: Where Do We Stand?* OECD:1

PARRADO y FLIPPEN (2005), "Migration and Gender among Mexican Women", en *American Sociological Review*, vol. 70, núm. 4, pp. 626-627.

PEDRERO, M. (1996), *Mujeres y empleo en el contexto del desarrollo*, México, CRIM.

SANDLER, J. (2007), "Gender Equality is Key to Achieving the MDGS: Women and Girls are Central to Development", en *UN Chronicle*, vol. 44, núm. 4, pp. 47-48.

SCOTT, C. (1995), *Gender and Development: Rethinking Modernization and Dependency Theory*, London, Rienner Publishers.

_____ (1998), *Feminist Visions of Development: Gender Analysis and Policy*, Jackson, Cecile and Ruth Pearson, London, Routledge.

TINKER, I. (1990), *Persistent Inequalities: Women and World Development*, Oxford, Oxford University Press.

Unifem (2008/2009), *Who Answers to Women: Gender and Accountability?* Executive Summary of Progress of the World's Women, New York, UNIFEM, pp. 17-18.

VAN STAVEREN, I. (2007), *The Feminist Economics of Trade*, Colchester, Francis Taylor Group.

VEGA BRIONES, G. (2002), "La migración mexicana a Estados Unidos desde una perspectiva de género", en *Migraciones Internacionales*, vol. 1, núm. 2, pp. 179-192.

ZIMMERMAN, M., J. Litt y C. Bose (2006), *Global Dimensions of Gender and Carework*, California, Stanford University Press, p. 376.



Con organizaciones campesinas y de mujeres en Chennai, India. 1988.
FOTO COLECCIÓN DE LA AUTORA

Capítulo 20

Mujeres, libertades públicas, discriminación y reforma del Estado*

Frente a un panorama económico y social con variaciones sumamente marcadas entre distintos grupos de mujeres, es difícil generalizar en cuanto a las experiencias de conjunto en América Latina y el Caribe. En esta región, el empoderamiento de las mujeres se vincula con una redistribución de las capacidades para la toma de decisiones dentro del marco de la reforma del Estado y la gobernanza[1] global. Ambos procesos se refuerzan mutuamente: si hay más mujeres con un compromiso de género en puestos de decisión, impulsar una verdadera reforma del Estado será más fácil y, a la inversa, sólo si se logra esta última, el empoderamiento de las mujeres será posible.

Además de ocupar puestos de elección popular, en la administración pública y la dirección de las instituciones sociales, el empoderamiento de las mujeres se relaciona con sus propias vidas y su desempeño profesional y laboral. Se trata, por una parte, de comprender los mecanismos que hacen que las mujeres puedan ser elegidas en cargos políticos ejecutivos, parlamentarios o jurídicos. Por la otra, del margen real de decisión que tienen en su vida profesional y laboral. Utilizamos, pues, el mismo término para ambos procesos, lo que complica el análisis. Habría que empezar por definir la noción en la que se basa aquel término, es decir, el poder.

Al decir "las mujeres queremos el poder", es necesario explicar a qué clase de poder se hace referencia. Si al de ocupar puestos o al de cambiar

*Ponencia en el marco de la Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe, CEPAL, 2001.

[1]Derivado del inglés *governance*, este término se acuñó recientemente para referirse a una nueva forma de gobernar, en la que las instituciones estatales y no estatales, así como los actores públicos y privados, participan en la formulación y aplicación de políticas públicas.

las estructuras sociales hacia una mayor racionalidad y equidad. A mi juicio, como se ha repetido muchas veces, lo que queremos hacer no es sólo sustituir a los varones en los puestos de toma de decisión, sino cambiar la naturaleza del poder.

Los estudios muestran que las demandas políticas de los ciudadanos de la región en lo relativo al Estado están cambiando. Se exigen nuevas formas de relación entre el Estado y los ciudadanos, así como nuevas institucionalidades y respuestas más directas a las necesidades de la ciudadanía. En este cambio han influido, sin lugar a dudas, varios movimientos, concretamente los feministas, los de mujeres trabajadoras y campesinos, y varios otros —desde los urbano-populares hasta los culturales— en los que las mujeres juegan un papel de liderazgo.

Podría decirse que, en su forma más jerárquica y vertical, el monopolio del poder que habían sostenido los regímenes dictatoriales y autoritarios resulta ya insostenible. Es preciso recordar, además, que la gravísima desigualdad económica y social que hoy caracteriza a América Latina y el Caribe se profundizó durante esos regímenes y que, para los gobiernos democráticos actuales, aminorar dicha desigualdad representa muchas dificultades en el contexto de las políticas económicas actuales. Esa forma de poder jerárquica, patriarcal, es totalmente incompatible con una economía de mercado y una transnacionalización de los medios de comunicación masiva. Ahora, las mujeres queremos construir un poder muy distinto, basado no solamente en el voto, sino en la negociación política.

El poder ya no puede pensarse como un puesto que simplemente se puede ocupar. Cuando una mujer accede a una posición de supuesto poder una se da cuenta de que, para empezar, no se le concede poder alguno. Es decir, se nos entrega una silla vacía, y para ocuparla debemos demostrar, en primer lugar, que podemos ejercer el poder igual que un hombre, aunque con el doble de eficacia que éste para que realmente nos crean capaces. En segundo lugar, compartimos con los hombres la necesidad de construir el poder real, *de facto*, que coincida con el poder legal, *de jure*.

Este mecanismo, sin embargo, es complejo, porque también es cierto que, como dice la sabiduría popular, "el puesto hace al hombre". Sólo ocupando el puesto, una puede aprender y desarrollar las capacidades de personalidad necesarias para desempeñarse bien. Recuerdo que, al ocupar la Subdirección General para la Cultura en la UNESCO, tuve que aprender

rápidamente acerca de las formas de relación con un personal muy numeroso y proveniente de distintas culturas, así como sobre las reglas de poder en una burocracia. A ello habría que agregar el aprendizaje sobre la geopolítica real; no la que aparece visiblemente en documentos y noticias, sino la que en verdad lleva a la toma de decisiones.

En el campo de la sociología del conocimiento, aquello que no se puede transmitir por medios escritos o audiovisuales se denomina *conocimiento tácito*, el cual resulta decisivo para ejercer una función directiva o ejecutiva. En muchos ámbitos, los hombres transmiten dicho conocimiento sobre todo a través de mecanismos informales (reuniones de diversa índole, redes, contactos, etcétera).

Todos estos mecanismos, que forman parte de lo que llamamos "poder", han sido poco explicados y analizados. El empoderamiento de las mujeres requiere, en consecuencia, profundizar en los estudios de cómo se asigna, construye, ejerce y fortalece el poder. Mi recomendación a la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) es que se realicen estudios y programas audiovisuales en los que se discutan y analicen tales mecanismos.

Un avance acelerado

Si bien largo, el camino hacia el empoderamiento ha sido sumamente productivo. Hace 30 años, cuando formamos los primeros grupos feministas en México, Brasil, Argentina, Perú y Costa Rica, entre otros países, nos habría parecido inverosímil pensar que los asuntos que preocupan a las mujeres en 2004 se convertirían en temas centrales de la agenda política y, algunos de ellos, en los más controvertidos de la política.

Recuerdo el Primer Coloquio sobre Estudios de la Mujer a escala latinoamericana, que se llevó a cabo en 1977 y del que fui secretaria general. Esperábamos 50 investigadoras y llegaron 400. En ese momento, después de escuchar las ponencias, me di cuenta de que el feminismo es la punta visible, discursiva, de varios cambios profundos —poblacionales y medioambientales, entre ellos— que estarían transformando todas las sociedades del mundo y la expansión del capitalismo a escala mundial. Mucho después percibí también la cuarta transformación, la cultural, debida

a la expansión global de los medios de comunicación masiva. Una perspectiva antropológica sobre el curso de dichas transformaciones sociales nos anunciaba una nueva era, con impresionantes avances para las mujeres. Era el inicio de la era global.

Para 1995, año de la cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Beijing, el movimiento de las mujeres se habría extendido a todos los países del mundo, con importantes repercusiones políticas y económicas. En esa ocasión, las mujeres latinoamericanas y caribeñas destacaron por su presencia política, por los estudios que presentaron y por la fuerza y liderazgo de las organizaciones de la sociedad civil. Hoy, 10 años después, el mapa de avances y retrocesos de las mujeres en América Latina y el Caribe es muy complicado. No se han cumplido muchas de las acciones contempladas en la Plataforma de Acción de Beijing.

Por lo tanto, es necesario mantener esa guía de acción, discutida y condensada por gobiernos y organizaciones —de todas las tendencias políticas y culturales—, con la presencia de más de 30 mil mujeres y de 189 países que representaban a muchos millones de mujeres alrededor del mundo. También hay que profundizar en el análisis de por qué no se han cumplido las metas que allí se señalaron en el caso de muchas naciones de América Latina y el Caribe. Concretamente, es fundamental explicar por qué en el terreno económico ha habido beneficios muy leves y retrocesos marcados para las mujeres; por qué se han feminizado los sectores más empobrecidos de la economía, como la agricultura y el comercio informal; por qué ha descendido o se ha estancado el índice de desarrollo humano de género en algunos países; por qué las democracias no están haciendo avanzar a todos los países. Todas las respuestas comprenden a las mujeres. Su libertad y sus niveles de vida se juegan en la gobernanza, el cambio de políticas económicas, el desarrollo social y el pluralismo cultural y religioso.

Las dimensiones sociales del desarrollo

Varios de los procesos que más han minado la situación de las mujeres eran perfectamente predecibles. Para ilustrarlo, sirva un artículo que elaboré en 1989 con motivo del 25 aniversario del Centro para Estudios de Desarrollo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Econó-

micos (OCDE). Al inicio de dicho texto señalaba que la atención se estaba centrando exclusivamente en las políticas económicas y que en los modelos de desarrollo se hacía a un lado la sustentabilidad social y cultural (Arizpe, 1997/1989, pp. 110-117). Me extendí en la explicación de por qué había que prestar atención a la reproducción social, la migración laboral, las dimensiones de género con respecto al empleo, el creciente liderazgo de las mujeres en los movimientos sociales y la mayor matrifocalidad de las familias, vinculada con la migración y la pobreza. Hice referencia al aumento de los fenómenos "antisociales", ligados a la criminalidad, la adicción a las drogas, el alcoholismo y la prostitución. Sobra decir que éstos se han vuelto más graves y se han extendido en muchas regiones del mundo. También insistí en que "en las próximas décadas, las familias dedicadas a la agricultura constituirán probablemente el grupo social más vulnerable del planeta, atenazado por un lado por el descenso e inestabilidad de los precios de los productos agrícolas y, por otro, por el deterioro ambiental". Según escribí, la desertificación ecológica estaba ocurriendo a la par de la desertificación social.

No me fue necesaria una bola de cristal para predecir lo que seguiría ocurriendo en nuestra región de continuar con la aplicación de las políticas que ignoran las dimensiones sociales y culturales del desarrollo. Cualquier latinoamericano dedicado a analizar las políticas de desarrollo desde los años sesenta lo podría haber hecho.

Es por ello que la publicación reciente de *Por una globalización justa*, el Informe de la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización (2004), auspiciada por la Organización Internacional del Trabajo (OIT), es tan importante en estos momentos. En dicho Informe se afirma que las crecientes desigualdades en la globalización surgen a raíz de un desequilibrio fundamental entre la economía, la sociedad y la política. La economía se hace cada vez más global, mientras que las instituciones sociales y políticas siguen siendo primordialmente de alcance local, nacional o regional. Al mismo tiempo, el sistema multilateral está siendo ineficaz en lo que respecta a garantizar la coherencia entre las políticas económicas, financieras, comerciales, medioambientales y sociales para fomentar el desarrollo humano y el progreso social.

La Comisión ofrece datos que indican que entre los sectores más vulnerables para enfrentar estos desequilibrios están las mujeres, los pueblos

indígenas y los trabajadores pobres sin calificaciones ni recursos. Las mujeres se han visto más afectadas que los hombres durante las numerosas crisis financieras causadas por la globalización y más desfavorecidas por los recortes en la protección social.

El informe propone medidas como las siguientes para lograr el equilibrio:

- Establecer un marco de desarrollo para las inversiones que sea congruente con los derechos y responsabilidades de los inversionistas (nacionales e internacionales) y los países receptores y emisores, además de que tome en cuenta el impacto social.
- Desarrollar un programa de política destinado a reforzar la protección social en la economía global.
- Impulsar la igualdad de género como herramienta para alcanzar una globalización más integradora.
- Construir un marco multilateral para el movimiento transfronterizo de personas.
- Recalcar la responsabilidad social de las empresas para que la globalización sea más justa.

Reinventar, no retroceder

En el artículo de 1989 hice notar también que algunos grupos y países podrían optar "consciente y voluntariamente por mantenerse fuera del desarrollo modernizador". Actualmente, encontramos que tal tendencia se ha acrecentado en las ideologías fundamentalistas de todo tipo, como lo demuestran los genocidios perpetrados en nombre de la limpieza étnica, los innumerables conflictos entre extremismos religiosos, los ataques terroristas y las guerras que se desatan invocando desde ambos lados a Satán. En todos estos conflictos, las que pierden son las mujeres, ya sea porque son brutalmente reprimidas —las violaciones masivas en Bosnia o Ruanda y el régimen talibán así lo constatan—, o bien porque se les exalta como representantes de una identidad, cultura o religión en vías de desaparición, lo cual exige nuevamente el sacrificio de su pensamiento, libertad y dignidad.

En la actualidad, la falta de apoyos y espacio para las ciencias sociales ha derivado en que no dispongamos de una explicación completa para distinguir los avances de las crisis. Durante años se ha hablado de crisis rural y urbana, crisis de la familia y la comunidad, crisis de identidad, crisis económica que hoy se ha vuelto política. ¿Cuáles crisis marcan el fin de una etapa y cuál es el principio de algo nuevo? Las crisis son tales si las evaluamos desde el punto de vista de la época previa. ¿Qué pasa si las evaluamos en términos del futuro? Muchas de sus manifestaciones se convierten en transformaciones profundas, que generan efectos de ondas concéntricas traslapadas a través de sistemas sociales que se están volviendo globales. Vistas así, las crisis no sólo requieren de una acción para vencer lo que hace peligrar el futuro, sino también de una acción orientada hacia crear un mejor futuro. El afán por retroceder hacia el pasado proviene del miedo a enfrentar un nuevo mañana.

Para enfrentar las transformaciones, las organizaciones internacionales, gubernamentales y civiles tienen frente a sí una tarea fundamental en materia de desarrollo social: apoyar los procesos creativos, a través de los cuales las mujeres y los varones están reinventando sus relaciones sociales y culturales en interacción con los mercados globales y con otras sociedades. Estas relaciones, intrincadamente entretejidas con sistemas de gobierno formales e informales, integran sistemas de intercambio para satisfacer nuestras necesidades y deseos humanos en relación con la reproducción social y biológica, la seguridad personal, el reconocimiento cultural y la cooperación y reciprocidad en las comunidades.

Sin fin: la pobreza y la desigualdad

Con frecuencia, al hablar de globalización como un asunto público, únicamente se hace referencia a la globalización económica, a pesar de que hay otros componentes que, de hecho, son tan sólidos e influyentes como los económicos. En la reunión de 1998 del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) expuse que la "globalización cultural" —es decir, la expansión de las telecomunicaciones y la telemática, junto con el cruce, sin precedente en la historia, de personas con diferentes culturas alrededor del mundo— constituye la parte de la globalización más inmediata y más visible que afecta las normas, los comportamientos y las relaciones sociales de la gente.

Ha transcurrido casi una década de la Conferencia de Beijing y atestiguamos que el deterioro económico ha seguido afectando la situación de muchas mujeres. Londoño y Szekely (1998) aseguran que en América Latina y el Caribe se "registró un 'exceso' de pobreza de alrededor de 50 por ciento durante los años noventa. En otras palabras, si la distribución del ingreso correspondió a lo que se hubiera esperado conforme al nivel de desarrollo de la región, el número de pobres sería de la mitad de lo realmente observado". El análisis llevó a los autores a concluir que la pobreza en América Latina y el Caribe se deben en gran parte a un problema de distribución. Este hallazgo resulta muy significativo: tal parece que los instrumentos de las políticas para reducir la pobreza deben ser diferentes de los empleados en otras regiones, donde el mismo problema está más asociado con insuficiencia de recursos, como parecieran ser los casos de África y el sur de Asia. Lo más indignante es que, a pesar de que la región tuvo un entorno macroeconómico estable en los años setenta y la primera mitad de los años noventa, no mostró un progreso en términos distributivos. De ahí que los especialistas concluyan que esta última condición no es suficiente para tener un impacto en los niveles de pobreza.

En el caso de México, un estudio reciente del Banco Mundial señala que la pobreza sigue siendo "inaceptablemente alta". Indica también que, de acuerdo con cifras oficiales, los pobres representan más de 50 por ciento de los habitantes del país y que ello se debe en gran medida a la enorme desigualdad en los ingresos. "La décima parte más rica de la población gana más de 40 por ciento de los ingresos totales, mientras la décima parte más pobre sólo obtiene 1.1 por ciento". Contribuyen a la pobreza, además, la profunda desigualdad regional y étnica, así como las diferencias para acceder a la salud, la educación y los servicios públicos de buena calidad, diferencias que se han acrecentado en los últimos años. Por ejemplo, la disminución de los presupuestos hacia la educación superior en universidades públicas y aumento de los apoyos a universidades privadas está restringiendo las oportunidades de movilidad económica y social.

Enrique Iglesias, presidente del BID, reconoció en una reciente asamblea de este organismo que la naturaleza de la pobreza ha cambiado y que a sus sectores tradicionales se añaden hoy los "nuevos pobres", constituidos por aquellos grupos que la crisis y las políticas de ajuste desplazaron de sus posiciones económicas y sociales. De acuerdo con la CEPAL, sola-

mente en los últimos seis años, 23 millones de latinoamericanos dejaron de pertenecer a la clase media para volverse pobres. Y, según Bernardo Kliksberg, coordinador del área de Desarrollo Social del BID, "esto convirtió a la región en la de mayor iniquidad del mundo. Mientras en Suiza la clase media representa 60 por ciento de la población, en varios países latinoamericanos es menor a 20 por ciento".

Entre estos "nuevos pobres" se cuentan las mujeres que formaban parte de la clase media y cuyos niveles de ingreso y calidad de vida han empeorado con las políticas de desarrollo social y de género. Mención aparte merecen las mujeres campesinas e indígenas, quienes se enfrentan a la destrucción de la economía agrícola por la inestabilidad de los precios de sus productos y a la discriminación en el acceso y calidad de los servicios educativos, de salud y de capacitación.

En el documento "Globalización y estrategias de desarrollo", preparado por el Carnegie Endowment for International Peace para la undécima Conferencia sobre Comercio y Desarrollo, que se celebró en Sao Paulo, Brasil, en junio de 2004, se señala un modesto logro neto con respecto a la creación de empleos en los primeros diez años del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Si bien se abrieron plazas en el sector manufacturero, miles de empleos se eliminaron en el agrario. Las mujeres se vieron fuertemente afectadas cuando se perdió cerca de 30 por ciento de los empleos en las maquiladoras creadas en los años noventa. El salario real para la mayoría de los trabajadores —y en especial para las mujeres— fue menor al que tenían antes del TLCAN. El informe concluye que son los pobres del campo quienes llevan sobre sus espaldas el peso de los ajustes del acuerdo comercial.

Gobernanza y reforma del Estado: la participación de las mujeres

Urge, por tanto, revertir estos desequilibrios. Es tiempo de convertir las buenas intenciones de los discursos sobre las mujeres en legislación y justicia efectivas para reformar al Estado y, con ello, asegurar los derechos de las mujeres y la protección social que ellas y sus familias requieren. Desde hace 20 años, gobiernos y otros actores políticos y sociales han reconocido en el discurso que no habrá sociedad estable ni desarrollo justo

ni democracia real si continúan las prácticas de discriminación o exclusión de las mujeres. Resulta indispensable trabajar en dos direcciones: por una parte, incorporar los derechos directos e indirectos de las mujeres en la reforma del Estado y, por la otra, ampliar y profundizar en los cambios para favorecer no sólo el crecimiento del mercado, sino el reforzamiento de las bases de convivencia de la sociedad.

En América Latina y el Caribe, la discusión sobre la reforma del Estado forma parte de la agenda relacionada con las transformaciones indispensables para dar continuidad a un verdadero desarrollo. En México, esta discusión tuvo un impulso renovado en 2001, pero fue detenida por el gobierno poco después, a pesar de que se sabe que toda transición democrática ha pasado por una reforma del Estado.[2] En aquella ocasión, en mi calidad de presidenta de la mesa sobre derechos humanos y libertades públicas, presenté los resultados de las deliberaciones de más de 23 personalidades del mundo político, empresarial, académico y cultural. Partimos de la premisa de que "una persona sólo se constituye en ciudadano de una nación vigorosa cuando tiene asegurada la libertad de vida, de conciencia y de expresión, que le dan razón de ser". Por ello se reconocen los derechos humanos y las libertades públicas como el fundamento sobre el cual se erige el resto de los derechos que rigen la vida pública.

Entre los acuerdos establecidos destacan los siguientes: introducir en la Constitución un apartado que estipule y defina la supremacía de los derechos humanos, así como su carácter universal en dos dimensiones (exigibles por dotados e indivisibles y dependientes entre sí), conforme a la definición de Naciones Unidas, y promover las reformas conducentes a la incorporación del contenido de los tratados internacionales en el orden jurídico nacional (esto es, la conversión de los compromisos internacionales en leyes internas que lleven asimismo a la homologación de los sistemas y niveles de protección de los derechos humanos en los órdenes federal, estatal y municipal).

Desde el movimiento por los desaparecidos encabezado por Rosario Ibarra de Piedra, hasta las madres de la Plaza de Mayo en Argentina, la

[2]La Comisión de Estudios para la Reforma del Estado, organizada por el destacado estadista Porfirio Muñoz Ledo, a instancias del entonces presidente electo Vicente Fox, realizó sus trabajos en el segundo semestre de 2001. Posteriormente, dado que esta importante iniciativa no logró convertirse en un trabajo conjunto para todos los partidos políticos, el ejercicio se detuvo.

mayoría de los activistas a favor de los derechos humanos en nuestra región han sido mujeres. En las zonas urbanas, en las regiones indígenas, en las organizaciones religiosas y en las organizaciones políticas y universitarias destacan las mujeres, quienes luchan lo mismo por la abolición del derecho de pernada[3] que está en contra de la violación extra e intradoméstica. Por ese mismo liderazgo, muchas han sido víctimas de atentados o asesinatos, como es el caso de Digna Ochoa, destacada defensora de los derechos humanos en México cuyo homicidio no ha podido ser esclarecido por las autoridades.

Hay que mencionar, por supuesto, a las más de 350 mujeres muertas en Ciudad Juárez, Chihuahua. A pesar de la indignación pública y las acciones de legisladoras, políticas y feministas, las investigaciones al respecto se han visto obstruidas y empantanadas en las corporaciones policiacas municipales, estatales y federales, sin que hasta la fecha haya ningún resultado concreto.

Derechos fundamentales: libertades públicas y derechos humanos

Muchos de nuestros países no funcionan todavía como Estados de derecho. Por eso, es necesario partir de los derechos fundamentales —humanos y de libertades públicas— que permitan a las mujeres vivir sin miedo. Entre los derechos civiles y políticos sobre los que hubo consenso se cuentan los siguientes: incluir en la Constitución el principio de libertad de conciencia y, con base en éste, garantizar el derecho a la libertad religiosa y su expresión, que haga posible un pluralismo religioso respetuoso y que incorpore la objeción de conciencia; garantizar la libertad de expresión y el derecho a la información, y establecer el principio de no discriminación, que logre eliminar cualquier forma de segregación; definir metas específicas por lo que se refiere a la integración plena e igualitaria de la mujer en la vida económica, social, política y cultural del país, y analizar los criterios planteados en torno a la interrupción del embarazo y su marco legal, me-

[3]Todavía en los años ochenta se reportó esta costumbre VIL en el estado de Chiapas, México, costumbre que consistía en que el dueño de la hacienda tenía derecho a pasar la noche de bodas con la novia en el caso de todo matrimonio entre los peones de la hacienda.

diante un debate público informado, con la participación de los actores más relevantes y en un clima de tolerancia y racionalidad.

Los consensos relativos a los derechos económicos y sociales fueron: preservar los principios de laicidad y neutralidad, así como las libertades de conciencia y expresión en la educación que imparte el Estado, y garantizar el principio de igualdad de oportunidades en la educación para todos los niveles escolares.

Muchos de estos derechos no podrán ser efectivos a menos que funcionen los derechos humanos básicos. Las estadísticas en México, por ejemplo, muestran que la asistencia de las niñas indígenas a la escuela desciende notoriamente en los últimos años de la primaria. Según pude corroborar en varios estudios etnográficos, la razón es que los padres las retiran de la escuela en cuanto llegan a la pubertad por temor a que las violen. Aquí se conjuntan la discriminación contra las niñas indígenas y la impunidad de la que gozan los violadores, protegidos por el dinero, los políticos o el silencio de la Iglesia con respecto a la violación.

En cuanto a esto último resulta difícil entender que los movimientos de derecha impulsen una política de abstinencia sexual, apelando a la conciencia y voluntad de las jóvenes y, al mismo tiempo, acepten que se violente esa voluntad por la fuerza, es decir, privilegiando la violación al impedir que las jóvenes ultrajadas recurran a la interrupción médica del embarazo.

En la mesa sobre derechos humanos y libertades públicas también hubo unanimidad alrededor de los siguientes objetivos: garantizar los derechos laborales que México ha suscrito en diversos tratados internacionales; integrar de forma organizada y adecuada la totalidad de los derechos sociales mediante la reforma constitucional en lo referente a los derechos humanos, y establecer los mecanismos de exigibilidad a las autoridades responsables.

Por lo que toca a los derechos ambientales y culturales, se acordó recoger y regular el concepto de sustentabilidad en la Constitución, además de reconocer y promover la libre creación cultural como un bien público que surge y se engrandece en el intercambio entre los individuos y los grupos, cuya expresión más decantada es el arte, con el fin de contribuir a otorgar fuerza y vitalidad a la convivencia en la sociedad. Asimismo, se planteó establecer con claridad la definición pluricultural del Estado y de la socie-

dad sobre las demandas de los pueblos indígenas en relación con su autonomía, acceso a recursos y participación económica y política.

Finalmente, se acordó consagrar el "derecho a la cultura". Después de varios años de participar en estudios y foros internacionales en este ámbito, propondría que más bien se consagrara la "libertad cultural". Los acontecimientos en años recientes apuntan claramente a las razones para este cambio de concepto. En varias comunidades —y no sólo de América Latina y el Caribe—, en nombre de la defensa de las culturas tradicionales, se han querido reinstaurar los usos y costumbres que atentan contra los derechos humanos de las mujeres. Los movimientos de extrema izquierda o de "etnopopulismo" no han ayudado en este sentido al apoyar a ultranza los "usos y costumbres" en las comunidades indígenas.

Primero las zapatistas y después las mujeres indígenas —en una reunión nacional efectuada en Oaxaca, México, en 2002— han levantado la voz para decir no a la violencia por el alcoholismo de sus esposos, no a que se les excluya de las decisiones que se toman públicamente en sus comunidades, no a la servidumbre familiar, conforme a la cual sólo el esposo recibe el pago por el trabajo que realiza la familia (lo que no necesariamente significa que el dinero se utilice para cubrir las necesidades de los hijos y demás miembros de la familia).[4] Tampoco quieren regresar a costumbres tales como el matrimonio por rapto, que les obliga a casarse con el hombre que las "usó", ni a ser discriminadas para asistir la escuela, algo que sí pueden hacer sus hermanos.

Discriminación, desarrollo humano y Estado

En la era de la información y la liberalización de los mercados, las leyes contra la discriminación adquieren renovada importancia. El Estado debe asegurar las libertades públicas, la igualdad de oportunidades y la dignidad para todos los ciudadanos y, muy en especial, para las mujeres. Si bien la desregulación en muchas áreas del quehacer económico y político ha tenido efectos positivos, ya que se han abierto ciertas áreas a la participación,

[4]Como dijo una mujer maya en la entrevista de una antropóloga: "—Señorita, ¿que no habría manera que nos entregaran a las esposas los pagos de la Cooperativa de Madera? Porque nuestros esposos se están bebiendo el bosque".

también ha arrojado consecuencias negativas, en vista de que han proliferado los intentos por atrincherar y defender viejos valores e intereses o por crear nuevos cotos de poder a través de los medios de comunicación masiva, los oligopolios económicos y el control de las nuevas tecnologías de la información.

Los efectos de la globalización son tan diversos —y a veces tan contradictorios, como lo hace notar la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización—, que los prejuicios y las prácticas de discriminación ya existentes pueden volverse barreras para excluir a las mujeres y otros grupos de las oportunidades del desarrollo.

Para que sean positivos, dichos efectos deben ser reales, no ficticios. Debe haber democratización, apertura de oportunidades en el mercado, libertades públicas conquistadas paso a paso por grupos de la sociedad civil y participación más activa de las mujeres y los grupos religiosos, indígenas, de homosexuales y de personas con discapacidad para crear sus espacios culturales y presentar sus propias demandas en el marco del Estado de derecho. Todo lo anterior tendería a disminuir las prácticas discriminatorias.

El efecto contrario puede darse si se alcanza una democratización a medias, que excluye a las mujeres; si se manipula la información en los medios de comunicación para denigrar el papel de las mujeres y mostrar violencia contra ellas, o si los extremistas de derecha exhiben su debilidad al tratar de imponer por la fuerza lo que no logran conseguir a través del convencimiento.

La acentuada desigualdad económica conduce inevitablemente a mayor discriminación de todo tipo. La iniquidad de oportunidades exacerba también la competencia por los empleos o los recursos escasos, lo que lleva a discriminar con base en cualquier criterio de género, cultura o discapacidad. En este sentido, al convertirse las diferencias en desigualdades, la discriminación —de la índole que sea— impedirá la creatividad necesaria para transformar las instituciones y prácticas de las sociedades latinoamericanas frente a los retos de esta nueva era.

Legislación y políticas contra la discriminación

El objetivo de una legislación y de las políticas en contra de la discriminación será crear mecanismos de equilibrio que reviertan algunas for-

mas de exclusión y que detengan los efectos negativos de los cambios actuales. Sólo así se dará paso a los efectos positivos. Para ello es necesario distinguir diversas manifestaciones de los procesos que llevan a comportamientos discriminatorios contra personas o grupos en las sociedades de la región.

En una primera aproximación, el término discriminación alude a un trato diferencial hacia personas que pertenecen a una clase específica; esto es, se discrimina a una mujer porque forma parte del género femenino. El prejuicio que lleva a la discriminación se define con base en *estereotipos creados y transmitidos socialmente* (en este caso, los que se refieren a la identidad de la mujer). Las características individuales de las mujeres, en lo psicológico o en lo afectivo, no cuentan; sólo importa la descalificación que se aplica a *una clase* de personas. Pueden ser las mujeres, los indígenas, los homosexuales o las personas con discapacidad. El mecanismo detrás de esta percepción es la reificación, es decir, la cosificación del "otro", al que se concibe como un objeto sin libertad, condenado a ser siempre lo que el estereotipo indica, de acuerdo con el comportamiento que la ideología le asigna a su grupo.

Es tarea prioritaria del Estado crear las leyes y las sanciones que eviten las prácticas discriminatorias contra las mujeres en tanto clase —en términos taxonómicos, no sociales— identificada como diferente.

En su origen etimológico, la discriminación significa "hacer una distinción". Así, puede afirmarse correctamente que la discriminación forma parte inherente de toda organización social: el grupo étnico, la clase social, la religión y la familia se basan en establecer una discriminación entre sus miembros y quienes no lo son. Cuando un líder indígena, un integrante de la élite social, un sacerdote o una madre exigen determinado tipo de conducta, se establece una diferencia en cuanto al papel que se espera que cumplan los miembros de su grupo. Pero puede tratarse de una discriminación justa o una discriminación injusta.

El principio general que rige este proceso es que *todo criterio utilizado como signo de pertenencia se constituye de inmediato en signo de exclusión hacia afuera de ese grupo*. Dicho principio se aplica universalmente y, sin embargo, por ejemplo, las mujeres urbanas son discriminadas de distinta manera que las indígenas. Entonces, la pregunta fundamental es: ¿cuándo se trata de "discriminación justa" y cuándo de "discriminación injusta"?

La distinción elegida por un grupo se convierte en "discriminación injusta" cuando se utiliza para negarle a otras personas el acceso a espacios, relaciones o recursos porque se les considera fuera de los linderos de esa "distinción" creando así un daño.

En esto radica uno de los grandes equívocos en el pensamiento de ciertos grupos en América Latina. Cuando se afirma que la mujer debe dedicarse con exclusividad a los lazos familiares, se le discrimina injustamente en lo referente a su calidad de ciudadana. Es sabido que el énfasis en las lealtades de familia puede llevar al nepotismo y favoritismo en el ámbito político y, lo que es aún más complejo, al debilitamiento democrático del Estado, ya que se forma una cadena según la cual la única vía de protección o avance político es la pertenencia a una "familia política", creada en torno a cacicazgos. Hay entonces una relación entre la discriminación civil hacia las mujeres y el uso patrimonialista y antidemocrático del Estado.

En muchos casos, las mujeres se encuentran atenazadas precisamente por estos mecanismos. Se apela a ellas para conservar la tradición, pero se perpetúa su indefensión frente a los procesos liberalizadores y globalizadores cuando se les impide obtener los beneficios de la educación, la participación y la capacitación. Un ejemplo muy conocido en México es el del ministro del Trabajo, Carlos Abascal, quien le prohibió a su hija leer una novela de Carlos Fuentes e hizo que se despidiera a la joven maestra que había asignado esa lectura en la escuela. Poco después, el mismo funcionario incurrió en un acto de discriminación de clase social cuando, en un mitin de mujeres trabajadoras, señaló que sería mejor que ellas se quedaran en su casa. Esa defensa de la familia ofende a quienes tienen que salir al mercado laboral por las políticas económicas que sostiene ese mismo gobierno.

Consecuentemente, la discusión sobre la familia debe enmarcarse en las difíciles condiciones —bajos salarios, desempleo y subempleo— a las que se enfrentan las mujeres de grupos de bajos niveles económicos. En las relaciones sociales, la discriminación obedece a prejuicios o estereotipos. En el mercado, en cambio, es resultado de considerar que la persona no tiene las mismas capacidades que un trabajador idealizado, al que por lo general se concibe como un varón con las más altas capacidades. Puede también darse por asumido que las tareas que realizan las mujeres, los

niños o los ancianos no son remunerables. En un trabajo que llevó a cabo en México la investigadora Mercedes Pedrero, encontró que en las regiones indígenas el salario que se paga a los indígenas equivale a un tercio del que se paga a los no indígenas. Constató también que en las empresas familiares no se paga salario alguno a cerca de un tercio de los trabajadores varones y a más de la mitad de las trabajadoras mujeres, porque "son de la familia".

Clases protegidas contra la discriminación

La "discriminación injusta", que se fundamenta en el prejuicio, comprende desde aspectos sociales, como el "ninguneo", hasta situaciones graves, como el antisemitismo o la violación impune a las jóvenes indígenas. ¿Cómo pueden las mujeres obtener protección contra dicha discriminación injusta?

Un tribunal no tendría que demostrar si una mujer es o no sexualmente tal. De la misma manera, al tribunal no le atañe probar que alguien tiene una discapacidad, es homosexual o transexual. Lo que la ley exige es que no se perjudique o excluya a una persona *por considerar que pertenece a una clase socialmente determinada a la que se asigna un juicio negativo*.

La defensa contra la discriminación es el complemento de las libertades públicas. El punto de partida tiene que ser *la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos y ciudadanas,* la cual elimina por sí sola gran parte de las razones que algunos grupos pueden esgrimir para discriminar a otros.

En esta convergencia/divergencia se afirma de muy diversas maneras la naturaleza plural de toda sociedad vinculada con la globalización. Hay, sin embargo, varias maneras de concebir el pluralismo, que tienen un impacto directo en la forma como se entiende la discriminación.

Tal como se asienta en el segundo *Informe mundial sobre la cultura* de la UNESCO, quienes se pronuncian a favor del pluralismo lo consideran con base en diferencias culturales, de género o de orientación sexual, que son variables y pueden establecer puentes entre los grupos, siempre y cuando el Estado garantice sus derechos (UNESCO, 2004). Niegan este pluralismo quienes elevan un canon cultural a principio metafísico y consideran estas diferencias como elementos esenciales, eternos, inmutables, y con una

distancia insalvable hacia otros grupos. Es el caso de los fundamentalismos culturales o religiosos tanto de derecha como de izquierda. Convierten el pluralismo en relativismo quienes afirman el derecho de cualquier cultura a adoptar la creencia o práctica que quiera, aun cuando mutile, dañe o margine a ciertos individuos o grupos de su comunidad, como las mujeres, los niños y los indígenas.

A partir de las consideraciones anteriores, es necesario definir qué clases de personas deben recibir protección del Estado en contra de la discriminación. Sin embargo, como vimos previamente, no siempre es fácil demostrar quién pertenece a la clase discriminada. En el caso de las mujeres, la definición es nítida: no hay problema para definir quién es mujer, porque los prejuicios se basan en tratar de borrar la distinción entre sexo biológico y género socialmente construido. En el caso de las personas con discapacidad ocurre lo mismo cuando se trata de un impedimento físico evidente.

La definición de clase protegida se vuelve problemática en el caso de las mujeres indígenas. Se requiere determinar indicadores de pertenencia a una etnia y lograr consenso en el porcentaje de características que harían que a una mujer se le considerara "indígena". También es complejo en el caso de la orientación sexual. La cuestión de proteger a ésta surge cuando alguien discrimina a un homosexual porque se piensa que es tal; esto es, se le trata de manera diferente no por lo que ha hecho, sino porque se supone que pertenece a cierta clase de personas.

Habría que tomar lo anterior también para otros casos de discriminación. De ahí la importancia de argumentar, al exponer los motivos para una legislación o una política contra la discriminación, con principios positivos más que de reclamo de trato especial por parte del Estado.

En suma, la decisión de si una práctica es o no discriminatoria depende de establecer un marco de comparación apropiado. También se debe tener presente que la elección de estos marcos genera diferentes problemas cuando se trata de asegurar el trato igualitario de las mujeres en relación con varias clases de personas que necesitan ser protegidas. De igual forma, es indispensable separar la decisión legal con respecto a algo discriminatorio de la que se refiere a si es o no moralmente aceptable.

En cualesquiera de los casos, toda persona tiene el derecho moral y legal a ser protegida si recibe un trato desigual basado en creencias sobre el carácter intrínseco de su ser y no en lo que ha hecho.

Detener el retroceso y avanzar hacia el futuro

Hay varios otros temas que se han vuelto centrales para evitar que continúe el deterioro de la situación de las mujeres pobres y de aquellas desplazadas de la clase media, particularmente en nuestra región. Aunque no hay tiempo para explicar a fondo algunas consideraciones a este respecto, conviene al menos mencionarlas. La primera es la necesidad de llevar a cabo acciones y estudios sobre los sistemas educativos, con miras a contrarrestar la pérdida de calidad de los servicios en las zonas de mayor pobreza y exclusión. También habría que pronunciarse por una educación para la libertad, que contraste con la educación que lleva a formar ciudadanos pasivos y sumisos, incapaces de crear las nuevas instituciones que se requieren para el desarrollo social y cultural en un contexto de globalización.

Asimismo, se necesita ampliar los estudios sobre los ciclos de vida de las mujeres y sobre los patrones de consumo de éstas y sus hijos, los cuales están llevando al incremento de enfermedades como la diabetes, la obesidad y el tabaquismo. La responsabilidad de este fenómeno recae sobre las empresas, muchas de ellas transnacionales, y sobre los medios masivos de comunicación, pero también sobre las mujeres, quienes aceptan o tienen que aceptar un cambio hacia esos patrones de consumo.

Se abre también un campo nuevo para la investigación. Se requieren estudios que analicen los impactos sociales, en especial por género, de las tecnologías más recientes en los campos de la genética, la neurología, la biotecnología y otras ramas afines. La ingeniería genética ya está generando dilemas sociales importantes; por ejemplo, qué clase de legislación se necesita para distinguir a los padres que donan óvulos o esperma, a la madre uterina y a los padres sociales. Es igualmente importante conocer a fondo las bases biológicas y genéticas de la sexualidad y sus repercusiones sociales. Por último, la masculinidad debe estudiarse no sólo como forma social de comportamiento, sino en sus vertientes biológicas, neurológicas y hormonales. Si tanto se ha hablado de la relación de las mujeres con sus hormonas, es tiempo de abordar el mismo tema en el referente a los hombres y su vinculación con conductas agresivas, adictivas y de tendencias a la violación y a la pederastia.

La globalización lleva hacia un mundo en el que la convivencia tiene que negociarse. Por ello, una mayoría abrumadora de países en el mundo apoya el multilateralismo, tal como quedó de manifiesto en mayo de 2004 durante la Cumbre América Latina y el Caribe-Unión Europea de jefes de Estado en Guadalajara. Como afirmamos en el libro publicado en 2001 sobre el "diálogo entre civilizaciones", que publicó el Grupo de Personas Eminentes para el Diálogo de las Civilizaciones (2001), del que fui participante, las condiciones del mundo actual hacen que todos los países sean igualmente vulnerables. La negociación, por ende, es la única forma de lograr una convivencia pacífica en el mundo. Naciones Unidas sigue siendo el foro universal para alcanzar los acuerdos, por lo que debe fortalecerse. También tiene que crearse una nueva institucionalidad internacional, que permita a las sociedades ejercer un poder de decisión e influencia sobre los procesos globales que impactan en las políticas nacionales.

Sólo quienes nunca han leído un libro de ciencias políticas y sociales creen que es posible echar hacia atrás la historia. Las experiencias muestran que quien enarbola la ignorancia como bandera está condenado a repetir la historia. Está condenado, además, a la ineficacia frente a los grandes retos con los que tenemos que contender en este inicio de milenio. Una economía de mercado sin libertad no funciona; una democracia sin libertad de pensamiento no se construye; una sociedad sin justicia se desmorona; una acción a favor de las mujeres sin una visión de historia y sociedad genera contradicciones; un gobierno sin pensamiento político se pierde en la frivolidad.

En todo camino se pueden dar pasos hacia adelante y pasos hacia atrás, pero la marcha no se detiene. El fin de la subordinación de las mujeres, que forma parte de procesos históricos mayores, es irreversible. Los intentos por regresar a las mujeres a la subordinación serán inútiles, y lo único que lograrán es ampliar el descrédito de las instituciones que lo intentan y hundir aún más las posibilidades de desarrollo equilibrado en nuestra región.

Es prioritario encontrar las nuevas formas creativas de alcanzar la libertad para las mujeres y el desarrollo verdadero para nuestras sociedades.

Fuentes consultadas

Arizpe, L. (1997/1989), *On Cultural and Social Sustainability*, *Development*, vol. 40, pp. 110-117.

Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización (2004), *Por una globalizacion justa: crear oportunidades para todos*, Ginebra, Organización Internacional del Trabajo.

Londoño, J. L. y M. Szekely (1998), *Pobreza persistente y desigualdad excesiva: América Latina 1970-1995*, Documento proporcionado por los autores, p. 21.

UNESCO (2001), *Informe mundial sobre la cultura,* París, UNESCO.

UN Year of Dialogue among Civilization (2001), *Crossing the Divide: Dialogue among Civilizations*, New Jersey, School of Diplomacy and International Relations at Seton Hall University.

Capítulo 21

El voto de las mujeres: un instrumento para forjar otro destino*

El voto de las mujeres en la vida política forma parte de un proceso histórico irreversible hacia la participación equitativa, la racionalidad y la democracia. En los últimos años, se ha querido negar, precisamente, este movimiento de ascenso. Se entiende, porque, en efecto, son muchos los desequilibrios que se han provocado tanto por la globalización como por los intentos de volver a imponer ideologías patriarcales obsoletas. Es importante evitar que la crítica a situaciones de desigualdad, exclusión y violencia contra las mujeres exacerbadas de los últimos años en México, se utilice para tratar de revertir hacia tiempos de miedo, asfixia y opresión. De ahí que el voto de las mujeres, cuando se sustenta en un conocimiento verdadero de la realidad, es un instrumento importantísimo para dar un viraje a la situación de deterioro social de los últimos años en México.

Es claro que, si se percibe el mundo como una serie inconexa de eventos extraídos de su contexto, de desastres no contextualizados y de frivolidades sin ton ni son, como se presentan hoy en día los acontecimientos, aparece la vida actual como una catástrofe de sinrazones. Pero si utilizamos la razón para entender las interconexiones entre lo que pasa como resultado de los impactos de las políticas, de los intereses de los poderes fácticos y de las reacciones de los ciudadanos pueden percibirse causas y efectos. Si elevamos la mirada para ver los procesos de largo alcance, entonces, puede percibirse lo que se llama, poéticamente, "la flecha del tiempo".

*Conferencia dictada en el Homenaje a Mujeres en el marco del 60 Aniversario del voto femenino en México. Comisión de Cultura del Senado de la República, LXII Legislatura, octubre de 2013.

Las mujeres, hoy en día, nos movemos con la flecha del tiempo. Porque tenemos una causa, cierto. Es la emancipación de las mujeres en contra de toda opresión, exclusión o encerramiento que limite nuestra decisión de desplegar nuestras capacidades. Éste es el verdadero desarrollo humano sustentable, tal y como lo han definido las Naciones Unidas desde los años noventa. Es decir, consiste en el derecho a que cada persona elija desarrollar aquello que tiene razones de valorar. Siempre y cuando, y esto lo hemos repetido en el Comité de Políticas de Desarrollo del Consejo Económico y Social de Naciones Unidas y en todos los foros internacionales, siempre y cuando se respete el derecho ajeno. ¡Cuánto tenemos que agradecerle a Benito Juárez!

A través del voto, y de la participación en la toma de decisiones, reiteramos que "las mujeres queremos el poder". Claro, compartido con los hombres que quieren una sociedad con mayor libertad. Ahora bien, es necesario explicar a qué clase de poder se hace referencia. A mi manera de ver, no se trata simplemente de votar y de ocupar puestos, sino, por el contrario, de transformar a la sociedad propiciando una mayor racionalidad en las decisiones de gobernanza y mayor igualdad sustantiva en las relaciones de género. Como ya se ha repetido muchas veces, lo que queremos hacer no es sólo sustituir a los varones en los puestos de toma de decisión, sino *cambiar la naturaleza del poder*.

Es un hecho que en el nuevo mundo globalizado, bajo la amenaza de desastres ecológicos, de recesiones económicas, de exclusión social, y con formas inéditas de comunicación, están cambiando los mecanismos de poder. Entre otras demandas, se exigen nuevas formas de relación entre el Estado y los ciudadanos, así como nuevas institucionalidades y respuestas más directas a las necesidades de la ciudadanía. En este cambio han influido, sin lugar a dudas, varios movimientos, concretamente los de la sociedad civil, los feministas, los de mujeres trabajadoras y campesinas, los de indígenas y muchos más, desde los urbano-populares hasta los culturales. En gran cantidad de estos movimientos, las mujeres ejercen con frecuencia un papel de liderazgo. *De ahí que el empoderamiento de las mujeres en gran medida signifique empoderar a la ciudadanía entera*.

Podría decirse que, en su forma más jerárquica y vertical, el monopolio del poder que habían sostenido los regímenes patriarcales y dictatoriales resulta ya insostenible. Es preciso recordar, además, que la grave desigual-

dad económica y social que ha caracterizado a América Latina se profundizó precisamente durante esos regímenes. En la última década algunos países democráticos latinoamericanos lograron aminorar dicha desigualdad, no así en México. Ahora, atendiendo a estas nuevas condiciones de economía de mercado, de circulación global de la información y la comunicación, las mujeres queremos construir un poder muy distinto, basado no solamente en el voto electoral, sino en una vasta negociación política para reorganizar la gobernanza y la organización social de nuestras sociedades. En México, frente a la gravísima situación de violencia económica, violencia criminal y violencia contra las mujeres, resulta urgente apoyar los cambios para detener los procesos que originaron este deterioro.

El poder ya no puede pensarse como un puesto que simplemente se llega a ocupar. Cuando una, como mujer, accede a una posición de poder, una se da cuenta muy rápido que, para empezar, el título, la silla, la palestra, o trono no le concede poder alguno. Es decir, se nos entrega una silla vacía y, para realmente ejercer el poder, hay que mover montañas, ganar voluntades, evitar barrancas y trabajar muchísimo. Hay que demostrar, en primer lugar, que podemos ejercer el poder igual que un hombre, aunque con el doble de eficacia que éste, para que realmente se nos reconozca esa capacidad. En segundo lugar, en un país en el que los poderes *de facto* a veces atropellan el poder legal, *de jure*, las mujeres tenemos que tener bien claro de qué lado estamos. Es evidente, no todas estaremos en un mismo lado, pero a distintos niveles, me parece que las mujeres nos inclinamos más por ir hacia la negociación que por el enfrentamiento, más por la búsqueda de soluciones que por las acciones punitivas, más por la concordia que por la agresividad.

Ocupar un puesto, sin embargo, es algo complejo. Porque, como dice la sabiduría popular, "el puesto hace al hombre" o, asimismo, "a la mujer". Sólo ocupando el puesto, una puede aprender a desarrollar las capacidades políticas y de gestión necesarias para desempeñarse en puestos de alta política. Aquí habría que mencionar, en México, la falta de programas y de instituciones de formación para la acción política en todas sus facetas, para la administración, para la organización, para la gestión, en las que puedan desarrollarse las mujeres.

El voto de las mujeres puede crear nuevos mundos o, por el contrario, detener el progreso cuando se vota para sostener viejos e hipócritas valores

patriarcales o políticas del abuso y de la indefensión. El voto de las mujeres es decisivo si es consciente, y para ello se requiere que se transmita información completa, veraz y confiable a través de los medios de comunicación. Este diagnóstico ya se ha establecido muchas veces. Las mujeres que escribimos, que investigamos, que analizamos, como las que hoy me honran al compartir esta ceremonia, tenemos que acelerar nuestra actividad para contrarrestar la confusión, la hipocresía y el afán de dar una imagen de realidad basada en la manipulación comunicativa y no en las evidencias y los datos fidedignos.

Para tener una visión amplia que nos dirija hacia estrategias efectivas, es importante situarnos ante las principales corrientes globales. Echemos una ojeada rápidamente a la historia reciente.

La participación política de las mujeres

Para 1995, año de la cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer celebrada en Beijing, el movimiento de las mujeres se habría extendido a todos los países del mundo, con muy importantes repercusiones políticas y económicas. En esa ocasión, las mujeres latinoamericanas y caribeñas destacaron por su presencia política, por los estudios que presentaron y por la fuerza y liderazgo de las organizaciones de la sociedad civil. Hoy, casi veinte años después, el mapa muestra avances pero también retrocesos de las mujeres en América Latina y el Caribe. No se han cumplido muchas de las acciones contempladas en la Plataforma de Acción de Beijing. Y ahora, en la discusión de las Metas del Milenio de 2015, éstos son los cambios que se intenta introducir.

Concretamente, es fundamental explicar por qué en el terreno económico ha habido beneficios muy desiguales y retrocesos marcados para las mujeres; por qué se han feminizado los sectores más empobrecidos de la economía tales como la agricultura y el comercio informal; por qué ha descendido o se ha estancado el índice de desarrollo humano de género en algunos países; por qué la democracia no ha mejorado la situación de las mujeres en muchos países. Todas las respuestas a estas preguntas tienen un efecto directo sobre la vida de las mujeres. Su libertad y sus niveles de vida dependen de las nacientes estructuras

de una gobernanza nacional inserta en el nuevo orden global, de la necesidad de un viraje en las políticas económicas, en la reconstrucción de un Estado que atienda el desarrollo social y una ciudadanía que sepa manejar la diversidad de todo tipo.

Urge, por tanto, revertir estos desequilibrios. Es tiempo de convertir las buenas intenciones de los discursos sobre las mujeres en legislación y justicia efectivas para reformar al Estado y, con ello, asegurar los derechos de las mujeres y la participación efectiva que ellas requieren. Desde hace 20 años, gobiernos y otros actores políticos y sociales han reconocido en el discurso que no habrá sociedad estable ni desarrollo justo ni democracia real si continúan las prácticas de discriminación o exclusión de las mujeres. Resulta indispensable trabajar en dos direcciones: por una parte, incorporar los derechos directos e indirectos de las mujeres en la reforma del Estado y, por la otra, ampliar y profundizar en los cambios para favorecer no sólo el crecimiento del mercado, sino el reforzamiento de las bases de convivencia de la sociedad.

Las nuevas vulnerabilidades de las mujeres

Es evidente que la pérdida tan marcada de la sustentabilidad social en México en la última década —muy alto desempleo, precariedad de los empleos, saturación de la informalidad, violencia de género y expansión de la criminalidad— afecta la capacidad de las mujeres para participar productivamente y para sostener la reproducción social de las familias y la sociedad. Pero, además, tiene un impacto negativo sobre el desarrollo económico. El siguiente dato resume la situación actual de las mujeres mexicanas: según el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la pérdida en desarrollo humano sustentable por la discriminación contra la mujer, asociada a la precarización del trabajo, el aumento de la pobreza y la violencia, representa el 2.72 por ciento del PIB.[1]

Gran cantidad de datos avalan esta pérdida. El porcentaje de hogares cuyo jefes de familia son mujeres aumentó de 17.8 por ciento en 1995 a

[1]Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, "Indicadores de desarrollo humano y género en México: 2000-2005", México, 2009. Disponible en www.undp.org.mx

23.1 por ciento en 2010.[2] Por otra parte, el Instituto Nacional de las Mujeres indica que el tiempo destinado por las mujeres a las actividades domésticas aumentó de 38.3 horas en 2002 a 42.4 horas en 2009. Esta ampliación del tiempo para el trabajo doméstico tiene lugar en un momento en que las mujeres deben brindar más atención a los hijos y sus familiares por la inseguridad. Hay mayores peligros de drogadicción entre los jóvenes y de violencia en contra de las jovencitas. Ese tiempo destinado al "cuidado", a la atención afectiva, a la preocupación, forma parte también de las tareas familiares. Por añadidura, son las madres y hermanas quienes están al frente de la familia en los casos de asesinatos o encarcelamientos y quienes deben mantener las relaciones parentales, familiares o comunitarias en esas condiciones de inseguridad y precariedad. Dicho de otra manera, la pobreza de hoy no es la misma que la pobreza tradicional. Hoy se ha teñido de sangre, desorganización social y desesperación.

En esta ampliación de la violencia, los temas más graves son, sin duda, los feminicidios, las violaciones y los asesinatos con tortura y saña. Esta pérdida del respeto fundamental hacia las personas y en particular hacia las mujeres es gravísima y nunca había tenido estos alcances en México. Son esas violencias, ocultas y visibles, las que han llevado a la pérdida de la sustentabilidad social en México y a la deshumanización en el trato entre las personas. Hay que revertir cuanto antes el círculo vicioso que perpetúa la violencia económica, la desigualdad que corrompe al sistema político, las disonancias psicosociales provocadas por las ideologías patriarcales obsoletas y la tergiversación de la información pública.

Hay que reconstruir una visión de Estado que garantice efectivamente las libertades y las garantías individuales, y que brinde a los jóvenes en particular un marco de referentes colectivos y un proyecto de futuro.

Deslegitimar la desigualdad

Hoy el voto de las mujeres vuelve a tener especial relevancia porque ese voto será decisivo para revertir la financiarización de la política y, en consecuencia, de la economía. Después de casi dos décadas de acumular da-

[2]Instituto Nacional de las Mujeres. Sistema de Información Estadística para Mujeres y Hombres, en www.estadística.inmujeres.gob.mx.

tos y explicaciones que demuestran los graves desequilibrios producidos por las políticas derivadas o ejercidas al amparo del Consenso de Washington, apenas hace unos meses se atisba un viraje leve, pero potencialmente muy importante, en las políticas dictadas por las instituciones de Bretton-Woods.

¿Será coincidencia el que una mujer sea Directora General del Fondo Monetario Internacional, para que al fin se vean evidencias de un cambio hacia políticas económicas más equilibradas que pueden aportar a un reparto más igualitario de los beneficios del desarrollo? Mientras que en las últimas tres décadas el FMI exigía disminuir al Estado, ahora en el documento intitulado "Taxing Times",[3] título ambivalente que significa, a la vez, "Tiempos difíciles" y "Tiempos para aplicar impuestos", propone que los gobiernos exijan "…más y mejores impuestos y que éstos se distribuyan de manera más equitativa". Ante tan inesperado viraje, la Directora General del FMI, Christine Lagarde, economista francesa, explico que "... se necesita un sistema fiscal más justo para lograr un equilibrio en las finanzas públicas".

En el Banco Mundial, después de haber impuesto a los países una política de drástica disminución del apoyo a las ciencias sociales no económicas, política que siguieron esmeradamente los gobiernos de México de 2000 a 2012, ahora incorporan a sus recomendaciones los resultados de aquellos estudios. El Informe sobre el Desarrollo Mundial 2014 del Banco Mundial declara que se presentan graves desequilibrios en el desarrollo "…por las catástrofes debidas al cambio climático, la inestabilidad financiera y social debida a una competencia desbocada y la criminalidad debida a la pobreza". Hace hincapié en que "la mayoría de los individuos están mal situados para hacer frente a choques importantes (la enfermedad del jefe de familia), choques sistémicos (crisis financieras) o choques múltiples (sequía acompañada del aumento de precios de los alimentos). La gestión de riesgos exige que la responsabilidad en la búsqueda de acciones concertadas en los diferentes niveles de la sociedad, desde los hogares hasta la comunidad internacional, sea colectiva". Y yo pregunto: entre los líderes políticos, los legisladores y los administradores públicos, ¿quiénes suelen tener más en mente la acción concertada de la colectividad y el que los bene-

[3]Fiscal Monitor, Taxing Times, October 2013, International Monetary Fund en http://www.imf.org/external/pubs/ft/fm/2013/02/fmindex.htm

ficios sean para toda la colectividad? Yo diría que las mujeres. Por tanto, necesitamos muchas más mujeres en puestos de toma de decisión política y también económica.

Otro aspecto importante del Informe del Banco Mundial —aquel que exigía, desde los años noventa un estado mínimo y que, cumplida esta consigna, se llegó a calificar al Estado mexicano en esta primera década de siglo como un estado fallido— es que este Banco, ahora, en su Informe 2014 afirma "las instituciones públicas juegan un papel primordial: administrar los riesgos sistémicos, crear un ambiente propicio para las intervenciones concertadas y para el ejercicio de la responsabilidad colectiva, así como para proporcionar un apoyo directo a las poblaciones vulnerables".

¿Quiénes son esas poblaciones vulnerables? Aunque comparten con muchos varones esta vulnerabilidad, se trata de las trabajadoras sin contrato, las pequeñas empresarias, las jefas de familias, las consumidoras, las madres que no pueden contrarrestar la influencia del narcotráfico sobre sus hijos frente a la impotencia política y policial del Estado, o de la brutal violencia de películas y programas en la televisión, o de la influencia de la publicidad de refrescos y comida chatarra hasta en las escuelas; tampoco del derrumbe de la educación pública que hará imposible que sus hijas e hijos compitan en igualdad de circunstancias en el mercado laboral, en los puestos de elección popular, en la administración pública o en los medios de comunicación.

Esta indignante desigualdad es la que hay que revertir con el voto de las mujeres. Una desigualdad que, como bien afirma Joseph Stiglitz en un editorial reciente, se debe menos a la globalización y más a una toma de decisión política. Peor todavía, los intereses que impiden que se rompan las estructuras de la desigualdad ya no se deben a un afán por hacer crecer la economía, sino por manipular el sistema económico para seguir apoderándose de mayor riqueza en una economía que no crece. ¿A qué niveles de violencia visible llegará esta confrontación en México si no se logra destrabar en un tiempo suficientemente corto? Las mujeres tendríamos que tener un papel central, explícito, activo en desmontar tal confrontación.

Para finalizar, hay que reconocer que las mujeres están rompiendo las barreras que las habían colocado siempre en los márgenes. Están generando nuevas opciones y avanzando, entre escollos, en lo que respecta al trabajo, las remuneraciones, las libertades y los reconocimientos. Cabe

hacer hincapié en que hemos estado tan preocupadas por derribar los obstáculos y por medir y evaluar, que las mujeres no nos hemos dado tiempo para idear nuevas formas de hacer sociedad, de hacer política, de hacer empresas, de hacer familia, de hacer escuelas. Se viene encima una nueva manera de entender la comunicación personal, la privacidad y la construcción psicosocial de la persona.

En suma, hay mucho que reconstruir. Pero considero que tenemos algo sumamente valioso. Tenemos una causa y, con ella, una convicción. Una convicción compartida, además, con los hombres progresistas. Estoy segura de que coincidirán conmigo en que la convicción es el recurso necesario y más fecundo para el desequilibrado mundo actual. El voto de las mujeres es un instrumento, pero es la convicción la que indica el rumbo hacia un futuro deseable.

Capítulo 22

Los derechos de las mujeres, la recesión y las crisis sociales*

En México sigue en aumento la violencia contra las mujeres a niveles sin precedente: los feminicidios en la frontera y en el resto del país, la violencia impune contra las migrantes, el tráfico de mujeres asociado a la prostitución, la migración de niñas y jovencitas solas y los aumentos en violencia doméstica, el desempleo y la pobreza que afecta a las mujeres. ¿Es en este contexto en el que la derecha y la Iglesia se afanan para hacer más indefensas a las mujeres a través de leyes que limitan sus derechos humanos? ¿Es en este contexto en el que se quiere imponer que la voluntad de los violadores tiene mayor valor que las decisiones de las mujeres? Tal parece que el camino hacia el infierno que está en marcha en México está sembrado de valores doctrinales caducos que se quieren imponer por la fuerza, ya que han perdido la batalla de la razón, la ciencia y los procesos históricos.

El debate real es otro y se encuentra en las propuestas para salir de la crisis económica, como en el documento que presentó recientemente el rector de la UNAM con un nuevo análisis de la crisis económica. Se debate también, a nivel internacional, cómo evitar que la crisis económica se desplome hacia una crisis social que haga más difícil aún lograr el desarrollo y la sustentabilidad. En una reunión hace un mes del Comité de Políticas de Desarrollo del Consejo Económico y Social de Naciones Unidas,[1] analizamos el impacto de la crisis económica sobre las mujeres, ya que éstas se encuentran en situación de gran vulnerabilidad al aumentar los despidos (son "las últimas en ser contratadas y las primeras en ser despedidas"),

*Conferencia dictada en el CRIM-UNAM, el 15 de febrero de 2009.

[1]Los otros dos temas que analizamos fueron la crisis económica y el cambio climático.

el desempleo generalizado y las deportaciones o retornos voluntarios de las mujeres migrantes que siguen quedando en la pobreza y que, por ello mismo, no pueden evitar que sus familias caigan en la disfuncionalidad.

De hecho, en Naciones Unidas se están reorganizando los departamentos, fondos e institutos que manejan programas sobre la mujer para crear una instancia de nivel de gabinete del Secretario General, para fortalecer y unificar las acciones de esa institución hacia las mujeres. Es decir, mientras que los países de Naciones Unidas piden mayores acciones para proteger a las mujeres, en México se gasta tiempo, esfuerzos políticos y dinero en campañas para hacer más indefensas a las mujeres, para limitar sus derechos humanos y para fortalecer el ambiente político que deja impunes los feminicidios, escándalo mexicano que ya ha atraído el rechazo de los parlamentos y organizaciones de derechos humanos de muchos países.

Hace apenas tres semanas, se llevó a cabo en Ginebra el seminario sobre "Aspectos Sociales y Políticos de la Crisis Global" en el que debatimos más de doscientas participantes de todo el mundo, cómo detener la pérdida de los beneficios del desarrollo de los últimos diez años. Entre muchos otros temas se hizo hincapié en la necesidad de reintroducir las nociones de acciones colectivas, autoorganización —impulsada por el premio Nobel para Elinor Ostrom—, y el apoyo de las políticas públicas de cobertura amplia para favorecer a las poblaciones más vulnerables, en primer lugar, a las mujeres pobres, en proyectos unificadores y no creadores de mayores divisiones y conflictos a nivel local.

Es decir, en la esfera mundial de políticas de desarrollo está fuera de toda duda que la forma más directa de influir en el desarrollo es a través de las mujeres. Al aumentar sus niveles de ingreso, sus niveles educativos, sus conocimientos de salud, al asegurar su integridad física, su capacidad de elección y su bienestar moral y cultural, se logra un efecto multiplicador inmediato, tanto a través de sus familias parentales o conyugales como a través de su vital participación individual en las redes sociales. Que quede bien claro que las leyes que criminalizan aún más su comportamiento, que están siendo insidiosamente aprobadas en los estados, atentan contra todas esas capacidades. Capacidades que ya están ya integradas en las políticas de desarrollo de una mayoría de países en el mundo y, dicho sea de paso, de la mayoría de países latinoamericanos.

Si las iniciativas de las mujeres son tan centrales para el desarrollo, lo que esas leyes impulsan es, nuevamente, el subdesarrollo de México. Porque no detendrán los abortos. En un reportaje reciente, la revista *Economist* —que no peca de liberal— citaba encuestas de varios países que indican que, al prohibirse el aborto legal, disminuyen los abortos legales, obvio, pero aumentan los abortos ilegales. Esto quiere decir que se volverá al tiempo de las tragedias de las jovencitas, el sigilo, la práctica sucia y clandestina del aborto, el disimulo, la vergüenza. Si de por si el aborto conlleva una fuerte angustia personal, cuando se lleva a cabo en lo oscuro, le arruina la vida futura a las mujeres.

Por añadidura, hay otra consecuencia gravísima. Y ésta es que deja en manos de un único individuo la decisión tan importante sobre si nace o no un ser en el vientre de una mujer. Se deja esa decisión exclusivamente al violador. O sea, empodera a cualquier hombre someter, obligar e imponer un futuro, casi siempre de ruina, a una mujer y a su hijo. Anula, de hecho, su derecho a la integridad física, a las capacidades de elección, a llevar su vida para evitar, precisamente, familias disfuncionales.

El desempleo y la pobreza se extienden por la sociedad mexicana creando sectores en los que los jóvenes no encuentran ni una educación de calidad, ni trabajo, ni algo que hacer, ni esperanza alguna hacia el futuro. Los "ninis" se les empieza a llamar ahora y que preocupan tanto, con razón, a Elena Poniatowska. En esos barrios la pobreza pasa a ser miseria y la rabia crece. ¿Contra quiénes pueden dirigir en primera instancia esa rabia? Contra las que están más cerca, contra las jovencitas. Una jovencita violada por un borracho pendenciero, a quien le gustó y la emboscó, será una madre sin futuro, resignada en el mejor de los casos a no esperar nada y a generar una familia disfuncional, si encuentra quien se case con ella, o, en el peor, a vagar en el inframundo de la baja criminalidad y prostitución. ¿Se dan cuenta los diputados estatales que votaron por las legislaciones que criminalizan a las mujeres por lo que votaron?

¿Por qué no dicen abiertamente quienes apoyan esas leyes que están apoyando a los violadores? ¿La Iglesia apoya a violadores? ¿El PAN apoya a violadores? Estoy segura de que las mujeres panistas que trabajan a favor de los derechos de las mujeres rechazan este hecho contundentemente, así como las Católicas por el Derecho a Decidir. Entonces, uno se pregunta, ¿quienes militan por estas leyes por qué no lo explican abiertamente?

Se exigió que Beatriz Paredes presentara abiertamente su posición acerca de esas leyes, puesto que hubo diputados priistas que las aprobaron. Lo hizo, mostrando su congruencia. ¿Por qué no se exige que los derechistas, panistas y eclesiásticos presenten abiertamente sus posiciones, para que con base en ellas puedan votar las mujeres en las próximas elecciones? Que expliquen por qué apoyan a los violadores, por qué están en contra de los derechos humanos de las mujeres, por qué quieren imponer el sometimiento de las mujeres en tiempos en los que eso ya pasó a la historia. Y que expliquen, además, su visión de la democracia.

Porque es bien sabido que una mayoría de mujeres en México está de acuerdo con la despenalización del aborto en ciertas condiciones —así como una mayoría de católicas usan contraceptivos en contra de la doctrina eclesiástica— y un número considerable también de varones. Ante este hecho, tiene que explicar la derecha patriarcal panista cómo está usando el poder que obtuvo a través de la democracia para imponer una ley que coloca a las ciudadanas en desigualdad de condiciones de derechos políticos —puesto que quedan sometidas a la voluntad de otro que actúa impunemente—, humanos —queda en riesgo su integridad física, su bienestar psicológico y su capacidad social— y civiles —puede ser obligada a casarse con su violador—. Es decir, cómo está usando la democracia para atentar contra la democracia.

Hay que reiterar que las explicaciones deben exigirse a la derecha patriarcal panista y la Iglesia que impulsan esas leyes. Y también a los y las diputadas priistas que eligieron votar por ellas. Quienes creemos en un México progresista y democrático no podemos dejarnos atrapar por maniobras políticas que dividen y que, lo que es muy grave, distraen de los altísimos riesgos que corremos en estos momentos en este país.

Como me lo contó Juan Somavia, director de la Organización Mundial del Trabajo, en Ginebra, en la reunión del G20, les advirtió a los presidentes que la recuperación de la crisis vendrá sin empleos (*a jobless recovery*). Y es clara la advertencia de que nadie querrá ser presidente de un país con una recuperación que no creará empleos.

En México, si no se toman medidas inmediatas y adecuadas, se harán más graves las tendencias actuales que están teniendo impacto sobre las mujeres, incluyendo la triple violencia contra ellas de desempleo, violencia sexual y de sufrir condiciones que no les permiten lograr ser las trabajado-

ras, educadoras, madres y compañeras que querrían ser. Es en este momento en el que la derecha patriarcal quiere usar su poder para imponer peores condiciones de vida para las mujeres y para ofuscar el debate político y atacar a sus oponentes políticos. A mi juicio es, en cambio, el momento en que los ciudadanos todos, mujeres y hombres, detengamos este camino al infierno al que seguro nos llevan las intenciones pervertidas.

En México, en cambio, parecería que se propician las confusiones ideológicas, tal y como lo exponía hace poco Sara Sefchovich de políticas y de los efectos de éstas en la realidad. La ausencia de estudios —y no solamente encuestas rápidas— de las ciencias no económicas y de debates, en los que los políticos tomen posiciones razonadas ante los ciudadanos, crean un ambiente en el que avanzan las contradicciones.

La extraña coexistencia de una aplicación formalista —distinta de las aplicaciones que se hicieron antes del 2000— del neoliberalismo y de un conservadurismo religioso producen un choque sobre todo en la vida de las mujeres. Porque las políticas económicas las fuerzan a salir al trabajo remunerado mientras que los conservadores les exigen no salir de sus casas. Las políticas económicas que, según la CEPAL, ahora aumentan la pobreza, lanzan a las mujeres y a sus hijos al inframundo del narcotráfico, la criminalidad y prostitución forzada, mientras los conservadores prohíben las minifaldas y condenan a los "emos". ¿En qué país viven los conservadores? Y eso lo dicen también las "Católicas por el derecho a decidir" y las panistas que impulsan los programas de mujeres.

Los programas de política social fueron buenos en épocas recientes pero ahora caen en las mismas contradicciones. Como me dijo hace poco en un pueblo de Morelos una señora mayor muy enojada: —Mi hija es psicóloga y no tiene trabajo. Y en el programa Oportunidades sólo le dan a las "panzonas. —¿A las qué? —dije. —A las que tienen muchos hijos. ¿O sea, impulsan las políticas de población el que las familias empobrecidas tengan muchos hijos en una economía de muy alto desempleo? ¿En qué mundo viven quienes plantean este tipo de políticas con base en valores abstractos que tienen en el mundo real un resultado tan cruel, tan desquiciante y tan sin miras de progreso?

Sin embargo, existen las familias funcionales. Son las familias ricas de los narcotráficos, basta con leer las entrevistas con las madres y las novias de los narcotraficantes. A ellas también habría que pedirles cuentas. Y las

familias funcionales de la élite que tendrán hijos protegidas por guardias, alarmas, armas y sistemas ultramodernos de defensa. Pero, para desgracia de todos nosotros los mexicanos, estos dos mundos, el "disfuncional" de la exclusión económica y social, que sigue creciendo, y el "funcional" de quienes sí han logrado crear oportunidades o tomar las oportunidades, chocarán más y más y morirán jóvenes secuestrados que nunca deberían haber muerto. La sociedad mexicana nunca había sido tan cruel: decapitados, violadas con violencia, despiezados. Éste es el lado visible de la crueldad invisible: la ceguera ante la desigualdad, la arrogancia ostensible de los ricos, la brutalidad de la vida en barrios pobres, la desesperación en las comunidades de campesinos. ¿Qué no hay nadie que nos recuerde que somos una sola sociedad, que estamos todos en el mismo barco?

También se puede interpretar como una maniobra política para dividir a las feministas, a los congresistas, a los partidos y para atacar al PRI, en especial a su presidenta, ante el ascenso en la preferencia política de los ciudadanos. Hay que admirar la valentía y congruencia de Beatriz Paredes al definirse como política ante el complejo tema del aborto, al contrario de muchos otros políticos.

Por encima de ello, quiero hacer hincapié en que el tema de hoy no es el aborto, sino la urgencia nacional ante el incremento, precisamente, de los feminicidios, secuestros, drogadicción, criminalidad, tráfico de personas, migraciones llenas de violencias y prostitución forzada; en suma, el desquiciamiento de la sociedad mexicana que está exhibiendo, como nunca y como bien lo mencionó el presidente Calderón, familias disfuncionales.

Lo que se discute a nivel internacional, como urgencia ante la crisis global no es sólo cómo corregir las fallas del mercado, sino cómo detener el deslizamiento hacia efectos políticos y sociales de efectos irreversibles en las siguientes generaciones. Y que contribuirán a perpetuar un círculo vicioso de desastres sociales.

El feminismo: del grito de los años setenta a las estrategias del siglo XXI*

Cuando se vive la historia, no es sino mucho tiempo después que se encuentra el hilo de lo que sucedió. Así ocurre con el feminismo en México, para quienes nacimos al nacer el feminismo en los años setenta y miramos hacia atrás interpretamos hoy de otra manera lo que entonces vivimos, porque en el contexto actual el feminismo ha cambiado, y con alas sobre la historia, cambiamos también nosotras. ¿Quiénes somos hoy: posfeministas o feministas de nueva mirada? Creo que lo segundo porque vivir en una democracia nos hace modificar estrategias pero mantiene intacto el sueño original de conseguir una habitación propia, una conciencia propia y una vida que valga la pena vivir.

No hay que detenernos. Hay que mirar hacia el pasado, pero con ternura, para entender las oscuridades de las que salíamos, las valentías a las que nos atrevimos, y los pánicos e intrigas que hicieron difícil el camino. Empecemos por afirmar que intentamos vivir lo que quisimos, como pudimos. Y ganamos mucho, pero el camino es largo y nos queda todavía un lejano punto de fuga en el horizonte por alcanzar, y otro más adelante para que lo alcancen las jóvenes que hoy tienen mirada luminosa.

A la sombra del ser

Como sucede siempre al ver hacia el pasado, parece inconcebible que las mujeres no hayamos vivido siempre con conciencia y con libertad, pero así

*En *Feminismo en México, revisión histórico-crítica del siglo que termina*, Griselda Gutiérrez Castañeda (coord.), PUEG-Programa Universitario de Estudios de Género-UNAM, México, 2002, pp. 63-70.

era todavía en los años sesenta. No podía ser de otra manera en el México atrapado sin quererlo en la guerra fría externa que se convertía en interna; en el que se hablaba de revolución y se aplicaba represión; en el que a las mujeres se nos mantenía en un mundo privado abandonado a los oscurantismos machistas, religiosos y sexistas. Se mantenía la paz social con una represión que no permitía la libertad ni de expresión ni de asociación. Las mujeres, después de su importante participación en los primeros periodos del régimen revolucionario, habían sido marginadas de la vida pública. El machismo formaba parte de la imagen y práctica de un régimen autoritario y monolítico que nos convertía no en ciudadanos responsables, sino en seres nulos de criterio y derecho a pensar. Las mujeres no podíamos tener otra vocación que la de tener hijos y, por tanto, todo el esquema de educación para la mujer se constituía en torno al control de su sexualidad y de su fecundidad.

Se fracturó esta sociedad monolítica en 1968 con el movimiento estudiantil, en el que por primera vez las jóvenes levantamos el rostro. Pero nos quedamos mudas. Porque vino después el 2 de octubre. Fue una traición. Se asesinaba a quienes serían el futuro de la nación. Pero lo que quedó de aquella incompetencia política del régimen y de la indignidad del silencio fue nuestro compromiso de por vida con el cambio hacia la democracia.

Y las estudiantes jóvenes, ya habíamos despertado.

Me había despertado a mí, en todo caso, la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y había ido al encuentro de las grandezas indígenas y las bajezas de la pobreza, en un pueblo nahua de la Sierra de Puebla. Con todo este pesado legado político e intelectual a cuestas viajé a Londres en 1970 para estudiar un doctorado en antropología. Regresé en 1973, con una visión ancha y nada ajena del mundo, con un compromiso feminista y con una nueva radicalidad, emblemática, me parece, de la primera generación "global". Esto es, la generación demográficamente más numerosa, mejor educada y más informada en lo que iba de la historia, proclive a pensar que los mejores ideales de la humanidad podían encamarse con sólo tener las ideas claras para convencer y el corazón generoso para tender la mano.

Otro factor muy importante en el surgimiento del movimiento feminista mexicano fue que, a partir de 1970, el nuevo gobierno había respondido

a la tragedia de Tlatelolco con la "apertura democrática" *exclusivamente... ¡para los hombres!* Las estudiantes que habíamos compartido ideales, manifestaciones, represiones, y persecuciones seguíamos siendo invisibles. Además, se hizo visible como mancha de sangre en la plaza pública que, desiguales para todo lo demás, las mujeres eran iguales cuando se trataba de la desaparición, la tortura y el asesinato en nombre de la paz social. No es extraño que hayamos empezado a crear nuestros propios espacios de acción pública.

Nacieron así los "pequeños grupos", algunos tendientes más a la actividad política, otros a acciones de concientización. Seguramente en otras ponencias se hará el listado detallado de los distintos grupos y acciones que se formaron en los años setenta. En mi caso, asistí deslumbrada a la conferencia dictada por Susan Sontag en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y después a la muy liberadora charla que nos propuso entre las bancas y los céspedes de la explanada de Ciudad Universitaria. Allí empezamos a tejer los hilos que nos llevarían después a formar un grupo feminista en la calle de Magnolias.

"En busca de una conciencia propia"

Este título, el de mi discurso de inauguración del Primer Simposio sobre Estudios de la Mujer, en 1977, reflejaba la necesidad tan intensa que teníamos por crearnos una nueva visión de nosotras mismas y de la sociedad que nos llevó a organizar a tientas el inicio del movimiento feminista en México. Muchas estudiantes habíamos participado en grupos de concientización en Inglaterra, en donde había prendido con fuego nuevamente el feminismo, hoy llamado de "segunda ola", nutrido por los antecedentes de las sufragistas de fines del siglo XIX y por los nuevos libros sobre "política sexual" y "mística femenina" publicados en Estados Unidos.

En México, el 68 nos había provocado una reacción exacerbada de rebeldía y, en muchas, de compromiso político con los marginados. Pero nos arrastraban también las atormentadas ambigüedades de la revolución sexual, que, como se ha dicho mucho, ocurría más en la retórica que en la práctica. Lo que sí puede constatarse es que había tomado forma de pronto una masa crítica de mujeres universitarias y de clase media, vinculadas

a movimientos feministas en otras partes del mundo, dispuestas a participar en serio en la vida pública mexicana.

El primer movimiento global: el feminismo

¿Fue coincidencia el que surgieran en tantos países todos estos movimientos en forma simultánea? ¿Acaso se explica en parte por la burbuja demográfica y social de la generación Woodstock? ¿Por qué despertamos las mujeres en todas partes? Es muy importante conocer la respuesta a esta pregunta, puesto que hace ver lo irreversible de los procesos sociales que han acontecido en décadas recientes. Ocurre que el eje de todas las culturas humanas había sido siempre la sobreprotección a la fecundidad de las mujeres. Cómo no iba a serlo, si el principal desafío a lo largo de la historia había sido la sobrevivencia grupal ante hambrunas, enfermedades y las guerras genocidas. Lo insólito ha sido que la civilización humana ha conjurado, al menos en gran parte del mundo, dichos peligros.[1] Sorprendentemente, ahora se ha vuelto imperativo para esa sobrevivencia regular la fecundidad.

Se ha abierto así un nuevo eje en la vida de las sociedades humanas, al menos en las sociedades occidentalizadas: al tener menos hijos gran parte de la vida de las mujeres ha quedado liberada para que sus capacidades puedan beneficiar al conjunto de la vida de la sociedad.

Al ser irreversible, este cambio ha provocado reacciones desajustadas en las relaciones de género en las estructuras de empleo e ingreso, quizás hasta en los patrones de asentamiento y las migraciones. Sin embargo, a la larga, se logrará nuevamente un equilibrio a través de la autoorganización. En este contexto, los movimientos feministas, con otros más, vienen a ser, precisamente, fuerzas de búsqueda de estos ajustes. Por ello *es muy importante reconocer que esta búsqueda tiene que seguir haciendo ajustes constantes a sus propias estrategias*. De ahí que, como ocurre con cualquier otro movimiento social, el feminista requiere de ir ajustando sus estrategias de

[1]Aunque el misterio del encuadre de la historia ahora parece hacer regresar estas preocupaciones atávicas a través de nuevas pandemias como el Sida y epidemias como el ébola, y la extraña proliferación de especies de insectos de demografía implacable.

acuerdo con los cambios que ocurren en el contexto económico y político en el que evoluciona.

El movimiento feminista no puede concebirse, por tanto, sólo por un cambio de valores o de hábitos de vida. Porque existe siempre una relación estrecha entre población, economía, política y cultura, y ahora sabemos también que evolucionan en el marco del sustento que nos proporcionan la biosfera y la geoatmósfera. *Nuestro desafío es entender hoy de nueva cuenta estas relaciones*. La cultura y las relaciones de género, como era de esperarse, forman parte de nuevos procesos que, por lo demás, son globales, puesto que afectan a todos los habitantes del planeta.

Entendido de esta manera, lo que nos ocurrió a las primeras "despertadas" feministas de los años setenta adquiere muchos más matices. Por una parte, la historia oficial y la no oficial de México habían dejado hoyos negros en cuanto a la historia de las mujeres. Fuera de Sor Juana, y de la Corregidora, nunca habíamos existido. A medida que surgían mujeres de los rincones más disímbolos para escribir en *fem* descubrimos con alborozo que las mujeres valientes, frustradas, esperanzadas y enloquecidas por el encierro, abundaban en nuestro pasado. Con *fem* logramos abrir una grieta de libertad.

"Se hace camino al andar"

Del comienzo, la sensación más nítida que recuerdo era la de ir tocando a oscuras para tratar de encontrar formas y ventanas que me permitieran construirme nuevos caminos. El "pequeño grupo" que se orientaba hacia la "concientización" fue un alivio en un principio. Hablamos de nuestros problemas personales, que eran, claro está, la relación con los varones. La "liberación" consistía en empezar a desbrozar todo lo que habíamos aprendido para encontrar nuestras pasiones reales. Como yo había estado efímeramente en psicoanálisis en los sesenta, cargaba una estrecha interpretación psicoanalítica, fuertemente influida por Eric Fromm y los no-freudianos, pero mezclada con muchas lecturas autodidactas de gran literatura y de existencialismo francés. Sobre estos muy dispares fundamentos fui añadiendo otras lecturas dispares como *Los condenados de la tierra*, *Sexual Politics* y *Una habitación propia*.

Formular un proyecto de vida con base en algo que se acercara a una síntesis era, para qué decirlo, misión imposible.

Pero había también un gran sentimiento de fraternidad y de *sororidad* que nos impulsaba con optimismo hacia adelante. Lo compartía con mis amigos que habían rehusado ir a luchar en Vietnam, con las amigas que se habían acogido a un *ashram* en la India —a donde yo misma seguía regresando sin fin— y con los maestros que nos abrían horizontes, como Rodolfo Stavenhagen, Guillermo Bonfil.

A mí me lanzaba como bólido al trabajo de campo antropológico el coraje por mis propias experiencias y por el maltrato a las mujeres pobres en este país. Ello me llevaba a un entusiasmo irrefrenable por crear un pensamiento mexicano propio que les abriera la puerta a las campesinas y a las indígenas. En 1975 había publicado un libro de antropología sobre las "Marías", las mujeres indígenas mazahuas que habían aparecido en las calles como para rasgar la endeble ilusión de desarrollo centrada en la Ciudad de México (Arizpe, 1975).

Por ese entonces acababa de terminar mi tesis de doctorado en antropología para la London School of Economics sobre las migraciones campesinas a la Ciudad de México. Mis estancias en los pueblos y todas las entrevistas me indicaban que ese desarraigo iba a trastocar toda la estructura social y las formas de ser culturales tanto de las comunidades como de las ciudades. También sabía, por una vasta literatura sociológica, que la urbanización e industrialización haría cambiar la composición y el funcionamiento de las familias y, por tanto, de las formas de ser de mujeres y de hombres. Esto independientemente de cualquier movimiento social como el feminismo. Incidir en ese momento, me decía, podría ayudar a que no se reprodujeran las violaciones, los abandonos, los golpes y la pobreza contra la que las mujeres querían pero no podían rebelarse. Pecaba yo, como tantas compañeras, de ingenuidad, pero lo que importa es que nos lanzamos a tratar de mejorar las cosas y hoy, dos décadas después, sin duda han mejorado. Aunque nunca al ritmo que hubiéramos querido.

En mucho logramos incidir, me parece, a través de uno de los proyectos que más satisfacción me han dado en la vida: Esperanzado y difícil, el lanzamiento de *fem*. La revista feminista abrió un cauce que ya ha tocado las vidas de la mayoría de las mexicanas. Alaíde Foppa me había invitado a una reunión en su casa de la que nació el proyecto. En otro

texto he descrito mi visión de esa gran aventura. Aunque lo viví, claro está, con una complicación inverosímil, como si en ello me fuera la vida, la revista fincó avances tan decisivos como deshilados, con pedazos y retazos que parecían a veces hilvanados con pura tenacidad. Y con pura amistad, aquella especial que crece entre pioneras que vivimos peligrosamente y sobrevivientes que no olvidaremos nunca a quienes desaparecieron silenciosamente.

Hacer camino al andar

Doy un salto a fines del siglo XX. En los años noventa me encontré con que no podía sostener al mismo tiempo una militancia feminista activa y un trabajo profesional, que requería ser doblemente efectiva para ser aceptada de la misma manera que se aceptaba el trabajo de compañeros varones. De hecho, empecé a ejercer altos puestos en los que fue siendo evidente que cumplir con el trabajo encomendado sin caer en un "estilo masculino de ejercer el poder" hacía necesario desarrollar, como salto al vacío, una serie de habilidades multitudinarias que a las mujeres nunca nos habían permitido desarrollar.

En efecto, las mujeres de mi generación tuvimos que "hacer camino al andar". No contábamos con modelos de mujeres profesionales o políticas que nos hubieran precedido; teníamos que ejercer el puesto y el poder mejor que nuestros compañeros, inventando en el camino el aprendizaje; y, lo que es más importante, hemos tenido que *conocer* nuestra forma femenina[2] de analizar, administrar y tomar decisiones, evaluar en la práctica si esta forma es apropiada o no —porque las hay que definitivamente no son apropiadas— y después ejercerla, a toda conciencia y para sorpresa de nuestros colaboradores y subordinados.

Diría yo, por tanto, que se trata de una "triple militancia": incorpora la "doble militancia" feminista y de partido político con la militancia de explorar, analizar, comprender y ejercer un nuevo tipo de presencia como mujer en el centro de los procesos de cambio de nuestra sociedad.

[2]No coloco ni femenino ni masculino entre comillas porque creo que hay diferencias reales de predisposición entre mujeres y hombres y, en cambio, rechazo las formas "hembristas" o "machistas" que exageran o distorsionan estas predisposiciones reales.

Esta "triple militancia" ahora la ejercen muchísimas mujeres en las instituciones de gobierno, los partidos políticos, los centros académicos, los medios masivos de comunicación, así como en las organizaciones de la sociedad civil y los sindicatos. De todos ellos ha surgido una masa crítica de mujeres y se han creado nuevos liderazgos de mujeres que a codazos han ido rompiendo paredes y techos de cristal, formando el tejido nuevo de la democracia en México.

Capítulo 24

Vivir para crear historia*

Cuando se vive la historia, no es sino mucho tiempo después que se entiende el hilo de lo que sucedió. Así ocurre en este último cuarto de siglo XX con el feminismo en México, del que *fem* constituye el hilo de Ariadna. Y ocurre que interpretamos hoy de otra manera lo que entonces vivimos, porque en el presente ya todo cambió, y sobre todo, nosotras también cambiamos.

A fines de los años sesenta se inició nuestra historia como generación feminista, o, más bien, se reinició, puesto que tenemos un largo camino recorrido en México a favor de la libertad de las mujeres y de la construcción de la democracia, ambos proyectos que, aunque nos tome siglos, hay que prometer que llegaremos a realizar.

Miremos hacia atrás con ternura, para rendir testimonio de las valentías con las que nos lanzamos contra las represiones, dentro y fuera de nosotras; de los momentos de pánico que hicieron difícil el camino; de las perfidias de quienes se oponen a la libertad; y de los errores de cálculo, ya que no nos habían dado, en el recuento de la historia de las mujeres mexicanas, con qué medir las consecuencias de los que solicitábamos. Eso sí, empecemos por afirmar que vivimos lo que quisimos vivir, y con ello les dejamos un legado a las generaciones que ya tienen eso ganado para enfrentar otros retos. Y ganamos mucho, pero algunas cosas se enredaron en el camino y nos queda todavía un lejano punto de fuga en el horizonte, así es que… conversemos.

*Artículo escrito en París en 1977.

Como sucede siempre al voltear hacia el pasado, parece inconcebible que las mujeres no hayamos vivido siempre con conciencia y con libertad, pero así era todavía en los años sesenta. No podía serlo en el México de medio siglo, atrapado en la guerra fría externa que se convertía en interna, en el que se hablaba de revolución y se aplicaba represión, en el que el mundo privado había sido abandonado al temor de hablar, a la prohibición de analizar y al oscurantismo religioso. Se mantenía la paz social con una represión que no permitía la libertad de expresión ni de asociación. Las mujeres, después de su importante participación en los primeros años del régimen revolucionario, habían sido marginadas de la vida pública. El machismo formaba parte de la imagen y práctica de un régimen autoritario que nos convertía, no en ciudadanos, sino en seres menores de edad sin derecho a pensar. Las mujeres no podíamos tener otra vocación que la de tener hijos y, por tanto, todo el esquema de educación para la mujer se constituía en torno al control de su sexualidad y su fecundidad.

Se fracturó esta sociedad monolítica en 1968 con el movimiento estudiantil en el que por primera vez las jóvenes levantamos el rostro. Pero nos quedamos mudas porque ni nos escuchaban ni estábamos muy seguras de qué queríamos decir. Y en seguida, optó el régimen político corporativo, por seguir aplastando toda evolución social asesinando a los jóvenes. Recuerdo que viví la mitad del 68 en Londres y la otra mitad, septiembre y octubre en México. Me vienen a la memoria las asambleas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) en las que me sentí convocada para el silencio pero, al menos, protagonista. Me dio vida el sentimiento de fraternidad, de acción colectiva, de intencionalidad del movimiento. Y en el fondo de mi mente me inquietaba la ineficacia de la agitación, la puerilidad de algunas demandas y los impulsos hacia el histrionismo.

Pero las mujeres estudiantes, ya habíamos despertado.

Me había despertado a mí, en todo caso, la ENAH y había absorbido las grandezas de las culturas indígenas y las bajezas de la miseria en un pueblo nahua de la Sierra de Puebla. Con todo este complicado bagaje a cuestas salí para Londres en 1970 para estudiar un doctorado en antropología. Regresé en 1973, con una visión ancha y ajena del mundo, con un compromiso feminista y con una nueva radicalidad, emblemática de la primera

generación "global". Esto es, la generación más numerosa, mejor educada y más informada en lo que iba de historia, proclive a pensar que los mejores ideales de la humanidad podían encarnarse con sólo tener las ideas claras para convencer y el corazón generoso para tender la mano.

"En busca de una conciencia propia"

Este título, el de mi discurso de inauguración del Coloquio Mexicano-Centroamericano de Estudios sobre la Mujer, celebrado en 1977, sintetiza, a mi modo de ver, el sentido del inicio del movimiento feminista en México a principios de los años setenta. Cuando yo llegué a Londres, llegué diciendo que no quería yo leer sobre feminismo y fue un amable amante antropólogo el que me compró los libros de Kate Millet, Germaine Greer y otras para leer. En Inglaterra había prendido con fuego nuevamente el feminismo nutrido por los antecedentes de las sufragistas y en Estados Unidos, hacían irrupción los nuevos análisis de política sexual y de "mística femenina" que habían abierto de un tajo una conciencia que se había hecho clandestina. Como mexicana, traía yo a cuestas la rebeldía convertida en compromiso duro por la masacre de Tlatelolco y me adentre más todavía en los movimientos políticos contestatarios. Pero nos arrastraban también las atormentadas ambigüedades de la "revolución sexual", que, como se ha dicho mucho, ocurría más en la retórica que en la práctica.

¿Fue coincidencia el que surgieran todos estos movimientos en forma simultánea en tantos países? Se ha explicado en parte por la burbuja demográfica de una generación inusitadamente numerosa. Pero, ¿por qué despertaron las mujeres? Es muy importante conocer la respuesta a esta pregunta, puesto que nos señala el grado en el que son irreversibles los procesos sociales de los últimos treinta años. Desde una perspectiva antropológica, ante los peligros de todo tipo de la naturaleza y de las enfermedades, el eje de todas las culturas había sido siempre la protección de la reproducción social basada en la fecundidad de las mujeres. Lo insólito es que la civilización humana ha conjurado, al menos en términos globales, la mayor parte de dichos peligros —aunque algunos amenazan con regresar a través de nuevas epidemias—. En cambio, a fines del siglo XX, resulta imperativo para esa misma sobrevivencia, regular la fecundidad.

Y se abre un nuevo capítulo en la vida de las sociedades humanas: el hecho de que la mayor parte de la vida de las mujeres ha quedado liberada para que sus capacidades puedan ser ejercidas en otras áreas de la vida de una sociedad.

Si en la demografía estos cambios son irreversibles, sí provocan reacciones desajustadas pero que, a la larga, encontrarán nuevamente un equilibrio. En este contexto, los movimientos feministas, junto con otros movimientos, vienen a ser uno de los caminos de búsqueda de estos ajustes. Por ello es muy importante reconocer que esta búsqueda tiene que seguir haciendo ajustes constantes a sus propias estrategias. De ahí que lo peor que le puede pasar al movimiento feminista, como ocurre con cualquier otro movimiento social, es que se pierda la capacidad de autoanálisis y de evolución del movimiento.

Lo importante es entender que el feminismo no se generó por algunas ideas lanzadas por algunas radicales, por lo que podría ser modificado con sólo volver a valores antiguos. De hecho, la transformación en la participación de las mujeres forma parte del cambio civilizacional que está modificando los procesos socioculturales en todas las regiones del mundo.

Entendido de esta manera, lo que nos ocurrió a las "despertadas" feministas de los años setenta adquiere muchos más matices. Por una parte, la historia oficial y aun la no oficial de México habían dejado a un lado la participación de las mujeres y de los movimientos feministas mexicanos que, con asombro, fuimos descubriendo en *fem* que abundaban en nuestro pasado.

No es que se haya generado el movimiento feminista en Estados Unidos o en países del occidente de Europa, sino que allá disponen de las condiciones de libertad de investigación y de vinculación con la reflexión política que les permiten constantemente ajustar sus procesos sociales. Estos reacomodos sociales apenas los iniciamos en México en años recientes.

Otro factor muy importante en el surgimiento del movimiento feminista mexicano fue que, a partir de 1970, el nuevo gobierno había respondido a la tragedia de Tlatelolco con la "apertura democrática" *exclusivamente ¡para los varones!* Las estudiantes que habíamos compartido ideales, manifestaciones, represiones, y persecuciones seguíamos siendo invisibles. No es extraño que hayamos empezado a crear nuestros propios espacios de

acción pública. Así nacieron los "pequeños grupos". En otros artículos se hace el listado de grupos y acciones en distintos años. En mi caso, asistí a la conferencia de Susan Sontag en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y después a la muy liberadora charla que siguió sosteniendo con algunas de nosotras en la explanada de Ciudad Universitaria. Recuerdo que en esa ocasión, influida por el psicoanálisis, le pregunté si no había que "aceptar el mundo como es". Me respondió, tajantemente, que nunca había que aceptar como era porque cederíamos en nuestro derecho a construirlo de otra manera. Regresé a Inglaterra pero poco después, ya en México, ingresé al grupo feminista que se reunía en la calle de Magnolias. Lo que si puede constatarse es que había tomado forma de pronto la primera generación de mujeres universitarias y de clase media, con masa crítica y vinculadas a otros movimientos feministas en otras partes del mundo, dispuestas a participar en serio en la vida pública mexicana.

Hay un dato que es muy importante destacar: que *las mujeres feministas fuimos pioneras en formular las demandas de la democratización en México.* Ya desde la primera mitad de los años setenta, pedíamos: *1)* la incorporación de las demandas sociales (poblacionales, de vivienda, contra la violencia) a la esfera política; *2)* el fin del autoritarismo llamando la atención sobre el eje autoritario que corre desde la familia patriarcal con violencia del padre hasta el Estado autoritario con violencia policiaca; *3)* el derecho a la libertad de pensamiento y de expresión coartadas por la represión ideológica política y religiosa y por las prácticas represivas, y *4)* prácticas de debate, confrontación y concertación en que se tomaran en cuenta los puntos de vista de todos los integrantes del grupo. Hoy en día éstos son algunos de los puntos principales de la agenda para la democracia, en México, en toda América Latina y en muchas regiones del mundo.

De remolinos a dispersiones

A lo largo de los años setenta, seguía creciendo el feminismo, entre sororidades emocionales, broncas de neurosis, desorden por el rechazo a los liderazgos y ganas de vivir mucho. Un recuerdo: en una manifestación en la Avenida Reforma, me tomó de la mano una mujer de cabello entrecano y me dijo: —Gracias, gracias por decir lo que nosotras ya no podemos decir.

Sigan, son ustedes pocas porque las demás las seguimos desde la acera. Otro recuerdo: en el Congreso Nacional de Indígenas en 1975, en Pátzcuaro, el primero en 500 años, después de que otra antropóloga y yo habíamos ayudado a que las indígenas desplazaran a unas funcionarias y eligieran a una presidenta indígena, ésta se voltea hacia mí y dice —¿Y ahora qué hago? Para el segundo día, ya se habían abierto los cauces de sus historias y de sus demandas y desde entonces han surgido mujeres líderes indígenas extraordinarias.

Como todo movimiento que prende en hojarasca que esperaba la llama, el incendio del feminismo se empezó a diversificar. Hasta donde yo recuerdo, se deslindaban dos corrientes en los años setenta. Aquella que quería llevar a cabo mítines, volanteos y reuniones de trabajo político directo, sobre todo con obreras y empleadas, en el marco de los grupos políticos de izquierda —prácticamente clandestinos— y la de quienes preferíamos analizar los mecanismos de opresión de la mujer específicos en México y buscarnos primero a nosotras mismas. Nuestra estrategia inmediata era la "concientización" a través de discusiones sobre nosotras mismas en pequeños grupos.

Pero el dar rienda suelta a las emociones así, sin más, fue liberador en un inicio pero pronto fue absorbiéndonos en remolinos de emociones que se volvían tormentas en un vaso de agua. Era previsible, puesto que nunca habíamos aprendido a discutir abiertamente, a escuchar a las demás, a razonar juntas y a negociar acciones concertadas. ¿De dónde lo habríamos sacado? ¿De la educación en que se nos enseñaba a repetir doctrinas o frases hechas? ¿De las telenovelas? ¿De la irrealidad de las películas de Doris Day? ¿De los discursos crípticos de los políticos?

Los pequeños grupos, como veleros náufragos, quedaban expuestos a la desmesura de los narcicismos, la manipulación de las que necesitaban controlar y el silencio de las introvertidas. Después de varios años en los "pequeños grupos" algunas, entre las que me contaba yo, acabamos hartas de los bandazos de emociones privadas que hacían tan difíciles las acciones públicas —ayudado todo ello, tal vez, por actividades encubiertas de organizaciones interesadas en que el feminismo no se propagara.

Previsiblemente, hacia mediados de los años setenta, nos dividimos nuevamente. Me quedé participando en la corriente que tenía una ideología de

izquierda pero se mantenía independiente de los partidos, y que quería llevar a cabo proyectos concretos para la realidad mexicana, empezando por un Manual sobre Feminismo. Otro grupo se lanzó en mayor profundidad hacia el psicoanálisis, utilizando los escritos de feministas francesas e italianas y de Marie Langer.

Recuerdo mi entusiasmo irrefrenable por ayudar a crear un pensamiento feminista mexicano propio que llegara también a las campesinas y a las indígenas. Hacía poco había publicado un libro sobre las "Marías", mujeres indígenas mazahuas que habían aparecido en las calles de la Ciudad de México que se había vuelto sumamente popular. Pero si bien ayudó a abrir este nuevo campo de estudio sobre las migraciones y las indígenas, los programas que cada seis años me pedían que asesorara para ayudar a las Marías en el Distrito Federal (Arizpe, 1975) acababan cada vez en descalabros. Al menos, sin embargo, existía esta voluntad política de actuar con o para las indígenas en la ciudad. Sólo a fines de los años ochenta, con Alejandra Moreno Toscano al frente de la Secretaría Social del Distrito Federal, se lograron programas más eficaces en los que los indígenas mismos propiciaban su propio desarrollo en la ciudad.

Para mediados de los años setenta había terminado mi tesis de doctorado en antropología para la Escuela de Economía de Londres. Los conocimientos adquiridos y los trabajos de campo me indicaban que al urbanizarse e industrializarse la sociedad mexicana cambiaría el funcionamiento de las familias y, por ende, de las formas de ser de mujeres y de hombres. Incidir en ese momento, me decía yo, podría ayudar a que no se reprodujeran los abandonos, las violencias y la pobreza que afectaban a las mujeres durante estos procesos. Ahora me parece ingenuo pero en ese entonces estaba acompañada por toda una generación que había luchado contra la guerra de Vietnam, y que había emprendido la lucha contra el subdesarrollo y la marginación. En México, el autoritarismo pragmático priista había incorporado la preocupación por ayudar a las mujeres, pero exclusivamente dentro del marco de las estructuras políticas que ya crujían estrepitosamente por el peso de sus propias contradicciones. Se impulsaron programas exclusivamente jurídicos y económicos, dejando intactas las estructuras caciquiles que provocan y sostienen la violencia masculina, la impunidad de los violadores, y el alcoholismo generalizado.

Por ese entonces me presentaron a Alaide Foppa, para mí, legendaria catedrática, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. —¿Eres tú la que escribe tan buenos artículos sobre los indígenas en *Siempre*?— me preguntó. Margarita García Flores me contó entonces de la iniciativa para publicar una revista feminista. Así entré a uno de los proyectos que más alegrías y más corajes me han hecho pasar en la vida —como toda relación de amor que valga por ese nombre—: *fem*. Se tejió de avances insólitos y deshilados, en los que parecía que me iba la vida, con pedazos y retazos que parecían a veces hilvanados con pura tenacidad. Y con pura amistad, aquélla especial que crece entre quienes nos atrevimos a vivir peligrosamente y que quedó silenciosa, pero vigente para siempre cuando desaparecieron Alaide Foppa y Margarita García Flores.

Ya para el segundo número, escribí un artículo con seudónimo. Años después, Teresita de Barbieri me comentaría lo significativo que era que sólo ella y yo hubiésemos escrito artículos con seudónimo cuando más bien tendía a haber batallas para ver figurar nombres en la revista. Creo que en mi caso, veía yo tan inmenso el universo a cubrir y se me llenaba tanto la cabeza de cosas que me era urgente soltarlas por todas partes, como semillas de las que algún día crecería una milpa y mazorcas de sol.

En *fem* seguimos trabajando a todo vapor. Al formalizarse y aumentar las actividades de intercambio y publicación se hizo necesaria una oficina que consiguió Elena Urrutia en un edificio en la avenida Universidad. Pronto se convirtió esta oficina en el centro de información sobre feminismo, no sólo de México, sino del extranjero. Sin embargo, el éxito intelectual e informativo de *fem* no se reflejó en mayor estabilidad económica. La distribución, dado el férreo control del gobierno en la circulación de revistas, fue siempre una tarea de Hércules. Y los líos con las imprentas, como el chusco incidente que recuerdo de Carmen Lugo, la del valor civil, teniendo que sacar, con amenazas jurídicas y hasta una pistola, un número de *fem* de las garras de un impresor. Hoy nos reímos pero entonces formaba parte de la amenaza constante que se sostenía contra todo lo que pudiera ser progresista.

La desorganización en la revista era más o menos completa y la única que recuerdo dispuesta a llevar a cabo con constancia las tareas administrativas y de búsqueda de anuncios era Elena Urrutia. A mí me pareció

siempre que la revista no habría podido tener continuidad sin el trabajo de Elena. Pero tenía una manera de ejercer esta constancia, que les causaba problemas a algunas compañeras. Se mezclaban ansias de protagonismo y diferencias políticas reales. En la trifulca que sobrevenía, varias tomaban partido. Si bien recuerdo, Elena Poniatowska, Berta Hiriart, Ángeles Mastreta y yo, entre otras, nos manteníamos en el centro, pero sin lograr evitar que la disputa acabara por desgastar la capacidad de debate y reflexión del grupo. Para mí, la prioridad era que la revista siguiera saliendo porque cumplía un papel primordial en la difusión y promoción del feminismo. Además, creo firmemente en el derecho a que cada una de nosotras sea libre de expresar sus posiciones y me opongo a las actitudes que dividen y atacan para, de esta manera, encapsular micropoderes.

Para 1984, ya que habíamos logrado que Berta Hiriart, con su inteligencia y admirable ecuanimidad, fuera nombrada directora de *fem*, consideré que quedaba en buenas manos y dejé de asistir a las reuniones.

Crear nuevas teorías

Logramos integrar a *fem* los avances importantes que se hacían en los estudios sobre la mujer porque este campo se desarrollaba rápidamente. Estaba yo al tanto de ello porque se me invitaba a seminarios y reuniones en otros países. Pensé que el feminismo en México necesitaba que se siguieran creando conceptos y análisis que alimentaran sus propuestas porque lo veía yo como un movimiento político que a veces caía en espontaneísmos tan ingenuos como efímeros en un contexto de realidades políticas. Impulsé entonces un seminario mexicano-centroamericano sobre la mujer y lo hablé con Flora Botton, Mariclaire Acosta, Marta Lamas, Elena Urrutia, Viviane Brachet, Ilda Grau, Alma Aldana y muchas más que se entusiasmaron. Le solicitamos el financiamiento a Judy Albert en la Fundación Ford. Sólo que calculé que participarían unas 50 mujeres y ¡llegaron 450! Y de todos los países de América Latina y del Caribe. Era, a todas luces, el momento justo y todas teníamos mucho que decir.

Mi discurso de apertura del Simposio, uno bastante ingenuo pero dispuesto a explorar nuevos caminos, empezaba: "Asistimos en nuestra época al advenimiento de una nueva conciencia... que cuestiona toda relación

de poder que redunde en beneficios para una sola de las partes: relaciones imperialistas entre naciones, entre centro rector y periferia dependiente, entre sociedad nacional y minorías étnicas y entre mujeres y hombres…" y seguía "...necesitamos no sólo una habitación propia sino una conciencia propia".[1]

El ambiente del momento se hace evidente en el llamado que hice: "Y nosotras las mujeres universitarias, estudiantes y profesionistas que tenemos algo de poder sobre nuestras vidas, tenemos algunos recursos, algunos instrumentos de análisis y de acción, ¿vamos a usarlos sólo para mejorar nuestras propias vidas o para mejorar nuestra sociedad entera? Es una pregunta que le dirijo al Simposio". Muchos años después me dio gusto encontrar eco de esta frase en el lema del Foro de la Mujer en Beijing en 1995: "ver el mundo a través de los ojos de las mujeres".

En este Simposio sucedieron varias cosas. Primero, cristalizó una efervescencia intelectual en torno a los nuevos análisis y demandas feministas que aseguraba ya el reconocimiento del feminismo como corriente de pensamiento sociopolítico. Segundo, se hicieron visibles las redes que estaban consolidando la comunicación y el intercambio internacional de las experiencias de las mujeres. Tercero, se identificó lo que fue un perfil inicial de un feminismo latinoamericano que reconocía en su diferencia la necesidad de estrategias propias en relación con los feminismos de Estados Unidos y de Europa. Cuarto, se estableció una interacción muy dinámica entre los estudios sobre la mujer y los movimientos feministas en México, interacción que, a mi modo de ver, sigue siendo vital.

Quinto, se hizo evidente que el aborto era el tema más sensible y controvertido del feminismo, no sólo hacia el exterior, como habíamos pensado, sino asimismo hacia el interior del movimiento. Por mi parte, nunca estuve de acuerdo en colocar al aborto como el punto central de las demandas feministas. Me parecía, ya entonces, que era un asunto muy sensible, sumamente complejo en sus interrelaciones con concepciones filosóficas y religiosas y, por tanto, extremadamente contencioso. Consideraba yo que no estábamos preparadas ni filosófica ni políticamente para entrarle a un

[1]Discurso inaugural del Primer Simposio Mexicano-Centroamericano de Investigación sobre la Mujer, 1977, publicado en *La mujer en el desarrollo de México y de América Latina*, 1989, Cuernavaca, CRIM/UNAM, 271 pp.

tema de aristas tan candentes. En cambio siempre estuve más que de acuerdo en luchar contra la violación y la violencia contra las mujeres.

Regresando al Simposio decía yo que se armó una revuelta en relación con el aborto en la sesión de clausura al discutirse la declaración final del simposio. La compañera que presidía me hizo señas de que tomara yo el relevo porque la discusión ya devenía en gresca. Estábamos desbordadas en el auditorio, con mujeres sentadas hasta en las escaleras. Pero yo tampoco supe cómo conducir la asamblea y salieron unas conclusiones pegadas a martillazos y con engrudo. Después se me acercó una compañera norteamericana y me sugirió, con toda suavidad, que utilizara las reglas de un autor para conducir asambleas. El lío me hizo consciente del grado al que las mujeres teníamos que aprender todo, desde cómo llevar asambleas hasta cómo negociar conclusiones, puesto que nunca se nos había enseñado a participar en la democracia de la vida colectiva.

Sexto, se abrió por vez primera en México la discusión pública sobre la sexualidad de la mujer. Gran escándalo y expectativas. Y lo importante fue el sentimiento compartido y consolidado de que las mujeres teníamos derecho a poder discutir y decidir sobre nuestros cuerpos. Se incluyó también una sesión sobre lesbianismo, cosa nunca vista, gracias al valor civil de "Mary Castro" y de Claudia Hinojosa, quienes después formaron los grupos de liberación lésbica. En aquella ocasión, recuerdo que preví invitar a varios buenos amigos a cuidar que no se alteraran estas sesiones y, dicho y hecho, tuvieron que sacar prácticamente en vilo a varios voyeristas que irrumpieron en la sesión.

Publicamos el programa y la relatoría del Simposio y esto sirvió para dar a conocer a las mujeres latinoamericanas interesadas en diversos temas feministas, con sus contrapartes en otros países y regiones. Una anécdota chusca es que mi discurso dio la vuelta al mundo cuando lo reprodujeron en el Correo de la UNESCO, por lo que, para mi sorpresa, durante más de dos años fui recibiendo más de 20 traducciones del mismo, en idiomas cuyos alfabetos ni siquiera podía yo leer como hindi, chino y mongol.

En el discurso del Simposio había dicho "debemos exigir, no sólo apoyar sino participar, llevar en las manos iniciativas propias. No ser ecos de palabras oficiales sino hablar con nuestra propia voz. Para lograr esto faltan dos cosas: tiempo y conciencia". El tiempo se ha encargado de demostrar, con

creces, que los cambios en la participación social y política de las mujeres forman parte del paisaje de transición hacia las nuevas sociedades del siglo XXI. La conciencia es lo que tiene que seguir evolucionando frente a las nuevas condiciones que, justamente por la transición anterior, van cambiando los contextos en los que tenemos que redefinir metas y estrategias.

Los Programas de Estudios sobre la Mujer

El Simposio, además, había demostrado que los estudios sobre la mujer, que aparecían como invisibles en la región, no sólo ya contaban con una masa crítica de investigaciones sino que estaban produciendo trabajos que ya influían en los debates centrales en las ciencias sociales. Por ejemplo, escribí que en los tres fenómenos que se tomaban como característicos del subdesarrollo/dependencia, a saber, migración, terciarización y mercado informal, aparecían las mujeres como agentes centrales. Algo interesante fue que mis datos sobre migración siempre indicaban que había más mujeres que varones en estos flujos geográficos, pero al analizarlos se hacía claro que esto podía deberse a que hubiera o mayor migración de mujeres o, por ejemplo, mayor mortalidad de varones. Es decir, se trata de un fenómeno de género pero en ese entonces no lo analicé como tal sino como un fenómeno relacionado con las mujeres, de acuerdo con los modelos que utilizábamos entonces.

Lo importante fue que adquirió legitimidad académica la investigación sobre las mujeres y ello nos ayudó a empezar a presionar para que se abrieran programas de estudios de la mujer en las universidades y centros de investigación. En El Colegio de México, Flora Botton y yo, con el apoyo de otras y otros colegas, nos lanzamos a esta tarea. El señor Víctor Urquidi, quien destacó siempre por su visión para situar al Colegio en el liderazgo intelectual en los nuevos campos de discusión como fueron en esa época la demografía, la tecnología y el medio ambiente, acogió favorablemente la propuesta que le hizo Flora. Un día me dio la buena nueva de que el programa podría abrirse, y sugirió que lo encabezara Elena Urrutia. Así se creó el Programa Interdisciplinario de Estudios sobre la Mujer (PIEM).

Despegamos el programa con seminarios que dirigíamos Flora Botton, Orlandina de Oliveira, Carmen Ramos, Elena Urrutia y yo, con la

muy hábil capacidad de negociación de Elena ante los centros y las instituciones, y con el apoyo desde el inicio de Viviane Brachet, Brígida García, Vaina Salles y Rodolfo Stavenhagen, entre muchos otros. Logramos consolidarlo como programa de referencia para la discusión y el intercambio de estudios de la mujer tanto a nivel nacional como internacional y ayudó a formar una generación muy importante de investigadoras sobre mujer y género entre las que se cuentan: Soledad González, Alicia Martínez, Florinda Riquer, Ma. Luisa Tarres, Esperanza Tunion y Margarita Velázquez. El PIEM impulsó nuevas formas de trabajo colectivo, seminarios permanentes sobre mujer, talleres de metodologías de investigación sobre la mujer y, ahora, sobre el género, foros de debate con organizaciones feministas y de la sociedad civil y su centro de documentación cuenta con un acervo muy importante de datos y publicaciones. Ahora que cambió de estatuto este programa al ser incorporado al Centro de Estudios Sociológicos, es importante que siga ejerciendo este importante liderazgo para la investigación.

En la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), varios grupos estuvieron sumamente activos en estudios de la mujer desde los años setenta; lo mismo en lo que es hoy la Escuela de Posgrado de Chapingo con estudios sobre mujeres campesinas y jornaleras; asimismo en varios otros centros de investigación.

En la UNAM, desde los años setenta, las investigadoras de diversos centros se habían movilizado y, en especial, se creó un programa en la Facultad de Psicología. En 1991 logramos que se consolidara como Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) con el apoyo de los que éramos directores en el Consejo Técnico de Humanidades, bajo la gran lucidez de Graciela Hierro como directora, y el trabajo incansable y comprometido de Lorenia Parada y Gloria Careaga. Este programa, por el contexto universitario en el que se halla, tiene una mayor amplitud de temas en sus actividades, desde la filosofía y la ciencia hasta algunos de los temas feministas, incluyendo la sexualidad y la violencia contra las mujeres. Su mayor impacto ha sido la apertura de nuevos temas de discusión como mujer y desarrollo, masculinidad, género y medio ambiente, y hacer avanzar la incorporación de los temas de género en las investigaciones de los centros universitarios.

Lo personal es también profesional

Había yo dejado de participar en los grupos feministas y en *fem* desde mediados de los años ochenta porque no podía yo sostener al mismo tiempo una militancia activa y un trabajo profesional que tenía que ser doblemente bueno para ser igual de reconocido que el de mis colegas varones. Además, empecé a ejercer puestos de dirección en los que me di cuenta de que el problema no era sólo una cuestión simple de optar o no por un "estilo masculino de ejercer el poder" tal y como lo concebíamos en aquel momento. La cuestión era más compleja: se trataba de comprender los "estilos que requiere el poder para ser ejercido" y que se avienen de manera más cercana o lejana a las predisposiciones de distintas mujeres y hombres.

Para ello, una tiene que refinar las habilidades que tenemos para comprender intuitivamente, ser muy lúcida sobre lo que se quiere lograr para no confundir poses con efectividad, y aprender "de volada" un montón de habilidades que nunca nos inculcaron. En efecto, las mujeres de mi generación tuvimos que "hacer camino al andar": no teníamos modelos de mujeres que nos hubieran precedido; teníamos que ejercer al igual, y aún mejor que nuestros compañeros, recogiendo en el camino el aprendizaje; y, lo que es quizás más importante, tuvimos que conocer nuestra forma femenina[2] de analizar, administrar y tomar decisiones, para en seguida evaluar en distintos contextos si esta forma es mejor o peor —¡porque las hay peores!— que la masculina y después ejercerla, a toda conciencia y para sorpresa de nuestros colaboradores y subordinados.

En los años setenta, mientras lo contado sucedía entre los grupos feministas, del otro lado de la "doble militancia" que llevábamos, esto es, en las instituciones académicas, en los movimientos urbanos emergentes, en los sindicatos de izquierda y los grupos políticos de oposición, sucedía algo sumamente interesante. En todos ellos surgía una masa crítica de mujeres de base y nuevos liderazgos de mujeres que a codazos fueron rompiendo paredes y techos de cristal, formando el tejido nuevo de las fuerzas por la democracia en México.

[2]A propósito no coloco ni femenino ni masculino entre comillas porque creo que hay diferencias reales de predisposición entre mujeres y hombres y, en cambio, condeno las formas "hembristas" o "machistas" que exageran o distorsionan estas predisposiciones reales.

Redes internacionales

Los seminarios internacionales a los que asistía me permitieron participar en una vasta red internacional de feministas que empezó a trabajar coordinadamente y en la que forjé amistades entrañables. A esta red contribuyeron algunas reuniones clave: el curso que organizaron Helen Safa y Elsa Chaney en Cuernavaca y en donde conocí, entre otras, a Marianne Schmink, a Carmen Ramos, y a Carmen Diana Deere a quien recuerdo —y esbozo una sonrisa—. Cuando ¡me pidió que le explicara qué era eso de la teoría de la dependencia...! Cuando hoy, junto con Magdalena León, es una de las grandes teóricas sobre la mujer campesina en América Latina. Otra conferencia: la de Estudios de la Mujer en Wellesley, Estados Unidos, en donde las mujeres del flamante "Tercer Mundo" armamos el primer zipizape internacional entre el Norte y el Sur, entre otras, con Neuma Aguiar, Elizabeth Jelin, Deniz Kandiyoti, Marie Angelique Savane, y tantas más. Entre recuerdos brumosos veo a Marisa Navarro tratando de hacerse oír en la asamblea, a la gran dama que es Vina Mazumdar llamando con elegancia a la cordura y a mí tratando de establecer puentes entre las latinoamericanas y las africanas.

Se consolidaban rápidamente los estudios sobre la mujer, sobre todo en Estados Unidos y en Gran Bretaña. Catherine Stimpson me invitó a formar parte del Comité Editorial de *Signs*, la publicación de estudios de la mujer de la Universidad de Chicago.

Poco después recibí la beca Fulbright, y fui a dar clases sobre estudios de la mujer y cultura latinoamericana en la Universidad de Rutgers. Helen Safa fue quien con gran amistad me impulsó y me insistía en que siguiera yo trabajando sobre el tema de la mujer y el desarrollo. Pero yo tenía una cantidad tan grande de interrogantes intelectuales que tenía que bogar en el gran universo. En 1981 me otorgaron la beca Guggenheim y con ella fui por largo tiempo a la India, a Senegal y a Jerusalén. Se me abrieron otros mundos y con ellos lo infinito de la experiencia humana.

En 1982, como consultora de la Organización Internacional del Trabajo se me pidió que organizara una reunión regional latinoamericana sobre la mujer rural y el desarrollo. Se llevó a cabo en Pátzcuaro,[3] encuentro en el

[3]Primer Congreso Nacional de Indígenas (1975), Pátzcuaro, Michoacán, organizado por el Instituto Nacional Indigenista.

que las feministas hicimos primeros contactos con las campesinistas oficiales, Beatriz Paredes —a quien había conocido en la Conferencia sobre la Mujer en Copenhague— y Carlota Botey, entre otras. Una de sus repercusiones fue que, al regresar a México, Beatriz Paredes me invitó a ser su asesora en la Subsecretaría de Organización Agraria en la Secretaría de Reforma Agraria. Como nunca había trabajado para el gobierno, me fue difícil entender la dinámica política de las acciones de reforma agraria. Y recuerdo el día en que le dije a Beatriz —"Hay que hacer un programa para las mujeres campesinas". "Ya están integradas a todos los programas" —me contestó rápidamente. —"No", insistí, "hay que hacer uno específico para las campesinas" —y me lancé a explicarle. El resultado fue el primer Programa Nacional para la Mujer Campesina (PROMUDER) forjado con la habilidad política de Beatriz, la capacidad organizativa de Margarita Velázquez, quien fungía como coordinadora del programa y todo lo que yo había teorizado.

De ahí se inició lo que sería para mí un canal de comunicación con algunas de las dirigentes y militantes progresistas del PRI así como de otros partidos y organizaciones políticas. Reivindico, como entonces, mi intención de participar en todos los foros en los que puedo influir en el acontecer, a partir de una reflexión de intelectual independiente en la que trato de buscar más explicar misterios que acogerme en las seguridades de los dogmas y de enfrentar las complejidades más que repetir simplicidades.

En 1984 le propuse a la Sociedad Internacional para el Desarrollo una serie de reuniones regionales para analizar el impacto de las crisis económicas sobre las mujeres. La reunión para México la hicimos en 1984 en el Museo Nacional de Culturas Populares, del que fungía yo como directora, con Magdalena León, Lucille Mair, Neuma Aguiar y otras más. La reunión para África la hicimos en Dakar, con Marie Angelique Savane y la de la India con Vina Mazumdar y Devaki Jain.

Podría seguir enumerando reuniones y redes, pero sólo interesaría si pudiera hacer el análisis de cómo se desarrolló el movimiento internacional y sus repercusiones hacia los movimientos en México. En otro momento lo quisiera hacer. Baste acabar de señalar que ya para la Conferencia de la Mujer de Nairobi en 1985 logramos crear MUDAR: Mujeres para el desarrollo en una nueva era, que agrupaba a mujeres feministas de gran número de

países y que tuvo un interesante debate sobre el Norte y el Sur al nacer, allá en Río de Janeiro con Neuma Aguiar.

Como era de esperarse, coordiné un número de *fem* sobre el movimiento feminista internacional. Resulta revelador el editorial. Decía: "Frente a la crisis (de los años ochenta) las mujeres no podemos permanecer calladas ni pasivas". Se cita la Declaración de Dakar de 1982 —en cuya redacción yo había participado activamente— señalando que "se acepta el feminismo como línea de acción internacional que permita la solidaridad entre mujeres así como la necesidad de establecer estrategias particulares del feminismo según las condiciones de cada país". Con esto se incorporaban las mujeres líderes aun de países del Tercer Mundo a una oleada global y entramos, numerosas y cantando, a un gigantesco movimiento internacional que ya para Beijing 95 se contaba en millones de mujeres. Acto seguido el feminismo y sus temas se convirtieron en un tema político prioritario alrededor del mundo, generándose una contraoleada de resistencia que todas conocemos.

Vivir en la línea

A las feministas en México nos ha sobrado entusiasmo y compromiso y nos ha faltado autocrítica y progresión. Habría sido difícil lograr lo segundo cuando todo en la sociedad mexicana está crujiendo, cayendo hecho polvo o resurgiendo con esplendor. Es cierto que el feminismo ha logrado notables avances en la conciencia y organización de las mujeres con repercusiones positivas, pero también con algunas consecuencias negativas que tienen que encontrar autocorrección. Al mismo tiempo, se ha encontrado con el choque de oleaje que trae a nuestras costas la globalización económica, las telecomunicaciones y la informatización y con la transición a la democracia. Urge, pues, reconvertimos. Ya se está haciendo. Quisiera sólo, en estos últimos párrafos, anotar algunas guías para el camino hacia adelante.

Nos falta no sólo hacer la historia, tan turbulenta como excitante, de este nuevo despegue del feminismo, sino también hacer su análisis, a riesgo de no haber aprendido nada. Como todo gran movimiento social, el feminista ha ido dejando al lado del camino los problemas que no ha logrado resolver. Pero llega un momento en que ese lastre empieza a pesar y, sobre todo,

empieza a darles armas a los críticos para culpar al feminismo de problemas sociales provocados por combinaciones de otros procesos actuales.

No es éste el lugar para iniciar esta discusión pero vale la pena enunciar los principales problemas. Entre ellos están los siguientes: el que las mujeres siguen siendo las más pobres de los más pobres, las más desempleadas de los desempleados, las más excluidas de las nuevas tecnologías; el de cómo integrar los nuevos patrones de ciclo de vida laboral y privado de las mujeres a las nuevas estructuras sociales y políticas del siglo XXI; el de hacer compatible la autonomía personal con la necesaria complementariedad en las relaciones de pareja para encontrar soluciones a las distintas etapas de las familias cuya etapa final con frecuencia lleva a que las mujeres vivan solas en la tercera edad; el de la formación afectiva de los hijos en relación con la paternidad y la maternidad; el de la masculinidad en relación con la femineidad, entre otros en relación con el poder; el de las implicaciones emocionales, sociales y políticas de las preferencias sexuales.

Por otra parte, cabe preguntamos ¿cuál ha sido nuestra experiencia como mujeres en las organizaciones y en las instituciones en años recientes? Recuerdo cuando a principios de los años ochenta descubrimos que ya había una masa crítica de mujeres como para actuar concertadamente con los grupos feministas, las universidades, los medios masivos de comunicación y los partidos políticos. Por cierto que lo que nunca logramos fue una conexión importante con mujeres feministas en el sector privado, posiblemente porque todavía había muy pocas de ellas en puestos de liderazgo. Tampoco se logró un diálogo sostenido con grupos de mujeres feministas de grupos religiosos. Hoy es vital seguir estos diálogos.

Esto me suscita otra reflexión que sólo puedo esbozar aquí. Desde el principio, en una esfera pública tan politizada como la mexicana, el feminismo se fue contrastando con otras plataformas políticas. Conforme las organizaciones políticas se interesaron por atraer y retener los votos femeninos, fueron incorporando selectivamente demandas del itacate feminista. Así fuimos nutriendo la política mexicana, ampliando el contenido de la esfera pública. Pero llegó el momento en el que había que preguntar qué era la específicamente feminista, lo irreductible, del feminismo. En consecuencia, hacia principios de los años ochenta, hubo quienes empezaron a jalar la cobija feminista para cubrir un campo cada vez más minúsculo relacionado casi únicamente con el cuerpo, con el aborto y con la violencia. Me

pareció, y me sigue pareciendo un error de estrategia. Equivale a persistir en el lema de "lo personal es lo político" hasta estirarlo a creer que "lo político es personal". Me preocupa porque puede encerrar al feminismo en un terreno bardeado que lo disminuye. Y que lo abre a la crítica de que es el equivalente del machismo: dos extremismos que, como otros extremismos, en sus formas distorsionadas, se tocan y se complementan.

El feminismo no podrá reconvertirse a menos de que forme parte de una teoría de género sobre la existencia humana. Esto, pasando por imágenes de la naturaleza espiritual y de las emociones, y por una filosofía política de derechos y responsabilidades humanas, y de ciudadanía en una convivencia global. Todavía hay mucho por pensar y por hacer.

Algunas veces se dice que las mujeres jóvenes en la actualidad toman su libertad y su margen de acción como algo dado sin darse cuenta de las luchas que tuvimos que pasar para lograr que así fuera. Pero el hecho es que nadie les ha contado lo que fueron aquellas luchas. Apenas este libro, magnífica labor de Elena Urrutia y de Berta Hiriart, empieza a echar a andar el rehilete de colores de nuestras miradas hacia una historia que es presente. Necesitamos muchos más.

Por mi parte, me gustaría contar y analizar el surgimiento de los movimientos internacionales feministas que conozco, o mi experiencia como feminista dentro de las instituciones. Cuando se contraponen una meta feminista, una necesidad estratégica y el logro de una meta institucional, ¿cómo combinarlos? No es fácil. Y, sobre todo, cuando estamos abriendo camino a machetazos de conciencia a veces acaba una perdida en manglares, o empantanada en ciénegas, pero ve uno, cerca y lejos, a otras mujeres caminando también y dice uno —cuando menos, estamos creando historia— y una se siente acompañada.

Veo a las jóvenes abrirse paso entre milpas, selvas y fronteras, llevando en las manos revistas, libros, o cd-roms, y cuando no queda otro recurso metralletas. Hagamos lo posible para que sean las palabras, los libros y las acciones políticas las que nos permitan hacer avanzar nuestras mejores causas. Hoy los jóvenes están en marcha. Para tomar el relevo, hay que conocer la historia: aquí tienen ustedes un poco de historia y mucho de esperanza.

Capítulo 25

Las obreras de la agroindustria de la fresa en Zamora, Michoacán*

Lourdes Arizpe y Josefina Aranda

En este trabajo se analiza la situación de mujeres jóvenes de origen campesino que trabajan en las fábricas de empaque y congelación de fresa para la exportación, en la región de Zamora, Michoacán, México. Partimos de la descripción de sus condiciones de trabajo asalariado para explicar las repercusiones económicas y sociales de su ingreso a la fuerza de trabajo. Confluyen en el análisis tres problemas de importancia: la agroindustrialización como vía de desarrollo del campo, la participación de las mujeres en este desarrollo y los cambios que ocurren en la economía campesina a medida que las unidades familiares dependen cada vez más de ingresos asalariados para su sobrevivencia. El presente trabajo abordará los primeros dos problemas y hará breve referencia al tercero.

Las agroindustrias y el desarrollo rural en países dependientes

El optimismo generado en los años cincuenta por los proyectos de desarrollo de comunidades rurales y poco después por los incrementos de producción debidos a la Revolución Verde se fue desmoronando durante los años sesenta. Más y más fueron haciéndose aparentes el desempleo rural, la expulsión masiva de campesinos y campesinas hacia las ciudades, el crecimiento demográfico acelerado y la marginalización de las mujeres rurales de las actividades y beneficios del desarrollo.

¿Qué había ocurrido? Por una parte, el modelo de sustitución de importaciones que adoptaron como proyecto de desarrollo una gran mayo-

*Josefina Aranda Bezauri (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Instituto Sociológica de la Univeridad Autónoma Benito Juárez 1988.

ría de países del Tercer Mundo los llevó a un creciente endeudamiento exterior por el alto costo de la tecnología y de los bienes de capital importados de países industrializados (Todaro, 1977). Los gobiernos de países dependientes, para captar divisas que puedan corregir su balanza de pagos, han impulsado la exportación de productos agrícolas de alto rendimiento. Como resultado, ha crecido el déficit alimentario en muchas comunidades campesinas africanas, latinoamericanas y asiáticas (Moore Lappe *et al.*, 1977). Al tratar de compensar este déficit comprando alimentos en el exterior, se ha perpetuado un círculo vicioso de dependencia y de pobreza (George, 1977).

Por otra parte, la utilización de semillas mejoradas de la Revolución Verde ha llevado a una mayor eficiencia técnica pero aunada a una mayor concentración de los recursos agrícolas en manos de los grandes productores capitalistas (Palmer, 1977; Hewitt de Alcántara, 1978). Esta concentración ha desplazado a los pequeños productores que se han convertido en proletarios agrícolas o en migrantes que sobreviven en forma precaria a las orillas de las ciudades (Arizpe, 1978). Al mismo tiempo, a fin de mantener bajos los costos de la producción agrícola, se han hecho descender los salarios a niveles de infrasubsistencia.

La creación de un enorme ejército de hombres y mujeres desempleados en las zonas rurales del Tercer Mundo se ha convertido en una preocupación prioritaria para los gobiernos nacionales y para las potencias hegemónicas. Se ha atribuido su expansión al crecimiento poblacional acelerado y se le ha intentado atacar con campañas masivas de planificación familiar, pero es un hecho que se encuentra estrechamente vinculado a las condiciones de miseria e inseguridad prevalecientes en el campo en la gran mayoría de los países dependientes. Entre las diversas soluciones que se han propuesto para mejorar esta situación destaca en fechas recientes la agroindustrialización.

Coinciden en este proyecto los gobiernos nacionales que buscan arraigar a la población creando empleo rural, y los capitales transnacionales que encuentran un fértil campo de inversiones. En América Latina, la producción per cápita de cultivos para la subsistencia bajó en 10 por ciento entre 1964 y 1974, mientras que aumentó un 27 por ciento la de productos agrícolas de exportación (Burbach y Flynn, 1978, pp. 2-35). En este mismo lapso aumentaron notablemente las inversiones de capital norteamericano

en la agricultura de exportación de esta región (*ibid.*). Se debe esta corriente a que las inversiones de capital norteamericano en la industria alimenticia les reporta ganancias del 16.7 por ciento en el extranjero, a comparación del 11.5 por ciento al interior de Estados Unidos (Feder, 1977).

Después de la Segunda Guerra Mundial las empresas procesadoras de alimentos de Estados Unidos han invertido más en México que en cualquier otro país del Tercer Mundo. Un ejemplo típico de este tipo de inversión es la agroindustria de exportación de la fresa en Zamora, Michoacán. Ernesto Feder estimó que el volumen aproximado de fresas frescas y congeladas que se exportaron a los Estados Unidos en el ciclo de 1973-1974 fue del orden de los 116.8 millones de libras, y que "el grueso de los fondos para cubrir los gastos del cultivo y la cosecha y para las operaciones corrientes de las fábricas (empacadoras y congeladoras) provienen de Estados Unidos" (*ibid.*, pp. 35-50).

Pero el hecho que hay que recalcar, para los propósitos de este trabajo, es que, al igual que otras agroindustrias en expansión en otros países del Tercer Mundo, la industria zamorana emplea predominantemente a mujeres campesinas como obreras. En Cajamarca, Perú, por ejemplo, las plantas lecheras de Nestlé emplean principalmente a mujeres como ordeñadoras (Deere y León de Leal, 1981).

Derivado de lo anterior, las preguntas que interesa responder en este trabajo son: ¿por qué tienden a emplear mano de obra femenina estas agroindustrias? ¿Es explicación suficiente el que sean más "diestras", "menos inquietas" que los obreros hombres? ¿Cómo cambian las condiciones de vida y la conciencia de las mujeres campesinas con su ingreso al trabajo asalariado para sus grupos familiares y para las comunidades campesinas de las que provienen?

Las mujeres campesinas y la crisis agraria en América Latina

De acuerdo con las estadísticas censales más recientes, en América Latina ha habido un descenso relativo del empleo femenino en la agricultura (ILO, 1980). Lo anterior puede atribuirse parcialmente al subregistro censal de las actividades en que se ocupan las mujeres campesinas, pero también refleja el aumento en la emigración femenina, así como su ingreso a otras

actividades económicas, especialmente actividades por cuenta propia —por ejemplo, el pequeño comercio—, o el servicio doméstico intermitente, es decir, ocupaciones que se sitúan en los márgenes de las actividades económicas organizadas y el trabajo doméstico y comunitario femenino no pagado (UNDP, 1980; Massiah, 1980). Asimismo entre las pequeñas familias productoras, el trabajo agrícola de las mujeres se ha intensificado para incrementar o para tener un nivel alto de productividad ante las deterioradas condiciones del mercado (Deere y León de Leal, 1981). Finalmente, una cuarta vía que se ha generalizado, ha sido el ingreso de las mujeres pobres del campo al trabajo asalariado ya sea agrícola o de actividades agroindustriales.

Estas cuatro tendencias aparecen tanto separadamente como en forma combinada en los diferentes países y regiones, pero todas se derivan de un mismo proceso: la crisis económica de la unidad campesina de producción familiar en las áreas rurales de América Latina. La discusión de las causas de esta crisis sobrepasa los propósitos del presente trabajo, pero las tendencias principales en el empleo y la condición de vida de las campesinas pobres latinoamericanas deben ser entendidas en este contexto, del que surgen las estrategias de supervivencia que desarrollan las familias campesinas para reproducirse en condiciones cada vez más adversas. En el punto en que concluyen los tres procesos mencionados, a saber, por una parte el afán de los gobiernos nacionales por crear empleo en el campo, la destrucción de las economías campesinas y, por otra, la búsqueda por parte de los capitales de un abaratamiento de los costos de producción de la agroindustria; y finalmente encontramos el fenómeno que nos interesa analizar en este trabajo: el ingreso de jóvenes campesinas al trabajo asalariado agroindustrial.

La agroindustria de exportación de fresa en Zamora

El valle de Zamora, localizado a 350 kilómetros al noroeste de la Ciudad de México, es actualmente una región de agricultura comercial. En siglos pasados fue región de grandes haciendas que fueron desmembradas con el reparto agrario en el decenio de los treinta. Donde 77 por ciento de la superficie del municipio pasó a ser propiedad de 24 ejidos (González, 1977). Con la pérdida de los latifundios, los grandes terratenientes se retiraron de

la agricultura y algunos artesanos y comerciantes, a través de la renta de las parcelas ejidales, o de la compra de parvifundios sobrantes de las haciendas, se convirtieron en empresarios agrícolas (*ibid.*).

Zamora, desde tiempos de las haciendas, se rememoraba que era una ciudad rica. Los capitales hacendarios, una vez perdido su dominio de tierras de latifundio, se trasladaron a actividades bancarias y comerciales. Entre 1940 y 1950 se fundaron en esa ciudad varios bancos e instituciones de crédito que financiaban los cultivos antiguos —maíz, frijol, caña de azúcar, camote y trigo— así como los nuevos cultivos comerciales: la cebolla, la papa y, más tarde, la fresa. Fue decisivo el apoyo del Estado, el cual realizó inversiones públicas cuantiosas en apoyo a la agricultura con obras destinadas a la desecación del valle y a su rehabilitación como distrito de riego. En la actualidad el distrito de riego número 61, que comprende el valle de Zamora, cubre 11,751 hectáreas de ejido y 6,067 hectáreas de propiedad privada. El promedio de hectáreas por ejidatario es de 3.6 y la correspondiente para pequeños propietarios es de 12.6 (Feder, *op. cit.*, p. 85).

Hay una mayor tendencia hacia la concentración de la tierra de lo que indican las cifras, ya que es generalizada la práctica de rentar las parcelas ejidales a los agricultores que han modernizado sus operaciones gracias a créditos de instituciones y bancos privados, y que utilizan alta tecnología y los mejores insumos para sus cultivos.

Se inició este proceso en Zamora en el decenio de los cincuenta y se extendió a otros municipios aledaños a partir de ese periodo. Los ejidatarios y los minifundistas privados que rentaron o vendieron sus parcelas ingresaron al trabajo asalariado como jornaleros en la región y en Estados Unidos. La migración estacional a este país fue haciéndose más intensa en los años sesenta y setenta.

Hasta mediados de los años sesenta la cosecha de la fresa, un producto más entre varios otros que se cultivaban para la venta, era enviada a Irapuato, una ciudad cercana, a una congeladora de donde salía a la exportación a Estados Unidos. Poco después se inician las inversiones de capital norteamericano en el cultivo de la fresa en Zamora. Ya para 1968 se cultivaban en ese valle 1,700 hectáreas del producto y funcionaban ocho congeladoras de fresa. A partir de ese momento las extensiones del cultivo crecieron aceleradamente hasta llegar a su punto más alto en 1973 como puede apreciarse en el cuadro 1.

Cuadro 1
Superficie oficial* de fresa bajo cultivo

	1968 1)	*1970* 2)	*1973* 3)	*1975* 4)	*1980* 5)
Hectáreas	1,700	3,256	3,500	2,700	2,425

*Superficie que a partir de 1971 recibe permisos oficiales para cultivarse aunque existe también plantación clandestina.
1) González, *op. cit*.
2), 3), 4) Feder, *op. cit*., p. 83.
5) *El Heraldo de Zamora*, 14-X-79.

El entusiasmo por el cultivo de la fresa y las buenas cosechas de la fresa californiana provocaron una seria crisis de sobreproducción en 1971, que obligó al gobierno a intervenir a través de la Comisión Nacional de la Fresa. Entre otras medidas, se dispuso un límite de 4 mil hectáreas para ser sembradas de fresa en las regiones de Irapuato y de Zamora. La intención de esta medida era lograr un mayor beneficio para los cultivadores de una superficie menor. Pero la estructura política local revirtió esta medida en beneficio de los empresarios agrícolas más poderosos de Zamora, puesto que el reparto de los permisos se maneja a través de negociaciones entre la asociación de cultivadores de fresa y los funcionarios de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos. En consecuencia, ha sido el sector capitalista privado el que ha concentrado permisos en 3,500 hectáreas de siembra de fresa, de las cuales únicamente 360 hectáreas, 10.9 por ciento, correspondieron a tierras ejidales, mientras que este sector representa el 87 por ciento de la propiedad rural en el valle (Feder, *op. cit.*, p. 86).

Desde sus inicios, el cultivo sufre de una dependencia total con los Estados Unidos, tanto en relación con los capitales como a insumos y comercialización. Incluso se importa la planta de fresa que se cultiva en el valle de Zamora. A pesar de que este cultivo ocupa el primer lugar en el estado de Michoacán en lo que se refiere a exportación, no se han desarrollado nuevas variedades adaptadas al clima y a las condiciones de la región, sino que se trae directamente de viveros de California o de otros estados de Estados Unidos (Feder, *op. cit.*, p. 60).[1]

[1] *El Heraldo de Zamora*, 1° de diciembre, 1979.

La expansión de los cultivos comerciales en Zamora ha atraído a grandes contingentes de inmigrantes asalariados. Ya para 1970, según el censo nacional, el 35 por ciento de la población económicamente activa correspondía a los jornaleros. Actualmente, se estima que han llegado a establecerse o a trabajar en Zamora alrededor de 50 mil inmigrantes, en su mayoría jornaleros y jornaleras. Feder calcula que las 5 mil hectáreas aproximadas —sumando las oficiales y las clandestinas— de cultivo fresero emplean a 11,110 trabajadores todo el año y a 27,775 durante unos cuatro meses. Calcula, en forma correspondiente, que se ocupan 5,068 obreras en las congeladoras y empacadoras durante todo el año y 16,876 durante tres meses.

Hace destacar "el impacto altamente perturbador" de las fluctuaciones del cultivo en la absorción de mano de obra. Estima que "si descienden de 5,000 a 4,000 hectáreas el empleo de tiempo completo bajaría de 16,178 a 12,941 y el de tiempo parcial de 44,651 a 35,721" (Feder, *op. cit.*, p. 106).

Las empresas empacadoras y congeladoras de fresa en Zamora

La agroindustria de la fresa zamorana empezó a crecer a mediados de los años sesenta, a partir de inversiones de capital norteamericano en un primer momento, y de capital mexicano posteriormente. La competitividad de esta agroindustria en el mercado internacional se debe al hecho de que el cultivo de la fresa mexicana es de invierno y a que sus costos de transportación y de mano de obra son muy bajos (Feder, *op. cit.*). La producción fresera de Zamora depende por entero de las compañías norteamericanas: se utilizan plantas importadas de California; las transacciones comerciales de la exportación son manejadas exclusivamente por seis compañías (*brokers*) comerciales norteamericanas y los precios de la fresa son marcados por las condiciones del mercado en Estados Unidos, especialmente en relación con las cosechas freseras de California.

Funcionaron 18 empresas empacadoras y/o congeladoras de fresa en el ciclo 1979-1980 en Zamora y Jacona, un pueblo aledaño. El cuadro 2 resume las características principales de las seis empresas en las que se llevó a cabo la encuesta, en cuanto al año de instalación, procedencia

del capital, personal empleado y sindicalizado. Se incluye la única empresa cooperativa ejidal, Bonfil, y la única que produce en el mercado nacional, Frexport. Esta última es filial de una gran empresa panadera mexicana y produce mermelada para sus pasteles. Las cuatro restantes fueron seleccionadas para comparar por tamaño —dos que emplean a un máximo de 800 obreras por temporada, dos con un máximo de 350— y por procedencia del capital —dos con capital norteamericano y dos con capital mayoritariamente mexicano—. De estas últimas, Frutas Refrigeradas fue adquirida por Nacional Financiera, empresa financiera del gobierno, y El Duero es de capital privado. Globalmente, estas seis empresas reflejan toda la diversidad de características principales de las empacadoras y congeladoras del valle.

Las características de contratación y condiciones de trabajo para las obreras y, en general, para todo el personal de las empresas, varía muy poco en las distintas empresas. Las pequeñas diferencias en pago salarial —por ejemplo, en algunas pagan 14.00 pesos la hora en trabajo de bandas y otras 14.70 pesos— se compensan con otros pagos o con un trato mejor, como lo expresa Marta Rodríguez: "X es la empacadora donde tratan más mal a las obreras, por eso tienen muchos problemas para su contratación. Aunque ahí pagan mejor, las muchachas prefieren un mejor trato como en la Bonfil, donde no se pagan horas extras ni comisiones. En X los jefes son casi nazis...". Es interesante constatar que la empresa X es la que mantiene niveles más altos de productividad y eficiencia entre las empresas encuestadas, a través de un rigor disciplinario. Es la única, por ejemplo, que tiene faros en las junturas del techado para evitar que aniden ahí las golondrinas. Este tipo de empresa de capital básicamente norteamericano realiza un mínimo de inversión de capital en instalaciones, ya que utiliza estructuras prefabricadas de laminados que pueden ser trasladadas a otra parte con facilidad. Esto refleja una inversión de corto plazo.

Cuadro 2
Características de las empacadoras de fresa encuestadas en Zamora, Michoacán, 1980

Empresa	*Año de establecimiento*	*Capital (procedencia)*	*Productos procesados*	*Cantidad procesada temporada 78/79*	*Mercado*	*Promedio de obreras contratadas*	*Trabajadores administrativos*	*Trabajadoras en intendencia y otros*	*Total personal*	*Hay sindicato*	*Cuota sindical y afiliación del sindicato*
Alimentos mundiales	1969	100 por ciento extranjero	Fresa	5 mill. libras	99 por ciento a Estados Unidos	600	30	15	645	Sí	$ 2.00 sem. CTM
Intermex	1963	100 por ciento extranjero	Fresa	6 mill. libras	98 por ciento a Estados Unidos	350	17	30	400	No	------
Frutas Refrigeradas	1965	100 por ciento mexicano	Fresa, melón, mango, verduras	9.5 mill. libras	90 por ciento a Estados Unidos	800	30	Incluido en el anterior	830	Sí	$ 2.00 sem. CROC
Duero	1960	100 por ciento mexicano	Fresa	?	99 por ciento a Estados Unidos	300	4	8	312	Sí	? CROC
Frexport	1975	100 por ciento mexicano	Fresa, piña	11 mill. libras	80 por ciento nacional	850	30	7	880	Sí	$ 3.50 sem. CTM
Bonfil	1975	100 por ciento mexicano	Fresa, piña	6 mill. libras	98 por ciento a Estados Unidos	800	30	Incluido en el anterior	830	Sí	------

Cincuenta por ciento de la producción para la exportación del ciclo 1978-1979, 88 millones de libras de fresa congelada —la cifra oficial de 72,703 toneladas de exportación fue más baja—, se procesó en las seis empresas estudiadas. Pero al inicio del ciclo 1979-1980, se suscitaron dos problemas graves para las empresas que reflejan la inestabilidad de sus condiciones de operación. Por una parte, el alza del precio del azúcar elevó considerablemente los costos de producción. Intentaron las empresas negociar con el gobierno mexicano a fin de obtener un subsidio, alegando que "creaban muchos empleos para la gente del campo" y amenazando con cerrar definitivamente esa fuente de empleo, pero el gobierno no cedió. Por otra parte, el tiempo de cosecha de la fresa durante 1979 se extendió por la sequía estival. Esto hizo que la temporada de procesamiento en las fábricas, hacia final del año, se retrasara, dejando a las obreras sin trabajo. El cuadro 3 muestra la fluctuación normal en demanda de la mano de obra en Frutas Refrigeradas durante el año. Más adelante veremos cómo se realiza la contratación bajo estas condiciones y cómo se acomodan las obreras a estas fluctuaciones.

Cuadro 3
Fluctuaciones en la contratación de mano de obra en la empresa Frutas Refrigeradas durante un año

Número de obreras	*Meses del año*
800	Enero
700	Febrero
600	Marzo
500	Abril
400	Mayo
300	Junio
200	Julio
100	Agosto
0	Septiembre
	Octubre
	Noviembre
	Diciembre

Organización de la producción en las plantas

La situación de las mujeres trabajadoras en las empacadoras de fresa

En general, en las empresas, alrededor de un 10 por ciento del personal realiza tareas de intendencia y administración. Generalmente los gerentes y contadores son hombres y el resto, las secretarias y recepcionistas, son mujeres jóvenes y solteras oriundas de la región de Zamora. En cambio, en la producción, a excepción de los cargadores que descargan las tarimas de cajas de fresa de los camiones y los encargados de la congelación, el resto del personal son obreras en su mayoría originarias y residentes de pueblos campesinos del valle de Zamora o de regiones cercanas. Las 300 obreras entrevistadas fueron seleccionadas al azar dentro de cada empresa, procurando captar entre un 5 y en 10 por ciento del personal y obtener en una proporción equivalente las que se dedican a distintos tipos de trabajo que se describen a continuación:

1. "Despate". Se dedican a quitarle el tallo a la fresa, trabajando a destajo, es decir, se les pagan 5 pesos en 1980 por caja de fresa de 7 kg. Una obrera con manos mágicas logra despatar hasta 35 cajas por día; una de manos lentas apenas cinco por día. Pero la cantidad de cajas de fresa para despatar varía de semana en semana. Por ejemplo, el 4 de febrero de 1980, las 400 obreras de Frutas Refrigeradas pudieron apenas despatar una caja de fresa cada una porque llovió la semana anterior y no se pudo cosechar la fresa. En estos casos, los gastos diarios de transporte y comida de las obreras son los mismos pero ganan únicamente por lo que despatan. En general, trabajan como despatadoras el 80 por ciento de las obreras de las empacadoras y congeladoras; en la muestra de la encuesta representan el 75 por ciento.

2. "Revisadoras". Son despatadoras escogidas por el jefe de personal o líder sindical para revisar que la fresa que se echa a los canales está efectivamente bien despatada. Representan el 3 por ciento de las entrevistadas, proporción equivalente para la generalidad de las empresas.

3. "Bandas". La fresa despatada pasa por canales de agua y desinfectante hasta las bandas en donde las encargadas separan la fresa de buena calidad de la que trae lodo, está defectuosa o podrida. Al igual que las "revisadoras", las de "bandas" son designadas al arbitrio del jefe de personal o líder que con frecuencia muestra favoritismo hacia sus amigas o hacia las obreras

de su misma comunidad. Corresponden a este tipo de trabajo el 15 por ciento de las obreras en las empresas y 18 por ciento en la encuesta.

4. "Charolas". La fresa de las bandas pasa a ser congelada en latas; en cambio, la mejor fresa se coloca en charolas para ser congelada individualmente. De esto se encargan obreras seleccionadas de la misma forma que las dos anteriores.

A las obreras que realizan las tres últimas tareas se les paga a 14 pesos por hora (ciclo 1979-1980). Aunque una obrera despatadora puede llegar a obtener un salario mayor que las de bandas, si es que realiza el despate con una destreza sorprendente, por lo regular son las obreras de bandas las que obtienen ingresos ligeramente superiores, como se muestra más adelante. Lo mismo sucede con las de charola y revisión.

Así, dentro de la empresa tienen mayor prestigio las que trabajan por horas, porque comparativamente ganan más dinero y porque son las más allegadas al personal de confianza. Muchas obreras despatadoras preferirían estar en bandas, sobre todo aquellas que por su edad ya no pueden despatar con la rapidez requerida, pero la antigüedad no cuenta en ninguna de las empresas, ni para este tipo de promoción ni para otras prestaciones. Las más jóvenes a veces resienten el favoritismo, no tanto en términos personales, sino de pueblo: "¿A ver, por qué no hay más de Tiringüicharo en bandas?". Pero otras opinan que es un trabajo cansado, como Berta Olivares, una despatadora: "nosotras, cuando menos, podemos dar una vueltecita por ahí cuando vamos por la caja de fresa para despatar (salen al patio por ella); en cambio las de bandas están jodidas porque no las dejan ni moverse, casi ni suspirar. Nosotras podemos hasta cantar".

Preguntémonos ahora ¿quiénes son estas mujeres? ¿Han tenido trabajo asalariado antes? y si es así ¿en qué trabajan?

Historia ocupacional de las obreras

El 61 por ciento de las obreras afirmó no haber trabajado antes. Hay que tomar en cuenta que esto incluye las que por ser muy jóvenes no tenían posibilidad de incorporarse al trabajo asalariado. De las que trabajaban antes de ingresar a las empacadoras y congeladoras, el 41.3 por ciento nos indican los cuadros 3 y 4 el tipo de actividad y la posición que tuvieron.

El cuadro 4 muestra que pasan principalmente del trabajo agrícola —asalariado o familiar— o del servicio doméstico a la agroindustria, pues cubre un 86.2 por ciento de las empleadas anteriormente. En las labores agrícolas han sido sustituidas por mano de obra inmigrante, pero no ha ocurrido así en el trabajo doméstico asalariado, por lo que las amas de casa zamoranas se quejan repetidamente de que "ya no hay sirvientas aquí".

Cuadro 4
Posición en el trabajo de las obreras empleadas anteriormente

Posición	*Número de casos*	*Porcentaje*
Jornalera	52	41.9
Obrera	11	8.9
Empleada familiar	17	13.7
Empleada	13	10.5
Sirvienta	25	20.2
Comerciante por su cuenta	2	1.6
Otros	4	3.2
Total	124	100.0

De las que trabajaron en agricultura, una cuarta parte realizaban labores no retribuidas para la unidad familiar campesina y el resto realizaba trabajo asalariado. De aquéllas en la rama de servicios, la mayoría, 65.8 por ciento, trabajaban de sirvientas y el resto como empleadas, seguramente en oficinas. Del resto, la mayoría eran obreras en diversos tipos de industrias. Es de notarse que apenas en dos casos ejercían una actividad comercial independiente, probablemente el pequeño comercio.

La mayoría de las obreras afirmaron que prefieren el trabajo en la agroindustria al del servicio doméstico o el del campo, sobre todo el primero, pues opinan que no están sujetas "a la voluntad de la patrona, y podemos vivir en nuestras mismas casas, en el pueblo con nuestras amigas y amigos". El trabajo como jornaleras se prefiere en ocasiones, "porque estamos al aire libre y no se necesita la disciplina de la empacadora, aunque es un trabajo mucho más cansado por ejemplo `repelar´ (desyerbar parcelas) es retetrabajoso y acaba uno con la espalda bien cansada".

¿En qué medida han influido en atraerlas los ingresos? Un 76.6 por ciento aumentaron sus ingresos al pasar a la agroindustria y un 7.6 por ciento los mantuvieron al mismo nivel. Pero ocurre que un 16.1 por ciento reciben ingresos inferiores. Este último porcentaje es alto, pero puede explicarse en parte por tratarse de obreras que acaban de ingresar a las empacadoras y por ello no habían acumulado varios meses de ingresos.

¿Han atraído las empacadoras y congeladoras a migrantes? De las que ejercían una actividad remunerada, el 66.1 por ciento la realizaba en su propia comunidad, el 28.2 por ciento en la región y solamente el 0.7 por ciento la realizaban en otro estado, en la Ciudad de México o en Estados Unidos. Significa que las empresas freseras casi no han absorbido mano de obra femenina proveniente de fuera de la región.

En efecto, únicamente el 6.7 por ciento de las obreras nacieron en otro estado, y más de la mitad de ellas (59.6 por ciento) nacieron en los municipios de Zamora, Jacona y Ecuandureo (que colinda con los dos antes mencionados). En 1980, el 78.6 por ciento de las obreras residían en estos tres municipios, lo que indica que a nivel agregado apenas un 18.6 por ciento de las obreras eran migrantes y más de la mitad de éstas migraron de municipios cercanos al valle de Zamora.

En cuanto a residencia, ninguna de las obreras vivía independientemente. Todas compartían una vivienda con familiares cognáticos o afines, a excepción de una "entenada", una mujer que fue adoptada por la familia con la que vivía. El que vivieran todavía con sus familias se debe a una norma ideológica muy arraigada que prohíbe a las mujeres jóvenes vivir fuera de la casa paterna a menos que sea vía el matrimonio; pero además, se relaciona con el hecho de que existe una falta aguda de vivienda en Zamora y en Jacona y el que con un salario no puedan pagar por vivir en una pensión, que es, en todo caso, la única forma de habitación socialmente aceptable para mujeres solteras.

Edad, estado civil y escolaridad de las obreras

El 78.6 por ciento de las obreras de la muestra tenía entre 12 y 24 años de edad, estructura de edad que se debe a una combinación de factores. En primer lugar, las empresas prefieren contratar a mujeres jóvenes por su

mayor productividad como despatadoras, su desinterés por las prestaciones, sindicalización y promoción. Es decir, en condiciones de oferta abundante de mano de obra femenina, emplean a las más jóvenes.

El ingreso al trabajo ocurre normalmente entre los 12 y los 15 años; trabajan hasta que se casan, entre los 17 y los 21 años ("En Erandícuaro —pueblo del que provienen muchas obreras— las mujeres se casan antes de los 20 años porque a esa edad los hombres dicen que ya estamos cotorras"); siguen trabajando las que rehúsan casarse y hay un ligero retorno de las casadas jóvenes; pero después de los 30 años casi sin excepción se trata de viudas, separadas o abandonadas que sostienen a sus hijos y/o a padres o hermanos. Las excepciones son mujeres casadas que afirman que el marido no les envía suficiente dinero de Estados Unidos o que lo envía de manera intermitente.

Son solteras el 85.3 por ciento de las obreras entrevistadas; casadas el 9.0 por ciento; divorciadas o abandonadas, 3.0 por ciento; viudas, el 2.7 por ciento.

Sin embargo, durante el pico de la temporada, las empresas llegan a emplear mujeres de todas las edades, puesto que en un mismo lapso de tiempo requieren duplicar o hasta triplicar la cantidad de obreras trabajando, para que no se eche a perder la fresa cosechada en esos días. Después, a medida que va bajando la producción, van quitando personal; "primero las niñas, luego las flojas y otras se van retirando por sí solas cuando ven que el tiempo de trabajo es muy poco".

En cuanto a escolaridad, el 16 por ciento no ha tenido ningún estudio, dato que se concentra en las obreras de mayor edad, y el 31 por ciento cursaron solamente hasta tercer año de primaria. Es explicable la baja escolaridad por su origen campesino y rural, pero resulta significativo que el 3.7 por ciento estudiaron secundaria o preparatoria, lo que les daría acceso a otro tipo de empleos de mayor prestigio. Sin embargo, prefieren el actual porque, según dicen, ganan más dinero que trabajando en una tienda o siendo empleadas y además porque es muy difícil encontrar esos empleos en Zamora.

La gran mayoría de las obreras reconoce que su baja escolaridad les impide regresar a otros empleos que no sean el trabajo asalariado doméstico o agrícola y se quejan de que sus padres, principalmente el padre, no les permitió estudiar más porque no les rendiría beneficios a largo plazo:

"... a las mujeres no las dejan terminar (la escuela) porque dicen los papás que no les costea, porque luego se casan y sólo se desperdiciaron...". Los estudios formales siguen siendo, para ellas, la única opción viable para mejorar su situación: "si estudiara, podría ser secretaria y me dejaría este trabajo tan cansado". Esta esperanza se convierte en mito cuando constatamos que la estructura del empleo de la región no podría dar cabida a mujeres con mayor educación. Tal y como ha sucedido en otros casos en países dependientes, lo que ocurriría sería un aumento de los requisitos para la contratación, de tal manera que la misma proporción de obreras menos capacitadas —aunque su nivel educativo sea mayor en términos absolutos —seguirá ocupando los niveles de empleo más bajos.

Esto último puede constatarse comparando las características anteriores con las que se reportan para un grupo de proletarias agrícolas, recolectoras de vid, del estado de Aguascalientes, al norte de Michoacán (Díaz Ronner y Muñoz, 1978, p. 331). En estado civil, casi no hay diferencias: solteras, 80 por ciento; casadas, 8 por ciento; divorciadas o separadas, 3 por ciento; viudas, 9 por ciento (*ibid.*). En cuanto a edades y escolaridad, la distribución es muy similar y sus diferencias muy significativas.

Cuadro 5
Comparación de las encuestas de proletarias agrícolas y de obreras de la agroindustria

Edades			*Escolaridad*		
Grupo de edad	*Zamora obreras por ciento*	*Aguascalientes proletarias agrícolas por ciento*	*Escolaridad*	*Zamora obreras por ciento*	*Aguascalientes proletarias agrícolas por ciento*
12-19	57.0	52.0	0	16.0	32.0
20-29	27.0	21.0	1°-3° primaria	31.0	28.0
30-39	7.7	10.0	4°-6° primaria	49.3	40.0
40 o más	8.3	17.0	Secundaria preparatoria	3.7	---
Total	100.0	100.0	total	100.0	100.0

Fuentes: Díaz Ronner, *op. cit.* y encuesta de Zamora.

En términos generales, la semejanza en la estructura de edades y de escolaridad indica que es, a grandes rasgos, el mismo contingente de mano de obra femenina el que busca uno y otro tipo de empleo. Pero un 5 por ciento más de jóvenes solteras y un 13 por ciento con mayor escolaridad superior a 4° año de primaria, e incluso educación media, ingresan a la industria de la fresa en Zamora. Lo anterior sugiere que: *1)* un grupo mayor de jóvenes solteras se integra a la agroindustria que de otra manera no ingresaría al trabajo asalariado; y *2)* que las agroindustrias atraen a mujeres con mayor escolaridad que normalmente no aceptarían emplearse en la agricultura.

Ahora interesa saber ¿cómo han concebido estas obreras y sus familiares su ingreso al trabajo fabril?

Actitudes sociales hacia el trabajo de las mujeres en la agroindustria

En sus inicios, cuentan los gerentes de las empacadoras que les era muy difícil conseguir obreras para las plantas. No hubo dificultad en atraer a aquellas que ya trabajaban en el campo o en el servicio doméstico, pero no lograban atraer a las mujeres jóvenes de las familias en las que la necesidad económica no era apremiante. Ello se debía, en parte, al miedo de sus familias de que fueran violadas o "robadas".

Este temor se basaba en experiencias reales. Carmen García resumió lo que se narra con frecuencia:

> Antes era muy feo para las muchachas, porque se las robaban mucho cuando iban al agua, a lavar o a traer el nixtamal... (hasta) se las robaban con pistola y machete. Se las llevaban al monte y luego las venían a pedir a sus papás. La mayoría sí se casan con ellas aunque no la quieran y aquí no se usa el divorcio. Si no se llevan se aguantan. Aquí se usa que les peguen a las mujeres sus esposos cuando están borrachos. Dicen que los guamazos ingren, entre más les pegan, más los quieren.

El que ya no se roben a las jóvenes en los pueblos campesinos de la región se atribuye en parte al trabajo de ellas en las empacadoras, aunque nunca se aclara exactamente por qué.

Quien negaba el permiso para trabajar en las fábricas era el padre. Una obrera nos comentó: "Los papás no están impuestos a que uno

trabaje y en el pueblo la gente es muy chismosa, dicen que las mujeres que están trabajando se van con muchos hombres". No hace mucho, se prohibía a hombres y mujeres jóvenes en los pueblos dirigirse la palabra en la calle. Con el empleo en las empacadoras lo que más temían los padres sí llegó a suceder algunas veces: "...cuando se empezó, muchas muchachas sí salieron embarazadas, porque no sabían cuidarse y como nos movemos en un ambiente de machismo y paternalismo sucedía con frecuencia... pero ahora las muchachas se saben administrar, ya quieren estudiar y superarse. El cambio se nota desde su vestido y aseo, se ha mejorado mucho, también en que ya son disciplinadas". Así resume los cambios la secretaria de una empacadora.

Las obreras se quejan con indignación de los chismes contra ellas: "Nomás inventan cosas para hablar de nosotras. Muchos muchachos dicen que no se van a casar con las que trabajan en las congeladoras, y del pueblo todas trabajan, pero claro que después ellos mismos caen. Nos levantan muchos falsos, unas sobrinas de nosotras andaban diciendo que estábamos embarazadas y que los hijos los habíamos dejado en el Seguro Social".

La situación de las jóvenes obreras se complica con la emigración de la mayoría de los hombres casaderos: "Las muchachas no van al norte porque hablan mal de ellas. Con que vayamos a Zamora hablan mal, nunca podemos ir a ningún lado... A los muchachos sí los dejan ir al norte y vuelven bien orgullosos, algunos se juntan por allá con las gringuillas. Dicen que son muy locas, que hasta los siguen a los muchachos. Hay otros que sí vuelven para casarse".

Al parecer, también en un principio hubo algunos curas de parroquias que se oponían a que las mujeres, en especial las jóvenes, salieran de sus casas a trabajar. Pero poco a poco, al ponerse en contacto con ellos los gerentes de las empresas, pidiéndoles que realizaran misas en las plantas y, según cuentan sin que lo hayamos podido corroborar, donando un altar para una de las parroquias, se fue limando la desaprobación de esos curas.

Aclarados varios aspectos del proceso de atracción y reclutamiento de las obreras y sus principales características, resta conocer sus condiciones actuales de trabajo y la forma en que ellas mismas las perciben.

Salarios

Como ya se hizo notar, los salarios de las obreras están supeditados al ritmo de compra anual de la fresa en la empacadora o congeladora y a su destreza manual en el caso de las despatadoras.

De las obreras entrevistadas en 1980, el 73.3 por ciento recibían salarios mensuales promedio entre 750 y 1,750 pesos, promedio que se calculó prorrateando mensualmente el salario anual que recibían de la empresa. Este nivel de salario estaba muy por debajo del salario mínimo legal que era de 4,260 pesos (1980) al mes para la región. Significa que con esos niveles de salario no podría subsistir ni siquiera mínimamente una familia, ya no se diga una familia con hijos. Se trataba, por tanto, de un salario deliberadamente considerado como complementario al ingreso familiar.

Más grave todavía es el hecho de que este salario fluctuaba enormemente de mes a mes. La temporada se inicia en noviembre o diciembre y se prolonga hasta julio y agosto. En este lapso hay "meses malos", como los llaman las obreras, que son noviembre y diciembre, enero, febrero, agosto y septiembre, en los que ganaban un promedio menor a 500 pesos al mes; y "meses buenos", el resto, en que podían llegar a ganar hasta 2 mil pesos al mes.

Pero además, la mayoría de las obreras no trabajan en la empacadora todo el año. Solamente se trabaja de 10 a 12 meses en la empacadora que es empresa filial de la compañía panificadora mexicana. Las demás funcionan únicamente nueve meses al año. El 56 por ciento de las entrevistadas trabajaban de 7 a 9 meses, o sea, la mayor parte de la temporada; de las demás, 5 por ciento trabajaba de 10 a 12 meses; 16 por ciento de cuatro a seis meses; 11.6 por ciento de uno a tres y 11.3 por ciento no habían alcanzado o no llegan a trabajar ni un mes al año. En este último caso significa que laboraban, por ejemplo, únicamente los días sábados de la temporada o que son hermanas menores de obreras que las empiezan a acompañar a la empacadora sólo algunos días por semana, o que son obreras que se iniciaron apenas durante la temporada en que se realizó la entrevista.

En los meses en que no hay trabajo en la empresa, el 75.3 por ciento permanece en su casa ayudando al trabajo doméstico —algunas bordando o tejiendo para la venta. Esta cifra es alta y sorprende porque puede significar que esas familias no requieren en forma apremiante de un ingreso

constante de la obrera. En ciertos casos, por ejemplo, como en el de una hija soltera que sostiene a su madre, sucede que el ingreso logrado en los demás meses alcanza para mantener a ambas los meses sin trabajo. Del 24.3 por ciento restante, el 7 por ciento trabajaba como sirvienta durante esos meses, el 11 por ciento cosechaba en el campo por jornal, el 1 por ciento trabajaba como empleada y el 0.3 por ciento emigraba a Estados Unidos. El resto se dedicaba a actividades diversas.

¿A qué grado dependen las familias de las obreras, en su mayoría familias campesinas, del ingreso de las obreras? Un 20.7 por ciento contestaron que no sostenían a su familia. Un 17.7 por ciento afirmaron que sí y las demás señalaron que ayudan parcialmente al sustento de sus familias.

¿Qué proporción de su salario entregan a sus familias? Entre las obreras jóvenes es muy común que le entreguen su salario semanal íntegro al padre o a la madre, quienes les van dando poco a poco el dinero que necesitan para sus gastos. Quisimos corroborar si la proporción que entregan a sus padres variaba según el monto del salario. El cuadro 6 muestra que la correlación no es significativa.

Este dato es importante porque se piensa que al aumentar el nivel de ingresos la trabajadora tiende a retener mayor parte de su salario. Quizá sea cierto para el caso de obreras urbanas, pero para las obreras de esta agroindustria no hay diferencia. Este hecho, además, tiene repercusiones importantes en el patrón de consumo, que se analiza más adelante.

Cuadro 6
Proporción del salario que las obreras entregan a sus padres o utilizan para el gasto familiar según niveles de salario

Salario mensual ($)	*Todo por ciento*	*Casi todo por ciento*	*Mitad por ciento*	*Un poco por ciento*	*Nada por ciento*
200-1,000	36.8	15.7	23.6	10.5	13.1
1,001-2,000	30.1	25.3	27.4	12.4	4.8
2,001-3,000	38.2	27.3	25.4	7.2	1.8
3,001 y más	11.1	44.4	11.1	22.2	11.1
Total	31.0	24.0	25.7	11.0	5.7

Gastos y consumo

Uno de los puntos de mayor interés en la discusión sobre los efectos de la agroindustrialización se refiere al destino que se da a los salarios. En el caso estudiado, las obreras tenían gastos fijos de aproximadamente 80 pesos por semana: unos 50 pesos en transporte —aunque algunas empacadoras cubrían ese gasto—, 10 pesos en refrescos para la comida —su propia comida la llevaban cocinada de su casa en pequeños tarros y cacerolas— y 10 pesos en pequeños gastos. Estos gastos más otros similares explican que el 44.7 por ciento de las obreras entrevistadas llegaran a gastar hasta 200 pesos a la semana. En cambio, el 24.3 por ciento gastaba mucho más, hasta 1,000 pesos por semana, lo que indica un consumo personal mucho más alto. Finalmente, en contraste, contestaron que no gastan nada en sí mismas, es decir, que no separan su salario de los gastos familiares, el 28 por ciento de las entrevistadas. Entre éstas la mayoría son mujeres de mayor edad que sostienen a un grupo familiar. Lo anterior aclara algunos de los efectos de este derrame de salarios en el comercio de la región: el comercio en artículos de consumo para las jóvenes —tales como ropa confeccionada, joyería de fantasía, novelas e historietas y productos de belleza— ha tenido apenas un ligero dinamismo en Zamora. En cambio, ha tenido auge el comercio de bienes de consumo casero, como muebles y aparatos eléctricos, y de insumos agrícolas. Se comprende por qué: el consumo principal no lo dictan las jóvenes obreras sino sus padres. Se dirige el gasto a la adquisición de bienes de consumo —que a nuestro juicio permiten acumular ahorros puesto que se pueden vender o empeñar en tiempos de necesidad— o de insumos con los cuales se puede mejorar la producción agrícola.

Hay que hacer la aclaración, sin embargo, de que el auge comercial se debe principalmente a ingresos en dólares que envían los migrantes de Estados Unidos. Pero aun así, pensamos que el patrón de consumo, aunque a niveles menores, es el mismo para los salarios de las obreras.

Contratación

Se realiza la contratación de obreras cada temporada a través de redes de comunicación en las comunidades. En las empresas con sindicatos, la Secretaría General nombra delegadas en cada pueblo o ranchería y, en los que no existe sindicato, el jefe de personal es quien nombra a estas representantes. Las delegadas o representantes, una vez que se les avisa que deben empezar a reclutar a las obreras, anuncian la apertura de la temporada de trabajo en el pueblo a través de magnavoces o del radio. Apuntan a las mujeres que desean ir a trabajar, supuestamente, con preferencia a las más antiguas, pero Antonieta Castro se quejó de que esta preferencia es ilusoria porque "a algunas nuevas los jefes les dan preferencia porque les dan gollete (algún regalo). A nosotras no nos da coraje, nomás sentimiento...".

La empresa va contratando a las obreras según la lista de la contratadora, conforme va avanzando la temporada; aunque es común que durante la cúspide del trabajo la contratación no se limita a las listas, debido a la enorme demanda de mano de obra. En la formación de las listas interviene la "fidelidad" que la obrera haya mostrado hacia la Secretaría General del sindicato o a la empresa, y también las preferencias personales o rivalidades de grupos dentro de la comunidad.

Se observa una relación de responsabilidad y supervisión de la contratadora hacia las obreras. Se nombran de preferencia a mujeres de mayor edad y casadas como representantes, a fin de que los padres campesinos les tengan suficiente confianza, como para permitir que sus hijas salgan a trabajar. Ellas son responsables de lo que les pueda ocurrir a las jóvenes, responsabilidad que también se convierte en poder, ya que pueden decidir quiénes irán o no a trabajar a la empacadora.

Las condiciones de trabajo

Las condiciones y prestaciones de trabajo estaban por debajo de lo que marca la ley mexicana. En primer lugar, no existían contratos ni planta para las obreras. Ello obligaría a las empresas a pagar el salario mínimo, a establecer horarios fijos y a pagar permanentemente a las obreras durante

todo el año. En segundo lugar, las prestaciones eran inexistentes; la gran mayoría de las obreras no recibían Seguro Social, ni siquiera servicio médico adecuado. La técnica laboratorista de una empresa se quejaba por tener que atender muchas veces a las obreras que sufrían dolores de cabeza, o que se cortaban al estar despatando, pues no había quién las atendiera. Si llegan a faltar por enfermedad o por otras circunstancias y no avisan por teléfono o a través de alguna compañera, las castigan con tres días de trabajo o las bajan de las bandas a despatar. En contraste, cuando asisten a trabajar y no llega la fresa o despatan tan sólo una caja, no reciben ninguna compensación por parte de la empresa.

Una medida que permitiría más asistencia de madres al trabajo y que evitaría problemas familiares, la guardería, no existía en ninguna de las empresas, a pesar de que la ley obliga a su establecimiento cuando hay un número específico de obreras. Según el gerente de una empresa: "...se vio que (la guardería) finalmente no era necesaria porque sólo dos o tres niños vienen con sus madres a trabajar y por eso no se puso...". Esto a pesar de que algunas de las obreras pidieron que se instalara.

Sindicalización

De las seis empresas encuestadas, dos tenían sindicatos afiliados a la CTM y dos a la CROC. La existencia de estos sindicatos no guarda mayor relación con la procedencia del capital, ya que existían en una empresa con capital extranjero y en tres con capital mexicano.

Los sindicatos existentes mantenían muy buenas relaciones con los dueños de las empresas. En palabras de una Secretaria General con nueve años en el cargo sindical: "...afortunadamente siempre ha habido buena relación. Hablando se entiende la gente; además nos interesa que la empresa no pierda, porque si no, no tenemos utilidades...".

La mayoría de las obreras de las fábricas no se habían sindicalizado. De la muestra, el 35 por ciento no estaba afiliada a un sindicato, pues en las empresas donde trabajaban no había. De las demás, el 20.3 por ciento de las obreras no sabían siquiera si estaban o no sindicalizadas. Del 44.7 por ciento que sí pertenecen a un sindicato, el 18.7 por ciento pensaba que esta pertenencia sí les había ayudado. En cambio el 34.7 por ciento no lo

creían. El 46 por ciento de las afiliadas dijeron no saber si su sindicato les ayudaba o no.

Si comparamos esta opinión en cada grupo de niveles salariales de las obreras y en cada tipo de trabajo, encontramos que las obreras que obtenían menor salario y que eran despatadoras, un 84 por ciento ni siquiera sabían si pertenecían a un sindicato o si les ayudaría. A mayor salario se opinaba que sí ayudaba o podría ayudar, pero en las categorías medias de ingresos existían dos tendencias claras: un porcentaje alto, 30 por ciento, no sabía si estaba afiliada y si le ayudaba, y otra gran proporción, 46 por ciento, no estaba afiliada pero en buena medida consideraba que sí le ayudaría pertenecer a un sindicato. Estas obreras opinaban que les ayudaría "para defendernos de los dueños, o sea que nos trataran bien los jefes de producción", pero también estaban conscientes del lastre que implica pertenecer a un sindicato y que en realidad no funcione para "defendernos, sino para fregarnos quitándonos dinero". Se referían a las cuotas sindicales que se les descontaban de su salario. Con frecuencia veían al sindicato como algo totalmente ajeno a ellas. Su participación, si es que existía un sindicato en la empresa donde trabajaban, era mínima: se quejaban de que "...nos enfada ir a las juntas, ni entendemos nada, ni sacamos nada, sólo perdemos el tiempo...". Pocas obreras manejaban información veraz sobre las funciones de un sindicato, la mayoría lo veía como nos dijo una de ellas, como "...un departamento más de la empresa, como la contabilidad, por ejemplo", y no como un arma para ellas.

Por lo general, la relación que perciben con el sindicato, además de la cotización, es que se les exige desfilar en ocasiones como el 1° de mayo, "Día del Trabajo". La opinión sobre los sindicatos se reduce muchas veces a enjuiciar a la Secretaria General: "...dicen que ya tiene casa de altos (de dos pisos) y carro..., nos friega bien mucho". Se acusa a los líderes de robarse las cuotas sindicales, de venderse a los patrones y de tener una posición sumamente contradictoria pues en algunas empresas la Secretaria General funciona también como jefe de producción.

La única movilización de que tuvimos noticia, la realizó un grupo de obreras provenientes de una misma comunidad; le exigían a la empresa que pagara el costo del transporte desde su lugar de origen hasta la empacadora. Tuvieron éxito relativo, pues obtuvieron la mitad del costo del pasaje y la promesa del pago completo en cuanto la empacadora empezara a

procesar un volumen mayor de fresa. El éxito se debió en buena medida a la cantidad de obreras, cerca del 40 por ciento del total, que presentaron la demanda; la empacadora se vio obligada a ceder ante la amenaza que presentaron de retirarse en conjunto de la empresa y buscar trabajo en otra. Es posible que no todas hubieran podido encontrar trabajo en la misma empacadora, pero el hecho de amenazar a la empresa con salirse en bloque fue una experiencia positiva para el resto de las obreras: "...nos dimos cuenta de que juntas podemos pedir las cosas, una por una ni nos hacen caso, nos mandan al demonio...".

En efecto, más que a las actividades de los sindicatos, la leve mejoría en las condiciones de trabajo se debe a la escasez de mano de obra para las empacadoras y congeladoras en los meses de mayor actividad. Esto hace que las empresas tengan que competir por mano de obra ya que hay una alta movilidad de las obreras: 40 por ciento de las encuestadas han trabajado en más de una empacadora. En palabras de Margarita Nieto: "Ahí uno ni reclama, todas nos quedamos conformes porque tenemos miedo de que nos corran, aunque más bien ahorita lo que uno diga (se hace) porque hay poco personal. Ahora hay muchas congeladoras. Al principio estaban muy delicados, todo les molestaba, nos tenían muy vigiladas, pero se fue saliendo el personal hasta que quedamos pocas y entonces nos empezaron a tratar mejor". Ella misma da a entender, sin embargo, que no hay casi margen para 'reclamar'".

Es posible que la acumulación de experiencias de organización fuera poco a poco dando conciencia de la posibilidad de actuar en conjunto para obtener mejores condiciones de trabajo, pero mientras la planta de obreras siga siendo renovada cada temporada es muy difícil que se logre. Sólo se recordarán las experiencias de lucha de compañeras que trabajaron en la misma empresa, pero no serán experiencias propias que impulsen a nuevas acciones.

Percepción de las obreras de su trabajo en las plantas

A pesar de las condiciones anteriores y de que muchas obreras consideran el trabajo en las empacadoras y congeladoras como cansado y agobiante, lo prefieren porque su única alternativa es quedarse encerradas en la casa

del pueblo realizando trabajo doméstico o trabajar en empleos peor remunerados. El 65 por ciento respondió que prefería trabajar fuera de la casa.

En cuanto al tipo de empleo que escogerían, el 59 por ciento respondió que preferían trabajar en la empacadora; el 36.5 por ciento, en cambio, les gustaría más ser empleadas de oficina, y apenas un 4.5 por ciento dijeron que escogerían trabajar en el campo.

La percepción que tienen las obreras jóvenes de su empleo en las plantas se debe entender en el contexto de sus condiciones de vida en las comunidades, como puede verse en este comentario. En forma efusiva, Amalia Vega opinó al respecto:

> Nos gusta tanto salir a trabajar a la empacadora que cuando regresamos en la tarde a nuestro pueblo vamos brincando, bailando y cantando por el camino. No nos importa estar cansadas (después de una jornada de trabajo de 8 a 11 horas) porque ya nos ganamos nuestro dinerito y nos salimos un rato del ranchito, estamos muy contentas. En el pueblo se enfada uno todo el día de ver las mismas caras y oír los mismos chismes. Trabajando nos distraemos.

En efecto, pudimos observar que las muchachas se divierten con la salida; si no hay fresa se ponen a jugar "encantados" en el patio; saludan y chotean a los grupos de muchachos; se van juntas de compras con gran alharaca; luego se suben a las parrillas de los autobuses y se van cantando hasta su pueblo.

Al preguntarles sobre si deseaban mejoras en su trabajo, 13.3 por ciento respondieron que no, y del resto la mitad dijeron que les gustaría que aumentaran su salario, pues lo consideraban injusto. Aunque generalmente carecen de punto de comparación en lo que se refiere a salarios industriales, y además ganan un poco más en la agroindustria que en el campo y en el trabajo doméstico asalariado —lo que les produce sensación de mejoría— se observó que varias obreras protestaban por los bajos salarios que obtenían. Lo que nunca se observó fue una canalización directa de esta protesta, ya sea a través del sindicato o frente a los jefes de la empresa. Percibían como algo utópico y fuera de su alcance el poder elevar una demanda como la de aumento salarial.

En general, para las obreras jóvenes, que son mayoría, el trabajo en la agroindustria es percibido y considerado como una etapa de su vida que les permite salir de la rutina diaria de su pueblo. Consideran el empleo

transitorio, ya que el 58 por ciento respondió que no pensaban seguir trabajando una vez casadas. Algunas comentaron a este respecto, casi con sorpresa: "...si para eso me voy a casar, para dejarme de este trabajo...". Las que dijeron que sí pensaban seguir trabajando son aquellas que creen que se van a casar con un "muerto de hambre".

Conclusiones

A partir del análisis de los datos podemos proponer respuestas a las preguntas que se expusieron en la introducción.

¿Por qué emplea la agroindustria fresera predominantemente a mujeres? Es cierto que el trabajo de despate y selección de la fresa requiere de una habilidad manual que difícilmente pueden llevar a cabo hombres; a las mujeres, en cambio, se les capacita desde niñas para realizar labores manuales. Pero no es ésta la única razón por la que emplean mujeres. En la región de Zamora, la agroindustria no puede competir con los salarios de Estados Unidos y esto le impide retener e incorporar mano de obra masculina; en cambio tiene a su disposición a grandes contingentes de mujeres jóvenes con muy pocas alternativas de trabajo. Como vimos, la gran mayoría de estas mujeres sólo tiene acceso al trabajo asalariado doméstico o de campo, trabajos ingratos que les hacen preferir emplearse en la agroindustria. Tampoco tienen que competir las empacadoras con los salarios urbanos para obreras, puesto que no es frecuente la emigración de mujeres de la región, la emigración temporal de los hombres cubre en forma importante el déficit del presupuesto de la mayor parte de las familias campesinas.

Pero, además de las razones anteriores, el análisis nos hace pensar que la razón principal para emplear mujeres es que pueden pagarles salarios mucho más bajos de los que marca la ley, en condiciones de constante fluctuación de horarios y días de trabajo, y no otorgarles prestaciones. Pensamos que la actividad de las empresas se basa en la idea tradicional de que cualquier ingreso que obtiene la hija, la esposa o la madre es un "añadido" al ingreso principal del padre, el esposo o el hijo. Si se tratara de obreros hombres, sería insostenible, aun a corto plazo, el bajo ingreso y la inestabilidad del empleo.

Apoyan esta interpretación varios resultados del análisis. El hecho de que el porcentaje de mujeres jefes de hogar fuera muy bajo en las empacadoras y congeladoras —5.7 por ciento de la muestra, comparado con un índice del 11.3 por ciento en las poblaciones de los municipios de la región— indica que difícilmente puede constituir el salario en la agroindustria el ingreso central de una unidad doméstica. De las obreras entrevistadas apenas un 17.7 por ciento afirmó que sostenía por completo a su familia. De éstas casi todas buscan otros empleos durante los meses en que no hay trabajo en las empacadoras y congeladoras. Significa que solamente una minoría de las obreras utiliza el ingreso de la agroindustria para sostener a una unidad familiar.

Además, el análisis sugiere que alrededor de la mitad de las obreras no ingresarían al trabajo asalariado de no existir la agroindustria. Esto lo indicó la comparación realizada con el estudio de un grupo de proletarias rurales en Aguascalientes. Recordemos, también, que el 75.3 por ciento no realizaban trabajo asalariado en los meses de cierre de las empacadoras. Para este grupo, el salario de la agroindustria era, efectivamente, sólo un complemento para el ingreso familiar.

Aparte de los factores anteriores, resulta vital para mantener el bajo costo de la mano de obra la constante renovación del contingente de obreras. Esto permite ahorros considerables en cuanto a aumentos salariales por antigüedad, pagos por enfermedad o invalidez y, sobre todo, pagos de maternidad y guarderías. Además, evita que las obreras vayan acumulando información y experiencia que las lleve a organizarse y a exigir mejoras laborales. Esta renovación se encarga de hacerla la propia cultura tradicional que destaca el matrimonio como única aspiración para la mujer. El 58.3 por ciento de las obreras no pensaba seguir trabajando después de casarse, un 6.0 por ciento adicional respondió que no sabía. Esta actitud y las malas condiciones laborales, sin duda hacen que las obreras no se forjen una perspectiva de permanencia en el trabajo a largo plazo.

Lo anterior muestra, sin duda, que la agroindustria en Zamora sólo puede existir gracias a estas condiciones de disponibilidad de mano de obra femenina. Coincide este resultado con el de Feder, quien señala el bajo costo de la mano de obra como uno de los rubros más importantes que hace que la industria de la fresa mexicana sea competitiva en el mercado internacional.

Desde un punto de vista sociológico, lo que han hecho las empresas agroindustriales al establecer las empacadoras es aprovechar ciertas características sociales y culturales de la región, a saber, el alto crecimiento demográfico, los valores culturales tradicionales que le asignan a la mujer un papel subordinado, la estructura familiar de las comunidades y los patrones locales de consumo. La pregunta clave a hacerse es si este aprovechamiento de recursos va a cambiar y a mejorar las condiciones de vida de estas mujeres y de sus comunidades en la región.

¿Han cambiado las condiciones de vida y la conciencia de las mujeres campesinas con su ingreso al trabajo industrial? El trabajo de campo y las entrevistas muestran que sí ha habido cambios; aun así la gran mayoría de obreras siguen viviendo en casa de sus padres; unas cuantas se han trasladado a vivir con tíos u otros parientes en Zamora, en las mismas condiciones de subordinación y restricción que en su comunidad. La mayoría entrega la mayor parte de su salario a sus padres o lo utiliza para el consumo familiar, por lo que ha aumentado sólo ligeramente su capacidad de consumo personal. Aun en el traslado y en su estancia en las empacadoras son supervisadas de cerca por las contratadoras y líderes sindicales. Aunque tienen un poco más de libertad para salir fuera de sus casas, siguen siendo muy restringidas sus salidas y sus andanzas por las calles, porque los hombres las asedian, se burlan de ellas y les reprochan el que anden en lugares públicos. Sin embargo, sí ha habido alguna mejoría. Ya no se «roban» a las jóvenes con tanta frecuencia, y, al parecer, ahora pueden opinar ellas más decisivamente en cuanto a su casamiento. En algunas también se ha despertado un interés por estudiar y por "progresar".

Pero el trabajo en la agroindustria no es la vía para este progreso. En las plantas no hay promociones, ni las ayudan a capacitarse ni a estudiar, y la inestabilidad y bajos salarios del empleo, como ya se dijo, no les abren perspectivas de mejoramiento hacia el futuro. En estas condiciones no sorprende la ausencia de un cambio cultural significativo. Al contrario, la falta de perspectivas laborales en la agroindustria y el desempleo generalizado no hacen más que revertir a las obreras hacia las expectativas tradicionales de casamiento como única vía hacia el futuro. Sólo algunas de ellas, la mayoría de más edad, han adquirido nuevas expectativas de empleo y estilo de vida. Para ellas será muy difícil encontrar acomodo en caso de que desaparezca la industria de la fresa.

Así, las empresas freseras, al cuidarse de alterar lo menos posible el orden social y cultural de la región, convierten el trabajo en la agroindustria en un elemento conservador que fortalece ese mismo orden tradicional. No puede notarse, a este respecto, más que una mínima "modernización" en la región, que no significa un desarrollo social coordinado y profundo que abra nuevas perspectivas económicas y culturales para las mujeres. ¿Cuál ha sido entonces el impacto de la agroindustria de la fresa en las comunidades de la región?

A corto plazo, los beneficios de la agroindustria en la región son evidentes, en el derrame de millones de pesos en salarios. Pero cabe matizar: mostró el análisis que solamente una minoría de obreras utiliza el salario para una sobrevivencia directa. Es decir, para consumo de bienes básicos de alimentación, ropa y vivienda. La mayoría, en cambio, lo utilizan en menor proporción para mejorar su vivienda y para invertirlo en la producción agrícola, y, en su mayor parte, para adquirir bienes de consumo tanto personal como casero —muebles, enseres de cocina y aparatos eléctricos— que representan una posibilidad de acumulación.

Por ser éste el destino principal del salario de las obreras, fluye rápidamente a través de productores de estos bienes de consumo. Lo importante es que se fomenta el consumo de estos bienes, pero no se amplía el mercado incorporando a los grupos más pobres al consumo. Es decir, por la estructura y las estrategias de empleo de las agroindustrias, no se emplea predominantemente a las mujeres jefes de hogar, ni a los trabajadores y trabajadoras más pobres, provenientes de familias campesinas que han perdido sus tierras o de familias inmigradas de otras regiones, es decir, a aquellos que más requieren de un ingreso. En cambio, se está empleando de preferencia a las mujeres jóvenes de familias campesinas de nivel medio, cuyo salario sirve para mejorar el nivel de vida, meta muy positiva sin duda, pero que no amplía sus efectos para incorporar a los campesinos y campesinas más empobrecidos a los beneficios de este tipo de desarrollo.

A corto plazo, la agroindustria tampoco estaba creando condiciones para el desarrollo futuro de la región. No estaba capacitando mano de obra, no promovía ni prestaba mejores servicios sociales; no ha propiciado la creación de una mejor infraestructura urbana, no retiene a los migrantes varones que salen a los Estados Unidos. El cultivo de la fresa, al contrario, tiende hacia la concentración de tierras y capitales y desplaza a los peque-

ños parcelarios y ejidatarios. Lo que sí ha propiciado esta agroindustria es la inmigración de cerca de 50 mil proletarios agrícolas, que han erigido casuchas a lo largo de "kilómetros de miseria" a la entrada de todas las carreteras a Zamora y a Jacona. No existen proyectos empresariales ni municipales para crear viviendas suficientes, ni ningún plan a largo plazo para incorporarlos a la vida económica de la zona, cuando la industria de la fresa en Zamora decaiga y los deje sin trabajo.

En efecto, se esperaba el desplome de esta agroindustria, según algunos gerentes de empacadoras y congeladoras, en algunos años. Sin entrar a imaginarnos sus consecuencias, es evidente que provocaría una grave crisis económica en la zona: caída del nivel de ingresos de las familias campesinas, desempleo masivo de obreras y trabajadores (as) agrícolas, quiebra de comercios, etcétera. Pero importa destacar, además, que no habrán cambiado las condiciones estructurales que hicieron posible esta agroindustria. Es decir, que no puede esperarse que cambien las propias condiciones que la alimentan: como requería mano de obra abundante, no promovían la planificación familiar; como necesitaba trabajadoras cuyo ingreso no fuera vital para la unidad doméstica, tendía a emplear a las que provenían de unidades de nivel económico medio; como requería de mano de obra sumisa y controlada, apoyaba el patriarcalismo y las estructuras autoritarias; como requería renovar sus contingentes de obreras, no se oponía al machismo que encierra a las mujeres en sus matrimonios y en sus casas; finalmente, como buscaba reducir al máximo sus costos, no otorgaba prestaciones ni otros servicios que aliviasen la doble jornada y la labor materna de las obreras.

Haciendo un balance, la investigación mostró que este tipo de agroindustria, de capital privado mayoritariamente extranjero, no compensa con sus beneficios desiguales y volátiles el provecho que extrae de la utilización de recursos humanos y económicos de la región. Se nota una ligera mejoría en el caso de la empacadora y congeladora ejidal —mejor trato a las obreras, mayor incorporación de mujeres a puestos directivos, mayor flexibilidad en cuanto a asistencia y rendimiento—, pero no hay diferencias en cuanto al resto de las características de contratación y prestaciones, puesto que tiene que colocarse en el mismo nivel competitivo que las empacadoras y congeladoras de capital privado. También hay diferencia en el hecho de que las ganancias se reparten entre los socios ejidales y benefician

a un mayor número de familias campesinas. Sin embargo, en ese caso, también persiste la dependencia hacia Estados Unidos en cuanto a la importación de plantas e insumos y a la comercialización del producto.

Como conclusión general, es importante destacar que los bajos costos de la mano de obra que en su mayor parte le otorgan "ventajas comparativas" a la agroindustria mexicana de la fresa en el mercado internacional, están basados en las "desventajas comparativas" de las mujeres en el mercado de trabajo. Esto ocurre en todos los países de la región latinoamericana e incluso en Estados Unidos. Muchos de los empleos ocupados por obreras y trabajadoras agrícolas de los Estados Unidos, han pasado a las maquiladoras de la frontera y a las agroindustrias de alimentos en México y otros países de la región. Pero a medida que las obreras se organizan y exigen mejores condiciones de trabajo, se pierden esas "ventajas comparativas" y la empresa se traslada a un nuevo lugar en donde la cultura, la legislación y la estructura económica todavía permiten la explotación de las "desventajas comparativas" de las jóvenes obreras.

Nos parece vital, por tanto, para ampliar nuestra comprensión de este fenómeno, que las futuras investigaciones centren más la atención en la forma en que operan estas desventajas de las mujeres de bajos ingresos en los mercados de trabajo en países en desarrollo.

Fuentes consultadas

Arizpe, L. (1978), *Migración, etnicismo y cambio económico*, México, El Colegio de México.

Burbach, R. y P. Flynn (1978), "Agrobusiness Targets Latin America", en NACLA, Report on the Americas, vol. XII, núm. 1.

Deere, C. D. y M. León de Leal (1981), "Peasant Production, Proletarization, and the Sexual Divison of Labor in the Andes", en *Signs*, vol. 7 núm. 2, Chicago, The University of Chicago Press, Winter.

Díaz Ronner, L. y M. E. Muñoz (1978), "La mujer asalariada en el sector agrícola", en *América Indígena*, núm. 38, abril-junio.

Feder, E. (1977), *El imperialismo fresa*, México, Ed. Campesina.

Fernández, M.P., "Mexican Border Industrialization, Female Labour Force Participation and Migration", en *International Migration Review* (en prensa).

George, S. (1977), *How the Other Half Dies*, Montclair, N.J., Allanheld Osmund & Co. Montclair, N.J., Osmun & Co., 304 pp.
Hewitt de Alcántara, C. (1978), *La modernización de la agricultura mexicana*, México, Siglo XXI Editores.
León de Leal, M. y C.D. Deere (1980), *La mujer y el capitalismo agrario*, Colombia, ACEP.
Lim, L. (1978), "Women Workers in Multinational Corporations: The Case of the Electronics Industry in Malaysia and Singapore", *Michigan Occasional Papers*, núm. 9, Ann Arbor, University of Michigan.
Massiah, J. (1980), *Family Structure and the Status of Women in the Caribbean with Particular Reference to Women Who Head Households*, *UNESCO*, SS-80/ Conf. 627/COL. 34, Paper presented at the Conference on Women, Development and Population Trends, Paris.
Medrano, D. (1980), *El caso de las obreras de los cultivos de flores de los municipios de Chia, Cajica y Tabio en la sabana de Bogotá*, Colombia, Research Paper for the Rural Employment Policies Branch, ILO.
Moore Lappe, Francis *et al.* (1977), *Food First: Beyond the Mith of Scarcity*, Boston, Houghton Mifflin Co.
Organización Internacional del Trabajo (OIT) (1980), *Women in the Economic Activities of the World: A Statistical Analysis*, Ginebra, OIT.
Palmer, I. (1977), "Rural Poverty in Indonesia", en *Poverty and Landlessness in Rural Asia*, Geneva, International Labour Office.
Rama, R. (1987), "Empresas trasnacionales y agricultura mexicana: el caso de las procesadoras de frutas y legumbres", en *Investigación Económica*, vol. XXXVII, núm. 1 (junio) pp. 75-118.
Rendón, T. (1976), "Utilización de mano de obra en la agricultura mexicana, 1940-1975", en *Demografía y Economía*, vol. X, núm. 3 (abril-junio), pp. 352-385.
Roldán, M. (1980), "Trabajo asalariado y condición de la mujer rural en un cultivo de exportación: el caso de las trabajadoras del tomate en el estado de Sinaloa, México", *Research paper for the Rural Employment Policies Branch*, ILO.
Safa, Helen I. (1981), "Runaway Shops and Female Employment: The Search for Cheap Labor", en *Signs*, vol. 7, núm. 2, The University of Chicago Press, Winter.
Silva de Rojas, A.E. y C. Corredor de Prieto (1980), "La exportación de la mano de obra femenina en la industria de las flores: un estudio de caso en Colombia", *Research Paper for the Rural Employment Policies Branch*, ILO.
Spindel, Ch. (1980), "Capital oligopólico y a producao rural de base familiar papel socioeconómico da mulher", *Research paper for the Rural Employment Policies Branch*, ILO.
Todaro, M. (1977), *Economics for a Developing World*, London, Longman Group Ltd.

United Nations Industrial Development Office (UNIDO), "Women in the Redeployment of Manufacturing Industry to Developing Countries", *UNIDO Working Paper*, núm. 18, 1980.

United Nations Development Program (UNDP) (1980), *Rural Women's Participation in Development*, *UNDP Evaluation Study*, núm. 3, Geneva, United Nations.

YOUNG, K. (en prensa) "The Creation of Relative Surplus Population: a Case Study from Mexico", en L. Benería (ed.), *From Dawn to Dusk*, Geneva, International Labour Office.

ZEIDENSTEIN, S. (1979), "Learning about Rural Women", en *Studies in Family Planning*, vol. 10 (Nov.-Dec.).

Capítulo 26

¿Beneficia el desarrollo económico a la mujer?*

Como toda frase de uso político, el lema de la mujer y el desarrollo se ha ido limando paulatinamente hasta llegar a perder casi por completo su significado. Pero, lo que es peor, la verdadera relación entre estos dos términos nunca llegó a formularse. El desarrollo se convirtió en algo así como un regalo en caja cerrada, al que se adornó con el listón y el moño de la "participación de la mujer". Pero son dos conceptos yuxtapuestos cuya manera de engranarse nunca se han aclarado. Se citan a veces algunas cifras estadísticas, pero nunca se analizan las implicaciones de éstas ni se examinan las premisas teóricas del concepto mismo de desarrollo. El derrotero queda así en el terreno vago de que "hay que impulsar la participación económica de la mujer", pero la pregunta a hacerse es ¿cuál es la relación entre la mujer y el desarrollo?

Recientemente han brotado a la luz las imprecisiones e incógnitas en torno a esta relación que podríamos calificar de oportunista: los dos términos están de moda, hay que casarlos.

Examinemos brevemente este extraño casamiento. Primero las credenciales teóricas del concepto de desarrollo. Segundo, las experiencias concretas de participación de las mujeres en los procesos de industrialización. Tercero, lo que ha sucedido a este respecto en México. Estaremos entonces en posición de comentar lo discutido en la conferencia y declarar las áreas de investigación y de discusión en torno a este famoso lema de La Mujer y el Desarrollo.

**Fem*, México, vol. 1, núm. 1, octubre-diciembre, 1976, pp. 27-34.

El concepto de desarrollo

En su acepción más corriente, este término fue formulado teóricamente en 1960 por el economista norteamericano W.W. Rostov en un libro que se llama, nótese bien, *Las etapas del crecimiento económico:* un *manifiesto comunista*. Título que disipa cualquier duda que se tenga acerca del marcado sesgo político que acarrea el término. Antes de la publicación de este libro, se hablaba de relaciones coloniales y sí, ciertamente, de sociedades "primitivas" y "atrasadas", convirtiendo lo que eran hipótesis y especulaciones antropológicas acerca de la naturaleza de las sociedades en tesis ideológicas. Con la utilización de los resultados de la ciencia social para fines políticos, empezamos a navegar en el mar incierto de la ideología. Y ahora, cuando el concepto de "desarrollo" es fuertemente criticado en la ciencia social, aparece como punto focal, en el movimiento a favor del avance de la mujer.

Sin entrar en mayores detalles, el esquema desarrollista de Rostov propone que toda sociedad tiene la posibilidad de "desarrollarse" pasando por cinco etapas de cambios económicos. Básicamente, se trata del traslado de mano de obra de la agricultura a los sectores modernos de la economía, es decir, a la industria y, como segundo paso, a los servicios.

Efectivamente, este proceso de transferencia de trabajadores se ha dado en las experiencias de desarrollo capitalista de las naciones industrializadas. Pero pudo darse gracias a condiciones históricas particulares de esos países. Hacia principios de siglo, Rosa Luxemburgo ampliaba los razonamientos teóricos de Marx y demostraba cómo la acumulación de capitales en Europa fue posible sólo debido a las relaciones de coloniajes que sostenían con territorios de ultramar. La teoría del imperialismo muestra cómo las economías de los distintos países, metropolitanos y periféricos, se hallan engranadas en un solo sistema económico. En la actualidad, la teoría de la dependencia, aplicada particularmente a la experiencia latinoamericana, ha señalado la importancia de la instancia política en la continuidad de un sistema mundial neocolonial tanto en lo interno como en lo externo. Todavía es éste un campo polémico, pero lo claro es que el "desarrollo" en su estado puro no se da en la vida real sino que se encuentra moldeado por las circunstancias políticas de cada país.

El desarrollo, pues, no puede prescindir de hacer referencia a lo que hoy en día se llama el nuevo orden económico internacional. Pero hace falta un enorme trabajo teórico y de investigación que logre integrar a la mujer en este marco. Un primer paso se trató de dar en uno de los grupos de trabajo de la conferencia mencionada. Un simple vistazo a la cuestión ya en sí dio indicios importantes sobre cómo abordar este problema. Se intentó formular un proyecto de investigación que comparara el fenómeno del cultivo del café en un país latinoamericano y otro africano con una perspectiva vertical. Así, por ejemplo, se hizo evidente que las mujeres sólo participan en este cultivo como mano de obra cortadora, ya sea asalariada o sin remuneración como miembro de una familia. Pero se encuentran excluidas de todos los demás niveles de decisión: no participan como acaparadoras, ni como exportadoras. Tampoco se hallan presentes en los organismos nacionales de decisión en cuanto a la venta para el mercado interno y a la exportación de este producto. Tampoco están presentes en las mesas de negociación de las cuotas y precios del café y en el mercado internacional. Sin embargo, lo que sucede en estas negociaciones tiene una repercusión directa en los ingresos y niveles de vida de estas mujeres productoras en sus comunidades rurales. Menciono este ejemplo para hacer presentes las relaciones que existen entre la vida diaria de las mujeres campesinas y el orden económico internacional. Esto es para demostrar cómo cualquier análisis que se haga de la participación de la mujer en el desarrollo tiene que tomar en cuenta el marco más amplio, y que, además, el propio concepto de desarrollo tiene que sustituirse por el de industrialización y crecimiento económico dentro de condiciones nacionales muy concretas.

La mujer y la industrialización

A nivel estadístico es verdad que la proporción de mujeres en la estructura laboral tiende a reflejar el grado de desarrollo económico de un país. En el caso de México, por ejemplo, Marta Tienda encontró que, en diversos estados, "…por cada aumento de un punto en el índice de desarrollo económico, hay un aumento correspondiente de alrededor de 3 por ciento en el nivel agregado de participación femenina en la fuerza de trabajo" (Tienda, 1974).

Sin embargo, es muy importante hacer notar, como lo hace Ester Boserup, que los niveles de participación pueden variar simplemente por diferencias en el registro censal de las actividades de la mujer. "Así, dice, las estadísticas oficiales de un país en desarrollo pueden mostrar que el índice de participación femenina ha aumentado o disminuido en distintas épocas sin que esto haya significado un cambio real en la actividad a la que se dedican las mujeres" (Boserup, 1973).

El libro de esta economista danesa, titulado *El papel de la mujer en el desarrollo* (Boserup, 1970), ha sido el primero sobre este tema con análisis riguroso y muy extenso de las experiencias en países del Tercer Mundo. Expresa una preocupación prioritaria por la mujer campesina ya que ésta constituye la mayoría en estos países.

En la agricultura, la mujer interviene en las actividades productivas a la par del hombre. Participa en el cultivo agrícola, en el trabajo asalariado en el campo, en la transformación de productos naturales y en la fabricación de artesanías. Cuando esta economía de tipo campesino recibe la penetración directa de una economía capitalista, se da una serie de transformaciones en las actividades de la mujer.

El caso clásico de Inglaterra en el siglo pasado muestra con gran claridad esta transformación. Al cercarse las tierras comunales a principios del siglo XIX, las familias campesinas no lograban sobrevivir sólo con el usufructo de sus parcelas. Las mujeres tomaron entonces el papel más activo para obtener ingresos adicionales para la familia. Cuenta un cronista de la época que ayudaban trabajando por un jornal en el campo, lavando ropa, empleándose de sirvientas y vendiendo bordados y ropa confeccionada. Las jovencitas campesinas entraban al servicio doméstico, generalmente en las ciudades. Pero a medida que avanzaba la comercialización de la economía, las mujeres perdieron la posibilidad de ganar dinero a través de modestas industrias caseras, por ejemplo, horneando pan, ya que éstas se traspasaron a las tiendas y a la panadería. La competencia de las manufacturas hizo también que perdieran el mercado para sus artesanías, como la confección de guantes y de encajes. Las mujeres jóvenes, frente a esta situación, migraron en grandes grupos a las ciudades donde durante toda la época victoriana formaron el ejército de las sirvientas domésticas. A principios de siglo gran número de ellas emigró a los países de la comunidad británica, como Australia, Nueva Zelanda y Canadá, y las que permanecie-

ron en Inglaterra, al ampliarse las industrias y los servicios frente a una oferta restringida de mano de obra, lograron ingresar a empleos aceptables en estos dos sectores.

La gran pregunta es si este proceso podrá darse en nuestros países. La respuesta es inequívoca: no. Principalmente porque hay un crecimiento de población sumamente alto que, aunado a una expansión industrial raquítica y a políticas económicas de grupos dominantes que no permiten un crecimiento económico acelerado, provocan una mayor oferta de mano de obra de la que puede ser absorbida por las estructuras económicas. Es decir, que hay muchos más trabajadores que empleos.

En una economía de este tipo se da atención casi exclusiva a la creación de empleos para hombres.

En estas condiciones, para poder asegurar la sobrevivencia de las mujeres y de los niños, el gobierno y las mujeres mismas tratan de reforzar vigorosamente la idea de la familia, ya que es la manera de lograr que a través de pocos empleos supuestamente se repartan más los beneficios de los salarios.

Pero en vista de que en la mayoría de los países "en desarrollo" no se está dando un proceso de industrialización acelerado, el "desarrollo" se refiere primordialmente al intento de aumentar la productividad en el campo. Ello se quiere lograr a través de la introducción de nueva tecnología. Es muy significativo que se haya encontrado, en estudios recientes, que a través de estos programas, las mujeres campesinas están perdiendo su participación activa en las labores agrícolas. ¿Por qué? Porque los programas de desarrollo establecen canales de crédito, de compra y de capacitación sólo para hombres. Incluso se acaba de dar en una región de África el caso absurdo de que se enseñara a los hombres a manejar tractores cuando ellos tradicionalmente nunca habían participado en las labores agrícolas, labores asignadas por su cultura a las mujeres. Así, parece haber una tendencia a que la mujer campesina pierda acceso a la nueva tecnología. Sería interesante por ejemplo examinar los proyectos que se aplican en México en este sentido.

Por otra parte, al igual que en el caso inglés, las mujeres campesinas del Tercer Mundo han ido perdiendo su participación en industrias caseras y en artesanías, y también en el pequeño comercio que gradualmente se concentra en manos de intermediarios acaparadores.

En la mayoría de los países del Tercer Mundo existe una intensa migración de jóvenes campesinas a las ciudades donde trabajan de sirvientas, lo que se entiende en vista de lo mencionado en párrafos anteriores. Si se da una industrialización incipiente, es posible que ingresen a empleos fabriles, especialmente en industrias textiles y de artículos de cuero y similares que por lo general requieren mucha mano de obra. Pero el siguiente paso en la industrialización es que decaigan estas industrias y se instalen fábricas altamente mecanizadas, es decir, intensivas de capital. Se han documentado varios casos en que, como resultado de lo anterior, ha declinado la participación industrial de la mujer. Un caso cercano es el de Brasil: Hellieth Saffioti indica que en 1900 las mujeres constituían el 45.3 por ciento de la fuerza de trabajo, un índice tan alto casi como el actual para países industrializados. Pero al ampliarse la estructura ocupacional por el aumento de demanda durante la Primera Guerra Mundial, se incorpora a ésta sólo mano de obra masculina. Tampoco entraron a la industria las mujeres durante la expansión industrial de los años treinta. En consecuencia, para 1970, el índice de participación femenina había descendido a 21 por ciento, ¡precisamente la cifra que se usa como indicador de subdesarrollo en empleo femenino! Éste es un ejemplo muy claro de que el desarrollo no es unilineal, ni tampoco lo es la participación de la mujer en estos procesos. Estamos aquí frente a un caso de involución, o sea, de marginación de la mujer no por una tradición sino por políticas económicas de empleo. Esto hace surgir un punto muy importante: que en cierto momento no son las estructuras económicas las que la marginan sino la política de los gobiernos, es decir, que se toman decisiones políticas que la excluyen. El intento, entonces, de explicar totalmente la marginación económica de la mujer como "problema global de estructuras económicas" no se justifica. Cabe preguntar entonces, públicamente, ¿cuál es la política del gobierno en cuanto a creación de empleos para mujeres? Aunque presintamos la respuesta, cuando menos esto borra vaguedades retóricas y deja muy clara la posición del Estado frente a este problema.

Por otra parte, hay una consideración muy importante en relación con los esquemas desarrollistas. Dan por hecho que la etapa en que se encuentran actualmente los países industrializados constituye el ápice, por implicación inmejorable, de todo el proceso anterior. En cuanto a la situación de la mujer los estudios actuales realizados por investigadores

en esos mismos países demuestran lo contrario (Oppenheimer, 1970). En Estados Unidos y Canadá, las mujeres constituyen sólo el 35.5 por ciento de la fuerza de trabajo, la cifra respectiva para Europa Occidental es de 34.5 por ciento. Éstas no se encuentran muy alejadas de las correspondientes a regiones en vías de desarrollo que promedian un 32.1 por ciento (OIT, 1975, p. 30).

Además, en aquellos países la distribución sectorial de los sexos es muy desigual: el 16.3 y el 57.8 por ciento respectivamente de mujeres trabajadoras están empleadas en los servicios. La cifra correspondiente a América Latina es 64.5 por ciento (*ibid.*). Existe, obviamente una diferencia cualitativa enorme en el tipo de empleos ocupados por las mujeres en estos sectores, ya que en América Latina representan en su mayoría el servicio doméstico, mal pagado, explotado y con pésimas condiciones laborales. Pero esas cifras nos explican la fuerza del movimiento de la mujer en aquellos países: allí se les prometió todo y no se les cumplió. Nosotras en el Tercer Mundo todavía tenemos la esperanza de que se cumplan las promesas. Y esto es importante, porque va implícita en la frase "participación de la mujer en el desarrollo" la idea de que existirá la posibilidad de participación igualitaria cuando se dé el desarrollo. Pero veamos qué ha pasado en los casos en que se ha dado la industrialización.

Un estudio en Venezuela, mostró que, dentro de la ampliación del empleo industrial para hombres y mujeres, se ha dado una mayor segregación ocupacional entre los sexos en los últimos 20 años (Schmink, 1974). El hecho de que en los países industrializados la mayoría de las mujeres trabajen en los servicios, reciban menor remuneración y ocupen los puestos de menor prestigio, indica que el proceso de industrialización por sí solo no logra la integración paritaria de la mujer. Aquí es donde debe concluirse que intervienen de manera decisiva factores culturales: las actitudes y valores sociales, en cuanto al trabajo de la mujer, compartidas también por las mujeres mismas.

Apoya esta tesis un interesante estudio comparativo de Nadia Youssef (1971, pp. 427-439) que encontró marcadas diferencias en la participación económica de la mujer en países de Medio Oriente y de América Latina —menor en la primera región—. En vista de que estos países exhiben grados de desarrollo industrial semejante, ella concluye que se deben estas diferencias a distintos valores culturales.

Este breve recorrido ha señalado que la participación de la mujer en las estructuras económicas está determinada tanto por el grado de desarrollo de éstas, como también por factores de política económica gubernamental y por factores culturales.

La mujer y el desarrollo económico en México

Evaluar la participación económica de la mujer en México presenta dificultades muy especiales (Rendón, 1976).[1] Para empezar, no registra el censo la actividad agrícola de las campesinas. Leer que sólo un 10 por ciento de las mujeres en el país participan en la agricultura hace reír a cualquiera que conozca el campo mexicano, y hace inverosímil que se quiera analizar la economía de las familias campesinas con base en esas cifras. Las campesinas siembran, barbechan, escardan y cosechan el maíz al lado del hombre; cortan legumbres, frutas, algodón y café; se emplean como peones de campo con jornales más bajos que los del hombre. ¿Y por qué no se considera una actividad económica el tejer y confeccionar ropa, el ahumar carne y pescado, el curtir pieles, el recoger quelites, el producir bebidas alcohólicas, el cuidar rebaños y ganado y el fabricar artesanías, productos en su mayoría destinados a la venta? Pretender que cerca de 45 por ciento de la población femenina de México que realiza estas labores sólo el 10 por ciento es "económicamente activa", refleja una falla dramática de conceptualización y captación de datos.

Si, además, cuestionamos que el trabajo doméstico se considera como "económicamente activo", resultan todavía más incongruentes las cifras con la vida real. Se le paga un salario a la recamarera, a la cocinera, a la lavandera, a la niñera, a la enfermera, a la institutriz, pero no cuando la mujer realiza estas labores para su propia familia. El trabajo doméstico que llevan a cabo las campesinas ciertamente constituye un apoyo directo a la economía de la familia. Porque cuando ésta no puede pagar la molienda en el molino de nixtamal, la mujer muele el maíz, cuando no se puede pagar ropa, la mujer cose, cuando no se puede pagar una lavandera, la mujer lava. ¿Cómo puede entenderse el ahorro, por ejemplo, de una familia campesina —que significa de manera importante, la posibilidad de capitalización—, sin entender este vaivén —ahora asalariada, ahora ama de casa

[1]Puede también consultarse *La situación de la mujer en México (s.a.),* Ediciones del Año Internacional de la Mujer, México, 1975.

gratuita, ahora consumidora— de la mujer? Hay sin duda problemas teóricos en comprender las implicaciones económicas del trabajo doméstico, pero no se puede negar que existe una relación.

Hay demás, otra área de trabajo femenino que tampoco se refleja adecuadamente en las estadísticas; se registran las ocupaciones formales, o sea, explícitas de las mujeres, pero sólo en una proporción muy pequeña las labores informales por las que reciben un ingreso. Éstas proliferan en nuestro país: desde la maestra que da clases privadas de inglés, hasta la lavandera de entrada por salida. Algunas de estas actividades son muy visibles y el ejemplo más típico en la Ciudad de México es la venta ambulante. Nos topamos con una fritanga en el zaguán, con un estanquillo de chicles y chocolates en la esquina, con una vendedora de aretes en el camión, con las "Marías" por todas partes. La mayoría de estas mujeres no considera su actividad como un "trabajo" sino como su "luchita", una labor más en el orden existencial de la vida de la mujer. Además si se les pregunta a qué se dedican, la mayoría dirá que son "amas de casa", porque es de "caché" ser, además, ama de casa. Los esposos también lo dirían, y son los que responden a las boletas censales.

La magnitud de la contribución económica de la mujer en México no se refleja en las cifras estadísticas, pero además, al emplearse éstas como índices verdaderos, dan una visión deformada de la realidad. Por ello es necesario mejorar la captación de esta información en los censos.

Del total de mujeres empleadas en 1970, las estadísticas indican que un 16.9 por ciento trabajaba en el sector industrial. Su ingreso a este sector, en especial en la Ciudad de México, ha sido constante y creciente desde la década de los cuarenta. No se notan diferencias entre los sexos en cuanto a nivel de capacitación al ingresar, ni el ritmo de entrada a este sector. Ya se mencionó el estudio que señala que en los estados de la República con mayor grado de desarrollo económico, se registra una mayor participación económica de la mujer. Pero también hace otro señalamiento importante; menciona que "el nivel de participación de solteras varía sistemáticamente en relación con los niveles de desarrollo, mientras que los índices para viudas, divorciadas y separadas no se alteran según el grado de desarrollo" (Tienda, *op. cit.*, p. 16). ¿Qué significa esto en términos de los grupos de edad? Señala lo que puede verificarse en la vida cotidiana en las ciudades: que los gerentes de las fábricas prefieren emplear a mujeres jóvenes, porque tienen "buena presenta-

ción", porque aceptan salarios bajos ya que por lo general están esperando casarse, porque son obreras dóciles y no provocan problemas de sindicalización ni reivindicaciones salariales —aunque hay excepciones estupendas—, porque se les puede despedir sin mayor formalidad y porque se espera que abandonen el trabajo en unos cuantos años, con lo que se aseguran periódicamente remesas frescas de mano de obra. El caso más ilustrativo de este tipo de empleo es el de las maquiladoras de las zonas fabriles fronterizas. El sociólogo Jorge Bustamante (1976)[2] concluye que en su mayoría, por proceder de estratos sociales medios, las obreras maquiladoras no habrían salido de sus casas a trabajar si no se les hubieran ofrecido empleos.

Otras, sin embargo, son migrantes de zonas rurales pobres, y ya se está dando la dramática situación de que, cuando han empezado a cerrar las fábricas, estas obreras, aprisionadas entre la imposibilidad de regresar a sus casas y la carencia de empleos, se han dedicado a la prostitución. Como anotación al margen, hay que recordar también que al aprovechar lo barato y lo dócil de las maquiladoras mexicanas, las fábricas norteamericanas que bajan a la frontera están desempleando a mujeres norteamericanas, que tampoco tienen gran poder de presión sobre los sindicatos.

Pero lo anterior lleva a concluir que la expansión de la industria en México beneficia a mujeres jóvenes, y no a las mujeres solas, a las viudas, a las abandonadas y a las divorciadas, gran número de ellas con hijos a quienes mantener que son, ¡las que más necesitan de empleos! El censo indica que el grupo de edad femenino que mayores dificultades encuentra en emplearse es el de 30 a 39 años y en edades posteriores. Y esto no puede argumentarse que se debe a una mejor capacitación ya que las mujeres mayores gozan de mayor experiencia y más empeño en el trabajo. ¿Cuántas veces se escucha la queja exasperada, incluso en oficinas gubernamentales, de que "muy buena presentación pero no sabe hacer nada"? En otras palabras, aquí ya no se trata de una selección económica, sino de una selección basada en prejuicios sociales.

Será interesante observar, en años venideros, lo que sucederá cuando las mujeres jóvenes que por alguna razón en números crecientes deseen retener o volver a sus antiguas condiciones de trabajo se encuentren con

[2] Jorge Bustamante (1976), Conferencia sobre Las industrias fronterizas y las maquiladoras, febrero, en El Colegio de México.

las puertas cerradas. ¿Se constituirá una presión política importante, o se retirarán nuevamente a las soledades de su dependencia casera?

La desigualdad dentro de la estructura ocupacional entre mujeres y hombres en cuanto a sueldos y salarios, prestaciones, promoción, movilidad profesional y prestigio ya se han mencionado con frecuencia y no vale la pena detenernos aquí sobre ellas.

Como es bien sabido y como puede observarse todos los días la mayoría de las mujeres empleadas, 64.5 por ciento del total de mano de obra femenina, trabajan en los servicios y en éstos, alrededor de la mitad, se halla en el servicio doméstico directo. Las sirvientas, bien se sabe, son el grupo ocupacional más desprotegido laboral y socialmente. La legislación para darles protección laboral mínima fue aprobada recientemente. Por las dificultades de organizarse políticamente no han podido presionar para mejorar su situación.

Por otra parte, se oye con frecuencia decir que no existe problema de desempleo de las mujeres migrantes, rurales o marginales porque "siempre pueden trabajar de sirvientas", como si este tipo de trabajo fuera paradisiaco. Esto tiene consecuencias importantes: permite que se borre de la conciencia pública y de las discusiones de planes de gobierno el problema del desempleo de la mujer en México.

A pesar de lo inciertas que resultan las cifras censales, éstas muestran una tendencia hacia el aumento del desempleo de la mujer. En décadas recientes ha crecido a un ritmo mayor que el del hombre: 14 por ciento en contraste con 5.7 por ciento para estos últimos. Ruiz Harrel (1975) calcula que para 1980 habrá mayor número de desempleadas que de desempleados. En realidad, cabe preguntarse si de hecho esto no ocurre ya, sólo que las mujeres están más acostumbradas a tratar de ganarse el sustento a través de subempleos, esto es las labores informales ya mencionadas. Pero más reveladora todavía es la cifra que muestra que las buscadoras de empleo están mejor calificadas desde un punto de vista educativo que sus equivalentes masculinos (Ruiz Harrel, *op. cit.*, p. 107). Esto tiende a desmentir la versión corriente de que a la mujer no se le emplea por su menor nivel educativo.

En fin…

Espero haber mostrado la necesidad de entender con gran lucidez lo que sucede con la mujer cuando los países se embarcan en la industriali-

zación y cómo ésta se inserta en un marco mucho mayor que el que delinea el concepto sospechosamente abstracto de "desarrollo".

Este cuestionamiento subyace en todas las discusiones sobre proyectos de investigación sobre la mujer en los cambios económicos. Se hace evidente la necesidad de crear e impulsar un pensamiento teórico autónomo en cuanto al papel de la mujer en el orden económico tanto nacional como internacional.

Para recapitular lo expuesto sobre el caso de México, el panorama laboral para la mujer está muy lejos de ser halagüeño. Pero más grave es que se ha hecho poca conciencia a nivel público y gubernamental sobre el mismo. La prueba es que no se proyectan políticas de regulación y creación de empleo para la mujer. Se requieren más estudios y menos discursos, más formulación de programas concretos y menos asentamientos verbales, más pensamientos y menos clisés, más implementación y menos negociaciones personales.

Pero lo mismo, nótese bien, puede decirse de la lucha de los campesinos y campesinas de los otros grupos oprimidos y explotados en nuestra sociedad. No se da un sectarismo en todas estas luchas: se da más bien un frente común: entre mayor sea el número de grupos de mujeres y de hombres que englobe, mayor será su fuerza.

Fuentes consultadas

Boserup, E. (1973), *Employment of Women in Developing Countries*, Trabajo presentado en la Conferencia Internacional de Población, Lieja, p. 386.

Boserup, E. (1970), *Women's Role in Economic Development*, London, George Allen and Unwin.

Bourne, G. (1966), *Change in the Village*, Londres, Gerald Duckwirth and Co.

Chaney, E. y M. Schmink (1975), "Las mujeres y la modernización: acceso a la tecnología", en Elú de Leñero (ed.), *La mujer de América Latina*, vol. I, M.C., México, Sep-Setentas.

Oppenheimer, V. (1970), *The Female Labour Force in the United States*, Berkeley, Universidad de California.

Organización Internacional del Trabajo (OIT) (1975), *Womanpower*, OIT, Ginebra, p. 30.

RENDÓN, T. (1976), "Alternativas para la mujer en el mercado de trabajo en México", en *Mercados Regionales de Trabajo*, México, INET/ONU.

ROSTOV, W.W., (1960), *The Stages of Economic Growth*, Cambridge, Cambridge University Press.

RUIZ HARREL, R. (1975), *Aspectos demográficos, educativos y laborales de la mujer en México, 1900-1970*, Trabajo presentado en el Año Internacional de la Mujer, México, junio.

SCHMINK, M. (1974), *Dependent Developement and the Division of Labour by Sex*, Trabajo presentado en la Quinta Reunión de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, San Francisco.

TIENDA, M. (1974), *Regional Differentiation and the Sectoral Transformation of the female Labour Force*, México, Capítulo de Tesis Doctoral, Universidad de Austin, Texas, p. 22.

YOUSSEF, N. (1971), "Social Structure and the Female Labour Force: The Case of Women Workers in Muslim Middle Eastern Countries", en *Demography*, vol. 8, núm. 4, noviembre, pp. 427-439.

Capítulo 27

Mujer campesina, capitalismo y cultura en México*

En la cultura de masas se tiende a ver la realidad a través de estereotipos que la vuelven rígida. Lo mismo se crea un estereotipo para el hombre —el macho mexicano—, que para la mujer —la sufrida y abnegada mujer en sus apariciones como santa, matrona o prostituta.

La mujer campesina mexicana también se ha encasillado en un estereotipo: una mujer pobre, malnutrida y sufrida. Sin embargo, una imagen convencional, al mismo tiempo que fuerza a personas muy distintas a encajar en un solo molde, también exige y señala una reacción específica hacia esa imagen.[1] Así, el estereotipo de desgracia e impotencia que se tiene de la mujer campesina predispone, ya a que se asuma una actitud paternalista hacia ella. Actitud que, a su vez, reitera su pasividad. Sería importante analizar el grado al que, en la cultura mexicana, el no poder romper con estereotipos tradicionales impide acabar con actitudes paternalistas que el propio Estado ha asumido hacia los sectores marginados. Son estas actitudes las que colocan a los campesinos en una posición de debilidad política.

A lo anterior se debe sin duda la tendencia a estancarnos en discursos conmiserativos hacia esos grupos en vez de encauzarnos a acciones directas que cambien las estructuras que los mantienen, precisamente, en esa pobreza y pasividad. Queda confirmada que la clasificación y enjuiciamiento de los fenómenos a través de estereotipos y terminologías desemboca

**El reto del pluralismo cultural*, Instituto Nacional Indigenista, Investigaciones Sociales núm. 2, México, 1978.

[1]La delimitación de clases sociales en comunidades rurales presenta dificultades teóricas y metodológicas todavía no resueltas. Por ello preferimos referirnos a estratos socioeconómicos.

en la descripción, y ésta no revela la raíz de los problemas sino tan sólo sus síntomas.

Es necesario, por tanto, pasar de las generalizaciones a los matices. ¿Quién es la mujer campesina en México? Dentro de esta designación cabe tanto una mujer que vive en la miseria en el Mezquital como una tehuana que maneja una exitosa empresa agrícola o una ejidataria del noroeste que se ayuda en sus labores domésticas con una lavadora y una licuadora y que va de compras en su automóvil norteamericano, o una "María". ¿Qué tienen en común las cuatro? Muy poco, una tenue relación con la tierra, un trabajo agrícola fluctuante y el que todas ellas realizan trabajo doméstico. Pero varía su nivel de vida (y con él la intensidad y tiempo de su trabajo —no remunerado y remunerado— y sus aspiraciones, salud y patrón de vida familiar) de acuerdo con el tipo de agricultura en el que funciona su unidad doméstica y al estrato socioeconómico al que pertenece. En México coexisten en el campo dos formas de producción agrícola; resulta inadecuado hablar de la mujer campesina sin distinguir entre ambos contextos, ya que, como se verá más adelante, la condición y actitudes de la mujer varían marcadamente en cada uno de ellos. De la misma manera, es falaz hablar del "trabajo doméstico" de la campesina partiendo de su definición en el contexto urbano. Espero poder mostrar en este artículo la necesidad de redefinir, tanto la designación de mujer "campesina" como la de "labores del hogar". Será sólo a partir de una redefinición de estos términos y de otros que apenas empiezan a cuestionarse, que estaremos en condiciones de abrir un campo teórico adecuado para el análisis de la situación de la mujer campesina.

Agricultura capitalista y economía campesina en México

El análisis del desarrollo agrario de México y de otros países latinoamericanos dejó al descubierto la coexistencia de dos formas de producción en el agro. La economía tradicional, precapitalista —considerada por algunos como modo de producción semifeudal o de producción de mercancías simples— se caracteriza por una producción de autosubsistencia, es decir, en la que la mayor parte del cultivo agrícola está destinado al consumo de la unidad de producción. En este tipo de economía, la unidad doméstica pro-

duce casi todo lo que necesita a través de industrias caseras y el artesanado. En este caso la mujer tiene un papel primordial dentro de la actividad productiva: podemos ilustrarlo con un ejemplo de una familia campesina de la Sierra de Puebla. Por lo general las familias se componen de los padres y de los hijos casados, sus cónyuges y sus hijos. Las mujeres participan en el cultivo del maíz de la siguiente manera: *1)* en la siembra —ya que subsiste la creencia en la relación mítica entre la mujer y la fecundidad de la tierra—: la joven esposa camina lentamente detrás del arado, depositando tres granos de maíz en cada hoyo en el surco; *2)* en las limpias: se arrancan a mano, una vez pasado el arado, las hierbas nocivas a la milpa; *3)* en la dobla: los tallos de la planta tienen que doblarse para evitar que se pudran con la lluvia; *4)* en la cosecha por lo general participan tanto mujeres como hombres y niños. Llevan "terciado" un costal en el que van depositando las mazorcas que arrancan ayudándose con un pizcador o una punta de maguey.

La participación de la mujer en estas actividades del cultivo del maíz es común a todas las regiones en las que predomina una economía campesina. Este trabajo femenino nunca es remunerado sino que se considera parte de las labores propias de las mujeres en la familia.

Siguiendo con nuestro ejemplo de la Sierra de Puebla (Arizpe, 1972), las mujeres también participan activamente en la cosecha del cultivo del café. Incluso cuando han terminado la cosecha de la parcela familiar ofrecen su trabajo a otros cafeticultores del pueblo. Independientemente las mujeres casadas también cultivan legumbres en una huerta propia.

Como puede verse, la participación directa de la mujer en la agricultura es vital en este tipo de economía, aunque varía según la extensión de las tierras cultivadas, el tipo de cultivo y el tamaño y disponibilidad de fuerza de trabajo dentro de la unidad doméstica. Pero además, resulta indispensable su labor en la *transformación* de los productos, máxime cuando se trata de un nivel de autosubsistencia.

En la Sierra de Puebla, hasta hace pocos años, las mujeres hilaban y tejían casi todas las prendas de vestir de los miembros de la familia; fabricaban los enseres de cocina utilizando guajes, troncos y otros elementos naturales; producían una bebida alcohólica fermentando el maíz; tejían las esteras sobre las que duermen. Los hombres, por su parte, fabricaban todos los instrumentos agrícolas y los muebles de la casa; tejían chiquihuites y morrales; también tejían las redes de pescar.

Además de las labores agrícolas y artesanales, todas las labores relacionadas con la cocina quedan en manos de las mujeres de la unidad doméstica. Pero aquí es necesario distinguir entre el tipo de actividades culinarias que realiza la mujer en el campo y las que realiza la mujer en la ciudad. En la región que nos ocupa, la mujer, ayudada por sus hijos, tiene que caminar todos los días en busca de leña para el fogón; va a llenar sus cántaros al río, a una hora a pie —en el mejor de los casos— de su casa; tiene que ir a cosechar las legumbres y a cortar las frutas y sale a comprar artículos como sal, dulce, etcétera, para cocinar, a tiendas a veces muy alejadas de su casa. Por otra parte, conocemos el largo proceso de preparación de los alimentos típicos: el maíz —desgranarlo, dejarlo remojar, moler el nixtamal, hacer las tortillas—, el mole y las salsas —moler finamente todos los ingredientes—, el café —tostarlo y molerlo en el metate—, etcétera. Como puede verse, la mayoría de estas actividades son tareas *primarias* que no se dan en el caso de la cocina urbana. La mujer urbana no procesa los alimentos sino que sólo los combina y los calienta; sus tareas en la cocina son de tipo *secundario*.

Esta distinción analítica permite diferenciar el trabajo doméstico de tipo campesino del que se presenta en un contexto ya propiamente capitalista —y que puede ser rural, como veremos más adelante, o urbano.

A las actividades anteriores productivas y de transformación que realizan las mujeres campesinas hay que añadir otras relativas a servicios médicos, educativos, afectivos y psicológicos para los miembros de su familia. En otro artículo mencioné que la mujer campesina desempeña las actividades que llevan a cabo en una economía capitalista urbana la madre, la esposa, la cocinera, la educadora, la maestra, la enfermera, el médico, el psiquiatra, las compañías de servicios y las fábricas de alimentos y de ropa.

A estas actividades de la mujer campesina de producción agrícola, de transformación de los productos, del procesamiento *primario* y *secundario* de los alimentos, de servicios médicos, educativos, psicológicos y afectivos a su familia, ¿les llamaría usted "labores del hogar"? ¿Les llamaría usted trabajo "económicamente inactivo"? Así las designa el censo mexicano. Con ello imposibilita una verdadera comprensión del trabajo que realiza la mujer en una economía campesina. Es imprescindible modificar la captación de información en este sentido en el censo. Pero no se trata solamente de una cuestión de categorías censales, sino que además los hombres

jefes de familia, que son los que responden casi siempre a encuestas y a censos, se han acostumbrado a dar esa respuesta cuando se les pregunta qué hace su esposa. En una ocasión, levantando una encuesta en una comunidad campesina, le hice esa pregunta al jefe de familia. Me contestó vagamente que "pues, hace la casa". A cinco pasos de nosotros su esposa estaba cavando vigorosamente para permitir que el agua de riego entrara a los surcos de la milpa.

El error de confundir las labores domésticas de la mujer con su trabajo agrícola no remunerado hace que en el censo aparezca una cifra muy baja, de 10.4 por ciento de participación femenina en la agricultura como trabajadoras familiares sin retribución. La realidad indica a todas luces que este porcentaje es mucho más alto.

La agricultura en la República mexicana se ha desarrollado en forma desigual por lo que existen regiones con agricultura netamente campesina y otras en la que ésta ha tenido un fuerte impulso capitalista. Con respecto a esto puede consultarse el trabajo de Kirsten Appendini y Vania Salles (1976).

En la agricultura capitalista, cambia la naturaleza del trabajo de la mujer. Ester Boserup (1970), en su extenso estudio acerca del papel de la mujer en el desarrollo, mostró que la participación de ésta en la producción agrícola y en la fuerza de trabajo asalariada ha contribuido a mantener bajos los jornales del campo. Por tanto, su trabajo es vital para mantener las altas ganancias de los empresarios agrícolas, en particular para los que exportan productos. Este hecho muestra la importancia del análisis del trabajo femenino en el agro en países periféricos cuya inserción en el mercado mundial vía la exportación de productos agrícolas define los márgenes de su posibilidad de desarrollo.

Estudios actuales sobre este tema (Young, 1975; Deere, 1976) sugieren que, efectivamente, en estos países, la participación de la mujer en la producción agrícola está aumentando debido al creciente empobrecimiento de las familias campesinas. La penetración de relaciones de producción capitalistas en áreas rurales polariza a la masa campesina creando, por una parte, empresas capitalistas —que se ligan a menudo directamente con un mercado extranjero como sucede con la agricultura del noroeste de México— y, por otra, un sector pauperizado de unidades familiares minifundistas. Éstas se caracterizan por no poder extraer del cultivo en su parcela lo

necesario para su sobrevivencia, ya sea por lo reducido de la parcela o por mecanismos económicos de descapitalización.

Los distintos miembros de la familia se ven obligados a buscar ingreso vendiendo su fuerza de trabajo. Todos en México conocemos a miembros de familias minifundistas: los albañiles y los vendedores ambulantes; las "Marías" y las sirvientas; los niños y niñas que vienen a la ciudad a trabajar de mozos y sirvientas. Este fenómeno, pues, hay que entenderlo como un proceso general que es consecuencia de la estructura económica de la agricultura mexicana: todos estos trabajadores y trabajadoras temporales están contribuyendo a la sobrevivencia de sus familiares en el campo. La sirvienta va y viene "al pueblo", pide constantemente "permiso" para ir a ayudar a la cosecha o a la siembra, o pide prestado dinero para enviarlo a su familia.

Por lo general, es el hombre jefe de familia o sus hijos mayores los que emigran en busca de un ingreso adicional. Esto lo explica Carmen Deere (1977, *op. cit.*, p. 55) en su estudio sobre el cambio de relaciones de producción y el trabajo de la mujer campesina en la Sierra en Perú, haciendo notar que los hombres tienen mayores oportunidades de empleo en los centros urbanos y minas; en cambio, para las mujeres, casi la única alternativa de empleo es el trabajo doméstico en la ciudad, trabajo que es incompatible con la vida en familia. Por ello, son los hombres quienes migran en busca de trabajo; pero, entonces, las mujeres tienen que intensificar su trabajo en la parcela y en el cuidado de los animales además de continuar con la crianza de los hijos y con las labores domésticas primarias.

De lo anterior podemos derivar una observación evidente que muchas veces se pasa por alto. *No es posible entender el trabajo de la mujer campesina fuera de la unidad de producción en que participa, a saber, la unidad doméstica* —es decir, una o varias familias que viven de un mismo presupuesto. Muchos dirán, que era ya sabido que la actividad de la mujer es inseparable de la familia. Lo que quizá les sorprenda sea constatar que lo mismo debe decirse del hombre. *No puede entenderse cabalmente su actividad económica si no es en relación también con su familia*. ¿Cómo hablar de la producción de los campesinos hombres sin tomar en cuenta el apoyo de la fuerza de trabajo de la esposa e hijos en el cultivo y las actividades artesanales y de transformación de productos alimenticios de la esposa?

Lo anterior muestra claramente la falacia teórica consistente en hablar de los problemas económicos *del campesino*. La producción agrícola ocurre a partir de la unidad doméstica en la que se efectúa el delicado equilibrio entre fuerza de trabajo, capital y consumo (Chayanov, 1974). Cuando sobreviene un desequilibrio, por ejemplo, al incrementarse el número de consumidores en relación con los trabajadores en el seno de la unidad doméstica, los miembros trabajadores de ésta aumentan su tasa de autoexplotación, es decir, intensifican su trabajo. Por tanto, la intensidad y tipo de trabajo adicional que lleva a cabo una mujer campesina está en relación directa con el tamaño de su familia y con la etapa del ciclo de desarrollo doméstico (Arizpe, *op. cit.*)[2] en que ésta se encuentra.

Lo importante a destacar, pues, es que tanto no puede hablarse en abstracto de *la campesina*, como tampoco *del campesino*. Porque el trabajo de ambos no puede analizarse por separado: el campesino como miembro de una unidad de producción no puede sobrevivir sin el apoyo de trabajo esporádico y los servicios de alimentación, cuidados médicos, afectivos y psicológicos de la mujer. Tampoco puede reproducirse esa unidad de producción sin la crianza de los hijos por parte de ésta. A su vez, el trabajo de la mujer aumenta, se intensifica o se amplía a otras tareas de acuerdo con las necesidades económicas de la unidad doméstica.

Lo anterior también muestra lo inútil de las soluciones que se proponen para "integrar a la mujer campesina al desarrollo" ofreciéndoles ¡clases de cocina, costura y artesanías! Los problemas de la mujer en una economía campesina se relacionan con la estructura económica del minifundio, la falta de alternativas de empleo y el hecho de que su trabajo, por razones aquí sí *ideológicas*, no se ha integrado al análisis económico de la unidad de producción agrícola y no recibe un reconocimiento *social*. En otras palabras, todo el trabajo de la mujer se vierte indiferenciadamente en el término vago de "labores del hogar", con lo que: *1)* no se reconoce socialmente como *trabajo; 2)* con ello se evita el tener que remunerarla por esas "labores", y *3)* la sociedad se hace de la vista gorda cuando la mujer se ve obligada a aumentar, intensificar o ampliar esas "labores"; si no lo acepta, se le acusa de no estar

[2]El ciclo de desarrollo del grupo doméstico se refiere a las distintas etapas de crecimiento y fisión por las que pasa una "familia". Este tipo de análisis ha mostrado que las distintas formas de "familia", por ejemplo, nuclear, compuesta, etcétera, no son más que etapas de un mismo ciclo. Una aplicación de este análisis a un caso de México puede consultarse en Arizpe, *op. cit.*

"cumpliendo con su deber de esposa y madre"; es decir, sus obligaciones en cuanto a trabajo son *infinitas,* no tienen límites. Un ejemplo que nos ofrece Kate Young en su estudio de un pueblo en la Sierra de Oaxaca es el siguiente: dada la precaria situación económica de las familias del estrato más bajo, las mujeres aumentan su tasa de autoexplotación trabajando en la cosecha del café. Así, trabajan ocho horas al día cortando café, otras ocho horas en actividades de cocina, cuidado de los hijos, etcétera, más una o cuatro horas al día caminando al corte de café o a recoger agua y leña. En total, puede trabajar hasta 20 horas diarias. Le decía una de estas mujeres: "las que vamos a cortar, pues de eso nos mantenemos nosotras y a esas horas compramos nuestra ropa de nosotras, de los niños, del hombre, también nuestro chile, nuestra sal, todo lo que necesitamos lo compramos en el corte, zapatos, trastes, un comal nuevo" (Young, *op. cit.,* p. 15).

La campesina y el desarrollo económico

Actualmente se cuestiona la aseveración que antes se hacía con tanto descuido de que la condición de la mujer necesariamente mejora con el desarrollo económico. Por una parte ya mencionamos que, cuando el desarrollo polariza económicamente al campesinado, agudizando al minifundismo, la mujer intensifica su trabajo en la agricultura. Por otra se ha afirmado con frecuencia que la mujer pierde su participación primaria en la producción con el paso a una economía capitalista. Engels (1844) explica la subordinación de la mujer a partir del advenimiento de la sociedad clasista en la que queda relegada a la esfera familiar, sin una participación directa en la producción social. Siguiendo el razonamiento de Engels, algunos autores han considerado que la posición de la mujer en una economía precapitalista por su participación directa en el proceso productivo, teóricamente es paritaria a la del hombre. Pero aquí confunden la teoría con la práctica, porque los estudios concretos realizados hasta la fecha indican que no es condición suficiente la participación económica de la mujer para gozar de un alto estatus en la comunidad campesina (Deere, *op. cit.*).[3]

[3]Consúltese la discusión en Deere, *op. cit.* Ella argumenta que el análisis de la condición de la mujer debe basarse en una evaluación empírica de la interacción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, interacción que se mide por la tasa de explotación.

Él análisis crítico de los postulados teóricos como el anterior es el único camino para ahondar en el análisis y evitar estereotipos. Un somero conocimiento de la realidad campesina en México muestra a todas luces que *la campesina no goza de una posición social y familiar superior a la de la mujer urbana*. A pesar de que aquélla está directamente involucrada en la producción, recibe lo mismo que ésta, golpes y amenazas del esposo, un jornal siempre más bajo que el de hombres, discriminación y escasez de empleos y una falta de interés total del gobierno en mejorar su capacidad de empleo y su situación social. Este hecho nos lanza luces rojas intermitentes como señal para el futuro: *indica que no bastará la participación directa de la mujer en la economía para mejorar automáticamente su condición social* —otra prueba en el mismo sentido es la situación análoga en países socialistas en los que la mujer tampoco ha logrado una mejoría automática en su condición social. Se requiere, pues, mayor atención a la ideología que, independientemente de la división social del trabajo hace que se subestime el trabajo de la mujer y que su maltrato sea una práctica generalizada.

División social del trabajo y cultura

En su estudio en Perú, Carmen Deere, una investigadora portorriqueña, encontró que la división de labores por sexos implantada en el sistema de hacienda, hacía evidente el menosprecio al trabajo femenino por la remuneración más baja que se le ofrecía y por el hecho de que podía ser ampliado en cualquier momento sin adjudicársele una retribución adicional. Esto indica que "no era la división entre producción individual y social la responsable por la subordinación de la mujer, sino la división en el *tipo* de producción social en la que participaba la mujer" (Deere, *op. cit.*, p. 49).

Otras investigaciones muestran también que en todos los casos se le asigna a la mujer el trabajo más ingrato y tedioso. Esto lo permite, por una parte, una ideología que le niega valor y capacidad al trabajo femenino y, por otra, la baja capacidad de las mujeres de presionar políticamente para lograr una mejoría en su condición.

En una discusión de esta naturaleza se llega con frecuencia a argumentar que, en particular para el funcionamiento de la familia como unidad de producción, es indispensable que el jefe de la familia ejerza un control sobre

la fuerza de trabajo y sexualidad de la mujer. Todo ordenamiento social, es verdad, requiere de coordinación. Pero esta interdependencia, vital para la vida social, preguntamos si tiene que hacerse necesariamente a través de la violencia física y psicológica en contra de la mujer. Encontramos en el campo mexicano ejemplos como éstos: una mujer madre de diez hijos que tiene que tomar las pastillas anticonceptivas a escondidas porque el marido no se lo permite; o el caso de la mujer que fue golpeada salvajemente por el esposo porque se hizo un aborto, teniendo ya seis hijos; o el de la hija que trabaja de sirvienta y le tiene que entregar al padre íntegro su sueldo so pena de una golpiza.

¿Puede entenderse el machismo como una forma de lograr ese control de la mujer en la unidad doméstica? Sí, pero, justamente, es sólo *una forma* de lograrlo. Como indica acertadamente la antropóloga (Young, 1975) que hizo el estudio en la Sierra de Oaxaca, esta colaboración continua puede asegurarse tanto a través de la *dominación brutal* como a través de la *reciprocidad y complementariedad*. En México se ha escogido siempre el primer camino: no sólo en las relaciones mujer-hombre sino en las relaciones de autoridad familiar y de supeditación política. Cuando este control se ejerce por medios violentos se provocan relaciones políticas interpersonales deformadas de las que sufren tanto las mujeres como los hombres. El machismo, así como el hembrismo, *son* esa deformación psicológica.

Si la violencia y represión políticas son todavía agudas en el campo, mayores obstáculos encontrarán las mujeres campesinas para crearse una conciencia propia y para luchar contra su condición. Pero se habrán dado los primeros pasos si logramos analizar correctamente su situación y establecer las bases para crear esa conciencia.

Fuentes consultadas

Appendini, K. y V. Almeida Salles (1976), *Agricultura capitalista y agricultura campesina en México*, México, El Colegio de México.

Arizpe, L. (1972), *Parentesco y economía en una sociedad nahua: Nican pehua Zacatipan*, México, Instituto Nacional Indigenista.

Boserup, E. (1970), *Woman's Role in Economic Development*, London, George Allen & Unwin.

CHAYANOV, A.V. (1974), *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión.

DEERE, C. D. (1977), "Changing Social Relations of Production and Peruvian Peasant Women's Work", en *Latin American Perspectives*, vol. IV, núms. 1 y 2, invierno y primavera, pp. 48-70.

ENGELS, F. (1844), *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Moscú, Progreso.

YOUNG, K. (1975), *La participación de la mujer en la economía campesina*, Instituto Nacional de Estudios del Trabajo, en prensa.



"Las Marías", mujeres migrantes mazahuas que fueron uno de los grupos sobre los que más escribió la doctora Arizpe en los inicios de su carrera, 1973.

FOTO COLECCIÓN DE LA AUTORA.

Capítulo 28

La mujer en el sector de trabajo informal en Ciudad de México: ¿un caso de desempleo o de elección voluntaria?*

En años recientes, el sector de trabajo informal —también denominado población marginal o fuerza laboral subempleada, según diferentes perspectivas teóricas— ha atraído cada vez más la atención de científicos sociales y personas encargadas de la elaboración de políticas, como punto de prueba para las teorías del desarrollo. La proliferación de empleos de naturaleza informal en los países en vías de desarrollo se ha considerado alternadamente como una etapa transitoria en el proceso de desarrollo o como un callejón sin salida, que impide que el país que la sufre salga del subdesarrollo. El crecimiento de este sector se ha hecho particularmente evidente en América Latina; las personas que se ganan la vida en él aparecen vívida y dramáticamente representadas en el cine y en los foros sobre políticas, como símbolos de las incumplidas promesas de desarrollo. No obstante, este súbito reconocimiento social de la situación de aquellos excluidos de la estructura ocupacional formal, rara vez ha tocado el hecho de que una mayoría de éstos parecen ser mujeres.

Este factor se ha explicado convencionalmente, aduciendo que éstos son "tipos de empleos femeninos", y se ha relacionado con los valores tradicionales relativos a la división sexual del trabajo. Rara vez ha sido analizado dentro del marco de referencia del crecimiento económico y, en particular, de las políticas laborales.

Sin embargo, antes de proceder a analizar cómo las mujeres se mueven dentro de estos empleos informales en Ciudad de México, es necesaria una definición básica de los mismos. ¿Nos estamos refiriendo a las actividades

**Estudios de población*, vol. 1, núm. 11, noviembre de 1976, revista publicada por ACEP-Asociación Colombiana para el Estudio de la Población, pp. 627-644.

que realizan intermitentemente las mujeres con deberes hogareños y familiares? Éstas parecen ser una vieja característica del estilo de vida de las mujeres, tanto en la ciudad como en las áreas rurales. Pero los hombres también toman parte en este tipo de actividades, por ejemplo, en ventas callejeras y prestación de servicios personales. ¿Se considera el trabajo no remunerado en un negocio familiar como un empleo informal? Por ejemplo, es común que la esposa y las hijas jóvenes solteras atiendan el negocio familiar. Pero entonces, si el trabajo no remunerado se ha de incluir en el sector de trabajo informal, también deben tenerse en cuenta los servicios voluntarios prestados por las mujeres en la comunidad. Por otra parte esto significaría que no hay una línea divisoria entre los trabajos informales y las labores domésticas no remuneradas de las mujeres. Finalmente, el trabajo informal también incluye trabajo no regulado a través de un contrato laboral; entonces, todos los empleos no contractuales, con baja remuneración, registrados como ocupaciones formales, tales como el servicio doméstico remunerado, también pertenecen a la categoría anterior.

Los problemas de establecer límites definidos para el sector de trabajo informal (STI) claramente se derivan de las dificultades para teorizar acerca de las razones de su crecimiento y persistencia de sus efectos —ya sean perniciosos o naturales— sobre el desarrollo económico.

El presente trabajo asume que la existencia en gran escala del STI está asociada con el funcionamiento de las economías nacionales. De hecho, el objetivo del análisis en este trabajo es tratar de determinar en qué medida las mujeres tienen posibilidades ocupacionales dentro de los márgenes estructurales de empleo en Ciudad de México. De acuerdo con esto, se revisarán en primer término las teorías más importantes que buscan explicar el origen y las funciones del STI en las economías en desarrollo, para llegar a una definición operante y a un punto de vista teórico explícito. En segundo lugar, se discutirá el patrón general de la participación de la mujer en el desarrollo, enfocando la atención sobre sus actividades dentro del empleo informal. Finalmente, los datos sobre la participación laboral de la mujer en México, en general, y en Ciudad de México, en particular, proporcionarán un marco de referencia para la descripción y el análisis de los empleos informales que desempeñan las mujeres.

En años recientes, la cuestión de la elección se ha vuelto básica en el análisis de la participación de la mujer en actividades económicas y políti-

cas. ¿Eligen ellas hacerse a un lado, o se las presiona para que se aparten? Ester Boserup (1973), al observar el descenso en la participación económica de la mujer a medida que avanza el desarrollo en los países subdesarrollados, pregunta hasta qué punto puede esto atribuirse a una dificultad para encontrar empleo, o a un aislamiento voluntario debido a obligaciones familiares. Este trabajo formula los mismos interrogantes para el caso del empleo informal en Ciudad de México. La década de los setenta trajo consigo una proliferación de mujeres montando diminutos expendios de dulces y vendiendo refrigerios y frutas en las calles de Ciudad de México. Estas actividades parecen ser sólo la punta de un *iceberg*, compuesto por innumerables actividades económicas encubiertas que realizan intermitentemente las mujeres de todas las edades. ¿Son estas estrategias voluntarias las que adoptan las mujeres, o les son impuestas forzosamente por la inasequibilidad de empleos en el mercado formal?

Una respuesta adecuada a esta pregunta requeriría de investigación especialmente diseñada para medir las actitudes, así como las restricciones económicas que afectan a las mujeres. Quizás se podría llegar a decir que es imposible verificar empíricamente la respuesta definitiva. De hecho, si se adopta la posición extrema de que los valores, o al menos algunos de ellos, son ideológicos, es decir, se imponen deliberadamente para inducir a las mujeres a actuar de una forma determinada, entonces desaparece el interrogante: una decisión puede ser voluntaria a nivel personal, pero ideológicamente inducida a nivel grupal.

En consecuencia, una respuesta precisa a lo anterior se escapa de los límites de este trabajo, ya que primero se deben clarificar las teorías sobre el STI y sobre el proceso de toma de decisiones. En lugar de esto, se intenta identificar, en el caso de México, factores que sugieran una respuesta y que nos permitan generar hipótesis y guías para la futura investigación sobre este tema.

Teorías sobre el mercado de trabajo informal

El punto de vista teórico extremo e individualista asumiría que cualquier patrón relacionado con los tipos de trabajo que se aceptan, la distribución por sexos y el tamaño del STI, es el resultado de las decisiones individuales

de las mujeres. La explicación de su participación en el STI implicaría entonces centrar la investigación en la forma como ellas sopesan las opciones y deciden sobre la acción a seguir. No obstante, su gama de posibilidades se tomaría como predeterminada. Una vez descrita esta gama de posibilidades se podrían explicar los patrones de comportamiento analizando las decisiones que toman los individuos. Pero tal estudio no podría explicar por qué esas opciones y sólo ésas se presentan y para quién. Por consiguiente, no sería posible evaluar el verdadero margen de acción.

Sin profundizar más en los problemas teóricos planteados por este enfoque individualista, se hace evidente que su utilidad para el estudio del STI es bastante limitada. Podría ayudar a demostrar por qué ciertas mujeres eligen tipos particulares de empleos en ciertos momentos. Pero el interrogante más interesante y significativo surge, no al nivel individual de comportamiento, sino en relación con las mujeres como grupo; ¿por qué las mujeres como grupo, en Ciudad de México, tienden a ingresar al STI en lugar de tomar un empleo formal? Parte de la respuesta yace en descubrir qué posibilidades de empleo encuentran las mujeres en este caso específico y en la mayoría de los países en desarrollo.

La participación ocasional de mujeres y hombres en el comercio, el trabajo asalariado y la producción artesanal es un componente habitual de la mayoría de los sistemas campesinos. Estas actividades proporcionan ingresos necesarios, adicionales a los derivados de la agricultura. El comercio en pequeña escala generalmente involucra la venta de productos naturales o de fabricación casera, ya sea en la localidad o en otras regiones. El trabajo asalariado generalmente es estacional y en él toman parte hombres que se trasladan a distritos mineros, centros urbanos u otras regiones rurales, y mujeres que van a las ciudades para trabajar en el servicio doméstico. Tanto hombres como mujeres producen artesanías y otros productos de industria casera en su tiempo libre.

Una de las principales características de estas actividades informales es que constituyen una fuente secundaria de ingresos para el hogar campesino. Cuando éstas se convierten en fuente primaria de ingresos, al ser dominada la agricultura por el trabajo asalariado, ocurre un cambio fundamental. "El exceso de población (que en un sistema campesino vive en la granja familiar) aparece... principalmente en el servicio doméstico, el comercio y los trabajos ocasionales" (Myrdal, 1968). El contenido de estas

actividades sigue siendo el mismo, pero las gentes ahora se hacen totalmente dependientes de ellas, desde el punto de vista económico.

Según la teoría desarrollista, este traslado de la mano de obra procede de la agricultura al sector moderno, es decir, al empleo industrial. De hecho, en la mayoría de los países de América Latina, al igual que en los de Asia y África, la mano de obra desplazada de la agricultura ha ido a los servicios y al STI, predominantemente en las ciudades que ofrecen un mercado grande para tales ocupaciones.

Siempre ha existido en las ciudades cierto número de empleos informales, tales como vender periódicos, embolar zapatos, prostitución, mendigar, cantar en las calles y vender de puerta en puerta. A medida que los recién llegados de las áreas rurales presionan el mercado laboral se expanden estas actividades informales tradicionales. También aparecen otras nuevas: por ejemplo, lavar carros.

Se han dado diversas interpretaciones teóricas a la función de estos trabajos ocasionales en la absorción de mano de obra.

Las teorías del desarrollo por etapas[1] plantean que la fuerza laboral agrícola será absorbida por la industria manufacturera, siguiendo el mismo patrón que mostraron los países desarrollados en su crecimiento industrial. Aun cuando no se hace referencia explícita al STI, se puede inferir que este tipo de empleo es sólo un puente que atraviesan los trabajadores al pasar de un sector a otro.

No vale la pena repetir aquí el sinnúmero de objeciones, tanto de tipo teórico como empírico, que se han planteado contra este modelo desarrollista (Stavenhagen, 1972; Cardoso y Faletto, 1973; Frank, 1972). El hecho es que los datos de varios países indican que los trabajadores han permanecido dentro del STI o que, en todo caso, han tendido a ingresar más al sector de servicios que al manufacturero, aún en países con un crecimiento industrial moderado, *v.gr*. Brasil y México (Singer, 1975; Suárez, 1973). Los empleos creados en el sector manufacturero no han logrado compensar la pérdida de fuerza laboral en la agricultura, debido a características especiales de la industrialización que reducen el nivel de absorción de mano de obra. Un factor adicional, el del rápido crecimiento demográfico, ha hecho esta situación más aguda.

[1]El principal exponente de esta teoría es W. W. Rostow (1960).

Un último punto, que rara vez se menciona explícitamente, es que el modelo desarrollista asume que la estructura laboral de los países capitalistas desarrollados es un estado ideal. Sólo hasta ahora se están comenzando a analizar las desigualdades entre hombres y mujeres en cuanto a salarios, estatus y acceso a los puestos (Oppenheimer, 1970). Es importante anotar que se ha encontrado que los diferenciales en cuanto a estatus entre los sexos, son mucho más amplios en países desarrollados que en países en vías de desarrollo (OIT, 1975). De haberse conocido y aplicado este hallazgo en estudios anteriores del desarrollo, habría sido posible predecir que la participación económica global de la mujer aumentaría como resultado del desarrollo, pero que bajo esta apariencia de mejoramiento también aumentarían los diferenciales en cuanto a salarios y estatus y la discriminación sexual en los empleos. Sólo recientemente han comenzado los estudios realizados en países en vías de desarrollo a confirmar que esto es verdaderamente lo que ocurre (Nash, 1975; Tienda, 1974; Schmink, 1974; Saffioti, 1975). La mayor parte de éstos se basan en estadísticas nacionales y, por consiguiente, no toman en cuenta la participación de la mujer en el STI. En realidad, uno de los principales obstáculos en el estudio de este sector es el hecho de que el empleo informal no se registra en los censos ni se incluye en el Producto Nacional Bruto (PNB). En consecuencia, el desarrollo de métodos para medir la participación de la mujer en tales empleos es una labor prioritaria.

El concepto de "marginalidad" proporciona una explicación teórica alterna a la expansión del mercado laboral en América Latina. Como plantearon originalmente Quijano (1970) y Nun (1969), la población excedente resultante del desplazamiento en la agricultura no ha logrado ubicarse en los sectores modernos de las economías en desarrollo debido a la naturaleza de su crecimiento industrial. Estos autores sostienen que en las principales economías capitalistas el ejército industrial de reserva ofrece una cantidad adecuada de mano de obra; en los países en vías de desarrollo, la mano de obra disponible ha aumentado a tal velocidad que la mayoría de los trabajadores no tiene ninguna posibilidad de integrarse a la fuerza laboral industrial, ya que la tasa de absorción de mano de obra en esta última no se ha expandido a un ritmo adecuado. Esta "población marginal", que espera al final de la cola para ingresar al sector ocupacional formal, sobrevive recurriendo a empleos mal remunerados, recibiendo salarios

intermitentes, o trabajando por su cuenta. Por tanto, desde esta perspectiva teórica, la mano de obra es llevada a la fuerza al sector de trabajo informal y al sector de servicios, como resultado de una demanda insuficiente por parte del sector manufacturero. Así, las gentes de este sector están destinadas a no salir de allí.

Sin embargo, algunos estudios recientes demuestran que aunque la absorción al sector laboral formal es lenta, ha habido una corriente continua de trabajadores ingresando a él, incluyendo aun personas sin ninguna destreza, como lo son los migrantes rurales. No obstante, esto ocurre en países como Brasil, Argentina y México, donde hay un crecimiento industrial moderado (De Oliveira, 1973). Por otra parte, se ha sugerido que la marginalidad siempre ha existido en las economías capitalistas: la diferencia entre el ejército industrial de reserva y la población marginal no es cualitativa, sino de números de gente.

Además, hoy en día se considera que la población marginal sí cumple funciones específicas dentro de la economía. Faría[2] cita el hecho de que en el Brasil, en años recientes, los vendedores callejeros continuaban con sus actividades aunque estaban en vigor políticas de empleo total. En Ciudad de México, por ejemplo, ciertas industrias que no habían logrado colocar sus productos en canales normales de distribución, tales como supermercados, recurrieron a los vendedores callejeros y han tenido gran éxito, incrementando las ventas de sus productos.

Por último, debe mencionarse otro concepto teórico utilizado para analizar el empleo informal. Los economistas aplican con frecuencia el concepto de subempleo para medir el uso real que un sistema económico determinado hace de su mano de obra potencial. La siguiente clasificación de los tipos de subempleo fue establecida para las estadísticas internacionales (Jusidman):

a) Subempleo visible–Individuos que involuntariamente trabajan parte del tiempo o menos del tiempo normal.
b) Subempleo invisible–Empleo inadecuado debido a uno de los siguientes factores:

[2]Comunicación personal.

1. Las principales destrezas y habilidades del trabajador no se utilizan plenamente.
2. Los ingresos derivados del trabajo son anormalmente bajos.
3. La productividad es anormalmente baja en el establecimiento o unidad económica en la cual está empleado el trabajador.

El subempleo visible es relativamente fácil de detectar y medir, exceptuando los casos de personas que trabajan independientemente o trabajan para una empresa familiar sin devengar sueldo. Evidentemente, esta categoría incluiría el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres. El subempleo invisible es mucho más difícil de medir, ya que se requieren datos muy detallados sobre ingresos, educación, disponibilidad de empleos, destrezas y productividad.

Gunnar Myrdal se opone al empleo de este concepto, argumentando que debe hacerse una distinción entre el término según lo utilizó originalmente Joan Robinson para referirse a trabajadores temporalmente desempleados en las economías occidentales, que llenan su tiempo realizando labores informales, y el término cuando se utiliza para describir la situación en países subdesarrollados, donde se refiere a "la subutilización amplia y a largo plazo de los recursos humanos, en la cual se encuentran atados permanente y estructuralmente a varias líneas de producción más trabajadores de los que son necesarios para sacar el producto" (Myrdal, 1968, p. 2044). Sostiene que se está presuponiendo que la inactividad por parte de los subempleados de estas regiones es totalmente "involuntaria", lo cual implica condiciones de trabajo y actitudes hacia el mismo típicas de los países occidentales.

La teoría del subempleo, afirma él, toma las condiciones de aporte de capital, técnicas y estructura institucional como un factor dado y sólo se ocupa de la mano de obra en términos cuantitativos. El resultado es un enfoque "estático" a la utilización de la fuerza laboral. Su punto de vista es que "no hay ni puede haber una fuerza laboral de reserva *in abstracto*, independiente del tiempo permitido, los cambios previstos y, en particular, las políticas gubernamentales" (Myrdal, 1968, p. 2059).

En lugar de esto, Myrdal sugiere que en los estudios de utilización de mano de obra deberían tenerse en cuenta aspectos cualitativos, tales como actitudes hacia la vida y el trabajo, políticas gubernamentales que

operan a través de la educación y la coacción, subsidios, impuestos, inversiones y reforma agraria.

Esta breve disquisición teórica acerca del STI puede resumirse de la siguiente manera: hay motivos para creer que el número y el tipo de empleos en el STI están estrechamente ligados a las tendencias generales de utilización de la mano de obra en los sectores modernos de la economía. La mano de obra que no logra integrarse en labores formales tiende a ocuparse en empleos con baja remuneración, en trabajo asalariado o en trabajos independientes, con baja productividad. Las ocupaciones informales se relacionan predominantemente con actividades en comercio, artesanías y servicios. En la mayoría de los casos no media ningún contrato laboral entre el patrón y el trabajador. Sólo cuando lo hay —aún con bajos niveles de ingresos y productividad— se registra tal empleo en los censos nacionales. Aun cuando estos empleos se incluyen en la estructura ocupacional formal, pueden considerarse como una prolongación de los empleos informales y en consecuencia deben ser analizados junto con el STI. Además del contrato de trabajo, el tiempo que se invierte en la labor es otro factor que divide los empleos del sector formal de los del STI. Los primeros generalmente son de tiempo completo, los segundos se realizan por horas.

En consecuencia, la participación en el STI no se deriva automáticamente de la escasez de trabajos en el otro sector. Algunas de las actividades incluidas en el STI son tradicionales en la sociedad urbana y generalmente cumplen funciones específicas dentro de ésta. La participación en algunos empleos urbanos informales tradicionales no parece verse afectada por fluctuaciones en la demanda de mano de obra. El aumento en la mano de obra sobrante lleva a un mayor número de trabajadores a esas actividades informales tradicionales, pero también crea nuevos oficios. De esto surge una hipótesis interesante: puede ser que en el futuro las mujeres predominen en las actividades informales tradicionales, ya que han dependido de éstas desde mucho antes de la expansión del STI y, por el contrario, los hombres tenderán a desempeñar las nuevas labores informales. Esto implica que las mujeres que ingresan al STI lo hacen a través de canales tales como el servicio doméstico.

Estadísticamente, la distribución de las mujeres en la fuerza laboral sí tiende a reflejar el nivel de desarrollo de un país (Tienda, 1974; Boserup, 1973). Un análisis detenido de la participación laboral femenina según el nivel de desarrollo de los estados mexicanos, demostró que "por cada unidad de incremento en el índice de desarrollo económico hay un aumento correspondiente, cercano a un tres por ciento, en el nivel total de actividad de las mujeres en la fuerza laboral" (Tienda, 1974).

No obstante, la tasa general de participación puede variar debido simplemente a diferencias en las definiciones estadísticas. Algunos países tienen en cuenta el trabajo de las mujeres en la agricultura, mientras que otros no. "Así, las estadísticas oficiales de un país en vías de desarrollo pueden mostrar que las tasas de actividad femenina aumentan o disminuyen a través del tiempo, sin que haya ninguna diferencia real en el trabajo realizado por las mujeres involucradas" (Boserup, 1973). Lo mismo se aplica al trabajo realizado por horas, por fuera del hogar, o al trabajo para un negocio familiar. Ninguna de estas labores se incluye normalmente en los censos nacionales. El censo mexicano, por ejemplo, sólo registra la actividad principal de la mujer y dado que se presupone que ésta es, particularmente en el caso de las mujeres casadas, el trabajo doméstico, cualquier otra actividad realizada por horas no es registrada. En consecuencia, su frecuente y en muchos casos permanente participación en actividades del STI, no se refleja en las estadísticas oficiales. Por otra parte, las labores domésticas de la mujer no se clasifican como una actividad económica, de manera que un 79.9 por ciento de las mujeres en México aparecen como "económicamente inactivas", una cifra totalmente inexacta, para decir lo menos.

En términos generales, las actividades productivas de las mujeres declinan cuando éstas salen de la economía campesina, en la cual están involucradas tanto en labores agrícolas como en industrias de tipo rural. Este hecho es particularmente evidente cuando involucra la migración rural urbana (Boserup, 1973).

La introducción de nueva tecnología, tanto en el sector agrícola como en la industria, no sólo desplaza la mano de obra femenina, sino que dis-

minuye su acceso al sector laboral. (Chaney y Schminck, 1975). Durante la primera etapa de la industrialización, el tipo de industria que se establece —principalmente de textiles y cueros— requiere de mano de obra intensiva y por tanto proporciona empleo para las mujeres. Pero cuando los avances en la mecanización van dejando atrás este tipo de industria, el empleo se va predominantemente hacia los hombres. En 1900, las mujeres constituían un 45.3 por ciento de la fuerza laboral del Brasil. Pero un incremento del 83.3 por ciento en las labores industriales, debido a la mayor demanda generada por la guerra de 1914-1918, sólo ocupó mano de obra masculina. Tampoco se incorporaron las mujeres a la fuerza laboral durante la expansión industrial de la década de los treinta. Así, para 1970, la participación de la mujer en la economía brasilera había descendido a un 21 por ciento de la fuerza laboral (Saffioti, 1975).

Aun cuando la tasa de participación formal de la mujer aumenta con el crecimiento industrial, la distribución sectorial por sexos continúa siendo desigual; en realidad, se acentúa esta desigualdad. La distribución por sexos en los diversos sectores de las economías occidentales desarrolladas da fe de esto. Schminck (1974, p. 15) rastrea la distribución ocupacional de mujeres y hombres en Venezuela en los últimos veinte años y concluye que "si ha habido algún cambio en la segregación ocupacional en Venezuela es que ésta ha mostrado una tendencia a aumentar durante este periodo de veinte años".

En este punto, los determinantes económicos de la participación de la mujer en la fuerza laboral dan paso a otros factores, ideológicos y sociales, que deben tenerse en cuenta para explicar la distribución diferencial por sexos en la economía, especialmente el rotular los diferentes oficios por sexos y las actitudes de las mujeres hacia el trabajo (Schminck, 1974, p. 18). Las diferencias importantes en las tasas de participación femenina en países en vías de desarrollo, con niveles similares de desarrollo económico, se asocian con factores culturales (Youssef, 1971, pp. 427-439; Boserup, 1973, p. 387). No obstante se han realizado pocos estudios sobre este tema y hasta la fecha no hay un marco de referencia teórico en el cual basar este análisis.

La edad y el estado civil son factores importantes para comprender la relación entre los empleos formales e informales de las mujeres. En México, por ejemplo, Marta Tienda (1974, p. 16) encontró que "el nivel de participación de las mujeres solteras parece variar sistemáticamente con los niveles de

desarrollo, mientras que las tasas para las mujeres alguna vez casadas permanecen relativamente inalteradas por el grado de desarrollo". Éste es un punto básico, ya que el hecho de que las tasas para las mujeres alguna vez casadas —divorciadas, viudas o separadas— hayan permanecido constantes, puede interpretarse como indicio de que se ven obligadas a trabajar, ya sea que lo deseen o no, es decir, sea que las posibilidades laborales se estén expandiendo o no, mientras que las mujeres más jóvenes permanecen en el hogar hasta que el desarrollo de la industria les ofrece empleos adecuados. En otras palabras, el aumento de empleos no beneficia a aquellas que más los necesitan —las mujeres viudas, separadas o divorciadas— que generalmente sostienen a sus hijos y que deben aceptar cualquier oferta de trabajo que se les haga; beneficia a las mujeres jóvenes que normalmente se retiran de la fuerza laboral al contraer matrimonio y quienes, si tratan de regresar a ella más tarde, se enfrentarán a la misma situación que las primeras.

¿Cómo pueden explicarse las amplias diferencias entre los países en cuanto a patrones de participación femenina según grupo de edad? Aún se sabe muy poco acerca de la relación entre la oferta de mano de obra y el grupo de edad, en particular en lo relacionado con los deberes familiares de las mujeres. En América Latina, por lo general, la participación de la mujer en la fuerza laboral declina en forma constante después de los 25 años; ¿se debe esto al retiro voluntario, como pregunta Ester Boserup, o a la inasequibilidad de los empleos para las mujeres mayores? La hipótesis en este estudio es que en América Latina —y esto podría aplicarse por igual a otras regiones en desarrollo— al declinar con la edad la participación de la mujer en los empleos formales, aumenta en las actividades informales. Es decir, existe una correlación directa entre los dos tipos de empleo para las mujeres según el grupo de edad. Esta hipótesis se explora en la siguiente descripción de las tendencias en el empleo femenino en Ciudad de México.

La mujer en la fuerza laboral en México

La participación femenina en la fuerza laboral en México representa en total un 20.6 por ciento (Ruiz, 1975, p. 76), un porcentaje bastante bajo si se compara con el de otras naciones subdesarrolladas, cuya tasa promedio de participación femenina es del 26 por ciento (OIT, 1975, p. 8). Este bajo

índice se debe en parte al hecho de que el trabajo femenino en las áreas rurales no se registra adecuadamente. Dado que la mayoría de las mujeres participa en labores agrícolas sólo intermitentemente, en particular durante épocas de siembra, desyerbe y recolección, son clasificadas solamente como amas de casa y consideradas "económicamente inactivas".

Un ejercicio aritmético simple arroja un resultado muy interesante: si sumamos las mujeres "económicamente activas" con aquellas clasificadas como "económicamente inactivas", es decir, amas de casa, resulta que el 94.7 por ciento de la población femenina mayor de 12 años trabaja, mientras que sólo un 89.7 por ciento de los hombres lo hace. Es significativo anotar que de las mujeres "económicamente activas" sólo un 17.5 por ciento recibió salario por su trabajo, mientras que un 90.3 por ciento de los varones devengó un sueldo (Ruiz, 1975, p. 134).

La distribución sectorial por sexos en la economía mexicana —teniendo en cuenta que la cifra sobre el trabajo agrícola de las mujeres es totalmente inexacta— es la siguiente:

Sector económico	*Mujeres*	*Hombres*
Agricultura	10.0	47.2
Manufacturas	16.9	16.8
Servicios	64.5	26.8
Sector no especificado	2.5	11.1
Insuficientemente especificado	16.0	2.7
	100.0	100.0

Las mujeres se encuentran empleadas en proporción abrumadora en el sector terciario, donde Gloria Salazar (1975, p. 120) estima que alrededor del 40 por ciento desempeña cargos de productividad e ingresos extremadamente bajos.

En el sector manufacturero, las mujeres se encuentran concentradas en las industrias de ropa, alimentos, equipos eléctricos y textiles. Gran parte de las mujeres que trabajan en este sector ocupa cargos administrativos (Ruiz, 1975, p. 130).

En cuanto a estatus, es sumamente raro encontrar una mujer en altas posiciones administrativas o en el nivel profesional. El 60 por ciento de las

mujeres en la fuerza laboral son obreras y empleadas, en comparación con un 37.1 por ciento de los varones. Las diferencias en cuanto a estatus entre hombres y mujeres resaltan más en el sector moderno de la economía. Por ejemplo, en Ciudad de México, el 25.1 por ciento de los hombres que ocupan cargos de oficina están en el nivel profesional o técnico, mientras que la cifra correspondiente para las mujeres es del 14.6 por ciento.

Existen marcadas diferencias entre las tasas de desempleo masculino y femenino en México. En décadas recientes, la tasa de desempleo para mujeres ha subido más rápidamente que la de los hombres, un 14 por ciento frente a un 5.7 por ciento para los varones. Ruiz Harrell estima que el desempleo femenino superará al masculino para 1980: el 60 por ciento de los desempleados serán mujeres. A pesar de todo su entusiasmo por el Año Internacional de la Mujer, el gobierno mexicano no ha mostrado ninguna inclinación por hacer cumplir las políticas tendientes a aumentar el empleo femenino, de tal manera que el anterior podría considerarse, en el mejor de los casos, como un estimativo optimista.

Un hecho adicional, relativo al sector trabajo informal, es que las mujeres tienen mayores dificultades para encontrar empleo por primera vez, en particular las del grupo de edad de 30 a 39 años. Por tanto, como se mencionó anteriormente, las mayores oportunidades de empleo que proporciona el desarrollo a las mujeres más jóvenes son sólo una venta limitada, ya que ahora vemos que tan pronto pasan de los treinta, las oportunidades laborales son tan escasas como siempre. El censo nacional también indica que las mujeres demoran más para encontrar un empleo que los hombres (Ruiz, 1975: 107).

Nivel de estudios	*Porcentaje de mujeres que buscan empleo*	*Porcentaje de hombres que buscan empleo*
Escuela de primaria		
1er a 3er año	31.4	36.3
4º a 6º año	33.5	26.8
6º año	12.1	6.4
Escuela Secundaria	5.5	4.2
Educación Media	4.8	1.2
Superiores	1.7	.9

Aún más revelador es el hecho de que las mujeres que se encuentran desempleadas y en busca de trabajo están mejor preparadas educacionalmente que sus contrapartes masculinas. En el cuadro siguiente se presentan las tasas de desempleo por sexos, según los niveles de educación.

En términos generales, los antecedentes educativos sí se correlacionan con el desempleo. No obstante, al comparar hombres y mujeres, se observa claramente una diferencia en cuanto que las mujeres, con el mismo nivel de escolaridad que los hombres, presentan tasas más altas de desempleo que éstos.

Las cifras anteriores nos indican dónde buscar al tratar de determinar cuál grupo de mujeres está involucrado primordialmente en el sector de trabajo informal. Es evidente que, dadas las altas cifras de desempleo para mujeres con educación inferior a la primaria, se puede esperar que ese grupo participe en mayor proporción en el sector de trabajo informal.

La mujer en la fuerza laboral en Ciudad de México

Hay más mujeres involucradas en la fuerza laboral en Ciudad de México, 29.7 por ciento, que en el resto del país: 17.8 por ciento (Suárez, 1973, p. 406). En términos generales, los empleos en la industria manufacturera y en el sector de servicios se han expandido a un ritmo muy acelerado a partir de la década de los cuarenta en Ciudad de México. La participación de las mujeres en la industria manufacturera ha aumentado constantemente desde entonces. De hecho, han obtenido empleos en la misma a mayor velocidad que los hombres. Las diferencias entre los sexos en cuanto a destrezas en este sector son mínimas. Sí aparecen claramente en cuanto a estatus ocupacional: las cifras mencionadas mostraron el doble de hombres que de mujeres en el nivel profesional y técnico medio. Es evidente que existen desigualdades entre hombres y mujeres en cuanto a sueldos, pero el censo nacional no incluye cifras a este respecto, discriminadas por sexo.

En la década de los sesenta descendió la absorción de mano de obra en el sector manufacturero en Ciudad de México. Por el contrario, el sector de servicios se expandió más que en décadas anteriores; en particular se incrementaron los trabajos independientes. Esto último particularmente en la producción de artesanías, no en el comercio. Vale la pena anotar que se

ha observado en el sector comercial un claro desplazamiento del trabajo independiente al trabajo asalariado, probablemente debido a una fuerte represión del gobierno local a los vendedores callejeros. Esta observación es relevante para los datos que se presentan posteriormente.

El desempleo aumentó en Ciudad de México durante la década de los sesenta. Tiene importancia el hecho de que la tasa de desempleo femenino ha subido a mayor velocidad que la masculina. Un dato interesante es que el desempleo femenino es el doble, 0.46, en Ciudad de México que en el resto del país, 0.20. ¿Por qué esta diferencia? Suárez Contreras (1973, p. 387) sostiene que esto obviamente no es el resultado de mayores oportunidades de trabajo en el resto del país, sino del hecho de que más mujeres buscan trabajo en Ciudad de México. El gran número de migrantes rurales femeninas a esta urbe podría explicar dicho fenómeno, pero Suárez Contreras no encontró diferencia alguna entre los porcentajes de mujeres que buscaban trabajo por primera vez en el grupo de edad de 12-24 años en Ciudad de México y los de otras áreas del país. Su conclusión personal es que las mujeres en la ciudad, teniendo niveles más altos de educación —superan en un 20 por ciento a los de las mujeres en el resto del país— rehúsan aceptar cargos de menor categoría.

Esta afirmación plantea toda una nueva serie de interesantes preguntas. Señala el hecho de que las mujeres sin ninguna destreza, ni educación, ingresarán al sector subempleado como cosa natural y no se considerarán a sí mismas desempleadas si no pueden conseguir un trabajo mejor. Sólo las mujeres de clase media con educación formal esperarán hasta encontrar un trabajo adecuado y se considerarán a sí mismas desempleadas si deben realizar otras labores.

Otra correlación muy significativa vinculada con lo anterior es que, mientras que la tasa de desempleo femenino ha aumentado en Ciudad de México, la tasa de participación femenina en labores domésticas ha disminuido, entre 1950 y 1970; en el resto del país la tendencia ha sido exactamente la contraria: hay más mujeres por familia realizando trabajos caseros hoy en día que en 1950. Una posible explicación es que las familias más grandes en las áreas rurales necesitan un mayor aporte de trabajo hogareño. Otra, muy sugestiva, es que las mujeres que no logran encontrar trabajo en las áreas rurales permanecen en el hogar ayudando en las labores domésticas, mientras que en Ciudad de México las que se encuen-

tran en la misma situación se consideran desempleadas, aunque con seguridad también estarán realizando labores de tipo hogareño.

¿Cuáles son los niveles de ingresos de la fuerza laboral femenina en Ciudad de México? De las mujeres que trabajan un 72.2 por ciento estaba recibiendo un salario inferior al mínimo oficial —algo menos de 100 dólares al mes— en 1970. En los servicios en particular, la cifra correspondiente es del 72.9 por ciento y debe recordarse que este sector absorbe un 42.9 por ciento de la fuerza laboral femenina total. Cerca del 53.9 por ciento de los hombres que trabajaban recibió menos del salario mínimo, pero sólo un 48.5 por ciento se encontraba en el sector de servicios (Salazar, 1975, p. 120).

Finalmente, un vistazo al empleo de baja remuneración en Ciudad de México. De Oliveira, Muñoz y Stern han agrupado aquellos empleos de la estructura ocupacional cuyas ganancias están por debajo del salario mínimo oficial. Estos trabajos "marginales", como los llaman, corresponden a un 23.7 por ciento de la fuerza laboral asalariada. La composición por sexos de estas ocupaciones es la siguiente (Muñoz *et al.*, 1972):

Ocupación	*Mujeres*	*Hombres*
Vendedores callejeros	40.2	59.8
Trabajadores no calificados en los servicios (principalmente trabajadores domésticos asalariados)	71.8	28.2
Obreros no calificados de producción	21.7	78.3
Obreros no calificados de construcción	-	100.0
Campesinos y peones agrícolas	5.8	94.2

De la fuerza laboral masculina asalariada total en Ciudad de México, entre los 21 y los 60 años, el 18.1 por ciento se encuentra en estos empleos de baja remuneración; la cifra correspondiente para mujeres es del 35.6 por ciento, el doble de la primera.

Son estos cargos, en especial los dos primeros para las mujeres, los que deben examinarse detenidamente en relación con el empleo informal. Por ejemplo, muchas mujeres son vendedoras callejeras ocasionales y no se incluyen en esas cifras del censo.

Las estrategias de las mujeres en el sector de trabajo informal en Ciudad de México

Hay una amplia variedad de actividades informales que realizan las mujeres en Ciudad de México; éstas van desde la enseñanza privada de idiomas extranjeros hasta lavar platos. Sin embargo, no toda la gama de actividades está abierta para todas las mujeres; hay una estratificación clara de dichas labores relacionada con dos estratos sociales, como mínimo, perfectamente definidos: aquellos cargos disponibles para mujeres de clase media que han tenido ciertas ventajas educativas y sociales y los que se encuentran al alcance de las mujeres de clase obrera que no han recibido educación alguna. Las diferencias entre estos dos grupos se hacen evidentes no sólo en el nivel y el tipo de ingresos devengados por las actividades que realizan, sino también en sus actitudes hacia el trabajo.

Las mujeres mexicanas de clase media consideran el trabajo por fuera del hogar, en términos generales, como algo indeseable, ya que las normas sociales aceptadas prescriben que la realización de una mujer está en el hogar y en los hijos, y su dignidad y respetabilidad sufren si se ve obligada a trabajar por fuera de su casa. Sólo una minoría, generalmente conectada con la vida universitaria, acepta el trabajo asalariado, pero básicamente de tipo profesional, como parte de la vida de una mujer.

En consecuencia, las mujeres cuyo esposo devenga lo suficiente para sostener la familia, normalmente no aceptan un empleo formal. Aquellas que sí necesitan el dinero adicional realizan primordialmente actividades que pueden llevar a cabo en el hogar, trabajando por horas, tales como cocina, bordado y tejido, costura, enseñanza privada de idiomas o materias escolares y fabricación de pequeñas artesanías, generalmente para regalos. Algunas de las cosas que hacen son muñecos, cajas, cuadros y trabajos en cuero. Parte de estas actividades también las realizan en casa de otras mujeres. Es interesante el hecho de que la mayoría de estas labores generalmente se hace en forma gratuita, como gesto de amistad o para ayudar a amigas y parientes. Lo anterior resalta la dificultad de separar las labores informales de las labores domésticas y familiares. La única línea divisoria es la de los salarios; las actividades que se realizan por razones familiares son gratuitas.

El trabajo independiente de las mujeres de clase media por fuera del hogar generalmente consiste en montar un pequeño restaurante o almacén: un almacén de tipo "femenino" es aquel que vende regalos, pasteles, porcelanas, flores, tejidos, ropa infantil, libros y discos. El tipo menos sofisticado es la tradicional tienda de "miscelánea" en el vecindario, que vende de todo, desde carbón y velas hasta harina y dulces. La mujer de edad de la tienda de la esquina, que conoce todos los chismes locales y puede decirles a las madres dónde se encuentran sus hijos, se ha convertido en una figura institucional en los viejos vecindarios en Ciudad de México.

Otro tipo de trabajo independiente para la mujer que cuenta con los recursos económicos, es montar una academia de canto, baile, gimnasia, yoga o "glamour". Ésta tiende entonces a ser una actividad de tiempo completo para las mujeres que las administran y de tiempo parcial para las mujeres que dictan las clases.

Un hecho importante que se debe anotar aquí es que la clientela para todas estas actividades es casi exclusivamente femenina: ellas son las que compran tejidos, porcelanas, bordados y artesanías de este tipo; ellas son las que toman las clases de baile, canto, gimnasia y yoga. Se podría decir que éste es un mercado laboral de oferta y demanda totalmente femenino.

Las mujeres de clase obrera —aquí incluyo también a las mujeres "marginales"— se ocupan en gran variedad de actividades, asalariadas e independientes, con remuneración extremadamente baja.

En contraste con las actividades de las mujeres de clase media, las suyas se realizan predominantemente en las calles o en los hogares de otras mujeres y se centran alrededor de los servicios personales y del comercio. El más importante de los primeros es el servicio doméstico. Éste no tiene ninguna especialización, excepto en el caso de la cocinera. Generalmente las muchachas jóvenes comienzan a trabajar como camareras o niñeras y con el tiempo aprenden a cocinar y a actuar en general como "ama de llaves". En épocas anteriores se acostumbraba que las muchachas jóvenes —con frecuencia reclutadas por las señoras en sus pueblos natales— comenzaran a trabajar en una casa de familia a temprana edad y permanecieran allí toda la vida, casi como parte de la familia. De hecho uno de los términos con que se designa a la sirvienta, el de "criada", hace referencia a que esta persona ha sido criada en la casa.

El servicio doméstico funciona como un seguro económico para las mujeres pobres, migrantes y de la misma ciudad: siempre hay trabajo en él. La verdad es que los hombres de bajos recursos dicen que las mujeres están en mucha mejor situación que ellos, ya que en tiempos de gran necesidad siempre pueden recurrir al servicio doméstico y obtener un techo, alimentación y algo de dinero. Ya que encaja tan bien con el rol femenino tradicional de casa, niños y cocina, el servicio doméstico no se conceptualiza claramente como "un empleo". En consecuencia, es muy difícil definirlo como trabajo formal o informal. No existe ningún contrato, las mujeres entran y salen de él con gran facilidad —para desconsuelo de sus patronas; aunque también pueden ser despedidas con igual facilidad. Las mujeres ingresan a estos oficios en cualquier momento durante su vida —excepto en la vejez—; las jóvenes mientras esperan para casarse; las madres jóvenes, solteras o separadas, para poder sostener a sus hijos. Aquí sería interesante especular si en el caso de que se les ofreciera un empleo con salario más alto y una jornada de ocho horas, aceptarían la alternativa. Teniendo en cuenta el hecho de que los sueldos del servicio doméstico están muy por debajo del salario mínimo oficial —reciben entre 50 y 100 dólares al mes, más techo y alimentación—, que deben estar disponibles para trabajar todo el día y toda la noche, con sólo los domingos libres y que con frecuencia son maltratadas, se podría llegar a la conclusión lógica de que normalmente aceptarían otros tipos de empleo. La verdad es que sí: la mayoría de las mujeres jóvenes en el servicio doméstico dicen ahora que les gustaría encontrar otros tipos de trabajo. Hay una razón que las ata a estas labores: los hijos pequeños. Si trabajan por fuera del hogar, éstos deben quedarse solos; a veces ocurre así, y los diarios hablan con frecuencia de tragedias en ranchos donde varios niños pequeños fueron encerrados durante todo el día. En tales situaciones es en extremo conveniente pertenecer y convivir con una extensa familia —para que los niños puedan quedar al cuidado de alguna pariente mayor— o como residente en la casa del patrón.

Las mujeres mayores, de 35 a 50 años, aún pueden conseguir trabajo fácilmente en el servicio doméstico, siempre y cuando no tengan más de un hijo —el tener más de un hijo generalmente significa que deben buscar otros tipos de empleo— y que no vivan con un hombre. Sólo en algunos casos se emplea al esposo en la misma casa, como jardinero, chofer o ayudante para tareas menudas de todo tipo.

Es sumamente raro que las mujeres ingresen al servicio doméstico después de cumplir los 50 años. Ya no pueden trabajar eficientemente y los patronos temen tener que pagar cuentas médicas.

Como alternativa al servicio doméstico residencial de tiempo completo, se presta toda una serie de servicios personales. Las mujeres que viven con su esposo o con sus hijos con frecuencia recurren a proporcionar servicios por horas o por días en las casas. Éstos incluyen: lavar ropa, lavar ventanas, hacer remiendos, lavar pisos, cuidar los niños o la casa —cuando los dueños salen de viaje, por ejemplo— y ayudar en ocasiones especiales, por ejemplo, en fiestas y celebraciones. Van a la casa del patrón ciertos días cada semana, a veces van a siete casas distintas y regresan a dormir en su propio hogar. Reciben alrededor de cuatro dólares al día —el salario mínimo oficial es en la actualidad de ocho dólares, aproximadamente. Estos trabajos se buscan y se ofrecen a través de canales personales; una mujer que esté buscando esta clase de servicio le preguntará a su criada o a la de una amiga si sabe de alguien que esté buscando trabajo. La voz se pasa a las amigas y parientes hasta que se encuentra alguien— a veces hasta se traen mujeres de los pueblos. Las mujeres que buscan trabajo hacen lo mismo. Este mismo tipo de servicios, en especial servicios de aseo, se presta para compañías y almacenes.

Las muchachas jóvenes de clase baja, además del servicio doméstico, con frecuencia pueden conseguir empleo en una fábrica o almacén. En especial si tienen "buena presentación". En los avisos de prensa solicitando vendedoras de puerta a puerta, asistentes para los almacenes y, por supuesto, personal para empleos formales tales como el de secretaria, recepcionista y cajera de banco, abunda la frase "buena presentación". También es corriente que las muchachas jóvenes ayuden en el negocio familiar, sea éste un restaurante, un puesto de mercado o una tienda.

Las mujeres de edad mediana y madura que no se ocupan en algún tipo de servicio doméstico se dedican en su gran mayoría al comercio menudo y a la venta de alimentos por las calles. Es interesante anotar que este comercio menudo involucra generalmente comestibles: dulces, chicles, frutas, chocolates. Por contraste, los comerciantes masculinos venden ropa, cinturones, joyas, juguetes y otros artículos. Así, el tipo de ventas de las mujeres se mantiene aún dentro de la imagen tradicional de la mujer como proveedora de alimentos. Las mujeres montan sus pequeños pues-

tos en la puerta de los cines y teatros, en los parques, cerca de los colegios y en las esquinas de las avenidas con mayor movimiento. Venden cinco centavos de semillas de ahuyama o maní tostado, o tajadas de frutas. A algunas el gobierno ya les ha proporcionado pequeños carritos. Las vendedoras callejeras sin autorización deben trasladarse rápidamente cuando hay policías en los alrededores. Éstas son las mujeres que venden frutas, dulces y chicles y son predominantemente migrantes rurales, muchas de ellas indígenas. Este grupo se utilizará posteriormente para ilustrar las posibilidades de la mujer en este submundo económico.

Otra actividad primordial es vender comida preparada en pequeñas cantidades. Las mujeres sacan una hornilla de carbón a la puerta de su casa, o la colocan cerca de las estaciones de autobuses, campos deportivos, predios universitarios o fábricas y se sientan allí al mediodía o por la noche a fritar sabrosos refrigerios mexicanos para los transeúntes.

Ha sido notable la proliferación de estos dos tipos de venta callejera en Ciudad de México en años recientes. ¿Existe verdaderamente una demanda de ellos, o se crean ellos su propia demanda? Me parece que una vendedora callejera que ofrece lo que acaba de comprar en el mercado situado a dos cuadras de distancia no puede estar satisfaciendo razonablemente una demanda, excepto la absurda de ahorrarle a los transeúntes una caminata de 100 yardas. Así, una gran mayoría de estas mujeres está ofreciendo un servicio totalmente innecesario, por el cual normalmente reciben un ingreso mínimo. No es lógico suponer que, de tener alternativa, se ocuparían en tal actividad.

¿Se puede obtener una mayor comprensión de este fenómeno al preguntarse por qué, entonces, ingresan las mujeres a estos dos tipos particulares de actividad? Los datos de mis investigaciones con un grupo de mujeres indígenas migrantes subprivilegiadas en Ciudad de México pueden ilustrar las posibilidades abiertas a las mujeres de esta clase, y las razones por las cuales deciden ocuparse en estas actividades. Las mujeres campesinas mazahuas comenzaron a migrar de sus pueblos situados a cerca de 300 kilómetros de Ciudad de México en la década de los sesenta. Las muchachas jóvenes generalmente vienen a la ciudad a trabajar como sirvientas durante algunos meses o algunos años. Aquellas cuyas familias se han trasladado a la ciudad venden frutas en las calles acompañadas por sus familiares femeninas. Las mujeres viudas, divorciadas o abandonadas

han migrado a la ciudad con sus hijos, y también son vendedoras callejeras. Generalmente viven con parientes. La mayoría de las mujeres casadas que viven con su familia también se dedican a las ventas callejeras. En la ciudad, sus trajes indígenas, su español deficiente —hablan la lengua mazahua o la otomí— y su inocultable pobreza, han llamado la atención pública sobre ellas. Y la brutal represión de su actividad por parte de la policía de la ciudad, las ha convertido en una causa pública. Como mujeres con una causa se han denominado "Marías".

Los ingresos de los hombres son insuficientes para sostener a sus familias, ya que la mayoría de ellos trabaja sólo en forma intermitente como peones de construcción, ayudantes en los mercados y otros cargos informales igualmente mal remunerados. Las mujeres se ven obligadas a aportar recursos adicionales. Éstos los obtienen a través de las ventas callejeras.

Como dato significativo, los funcionarios de la ciudad y la opinión pública se preguntaron con sorpresa por qué estas mujeres no desaparecieron convenientemente en el servicio doméstico. Esto señala varios hechos de importancia: que el desempleo femenino no es ni será oficial ni públicamente reconocido mientras existe la posibilidad del servicio doméstico. Segundo, que el servicio doméstico es considerado como un tipo de empleo totalmente adecuado para las mujeres, a pesar de sus desalentadoras condiciones de trabajo. Tercero, que no se tiene en cuenta la situación personal total de la vida de las mujeres al asignarlas al servicio doméstico, ya que éste presupone implícitamente que las mujeres están separadas de su familia.

Un análisis simple de sus posibilidades de empleo puede explicar su elección de actividades. Las únicas opciones de trabajo para estas mujeres son las siguientes: servicios domésticos de todo tipo; lavaplatos y ayudantes de cocina en pequeños restaurantes; ventas en mercados establecidos; ventas callejeras y pordioseo. Ésta es toda su gama de posibilidades. Examinémoslas una por una.

1. Servicios domésticos. La mayoría de las mujeres tienen hijos y/o esposo, un hecho que las descalifica para el servicio doméstico residencial. Las muchachas jóvenes sin hijos prefieren vivir con su familia y vender por las calles mientras charlan con sus amigas. Aún si trabajan como sirvientas son discriminadas; sus sueldos son inferiores a los

que se pagan a las mujeres urbanas y con frecuencia son maltratadas. Los empleos irregulares en el servicio doméstico tampoco están a su disposición, ya que carecen de destrezas para los mismos y no cuentan con las conexiones sociales que les podrían ayudar a conseguir tales empleos.

2. Lavando platos y ayudando en las cocinas de los restaurantes las jornadas son largas, a veces hasta de 15 horas diarias, con frecuencia hasta tarde en la noche, y la paga es extremadamente baja. Ellas mismas dicen que son terriblemente explotadas en este tipo de trabajo. A veces también sirven comida, pero generalmente se prefiere a las muchachas jóvenes de la ciudad como meseras.
3. La venta en mercados establecidos requiere una licencia para montar el puesto, saber tratar a los administradores e inspectores del mercado y establecer contactos comerciales para obtener precios especiales al por mayor en los artículos. Las mujeres mazahuas carecen de todo esto. Recientemente, para sacarlas de las calles los funcionarios de la ciudad les proporcionaron licencias especiales y las asignaron a mercados específicos. En algunos casos, los administradores de los mercados rehusaron aceptarlas, ya que venderían a precios menores que los propios puestos del mercado; en otros casos, las mujeres mazahuas fueron las que rehusaron ir, porque sus ventas eran muy inferiores a las de su lugar predilecto en las populosas calles del centro.
4. La mendicidad abierta no es posible porque los mendigos son recogidos por la policía y por las agencias de servicio social. Las mujeres mendigan en forma encubierta comprando una caja de chicles y tratando de venderla, mientras que sus hijos son quienes piden limosna. Como dato interesante, aquí está involucrado un factor cultural. Las mujeres mazahuas consideran degradante el mendigar y, por tanto, preferirían tratar de vender frutas o dulces. Como lo dijo un barrendero: "Si las 'Marías' están tratando de ganarse la vida en forma honrada (sin robar, sin mendigar) el gobierno no debe oponerse a que lo hagan. Si el gobierno no les da (nada), no les debería quitar".
5. La venta de frutas por las calles es una actividad que ellas conocen bien. En sus pueblos lo hacen constantemente. Además, en la sección de frutas y vegetales al por mayor de La Merced, el principal mercado de la ciudad, existe una red entera de migrantes mazahuas. Por tanto, las

mujeres mazahuas tienen acceso a buenos precios en la compra de frutas al por mayor. La venta callejera tiene la ventaja de que la pueden iniciar y abandonar en cualquier momento —algunas familias aún regresan a los pueblos a cultivar maíz. En esta forma, una mujer puede quedarse en casa cuando uno de sus hijos, o su esposo, está enfermo. Otra ventaja mayor es que los niños pequeños pueden permanecer con su madre mientras que ésta vende; el no estar sometidas a un horario ni a un jefe también es conveniente para ellas; y, finalmente, les parece muy agradable el sentarse con sus amigos y parientes, conversando y riéndose mientras venden —esto incluye muchachos jóvenes que lustran zapatos en la vecindad. Las entradas provenientes de sus ventas en "buenos puestos" son mayores que las que reciben sus esposos periódicamente como obreros en construcciones y como mandaderos. En consecuencia, algunos esposos han dejado de trabajar del todo y únicamente ayudan a las mujeres. Llevan las cajas de frutas a la casa, luego mantienen la mayor parte escondida a alguna distancia, por si llega la policía, decomisa la fruta y arresta a las mujeres que venden. O pueden limitarse a vigilar a su esposa o hija desde una esquina, esperando hasta poder obtener algún dinero de ella para emborracharse.

La breve descripción anterior muestra que, dentro de las posibilidades ocupacionales abiertas a estas mujeres, la de las ventas callejeras ofrece las mayores ventajas. La conclusión importante aquí es que tienen muy pocas escogencias que hacer y que las que se hacen están determinadas por decisiones muy racionales que tratan de sacar el mejor partido a una situación subprivilegiada y desesperada.

Finalmente, debe examinarse una última ocupación informal abierta a todas las mujeres, de todas las clases. Ésta es la prostitución. Prácticamente no existen datos sobre la misma. Los pocos estudios llevados a cabo en Ciudad de México sobre el tema se han enfocado sobre los rasgos psicológicos de las mujeres que la practican. De acuerdo con un estudio psiquiátrico no publicado —y ésta es una explicación que se da frecuentemente a la prostitución en los círculos médicos, en Ciudad de México como en otras partes—, las prostitutas son extremadamente neuróticas o retrasadas mentales. Por lo menos un intento serio de realizar un estudio sociológico

sistemático sobre el tema fue cortado en seco por oposición de las mafias. Algunos retazos de información, en su mayoría rumores, indican lo siguiente: las muchachas jóvenes provenientes de familias de clase media ocasionalmente se dedican a la prostitución antes de casarse. Son recogidas en las calles y en ciertos restaurantes y almacenes. La mayoría no se encuentra en situación económica desesperada, pero han descubierto que ganan más en una noche que en dos semanas de trabajo secretarial. Se puede presumir que algunas de ellas lo hacen por divertirse y para compensar el tedio y la represión de su vida familiar.

Las mujeres de clase baja también recurren a la prostitución, pero sólo se puede especular acerca de las razones exactas que las llevan a ello, ya que no existen estudios confiables. La gama de actividades relacionadas con la prostitución va desde la complacencia sexual a un jefe o a un policía que amenaza con arrestar a una mujer por recorrer las calles. A juzgar por los datos no comprobados que se rumoran, parece que la prostitución es una de las principales fuentes informales de ingresos para las mujeres, pero nunca se la toma en cuenta en discusiones eruditas sobre la participación económica de la mujer.

Sin embargo, hasta tanto haya datos fiables disponibles, no se puede formular ninguna hipótesis excepto que este vacío en las estadísticas y en la investigación debe sin duda llenarse para poder explicar la interrelación entre las actividades formales e informales de las mujeres y para comprender cómo las mujeres sobreviven económicamente.

Conclusiones

El examen de las tendencias en el desarrollo en países subdesarrollados ayuda a explicar la existencia de extensos sectores de trabajo informal en sus economías. Según las teorías desarrollistas, la mano de obra desplazada de la agricultura debería eventualmente ser absorbida por el sector moderno de la economía. Rara vez se ha examinado el lugar de la mujer en este modelo. La participación actual de los sexos en la fuerza laboral en los países desarrollados, donde una mayoría de las mujeres se encuentra empleada en el sector de servicios, se ha aceptado como un estado ideal y como el vértice del modelo de desarrollo. No obstante, los estudios recien-

tes muestran que los diferenciales en cuanto a salario y estatus, entre mujeres y hombres, y la rotulación de los empleos por sexos, en realidad aumenta con el desarrollo. Esto nos lleva a la preocupación común que comparten las mujeres en todos los países que están atravesando los problemas del desarrollo.

En los países en vías de desarrollo, y este hecho ha sido particularmente evidente en América Latina, circunstancias particulares no han permitido este desplazamiento esperado de la mano de obra de la agricultura a la industria y los servicios. Las áreas rurales están expeliendo trabajadores a alta velocidad y el elevado crecimiento demográfico ha desbordado sus filas. Por diversas razones, la absorción de obreros por parte de las fábricas ha avanzado lentamente. En consecuencia, la mano de obra masculina, que en teoría debería haber ingresado al empleo industrial, ha presionado, por el contrario, al sector que en los países desarrollados es predominantemente femenino: los servicios. En América Latina, el 64.5 por ciento de las mujeres que trabajan están en el sector de servicios; sin embargo, constituyen sólo un 34.1 por ciento de la fuerza laboral dentro del mismo y este porcentaje está representado en forma abrumadora en el servicio doméstico. Esto sugiere la hipótesis obvia de que, en economías con exceso de mano de obra, las mujeres tenderán a ingresar, por una parte, al empleo formal, predominantemente a puestos de baja remuneración y estatus, en particular al servicio doméstico remunerado y, por otra, al sector de trabajo informal.

El principal problema teórico al estudiar el sector de trabajo informal es el de definir claramente sus límites. En el caso específico de las mujeres, esta dificultad se extiende a problemas significativos encontrados al tratar de conceptualizar el trabajo femenino. Por una parte, la línea divisoria entre el trabajo formal y el informal es muy tenue. Generalmente, el empleo formal implica trabajo de tiempo completo, a largo plazo, con un contrato, pero esto no es así en el caso del trabajo doméstico remunerado, el comercio menudo y la producción de artesanías en pequeña escala, todos ellos con grandes números de trabajadoras femeninas. Estos empleos se consideran informales —y no están incluidos en el PNB— si se realizan en forma intermitente e irregular. Por otra parte, el límite entre el trabajo asalariado de la mujer en el sector informal y las labores no remuneradas en el hogar y en la comunidad es aún más tenue. Una mujer que no necesite los ingre-

sos realizará exactamente las mismas labores: cocinar, coser, bordar, producir artesanías y enseñar, sin recibir por ello compensación, mientras que las otras mujeres, que sí necesitan el dinero, cobran por ellas.

Esta necesidad de una nueva conceptualización del trabajo femenino se hace más evidente en el caso del trabajo doméstico. En el extremo formal del espectro, las sirvientas que devengan un sueldo se consideran económicamente activas y se incluyen en el PNB; en el medio, las mujeres realizan estas labores informalmente —por ratos e intermitentemente— recibiendo pago por ellas sin ser consideradas como población económicamente activa ni incluidas en el PNB; finalmente, en el otro extremo, las amas de casa realizan labores domésticas de tiempo completo, sin recibir compensación y se consideran por fuera del sistema económico. Evidentemente, todas ellas están realizando exactamente el mismo tipo de trabajo.

Una conclusión tentativa que surge del análisis efectuado en este estudio y que abre interesantes posibilidades, es que cuando las mujeres se encuentran en situación económica precaria presionan al sistema económico para que remunere sus servicios domésticos. Se excluye, sin embargo, el que realizan en beneficio de su propia familia. Los datos analizados para Ciudad de México muestran que las mujeres convierten los deberes domésticos en actividades económicas, ofreciéndolos a otras mujeres. Es importante anotar que este intercambio está encerrado en un mercado de oferta y demanda totalmente femenino. Las mujeres de clase baja dependen fuertemente de la demanda de tales servicios por parte de las mujeres de clase alta. Se podría especular que, si estas últimas restringieran su demanda de servicios, a las mujeres de clase baja se les haría en extremo difícil la supervivencia económica. Las implicaciones de esta teoría son de largo alcance, pero caen por fuera del alcance del presente trabajo.

El servicio doméstico remunerado tiene otra implicación muy importante. Los datos mencionados demostraron que mientras las mujeres puedan ingresar al servicio doméstico remunerado, el desempleo femenino no será reconocido oficial ni públicamente. Especialmente en el caso de las mujeres de clase baja, los funcionarios gubernamentales reaccionan afirmando que no existe problema de desempleo, ya que las mujeres siempre pueden ser sirvientas. Esto tiene implicaciones vitales para fomentar la presión política que lleve a la creación del empleo femenino, o a hacer conscientes a las mujeres de la escasez de oportunidades de trabajo.

En vista de la tendencia de las mujeres en América Latina, así como en otras áreas subdesarrolladas, a retirarse de la fuerza laboral antes de los 30 años, este estudio cuestionó si esto se debía a un retiro voluntario o a la no disponibilidad de empleos. Los datos para Ciudad de México sugieren una respuesta. La tasa de empleo femenino ha aumentado a una velocidad mayor que la masculina en años recientes y se estima que alcanzará a esta última para 1980. Vale la pena recalcar el hecho de que las estadísticas muestran que las mujeres con educación formal presentan cifras de desempleo más elevadas que las de sus contrapartes masculinas, lo cual indica que, contrario a lo que se sostiene con frecuencia, la educación no es el factor determinante en el desempleo femenino. Las mayores oportunidades de empleo en México, en general, han sido acaparadas por las mujeres entre los 15 y los 30 años. El censo indica que después de los 30, las mujeres tienen mayores dificultades para encontrar trabajo que los hombres. Es interesante el que, mientras que en Ciudad de México la tasa de desempleo femenino ha aumentado y la participación de las mujeres en las labores domésticas ha declinado, en el resto del país se observa la tendencia exactamente opuesta. Esto sugiere dos posibles hipótesis: o las familias más grandes ahora requieren más trabajo doméstico, por parte de las mujeres, o las mujeres en un medio urbano se considerarán a sí mismas desempleadas si no logran encontrar trabajo; mientras que las mujeres en las áreas rurales enfrentadas con la misma situación, sencillamente se quedarán en casa realizando el trabajo doméstico. Esto apoya la observación de Myrdal en el sentido de que en los sistemas campesinos, el exceso de mano de obra permanece en la granja. No obstante, en México esto se aplica únicamente a las unidades campesinas que pueden sobrevivir sin un ingreso adicional aportado por las mujeres de la familia. Es significativo anotar que, en tales situaciones, las normas que enfatizan que las mujeres deben permanecer en el hogar tienen mayores probabilidades de ser reforzadas, muy posiblemente por las mismas mujeres, ya que les beneficia el hacerlo.

Aun si las mujeres se retiran voluntariamente de la fuerza laboral durante los años reproductivos, lo anterior muestra en forma bastante clara que después de los 37 años, si desean regresar al empleo formal, no hay empleos disponibles para ellas. La posición que se asume en este estudio es que ellas compensan el desempleo resultante ocupándose en actividades informales. Sin embargo, toda la gama de actividades informales no

está a disposición de todas las mujeres. Tienden a emprender ciertos tipos de actividad, según la clase de la cual provienen.

Las mujeres de clase media que necesiten algún ingreso se dedican a dar clases particulares, tejer, bordar, cocinar, coser y producir pequeñas artesanías, todas labores que involucran las actividades que mejor manejan y, lo que es importante, que pueden realizarse en su propio hogar o en el de otras mujeres. A veces también montan un pequeño almacén, una academia —ambos generalmente con una clientela exclusivamente femenina— o un pequeño restaurante.

El mayor número de mujeres en Ciudad de México, las mujeres de clase baja, generalmente debe participar en actividades informales aun si su marido recibe una entrada fija, ya que ésta es insuficiente para sostener a la familia. Las mujeres divorciadas, viudas o solteras dependen, por supuesto, enteramente de las actividades informales.

Las mujeres de clase baja dependen notablemente del servicio doméstico, del comercio menudo y de la cocina callejera para ganar algún dinero. No se puede considerar que el número cada vez mayor de las mujeres que venden frutas y dulces o refrigerios en las calles de la Ciudad de México esté satisfaciendo una demanda dentro de la economía urbana. Así, la desesperación las lleva a crear su propia demanda, ya que no tienen otra alternativa económica. De hecho, una de las conclusiones principales de este estudio es que para analizar por qué realizan ciertas actividades, debe examinarse la gama de posibilidades ocupacionales que encuentran las mujeres en medios específicos según su clase. En el caso de un grupo de mujeres inmigrantes en Ciudad de México, tal examen demostró que esta gama es en extremo restringida. La mayoría de los empleos disponibles para ellas, tanto formales como informales, son de remuneración extremadamente baja, tienen bajo estatus social, no ofrecen seguridad social ni beneficios colaterales, con frecuencia involucran maltrato psicológico o físico —incluyendo el abuso sexual— se realizan en medios incómodos, sucios y tediosos. Es en extremo irrazonable el suponer que cualquier persona que pudiera elegir algo distinto preferiría este tipo de trabajo. En el caso de las vendedoras callejeras mazahuas, su elección de actividad es en realidad la más racional y la que proporciona mayores ventajas dentro de su conjunto de probabilidades.

Por consiguiente, la conclusión de este estudio, en cuanto se refiere a las mujeres en el sector de trabajo informal en Ciudad de México, es que

la carencia de oportunidades formales de trabajo, especialmente para las mujeres mayores de 30 años, las obliga a ingresar a las actividades informales que tienden a crear su propia demanda. Se ocuparán en el servicio doméstico irregular o en las ventas callejeras o en la preparación de comida en las calles. El preguntarles por qué han elegido esas actividades específicas, carece de interés. El preguntarles si aceptarían un empleo bien remunerado y cómodo, aunque inexistente, es absurdo. En todo caso, seguramente responderían: "Pues tiene uno que hacer su lucha, ¿no?".

Fuentes consultadas

Boserup, E. (1973), "Employment of Women in Developing Countries", Trabajo presentado ante la Conferencia Internacional sobre Población en Lieja.

Cardoso, F. E. y E. Faletto (1973), *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores.

Chaney, E. y M. Schmink (1975), "Las mujeres y la modernización: acceso a la tecnología", en *La mujer en América Latina*, vol. I. México, Sep-Setentas.

Oliveira, O. de (1976), *La absorción de mano de obra a la estructura ocupacional de la Ciudad de México*, México, El Colegio de México.

Frank, G. (1972). *El desarrollo del subdesarrollo*, México, ENAH.

Jusidman, C. (1971), "Concepciones y definiciones en relación con el empleo, el desempleo y el subempleo", en *Demografía y Economía*, vol. 3.

Muñoz, H., O. de Oliveira y C. Stern (1972), "Migración y marginalidad ocupacional en la Ciudad de México", en *El Perfil de México en 1980*. III, México, Siglo XXI Editores.

Myrdal, Gunnar (1968), *Asian Drama*, New York, Twentieth Century Fund.

Nash, J. (1975), "Certain Aspects of the Integration of Women in the Development Process: A Point of View", Trabajo preparatorio para la Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer. E/Conf. 66/BP/5.

Nun, J. (1969), "Sobrepoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", *Revista Latinoamericana de Sociología*, 69, 2.

Oficina Internacional del Trabajo (OIT) (1975), *Womanpower*, Ginebra.

Oppenheimer, V. (1970), *The Female Labour Force in the United States*, Berkeley, California, Universidad de California.

Quijano, A. (1970), "Redefinición de la dependencia y proceso de marginalización en América Latina", CEPAL, mimeógrafo.

Rostow, W.W. (1960), *The Stages of Economic Growth: a Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press.

Capítulo 29

Análisis del ciclo de desarrollo del grupo doméstico

Como expusimos en la Introducción, la base teórica de este tipo de estudio es la reintroducción del factor tiempo al estudio de la composición de grupos residenciales. En palabras de Fortes, en este capítulo nos proponemos, mediante "procedimientos estadísticos elementales, reducir los 'tipos' o 'formas' aparentemente discretos de organización doméstica... a efectos diferenciales de principios idénticos que actúan en contextos locales y sociales variables" (1949, p. 84).

Por una parte, entonces, demostraremos que los distintos "tipos" de familia tradicionales, esto es, nuclear, extensa, etcétera, corresponden a etapas de un cierto ciclo de desarrollo, y que "la composición de los grupos domésticos varía, no porque haya una regla abstracta de residencia que admita excepciones, sino porque los factores que influyen en el crecimiento y escisión de las familias producen efectos distintos en situaciones distintas" (Miller, 1964, p. 172).

Características del grupo doméstico

Uno de los primeros problemas a los que se enfrenta el antropólogo social, al analizar sus datos de campo, es definir su unidad de análisis: familia o grupo doméstico.

Concordamos con Buchler y Selby en que la "familia" es "una construcción derivada etnocientíficamente" (1968, p. 21). De ahí que "los criterios para establecer la forma de la familia sean derivados culturalmente, com-

parados con los criterios para definir grupos domésticos (*households*) que formula el etnógrafo" (*ibid.*, p. 22).

La familia como categoría conceptual no existe en Zacatipan; y, a juzgar por la evidencia, nunca ha existido en el idioma náhuatl. En Zacatipan utilizan el término de *nochi chancayetoni,* que analizamos en el capítulo anterior, para denotar grupo doméstico. Hicimos ver que su conceptualización se basa en un criterio residencial y no en lazos puramente de descendencia y consanguinidad. Esta conceptualización es uniforme, ya que se extiende también a parientes de segundo grado: *ichancahuan* es una palabra que designa a los que vivieron en la casa de ego, o sea a los tíos y primos que durante varios años forman parte de su grupo doméstico.

Nutini (1969, p. 16) trata de esquivar esta diferenciación arguyendo que de todas maneras los grupos domésticos están compuestos por familias "nucleares", "extensas", etcétera, y procede, erróneamente a nuestro juicio, a descomponer las unidades residenciales en familias. Pero, como insisten Buchler y Selby, "la forma de la familia existe solamente en la mente de los informantes, y el etnógrafo meramente traduce los resultados de una metodología rigurosa y específica de una cultura a fin de establecer lo que debería ser la forma de la familia en la cultura *x*" (*op, cit.*, p. 22). En consecuencia, por "fíat analítico" la afirmación que dice "la familia extensa promedio se compone de 2.5 familias nucleares" (Nutini, *op. cit., 195)* no es admisible.

Evidentemente la inexistencia de un término específico en la lengua no presupone su inexistencia como categoría dentro de la cultura. Por ello llevamos a cabo una minuciosa averiguación sobre este punto en Zacatipan, pero concluimos que, efectivamente, la familia como *categoría* basada, exclusivamente, en *lazos de parentesco* no desempeña ningún papel dentro de la estructura social. Más aún: dadas las características que vamos a exponer en el capítulo presente —entre ellas lo determinante que es para la formación de los grupos de producción la residencia, y el hecho de que la descendencia no funcione como principio regulador del rol social del individuo—, la "familia" en este sentido no puede desempeñar aquí una función.

Por estas razones, nuestra unidad de análisis es el grupo doméstico que definimos partiendo de dos factores: la residencia y la unidad de consumo. Consideramos grupo doméstico al que habita una sola vivienda. No hay el problema de un grupo residencial que habite en casas contiguas siendo una sola unidad de consumo, ya que en Zacatipan cada casa tiene

un hogar; todos los que viven bajo el mismo techo y *sólo* ellos constituyen una unidad de consumo.

Para los efectos de nuestro análisis, entonces, hemos considerado cada vivienda como un grupo doméstico separado, aun cuando varias se hallen contiguas, puesto que es usual que los hijos casados construyan sus casas cerca de la de su padre. Aquí vale hacer la distinción entre *escisión y segmentación* de un grupo residencial. En caso de segmentación —dice Barnes (citado en Goody, 1958, p. 58)—, el grupo se subdivide internamente, pero retiene su unidad y cohesión. Este caso es común en Mesoamérica, como lo describe Romney, por ejemplo, cuando se refiere a los mixtecos de Juxtlahuaca (1966, pp. 44-45). Allí los hijos construyen su casa junto a la del padre, alrededor de un patio central. Siguen constituyendo con éste una unidad de consumo y de producción. En cambio, en caso de escisión el grupo residencial se divide en unidades distintivas e independientes, desapareciendo el primer grupo como entidad social. En Zacatipan al trasladarse el hijo casado y su familia a su nueva vivienda se constituye una unidad independiente en cuanto a residencia y a consumo, aunque no siempre en cuanto a producción. Por esto es necesario refinar aún más esta distinción. Goody va más allá y distingue primero entre *escisión aditiva,* en la que el nuevo grupo es una adición a una serie lineal, por ejemplo en el caso de linajes; y *escisión cíclica* en la que el nuevo grupo reemplaza al grupo viejo. Es el caso, por ejemplo, de la *famille souche* y de la familia del *xocoyote* en Mesoamérica, en las que el grupo familiar del hijo menor sustituye al del padre.

Goody hace notar, además, que la distinción de Barnes puede parecer paradójica, ya que el proceso de separación está conformado por acciones humanas y éstas no son susceptibles de ser separadas y, al mismo tiempo, permanecer unitarias. Concluye, por lo tanto, que "la retención de la unidad debe estar en relación con otro conjunto de actividades" (1958, p. 60). En virtud de eso, "los grupos de actividad única, tales como grupos domiciliarios o matrimonios, sólo pueden separarse completamente (escisión total) y nunca parcialmente (segmentación)" (*ibid.*). El matrimonio joven que se independiza en Zacatipan resulta de una escisión total de la casa paterna en cuanto a residencia. Pero es obvio que comparte con ésta otras actividades. De ahí que "la segmentación sólo puede decirse que ocurre en grupos multifuncionales" (*ibid.*). Significa que sólo si la elegibilidad a un grupo está definida por más de un criterio o actividad o por un principio

general de asociación, puede existir una subdivisión interna a un nivel. De este modo, el grupo doméstico en Zacatipan sufre una escisión solamente parcial, puesto que en muchos casos la actividad productiva y también de distribución sigue siendo compartida por el grupo de los hijos con el padre, en equipos de "mano vuelta".

Queda aclarado, así, que utilizaremos un criterio de residencia para considerar los grupos domésticos en su ciclo de desarrollo, pero trataremos esos grupos más amplios de hijos y padre, o de hermanos, al hablar de los equipos de labranza. Nuestro objetivo es comparar estos dos grupos y ver en qué forma los grupos de producción influyen y hasta cierto punto determinan los momentos de escisión y segmentación de los grupos domésticos.

Composición de los grupos domésticos

La encuesta que realizamos proporcionó datos cuantitativos sobre los grupos domésticos. El rango de sus miembros va de 2 a 16; la mediana es 6 y el modo 7. Esto nos señala cierta homogeneidad en su composición, puesto que su promedio es de 6.3 miembros por grupo.

Dado el enfoque del presente análisis, nuestra preocupación por encasillar a los grupos domésticos en "tipos": nuclear, extenso, etcétera, se reduce a un mínimo.

De todas formas, los estudios tipológicos más recientes, por ejemplo el de Romney, tienden a la utilización de símbolos matemáticos mucho más precisos, y las clasificaciones nominales amenazan con volverse obsoletas.

Brevemente haremos notar algunos puntos importantes en el cuadro 1. La forma más frecuente del grupo familiar es la nuclear y no la extensa como tiende a pensar la gente de Zacatipan. Corresponde al 68.4 por ciento del total, ello se debe a que constituye la etapa más prolongada del ciclo del desarrollo. Por otra parte, no se encuentra ningún grupo doméstico donde habiten personas de un solo sexo. Las razones son obvias: la división de labores por sexo es muy estricta y la falta de oportunidades de trabajo asalariado imposibilita a una mujer sola o a un hombre solo a mantenerse independientemente.

Ningún grupo doméstico abarca más de tres generaciones lineales. Evidentemente este rasgo se debe a factores demográficos más que culturales:

como lo ha demostrado Coale (1965), la mortalidad y la esperanza de vida tienen un efecto determinante en la composición de los grupos domésticos.

Cuadro 1
Frecuencias de composición del grupo doméstico

Miembros del grupo doméstico	*Frecuencias*
Hombre, mujer	5
Hombre, mujer, hijos de ambos	57
Hombre, mujer, hijos de ambos e hijos de él	1
Hombre, mujer, hijos de ambos e hijos de ella	4
Hombre, mujer, hijos de ambos, hijo de él e hijo de hermana de primera esposa	1
Hombre, mujer, hijos, hijos de hermana de él	1
Hombre, mujer, hijos, hijos de hermana de ella	1
Hombre, mujer, hijos, madre de él	2
Hombre, mujer, hijos, madre y hermano de él	2
Hombre, mujer, hijos solteros e hijo(s) casado(s), nueras, nietos	8
Hombre, mujer, hijos solteros e hija(s) casada(s), yernos, nietos	2
Hombre, mujer, hijo casado, nuera, hermana de ella	1
Hombre, mujer, hija casada, yerno, hijo, hermano de él	1
Hombre, mujer, hijos solteros, hijo(s) casado(s) y madre de él	1
Hombre, mujer, nieto casado, nuera-nieta	1
Viudo, hijos solteros	1
Viuda, hijos solteros	2
Viuda, hijo casado, nuera	2
Viuda, hijos solteros, hija casada, yerno, nieta	1
Viudo, madre, hermanas, solteras	1
Viudo, nuera viuda, hijos solteros y nieto	1
Viuda, hija casada, yerno, nietos, nieta casada y yerno-nieto	1
Hermanos, casados, cuñadas, hijos, hermana de padre	1
Hermanos, casados, cuñadas, hijos, madre	1
Hermanos casados, cuñadas, hijos, madres y hermanas solteras	1
Hermanos, casados, cuñadas, hijos	2
Total	102

Encontramos en éstos únicamente miembros cognáticos y de afinidad en primer grado. El único caso divergente es el de un hijo de la hermana de la primera esposa viviendo con el tío político, pero no es una excepción, sino precisamente lo que indica Fortes: un efecto diferencial debido a circunstancias especiales. En este caso, la muerte de los padres del joven y de su tía materna le dejó como único pariente a ese tío.

En cuanto a la frecuencia diferencial de parientes colaterales y de afinidad viviendo conjuntamente, incluidos en los grupos domésticos, vemos que es casi igual, lo que corrobora la bilateralidad en el reconocimiento de parientes. Las reglas de residencia para huérfanos y viudos también lo corroboran. Quedan viviendo en la casa en que residen, ya sea la familia del padre o de la madre. En caso de divorcio o abandono, se procede de la misma forma. Sólo en caso de que la familia viva neolocalmente, los hijos o la viuda tienen la alternativa de regresar a la casa viripaterna o uxoripaterna.

Ciclo de desarrollo del grupo doméstico

Nos proponemos demostrar que normalmente el grupo doméstico en Zacatipan atraviesa por un ciclo de desarrollo bien definido, exhibiendo en cada etapa un tipo de composición familiar particular. Todos los distintos tipos de grupo doméstico en Zacatipan, caen dentro de un modelo del ciclo de desarrollo.

Este método de análisis, aplicado inicialmente por Freeman, R. Smith y M. G. Smith, consistía en extraer del censo de residencia y de las historias personales de un conjunto de individuos, los principios que rigen el desarrollo de los grupos domésticos. La tarea de deducir y reconstituir la línea general de desarrollo, sin embargo, dependía por entero de la habilidad analítica del antropólogo. Se logró un gran avance al desarrollarse una técnica para medir estadísticamente este ciclo. Aquí utilizaremos la técnica propuesta por E. A. Hammel, por parecemos la más abreviada y la más idónea, ya que fue la primera que se aplicó a una sociedad latinoamericana.

Su tipología parte de la mujer como punto de referencia, y toma como indicador su edad. La agrupación que ocurre alrededor de la mujer la llama "familia", "a falta de un mejor término" (Hammel, 1961, p. 990).

La premisa sobre la que se basa este tipo de análisis es que *el índice de ocurrencia de un tipo de familia en un rango de edad específica sugiere la probabilidad de que la mujer viva en este tipo de familia al llegar a esa edad en su vida* (*ibid.*, p. 992). Dado que la correlación entre edad y tipo de familia no es perfecta, es obvio que no todas las mujeres atravesarán necesariamente por cada etapa del ciclo. Pero una proporción suficiente lo hará, como para justificar el construir un modelo estadístico del ciclo.

También es necesario suponer que la población no está expandiéndose ni decreciendo en forma anormal, lo que haría poco confiables los resultados.

Desde el punto de vista de la mujer, clasificamos las familias como sigue:

1. *Nuclear* (N): Si la mujer vive con cónyuge corresidente y sus hijos.
2. *Más-que-Nuclear superordinada* (+Nsup.):[1] Si vive con cónyuge corresidente, hijos y descendientes de segunda generación, o sea, nietos Puede ser: *a)* Parental. Con hijos, los cónyuges de éstos y nietos, *b)* Lineal-granparental. Con nietos pero sin hijos, c) Lateral-granparental. Con descendientes laterales de segunda generación.
3. *Más-que-Nuclear Lateral* (+N L): La extensión es un adulto u otra familia con quienes viven conjuntamente, pero hacia quienes la mujer está en posición de autoridad.
4. *Más-que-Nuclear subordinada* (+Nsub.): Con cónyuge corresidente, pero con la mujer en posición subordinada a sus padres o a los padres de su marido.
5. *Menos-que-Nuclear no dependiente* (—N nodep): Sin cónyuge, pero estando la mujer en una posición no subordinada. Puede haber otra mujer con igual autoridad en la casa. Se incluye a las viudas.
6. *Menos-que-Nuclear dependiente* (—N dep): Sin cónyuge y sin hijos; la mujer está subordinada a sus padres o abuelos. Evidentemente la agrupación familiar alrededor de ella es *más-que-Nuclear,* pero aquí el elemento crucial es el no tener cónyuge y estar en una posición subordinada (Hammel, *op. cit.*, p. 995).

Algunos puntos de su clasificación nos parecen débiles. Por ejemplo, lo que menciona en el punto 6. Además, ¿cómo aquilatar operacionalmen-

[1]La traducción de los términos al español no sólo en éste, sino en la generalidad de los casos, nos parece atroz. Pero mientras no refinemos nuestros conceptos y busquemos términos más apropiados en español tendremos que usar traducciones.

te la autoridad de una mujer? Pongamos por caso, si la suegra ejerce la autoridad, la nuera vive en agrupación *más-que-Nuclear subordinada;* pero si ella la ejerce, será *Más-que-Nuclear superordinada.*

En el cuadro 2 puede apreciarse la aplicación de esta tipología a la población de mujeres mayores de 15 años captada en la encuesta. A simple vista ya se aprecia una secuencia entre los distintos tipos de grupo doméstico. Pero se hace más evidente en los porcentajes por rango de edad, incluidos en el cuadro 2, y que traducimos a la gráfica 1. En ella se define propiamente el desarrollo del grupo doméstico, resaltando de inmediato su contorno cíclico.

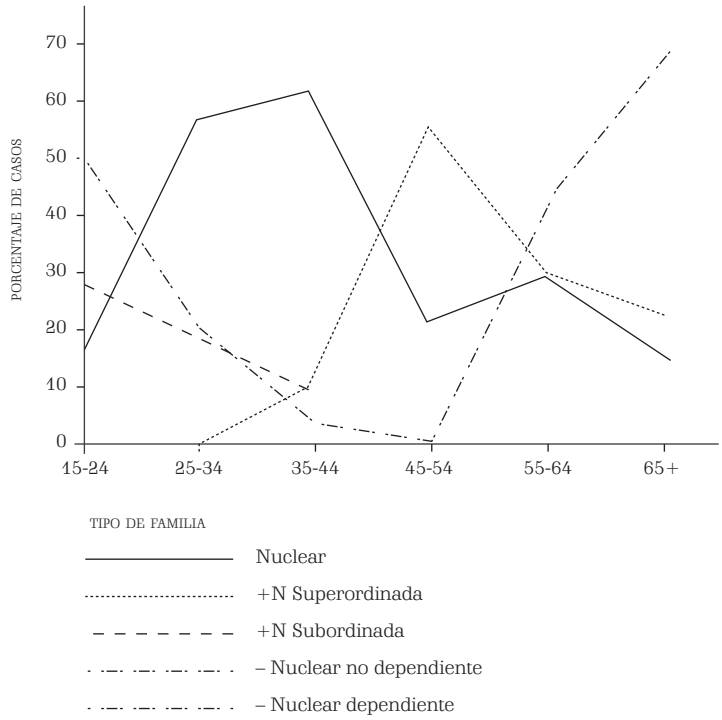
Cuadro 2
Distribución de tipos de familias por edad de la mujer
(con porcentajes por rango de edad)

	Nuclear		*+ N Superordinado*		*+N Lateral*		*+N Subordinada*		*- N no - Dependiente*		*- N Dependiente*		*Total*	
Edad	*Nº*	*%*	*Nº*	*%*	*Nº*	*%*	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%
15-24	9	15			2	3.3	17	28.3			32	51.6	60	33.9
25-34	25	57.0			2	4.5	8	18.1			9	20.4	44	24.9
34-44	21	61.7	4	11.7	3	8.8	3	8.8			1	3.0	34	19.8
45-54	5	20	10	55.5					3	1.6			18	10.1
55-64	2	28.5	2	28.5					3	42.8			7	3.9
65 y más	2	14.2	3	21.4					9	65.3			14	8.0
Total	64	36.2	19	11.3	7	3.9	28	16.0	15	8.5	42	23.1		177

Con base en esta gráfica, construimos un modelo estadístico del ciclo, en el que se muestra los contornos en forma más contrastante. Se representa en la figura 1.

Este modelo, ya confirmado estadísticamente, puede ahora explicarse mediante los datos de campo. Entre los 15 y 24 años, un poco más de la mitad de las jóvenes viven todavía en situación de dependencia en casa de sus padres o, en caso de que éstos hayan muerto, en un grupo familiar cuyo jefe es el hermano mayor. Las mujeres de esta edad, casadas, viven también como subordinadas, sea en casa de los padres de su esposo, sea

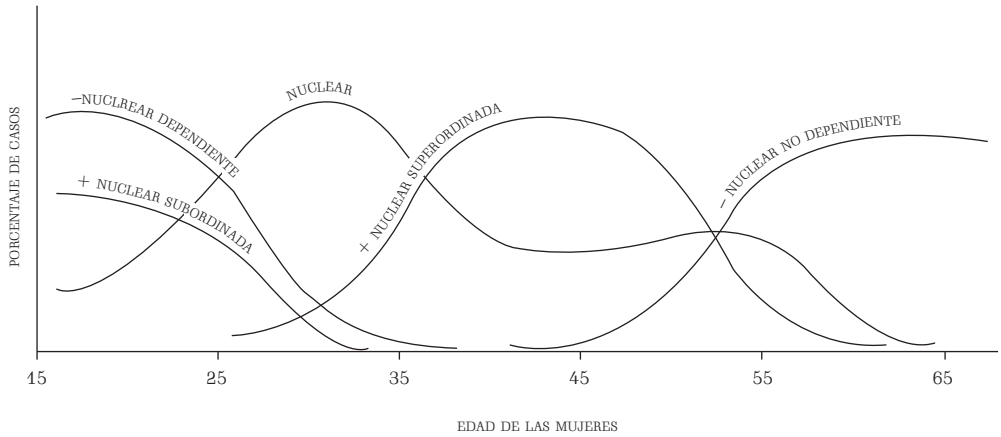
Gráfica 1
Distribución porcentual de tipo de "familia", por rango de edad (mujeres)



de los suyos propios. Una minoría, el 15 por ciento, vive ya independientemente en su propia formación nuclear. Pero esta proporción va creciendo hasta que, alrededor de los 30 años, casi todas las mujeres viven sólo con su marido y sus hijos solteros. A medida que sus propios hijos crecen y se casan, van incorporando a nueras y yernos al grupo doméstico: se nota claramente en el ascenso de la curva de la familia nuclear superordinada a partir de los 30 años. Esto hace que, a los 45 años, la mayoría de las mujeres vivan en este tipo de formación. A partir de ese momento, decrece. Se debe a que los hijos casados, quedan viviendo en casa de sus padres un promedio de 8 a 10 años. Estos hijos empiezan a casarse cuando la madre tiene entre 30 y 35 años, y salen a formar su propio grupo residencial cuando ella alcanza la edad entre 45 y 50 años. Efectivamente, al llegar la

madre a los 55 años, este tipo de familia casi no existe: todos sus hijos casados ya se han separado, y ella queda viviendo —ya viuda o todavía con su marido— en su propia casa con la familia del hijo menor, el *xocoyote*. Cae en la categoría de no dependiente puesto que, aunque formalmente ocupa la posición de jefe de la familia, las figuras centrales del grupo son su hijo y su nuera.

Figura 1
Modelo estadístico del ciclo de desarrollo del grupo doméstico

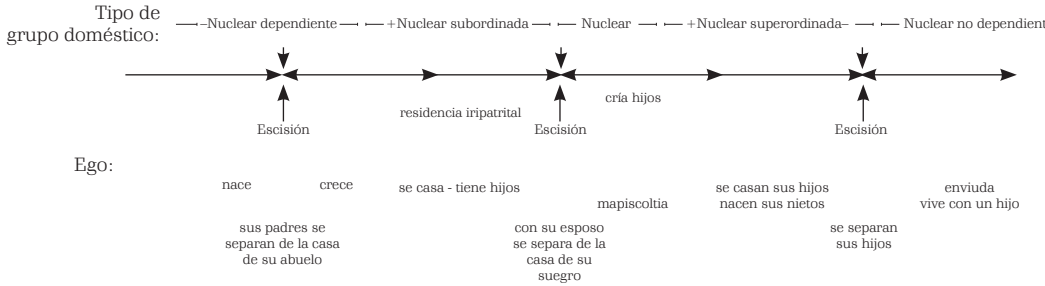


Este mismo modelo estadístico lo extrapolamos a nivel individual como se muestra en la figura 2. Cabe aclarar que es obvio que a nivel empírico no todas las mujeres pasan por este ciclo. Pero si hablamos de regularidades sociales, lo que estamos haciendo es manejar frecuencias. La menor o mayor frecuencia con que ocurra cierto tipo de comportamiento señalará si es o no característico de una sociedad específica. Así, este modelo es, en palabras de Barth, "una distribución de frecuencias alrededor de un modo estadístico" (1966, p. 1).

Por tanto, lo que a primera vista parecían distintos tipos de formación familiar, es decir 68 por ciento de familias "nucleares", 25 por ciento "familias extensas", queda demostrado que son etapas de crecimiento del ciclo de los grupos domésticos. Y las formas divergentes que no se ajustan al modelo representan soluciones a circunstancias anómalas. Dare-

mos un ejemplo: los cinco grupos domésticos de hermanos casados y sus familias, que viven juntos, constituyen un caso anómalo. Pero de hecho, su separación normal de la casa paterna fue detenida o retardada en todos los casos por la muerte prematura del padre. En dos de los casos el hermano mayor, que tomó la dirección efectiva del grupo al morir el padre, ahora rehúsa repartir la tierra patrimonial; a sus hermanos no les queda otro remedio que permanecer bajo su mando. En los otros casos los hermanos menores se han casado recientemente y aún no pueden establecer una casa aparte.

Figura 2
Modelo individual del ciclo de desarrollo del grupo doméstico



Hay sólo otras cuatro variantes divergentes en cuanto a formación doméstica: los abuelos que viven con un nieto casado; la nuera que quedó viuda y vive aún con su suegro viudo y sus cuñados solteros; y dos casos de yernos viviendo con la familia de la esposa. Todas pueden explicarse por circunstancias anómalas como sigue: el primer caso se debe a que murió el hijo *xocoyote* que vivía con sus padres; en el segundo la nuera es la única mujer en la casa, por lo que no la dejan regresar con sus padres. En los dos últimos casos los yernos provienen de familias con muchos hermanos y que han quedado, por otra parte, sin tierras.

Una vez que hemos demostrado la coherencia interna de las distintas formaciones, podemos establecer los principios o normas que rigen el crecimiento del grupo doméstico en Zacatipan: la norma es el matrimonio monogámico. Se espera que las mujeres se casen entre los 14 y 25 años; los hombres entre los 15 y 30. Los primeros años de matrimonio los pasan en casa del padre del esposo, o, debido a circunstancias especiales, en

casa del padre de la esposa. Antes de que sus hijos lleguen a la pubertad la pareja se traslada a su propio hogar, con excepción del hijo menor, que permanece en casa del padre.

Pero para circunstancias anómalas, existen también normas prescritas. Si un matrimonio sólo tiene hijas mujeres, el primer yerno reside con dicho matrimonio. Si mueren los padres y hermanos de una persona, ésta debe ir a vivir con los parientes colaterales más cercanos. Si el padre muere antes de separarse sus hijos, se espera que el mayor tome la responsabilidad y que todos sigan habitando juntos.

Ahora bien, ya hemos comprendido la relación entre formas domésticas diferenciales, los principios que rigen la estructura familiar y las normas alternativas que solucionan situaciones anómalas. No obstante, nos interesa dar un paso más allá, tal vez ambicioso, pero quizás nos abra la puerta a un análisis que no sea sólo descriptivo, sino explicativo. O lo que es lo mismo: buscamos el porqué de esos principios. Las normas no pueden ser creación gratuita de la mente social. No cambian ni se alteran por vida propia. Tienen que estar ancladas en procesos fundamentales de la sociedad. Con la búsqueda de estos orígenes, surgieron correlaciones muy significativas, a medida que ahondamos en los datos etnográficos. Dichas correlaciones llevan básicamente a combinaciones de factores demográficos y de la producción.

Demografía y grupo doméstico

Las relaciones directas entre demografía y formación familiar se hallan explicadas en el libro *Aspects of the Analysis of Family Structure*, de Coale (1965). Queremos añadir solamente algunos aspectos distintivos de la etnografía de Zacatipan que se refieren a este punto.

Ya mencionamos, en el capítulo correspondiente, cómo los índices de mortalidad y morbilidad indican ciertas edades críticas en la vida de los individuos: la infancia, la pubertad, los primeros partos en las mujeres y la etapa de los 15 a los 20 años en los hombres. *De ahí la gran utilidad de pasar esos años en residencia patrilocal.* Son particularmente necesarios los cuidados durante el embarazo, el parto y las tareas posnatales de las jóvenes casadas. La ayuda de una mujer mayor, bien sea la madre o la suegra, bien

sean las hermanas o cuñadas, es imprescindible: sobre todo por la falta de servicios médicos.

Por otra parte, la baja expectativa de vida y el hecho de que, siendo comunidad agrícola, dependan marcadamente del trabajo físico, hacen necesario que sean sustituidos los hombres y las mujeres a una edad relativamente temprana en las labores del campo y en las domésticas. De ahí que un hijo, el *xocoyote* (y su esposa), tome(n) el lugar de sus padres. O sea, tanto la ultimogenitura como el matrimonio uxorilocal —en el caso de familias sin hijos varones— se hacen deseables.

La producción y el grupo doméstico

Los datos etnográficos demuestran que el régimen de la producción tiene una influencia determinante en la formación y escisión de los grupos domésticos. En particular, proponemos que las normas de composición de éstos están relacionadas directamente con el tamaño óptimo de los equipos de labranza y que un cambio en el tipo de cultivo y, por ende, en la organización de estos equipos, repercute en la composición de los grupos domésticos.

El estudio de las ramificaciones de las actividades extrafamiliares se vio mucho tiempo inhibido, como indica Goody, por la aceptación explícita, a partir de Malinowski y Murdock, de que el foco del proceso de reproducción social y económica era la "familia nuclear". Al contrario, se propone ahora que ésta no es el núcleo, ni del proceso de producción, ni del proceso de reproducción (Goody, 1958, p. 87). En la reproducción, la unidad mínima es el par conyugal; en la producción, lo son los distintos grupos de trabajo que emergen a lo largo de las etapas de labores agrícolas.

Por una parte, el tamaño del grupo doméstico está directamente ligado a la extensión de tierras que posee. En todos los casos estudiados, los grupos residenciales más numerosos corresponden a los más ricos. A veces, el padre no ha querido repartir parcelas a sus hijos, ya que ocupa cargos importantes en la comunidad y requiere del apoyo económico y político de un grupo extenso de hijos y yernos. En otros casos, los ingresos —principalmente del café— son lo bastante altos como para distribuirse entre los hijos, que así no tienen el incentivo de ganar su propio ingreso, impulso que normalmente los lleva a dejar la casa paterna.

En el caso contrario, si el grupo doméstico carece de tierras o tiene una parcela muy reducida, el momento de escisión de los hijos mayores ocurrirá casi inmediatamente después de casarse. Muchos de ellos optarán por el matrimonio uxorilocal, buscando integrarse a una familia donde no haya hijos varones. Así, las familias pobres pierden rápidamente la mano de obra disponible y, con ella, toda posibilidad de incrementar sus bienes de capital. Se constituye, de este modo, un círculo vicioso.

Los dos tipos de cultivo en Zacatipan requieren una organización distinta de la fuerza de trabajo. Nos servirán de base de análisis los datos que expusimos en los capítulos sobre la tecnología y economía.

El cultivo del café no requiere una inversión inicial en fuerza de trabajo que involucre a mucha gente. Un solo hombre, con la ayuda de un hijo pequeño, puede sembrar los cafetos en el semillero, cavar los hoyos necesarios —en un lapso reposado de tres meses— y trasplantar éstos y los *chalahuites* a la parcela. El mantenimiento del cafetal también requiere esfuerzos mínimos: un hombre y su hijo pueden podar los cafetos dos veces al año. El único momento en que se requiere un grupo regular de mano de obra es durante la cosecha.

Los granos de café que no se cortan a tiempo se secan y se echan a perder. Por ello en esa época se moviliza toda la mano de obra disponible en el pueblo, y las familias enteras participan en el corte. Un hombre que tenga una hectárea de cafetal, puede cosecharla sólo si su grupo doméstico es numeroso. Así, a un matrimonio joven con hijos muy pequeños, no les conviene separarse de la casa paterna, porque en ella encuentran otras personas que los pueden ayudar en su trabajo. Sólo cuando sus propios hijos llegan a la adolescencia, puede ser suficiente la mano de obra contenida en su grupo nuclear para cosechar el cafetal.

Se alían grupos domésticos independientes para cosechar sus cafetales sólo en caso de que éstos sean demasiado extensos; o también en el caso de que tengan pocos hijos.

Pero la importancia creciente del cultivo del café en la economía de Zacatipan está provocando cambios en el patrón residencial. Anteriormente, debido a la siembra del maíz para el autoconsumo y a la ausencia de trabajo asalariado, el grupo doméstico percibía sólo una mínima parte de su ingreso en dinero. Afirman los informantes que no había entonces fricciones entre los hermanos residentes en la casa paterna, por la distribución

de ese ingreso. Ahora, en cambio, el ingreso por la venta del café es líquido y, sobre todo, más visible. Son más frecuentes los conflictos dentro del grupo residente por la distribución a veces inequitativa, por la edad relativa de los hermanos. Por ejemplo, el hermano mayor, ya casado y con varios hijos, recibirá una parte mayor del ingreso que sus hermanos menores (que son aún solteros), aun cuando todos hayan trabajado en la misma proporción. Además, la mayor facilidad en la obtención de ingresos en dinero es un estímulo para que los hijos quieran separarse, en época más temprana, del techo paterno.

Por lo anterior, proponemos que la importancia creciente del cultivo del café, a partir de los años cuarenta ha producido fuertes incentivos para la escisión más temprana de los matrimonios jóvenes, contrariando la norma tradicional, según la cual los hijos debían permanecer en la casa del padre. Esta modificación efectiva en el patrón de residencia ya está produciendo normas que la racionalizan. O sea, un cambio estructural está produciendo, a su vez, un cambio en la ideología. En este caso, los jóvenes están adoptando, como racionalización de su conducta, algunas normas de la sociedad nacional, como son la neolocalidad después del matrimonio, y el derecho a un ingreso independiente.

Con respecto al cultivo del maíz, la situación es totalmente distinta. De por sí incosteable, la siembra del maíz lo es menos todavía si se hace en pequeñas extensiones. Se prefiere sembrar cafetos en las parcelas de propiedad privada, por lo que es común que los grupos de producción renten dos, tres o más hectáreas para sembrar. Hablamos de grupos de producción, ya que la unidad productiva para este cultivo —en contraste con la del café— rebasa los límites de los grupos domésticos y está constituida, precisamente, por los equipos de "mano vuelta".

Dichos equipos son necesarios por dos razones: primera, hay ciertas tareas del cultivo que deben ser realizadas intensivamente, como son: la siembra, las limpias y el barbecho. De no terminarlas en dos o tres días, la milpa crece en forma desigual o la tierra se endurece: en un terreno regular, dos o tres hombres no pueden realizarlas en ese término. Se necesita un grupo de seis o siete. Segunda, este cultivo no es viable económicamente si, además de pagar la renta de la tierra, se tienen que pagar peones. De acuerdo con la cuenta de gastos que expusimos antes, el campesino ten-

dría que pagar unos 1,000 pesos de costo de mano de obra cada ciclo. Es claro que casi ninguna familia en Zacatipan podría sobrellevar ese gasto.

Las sociedades buscan una solución a estos problemas, y en Zacatipan ésta tomó la forma de los equipos de labranza. Su formación se basa en el principio de ayuda mutua o "mano vuelta", una expresión muy popular. Se dice en náhuatl: *Axcan xinechmacuiti huan niman nimitzmaquepatiuh* ("Hoy ven a ayudarme y mañana te lo voy a pagar"). Existe el verbo *momai-maca:* "darse una mano". El trabajar de "mano vuelta" consiste en reunirse un grupo de seis a ocho hombres que se comprometen a laborar, por turno, en las tierras de cada uno de ellos para la duración de un ciclo agrícola.

El intercambio de trabajo está calificado de dos maneras: debe ser en especie y equivalente en cantidad de trabajo. Es decir, en virtud del primer punto, la relación se establece como una diádica de ayuda, y no como la prestación de un trabajo asalariado. Si un individuo, participando en un grupo de "mano vuelta", recibe el beneficio de la labor de otros en sus propios terrenos, está obligado a recompensarla también en trabajo. Si en alguna ocasión, por enfermedad o por alguna otra causa, no puede devolver el trabajo, no se acepta que envíe dinero: él debe buscar a una persona que lo sustituya y pagarle aquel dinero a ella. En virtud del segundo punto, todos los componentes del grupo deben ofrecer la misma capacidad de labor. Por ello quedan automáticamente excluidos los ancianos, como ya lo dijimos en páginas anteriores. De ahí la importancia de que un hijo sustituya al padre en estos grupos.

Por otra parte, si se tratara únicamente de reunir a siete individuos para trabajar juntos, un mismo grupo familiar podría lograrlo. Bastaría con juntar a los hermanos y a sus hijos. Pero la importancia de estos grupos no radica en la fuerza de trabajo reunida, sino en la reciprocidad que se genera. A la vez que refuerzan los lazos de solidaridad y la interdependencia de los grupos residenciales —nexos vitales en una sociedad campesina—, ello permite la circulación de bienes de capital escasos.

Los grupos de "mano vuelta" se forman alrededor de un individuo que posee una yunta. En un grupo sólo puede haber uno que la tenga, puesto que si hubiese dos se estaría desperdiciando la actividad de una de ellas. Así, se va rotando la yunta a los terrenos de cada uno de los integrantes del grupo. En ocasiones un miembro proporciona los bueyes de la yunta y otro el arado.

En general, componen estos grupos hombres emparentados en primer grado, ya sea por línea paterna —padre e hijos—, materna —tío matrilateral y sobrinos—, ya sea por afinidad —varios cuñados (los hermanos de la esposa o los maridos de varias hermanas)—. El núcleo central proviene del grupo de los *ichancahuan*, que analizamos en el capítulo anterior. Según los relatos de informantes, antiguamente los grupos de "mano vuelta" consistían sólo en estos parientes. En la actualidad, participan cada vez más los *huanpoijhuan*. El término denota a "contemporáneos", o sea, a hombres de la misma edad, pero se emplea de manera flexible para designar a amigos. En cuanto a este tipo de alianza, basada más en la amistad que en el parentesco, es interesante que se ha estado reforzando gracias a la escuela. Por primera vez, niños de la misma edad conviven en las mismas actividades durante varios años, y se crea entre ellos una solidaridad que no existía cuando el único punto de referencia, en la comunidad para los niños, era el grupo doméstico. Hoy en día este tipo de alianza horizontal está adquiriendo cada vez más importancia. El hecho de que ya participen —*huanpoijhuan* en los grupos de "mano vuelta" es muy significativo. Es interesante el hecho, que Freeman (1961, p. 212) hace notar, acerca de que la amistad juega un papel más importante en sociedades cognáticas, que el que normalmente desempeña en sociedades de parentesco unilineal. Pensamos que a medida que se vaya disolviendo la organización social indígena tradicional, estos lazos se afianzarán, tornándose en nexos más fuertes de compadrazgo, tan característicos de los pueblos mestizos mexicanos.

Las anteriores son las categorías de hombres que participan en los grupos de "mano vuelta"; pero, como ya explicamos, la composición efectiva de éstos depende de varias consideraciones prácticas: la circulación de un arado y una yunta, la extensión de los terrenos que se van a cultivar, la cercanía geográfica (tanto de los terrenos como de las viviendas de los participantes) y, también, el empeño en el trabajo de cada miembro. Así, cada grupo busca un equilibrio entre las consideraciones anteriores, y los nexos de parentesco o amistad entre los participantes.

Lo mismo que en el grupo doméstico, los grupos de labranza pasan también por un ciclo de desarrollo. Nos interesa mostrar el ciclo de este último en el seno del grupo doméstico, puesto que nos explica algunos rasgos de los modelos que elaboramos en páginas anteriores. El cuadro 3 muestra la distribución de frecuencias de la residencia de los hijos varones

en casa del padre. Al igual que para el grupo doméstico, las cifras nos permiten deducir el ciclo del grupo de trabajo, ciclo que nos muestra la historia de una unidad doméstica típica. Se desarrolla como sigue:

Cuadro 3
Número de hijos varones que viven con el padre

Edad del jefe de familia	*1 hijo*		*2 hijos*		*3 hijos*		*4 hijos*		*5 hijos*		*6 hijos*	
	Nº	*%*	*Nº*	*%*	*Nº*	*%*	*Nº*	*%*	*Nº*	*%*	*Nº*	*%*
15-25	2	100										
25-34	9	37.5	7	29.1	7	29.7	1	4				
35-44	9	39.5	4	17.4	5	21.7	2	8.9	2	9	1	4.3
45-54	7	33.3	3	14.2	5	23.9	2	9.5	2	9.5	2	9.5
55-64	2	28.5	2	28.5	2	28.5	1	14.2				
65-más	11	100										

1) Se inicia al separarse el padre de su propia casa paterna y constituir un grupo doméstico independiente. Sus hijos varones, de unos diez o doce años, apenas empiezan a ayudarle en las faenas del campo. El padre tiene entre 28 y 35 años de edad, y formará un grupo de "mano vuelta" con los hermanos solteros que viven todavía con el padre o con sus hermanos casados, primos o *ihuanpoijhuan*[2] quienes normalmente estarán en la misma etapa de desarrollo de su grupo doméstico respectivo.
2) Al llegar uno o varios de sus hijos a los 15 o 17 años, coincidiendo con su matrimonio y su incorporación al servicio civil de la comunidad, se les considera unidad de trabajo adulta y trabajan de lleno con su padre en el grupo de "mano vuelta". En caso de que el padre no hubiese tenido hijos varones, recibirá entonces a un yerno que trabajará en la misma forma con él. Si en la familia hay dos hijos, puede organizarse un equipo de labranza con algunos otros participantes fuera de la familia. Pero si hay tres hermanos o más, el grupo doméstico se escindirá rápidamente. ¿Por qué? Por las mismas razones que aduce Goody para otras sociedades: *1*) existe un tamaño óptimo para

[2]La partícula *i* indica posesión en tercera persona singular.

el grupo de trabajo —como ya explicamos— en relación con las labores de campo, y *2)* las demandas de la reciprocidad, de las que ya hablamos (*op. cit.*, p. 61). Así, el hecho de que sea poco frecuente que residan más de tres hijos varones en casa del padre a un mismo tiempo —como lo muestra el cuadro 3—, no se debe solamente a una regla de parentesco en abstracto, sino a la naturaleza de las relaciones de producción. La mayoría de los casos en el cuadro donde aparecen cuatro hijos o más viviendo en casa paterna, corresponden a las familias más ricas, excepción que ya explicamos; y a varios hermanos viviendo juntos, excepción que también ya mencionamos y que se debe a la muerte prematura del padre.

Así, al hijo mayor que se separe le incumbirá pasar a formar parte de otro grupo de trabajo. Si es el primero en salir de la casa paterna, tendrá que formarlo con primos, cuñados o *ihuanpoijhuan*. Si es el segundo o ya el tercero, podrá aliarse con sus propios hermanos ya independizados.

3) Los hijos mayores que se separen quedarán en la misma posición que su padre en el número 1. El hermano menor, o *xocoyote*, en cambio, seguirá trabajando con el padre, hasta reemplazarlo en las relaciones de "mano vuelta". De esta manera no se interrumpen las relaciones de reciprocidad de este grupo doméstico con otros de la comunidad.

Conclusiones

En este capítulo hemos demostrado que no existen "tipos" distintos de familias, sino momentos de un mismo ciclo de desarrollo y que éste no responde a normas subjetivas de orden "cultural" o psicológico, sino que resulta del juego de todas las distintas obligaciones que el grupo doméstico debe cumplir, siendo las más importantes la reproducción biológica y la producción. Otras son la preparación de alimentos y el servicio a la comunidad. *La clave para analizar el grupo doméstico es considerarlo una agrupación multifuncional:* sólo éstas pueden segmentarse internamente. La segmentación en los grupos domésticos, entonces, puede afectar sólo la integridad residencial y el consumo, pero mantiene indivisa —según las circunstancias particulares en casa caso— la unidad de producción.

Dicha unidad la constituyen los equipos de labranza, organizados sobre la base de un intercambio recíproco de trabajo. Estos equipos pasan también por un ciclo de desarrollo que nos ayudan a explicar el momento y los motivos por los que los matrimonios jóvenes se escinden del grupo doméstico del padre. Las necesidades de la producción de los distintos cultivos, la extensión de las tierras y los bienes de capital poseídos por los grupos domésticos influyen también en su desenvolvimiento.

Demostramos también que algunos factores demográficos, explicados en el capítulo correspondiente, tienen relevancia directa con el ciclo de desarrollo del grupo doméstico.

Finalmente, continuando con las conclusiones del capítulo sobre terminología del parentesco, encontramos un papel muy disminuido del parentesco consanguíneo como principio organizativo de las distintas actividades del grupo doméstico. Es más, demostramos que la organización de la producción en Zacatipan no da cabida a grupos de descendencia, ni a unidades residenciales mayores. Es decisivo en esto la existencia de los grupos de trabajo, ya que creemos que éstos cumplen en sociedades cognáticas como las mesoamericanas, algunas funciones que los grupos de descendencia llenan en las sociedades unilineales.

Fuentes consultadas

Barth, F. (1966), "Models of Social Organization", *Occasional Papers*, xxiii, London, Royal Anthropological Institute.

Buchler, I. (1967), "La organización ceremonial de una aldea mexicana", *América Indígena*, xvii, pp. 2, 237-264.

Coale, A. J. (1965), *Aspects of the Analysis of Family Structure*, Princeton, Princeton University Press.

Fortes, M. (1953), "The Structure of Unilineal Kin Groups", *American Anthropologist*, pp. 55, 17-41.

Freeman, J. D. (1958), "The Family System of the Iban of Borneo", en J. Goody (ed.) *(vide)*, pp. 15-52.

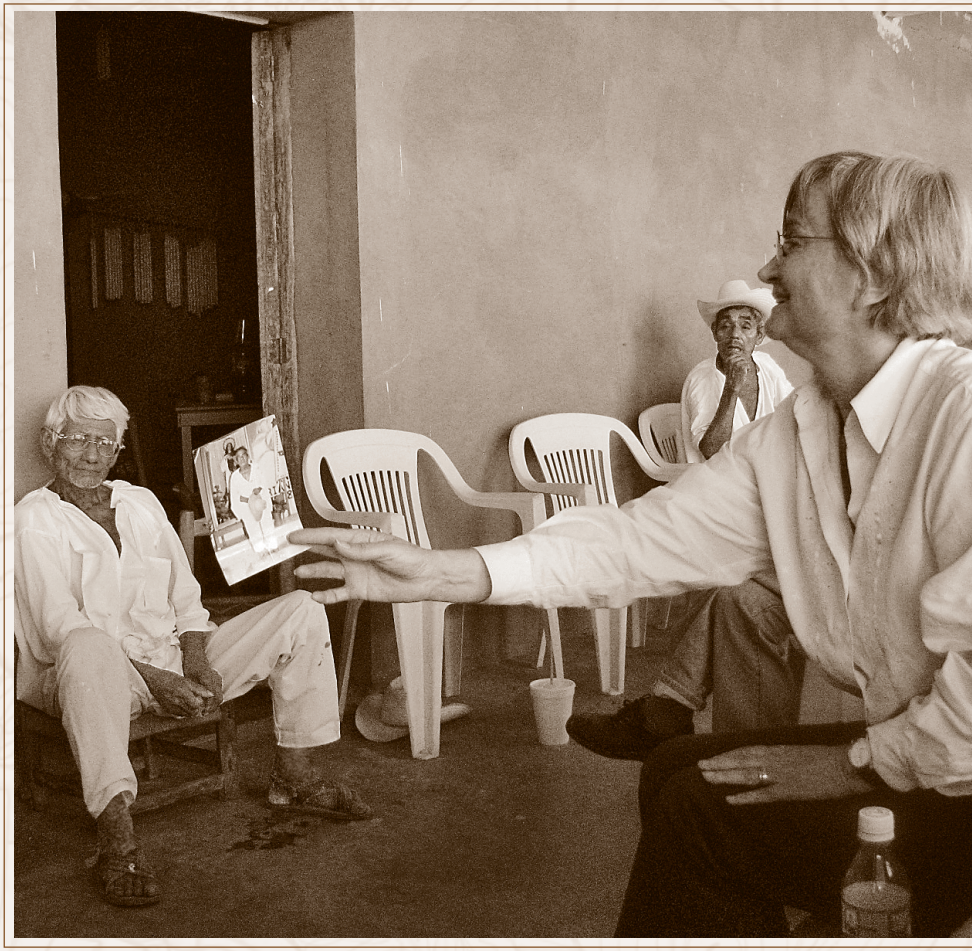
_____ (1961), "On the Concept of Kindred", *Journal of the Anthropological Institute*, xci *(Part 2)*, pp. 192-220.

Goody, J. (1958), *The Development Cycle of Domestic Groups*, Cambridge, University Press.

HAMMEL, E. A. (1961), "The Family Cycle in a Coastal Peruvian Slum and Village", *American Anthropologist*, pp. 63, 989-1005.
MILLER, F. (1964), "Tzotzil Domestic Groups", *Journal of R. A. I.*, pp. 94, 172-182.
NUTINI, H. (1967), "A Synoptic Comparison of Mesoamerican Marriage and Family Structure", *Southwestern Journal of Anthropology*, pp. 23, 383-404.
ROMNEY, K. y R. Romney (1966), *The Mixtecans of Juxtlahuaca, Mexico*, New York. John Willey & Sons.

Cuarta parte

Indígenas y pluralismo cultural



La antropóloga regresa sus fotos a los fiscales amuzgos de Tlacoachistlahuaca, Guerrero. 2011.

FOTO EDITH PÉREZ FLORES

Capítulo 30

De palabras y pensamientos: los nahuatlismos*

Las palabras son la cristalización del imaginario de un pueblo. Sólo por un momento, como diría el poeta nahua. Porque las palabras siguen su curso, representan lo que se mira, intentan capturar lo que no se mira, se recombinan para integrar lo uno con lo otro o resignifican lo que ya cambió en la metonimia de la imaginación. Se inventan, también, nuevas palabras para explicar lo insólito, lo nuevo. Por sólo un momento cristaliza un diccionario, como el que tenemos frente a nosotros hoy, como si fuera una etnografía de las palabras y, al mismo tiempo, su propia arqueología, al anotarse de dónde provienen.

Esa misma etimología, en el caso del castellano de México, tan atravesado de nahuatlismos, nos lleva lejos en la historia. Los que capta hoy este diccionario son filamentos que reconstruyen una complicadísima narrativa que podemos reconstruir. Y esto es lo que me fascina de este libro, los mundos invisibles, pero todavía allí, como efluvios que emanan de la historia, tácitos y a veces inasibles pero que están allí y nos hablan de otra historia la de la diversidad que vuelve a henchirse de significado y nos presenta el reto mayor de volver a entendernos.

Para ello hay que emprender nuevas exploraciones, exactamente como lo ha hecho este diccionario. Una investigación exhaustiva de lo existente que ahora irá sumando muchas más narraciones que apenas atisbamos que existen. Por eso sugiero que este diccionario se ponga en la línea y se convierta en algo como la Wikipedia de los nahuatlismos. De

*Ponencia en ocasión de la presentación del *Diccionario del náhuatl en el español de México,* compilado por Carlos Montemayor organizada por el Gobierno del Distrito Federal y el Centro Cultural UNAM, realizada en Tlatelolco, el 25 de octubre de 2007.

esta manera podrán contribuir cientos de personas que hayan encontrado otros vocablos, otros usos, locales y regionales, que seguirán tejiendo nuestro entendimiento.

Estas exploraciones las podremos hacer todos los mexicanos porque llevamos en nuestras mentes este prolífico imaginario. Y quienes son hablantes de náhuatl, quienes tienen la herencia cultural nahua originaria, nos pueden decir más todavía sobre estos significados invisibilizados o que habían sido dejados a un lado.

Quisiera transmitirles la gran fascinación que se fue apoderando de mí conforme leía el diccionario. Más todavía con los apéndices, en especial cuando ya de entrada anuncian que se trata de explicaciones "polémicas" en torno a la etimología y uso de algunos de ellos. Esta fascinación se refiere también al hecho de que ahora habría que hacer la antropología de estos usos de los nahuatlismos, tarea que, sin saberlo, al escribir esto tengo ya emprendida. Aprendí el náhuatl, una de las variantes del náhuatl, en mi primer trabajo de campo cerca de Cuetzalan, en la Sierra de Puebla. En éste se suprime la "tl" de manera que se dice *taxcal*, tortilla, en vez de *tlaxcalli*.

Trabajar con los nahuatlismos es ciertamente complejo, lo que destaca el gran logro de este diccionario, por las variantes del náhuatl en términos diacrónicos y también regionales. Se añade, además, la complicación de que la propia gente local traduce los vocablos de manera distinta: por ejemplo, cuando mi compadre me explicó que al llegar a su fin la milpa "huan queman tasincostia titaquelpachoa tiquitta mezti queman chicahuac mezti para amo tetocui loas tosin", que él mismo tradujo como "Doblamos cuando empieza a amarillear la mazorca y ponemos cuidado que sea en luna recia para que no se apolille mucho la mazorca".

Se pueden entrever campos muy vastos en estos idiomas en los que proliferan polisemias, es decir, cadenas discursivas y narrativas de significados simbólicos sociales y políticos y ecológicos de una enorme riqueza.

El ejemplo más sencillo de ello es la polisemia, o sea, las posibilidades de interpretación de los toponímicos. Así lo muestra también el diccionario. Por ejemplo, Huachinango, que además de ser varios lugares con ese nombre, es además pez, puede venir de *cua-chil-nacatl*, es decir, de *cuáitl,* cabeza, *chichiltic*, rojo, y *nácatl*, carne. Sin embargo, también puede provenir de *cuauh-chinan-co*, es decir, de *cuáhuitl,* árbol, *chinamil*, *chinamil* y

copartícula locativa. Por tanto, quiere decir, o algo de cabeza y carne roja, o lugar cercado de árboles.

¿Y si fuera el propósito querer significar una ambigüedad que deja abiertos los cielos de la interpretación? Porque así el significado de las cosas no quedaría cercado, atado, reducido a una precisión diversa en las distintas lenguas, precisión que es, por cierto, una característica muy moderna de las lenguas euroatlánticas. Esta exactitud nos lleva a tener que decir una sola cosa a la vez, en vez de invocar una multiplicidad de significados. Claro, hay espacios metonímicos y locaciones culturales para lo uno o para lo otro. Es decir, que esa invocación sí la hace la poesía en todas las lenguas.

Ello empieza con la escritura misma. Que no es fonética en el zapoteco, nos explica Víctor de la Cruz y tiene, además, milenios. Como no es fonética sino silábica la escritura maya. O como llegó a decir Era Round de los caracteres chinos: son, en sí mismos, un poema. Como lo es el difrasismo. Si me preguntaran cómo traduzco "cultura" al náhuatl clásico, diría que con el difrasismo que ellos mismos utilizaban: *in xochitl*, *in cuicatl*, las flores y los cantos. Lo que nace en medio de estos dos términos, en el cerca y el junto, arriba y abajo, es la cultura.

Cuando el diccionario, de manera inteligente, incluye también un apéndice de figuras poéticas del náhuatl clásico, así lo está invocando. Ofrecen así dos traducciones de estas figuras poéticas: en *"in xochitl, in cuicatl"* la literal, "flor y canto", pero además una segunda traducción, según explican "para mostrar su sentido amplio o simbolismo". En este caso, *in xochitl*, *in cuicatl* lo traducen como "poema". Y, a mi modo de ver, ¿qué es el poema si no la semilla, punto de origen y de destino, de la cultura?

Forma parte de esta antropología de los nahuatlismos el constatar que la base de la alimentación, la cocina y la farmacopea herbolaria en México corresponde a las lenguas indígenas y, en particular, al náhuatl. El vocabulario de nahuatlismos para ello en México es, como lo muestra el diccionario, infinito. Hablemos de achiote, aguacate, atole, biznaga, cacahuate, cacao, chayote, camote, chía, chilaquiles, chile (con 39 variedades y se quedaron cortos), chilorio, chocolate, huitlacoche, ejote, elote, enchilada, escamol, guacamole, jícama y jitomate y muchos más. Qué decir de las declinaciones del tamal y sus congéneres. Hágase notar que el nombre de algunas aportaciones españolas se mezcló con el nahuatlismo, por

ejemplo, cuando a una forma del pan de dulce de trigo se llama *cocol*. Como también se aplicaron a productos o animales europeos, por ejemplo, *cochino* que cuando alguna vez lo nombré en Madrid, tuvimos que tener grandes explicaciones para que concordáramos que se trataba de un cerdo o marrano. Y lo que les cayó en gracia es que al citar a la gente entrevistada en los pueblos mencionara "truje" y "endenantes", formas correctísimas del castellano, hasta el siglo XIX.

Es decir que hay idiomas que acumulan significaciones, como el idioma chino que suma el significante del signo, el significado de la palabra y la metonimia del vocablo. Y que el náhuatl es, en efecto, un idioma que acumula significaciones y metonimia. De ahí que este diccionario sea tan importante para la educación intercultural, para la política que se construye a través de la cultura, para la política cultural y para el goce y recreación del imaginario de los mexicanos.

Esta proliferación de significados, que nos otorga una fuerza cultural muy destacada tanto en las Américas como entre las naciones del mundo, proviene de varias fuentes, que no es el caso enumerar en esta ocasión. Una de ellas, sí, es la naturaleza de las lenguas mesoamericanas, que muestran, de hecho, una diversidad notable. Porque hay tanto lenguas tonales, sin duda relacionadas con las lenguas tonales del este de Asia, como el chino, cuyo ejemplo es el mazahua, entre otros, como lenguas de otros tipos, por ejemplo, aglutinantes, como el náhuatl.

Para dejar claro lo que nos aporta una lengua aglutinante, y un ejemplo de este tipo de lengua es el alemán, quisiera recorrer con ustedes alrededor la palabra *tlacatl*, que quiere decir "hombre". Y me refiero a éste precisamente porque es de los que, para pérdida nuestra, no se incorporaron al castellano de México.

Tlacatl, sustantivo y adjetivo, hombre, noble, señor dulce, humano, casto; *muchi tlacatl icniuh*, amigo de todos; *mucjhi tlacatl itlazo*, amado por todo el mundo. Además de utilizarse en frases, se le añaden varios distintos tipos de partículas, prefijos y sufijos para acumular significados, por ejemplo:

Tlacanemiliztli (con partícula *nemiliztli*, conducta, manera de vivir, o sea, ética) vida modesta, generosa, vida humana.

Tlacaquini, adjetivo, significa hábil, inteligente, reflexivo, que tiene discernimiento.

Tlacatiliztli (con partícula *iliztli*, acción) nacimiento, generación.

Tlacachihua (con partícula *chihua*, "hacer") significa engendrar un hijo o hija.

Tlacaxinachtli (con partícula *xinachtli*, semilla de todo lo que se siembra) significa la semilla del varón y también de la mujer, es decir, esperma y óvulo; *achtopa tlacaxinachtin* significa comienzo, fuente de la generación humana, el primer varón y la primera mujer. Conjunción de significados que nos convierten en parte del mundo que nos rodea.

Y siguen en el diccionario del náhuatl de Rémi Simeon seis páginas más de significados compuestos alrededor de la palabra *tlacatl*, que significa hombre pero que tiene, al mismo tiempo, el atributo de nobleza, de gentileza.

¿Acaso no comentan, otros pueblos, sobre el mexicano, que somos gente generosa, notablemente afables en el trato, que proclama justamente la hermandad entre los hombres? ¿No será que este basamento cultural pasó a todos los mexicanos, aunque la palabra se haya perdido? Y la pregunta final es, ¿acaso no es una gran pérdida para los mexicanos que esta lengua tan rica, tan poblada de imágenes y significados superlativos se pierda y no la conozcan muchos mexicanos?

Las palabras son el fino cristal que comprime los significados. Pero éstos permean a las culturas de manera mucho más extensa. Porque se deslizan en los usos y costumbres, de los cuales los mexicanos damos testimonio todos los días. Para ilustrar esta idea les daré un último ejemplo.

Los invito a echarse un *taco cultural* conmigo, uniéndose a mi aventura buscando al *taco* en la selva semántica de varias lenguas y sus sendos diccionarios. Después de echarle un *taco de ojo* a este flamante *Diccionario del náhuatl en el español de México*, le eché otro *de cachete* al *Diccionario del español usual en México*, que lo define muy bien como "tortilla de maíz o de harina enrollada y generalmente rellena de algo". Enseguida le suman *mucha crema a este taco* con una larga lista de sus usos aunque sin especificar de dónde viene el vocablo. ¿Cuál es, entonces, la etimología del gran taco? Diría yo, *entrando con los tacos por delante* que, aunque sin darnos mucho taco, no podemos más que decir ¡aquí mis tacos! La palabra *taco* viene de *tlacua*, palabra del náhuatl que quiere decir, ni más ni menos, ¡comer! O más cerca aún, en el náhuatl de la Sierra de Puebla, que es el que yo aprendí, se dice *tacua*, del que no hay más que una mordida hacia *taco, taquiza*.

Todo para decir que una lengua fuerte, testimonio de altas culturas que fueron sujetas a genocidio, etnocidio y marginación milenaria, no se pierde nunca. Las palabras están aquí pero además la forma de ser, de vivir y de sobrevivir sigue en pie.

Para finalizar este breve recorrido, asombrado y placentero, de este *Diccionario del náhuatl en el español de México,* diré que es evidente que esta obra la realizaron con admiración, con una dedicación profesional en alto grado y con un sentido alegre, de recobrar el habla y de recrear la lengua. Los lingüistas, historiadores y *tlacuilos* que en ella laboraron, junto a la mirada fiel de los nahuatlatos originarios y bajo el arco literario de un escritor, nos entregan una obra primordial, rica en diversidad y francamente, deliciosa para la imaginación.

Capítulo 31

Pluralidad cultural y proyecto nacional*

Museo de las culturas populares

Parece ser una natural inclinación humana el querer pertenecer. Pertenecer a algo integrado, unívoco a aquello que es diverso y, al mismo tiempo, es uno. Por ello, todas las religiones postulan la fusión o la comunión, con un principio primigenio de la naturaleza, del universo o del orden divino. En lo social, esta proclividad se expresa en el deseo de pertenecer, a un grupo, a un paraje, a una sociedad, o a una nación. Y por ello la promesa de todo sistema político es la pertenencia a una comunidad.

No hay dificultad en amalgamar voluntades para crear una *comunitas* ahí donde existen una lengua, una interpretación del mundo y de la historia y una cultura comunes. Pero en cuanto se rebasan los límites de la aldea local o de una región pequeña, el mundo de la pertenencia se llena de complejidades. ¿Por qué? Porque es inherente a la naturaleza humana la capacidad de crear cultura, en toda época histórica, en todo lugar geográfico, partiendo de toda herencia racial, cultural o psicológica.

Lo que nos ha dejado la historia de esta productividad cultural, tamizada principalmente a través de la movilidad geográfica y de las batallas por el poder, es un abigarrado mapa mundial de culturas, con una profundidad en el tiempo que asemeja estratos geológicos. Cualquier orden que se quiera imponer en este mapa aparecerá, por tanto, como dictado político o como ideal de la razón.

*Política cultural para un país multiétnico: coloquio sobre problemas educativos y culturales en una sociedad multiétnica / coordinación de Rodolfo Stavenhagen y Margarita Nolasco, México, Dirección General de Culturas Populares, © 1988, pp. 69-75.

La cultura occidental, en particular, ha querido destacar la noción de universalidad. Puede decirse que se apoderó del mundo, a través del discurso, mucho antes de que le siguieran las huellas, pesadamente, los ejércitos, los misioneros y los administradores coloniales. Y es que el proyecto filosófico que presenta es, sin duda, de los más atractivos que ha creado la historia: postula la comunidad humana universal, sin distinción de raza, cultura o religión; fundada en los designios de la razón que llevan a la libertad individual y la democracia política. Sobra mencionar, a este respecto, la flagrante contradicción que ha mostrado la historia de los últimos dos siglos, entre este discurso, el sistema económico que produjo el capitalismo y los mecanismos de *realpolitik* en que sustenta su poderío.

Para nuestros propósitos, interesa sobre todo constatar que los sistemas políticos emanados de su principal escuela de pensamiento, la ilustración, proponen, al postular la universalidad, una homogeneidad social. Si la soberanía radica en el pueblo, uno, y los ciudadanos gozan todos de igualdad, ¿cómo dar cabida a la diversidad? De ahí que, en este espacio histórico, el manejo de la diversidad social y étnica haya sido perennemente problemático. Más que sujetarla al poder, como hicieron la mayor parte de los grandes imperios que lo precedieron, el designio occidental es eliminarla a través de la aculturación masiva, o transmutarla llevándola a otro ámbito de expresión social.

En el campo político, el Estado-nación es el reflejo más claro de este intento por crear un concierto de voluntades que pactan su pertenencia a una unidad mayor, por encima de lealtades regionales, étnicas o religiosas. No es casual, por ende, que las naciones tengan cohesión y fuerza, cuando la propia historia se ha encargado de crear un pasado compartido que se plasma en tradiciones y valores colectivos, y que, por el contrario, como en el caso del colonialismo, las naciones sean endebles cuando se crean por decreto político, sobre fronteras establecidas arbitrariamente.

Pero la historia se encarga, también, de preservar, en mayor o menor grado, las tradiciones de etnia, de grupo y de clase. Y es la relación entre estas culturas y el proyecto nacional, la que determina la consistencia política y cultural de una nación. Es evidente que la fuerza y la solidaridad que desarrolle como nación dependerán de cómo se maneje políticamente esa pluralidad interna.

Sin embargo, no pueden abstraerse las naciones del contexto histórico en que se desenvuelven. Los Estados-nación en América Latina, Asia y África se implantaron con posterioridad a todo un sistema colonial en el que, en grado variable, se manipularon las diversidades culturales, étnicas y regionales con fines de hegemonía colonial. La ambivalencia resulta del hecho de que, al mismo tiempo, estas identidades se convirtieron en una de las principales armas en la lucha de liberación en estos continentes.

Estas lealtades simbólicas, por tanto, pueden servir para consolidar las bases de un Estado-nación, o bien para debilitarlo en caso de que aparezcan confrontaciones internas o de que intervengan intereses externos. Es decir, pueden unir o dividir, al interior de la nación.

Sobre esta base, se percibe que la diversidad social, en sí, no necesariamente representa un peligro para la nación. No puede serlo, además, porque es intrínseco al devenir cultural de toda sociedad. En cambio, el verdadero peligro, el que puede desunir, es el trato discriminatorio o represivo que se ejerza selectivamente contra ciertos grupos étnicos o clases sociales.

De hecho, podría afirmarse que la estabilidad política mostrada por los Estados-nación se debe, en gran parte, a su proclama de garantías individuales sin distinción a todos los ciudadanos, principio que, en nuestro país, fue plasmado en la Constitución de 1917. Por ello, al permitirse prácticas discriminatorias *de facto* en México, se atenta contra la propia legalidad constitucional y se lesiona el pacto social que sustenta la estabilidad política del país.

Si la diversidad cultural es inherente a toda sociedad mayor, y si en México hemos recogido una riquísima herencia de diversidad cultural, se desprende que la fuerza de unión o desunión de estas líneas de demarcación interna dependerá de cómo se lleva a cabo el proyecto nacional en que se hallan insertos los grupos y clases respectivos. Por proyecto nacional aquí, se entienden los grandes objetivos nacionales, plasmados en la Constitución y pactados por la mayor parte de las instancias de clase, de etnia y de cultura del país. Pero es necesario recalcar que en la práctica, ese proyecto, se hace concreto en la participación relativa de las diversas instancias en el ámbito del poder y en los beneficios derivados de la creación social de la riqueza.

A este respecto, la gama de experiencias nacionales en la historia muestra que las etnias y culturas diversas logran convivir en armonía,

solamente cuando priva una participación igualitaria de todas ellas en la democracia política y en el reparto de la riqueza acumulada. Son éstos los mecanismos que fortalecen la lealtad a la nación, preservando, a la vez, las lealtades hacia las identidades más inmediatas.

También importa mencionar que a lo largo de la historia, se ha visto que los tiempos críticos, al provocar reajustes ineludibles, pueden llevar ya sea a una mayor atomización social y política, o, por el contrario, a una mayor unidad para enfrentar los problemas coyunturales. México, se sabe, es un país rico en diversidad cultural, étnica y regional. Aun así, presenta frente al mundo y ante nosotros mismos un perfil muy definido como nación. En la coyuntura actual, sin embargo, en lo que respecta al tema abordado, México enfrenta, como pocas veces en su historia reciente, prácticas culturales y presiones económicas tendientes a la desnacionalización y fragmentación, así como un potencial de conflictos entre diversos sectores al restringirse y concentrarse aún más los recursos del desarrollo.

Frente a esta situación se abre la opción cultural de fortalecer la capacidad de expresión y representación de los diversos grupos que conforman la sociedad mexicana. Sabemos que la presencia y fuerza de la cultura mexicana proviene de la amplia diversidad de sus culturas internas. No sólo el pasado sino el presente indígena contribuyen día a día a reforzar una imagen cultural que tiene un punto de unión en una historia común. Las artesanías, las danzas, los cuentos, la riqueza lingüística y de literatura oral son factor de identidad. Y, a pesar de que son diversas, se reconoce en ellas un hilo común, mesoamericano.

En años recientes, también se ha hecho patente que esas culturas indias no han permanecido inertes. Al contrario, son activas, y se renuevan con cada generación. Quedan dentro, pues, de una gama amplia de creatividad cultural del presente que hoy denominamos culturas populares.

Pero hay también en México, culturas populares no indígenas. Hay culturas regionales, como la jarocha, la tapatía, la norteña, la yucateca, resultado de un fino mestizaje de legados antiguos y de vivencias nuevas. Abarcan también, las culturas de los trabajadores: los campesinos, los obreros, los pescadores los mineros y otros grupos. También se cuentan las culturas populares urbanas, que van desde los oficios y espectáculos teatrales y festivos, hasta una visión del mundo plasmada en ritos y costumbres.

Estas culturas populares que conforman la gran orografía cultural de México, se pueden desdeñar y arrumbar en rincones olvidados, sólo a riesgo de perder la libertad cultural, sustento de la soberanía. Se pueden también ordenar desde arriba, haciéndoles perder su sentido inmediato de vivencia y representación para convertirse en símbolos acartonados, desprovistos de autenticidad.

En cambio, si se les facilita el espacio y los recursos para expresarse, y recrearse, pueden constituir así una fuente inagotable de representaciones colectivas. Representaciones que ofrezcan a los individuos una consonancia cultural y psicológica que, a nivel del conjunto, fortalezcan la cultura nacional.

¿Se contrapone a esta representación nacionalista la vocación universal de la cultura? De ninguna manera. Al contrario, la complementa. Porque, de la misma manera en que una cultura nacional necesariamente se sustenta en el entretejido de las culturas regionales, étnicas o de clase, la cultura que se sueña universal, en este caso, la occidental, se sustenta de las culturas nacionales. Nada más sólido, al parecer, que el carácter de la cultura occidental y, sin embargo, se nutre la acendrada y, a veces, conflictiva diversidad de culturas europeas.

La verdadera universalidad, como puede saberse, no la crea el poder. Lo que éste crea es una efímera ilusión de homogeneidad cultural. En cambio, la universalidad la crea el accidentado encuentro de la sabiduría y el talento que produce una obra maestra. Sabiduría que es capaz de nutrirse de la diversidad, para expresar la unidad. Y el arte, cuando es verdadero, cuando no encubre una simple codificación de clase, es el producto destilado de esta gran diversidad cultural e histórica.

Si las culturas populares no se contraponen con lo universal, y se nutren en forma recíproca de las bellas artes, cabe preguntarse qué papel desempeñan con respecto al proyecto nacional.

Habría que empezar por reconocer que, ya sea que se ocupen o no de ellas tanto el gobierno como la academia, de todas maneras existen. Y se recrean. Y son el principal sustento simbólico de la vida cotidiana de la gran mayoría de los mexicanos. El ofrecer un espacio para que se expresen, el estimularlas y valorar su pluralismo, es, por tanto, un acto de congruencia con la realidad social, y concomitantemente, de ensanchamiento de la base cultural del Estado mismo.

Lo anterior en cuanto atañe a lo creativo y lo simbólico en el orden cultural del Estado. En cuanto al orden jurídico, puede afirmarse que la política de culturas populares viene a ser la contraparte cultural de los postulados de la Constitución de 1917. En esta última, se legisló a favor de los derechos de las comunidades agrarias y de los trabajadores. Estimular sus culturas populares es, pues, restituirles el derecho a crear sus propias vivencias culturales. Y a través de ellas nutrir la defensa simbólica y política de los principios básicos del proyecto nacional.

Para resumir, hemos visto que la pluralidad cultural es un hecho de la naturaleza social. Reconocerla, es ser congruentes con nuestra realidad. Estimularla, es añadir una dimensión cultural a la lucha contra la desigualdad y un proyecto nacional que se fortalece mediante el respeto al pluralismo.

Capítulo 32

La ideología del indio y la economía campesina

Definición del problema

Este texto complementa otros trabajos de este libro que examinan aspectos del desarrollo del capitalismo en el campo, en México, al analizar el efecto que tiene el ser indio, en calidad de estigma social, en la participación de éste en dicho proceso. Específicamente, analiza cómo el concepto ideológico de indio, aplicado a los mazahuas —un grupo indígena del Estado de México—, ha frenado su participación en el desarrollo económico de la región. Es decir, intenta mostrar cómo una práctica ideológica refuerza y racionaliza la posición económica y política del indio.

Como reacción al descriptivismo de la labor etnográfica en la antropología tradicional —labor que, sin embargo, ha sido necesaria para el desarrollo del pensamiento antropológico y de gran utilidad como fuente de información—, la tendencia actual de la antropología social en México se encamina hacia el estudio de un solo aspecto social que permita profundizar en la explicación de procesos básicos tales como la articulación del capitalismo con sectores precapitalistas —o subcapitalistas— y los mecanismos de dominación política de los grupos hegemónicos. En el estudio de grupos indígenas, este nuevo enfoque ha creado una brecha aparentemente infranqueable entre la anterior visión culturalista del indio y los estudios actuales con tendencia economicista. Llevadas a su extremo, estas dos tendencias desembocan en posiciones radicales: una

**Capitalismo y campesinado en México. Estudios de la realidad campesina*, INAH. Centro de Investigaciones Superiores, 1a edición, 1976, 2ª edición, 1982, © INAH. Coord. Rodolfo Stavenhagen, pp. 999-132.

que niega que el ser indio, el participar de una cultura distinta, tenga repercusión alguna en la situación económica de estos sectores campesinos, y otra que insiste en seguir describiendo la cultura india con minuciosidad, haciendo referencia mínima a su sistema de producción y a sus relaciones con el grupo nacional dominante. Sin embargo, me parece a mí que parte del instrumental teórico y metodológico desarrollado para el estudio de la cultura puede ser rescatado para globalizar el análisis del campesino indio.

Nuevas aportaciones en cuanto a la conceptualización del indio como categoría social (Bonfil, 1972; Pitt-Rivers, 1973) y a la teoría de las relaciones de los grupos indígenas con el sistema económico-político nacional (Aguirre Beltrán, 1967; Stavenhagen, 1969), exigen una reinterpretación de las relaciones interétnicas sobre el terreno: ver al indio y al mestizo ya no como representantes de dos universos culturales sino como actores dentro de un complejo sistema de relaciones de dominación económica y de sometimiento político. El punto central a analizar ya no es solamente la herencia cultural de cada grupo sino sus puntos de contacto, la articulación entre ambos, que en estos casos se conceptúa socialmente como una barrera étnica (Barth, 1969).

Dicho proceso de contacto, visto desde esta nueva perspectiva, ha sido descrito y analizado a nivel macrosociológico, en cuanto que relaciones coloniales, procesos dominicales o articulación de distintos modos de producción, pero no se han analizado sistemáticamente los sutiles mecanismos que transforman la identidad del indio en estigma social que acrecienta en forma marcada su inferioridad económica y política.

Las diferencias económicas entre campesinos y burguesía rural se explican a nivel general por los procesos descritos en otros artículos de esta publicación: la destrucción de las economías tradicionales y la proletarización del campesinado. Ya dentro de esta situación estructural podemos enunciar la situación que nos es tan familiar: son los mestizos los que ocupan siempre las posiciones superiores. Pero ya no basta sólo con denunciar la realidad, gritar otra vez que el indio es pobre. Si de verdad queremos modificarla, es indispensable entrar a analizar los mecanismos que calladamente nos han llevado a quedar aprisionados en esa realidad enunciada, y que la siguen reproduciendo a pesar de la denuncia monótonamente repetida.

La búsqueda de explicaciones nos lleva, pues, no a preguntar: ¿qué es el indio? sino: ¿qué es el concepto de indio? Y, llevando esta interrogación a sus consecuencias prácticas, plantearla en forma más rigurosa; ¿qué significa el ser clasificado socialmente como indio? ¿Por qué el hecho de que se clasifique a las poblaciones indias como tales tiene una serie de repercusiones en su modo de vida, y, en especial, en su acceso a recursos económicos?

Esta pregunta es de especial importancia a nivel nacional por la interpretación que se da popularmente a esta situación: la población mestiza, tanto en las zonas rurales como en las urbanas —y aquí cabe mencionar especialmente a la próspera clase media de la Ciudad de México, cuyas opiniones predominan en los medios masivos de comunicación—, explica el atraso económico del indio por sus rasgos de cultura y de personalidad, *i.e.*, lo atribuyen a que éste es flojo, borracho o tonto. No es el caso de lanzarse a una apología del indio, labor que parece haber sido asignada por tradición al antropólogo: no, esto sería tratar de excusar algo cuando el enunciado es ideológico y no objetivo. Querer justificar es aceptar que algo o alguien necesita ser justificado. Y es obvio que lo que necesita ser justificado, y de esto trata el juego, no es el indio, sino su dominación y discriminación. O sea, es al revés.

El estudio que realizamos en la región mazahua del Estado de México nos ofreció una ocasión inusitada para analizar este problema. En la década de los treinta, el programa de reforma agraria colocó a mestizos y mazahuas en igualdad de condiciones en cuanto a medios de producción, mediante una dotación equitativa de parcelas ejidales y una distribución económica más o menos equivalente de los demás factores de la producción. La pregunta que intenta contestar este trabajo es: ¿por qué, entonces, 40 años más tarde, son más pobres los mazahuas si ambos grupos partieron de las mismas condiciones?

Así, nos interesa explicar lo anterior a través de la aplicación a un caso concreto de las teorías recientes sobre el concepto del indio de los autores ya mencionados. Esto nos lleva a hacer el análisis objetivo de un proceso, a saber, la creación de desigualdades económicas entre mazahuas y mestizos en un lapso de tiempo específico. El contexto en que esto ha ocurrido es la transformación de la economía de las comunidades mazahuas, que la lleva a sostener relaciones con el sistema económico-político dominante de

una naturaleza tal que pierde constantemente capital y mano de obra. Esta situación la sufre el mazahua en su calidad de campesino. Pero, a la vez, por ser indio sufre una doble supeditación al poder central. La premisa de que parto en este trabajo es, pues, que, aunado a su incorporación con ventajas desiguales a una economía monetaria capitalista, se ve insertado en un proceso de estigmatización étnica que lo coloca aún en mayor desigualdad. Me propongo describir y analizar en detalle este proceso.

Consideraciones teóricas

La aceptación más elemental de la categoría de indio —que encuentra mayor aceptación en ciertos sectores de la clase media urbana— es que constituye una raza, designación que se ha acarreado como herencia de los esquemas ideológicos del siglo XIX.

En sus dos libros (1969, 1973) sobre lo que él llama la "mezcla de razas" en Hispanoamérica, Magnus Mörner describe cómo la sociedad colonial designó a los distintos grupos humanos que la componían utilizando el término de razas: éstas incluyeron en sus inicios a tres grandes sectores: los indios, los negros y los blancos. Más tarde se crearon cuidadosamente términos descriptivos para referirse a las nuevas mezclas, llamadas castas, a que daba lugar la miscegenación progresiva, por ejemplo, los términos de mestizo, mulato, tente en el aire, etcétera. Es indudable que para el pensamiento europeo de la época, la clasificación con base en consideraciones raciales resultaba la más cómoda y expedita. Se pensaba, efectivamente, que existían diferencias marcadas de herencia biológica entre los diversos grupos, cuyo comportamiento se explicaba entonces con base en éstas. Prueba de ello es, por ejemplo, la discusión que se sostuvo para aclarar si los indios tenían o no alma, y la declaración hecha *ex profeso* por el Papa en 1537 sobre la racionalidad de los indios.

Pero al consolidarse la estructura de la sociedad colonial, cuyo funcionamiento y preservación dependían de la supeditación de la población nativa a las necesidades económicas del sistema colonial, tanto externo como interno, se creó una rígida jerarquía social. Así, lo que pudo haber sido un término de clasificación con base en características raciales en un contexto inicial desorganizado y tumultuoso, se convirtió entonces en

un término de clasificación social. En este caso ya el término no se refería a rasgos fenotípicos de una población sino a un sector social con funciones específicas dentro de la nueva estructura colonial.

Este cambio en el significado de la palabra indio lo capta Mörner pero no acierta a entenderlo. Porque carece de una conceptualización teórica que le permita explicar la estructura y el cambio social en la sociedad colonial. Pero más que nada porque no hace una distinción crucial: confunde categorías ideológicas, creadas por un sector de una sociedad para ciertos fines, con categorías analíticas, que se derivan de un cuerpo teórico sociológico. El que la sociedad colonial haya utilizado un término de origen racial para designar a uno de sus sectores no quiere decir que éste, a nivel analítico, sea significativo como categoría social. Mörner percibe este problema, pero al tratar de solucionarlo lo hace más confuso, al inventar el término de categoría "sociorracial" para referirse al indio. Incluso menciona prejuicios "sociorraciales" por parte de la población española y criolla hacia este último (Mörner, 1973, p. 29).

Es claro que nos encontramos ante la situación que describe Pitt-Rivers, en la que "el concepto particular de raza que se utiliza en un contexto específico es la expresión de una distinción inherente en la estructura social, no en la distribución fenotípica de la población. A los individuos se les clasifica, en efecto, no como los vería un observador externo, provisto de una visión científica y objetiva, sino como aparecen a aquellos que tienen trato con ellos" (1973, p. 6).

Quiere decir esto que la utilización de fundamentos raciales para clasificar a los indios, una vez consolidada una estructura social colonial que los incluía, es ideológica, entendiendo por ello que se enuncian y hacen resaltar ciertos rasgos como atributos naturales de los grupos de manera que no concuerdan con su distribución objetiva en la realidad.[1] Pero la distinción entre indios y mestizos tuvo que seguir concebida como una diferencia racial: la eficacia de esta clasificación social dependía —y depende— precisamente del hecho de que se confunda con el concepto de raza biológica, afirma Pitt-Rivers.

[1]Utilizo aquí el concepto sociológico de ideología —por oposición al noseo lógico— en el sentido de un conjunto de enunciados que expresan creencias que cumplen una función social de dominio de un grupo o clase sobre otros (Villoro, 1974).

Así, el que los racistas recurran constantemente al testimonio de la antropología física proviene no de una preocupación con los problemas de la taxonomía científica, sino del deseo de dar a sus actitudes sociales una justificación "natural" y escapar, de esta manera, a la responsabilidad moral que tienen por ellos; debe pretender tener una objetividad que por su naturaleza misma no puede poseer (1973, p. 10).

Esta pretensión de justificar la sujeción del indio fue aún más necesaria en la sociedad colonial española, a mi juicio, por la presencia de una doctrina religiosa católica que predicaba la igualdad entre todos los hombres. Máxime que ella misma había proporcionado la justificación ideológica de la conquista: la evangelización de los indios. Una vez evangelizados éstos hubo de crearse otra justificación. Ésta fue el seguir considerando que los indios eran una raza con atributos inferiores a los del hombre blanco, que requerían ser controlados y manejados. Es sumamente interesante observar aún hoy en día esta contradicción entre creencias religiosas e ideología en las palabras de algunos informantes.

A raíz de la separación del Imperio español, en la nueva sociedad nacional se proscribió, incluso mediante la legislación apropiada en algunos países de América Latina, el uso de la palabra raza para designar a los indios o a los otros grupos étnicos dentro del territorio. Es interesante que los términos que designaban grupos intermedios, como mulato, cambujo, etcétera, cayeron rápidamente en desuso. No así los términos de indio, mestizo y gente de razón, aunque los dos últimos términos en algunos contextos se han llegado a amalgamar. La sociedad nacional quedó entonces polarizada en dos grandes designaciones sociales: los indios y los mestizos o blancos.

Pero si bien desapareció de la legislación el término de raza, éste siguió siendo usado a nivel local. A partir de principios de siglo se empezaron a utilizar los conceptos de la antropología culturalista para darle otro contenido al término indio. Se definió como una entidad cultural cuyo punto de contacto con la cultura nacional era la aculturación. De aquí partieron numerosos esquemas que describían el paso de una entidad a otra. Entre los más importantes se cuentan el *continuum folk-urbano* de Redfield, el esquema de las tres etapas aculturativas de Adams y el utilizado actualmente como teoría de la modernización que parte de la actualidad: sociedad tradicional-sociedad moderna. No repetiremos aquí

las críticas que se han hecho a dichos modelos (*cfr.* Pitt-Rivers, 1973, pp. 16-19; Stavenhagen, 1974, pp. 5-6); baste con mencionar que sirven estos modelos para la clasificación y descripción del cambio cultural, pero no aciertan a explicarlo, porque no proporcionan conceptos explicativos de la dinámica social.

No se trata de un mero contacto cultural; puede decirse que lo fue únicamente en los primeros años de la Conquista. Desde el momento en que el colonizador español empieza a depender del trabajo del indio, el contacto cultural azaroso se convierte en una articulación permanente, concebida ideológicamente como racial o cultural, pero que en la realidad se basa en relaciones económicas y políticas sumamente complejas.

El término inclusivo de iridio, como han hecho notar Stavenhagen y Bonfil, engloba un repertorio variadísimo de culturas, que van desde los recolectores y cazadores amazónicos hasta grupos con centros urbanos de una alta complejidad económica, política y social, como lo fueron las culturas mesoamericanas, la incaica y otras.

> Así, cuando se intenta hacer una definición rigurosa de lo que es un indio —y esto me sucedió al enumerar las supuestas características con que se identifica a los mazahuas—, se encuentra uno que éstas se establecen siempre en oposición a las características del mestizo. Este hecho, y el mencionado en el párrafo anterior, indican, pues, que este concepto se refiere no a una entidad exclusiva y aislada sino a un tipo especial de relación.

Visto de este modo, la atención del antropólogo se desplaza del contenido de las tradiciones culturales de cada grupo a la naturaleza de la relación entre ambas poblaciones, como la postula Barth (1969).

Ahora bien, tampoco puede negarse la especificidad cultural de los grupos indígenas y considerar que consiste exclusivamente en una relación de clase o de grupo explotado económicamente. Al contrario, su vinculación con la sociedad nacional tiene dos componentes: uno cultural, en virtud del cual existen campesinos mestizos y campesinos indios, y otro sociológico, como lo considera Pitt-Rivers (1973, p. 26) o de dimensión política, como lo llama Bonfil (1972, p. 112). Este último sugiere que se utilice el término de etnia para el primer componente, es decir, para referirse a los grupos en cuanto que portadores de una herencia cultural específica, y que se reserve el de indio para designar a la masa de población

que se encuentra en una posición de supeditación política y económica ante el grupo dominante nacional.

Esta distinción es crucial, puesto que permite examinar analíticamente por separado los dos componentes. Es decir, le da validez al estudio del sistema cultural de una etnia como un todo, como método de conveniencia heurística en el análisis de ciertos fenómenos como son el simbolismo, el sistema cognoscitivo, las taxonomías nativas, la organización social como modo de articulación interna y otros, y, por otra, al estudio de la naturaleza y transformación de la articulación de la comunidad india y el sistema hegemónico dominante en cuanto que modos de producción distintos.

En este trabajo nos interesa intentar una definición operativa de esta articulación. Son varias las interpretaciones que se han hecho sobre el tipo de articulación entre el sector indio y el sector mestizo nacional.

Aguirre Beltrán la define como relación simbiótica en la que existe una complementariedad económica entre ambos grupos, complementariedad que se mantiene gracias a vínculos de dominación ejercidos por los mestizos, a través de lo que él llama proceso dominical. Para los fines de este artículo nos interesa en particular cómo se mantiene y reproduce este proceso a través del tiempo. "A veces —escribe Aguirre Beltrán— [este proceso] acude a la coerción física como mecanismo de sustentación, pero las más de ellas, hace uso de otros arbitrios, mucho más sagaces, que evitan las reacciones violentas y los movimientos mesiánicos. Uno de estos mecanismos, tal vez el más perspicaz, descansa en la elaboración sostenida y reforzada de una ideología que da por sentada la superioridad innata del ladino sobre el indio y es generalmente aceptada por ambos" (Aguirre Beltrán, 1967, p. 239). Este "clima mental", como lo califica el autor, obstaculiza la movilidad social, manteniendo líneas divisorias muy marcadas entre ambos grupos, situación que lo lleva a caracterizar este sistema como una estructura de castas.

Una segunda interpretación sostiene que los núcleos indios se han mantenido como sistemas apéndices que mantienen relaciones coloniales, es decir, de subordinación política y explotación económica con la sociedad capitalista dominante. La parte medular de esta articulación son las relaciones de producción entre un sistema y otro. "Cuando un indígena trabaja para un ladino, lo esencial no es la relación interétnica sino la relación de trabajo" (Stavenhagen, 1969, p. 249), afirma el principal exponente de esta

interpretación. Sin embargo, añade, "Si bien las relaciones de producción serán determinantes en las transformaciones futuras de la región, la conciencia étnica puede... pesar más que la conciencia de clase" (*ibid.*, p. 251).

Resulta de gran utilidad heurística, en este caso, hacer la distinción analítica que expone Stavenhagen entre relaciones de clase y relaciones coloniales (1969, pp. 245-253). Es esta distinción la que nos permite ver la dinámica que ha seguido la articulación entre los dos sistemas, problema que constituye la base del análisis que haremos de la situación de los mazahuas.

Nos basaremos en el esquema teórico que propone Stavenhagen conforme a las etapas de desarrollo del sistema económico nacional. En la etapa de expansión de la economía capitalista a fines del siglo XIX, las comunidades indígenas fueron integradas a la nueva economía monetaria, que requería su trabajo asalariado y el control de sus tierras, como sistemas colonizados, convirtiéndose éstas en reservas de mano de obra para las fincas y haciendas en expansión. Hasta ese momento la estratificación étnica reflejaba la situación colonial de los indígenas, la que, a su vez, acrecentaba la corporativización y aislamiento de las comunidades, que se cerraban al exterior en un esfuerzo por conservar su identidad y su cohesión.

Al irse modificando el carácter de la economía capitalista nacional, iniciándose la fase de industrialización y el acrecentamiento de tendencias monopolistas en la agricultura, se han ido transformando los vínculos con las comunidades indígenas en relaciones de clase. En secuencia rápida "la economía monetaria se extiende, las relaciones capitalistas de trabajo y de comercio se generalizan, las comunicaciones regionales se desarrollan y comienza la industrialización local... la estructura corporativa de la comunidad se rompe. Si llega a desaparecer, entonces la estratificación interétnica habrá perdido sus bases objetivas" (Stavenhagen, 1969, p. 250). Llegado un momento, la línea divisoria étnica constituye un factor de índole conservadora que frena el desarrollo de las relaciones de clase. Entran en juego entonces fuertes presiones ideológicas tendientes a la integración cultural de las comunidades, a través de la escuela y los medios masivos de comunicación, principalmente, que buscan la desaparición de este obstáculo mediante la aculturación. Si ésta se realiza, se crea entonces una estructura de clases en la que los indios pierden su identidad como tales y la mayor

parte de su herencia étnica para convertirse en campesinos dependientes o en proletarios rurales.

Esta breve descripción de la dinámica de las relaciones entre comunidades indias y la sociedad dominante nos proporciona los lineamientos que nos permitirán entender la historia de la región mazahua y afianzar nuestra interpretación de los datos.

Descripción de los datos

Al describir ciertos procesos históricos nos referimos a la región mazahua en su conjunto, ya que sólo a ese nivel pueden captarse adecuadamente. Utilizaremos, además, la historia de una comunidad, Santiago Toxi, para puntualizar e ilustrar algunos de estos procesos.

La región mazahua abarca once municipios localizados en el rincón noreste del Estado de México, en los que viven cerca de 100 mil hablantes de la lengua mazahua. Dos grandes poblados, Atlacomulco e Ixtlahuaca, dominan la región desde el punto de vista político y económico. San Felipe del Progreso constituye el centro social más importante de la población mazahua. El pueblo de Santiago Toxi yace sobre la carretera Ixtlahuaca-Atlacomulco, a diez minutos de ese primer poblado. Otra comunidad que también mencionaremos, San Francisco Dotejiare, se localiza en el municipio de San Felipe del Progreso.

A principios de este siglo, la vida económica de la región giraba en torno de las haciendas y las minas de El Oro. Las primeras estaban dedicadas a tres tipos de producción: a la agricultura extensiva, con cultivos de maíz, frijol, cebada y haba predominantemente; a la cría de ganado en la zona de la meseta de Ixtlahuaca y al cultivo de la planta de zacatón, con cuya raíz se fabrican cepillos y brochas, en la zona de San Felipe del Progreso. En aquellas épocas la mayor parte de esta producción, realizada mediante el trabajo asalariado de tipo plantación, se exportaba directamente a Europa y a Estados Unidos.

Esta organización de la producción se acompañaba de una estratificación social piramidal. La punta la ocupaban los dueños de las haciendas y los gerentes de las compañías mineras, en su mayoría extranjeros. La capa media de capataces y administradores de las haciendas, y —suponemos,

puesto que no tenemos declaraciones al respecto—, de técnicos y administradores de las minas, era ocupada por los que se llamaban en la localidad mestizos. Según algunos informantes se les llamaba también gente de razón pero otros afirman que este apelativo se aplicaba sólo a los patrones.

La separación social entre estos dos estratos superiores y el grupo inferior, los mazahuas, era muy marcada. Éstos no hablaban castellano —los capataces eran los intérpretes—, vestían la indumentaria mazahua y llevaban un estilo de vida especial. Se les llamaba indios, naturales, o aborígenes. Nunca se referían a ellos como mazahuas, que sería el término que correspondería a su cultura. Tampoco se hacía una distinción entre éstos y los otomíes de la zona adyacente de Jocotitlán, Jiquipilco y Acambay. Significa que, para la población mestiza, las peculiaridades culturales de estos dos grupos eran menos importantes que su situación social: el hecho de que constituyeran la mano de obra asalariada en haciendas y minas y el campesinado, lo que les concedía la categoría de indios.

Los mazahuas vivían como peones acasillados en las haciendas o cultivando sus parcelas propias en los pueblos dispersos en llanos y montes. Pero el rendimiento de las parcelas era muy bajo, probablemente debido a técnicas de cultivo muy primitivas, lo que los obligaba a tener que comprar parte del maíz para su consumo. Para ganar el dinero con qué comprarlo se dedicaban a otras actividades complementarias. Las principales en la región eran el peonaje en los ranchos y haciendas, el trabajo en las minas, el comercio itinerante a pequeña escala y algunas artesanías.

El salario en las minas de El Oro, cuya concesión tenían dos compañías, una inglesa y otra francesa, era ligeramente más alto que el jornal de las haciendas. Pero no constituía una fuente de trabajo permanente, ya que, como cuenta un anciano, era un trabajo ingrato: "Luego luego se enfermaba uno de los pulmones. No duraba uno ni tres años. Por eso prefería yo ir a trabajar al campo". Sin embargo, proporcionaba un ingreso importante para las familias mazahuas. Al irse cerrando las minas recuerdan los ancianos que muchos empezaron a irse a la Ciudad de México y a Acámbaro en busca de otros trabajos.

El comercio itinerante, según cuentan, ha sido desde siempre una actividad preferida de los mazahuas, y ha tomado muchas formas. El padre de Anacleto Solís, por ejemplo, traía aguardiente de caña en burro desde Cuernavaca a vender al pueblo; otras veces, caminaba hasta Qui-

roga, Michoacán, donde compraba loza que llevaba a vender a pueblos de la sierra tarasca y de la región mazahua. Eleuterio Martínez llevaba a vender carbón a El Oro y trigo a San Juan del Río. En los caminos, relata, en ocasiones se encontraba con grupos hasta de 20 arrieros, todos con sus burros y muías cargados de mercancías. Un grupo regular que participaba en este comercio era el de los polleros y huacaleros de la zona de Ixtlahuaca, quienes llevaban pollos y guajolotes a vender al mercado de La Merced en la Ciudad de México. Cada semana hacían el recorrido a pie.

En cuanto a artesanías, éstas se repartían por toda la región. En los valles de Ixtlahuaca y Atlacomulco tejían prendas de lana y petates de tule; cerca de Temascalcingo se dedicaban a la cerámica; en San Felipe del Progreso trabajaban la plata, tejían sarapes y, en general, confeccionaban las prendas —fajas, camisas y bordados— de la indumentaria tradicional mazahua. La mayor parte de estas artesanías ha declinado notablemente e incluso casi ha desaparecido, como el tejido de la lana en Ixtlahuaca —porque ya no hay tierras en que pasten las ovejas— y el de sarapes en el municipio de San Felipe del Progreso.

A este rubro pueden añadirse las actividades relacionadas con ceremonias rituales, como por ejemplo la fabricación de cohetes, de adornos para las iglesias y para los oratorios —pequeños altares exteriores típicos de los pueblos mazahuas—, y de trajes para danzantes. Los fabricaban generalmente especialistas que mandaban llamar de pueblos cercanos. Las ceremonias y ritos estaban inscritos en el sistema tradicional de cargos —mayordomías— y de mantenimiento de los oratorios. Adelantando lo que comentaremos más adelante, ha sucedido que al empezar a perderse estas costumbres con el cambio de valores en algunos pueblos, todos estos especialistas perdieron el ingreso que provenía de estas actividades.

En la década de 1910-1920, por haber sido la meseta de Ixtlahuaca y Atlacomulco el camino real entre la Ciudad de México y El Bajío, fue atravesada con frecuencia por las huestes revolucionarias. Significativamente, sólo los mestizos se afiliaron a los distintos bandos que luchaban, mientras que los mazahuas se retiraron a sus soledades en los montes. La destrucción continua de cosechas durante varios años, y una epidemia de gripe que diezmó a los poblados alrededor de 1917, parecen haber soltado las amarras de la población y cuentan que gran número de familias vagaba

por la región en busca de qué comer. Unas cuantas familias mazahuas se fueron a la capital a trabajar en las bodegas de La Merced.

Una vez que se posó el polvo después de la contienda, nada había cambiado para los mazahuas: las haciendas seguían funcionando. Pero los mestizos sí habían ascendido social y políticamente. Se le dio forma legal a este ascenso en 1930 mediante la reestructuración política de la región, con la creación de los gobiernos municipales. Sólo en esa década cambió por fin en términos formales la situación de los mazahuas, gracias a la reforma agraria.

Resulta sumamente interesante constatar que estos dos eventos que afectaron en forma notable la vida de las comunidades mazahuas provinieron de iniciativas del exterior, del gobierno federal. De hecho, y esto tiene gran importancia para el método antropológico, si revisamos las historias de las comunidades se constata que se han visto afectadas de manera decisiva por hechos externos, generalmente de índole política, como fueron las concesiones hechas a empresas mineras extranjeras y a los hacendados a fines de siglo; la lucha revolucionaria; la exportación de la raíz de zacatón al extranjero; la reorganización política en municipios en 1930 y la reforma agraria. Esto aun a pesar de que en esas épocas los pueblos mazahuas vivían en relativo aislamiento. El estudio de la historia de las comunidades indígenas como universos aislados se muestra, pues, inadecuado para comprender los procesos que las afectan.

Al subdividirse políticamente el distrito de Ixtlahuaca en municipios independientes se crearon nuevas estructuras de poder municipales, y, lo que nos interesa en este caso, fueron ocupadas exclusivamente por los mestizos. Las cabeceras municipales, adonde se dirigió la mayor parte de las familias mestizas que habían vivido en las haciendas o pueblos, se convirtieron en centros de servicios y de comercio, actividades que hasta entonces se habían concentrado en las haciendas o que, simplemente, no habían tenido demanda. Al parecer también hubo inmigración de mestizos de otras regiones, atraídos por la nueva demanda que hubo de servicios, pero este dato se basa en impresiones de informantes y no hemos podido confirmarlo.

Mientras, en los pueblos mazahuas algunos pequeños grupos se trasladaron tímidamente a la Ciudad de México a pedir su dotación de tierras. Al concederse ésta hubo una redistribución de la población. Se dotó por

igual a mestizos y a mazahuas, pero los primeros generalmente se fueron a vivir fuera del pueblo. En cierta forma se creó entonces una disgregación territorial corriendo por líneas étnicas y basada en una división del trabajo. La validación a esta división de trabajo la dio la nueva organización política.

Al ampliarse el aparato político a nivel municipal, los mestizos encontraron mayor número de puestos a los cuales incorporarse. Los mazahuas quedaron excluidos de esta ampliación, prosiguiéndose el patrón tradicional de poder en el que quedaban relegados a servir únicamente en su gobierno religioso. Era tan arraigada esta tradición, que, en un principio, los mazahuas rehusaban ocupar los puestos de delegado y comisariado ejidal en sus pueblos. Se dice que tenían que encarcelar a los que se nombraban delegados para que aceptaran el cargo. Eran los mestizos quienes los ocupaban, justificados ideológicamente por el hecho de que eran los únicos calificados para ello, *i.e.*, hablaban español y sabían leer y escribir. Pero esta situación pronto cambió: el hecho de que en muchos pueblos los mismos mazahuas hubieran llevado a cabo los trámites para la dotación de tierras les dio suficiente confianza como para intentar controlar esos puestos.

Así empezaron a producirse luchas intestinas, particularmente en los pueblos de la zona de San Felipe del Progreso, donde el comercio de la raíz de zacatón representaba un poderoso señuelo para intentar mantener un rígido control político. Estas luchas, significativamente, se concibieron como enfrentamientos étnicos. En San Francisco Dotejiare, por ejemplo, hubo asesinatos continuos de los comisariados ejidales. Éstos representaban facciones antagónicas que luchaban por controlar el comercio del zacatón, pero los informantes percibían la lucha en términos de antagonismos étnicos y personales. Cuenta uno: "Hubo en aquella época un representante bueno, un tal Guadalupe Valdez. Ese señor era inteligente pero tenía más pacto con la gente de razón. A él no le interesaba la gente pobre y lo mataron. Hubo otro que se casó con una gente de razón y dijo después: 'Ora, compañeros, me harán el favor de dispensar, yo ya no entiendo la mazahua, ya me estoy retirando'. Y la gente se dio cuenta: 'Pero antes de que te retires de la mazahua te damos tu agüita', y lo mataron".

Hubo entonces un fenómeno singular: en gran número de pueblos mazahuas subieron al poder líderes mazahuas que pronto se entronizaron como caciques. El caso de Santiago Toxi es típico: en los años cuarenta, Alejo Salinas, un mazahua, sumisamente pidió el apoyo de los mestizos del

pueblo que tenían contactos con el gobierno estatal para que lo nombraran comisariado ejidal. Una vez en el puesto, recibió el apoyo de la comunidad mazahua, lo que le permitió desempeñarlo durante más de veinte años. Un dato importante es que sólo pudo ser destituido cuando un grupo de hombres jóvenes, que habían vivido en la Ciudad de México durante mucho tiempo, llevaron a cabo gestiones directas en el Departamento Agrario para su remoción.

En cuanto a la división del trabajo entre mazahuas y mestizos, éstos se constituyeron en intermediarios entre las comunidades y la economía nacional. Un comentario muy expresivo de Eugenio Tejeda, de San Francisco Dotejiare, muestra el clima que existía entonces en la comunidad:

> En el centro vivíamos pura gente de razón. Teníamos nuestros comercios y no dejábamos vivir a los naturalitos en el centro. Esas gentes son salvajes pero vivíamos de ellos. Son buenos para tomar. En mi negocio, lo que más dejaba era la venta del alcohol. Iba a Toluca por dos latas de seis pesos cada una; las dos me rendían bastante bien, pues con lo que les revolvía sacaba otras cuarenta latas. Les echaba lazo de jarcia y alumbre. Con eso les ardía el gañote y me decían: ¡Éste sí es del bueno, raspa bien!

Y la versión de los mazahuas se cristaliza en lo dicho por un informante: "Antes, todos los comercios eran de la gente de razón, y es que nosotros no sabíamos. Ahora ya, en cambio, ya tenemos nuestra tiendita, para irla pasando, ya hacemos cuentas".

Ángela Martínez, una señora mestiza, nos contó una experiencia interesante. Relata que ella y su padre no sabían cómo llevar a cabo operaciones comerciales, hasta que los ayudó un señor de Toluca. "Ese don Luis fue el que le prestó dinero a mi padre, tres mil pesos, y con eso empezamos a acaparar frijol. Nos parábamos en las cuatro esquinas de la plaza de Ixtlahuaca: '¿Traes frijol? Trailo pa' acá'. Cuando su padre ya tuvo todo el frijol, le avisó a ese señor Luis, quien dijo: "Ahí te mando el camión, trailo para acá. Y allá en Toluca lo vendió en las tiendas, que treinta kilos para acá, que veinte kilos allá. Con eso ya se hizo de un capitalito mi papá". Contrasta esto con la actitud hacia lo mismo de los mazahuas. La señora Ángela sigue contando de un anciano mazahua que le fue a vender una gran cantidad de frijol:

...y le dijo: "está bien, ya nos lo llevamos". Pero la gente antigua es muy miedosa, que no los fueran a ver con dinero. Y nos dice el viejito: "No se lo lleven, porque si se dan cuenta que vendí tanto frijol me van a embrujar o a robar;"' Entonces dijo: "Yo se los llevo". Se esperó hasta bien noche, como a las siete, y ya vinieron él y sus hijos cargando bultos, vuelta y vuelta. Terminaron a eso de las once. Si es que aquí no dejan prosperar. Porque les da envidia. Nomás veían que alguien prosperaba y decían "Ve a hacerle esto para que lo maten".

Por otra parte, la creciente penetración de la economía capitalista moderna en la región hizo que desapareciera gran número de ocupaciones tradicionales y que se crearan algunas nuevas. A continuación enumeramos tanto unas como otras:

Ocupaciones tradicionales	*Ocupaciones nuevas*
1. Cohetero	1. Albañil
2. Rezandero	2. Sastre
3. Violinista	3. Chofer
4. Tamborero	4. Mecanógrafo
5. Tejedor	5. Tractorista
6. Tejedor de lana	6. Mecánico
7. Vendedor ambulante o arriero	7. Electricista
8. Huesero	8. Pintor
9. Brujo	9. Zapatero
10. Sacristán	10. Obrero
11. Fabricante de arados de madera	11. Abogado o leguleyo
12. Curandera	12. Sirvienta
13. Hierbera	13. Costurera

Estas ocupaciones de reciente creación son las que se encuentran en las comunidades; de añadir las existentes en las cabeceras municipales la lista sería mucho más larga. Incluiría, por ejemplo, carnicero, veterinario, médico, etcétera. Más adelante se analizan los efectos que ha tenido este cambio de ocupaciones en la situación de los mazahuas.

En la mayoría de las comunidades mazahuas, hasta fines de la década de los cuarenta, el usufructo de las parcelas ejidales, aunado a estas actividades complementarias ya mencionadas, permitía a la mayoría de las

familias subsistir adecuadamente. En Santiago Toxi, por ejemplo, la primera generación de ejidatarios recibió en promedio 2.5 hectáreas de dotación de tierras. El trabajo migratorio daba un ingreso adicional y se realizaba en los meses en que no había labores en las milpas.

Pero el aumento de población en la región ha sido sumamente alto, con índices de crecimiento incluso superiores al nacional. En el municipio de Ixtlahuaca, por ejemplo, fue de 3.5 de 1940 a 1950 y de 4.0 en la década siguiente. El promedio de hijos por mujeres que en 1970 tenían 60 años, fue de 7.3, cifra que es aún más alta en otros municipios pero donde ha sido mayor la tasa de mortalidad. Así, el primer reparto de tierras tuvo que hacerse cuando menos a tres hijos varones; las mujeres, casi sin excepción, han quedado excluidas de este reparto. La segunda generación de ejidatarios, por tanto, recibió un promedio de una hectárea de tierra, cuando mucho. Una cifra estadística (Fabila, 1958, p. 243) indica que en 1956 en Santiago Toxi el promedio de dotación ya se había reducido a 0.5 hectáreas. Esto ha agudizado y acelerado la aparición del minifundismo con sus consecuencias: el agotamiento de la tierra, la baja productividad, la atomización de la unidad de producción y la descapitalización constante de las mismas.

Por otra parte, desapareció el comercio itinerante, al que se dedicaba gran parte de los mazahuas, por la apertura de carreteras, que permitió el acceso a camiones de carga que transportan ahora los productos en gran escala. Las artesanías también declinaron casi por completo, tanto por la escasez o desaparición de materias primas como por la competencia de artículos manufacturados, acarreados de regreso por estos mismos camiones.

Los individuos que lograron acumular un capital inicial son los que funcionan como prestamistas, en vista de la labor tan corrupta y desorganizada que llevaron a cabo los bancos agrícolas gubernamentales. Contando con capital, estos individuos lograron también comprar camiones y maquinaria, lo que les permite cultivar extensiones mayores y, lo que es vital, controlar el comercio de los productos agrícolas. Al mismo tiempo, han logrado controlar la distribución del fertilizante, concesión que consiguen por el hecho de tener camiones y por alianzas políticas. En la mayor parte de los casos también han logrado acumular más tierras, aunque el neolatifundismo no es prevaleciente en la región.

El detentar cierta riqueza les ha permitido también tener una injerencia directa en la estructura de poder municipal y regional, puesto que, en su mayoría, los puestos políticos se compran. Este poder, o la alianza con aquéllos en el poder, les permite, a su vez, manipular empresas financieras o comerciales en su beneficio, lo que, nuevamente, acrecienta sus ventajas económicas.

Por regla general los mestizos son los comerciantes y agricultores a gran escala y los intermediarios de los servicios y la producción. En cambio, los mazahuas ocupan el rol de pequeños productores minifundistas.

Esta situación se racionaliza localmente mediante la interpretación de que los mazahuas son atrasados y carecen de civilización. Es interesante empero que, en la mayoría de los casos, ya no se explica como una característica racial o inherente a su carácter, como sucedía en tiempos de las haciendas, sino que se explica porque los mazahuas no tienen conocimientos ni educación escolar. Ellos mismos han internalizado esta explicación; dijo un joven mazahua: "Pos fíjese, como a nosotros no nos dieron la lectura, a México nomás vamos a trabajar, ora sí que como burritos. Puros cargadores. No trabajamos en las bodegas, para eso se necesita saber hacer cuentas y para eso nosotros no tenemos la lectura. A puro pulmón nos defendemos. De la barriada somos". Esta correlación entre conocimientos y oportunidades de trabajo se hace constantemente en las opiniones; una señora mazahua nos decía: "Los que saben tantito leer y escribir, los que pueden echar su firma, ya ganan bien, encuentran buen trabajo. Ustedes [los antropólogos] los que trabajan ganan mucho, pero aquí es mucha chinga y se gana poco. Antes, nuestros papás no nos mandaban a la escuela. Puros pastores. Y siendo pastor, puro trabajo nomás en el rancho".

En la región se atribuye el atraso de los mazahuas a que "no tienen voluntad de superación", "los niños no tienen ningún tipo de inquietud, no desean sobresalir", y, comentando la posibilidad de que las mujeres mazahuas vendieran el cardado y tejido de lana que realizan, dijo un mestizo: "Esta gente las podría comerciar, pero no ve más allá de sus límites. Harían buen negocio, y así ahorrarían, pero se conforman con irla pasando. No les interesan las mejoras que se hagan".

Entre los mestizos, las opiniones más maliciosas atribuyen su atraso social y económico a costumbres aberrantes. Por ejemplo, un médico veterinario nos dijo: "Una de las pruebas de la resistencia al cambio de

la familia mazahual [*sic*] se evidencia en su tradicional costumbre de tomar el pulque. Ellos eran hermanos de los aztecas pero los echaron de Tenochtitlan por borrachos. Se instalaron en Ixtlahuaca, más de allí también los despacharon por la misma razón y se radicaron en Santiago Toxi. Frecuentemente se ven en las tiendas, en los expendios de pulque, hombres y mujeres con su traje tradicional, ingiriendo pulque ya borrachos o semiborrachos". Contrasta este comentario —que por cierto proviene de una persona supuestamente con educación superior— con el de una señora mestiza de la localidad: "En relación con los mestizos, los indígenas tienen la mente más limpia. Los mestizos desayunan pulque, por eso son más atarantados. A las diez de la mañana ya están durmiendo".

Citamos a propósito estas dos opiniones para mostrar hasta qué punto son subjetivas las apreciaciones que se hacen de ambos grupos. Con gran facilidad se sostiene tanto una posición como la contraria, pudiéndose mencionar datos para sostener una y otra.

Lo interesante es que se opone a la ideología social de superioridad mestiza la idea contraria de que mazahuas y mestizos son iguales, fincada en la doctrina católica. Si se presiona a un informante mestizo, casi siempre acaba aceptando esta igualdad. Lo muestra en forma clarísima este comentario de un mestizo al responder a la pregunta de qué piensa de los mazahuas: "Dios existe, todos creemos en él, por tanto, todos somos iguales. Además, ¿quién es la Virgen de Guadalupe? Es negra y todos la reconocemos como nuestra madre. Entonces, no hay con qué zacate limpiarse, todos somos iguales".

Como hemos visto, a través de las apreciaciones ideológicas sobre la condición de los mazahuas y mestizos se cuelan puntos de vista muy realistas sobre lo que sucede verdaderamente. Tal es el siguiente comentario, llano y poético, de Antonio Sánchez, sobre su condición de indio: "Allá en el Zócalo [de la Ciudad de México] un día un señor me trató de indio y le dije que gracias a Dios que nosotros nos agachamos sobre el surco, que sudamos. Porque nos ven mechudos, pero somos los que estamos manteniendo a México, porque todo lo que vemos en México lo traen del campo, el maíz, el pescado, todo".

Transcribimos a continuación una entrevista con José Luciano, mazahua. En ella se puede apreciar en su conjunto la idea que los mismos ma-

zahuas tienen de su situación, y esto nos permitirá desglosar en el análisis los elementos objetivos y los ideológicos de esta percepción.

Pregunta: ¿A qué le llaman indito?

José: Bueno, pues indio le decimos primeramente al que habla como hablamos los de aquí, que habla el dialecto, que vive en este pueblo. Luego, es el que no tiene estudio ni nada de esas cosas. Es el que no tiene civilización. No somos civilizados. Por causa de que nuestros padres no nos dieron civilización no sabemos leer, y, digamos, nuestros padres no sabían, pero nuestros abuelos eran peores. Ya nuestros padres eran menos malos. Y nosotros queremos que nuestros hijos ya aprendan a expresar, a conocer. Que salgan. Los que se van a México ya ve que hacen dinero, ya vienen con ropa bien, su camisa, sus pantalones acampanados. Ya son capaces de orgullo. Si vienen al pueblo ya no vienen como se fueron, de huaraches. Vienen civilizados. No es como antes, que le decían (haciendo un gesto de empujar a alguien) —Hazte'un lado, Juan—, como si nada. Ahora ya le dan su lugar. No le dicen Juan, sino donjuán. Es gente que ya saben de expresión, no como nosotros. Por eso nuestros hijos queremos que se civilicen, porque nosotros no tuvimos, digamos, la oportunidad. No se dejaba estudiar, no había escuela. Estudiaban, sí, los hijos de los señores de por aquí, pero a nosotros no nos dejaban. Por eso, ya que nuestros hijos dejen de hablar mazahua.

P: Pero entonces va a desaparecer el idioma mazahua, ¿ustedes quieren eso?

José: Yo sí estoy de acuerdo. Porque, pongamos por caso, yo, ¿adónde fui a aprender el español? Apenas a los 16 años, cuando me fui a México. Allá ya vi. Aquí se entiende cuando habla el mazahua, pero en México, ¿quién va a entender? Mejor que mis hijos aprendan el español. Por eso pensamos exterminar el mazahua.

P: ¿No es una lástima, habiendo tantas tradiciones mazahuas?

José: Pero, señorita, ¿no es lo que quiere el gobierno? Porque aquí hablamos, pero solamente aquí con los que viven. Mejor que hablemos como se entienda en otras partes, así, en la nación. Así hacemos patria.

P: ¿Pero usted se siente más mazahua o mexicano?

José: Pues yo primero me siento mexicano (dicho con énfasis). Estamos en la nación, ¿no? Luego, como gente de aquí del pueblo, pues hablo el mazahua. Pero el pueblo tiene que progresar, así que nuestros hijos mejoren.

P: ¿Usted cree que si aprenden español pueden mejorar?

José: ¡Huy, sí! Puede llegar a pedir trabajo y el jefe le dice: —¿Qué conocimientos tienes?—. Y si no tiene conocimiento, no le dan el trabajo. En cambio, si sabe expresarse bien, le dicen: —vente aquí, para que te ganes tu centavito.

Lo que surge claramente de la entrevista es que está dispuesto a exterminar el mazahua porque cree firmemente que, al hacerlo, se le ofrecen ciertas ventajas: el no ser hecho a un lado, el no ser discriminado socialmente, el llegar a ser don Juan, y todo esto proviene del tener acceso a un trabajo bien remunerado.

¿Hasta qué punto es objetiva esta percepción de que tiene acceso a trabajos bien remunerados? Es objetiva en Santiago Toxi por la posibilidad que han tenido la mayoría de los adultos de la comunidad de trabajar en la Ciudad de México, y, recientemente, en la fábrica de Pastejé.

Al preguntarle al gerente de la fábrica de Pastejé —un complejo industrial que instalaron en pleno llano en 1964 cerca de Ixtlahuaca— cómo se habían adaptado los campesinos mazahuas al trabajo de obreros, comentó:

> Hace nueve años [al establecer la fábrica] sí hubo problemas, porque esta gente no tenía necesidades de vestido o de comida. Llegaban a trabajar dos o tres semanas, ya tenían el dinero y se iban. No tenían en qué gastarlo. Se quedaban nada más con el dinero, lo guardaban hasta que se les acabara o lo gastaban en pulque.

Esta misma situación se reportó en otros tres casos en la región, pues pequeñas industrias, como una fábrica de caolín en San Felipe del Progreso, tuvieron que cerrar por no poder mantener una planta estable de obreros.

En el caso de Pastejé se llevó a cabo una intensa campaña en las comunidades, dando facilidades para la compra de bienes de consumo y tomando como obreros a las generaciones más jóvenes. Entre ellos la *aculturación* ha sido total y ya no se identifican como mazahuas.

En cambio, en las comunidades mazahuas en las que el acceso a ocupaciones fabriles o de cuello blanco sigue siendo muy lejano, como San Francisco Dotejiare, no ha habido cambio en cuanto a identidad étnica. Como síntoma importante, los migrantes de esta comunidad en la Ciudad de México, en contraste con los de Santiago Toxi, no pierden su identidad o su estilo de vida mazahua. Entre aquéllos se cuentan las mujeres que venden

fruta en las calles de la ciudad, conocidas como las Marías (*cfr.* Arizpe, 1975).

Análisis e interpretación

Nuestro análisis se centrará en tratar de explicar por qué los mazahuas han quedado rezagados en los estratos económicamente más pobres, situación que corroboran en forma objetiva los datos, y, en particular, si es correcta la interpretación popular que atribuye su atraso a su comportamiento cultural. Para ello examinaremos en detalle los mecanismos que permiten o frenan el acceso de mazahuas y mestizos al poder y a ciertos bienes dentro del marco de la dinámica de relaciones coloniales y de clase descrito en páginas anteriores.

Estos mecanismos pueden agruparse en el campo de la estructura de poder, de las relaciones sociales, de los valores y del desarrollo económico.

La situación de subordinación política de los mazahuas es idéntica a la de otras minorías étnicas de México. En tiempos de las haciendas, los mazahuas se hallaban *de jure* en calidad de menores, sin tener ninguna conexión con el aparato político local, regional o federal. El poder se delegaba a través de funcionarios distritales muy alejados, lo que hacía que la verdadera ley la ejercieran los hacendados y los capataces de las haciendas. La reorganización en municipios y la expansión del aparato político en 1930 tampoco acercó a los mazahuas a los centros de poder. Los mestizos quedaron como los intermediarios políticos, y, como vimos, ocuparon también en sus inicios los puestos de delegados y comisariados ejidales en los pueblos mazahuas. Poco después, algunas ocasiones mediante asesinatos, fueron desplazados y los mazahuas entraron a sustituirlos en estos puestos.

Vimos que, una vez que un líder mazahua lograba ejercer el control político interno de la comunidad, se convertía en cacique. ¿Por qué no se rotaba este liderazgo? Una explicación tentativa es que pocos individuos de la comunidad reunían las condiciones necesarias para ello: hablar corrientemente el español, tener una red de contactos personales con mestizos poderosos de la cabecera municipal y la capital estatal, saber cómo tramitar asuntos y cómo llevar a cabo una manipulación política dentro y fuera de la comunidad.

Pero fundamentalmente este fenómeno del cacicazgo constituyó un medio de defensa de la comunidad mazahua, en su calidad de comunidad india, frente a la estructura de poder nacional mestiza. Ha sido una manera de protegerse oponiendo violencia mazahua a la violencia mestiza, oportunismo mazahua al oportunismo mestizo, con el fin de mantener la cohesión y corporativismo de su comunidad.

Evidentemente, estamos tratando aquí con casos de caciques de extracción mazahua, y quizá habría que modificar este esquema para aplicarlo a caciques mestizos de otros pueblos y regiones. Pero lo anterior logra explicar su aparición simultánea en varios pueblos de la región mazahua y, también, su carácter aparentemente contradictorio: *i.e.*, que se mantuvieron a veces por la fuerza, pero, sin embargo, han tenido el apoyo de la comunidad tradicional; que son indios, en este caso mazahuas, pero han sabido manejarse en el mundo mestizo; que respetaron la cultura tradicional, pero admiraban la cultura nacional; que se convirtieron en grandes comerciantes y agricultores y, sin embargo, se les ha seguido considerando benefactores de la comunidad.

La gran ironía de su posición es que, a la vez que constituyen el último medio de defensa de las comunidades tradicionales frente al poder mestizo, se convierten con el tiempo en su principal destructor. Porque si bien no niegan su identidad tradicional, por estar imbuidos de los valores del mundo mestizo, se transforman en su principal agente modernizante. Son los caciques tradicionales los que apoyan la construcción de carreteras, la entrega de la escuela y de otras agencias de cambio

Dicho de otra manera, la comunidad india no tiene salvación política: si se mantiene abierta, la penetración del capitalismo y su explotación será aún mayor; si se cierra y presenta como punta de lanza a líderes extraídos de su medio, éstos pronto se vuelven agentes modernizantes que pugnarán por esa apertura.

Volviendo al hilo del proceso que estamos analizando, el paso siguiente, una vez que se afianzaron los caciques mazahuas en los pueblos, fue que se volcó sobre ellos la ideología democratizante nacional que los considera nocivos. Aquí se demuestra la tesis de Stavenhagen de que, llegado un punto de desarrollo del sistema capitalista central, la identidad étnica, aquí representada y manipulada por el cacique, se convierte en freno a la aparición de relaciones de clase, y tiene que ser desplazada. Mientras esta ideología

tiene poca penetración en las comunidades, como sucede cuando su población casi no habla español, por ejemplo, en San Francisco Dotejiare, no hace mella en el poder del cacique. Pero en cuanto ésta se abre culturalmente, o cuando salen jóvenes del pueblo a radicar durante varios años a las ciudades, como sucedió en Santiago Toxi, éstos ya cargan esta nueva ideología y se convierten en elementos subversivos al volver a la comunidad.

Pero si bien hemos podido ofrecer una explicación del proceso político en las comunidades mazahuas, falta explicar el contexto que hizo posible este proceso y su efecto en cuanto a la situación económica de éstas. Aquí es donde reviste una importancia crucial la identificación que se hace de los mazahuas como *indios*.

De sobra ha sido descrita, y de manera muy vívida, la violencia que sufren constantemente los indios, *v.gr.,* en las obras de Juan Rulfo, Rosario Castellanos, Bruno Traven, Ricardo Pozas (1972), sin que ello haya perturbado muchas conciencias. Pero la denuncia insistente de la violencia a veces distrae del punto que es clave para tratar de efectuar un cambio: lo que permite esa violencia. Esta violencia es, en realidad, sólo el síntoma más burdo de lo que origina esa situación, a saber, lo ya mencionado, la supeditación política bajo la que se encuentran los mazahuas y los demás grupos étnicos en virtud de su clasificación como *indios*.

Esta supeditación, confirmada en la falta de representación política a nivel municipal y estatal de los mazahuas, se refleja en el hecho de que éstos nunca han tenido poder de decisión sobre los asuntos que afectan su vida económica o política. Esta toma de decisiones desde arriba que llegan hasta abajo ya como imperativos es ampliamente conocida en el medio rural en México. Cada vez que el gobierno federal ha intervenido en favor de los mazahuas los ha hecho progresivamente más dependientes. Por ejemplo, el reparto agrario a los mazahuas en los años treinta les otorgó una situación *de jure* de igualdad, pero también los hizo más dependientes del Departamento Agrario, el único que puede defender sus títulos frente a los grupos mestizos locales.

A esta importancia de las comunidades mazahuas se suma la impunidad de la violencia de todo tipo que se comete contra ellas. Ésta es el resultado directo de aquella falta de representación política, puesto que la corrupción del sistema judicial hace que la justicia sea un parásito del poder, *i.e.* sin poder no hay justicia.

Aplicado al caso mazahua, resulta entonces que ha sido fácil —y lo fue más todavía antes de la aparición de los caciques mazahuas, quienes en alguna medida han podido defender a los miembros de sus comunidades— explotar a los campesinos mazahuas, porque el ser clasificados como indios automáticamente permite una doble explotación. Así, es fácil decir que los mazahuas son más pobres: siempre lo son aquellos a quienes se puede robar impunemente.

El clima político hostil y violento tiene también otra consecuencia importante que señala Barth (1969, p. 36), y que tiene vigencia para la situación mazahua: convierte en asunto de vida o muerte la pertenencia a una comunidad que defienda a sus miembros. Así, podemos interpretar la afiliación a la comunidad mazahua como un gesto de identificación cultural, pero también como una necesidad vital para sobrevivir en un medio en el que cualquier día un mestizo despoja o asesina al mazahua. ¿A quién acudir en estos casos? Al padrino y compadre, al cacique mazahua.

Este hecho es importante puesto que, en la corriente actual que quiere ver el cambio social como paso de lo tradicional a lo moderno, se atribuye el tradicionalismo de los indios a que quieren aferrarse, con terquedad irracional, a esas extrañas culturas antiguas. Lo anterior muestra que esto puede interpretarse como un hecho cultural cuando, en el fondo, responde no a necesidades culturales sino de otra índole, en este caso políticas. Prueba de ello es que los jóvenes de Santiago Toxi, habiendo encontrado apoyos políticos exteriores y sintiendo que tienen cabida en la estructura ocupacional de la sociedad nacional, están abandonando su cultura mazahua. Esto le da su dimensión verdadera a la situación —confirmando lo dicho por Aguirre Beltrán y Bonfil—, que se ideologiza como cultural pero que en esencia es política.

Pasaremos ahora al segundo aspecto del análisis: las relaciones sociales. La historia de la región mazahua muestra cómo la red social de los dos grupos étnicos tiene amplitud diferencial. La red de parentesco, compadrazgo y amistad de los mestizos se extiende para cubrir los principales pueblos del municipio y algunas ciudades regionales. La de los mazahuas, cuando menos hasta antes de que se iniciara un movimiento de migración masiva constante, en cambio, apenas rebasa las fronteras de su propio pueblo.

Lo anterior se debe a la práctica generalizada de la endogamia. Cada vez se han ido reforzando los lazos de parentesco entre mestizos a nivel regional y debilitando los de los mazahuas. Esto es importante ya que es

precisamente esta red de relaciones sociales lo que permite que los roles económicos y políticos de los mestizos se amalgamen. Es decir, el parentesco, real o ritual, constituye la articulación que permite que se traslapen, a nivel empírico, el poder político y el poder económico.

El ser clasificado como indio, entonces, constituye un estigma que cierra el paso al ascenso social, lo cual, en estas condiciones, significa ser excluido del medio donde se reparten las posiciones económicas y políticas más ventajosas.

En cuanto a los valores sociales en el caso de los mazahuas, algunos valores pertenecientes a su cultura tradicional han reforzado ciertas tendencias de su actuación en el escenario económico. Esto ha sido observado también en otros grupos indígenas de México.

Por una parte se encuentra entre ellos la idea de que acumular riqueza constituye un comportamiento antisocial. Dicho llanamente, para los mazahuas el acumular es un robo. Lo es en el contexto ideológico de la comunidad en el que todo excedente no necesario para vivir, a nivel de subsistencia, debe ser repartido y disipado en forma de servicio a la comunidad a través de las mayordomías y los festejos rituales y sociales. El que incurra en la acumulación recibirá una sanción negativa; en la medida en que el pueblo sea más tradicional, o sea, cuanto mayor consenso exista sobre valores, mayor será la fuerza de la sanción. En su grado extremo significa que quien se comporte de esa manera será expulsado de aquélla. Vista la necesidad de pertenecer a la comunidad tradicional en un medio político hostil, ambas fuerzas han contribuido a frenar la acumulación capitalista en las comunidades.

Esto nos explica algunos comentarios citados antes en cuanto a la falta de aspiraciones de los mazahuas y a su costumbre de trabajar sólo lo suficiente para tener algún dinero y luego abandonar el trabajo. También explica el temor del anciano mazahua, que vendió el frijol, tratando de que no se supiera de la venta.

Ahora bien, esta pauta de comportamiento tiene gran importancia porque racionaliza y, así, sanciona la extracción de capital de las comunidades mazahuas e indígenas en general. Porque antes, como lo muestran los datos, los excedentes dispendiados en festejos religiosos y sociales iban a dar a manos de especialistas locales, mazahuas también, de manera que

circulaban dentro de la comunidad. Le daba así un dinamismo económico a ésta.

Pero actualmente este excedente circula fuera de la comunidad. En relación con festejos, vemos que va a dar a manos de *1)* el gobierno municipal, en forma de impuestos; *2)* las compañías cerveceras y de refrescos con sede en los centros urbanos; *3)* las ferias mecánicas que recorren la región; *4)* los comerciantes de la cabecera municipal que venden los artículos de uso festivo; *5)* los fabricantes de estos artículos —ya en su mayoría comerciales— asentados también en las zonas urbanas; *6)* la iglesia, que cobra por misas, bautizos, etcétera, dinero que no se usa para la manutención de la parroquia en el pueblo, sino que se lleva al obispado y arzobispado, que decoran suntuosamente sus iglesias urbanas, y *7)* las orquestas, boxeadores, magos y otros ilusionistas, que viven en las ciudades.

Lo importante a retener de esta situación es que el efecto nocivo no proviene de los valores en sí mismos sino del contexto en que se hallan insertados. Es decir, en el contexto tradicional de una economía mercantil simple, surtían un efecto benéfico para la comunidad. Pero ya en el marco de una economía capitalista tienen el efecto contrario.

Esto responde a algunas declaraciones de economistas que se han quejado de la falta de racionalidad de los campesinos indios. Pero es claro que los mazahuas, como ejemplo de éstos, sí maximizan; aplican su excedente a lo más importante en una comunidad campesina: a fomentar la buena voluntad humana y sobrenatural. El hecho de que su comportamiento aparezca como irracional o impráctico en nuestro contexto de valores de la sociedad de consumo no es problema de ellos, es un problema nuestro de percepción. Se convierte en problema para ellos cuando actúa en su perjuicio, y esto en la actualidad se debe a la penetración de la economía capitalista en sus comunidades.

Por el mecanismo anterior es difícil pensar que las minorías indígenas puedan convivir con la sociedad nacional conservando íntegra su cultura tradicional, como sugiere Stavenhagen (1974, p. 10). Ciertos valores tienen que cambiar, puesto que, como demuestra lo anterior, la sobrevivencia dentro de un sistema capitalista altamente competitivo depende de la adhesión completa a una serie de valores compatibles con dicho sistema. De otra manera, la incompatibilidad o rezago de ciertos valores en el nuevo sistema actúa en contra de los grupos.

Este conflicto se ha hecho patente en la relación que han sostenido los campesinos mazahuas con el trabajo industrial. Ya citamos datos y comentarios al respecto, referentes a su reticencia a perseverar en un empleo continuo, en lugares cerrados y bajo supervisión.

En contraste, resulta muy importante el que se encuentre una actitud distinta entre los mestizos: sus hijos se incorporan con gran facilidad al trabajo fabril. Esto se deriva de sus valores: llevan ya altas aspiraciones, el deseo de abandonar el trabajo agrícola —al que avalúan negativamente— por empleos en fábricas u oficinas y el afán de escalar social y económicamente mediante la acumulación y el consumo ostentoso. Además, su educación escolar los ha acostumbrado a trabajar en lugares cerrados, con horarios y bajo supervisión.

En contraste, el trabajo de los jóvenes mazahuas, casi todos ellos con antecedentes únicamente de trabajo agrícola, muestra gran ausentismo, baja productividad y falta de motivación para conservar los empleos fabriles. Detrás de ello se encuentran los valores que ya anotamos.

Esta situación no puede negarse, pero sí es necesario entenderla correctamente. Porque también se atribuye, ideológicamente, a que los mazahuas son ineptos para este tipo de empleos por naturaleza intrínseca, biológica o cultural. De hecho, estas actitudes, como lo indican los datos, son resultado de un sistema de socialización y educación escolar, lo que se demuestra fácilmente al constatar que los jóvenes mazahuas que han asistido a la escuela y han residido en el medio urbano ya tienen la actitud de los mestizos y se incorporan de lleno al trabajo fabril, por ejemplo, en la fábrica de Pastejé. Se trata, pues, de una cuestión de condicionamiento.

La importancia de lo anterior es que, por su estigmatización étnica y por un condicionamiento cultural distinto, han quedado excluidos los mazahuas de las ocupaciones creadas recientemente que se ubican en el sector capitalista de la economía. Así, no sólo han perdido los ingresos que les reportaban sus antiguas ocupaciones, sino que no se han podido incorporar a los nuevos empleos: éstos han sido vorazmente acaparados por el excedente de población mestiza.

Pero agudiza más esta marginación el hecho de que, si bien no se han incorporado a los nuevos empleos, sí están participando crecientemente en la economía capitalista nacional como consumidores. La ideología del consumo la están absorbiendo con entusiasmo las nuevas generaciones de mazahuas, que tienen entonces que trasladarse a la capital en busca del ingreso para

consumir. Pero este consumo le representa ganancias a las industrias urbanas, lo que beneficia a la población de las ciudades o acaba en grandes obras suntuarias en éstas. En cambio, las comunidades mazahuas, y campesinas en general, no han recibido beneficio alguno de este consumo expandido.

Finalmente, queda por analizar un mecanismo más que tiene un efecto diferencial. Ambos grupos, mazahuas y mestizos, en principio siguen la costumbre de repartir la tierra por igual a hijos e hijas. En la práctica sucede en ambos grupos que los hijos varones son los que reciben tierras, y las hijas son abandonadas a su suerte en manos de sus esposos, hecho que las ata totalmente a éstos, impotentes para buscar una vida propia o sobrevivir independientemente. Las que tienen que hacerlo, por viudez o por haber sido abandonadas, se ven forzadas a emigrar irremediablemente a las ciudades.

Hasta donde nos fue posible indagar, la tasa de incremento de población ha sido la misma para mazahuas y para mestizos. Se supondría entonces que la subdivisión de las parcelas habría ocurrido a ritmo idéntico entre ambos, desembocando en una incidencia equivalente del minifundismo. En la realidad esto no ha ocurrido. En parte porque, como ya mencionamos, los que han ascendido a burguesía rural son casi sin excepción mestizos. Pero, además de este grupo especial, ya vimos que el excedente de la población mestiza ha podido incorporarse con éxito a nuevas ocupaciones. Como efecto secundario, los hijos que se han quedado a cultivar la tierra han recibido parcelas más extensas que las que han heredado los hijos en las familias mazahuas.

Este hecho económico fundamental nunca ha sido señalado, por lo que se busca la explicación de la mayor incidencia del minifundismo entre mazahuas e indios en prácticas culturales. Como se muestra, la práctica cultural que subyace en este hecho es idéntica entre los dos grupos. Lo que provoca la desigualdad posterior es el acceso de los mestizos a otro tipo de ocupaciones, con lo que se alivia su sobrepoblación agrícola.

Conclusiones

El análisis ha puesto al descubierto una serie de mecanismos entretejidos que explican objetivamente por qué los mazahuas han quedado rezagados

en los estratos económicos más bajos y aprisionados en el minifundismo. En sí, el minifundismo nada tiene que ver con rasgos culturales; se debe a un crecimiento explosivo de la población y al desarrollo del capitalismo en el campo. Ahora bien, al interior de esta situación estructuralmente determinada, la distribución de los mazahuas no es azarosa entre las clases sociales, sino que se hallan concentrados en los niveles más bajos. Tampoco se debe esto a sus particularidades o prácticas culturales, sino al hecho de que se manipula ideológicamente su estigma de ser indio con el fin de explotarlos con impunidad e impedirles el acceso a recursos económicos y de otra índole. Vimos que su falta de representación política o, más bien, el que no participen en el poder, los ha dejado indefensos ante el despojo y les ha impedido establecer contactos políticos que les rindieran ventajas económicas. En virtud de que se les clasifica como indios se les excluye de los medios sociales donde se reparten el poder y la riqueza. Ciertos valores acordes con su vida comunitaria, ya en el contexto de la economía capitalista, han permitido e incluso fortalecido su descapitalización. Finalmente, no han tenido acceso a medios de producción complementarios como son créditos, maquinaria, fertilizantes, etcétera, por la discriminación de que son objeto en oficinas y establecimientos comerciales, por su desconocimiento de cómo realizar trámites y por su imposibilidad de establecer contactos sociales ventajosos. Además han perdido los ingresos de ocupaciones y actividades tradicionales sin que hayan podido incorporarse a los nuevos empleos y oportunidades que ha creado el exiguo desarrollo económico de la región. Éstos han sido absorbidos por los mestizos, lo que les ha permitido elevarse a nivel de burguesía rural, o, cuando menos, seguir ocupando los estratos medios sin caer en el minifundismo agudo.

Los instrumentos teóricos con los que realizamos el análisis que participa de procesos estructurales determinan sus rasgos esenciales. Empero, al interior de estos procesos se crea socialmente una barrera étnica que se racionaliza con base en supuestos raciales y culturales pero que de hecho responde a consideraciones políticas y económicas fundamentalmente.

Dicho de otra forma, el análisis previo nos obliga a replantear el punto de partida de la antropología tradicional. No se trata ya de saber qué es el indio y así explicar por qué vive tan mal, sino intentar explicar por qué se dice que vive mal debido a sus prácticas culturales cuando es claro que se trata de una cuestión esencialmente política y económica.

Cuando menos, esto nos libra de seguir discutiendo, *ad infinitum*, la naturaleza de las culturas indias. Toda discusión de esta índole debe situarse en el paradigma ideológico de la sociedad misma en que estamos situados. Porque el que el mestizo sea violento, agresivo, cruel y oportunista en tal situación no parece importarle a nadie. Los defectos de éste, en tanto que extensión del hombre occidental que se proclama universal, son la condición humana. La racionalización hobbesiana nos deja mudos —y autocomplacidos—. Los defectos del otro, en cambio, del indio, del negro, del colonizado, son inadmisibles. Y por ello reciben como justo castigo el yugo de la explotación económica y el sometimiento político. Golpe ideológico magistral que, con una sola idea, borra de un tajo la responsabilidad moral del colonizador.

En consecuencia, las cualidades atribuidas por la opinión pública a cada grupo son poco importantes: lo esencial son los efectos prácticos de esta evaluación, *i.e.*, las relaciones de producción y de poder entre los dos grupos, los procesos estructurales, puesto que, hemos visto, los conceptos ideológicos se utilizan sólo para racionalizar o para dar más fluidez a éstos. Por ello, la antropología culturalista ya no debe ser utilizada para distraer la atención de este hecho fundamental, enfrascándonos en discusiones culturales.

El punto clave de todo esto es que la tarea del científico social no es tratar de evaluar el carácter de las culturas indígenas o lo que se dice de ellas, sino la necesidad de que exista una ideología que las inferiorice. Dicha necesidad, hemos visto, proviene de una situación de dominación política. El que tiene el poder es el que dicta la visión de las cosas. La sociedad nacional explota a campesinos y a indígenas para poderse desarrollar. Pero posee una conciencia católica: ¿cómo soportar las punzadas de ésta si todos los domingos comulga con la idea de que todos los hombres —y mujeres— somos iguales? Si acaso le preguntáramos: "¿Entonces por qué son más pobres los mazahuas?", mucho me temo que evadiría su responsabilidad diciendo: "Bueno, es que ellos son indios".

Fuentes consultadas

Aguirre Beltrán, G. (1967), *Regiones de refugio*, México, Instituto Indigenista Interamericano.

ARIZPE, L. (1974), *Parentesco y economía en una sociedad nahua,* México, Instituto Nacional Indigenista.

_____ (1975), *Indígenas en la ciudad: el caso de las Marías,* Sep-Setentas, México.

BARTRA, R. (1974), "Modos de producción y estructura agraria en México", en *Historia y Sociedad,* 2ª época, núm. 1, pp. 23-30.

BARTH, F. (1969), *Ethnic Groups and Boundaries,* London, George Alien and Unwin.

BONFIL, G. (1972), "El concepto de indio de América: una categoría de la situación colonial", en *Anales de Antropología,* vol. IX, pp. 35-45.

FABILA, I. (1958), *Los ejidos del Estado de México,* México, Gobierno del Estado de México.

MÖRNER, M. (1969), *La mezcla de razas en la historia de América Latina,* Buenos Aires, Paidós.

_____ (1973), *Estado, razas y cambio social en la Hispanoamérica colonial,* México, Sep-Setentas.

PITT-RIVERS, J. (1973), "Race in Latin America: the Concept of 'Raza' ", en *Archives Europeens de Sociologie,* vol. XIV, pp. 3-31.

POZAS, R. (1972), *Los indios en las clases sociales de México,* México, Siglo XXI Editores.

STAVENHAGEN, R. (1969), *Las clases sociales en las sociedades agrarias,* México, Siglo XXI Editores.

_____ (1974), "La sociedad plural en América Latina", en *Diálogos,* núm. 55, pp. 5-10.

VILLORO, L. (1974), "El concepto de ideología", en *Plural,* abril, pp. 27-34.

Capítulo 33

El reto del pluralismo cultural: apuntes sobre la dinámica de la cultura en América Latina*

Se ha hecho patente en años recientes la necesidad de incorporar a los proyectos en torno al desarrollo, consideraciones relativas a la cultura, entendiendo por ésta todo lo relacionado con las manifestaciones de pensamiento, arte y religión, así como valores y reglas sociales de conducta. Sin embargo, todavía no se han realizado en este campo investigaciones ni experiencias de implementación de políticas, en especial en América Latina, que permitan emprender cabalmente este fenómeno. En consecuencia, para explicar el problema de la cultura se le han aplicado mecánicamente concepciones relativas a otros problemas sociales.

Cabe preguntarse: ¿qué relación existe entre el desarrollo económico y político de una sociedad y su cultura? Lamentablemente, ha habido la tendencia a responder a esta pregunta de manera simplista, dando por hecho que el desarrollo cultural ocurre ya sea en forma totalmente independiente o como una derivación mecánica de los procesos mencionados en primer término. Sin embargo, puede señalarse que la forma en que una sociedad aborda los problemas económicos y políticos se origina en su perspectiva ideológica, es decir, cultural.

Por otra parte, se ha respondido también a esta pregunta trasladando al *desarrollo cultural*, en sentido restringido, las respuestas especulativas que se han aplicado al *desarrollo global* de la sociedad. Con ello se desvirtúan los postulados de las teorías evolucionistas, y se penetra en un campo lleno de equívocos. Analizando lo expuesto en estas teorías, en relación con el campo de la cultura, puede concluirse lo siguiente:

**El reto del pluralismo cultural*, Instituto Nacional Indigenista, Investigaciones Sociales núm. 2, México 1978, pp. 7-11.

Las teorías evolucionistas sobre el desarrollo de las sociedades no han logrado el rigor en la definición de términos, en la acumulación de evidencias etnográficas y sociológicas y en la interpretación de los hechos, necesario para confirmar sus especulaciones científicamente. Por ello deben considerarse como conjeturas, sustentadas algunas de sus proposiciones con mayores o menores bases de confirmación, pero que deben ser empleadas sólo como explicaciones tentativas de la evolución de la sociedad humana.

Un terreno particularmente desconocido dentro de estas teorías es la forma en que varían los rasgos culturales en relación con los procesos económicos y políticos más generales. Los hechos históricos dejan entrever que el desarrollo de cada aspecto, lejos de estar indisolublemente ligado, puede sobrevenir de manera independiente. En todo caso, lo único que puede afirmarse es que un alto nivel de vida material proporciona las bases para un florecimiento de los distintos aspectos de la cultura. Pero la proliferación en la producción artística y de espectáculos no determina la calidad de dichas manifestaciones. Es decir, no hace privativa la calidad a un solo tipo de sociedad, como lo muestra ampliamente la historia universal del arte.

Revisando los distintos aspectos que componen la cultura, puede concluirse que en el campo del pensamiento sí puede concebirse un desarrollo definido a través de varios tipos de pensamiento, aunque queda por explorar el papel que juegan las clasificaciones cognoscitivas y el pensamiento mítico en esta evolución. En cambio, en los demás aspectos, *i.e.* los valores sociales y las manifestaciones artísticas y religiosas., es claro que no hay bases para afirmar que existen fases evolutivas en cuanto a sistemas morales, lenguajes plásticos, ritos y espectáculos. Cualquier juicio valorativo que se haga de ellos depende de los criterios culturales que usa la persona que los juzga.

¿Cuál ha sido la influencia de estas tesis evolucionistas europeas sobre la concepción del desarrollo cultural en América Latina?

El desarrollo cultural tuvo lugar en los territorios de América desde varios milenios antes de nuestra era. Pero fue en el siglo XVI cuando la conciencia europea imprimió sobre éste una concepción muy particular: inventó un nombre para el continente, le inventó también un destino e inventó a sus pobladores. Es decir, arrasó con la conciencia nativa e impulsó

juicios externos sobre su naturaleza. En esta contradicción se ubica la personalidad "partida" de la cultura latinoamericana.

Por una parte, aquella conciencia europea (haciendo caso omiso de las evidencias que mostraban un desarrollo cultural de altas civilizaciones y pueblos agrícolas, recolectores y cazadores paralelos al de otras regiones del mundo) proclamó a los pueblos nativos de América Latina como una "raza inferior". Empero, la ciencia ha demostrado que los prejuicios raciales no se refieren a características fenotípicas de una población, sino a distinciones de grupos y clases sociales. El término "indio" designa tanto a una cultura distintiva como a un papel económico y político dentro de una nación. Al confundirse estas dos acepciones del término, se ha concebido la problemática de América Latina como una problemática *cultural*. Sin embargo, los grupos nativos, así como los grupos de campesinos, llaneros y gauchos, cumplen con un papel bien definido: productores primarios y mano de obra para la sociedad nacional. La constante reproducción de este papel ha dependido de la supeditación *política* de estas poblaciones.

No puede, en consecuencia, pensarse que el estancamiento económico de los pobladores rurales se debe a un problema cultural. Se trata a todas luces de un problema de índole política y económica. En cambio, el hecho de que se consideren las manifestaciones culturales de estos grupos, ya sea población amerindia, afroamericana o de inmigración europea, como carentes de interés y calidad, apunta hacia otro problema.

Básicamente, como lo han hecho notar autores latinoamericanos contemporáneos, el problema, ahora sí cultural, de los países de esta región, consiste en que se ha adoptado sin cuestionamiento el pensamiento europeo como gesto vacío sin crear un pensamiento propio. Todavía a fines del siglo pasado las políticas de integración nacional de los países de América Latina se avocaban a fomentar en sus poblaciones la imitación más perfecta de las formas políticas y culturales de países europeos y de los Estados Unidos. A principios de este siglo, tras un vuelco de la conciencia latinoamericana, se buscó entonces una personalidad propia, pero al girar el rostro únicamente hacía lo propio, se perdió de vista la posibilidad de una síntesis que integrara lo autóctono y lo europeizante. El pensamiento y el arte latinoamericanos, hasta la mitad del presente siglo, se debatieron entre estos dos polos.

Este dilema se cristalizó en forma elocuente en el ámbito del arte. El arte religioso colonial conjugó lo español y lo indígena en sus prácticas,

pero bien pronto se legisló una participación dispar de cada uno de ellos en el oficio y en el mercado del arte. Así se condenó a los indígenas, y más tarde, por extensión, a los grupos rurales, a producir sólo artesanía. Cortada la relación de ésta con el arte mayor, perdió dinamismo y quedó encerrada en lo local y folclórico. Pero al mismo tiempo el arte mayor perdió sus raíces propias y se vio obligado a buscar en Europa sus fuentes de recreación. Ahonda esta separación el hecho de que en América Latina, al contrario que en Europa, nunca ha surgido un diseño industrial que zanje esta diferencia y que lleve un criterio estético universal a todos los rincones del país. Pero es importante también hacer notar que, en la búsqueda de la vanguardia en el arte, se ha confundido la *calidad* de las obras con la *difusión* de que son objeto en los medios masivos de comunicación, difusión que la mayor parte de las veces responde al mercado del arte y no a aquella primera característica. Es decir, resulta imprescindible distinguir entre el lenguaje plástico como función de representación de una sociedad y cierto lenguaje que puede estar de moda.

Además, siendo la cultura una manifestación necesaria para el ser humano, ésta brotará en cualquier situación en que se halle un grupo social. Legislar para destruir culturas locales o de grupos es legislar contra la creatividad del ser humano. Una política semejante es autodestructiva. No sólo va en contra de la naturaleza humana sino que produce aquello mismo que se teme: una cultura empobrecida a fuerza de despreciarla y reprimirla.

Finalmente, es importante analizar la relación entre desarrollo tecnológico y cultura, ya que se encuentra muy difundida la idea de que para lograr el primero se requiere una sustitución cultural total en los países en vías de desarrollo. Puede apuntarse que, en efecto, se requieren algunos cambios básicos sobre todo en actitudes hacia el trabajo y hacia el consumo, si se pugna por un desarrollo que se oriente hacia una sociedad capitalista de consumo. Pero definitivamente no requiere un cambio total de cultura: muestra de ello es el hecho de que cada país capitalista metropolitano conserva una cultura propia y distintiva. Nada más contrastante, por ejemplo, que las culturas francesa, norteamericana y japonesa.

Los puntos expuestos en páginas anteriores señalan todos en una dirección: muestran que se hallan completamente minadas las bases que daban sustento a los proyectos decimonónicos de integración a una sola

cultura nacional. Señalan, además, que las políticas culturales de los estados han sido precisamente las responsables de la perpetuación del letargo en que se hallaba la cultura latinoamericana hasta una época reciente. Primero, porque han mantenido, con algunas excepciones, los juicios negativos impuestos por la conciencia europea desde el siglo XVI acerca de las culturas nativas. Segundo, porque al aceptar el juicio anterior se han reprimido las culturas espontáneas y creativas que nacen dentro de los países. Tercero, porque han confundido la problemática cultural con los problemas de integración política y de explotación económica.

Con este diagnóstico en mano, podemos señalar cuáles son los campos de la sociología de la cultura en los que urge hacer investigación.

El primer lugar lo constituye una exploración teórica que permita entender la relación entre desarrollo tecnológico y desarrollo cultural. Sabemos que se han propuesto dos grandes interpretaciones en este sentido: la de Marx y la de Weber. Pero urge entender lo que sucede actualmente en los países del Tercer Mundo. Para ello se requiere crear un espacio teórico en el que se generen ideas acerca de la interacción de fenómenos ideológicos y culturales con los fenómenos de economías capitalistas periféricas y dependientes.

En segundo lugar, se requiere una amplia reinterpretación de la historia cultural de los países del Tercer Mundo. En América Latina ya empieza a hacerse. Se parte ahora de una conciencia propia para describir, explicar y representar la realidad de esta región. Pero en la referida reinterpretación es necesario conservar una perspectiva de conjunto de esta cultura, y no desgajarla artificialmente en áreas impermeables referentes, por una parte, a grupos étnicos; por otra, a las artes; por otra, al pensamiento filosófico y científico y, por otra, a manifestaciones religiosas, mágicas y rituales. Ello obliga a un análisis de conjunto, porque tal vez somos nosotros (los antropólogos, los escritores, los pensadores, los cronistas) quienes introducimos esas mismas divisiones que queremos erradicar.

Asimismo, se necesita un sinnúmero de estudios concretos de hechos culturales: teatro, literatura, fiestas nativas, pintura, artesanía, etcétera, que les otorguen contenido a ese ámbito crítico, a ese ámbito del espíritu en donde los latinoamericanos podamos reconocernos, por fin, como latinoamericanos.

La marginación de los campesinos indígenas: ¿problema cultural o problema político?*

Alguna vez pregunté dónde están los representantes políticos de los cuatro millones de campesinos indígenas. Las miradas perplejas me dijeron que el "problema" de los indígenas es cultural, no político. Y las miradas de cejo fruncido, que las minorías pueden esperar mientras los otros veinte millones de campesinos y campesinas esperan en las antesalas de la Secretaría de la Reforma Agraria. Hace cuatro siglos que esperan y los problemas de las mayorías no acaban de resolverse.

Curioso laberinto verbal y conceptual: de los cinco millones de hablantes de lenguas indígenas del país, quizá unos 50 mil se dediquen a actividades fuera de la agricultura —caza, pesca y recolección. La gran mayoría son campesinos minifundistas. Se argumenta que viven en comunidades aisladas y que su economía es de autosubsistencia y que por ello no pueden recibir los "beneficios del desarrollo económico" en el campo. Esta premisa es falsa: no existen ya comunidades ni regiones sin conexión alguna con el sistema nacional. La relación de los campesinos indígenas con la economía central es exactamente la misma que la del resto de los campesinos. Sufren una extracción de capitales, por vía fiscal, financiera, por el monto de los jornales y por el mecanismo de precios, a nivel de la comunidad. Al mismo tiempo su apertura cultural hacia la sociedad nacional les ha traído el consumismo y son consumidores cada vez más ávidos de los bienes con que pregona la sociedad de consumo su superioridad a todos los demás sistemas. Doble desangre al que hay que añadir el menosprecio con que se miran sus ricas tradiciones culturales, tradiciones que podrían

**El reto del pluralismo cultural*, Instituto Nacional Indigenista, Investigaciones Sociales núm. 2, México, 1978, pp. 25-29.

ser una fuente más de una cultura nacional dinámica y propia pero que se desechan, sin conocerlas realmente, a cambio de una imitación vacua de otros modelos culturales.

En el fondo, es una trampa ideológica que nosotros mismos hacemos perdurar: se utiliza de manera demagógica el concepto antropológico de cultura para borrar de los planes nacionales el destino de los campesinos y marginales urbanos indígenas. Hace tiempo —en los años cuarenta— se hizo el apunte de que la solución al "problema" indígena era integrarlos, punto, la gaveta en que se anotó el apunte no ha vuelto a abrirse. Como se piensa que se trata de un problema cultural, la labor sobre el mismo se asigna benévolamente a una institución especial, el Instituto Nacional Indigenista. Se envía a los antropólogos, especialistas en la cuestión, a lograr la "modernización" de los indígenas. Pero una y otra vez, es bien sabido que los antropólogos han fracasado al frente de los Centros Coordinadores Indigenistas. ¿Por qué? Porque sus análisis del contacto cultural y aculturación y todos sus esquemas teóricos se quiebran frente a la realidad: su labor consiste en defender a las comunidades indígenas de los asesinatos perpetrados por caciques mestizos, de los despojos de tierras, de cobranzas municipales arbitrarias, de los arrestos brutales, de violaciones de mujeres, de la falta de pagos de los jornales, ¿es necesario repetir lo repetido tantas veces?

Porque lo que está en juego es una ventaja ancestral, la explotación ilimitada, flagrante de los campesinos indígenas políticamente permitida porque éstos no tienen cabida en la estructura nacional de poder. Y benefician los grandes agricultores, comerciantes, prestamistas y concesionarios de maquinaria, fertilizantes, etcétera, generalmente mestizos ladinos —aunque no han faltado los indígenas que, habiendo cruzado valla, hayan encontrado más ganancioso seguir el juego de los explotadores. Pero he aquí el meollo de la cuestión: esa valla. Una estructura que divide en dos: los dominadores y explotadores y los dominados explotados. ¿Quién controla el aparato del poder en el campo? Obviamente, los primeros.

De inmediato sacarán a relucir la consabida objeción, aquellos que quieren empujar la discusión hasta el extremo para así anularla. Y se acusa a quienes defienden las culturas autóctonas —escritores y antropólogos en su mayoría— de querer conservar una especie de zoológico humano. Nada de eso. Que yo sepa, el que un escocés vista una falda a cuadros,

ejerza extraños deportes como lanzar por el aire un tronco de 10 metros de largo, hable inglés con acento andaluz, viva en grupos de parentesco clásico y guste de contar historias míticas de clanes aguerridos, no me parece que ha interferido en nada en su habilidad de conducir un auto o ser un exitoso hombre de empresa. Y nadie diría que es un "subdesarrollado", y nadie pensaría que sufre de "atraso cultural". Esto da qué pensarse. Si catalanes tienen también una cultura minoritaria propia, y los suizos alemanes, y los suizos franceses y los suizos romanches... y no son países subdesarrollados. Los zapotecos le han dado a México estadistas brillantes, artistas destacados, profesionistas en todas las ramas, ¿qué diferencia real hay entre ellos y los catalanes? Yo diría que ninguna. Es sólo una diferencia conceptual. Ese lado oscuro y vergonzante que se le da al concepto de indio o indígena.

Es justamente ese error conceptual el que hace pensar que el pluralismo cultural es un padecimiento exclusivo del "subdesarrollo". No sólo no es exclusivo de países del Tercer Mundo —no hay más que contar los grupos culturales en Estados Unidos: negros, pieles rojas, portorriqueños, chicanos, judíos, etcétera—, sino que, además, no es un padecimiento. Al contrario, es gracias a la diversidad de culturas por lo que ha evolucionado la sociedad humana: la uniformización acaba con el movimiento. No se trata pues de acabar con las culturas locales, autóctonas o nuevas, sino de crear una relación orgánica entre ellas que permita el florecimiento de una cultura nacional auténtica y dinámica.

Volviendo a los campesinos indígenas, es muy claro que su participación en la vida nacional abarca dos aspectos totalmente distintos. Por una parte su incorporación como culturas originales que pueden contribuir a dinamizar una cultura nacional que también esté abierta hacia el extranjero —no vayamos a levantar de nuevo una cortina de nopal—, requeriría de una formulación novedosa de las políticas culturales del país. Y por otra parte está su rescate económico y político como campesinos. En este sentido no hay base para tratar sus problemas como tales fuera de los marcos de políticas agrarias nacionales. Sin embargo, es necesario enfocarlos especialmente, ya que, con la excusa de que son un problema cultural, no se les ha tomado en cuenta en la formulación de planes de desarrollo.

Vista de esta manera, la labor del Instituto Indigenista no ha sido en vano y hay que preguntárselo a las comunidades indígenas que se han

beneficiado con ella. Lo que se requiere es reformular la política que la ha inspirado precisamente para ampliarla. Porque el antropólogo al frente de un Centro Coordinador ha encontrado casi siempre que los servicios médicos, los consejos técnicos de agronomía, los apoyos financieros magros son como gotas derramadas en contra de la corriente. Lo que necesita es un dique para detener la corriente. Un apoyo político y judicial lo suficientemente fuerte para que pueda defender cabalmente a los campesinos indígenas.

Pero aquí hay otro laberinto conceptual: se pregunta uno ¿por qué un país necesita crear una institución para que defienda legalmente a un grupo de sus ciudadanos? Curiosa pregunta. Quizá muchos ni siquiera habían pensado que los indígenas son también ciudadanos. Pero se sigue la pregunta: ¿ha ganado alguna vez un indígena —y podemos hacer la misma pregunta para un campesino cualquiera— un juicio? No. ¿Cómo entonces defenderse del robo de tierras, del despojo de dinero o de productos, de la violación de su esposa, del asesinato de su hijo? Es para pensarse un rato. Queda sólo la violencia bruta, o parapetarse detrás de un cacique. Ah, luego el caciquismo no es una forma cultural peculiar del campo mexicano sino el resultado de la falta de canales de defensa legal. ¿Y si no ha habido la posibilidad de un cacique indígena, o si han matado ya a tantos que mejor se olvidan del asunto? ¿Qué queda? Entre otras cosas, la sumisión hipócrita seguida de la cuchillada por la espalda al patrón, o sentarse junto al maguey a ver pasar la tarde o el emborracharse hasta la inconsciencia. Quedan las fiestas y las danzas a ver si Dios, tan importante señor, se digna venir en su auxilio. Y la gente que luego dice, es que el problema de los indios es que son traicioneros, apáticos y alcohólicos. E insisten en que es un problema cultural.

Incluso habrá quien les reproche —¿y por qué se dejan? Qué poco sabemos de las ochenta y tantas rebeliones indígenas que ha habido en la historia de México. A todas las han dejado fuera de los textos de historia. Porque es el verdadero oprobio de la historia mexicana. Sólo se menciona la Revolución de 1910 en que hasta los indios se levantaron —y no olvidemos que los abuelos de Zapata eran indios nahuas— pero después, otra vez, los bajaron del escenario político. Pero no vayamos tan lejos, acerquémonos, más y más, simplemente a 1975: ¿dónde están los culpables de la matanza de campesinos nahuas en Huejutla? ¿Y los asesinados en Vera-

cruz y más recientemente en Sonora y los encarcelamientos en Amuzgos? Habrán sido nahuas o yaquis o mestizos, no importa ya: ahí están muertos por haber defendido sus derechos.

El laberinto conceptual se aclara. Es el clásico juego del cascanueces: por medio de la violencia, la explotación y la represión se empuja a grupos de campesinos indígenas a la miseria, a estériles regiones de refugio sin dejarles respiro más que en la violencia a traición, en el servilismo, en la apatía y en el alcoholismo. Y luego, como golpe de gracia, se rehúsa tomar en cuenta su situación como problema político, porque se les acusa de apáticos, sumisos y pasivos y estas actitudes se etiquetan como problema "cultural".

¿Dónde, repito, está el problema cultural? Si lo digno, lo sorprendentemente humano de los grupos indígenas actuales es que, a pesar de cuatro siglos del trato anterior, todavía sean capaces de crear una artesanía llena de imaginación y de originalidad, unas danzas, remolinos de colores y ritmos diversos y, lo que es raro hallar en México, una mitología y cuentos con un sentido de historia, de continuidad cultural y humana. Frente a eso el mexicano tiene algunos héroes desproporcionados y fragmentos de conciencia nacional.

Para finalizar, ante la contradicción de que el Estado tenga que defender a un grupo de sus ciudadanos, no debe dejárseles nuevamente en el desamparo, cortándoles la única conexión que tienen con el poder central que es el Instituto Nacional Indigenista, sino ampliar su acción para convertirlo en un canal de acceso de los campesinos indígenas al poder y la justicia. Pero, en el fondo, de lo que se trata es de que desarrollen —no de que se les otorgue— una participación política real, no como acarreados, no como coro de enormes organizaciones centralizadas, sino como voceros de sus propias inquietudes y problemas.



Tlacololeros de Zumpango, Guerrero. 2012.
FOTO LOURDES ARIZPE

Capítulo 35

El indígena y la nueva conciencia latinoamericana

Asistimos, a fines del decenio de los sesentas a un inusitado y fascinante proceso: la toma de conciencia, por parte de los países latinoamericanos, de la posición que han ocupado en el sistema económico y político capitalista. Posición entretejida y ocultada por un sistema de pensamiento que ata nuestras mentes al tiempo que las gestiones políticas sujetan nuestras economías.

Para ser breves, se descubrió que, detrás de una tramoya ideológica compuesta de teorías evolucionistas, desarrollistas y culturalistas, había una relación de intercambio económico desigual perpetuada por estructuras políticas que actúan en beneficio de las metrópolis. Es decir, de acuerdo con los esquemas evolucionistas y desarrollistas, se afirmaba que América Latina estaba "atrasada" pero que, con el paso del tiempo, podría acceder al estado de "desarrollo" de la misma manera que lo habían hecho los países metropolitanos. Su subdesarrollo se medía en función del desarrollo de éstos. Si bien se mencionaban factores económicos —escasez de capitales, exceso de mano de obra, etcétera— como causantes del atraso, con frecuencia se referían explícitamente a factores culturales como los responsables de esta situación. El analfabetismo, los bajos niveles educativos y de capacitación e incluso algunas características de la personalidad colectiva por ejemplo, la falta de un espíritu competitivo y empresarial (*entrepreneurship*) se citaban en este sentido.

La ciencia social latinoamericana nos ofrece ahora otra perspectiva: el desarrollo clásico de los países capitalistas pudo lograrse en parte gracias

**El reto del pluralismo cultural*, Instituto Nacional Indigenista, Investigaciones Sociales núm. 2, México, 1978, pp. 17-21.

a la relación que han sostenido con países periféricos y que posibilitó la acumulación de grandes capitales. El desarrollo, pues, es sólo un sector de un sistema de vasos comunicantes: al desarrollarse uno, se subdesarrolla el otro. Es el crecimiento económico el que a su vez provoca cambios sociales y culturales que le dan a una sociedad un aspecto moderno. En suma, la evolución social no está condicionada por factores culturales endógenos sino por las relaciones políticas y económicas entre los países.

Ahora bien, si esta nueva conciencia reveló la naturaleza de nuestras relaciones con el exterior, ¿por qué no iba a aplicarse en lo interno? Las tesis que se han sostenido con respecto al colonialismo interno, a las relaciones campo-ciudad y a la articulación de modos precapitalistas con el modo de producción capitalista dominante, no son más que expresiones de esta preocupación.

Aun cuando muchas de las proposiciones teóricas de estas corrientes sean polémicas todavía, prevalece la conciencia de que las mismas relaciones de dominación y explotación se han reproducido en el interior de los países y, en particular, hacia los grupos indígenas. El paralelo sorprende por su coincidencia: se ha afirmado siempre que el problema indígena es cultural y que consiste en que las culturas nativas americanas están "atrasadas" según la línea evolutiva trazada por la ciencia social metropolitana. Quienes aceptan este punto de vista, extrapolan la idea del atraso cultural con desdén del método científico Más elemental para explicar la miseria de estos grupos. Al mismo tiempo la preocupación exclusiva con las manifestaciones de estos grupos hace que no se haga ni siquiera consciente el hecho de que políticamente se hallan en una marginación y supeditación total a la sociedad nacional.

Un acercamiento más científico a la realidad nos ha ido mostrando paso a paso el error de estos viejos razonamientos. Por ejemplo, un estudio de las Marías, las mujeres indígenas que se dedican a la venta ambulante en la Ciudad de México, mostró que no participan de esta actividad por razones culturales sino debido a que la estructura ocupacional urbana no les ofrece ningún otro nicho económico en el cual sobrevivir.

Un estudio de la autora publicado recientemente abordó una situación sumamente propicia para averiguar qué factores —si culturales o los económicos— (Stavenhagen, 1976) han sido determinantes en acentuar la pobreza del grupo indígena frente al mestizo. Durante la reforma agraria

cardenista tanto los campesinos mazahuas como los mestizos de una comunidad del Estado de México recibieron por igual parcelas ejidales, en ambos se hallaban distribuidos al azar otros factores de la producción. Sin embargo, hoy en día, cuarenta años más tarde, los campesino mazahuas son más pobres y viven aprisionados en un minifundismo más agudo que el de sus contrapartes mestizos. ¿Se debe esto a las particularidades culturales de los mazahuas? Ésta fue la pregunta que guió la investigación y el análisis de los datos. Sin ánimo de repetir por entero los resultados obtenidos, se indican a continuación algunas de sus conclusiones principales.

Se analizaron en profundidad los mecanismos que permiten y perpetúan relaciones de desigualdad entre ambos grupos. Los más importantes son los siguientes:

1) Mecanismo políticos.- El ser clasificado como "indio" le confiere a un individuo de inmediato invisibilidad política. En consecuencia, no tiene participación alguna en la toma de decisiones sobre medidas políticas, acciones de agencias o proyectos económicos que lo afectan. Así, no tiene manera de asegurar que dichas decisiones sean en su beneficio y no en beneficio de caciques o funcionarios. Además, sabiendo que el acceso a puestos políticos significa acceso a prebendas y concesiones, quiere decir que queda excluido de la obtención de ventajas económicas. Por otra parte, su marginación política asegura que el "indio" no tenga ninguna posibilidad de defensa jurídica contra despojos, asesinatos o atropellos, puesto que la corrupción del sistema judicial hace que la justicia sea un parásito del poder, es decir, sin poder no hay justicia. Es evidente que, quien no pueda defenderse del despojo, ni política ni judicialmente en un sistema ferozmente competitivo, será siempre el más empobrecido.
2) Mecanismos económicos.- Por la discriminación de que es objeto en oficinas y organizaciones, y por su desconocimiento de cómo llevar a cabo los trámites requeridos, el indígena rara vez ha tenido acceso a créditos para maquinaria y para otros insumos agrícolas. Sólo lo ha llegado a tener, en últimas fechas, a través del Instituto Nacional Indigenista, pero siempre supeditado a éste. Un mecanismo más importante lo ha sido la comercialización de la economía campesina. Por una parte, la venta que realizaba el propio campesino indígena de sus pro-

ductos ha sido acaparada por un aparato comercial que manejan los mestizos, o, dicho con mayor precisión, los mestizos monopolistas. Por otra, ha perdido la mayoría de las industrias caseras y de las ocupaciones tradicionales que le proporcionaban ingresos complementarios a su actividad agrícola. En cambio, ahora tiene que comprar productos manufacturados traídos de fuera de su comunidad con una consecuente descapitalización. Las antiguas ocupaciones como eran la de tallador de arados de madera, constructor de casas, etcétera, han sido sustituidas por ocupaciones modernas de tiempo completo, como son las de mecánico, sastre, maestra costurera, etcétera, empleos a los que han ingresado los hijos e hijas de los mestizos. Así, al parcelarse más y más la tierra, las familias mestizas han podido colocar a algunos de sus hijos e hijas fuera de la agricultura. En consecuencia, los hijos que reciben la tierra, han obtenido parcelas de tamaño regular. En cambio, las familias indígenas han tenido que subdividir mucho más sus parcelas. Por todas las razones anteriores el minifundismo se presenta con mayor dramatismo y precariedad entre estos últimos.

3) Mecanismos sociales.- El parentesco y el compadrazgo son instituciones que refuerzan los lazos de solidaridad de ciertos grupos sociales. En este caso, al desaprobarse severamente el matrimonio entre indígenas y mestizos, se excluye a los primeros de los medios sociales donde se reparten privilegios y riquezas tanto económicas como políticas. El compadrazgo entre ambos grupos se establece generalmente con base desigual, mientras que entre los mestizos constituye un fuerte lazo de alianza política.
4) Mecanismos culturales.- Un rasgo cultural indígena, el gasto suntuario en el ofrecimiento de mayordomías y fiestas a la comunidad, ya en un contexto capitalista, ha constituido una vía abierta para que los pequeños capitales de las familias fluyan hacia el exterior, quedando en manos de comerciantes mestizos y de las industrias manufactureras urbanas.

Los mecanismos anteriores son muy claros pero siempre habían quedado encubiertos bajo las discusiones sobre la "cultura" indígena. Como puede verse, sólo el último rasgo puede clasificarse como cultural.

Es en este contexto y en el de la creación de una nueva conciencia a nivel de América Latina, donde pueden entenderse los planteamientos hechos por el Consejo Nacional de Pueblos Indígenas en su reciente congreso. Como lo expresó el presidente López Portillo, piden que se les deje de considerar como "curiosidades antropológicas", es decir, como culturas exóticas. En cambio, exigen que se les concedan, sencillamente, los mismos derechos que al resto de los ciudadanos. Sus demandas, es curioso, son *modestas* frente a lo que conocemos del sistema: justicia, apego a las leyes de la Constitución, representatividad política; pero, al mismo tiempo, son *revolucionarias* frente a lo que ha sido el desprecio y la explotación hacia los campesinos indígenas a lo largo de 457 años: piden participación en el juego político, participación en la administración y toma de decisiones de los organismos que les atañen, participación en la comercialización de sus productos, educación bicultural y bilingüe y educación al resto de la nación sobre el valor y dignidad de las culturas y lenguas indígenas.

En el aire empieza a cristalizarse algo histórico. ¿Acabaremos por comprenderlo? Algo que incluso atañe más a la nación mexicana que a los indígenas. Si les negamos identidad y el uso de la palabra, nos las estaremos negando a nosotros mismos. ¿Llevaremos a cabo, otra vez, el acto caníbal?

La suerte, quizá, es ya irreversible. Si nos permitimos una nueva conciencia como latinoamericanos, ¿podremos negársela a ese espejo de nuestra cultura que son las culturas indígenas? Lo irreversible es, tal vez, escuchar a un indígena diciendo: "Queremos que sepan que estamos orgullosos de los valores, de las costumbres, de las danzas y de la música de nuestras culturas, así queremos que se sepa en todas partes".

Capítulo 36

Conceptos de política cultural*

En años recientes se ha visto proliferar la discusión en torno a los temas del desarrollo: crecimiento económico, planificación urbana, fomento agropecuario y tantos temas más. Uno solo ha brillado por su ausencia, el desarrollo cultural. Desarrollo no en el sentido de que fuera necesario hacer brotar una cultura mexicana puesto que ésta existe ya, por más que en ocasiones se diga lo contrario. Pero en esta época en que se han rasgado tantos telones de ingenuidad política no queda más que aceptar que una vida artística y cultural vigorosa requiere del patrocinio del Estado. A falta de los mecenas legendarios, como los que hubo en los países metropolitanos en sus épocas doradas, ahora le incumbe al Estado proporcionar ese abrigo y sustento necesarios al desarrollo cultural.

En México, el único intento reciente en este sentido fue el anteproyecto de creación de un Consejo Nacional de las Artes propuesto por la Secretaría de Educación, que sustituiría o ampliaría las labores del INBA. El anteproyecto fue duramente criticado, argumentándose que no se había consultado a la comunidad de escritores y artistas en cuyo interés se fundaba. Como alternativa, un grupo de escritores propuso la creación de un Fondo para las Artes que se encargaría únicamente de ofrecer subsidios a los artistas mismos y a los organizadores de eventos artísticos. De esta manera se evitaría el peligro de crear un organismo burocrático lleno de posibles puestos para nuevos políticos, ya que se busca que el Estado estimule la cultura y no que la ahogue en zarzas burocráticas.

**El reto del pluralismo cultural*, Instituto Nacional Indigenista, Investigaciones Sociales núm. 2, México, 1978, pp. 13-16.

A nivel mundial el tema de políticas culturales ha irrumpido en las discusiones de proyectos de desarrollo en todos los países. Ello se debe al viraje que ha ocurrido en cuanto al concepto mismo de desarrollo. Se concebía anteriormente sólo como un incremento indiscriminado de la economía. A partir de la iniciativa de científicos sociales mexicanos y latinoamericanos que cuestionaron la racionalidad de un crecimiento económico como fin en sí mismo y de las advertencias ominosas en cuanto a los "límites del crecimiento", se incorporaron al concepto de desarrollo consideraciones políticas y culturales. Se hizo claro que el avance y el equilibrio de un crecimiento económico dependen del marco político de relaciones de poder entre las naciones y dentro de las mismas en que se da este último. Y este proceso político sufre una fuerte influencia a través de las culturas respectivas de los distintos países.

Con el fin de encontrar un marco regional latinoamericano a las políticas culturales, se reunió en febrero de 1976 un grupo de especialistas en la ciudad de Panamá bajo los auspicios de la UNESCO. Se dieron cita administradores de la cultura, entre ellos la ministro de Cultura de Costa Rica, la distinguida escritora Carmen Naranjo —debe notarse que Costa Rica es el único país de América Latina que ha establecido un Ministerio de la Cultura—, antropólogos, compositores y artistas. La mezcla fue sumamente enriquecedora: el desarrollo concertado de una cultura latinoamericana fue visto desde todos los ángulos. Desarrollo que tiene un significado cultural pero también político porque implica sustentar las luchas de liberación política a través de un renovado vigor artístico y cultural.

Por lo general se utiliza la versión laica del término cultural restringiendo su acepción antropológica —que cubre todo el ámbito de la sociedad—, para significar ese campo un tanto vago que popularmente se contrapone a lo económico, lo político y lo social, y que resulta finalmente una categoría residual, un desván en el cual se guarda todo aquello relacionado con la vida artística y "espiritual" de una sociedad. Vista de esta manera, la cultura abarca las bellas artes de literatura, el cine, las manifestaciones festivas, el diseño y la artesanía, en fin, todo aquello no vinculado a los tres campos ya citados que de alguna manera nos ofrece un reflejo de nosotros mismos. Nótese que ampliamos el concepto reduccionista de cultura que la restringe a las artes.

No se trata aquí de una mera distinción semántica sino de una conceptualización más extensa del desarrollo cultural. En su acepción vulgar se

concibe a la cultura como una serie de objetos comparables: metros de cuadros y de libros con los que es de prestigio adornar los hogares. Este punto de vista lleva a, pensar que el desarrollo cultural consistiría en producir cada vez más objetos de consumo para proveer de ellos a un mayor número de personas.

Es lógico pensar en la cultura como producción artística. Pero no sólo de obras, puesto que en este momento los pintores de vanguardia han abandonado ya el campo visual y experimentan con la presentación de ideas puras, de experiencias directas y efímeras ante el público. Es éste, quizá, en conjunción con las conferencias de escritores, de músicos y de otros artistas, el vínculo con un concepto más amplio de cultura. Cultura como manera de estar con uno mismo: más que un objeto bello, más que una experiencia concreta, más que un ritmo, una manera de pensarnos. El arte es, como se ha dicho, la manera en que el ser humano se identifica. Esto se plasma no sólo en el arte culto, sino en todas las manifestaciones de este tipo: en el vestido, en el diseño, en las danzas populares, en la artesanía. La sensibilidad varía, la apreciación es múltiple, pero la fuente original, la intención en el sentido antropológico, es la misma: el encuentro.

En México conocemos bien las vicisitudes que ha sufrido la cultura. Desde la adoración de los prehispánicos, fruto de la Revolución, cuyo monumentalismo nos aplasta todavía, pasando por la ambivalencia que nos produce el arte popular: cerámica, danzas, indumentaria; hasta el arte que se quiere llamar "culto" haciéndole así perder su universalidad, su autenticidad. El arte no se puede poseer, y por ello no lo puede tampoco "poseer" una sola cultura. La disyuntiva entre arte autóctono y arte culto era una disyuntiva histórica, política, más que estética: la experimentación plástica, como ya se han encargado de mostrar los especialistas, no tiene fronteras.

Infelizmente, hasta hace pocos años perduraba la idea de que sólo el arte culto y la cultura euro-norteamericana eran válidas. Por ello se marginó a la artesanía campesina, se desdeñó al cine y a la literatura nacionales, se mantuvo sin estímulo a las artes gráficas y musicales. En años recientes es notable el cambio: en todos los campos artísticos se producen obras nuevas, originales, de buena calidad. Sin embargo, la visión amplia del antropólogo hace vislumbrar un cuello de botella en años futuros a este prometedor principio.

En los países europeos ha sido siempre notable la estrecha relación entre el arte, el diseño —desde el industrial hasta el de la moda—, la artesanía y la arquitectura. Por ello se habla de estilos totales como, por ejemplo, el *Art Déco* de los años treinta. Cada una de estas actividades se ha nutrido de la otra, constituyéndose así una cadena infinita de reflejos creativos.

Esta cadena todavía no acaba de concebirse en México. Aquí, las cadenas son orden opresivo: los pesados prejuicios de la diferenciación social, los desprecios o las gulas de elogio dictadas no por una apreciación real sino por predisposiciones. Se desprecia el diseño, se desdeña la moda, se menosprecia la artesanía y por reflejo se acaba por desdeñar el arte "culto" porque se piensa que refleja, a su vez, otro prejuicio.

¿No estaremos a tiempo para tratar de soldar estos eslabones vitales para impulsar una vida cultural en que domine no el prejuicio y el prestigio sino el talento y la creatividad? Sería el momento de pensar en una política cultural integral. Que no administre, que no cree espacios oficiosos, sino que coordine las actividades y subsidios a distintos grupos pero que incluya promoción de las artes y de la artesanía —a riesgo de otra manera de convertirla en mera mercancía— de manifestaciones artísticas y festivas y de extender una dimensión estética a todos los ámbitos de la vida social.

Capítulo 37

El Primer Congreso Nacional de Pueblos Indígenas*

En las riberas del Lago de Pátzcuaro, lugar apropiado, ya que allí llevó a cabo don Vasco de Quiroga el primer intento por organizar a las comunidades tarascas según un nuevo modelo político y económico, se celebró en octubre de 1975, el Primer Congreso Nacional de Indígenas. Aclaremos para empezar: los indígenas son campesinos mexicanos que por azares históricos hablan lenguas nativas americanas y conservan, en mayor o menor grado, costumbres e instituciones distintivas. No diremos prehispánicas porque la antropología acaba de demostrar que gran parte de sus pautas culturales han sido desarrolladas con posterioridad a la Conquista. Se cree, erróneamente que desde ese punto en la historia, las culturas indígenas quedaron congeladas, aplastadas, verdaderas ruinas que se han ido deteriorando al igual que los monumentos arqueológicos que carecen de atención. Ninguna cultura se estanca: sigue recreando elementos antiguos, incorpora los nuevos y los integra ambos en un desarrollo continuo en espiral. El que toda cultura posea una vitalidad propia y una validez histórica innegable es un hecho científico. El que por razones políticas y de intereses económicos se haya querido y se quiera todavía considerar a las culturas indígenas como atrasadas, estancadas o poco vitales, es un hecho político. Y el Primer Congreso de Indígenas en Pátzcuaro acaba de demostrar, justamente, cuán política es la cuestión indígena.

El antecedente único del Congreso ha sido sin duda el interés personal del presidente Echeverría por los grupos indígenas, el cual, a través de la rara alquimia de nuestro sistema político, se ha traducido en una labor

**El reto del pluralismo cultural*, Instituto Nacional Indigenista, Investigaciones Sociales núm. 2, México, 1978, pp. 59-64.

intensificada del INI, en el "despertar repentino" de la Reforma Agraria que de pronto se dio cuenta de que existían campesinos indígenas, y en el afán presuroso de la CNC por incorporarlos a sus filas. En el transcurso de 1975, según informan las dos últimas dependencias, se llevaron a cabo 60 congresos regionales para elegir a las delegaciones respectivas de los distintos grupos indios. ¿Bajo qué condiciones se realizaron dichos congresos? ¿Cómo se realizaron las convocatorias, en qué lugares y fecha se reunieron? Misterio, misterio PRIstino. Sacadas de la manga, acarreadas en autobuses, las delegaciones Popoloca, Pai-Pai, Pima, Mazahua y otras treinta más aparecieron en Pátzcuaro como por arte de magia. Otra vez, el secreto y sigilo de las operaciones pronosticaban una nueva función de títeres, esta vez, más folclóricos, quienes bajo la promesa de tristes concesiones, serían utilizados, una vez más para apoyar a tal o cual precandidato y para darle lucimiento a tal o cual dependencia o agrupación. Justamente, por tal motivo, un grupo de antropólogos se adelantó a la feria y publicó un desplegado de protesta en un periódico capitalino. Pero la gran, la inusitada sorpresa de Pátzcuaro fue que, ahora sí, los indígenas ya no necesitan voceros, porque ellos tomaron la palabra y el manejo de su congreso. Noticia que llegó a los periódicos con tantas torceduras que pareció un triunfo, otra vez, de los manipuladores. Pero los hechos hablan por sí mismos.

Pátzcuaro, lunes por la noche: siguen llegando los autobuses trayendo totonacos de Papantla, nahuas de Zitlala, Guerrero; mayas de Tenabo, Campeche. Se les ha prometido hospedaje: se les acomoda en unas enormes carpas circenses, muy alegres, de franjas rojas y amarillas, levantadas en una explanada de las riberas del lago. ¿Se hospedaría así a grupos de ganaderos o agricultores, de Sinaloa por ejemplo? Las camas y cobertores, que iba a traer el ejército, pos no parecen. Llegaron, finalmente, el miércoles; mientras tanto, pues en petates "si están acostumbrados a eso" y lo que es peor oír "pos sí, sí estamos acostumbrados a eso". Pero otros protestan virulentamente, "nos traen como ganado" y la razón por la que se aguanta todo la expresa un campesino mayo en una sesión "si venimos aquí, aguantamos dormir en el suelo, ahí lo que nos den para comer, pero porque esperamos un beneficio de esta reunión".

Las lenguas anónimas explican que los camiones del ejército fueron detenidos y demorados por la policía de caminos estatal. Podría ser, porque corre muy fuerte el rumor de que el gobernador del estado se opone

con vehemencia al Congreso. Y no había más que leer los comentarios sobre el mismo en la Voz de Michoacán... "Algunas delegaciones se hospedan en el internado del CREFAL, otros pos ahí nos pasamos mejor la noche platicando en el camión". Se han instalado baños y agua potable en las inmediaciones y en el Centro Coordinador del INI a una calle de distancia, se sirven tres comidas al día a 2,800 comensales. Sentados en el pasto en el jardín, o alrededor de las mesas, se miran con extrañeza, desconfianza o con un nuevo sentido de solidaridad, los distintos grupos. Conversa Pepe Chambor, el jefe de los lacandones con José Martínez, de la delegación de popolocas. Las mujeres, la gran mayoría vestidas con sus trajes tradicionales, no hablan siquiera sin pedirles permiso a sus hombres. Hace un frío intenso y los tacuates, que viven en la Costa de Oaxaca y visten calzones cortos de fino bordado, corren de un lado a otro buscando cobijas.

Dentro de las carpas, unos mecates indican territorio: aquí los chatinos, allá los mazatecos y allá los amuzgos. En las noches, reina la algarabía. Juegan cartas tirados en los petates. O empiezan a tocar una guitarra y un violín, y bailan mostrando sus distintas danzas. Pero para los jefes de las delegaciones y para los líderes jóvenes más politizados, no hay tiempo más que para discutir.

Porque asisten dos tipos de delegados: los jóvenes y viejos militantes, de lengua rápida, que intentan afianzar sus conciencias y los lazos de apoyo político entre las distintas delegaciones, "...sólo si nos unimos, si nos apoyamos unos a otros, vamos a poder hacer algo, si no nos van comer otra vez...". Aceleran el paso y se van a discutir, a absorber información, a organizarse. El otro tipo de delegado es el indígena que nunca ha salido de su pueblo. Es sonriente: "sí, esto es muy bonito, señorita, sí estamos muy agradecidos, sí bendito sea Dios que nos ha permitido venir acá". "¿Y qué le parece el Congreso?" "Pues muy bonito, señorita, si estamos aquí todos como hermanos y nos estamos divirtiendo mucho".

Martes por la mañana: en la tribuna instalada en Janitzio para la inauguración, dos filas. En la primera, sentados, los funcionarios; detrás de ellos, de pie en el rayo del sol, los líderes indígenas. Los discursos lanzan las consignas archisabidas pero añaden "...estamos, aquí, no para hablar, no para decirles lo que hay que hacer, sino para escucharlos, para que el indígena ahora hable y sea escuchado". Dicho lo cual, se levantan casi to-

dos los funcionarios y se van, dejando a los líderes indígenas hablando solos, con la voz perdiéndoseles sobre las aguas del lago.

Miércoles por la mañana: el día anterior, en el transcurso de la tarde, se hicieron rápidamente los arreglos organizativos para las mesas de discusión. Se habían designado dirigentes de las mesas, se habían previsto ponencias y quizás, hasta conclusiones ya. Y los organizadores del Congreso esperan y esperan, pero los indígenas no aparecen. Finalmente, anuncian éstos que tienen que sesionar: y con un "ora sí nos habrán de perdonar", piden que salgan del salón todos los funcionarios de distintas dependencias, de la CNC, los antropólogos y reporteros. Y deliberan, horas y horas. Finalmente, anuncian que ¡sólo los indígenas tendrán voz y voto en las mesas de trabajo, que éstas serán dirigidas por los indígenas y que los funcionarios, en su calidad de consultores, recibirían oportunamente los conclusiones y peticiones de las mesa! Ahora sí, las delegaciones que vagaban por las inmediaciones se ponen trabajar: es notable el cambio de atmósfera, los indígenas se apresuran asistir a las mesas, hacen esfuerzos por hablar en público, por hablar en castellano.

Durante dos días trabajaron en distintos grupos. Entre los que tuvieron mayor asistencia estaban la mesa de Tenencia de la Tierra, de Asuntos Forestales, de Comercialización y de Ganadería. Fueron muy frecuentes intervenciones como ésta de un campesino ópata: "Porque protestamos, porque hablamos para decir que nos están quitando las tierras, por eso nos quieren balacear. A mí me amenazan de muerte a cada rato". Se repetía un tema en especial: "así por eso yo digo que debe existir una ley para todos y no nada más para los ricos. Porque ellos están allí, con sus caballos y sus pistolas y nadie les hace nada. Matan a nuestros compañeros y no les hacen nada". Las mismas denuncias, los mismos problemas: los lacandones, y los tarahumaras y los mazatecos y varios grupos más para dar un ejemplo, se encontraron denunciando los mismos abusos de las distintas compañías madereras que explotan ese recurso en sus regiones; los campesinos que cultivan café encontraron los mismos obstáculos a su comercialización que sus compañeros de otras regiones. *Fue quizá éste uno de los resultados más trascendentales del Congreso: La confirmación, a ojos de los indígenas, de que sus problemas más graves son similares o idénticos porque parten de una base común: el hecho de que carecen de defensas legales en contra de abusos económicos por su falta de participación en el poder.* Y me

parece que fue esta conciencia, largamente discutida en las noches del Congreso, la que le dio el impulso a una nueva actitud por parte de los indígenas. Para cualquier persona que haya estado en contacto con grupos indígenas, no podía pasar desapercibida una militancia sin antecedentes entre los delegados al Congreso. Por vez primera insisten en tomar la iniciativa en las políticas que se apliquen a sus grupos y en el mando de los organismos que las lleven a cabo.

Aparejada a esta politización se hace notorio un cambio en su concepción de su historia y sus culturas. "Ahora ya puedo decir que soy indio y pues no me siento mal." La mesa de Preservación de las Lenguas y Culturas Indígenas se dio a la tarea de analizar en qué consisten las culturas indígenas, ¿son costumbres, usos o pensamientos distintos? Concluyeron "...que nosotros tenemos nuestras costumbres, por ejemplo, los gobiernos tradicionales con mayordomos y jueces, o el tequio (tipo de trabajo comunal) y la faena y que son instituciones, así como la sociedad mestiza tiene las suyas como el PRI". Hubo viejísimos reproches, que los españoles habían destruido pueblos y culturas florecientes. Y una frase que cala hondo: "los españoles no nos conquistaron. Se conquista a una mujer, con amor. A nosotros, los españoles nos invadieron...". ¿Podrá adquirir fuerza esta nueva concepción de las culturas indígenas, sobre todo en una sociedad que todavía asienta sus privilegios en la opresión económica y política de los indígenas?

Sesionaron también las otras mesas, la de Mujer Indígena en que por primera vez en sus vidas se les pidió una opinión a las mujeres indias y éstas, asustadas, incrédulas, con voz temblorosa se atrevieron a hablar. Se discutió también sobre la Acción Política en las Comunidades, pero el tema se perdió en un lenguaje político mistificador; de Seguridad Social, de la Educación en el Medio Indígena y de la Juventud y su Desarrollo.

Nuevamente en secreto se reunió la Sesión Plenaria del Congreso, en la que se redactaron las conclusiones y peticiones globales del mismo, y en la que se elaboró una Carta de los Indígenas. Las peticiones van desde que se reconozcan oficialmente —cuando menos a nivel estatal— las lenguas indígenas existentes en el país, hasta que se incluya a indígenas en las legislaciones estatales y en las directivas de organismos que se relacionen con planes de desarrollo o explotación de recursos en las regiones indígenas.

El viernes por la mañana, el presidente Echeverría asistió a clausurar el Congreso y, fundamentalmente, a darle un peso político a las decisiones del mismo. Y ésta es la incógnita: ¿habrá recogido suficiente impulso político el movimiento de los indígenas como para seguir presionando y existiéndose aún después de que Echeverría deje la presidencia? ¿Será otra vez un intento ligado a un hombre como fue en el régimen de Cárdenas, que será cuidadosamente borrado cuando desaparezca?

La cuestión básica a preguntarse es, desde un punto de vista político, la validez que tiene organizar políticamente a los indígenas con base en su filiación cultural. Se argumenta con virulencia que esto es introducir una división en las filas del campesinado. Con la misma beligerancia puede contestarse que los campesinos indígenas jamás han sido tocados siquiera por las redes de las confederaciones campesinas, las que no han mostrado el menor interés en agruparlos. De cualquier manera, se sabe hasta el cansancio que al indígena se le mantiene en el último lugar de la fila política. Es decir, casi sin excepción, ninguno de los delegados al Congreso habría tenido oportunidad de politizarse y de ligarse a una organización de solidaridad por los canales comunes. Uno de ellos lo expresó muy acertadamente: "¿Usted cree que no sabemos por qué nos traen? Ya sabemos lo de los acarreados. Pero pues yo digo, bueno, me quedo aquí en el pueblo, donde ni los zopilotes llegan, y ¿de qué sirve? Mejor vengo y me entero y ya tengo de qué hablarles cuando vaya yo de regreso". Pasará mucho tiempo antes de que puedan existir agrupaciones independientes en el campo mexicano. Mientras eso no suceda, el efecto más importante del Congreso será la repercusión que tenga entre los campesinos indígenas.

Capítulo 38

Denuncia de las mujeres indígenas*

A la par que sus compañeros, las mujeres indígenas han empezado a hablar fuerte. En el Primer Congreso Nacional de Pueblos Indígenas, celebrado en Pátzcuaro en octubre de 1975, las mujeres indígenas se rebelaron contra la tutela que ejercían sobre ellas las maestras y funcionarias ajenas a sus grupos étnicos.

Cirila Sánchez, la única mujer miembro de un Consejo Supremo Indígena, representante de los chatinos de Oaxaca, relata lo que sucedió en aquella ocasión, en la Mesa de Trabajo sobre la Mujer: "Que se suponía que la iba a dirigir una indígena, y la mesa estuvo acaparada por esposas de los secretarios de Recursos Hidráulicos o de otros funcionarios. Todas las mujeres que traían sus ponencias con la esperanza de que fueran leídas se las entregaron, pero ellas las estaban entreteniendo con otras cosas: cómo hacer los huertos, cómo hacer un pastelito, cómo hacer esto y lo otro. En ese momento entré allí con otra muchacha y le digo: —Mira, la mesa debe estar dirigida por una mujer indígena, hay que protestar por eso, porque el hacer pastel o empanaditas es importante, ¿por qué no?, porque también lo necesitamos, pero eso no es el chiste, lo que necesitamos es escribir una ponencia y le demos lectura aquí mismo. Les dije a las señoras: 'Con todo el respeto que ustedes merecen de nosotros, quisiéramos ver qué fin han tenido las ponencias que las mujeres indígenas han presentado'. Y dijeron: 'Aquí las tenemos entre sus carpetas', La verdad es que las ponencias andaban en sus carros Se disgustaron y de malagana nos dijeron: '¡Elijan a quien quieran!' y como yo era la más hablantina,

**El reto del pluralismo cultural*, Instituto Nacional Indigenista, Investigaciones Sociales núm. 2, México, 1978, pp. 65-66.

pues me eligieron a mí como presidenta. Les pedí las ponencias y me dijeron: 'Ahorita van al carro por ellas´. Las tenían todas arrugadas y faltaban algunas. Allí me pude dar cuenta que a las mujeres fácilmente nos pueden manejar y hacernos tontas con cualquier otra cosa. Vi cómo la participación de la mujer casi no se notaba, Por eso, invité a las compañeras para que participaran, discutieran y hablaran lo que sentían".

En aquella ocasión, en la mesa de trabajo, las indígenas expresaron con vehemencia, por vez primera, puntos de vista mantenidos durante años en el silencio. A su toma de conciencia siguieron denuncias de su situación y recomendaciones concretas sobre cómo mejorarla.

Una y otra vez, mujeres emocionadas, con voz temblorosa por no estar acostumbradas a hablar en público y a ser escuchadas, denunciaron casos de violación y humillaciones que sufren por parte de los mestizos. Una y otra vez pidieron ser respetadas como mujeres y como indígenas. "Compañeras, tenemos que luchar para hacernos respetar, para que no nos humillen, para que no nos pisen como siempre lo han hecho, —dijo Cirila Sánchez".

El alcoholismo como problema común también fue denunciado. Golpes y malos tratos a las mujeres y a los niños son cosa de todos los días en las comunidades, por la venta ilimitada de aguardientes y licores a los hombres. Pidieron las mujeres que se restrinja la acción de compañías productoras y de intermediarios que fomentan el alcoholismo para lograr grandes ganancias.

Además, las representantes de los distintos grupos hicieron peticiones particulares acerca de sus condiciones locales y regionales. Las nahuas de Tetelcingo, Morelos, pidieron una tienda Conasupo, un jardín de niños, una secundaria técnica, canchas y parques para deportes; sugirieron que se establezca una fábrica de pastas alimenticias y una empacadora de jitomate. Las chontales de Tabasco, por su parte, demandaron una fábrica de telas y sombreros. Las representantes mayas de Tenabo, Campeche, solicitaron que se agilice el crédito correspondiente para la parcela agrícola de la mujer. Las amuzgas de Guerrero indicaron que es necesaria una depuración censal de las tierras y asistencia técnica: semillas mejoradas y un técnico agropecuario.

"Que dejen estudiar a las mujeres porque sólo quieren que se casen", pidieron las tzeltales de Chiapas. Las tzotziles dijeron: "Que se oriente a los

esposos campesinos sobre cuáles son los derechos de la mujer y no ofender a sus esposas cuando tomen parte en algunas decisiones políticas, culturales, sociales y económicas". Solicitaron las triques "la igualdad de condiciones de hombres y mujeres, el derecho a votar en las elecciones, a heredar bienes y a manejarlos conforme a sus propios intereses". Las mazatecas pidieron creación de fuentes de trabajo para las mujeres. Muchas veces se repitieron solicitudes de caminos, correos y telégrafos, de servicios sociales y hospitalarios, de escuelas y de centros artesanales para las mujeres…

En el Segundo Congreso, por razones incomprensibles, no se convocó a una mesa de trabajo sobre la mujer, a pesar de la participación activa y lucidez para ver los problemas que mostraron las mujeres en el Primer Congreso.

¿Por qué los hombres indígenas que dirigieron el congreso no permitieron que las mujeres hablaran de problemas que, como hemos visto, conciernen a la comunidad? Ojalá que las indígenas logren recuperar en el tercer congreso el foro que conquistaron en el primero.

Capítulo 39

Segundo Congreso Nacional de Pueblos Indígenas: ¿atentado contra la nación o vía genuina de desarrollo?*

Recibió atención desigual en los medios de comunicación el reciente Segundo Congreso Nacional de Pueblos Indígenas. Celebrado en febrero de 1977. En algunos periódicos, noticia de primera plana con difusión profusa de sus planteamientos políticos. En otros, sólo breves comentarios en páginas interiores o en editoriales. Esta ambivalencia en el espacio público refleja también la ambigüedad con que fue recibido en los medios políticos. En el acontecimiento mismo cristalizaron las presiones opuestas que en un momento dado hicieron dudar de la posibilidad del éxito en los planteamientos del Congreso. Para quienes estuvimos inmersos, sin embargo, se hizo evidente que estaba tomando forma algo todavía no captable y que lleva a reflexionar sobre la frecuente cotidianeidad de los hechos históricos. Los vivimos pero aún no podemos asumir su peso histórico.

El Primer Congreso se celebró en Pátzcuaro a fines de 1975. En aquella ocasión, bajo el mando organizativo de la Secretaría de la Reforma Agraria, la CNC y el Instituto Nacional Indigenista, se congregaron numerosas delegaciones de campesinos indígenas para hacer las denuncias y pronunciamientos de rigor. El acto se aplaudió como muestra del interés oficial en el grupo más desposeído y marginado de nuestro territorio, pero el folclore acabó llevándose las palmas por encima de lo político y lo agrario. Aun así, en aquella ocasión se gestó un cambio notable: los líderes indígenas iniciaron una lucha incesante y desigual por desasirse de la manipulación política (quizá no haya habido hasta ahora en la historia de nuestro país un grupo tan manipulado políticamente

**El reto del pluralismo cultural*, Instituto Nacional Indigenista, Investigaciones Sociales núm. 2, México, 1978, pp. 69-74.

como el indígena. El "indio" ha servido para justificar el coloniaje y la encomienda y, posteriormente, la lucha por la independencia. Asimismo, fue un pretexto ideológico en la consolidación del régimen de las haciendas. Sirvió también como testimonio arqueológico —muy alejado del tiempo presente— para la nacionalidad mexicana, al tiempo que se seguía explotando sin cargo de conciencia a las poblaciones indígenas contemporáneas. El indígena participó genuinamente en la lucha revolucionaria junto a Zapata y, al asentarse la polvareda, se le envío de nuevo a su choza a seguir reproduciendo el mismo patrón de opresión y explotación. Más recientemente, ha servido el "indio" como el acarreado silencioso ideal: por algo se exigió en el Congreso, explícitamente, que los partidos políticos cesen de usarlos como paisaje y pasaje decorativos en mítines y actos políticos. Hasta hace poco, el indio sirvió además como chivo expiatorio, permitiendo que se ocultaran las causas económicas y políticas de su miseria —y la de otros campesinos mestizos— tras el velo de un supuesto "atraso cultural".

Transcurridos tantos siglos de servicios silenciosos del indígena —sin hablar de su participación como mano de obra fundamental— para mucha gente resulta todavía escandaloso el que de pronto estos fantasmas ideológicos adquieran voz y presencia.

Se hace consciente el prejuicio alrededor del cual se entreteje nuestra "razón" (porque la sociedad nacional la constituye la "gente de razón" por oposición a los indígenas) cuando alguien de quien esperamos cierto tipo de comportamiento empieza a mostrar una conducta "anómala". En este caso, el que los indígenas exijan derechos de ciudadanos es "anómalo". Para ilustrarlo con un ejemplo simple, todos nos hemos sorprendido alguna vez cuando una sirvienta o un albañil se dirigen a nosotros de igual a igual. Hasta ese momento no habíamos sido conscientes del grado al que esperábamos cierto tipo de conducta de ellos, es decir, no habíamos medido nuestro propio prejuicio.

Lo mismo sucede en la esfera pública nacional: hay quienes tienen voz —y voto— y quienes no la tienen. Constituye un fuerte cambio ideológico y político aceptar a nuevos participantes que afirman, ya sin pedir permiso: "ya llegó la hora de hablar fuerte y claro del problema indígena poniendo en el montón de la basura todas las ideas y procedimientos del llamado paternalismo" (léase también, indigenismo tradicional).

Entre menor es el número de contendientes políticos, menor la repartición de prebendas. Por eso, admitir nuevos participantes en la arena política constituye en sí, una pérdida para los manipuladores tradicionales. Y, por lo mismo, resulta tan conveniente descalificar al mayor número posible de grupos de la participación política: así, por anticipado, se descalifica a las mujeres, a los campesinos y obreros no organizados por vías oficiales y, sobre todo, a los campesinos indígenas.

Las racionalizaciones inventables para justificar la marginación política de ciertos grupos —y, por implicación, su marginación económica— son probablemente infinitos. Pero en el caso de los campesinos indígenas es particularmente claro el engranaje que hace posible su subordinación política y la agudización de su miseria detrás de un andamiaje ideológico y de una represión sistemática.

Conciencia étnica y conciencia de clase

Desde que se planteó la posibilidad de organizaciones independientes de los campesinos indígenas en tanto que indígenas, como era de esperarse, se alzaron voces de protesta. Por una parte, se argumenta, con base en la muy difundida y cómoda teoría de la conspiración, que se trata de un complot imperialista para debilitar a la nación. A mi juicio, sin embargo, interesa más analizar las implicaciones reales de tal movimiento en el contexto interno que achacar cualquier posibilidad de liberalización a agentes ocultos.

Por otra parte, con mayor solidez en los planteamientos, se argumenta que la organización con base en una conciencia étnica tendrá como resultado mecánico el debilitamiento de la conciencia de clase. He aquí una cuestión difícil sobre la que todavía hacen falta mayor reflexión y análisis concretos. Pero cabe preguntarse: ¿por qué han avanzado más en organizarse y en adquirir conciencia política los campesinos indígenas en los últimos cinco años que en los cincuenta años anteriores? Responder a esa pregunta lleva a cuestionar la naturaleza de las características de "pasividad", "indolencia", etcétera, atribuidas con frecuencia a sectores y aún países "subdesarrollados", pero también implica el análisis de las estrategias y el proceso práctico de las organizaciones políticas campesinas. En este sentido puede adelantarse que la toma de conciencia de los campesinos

indígenas en tanto que indígenas es muestra de la incapacidad anterior de las agrupaciones campesinas, ya no se diga por incorporarlos a sus filas sino siquiera por interesarse en ellos. ¿Serán sutilmente racistas v discriminantes dichas agrupaciones? El Congreso ha señalado no sólo el olvido sino la manipulación obvia de estas agrupaciones ahora preocupadas por ver cinco millones de campesinos indígenas fuera de sus filas.

El problema de organizar sobre la base de una conciencia étnica resulta secundario: su marginación se ha debido a la falta de interés en una organización genuina. Es decir, si no ha habido hasta ahora los canales adecuados de expresión política, no puede objetarse que lo hagan alrededor del símbolo que les es más cercano: la conciencia de su discriminación como grupo étnico.

Sin embargo, es importante aclarar en qué consiste su conciencia étnica, dada la confusión y equivocación en torno a este tema.

Los malentendidos en torno al desarrollo de la población indígena surgen de una comprensión equivocada del término "indio". El indio es quien comparte una cultura nativa de lejanas raíces prehispánicas; es decir, se le define por su cultura. Por otro lado, un indio es aquel que juega un papel bien definido dentro de la estructura económica y política de un país, y en este sentido comparte las siguientes características: *1)* carece de presencia política; como consecuencia de ello, no tiene representatividad política, no puede apelar al sistema jurídico, no participa en la dirección de organismos que rigen su vida política y económica; *2)* constituye mano de obra barata y queda excluido de la participación en los beneficios que genera un desarrollo económico y, *3)* no tiene presencia social por lo que sus problemas no son tratados entre los planteamientos generales del desarrollo nacional.

Lo que ha provocado la inmovilidad en torno a las estructuras sociales en que se insertan los pueblos indígenas ha sido, precisamente, el negar o justificar las características enumeradas arriba, eminentemente económicas y políticas, remitiendo el problema al ámbito cultural.

¿Desigualdad social o diferencias culturales?

Se conoce bien lo sucedido en regiones indígenas desde la Colonia. Se ha creado un estrato medio de comerciantes y funcionarios que realizan la

labor de conexión entre los campesinos indígenas y el sistema político-económico nacional. Lo que piden ahora los indígenas es, sencillamente, tener las mismas oportunidades de los mestizos y ladinos en sus regiones: créditos para compra de camiones y maquinaria agrícola y para la instalación de industrias que les permitan explotar sus recursos. Exigen el mismo acceso que los mestizos a los puestos de elección popular y la administración de instituciones y agencias del gobierno. ¿Es mucho pedir? Aquí puede medirse el tamaño del prejuicio nacional: si lo pidieran campesinos mestizos, sería una petición normal. Como lo piden campesinos indígenas, constituye un escándalo.

Pero entendamos bien la cuestión: sus peticiones son básicamente económicas y políticas. No difieren, pues, de las de otros campesinos. La única diferencia en su caso es que, para formularlas, se han agrupado alrededor de un símbolo: sus culturas tradicionales.

Es quizá en este punto en donde encontramos el meollo de la oposición al movimiento indígena: se argumenta que la agrupación en torno a culturas locales constituye una amenaza a la integridad de la nación, a la unidad tan difícilmente lograble en las naciones latinoamericanas. *Pero, vista nuestra historia del último siglo, quizás es tiempo ya de aceptar que la falta de integración nacional no se debe a una pluralidad cultural sino a las enormes desigualdades sociales generadas y aun perdurables dentro de la nación*. Las particularidades culturales nunca son, en sí, razón de separación. Las desigualdades sociales, sí lo son, siempre. Es decir, los grupos protestan contra la sociedad nacional cuando ésta les niega una participación justa en el poder y en los beneficios económicos: la lengua y la cultura tradicionales sólo sirven como símbolos de esta lucha preeminentemente social y, sólo en forma secundaria, cultural.

Pluralismo cultural y desarrollo

"Somos primero, mexicanos —afirmó un líder indígena— pero ¿y por qué no podemos seguir teniendo nuestras danzas, nuestra lengua?" En efecto, sus peticiones de igualdad jurídica, participación política y desarrollo económico no son sino la petición de igualdad de derechos con los demás mexicanos. Una y otra vez en sus ponencias en el Congreso reiteraron los

delegados: "...querernos que se respeten las leyes de la Constitución que nos otorgan garantías individuales, que no tenemos ahora, porque se nos asesina y no se castiga a los culpables...". Piden, eso sí, ingresar a la unidad nacional en igualdad de condiciones. ¿Puede negárseles ese derecho si se pretende hablar de democracia? Porque el antiguo indigenismo les exigía silencio e integración en inferioridad de condiciones. *Ahora demandan integración a través de un desarrollo autogestado, el mismo tipo de desarrollo por el que clama México en el foro internacional.*

El Consejo Nacional de Pueblos Indígenas, cuyos estatutos fueron aprobados en el Segundo Congreso, puede constituir un poderoso motor de desarrollo en las regiones indígenas siempre y cuando el aparato político nacional deje de apoyar a la capa de intermediarios y caciques que han vivido a costa de los campesinos indígenas, en un régimen de terror y violencia. Muestra de ellos son los encarcelamientos y matanzas, denunciadas en el Congreso, que han tenido lugar en Huejutla (Hidalgo), Venustiano Carranza (Chiapas), y otros lugares.

El Congreso mostró la capacidad de los campesinos indígenas para organizarse y crearse una conciencia política. Participaron tanto hombres como mujeres, aunque es de lamentarse que no haya habido una mesa de trabajo sobre la mujer indígena como la vez anterior: esperemos que no quieran reproducir en el interior de su movimiento el mismo tipo de opresión, el no darle voz y voto a un sector, importante, del que quieren librarse en el exterior.

La disyuntiva del Estado y de la sociedad nacional ante un hecho como el Congreso de Pueblos Indígenas quedó muy clara: el seguir apoyando a los intermediarios significa reforzar las estructuras de explotación que mantienen a los campesinos indígenas hundidos en el minifundismo y la miseria. No puede, en estas condiciones, pedirse ni su integración, ni un incremento en la productividad. Un desarrollo genuino sólo podrá lograrse cuando los campesinos indígenas sientan el respeto de la nación hacia ellos —recuérdese que son productores y consumidores al igual que los demás— y la seguridad física y política que haga que los frutos de su trabajo redunden en su propio beneficio.

Capítulo 40

Segundo Encuentro Nacional de Profesionales Indígenas Bilingües*

En 68 se rompió en el país un dique ideológico: el de una profunda inhibición que impedía la expresión pública de tendencias y opiniones políticas. En los años siguientes las aguas soltadas por este rompimiento anduvieron errabundas, buscando cauces, y apenas en años recientes han encontrado caminos definitivos. El que no se hayan encauzado en un movimiento único refrenda lo atinado de la precisión, ahora aceptada ampliamente, de que México es un país plural y que su sistema político, en vez de tratar de imponer por la fuerza un centralismo y una unicidad artificiales, debe reflejar efectivamente este pluralismo.

En los últimos años se han formado nuevos partidos políticos, se han fortalecido las tendencias sindicales democráticas y el sindicalismo universitario, se han concientizado las mujeres sobre su posibilidad de participar política y económicamente en forma activa, se han movilizado los campesinos y, ahora, han empezado a organizarse los indígenas. De hecho la fragmentación en movimientos autónomos de grupos marginales se ha debido a la falta de interés de los partidos políticos y de los sindicatos por incorporarlos a sus agrupaciones. Así, los indígenas encuentran en las mismas condiciones del sistema actual las razones para organizarse de manera particular y autónoma.

Frente a una masa campesina indígena que ha vivido fuera de los márgenes del sistema político durante cuatro siglos, las nuevas generaciones de profesionales indígenas tienen el papel histórico de constituirse en la avanzada organizativa e intelectual del movimiento indígena. En su segun-

**El reto del pluralismo cultura*l, Instituto Nacional Indigenista, Investigaciones Sociales núm. 2, México, 1978, pp. 75-76.

do encuentro nacional, realizado en el mes de junio de 1977, dieron muestras no sólo de un enorme avance en politización sino también de una gran capacidad para organizarse.

Pese a contratiempos que amenazaron con obstaculizar los trabajos del encuentro, lograron amplias discusiones con los delegados regionales que cristalizaron en una serie de conclusiones que habrán de tenerse en cuenta en los medios políticos del país. Han pasado ya la etapa de los planteamientos líricos que nunca llegan a implementarse y afirman ahora su derecho a igualdad jurídica, a hacerse representar en los organismos políticos del Estado y a ejercer una participación administrativa y directiva en todos los proyectos que se lleven a cabo en sus regiones. Derechos nada exorbitantes. Lo que sorprende es que, después de tantos años de regímenes y legislaciones liberales, nunca se les hayan hecho efectivos. Es vergonzoso para la nación que a estas alturas un grupo de sus ciudadanos se vean forzados a pedir derechos tan básicos como los mencionados.

Pero se sabe que el sistema político mexicano no responde a llamados humanísticos sino a presiones políticas. Y son precisamente las condiciones actuales del país las que les otorgan una fuerza a los campesinos indígenas, fuerza que el sistema ya no puede darse el lujo de ignorar. Por vez primera nos damos cuenta del grado al que el desarrollo del país ha dependido de los campesinos. Son los que producen nuestros alimentos básicos, los que producen los excedentes para exportación (lo que a su vez ha permitido la industrialización). Ahora la producción agrícola se encuentra en crisis y ahora los campesinos, entre ellos los indígenas, pueden ejercer una presión política.

No se trata de enfrentamiento, que quede claro. Dijo un delegado al encuentro: "No empecemos una lucha racista. Yo no soy resentido, no me he sentido herido. No pensemos en provocar una situación de choque. Lo que necesitamos pedir son más oportunidades. Porque las ha habido y a veces nosotros nos las negamos. Y a veces las pedimos y nos las han negado. Hay que pedirlas". A lo que replicó otro delegado: "Pero si hemos visto en la historia que nada ha resultado no podemos ser conformistas. Para algo pagaron cinco pesos, diez pesos, mis gentes para mandarme acá". La alternativa es clara: o se les dan esas oportunidades o, si se les niegan, el mismo gobierno estará propiciando un endurecimiento de sus demandas, estará provocando ese resentimiento que lleva a los enfrentamientos absurdos y a la muerte.

Los profesionales indígenas, bajo la dirección certera de su coordinador Natalio Hernández Hernández y de su Comisión Coordinadora, han hecho un planteamiento político de avanzada. Resta al gobierno, a los partidos políticos y a la sociedad mexicana el aceptar su reclamo legítimo o rechazarlo y seguir condenando al país a la violencia, la arbitrariedad y el resentimiento.

Capítulo 41

La cultura indígena en la Ciudad de México*

¿Cómo detener el movimiento social un instante sin por ello interrumpirlo? En el fondo, éste ha sido siempre el problema esencial del antropólogo. Cómo captar, describir y analizar la vida de una sociedad y a la vez explicar de qué manera está cambiando. El cambio se acrecentaba gradual y pausado, fácil de seguir cuando las sociedades tradicionales vivían en aislamiento. Pero actualmente nada hay más fluido que las sociedades modernas, permeadas y entrelazadas por el capitalismo occidental. De este problema se deriva la conveniencia, en la antropología clásica, de estudiar una pequeña comunidad, una sola o, mejor todavía, una isla, como alguna de las Trobriand: espacio cerrado, finito. Sin el desaliño de límites culturales que se amalgaman, se escurren y se confunden en el fluir de otra cultura. De ahí, también, la ventaja de una estancia de uno o dos años, pero al fin, finita, en el área de un grupo indígena. Porque en ese corte temporal la vida de aquella sociedad queda congelada en la imaginación del investigador, quien, años después, sigue tejiendo la madeja de su interpretación. Así, espacio y tiempo recortados permiten, sin interrupción, una observación encapsulada de las culturas.

Y de pronto, los antropólogos miramos alrededor y nos damos cuenta de que estamos siendo arrastrados al igual que los "otros" por ese torrente de cambios. Hemos perdido la reconfortante visión estructural-funcionalista: la cultura como sólido edificio, inamovible y equilibrado. Lo que vemos ahora es una confluencia de culturas que se mezclan y se transforman constantemente bajo el influjo de otras (¿perdimos el control que nos ha-

Diálogos: artes, letras, ciencias humanas, núm. 55, El Colegio de México, enero-febrero, 1974, Revista bimestral, vol. 10, núm. 1 (55), pp. 36-39.

bíamos inventado sobre el tiempo?). Y con más intensidad sufrimos esa imagen los antropólogos mexicanos, observadores y actores conscientes de esta sociedad plural de la que somos miembros (¿perdimos la torre de marfil?). De ahí el interés, como pulsación constante, desde los inicios de la antropología social mexicana, por entender ese movimiento, esa transformación colectiva que nos envuelve y no se detiene nunca.

Aceptémoslo. Nos toca no sólo captar, sino también vivir, ese fluir cultural perpetuo, como río que recibe afluentes de la tradición indígena, de la cultura campesina mestiza, de la nueva cultura mexicana urbana, corriente que viene a desembocar y arremolinarse en la gran vitrina de la ciudad de México. Ciudad de mil culturas, y de entre éstas, una se deja ver débilmente: la cultura indígena.

¿Cultura indígena? No, eso no existe, diría la eminente antropóloga Luci Mair; es un espejismo que confunde a los antropólogos. Lo que existe, diría, son sólo individuos que portan ciertas creencias, costumbres, indumentaria, etcétera. Así, en la ciudad se nos presentan como "Marías" las mujeres mazahuas que venden fruta en las calles; como "Josés" los campesinos otomíes y mazahuas que trabajan de albañiles. Se ofrecen a nuestros ojos y a nuestras inquietas observaciones las orgullosas tehuanas vendiendo su bella joyería dorada, los artesanos nahuas de Tlaxcala que siguen tejiendo sarapes en las ciudades perdidas, el grupo de hombres y mujeres en una esquina de la calle de San Juan de Letrán que sorprendemos hablando un idioma desconocido. Pero, ¿realmente son sólo individuos? ¿No existe una verdad, algún elemento que uniforme su vida en la ciudad, que justifique hablar de una colectividad? Obviamente, algo debe haber, puesto que existe un término genérico para designarlo: el de "indígena". Para indicar "lo otro" con relación a lo occidental, lo mestizo, lo urbano. Cierto, puesto que la gente no habla normalmente de la vendedora de frutas mazahua, o del albañil otomí, sino de indios e indígenas, quienes, de alguna vaga manera, son todos iguales. Y es verdad: su nivel de ingresos y su estilo de vida en la ciudad son de tal manera similares que sí puede aceptarse la existencia de tal abstracción: la cultura indígena de la ciudad.

Pero si bien existe en la Ciudad de México, es obvio que habrá sufrido cambios en su paso del campo a la ciudad; y es claro, además, que no tiene límites precisos. Porque, ¿en qué momento desaparece esa cultura:

en el instante en que la sirvienta niega conocer su lengua nativa, o en el momento en que el albañil otomí deja de ser subempleado y pasa a ser un chofer más? Pero la sirvienta le sigue rezando al santo patrón del pueblo y el chofer sigue pagando por las flores y los cohetes el día de la fiesta del pueblo. Y hay más, porque el señor clase media todavía ahorra o se endeuda a diestra y siniestra para ofrecer una fiesta rebelesiana a sus compadres, como lo haría cualquier mayordomo de un pueblo indígena. Y en las altas esferas del poder sigue imperando la ley del parentesco y del compadrazgo en la distribución de favores como si se tratara todavía de una sociedad campesina indígena. Y en los discursos políticos brotan aún los florilegios, la reverencia y la astucia disimulada en humildad de los hombres principales indígenas en sus pueblos.

¿Dónde empieza y dónde termina, entonces, la cultura indígena en la ciudad? Cabe aclarar primero que la supervivencia de algunos rasgos aislados no permite hablar de una cultura indígena a todo lo largo de las clases sociales urbanas. En rigor, si se toma la acepción de cultura como sinónimo de sociedad, ésta no puede existir independientemente de una infraestructura económica. Pero la acepción más popular la hace equivalente a un sistema de creencias y costumbres. Si la tomamos en este último sentido, puede decirse que la cultura indígena se pierde cuando sus portadores dan el paso de integrarse a la clase media, ingreso cuya aceptación requiere de renegar rabiosamente toda relación con "costumbres atrasadas" y "cosas de indios" y de entornar los ojos hacia lo que sea "blanco y de ojos azules", hacia las hamburguesas y los automóviles gigantescos; hacia lo que sea, pero que sea extranjero.

Curiosamente, se percibe hoy una corriente contrapuesta en la burguesía mexicana. Es la adopción deliberada de algunos rasgos visibles de la cultura indígena: la artesanía, la indumentaria —tanto la "folclórica" como la auténticamente indígena— y las danzas. Pero sólo son, como dijimos, rasgos aislados que además no tocan valores, costumbres ni organización social.

La cultura indígena en la ciudad se encuentra en forma más pura en los estratos económicamente más débiles. En todos los casos se trata de migrantes recientes a la ciudad, que se emplean en subocupaciones y trabajos eventuales. La ubicuidad de estos migrantes indígenas en la ciudad en años recientes se debe en primer lugar a una creciente "ruralización" de

los grupos migratorios. Es decir, antes migraban las capas altas de los poblados rurales y actualmente también los campesinos minifundistas indígenas. En segundo lugar, se debe al hecho de que si bien antes migraban individuos, generalmente muchachas, a trabajar en la servidumbre, y hombres jóvenes en busca de un mejor nivel socioeconómico, ahora se desplazan las familias enteras. Obviamente, un individuo aislado tiende a aculturarse más rápidamente a un medio distinto. Una familia, en cambio, conserva en su seno la forma de vida de la que partió, en este caso la cultura indígena. Y en tercer lugar, se ha prolongado la conservación de la identidad étnica de los migrantes indígenas porque en los últimos años han tenido menor acceso a ocupaciones permanentes y bien remuneradas, situación que se debe al crecimiento demográfico desenfrenado y a la reducción de absorción de mano de obra por parte de la industria en la década de 1960 a 1970.

La cultura indígena en la ciudad comprende una serie de valores sobre religión, parentesco, trabajo, política, educación de los hijos, etcétera, y de costumbres: patrón de consumo, indumentaria, forma de preparar los alimentos, de jerarquizar las actividades cotidianas, de amueblar la vivienda. Ambos aspectos se asocian con un nivel de ingreso que define la posición de estos indígenas dentro de la sociedad urbana. Para facilitar la exposición y hacerla más vivida, describiremos la situación en la ciudad de una familia indígena representativa. Más que analizar las causas y características de su posición socioeconómica en la ciudad —ya descritas en un artículo anterior—[1] aquí intentamos captar la textura de sus vidas.

Los Pineda viven en una de tantas vecindades del rumbo de La Merced, casonas antiguas de glorias pasadas donde se abren al patio central, cruzado de tendederos, dos o tres pisos de hileras de puertas, como en una prisión. Tuvieron suerte de encontrar un cuarto propio para la familia, porque sus primos de al lado sólo viven en un estancia enorme, con otras 20 personas que pagan por dormir una noche y cocinan todos juntos en el patio, en sus anafres. Por las noches, en ese cuarto se oyen conversaciones en mixteco, mazahua, nahua y otras lenguas, sin que nadie se interese por los demás: se encuentran demasiado pre-

[1] *Diálogos*, núm. 48, noviembre-diciembre, 1972.

ocupados por sobrevivir en ese mar de gente. Casi todos, excepto algunas mujeres y niños, salen a las cinco o seis de la mañana a vender los productos que han traído de sus pueblos, o a comprar mercancías en La Merced y llevarlas a vender a mercados foráneos; o a trabajar de cargadores y macheteros.

A pesar de que llevan 10 años de vivir en la ciudad, al entrar al cuarto de los Pineda tiene uno la sensación de estar entrando a su casa en el pueblo. El único mueble es una mesa, empleada no para comer sino para sostener unos pocos trastes, algunas veladoras y animales de cerámica y de peluche. Directamente encima de la mesa, sobre una repisa, arde una veladora flanqueada por dos vasos, una con flores marchitas, y con flores de plástico. Más arriba cuelga un cuadro de San Santiago, acompañado de una serie de estampitas sobrepuestas o pegadas alrededor. Debajo de la mesa el anafre, lleno de carbón, donde se cocina la misma comida que en el pueblo: frijoles, alguna salsa de chile, ocasionalmente acompañada de un trozo de carne, y tortillas. Arrumbada a un costado se encuentra una pequeña estufa de petróleo, que se descompuso hace mucho y no se ha vuelto a usar.

A pesar de sus malas condiciones de vida, a Eugenia le gusta la ciudad. Recuerda que de joven, en el pueblo, tenía que levantarse a las cuatro de la madrugada a moler el nixtamal en el metate; mucho después ya tuvieron un molino de mano, pero de todas maneras era arduo desgranar el maíz, ponerlo a remojar con cal, molerlo, palmear las tortillas, prender el fogón con el rastrojo, tallos secos de la planta del maíz; y calentarlas. Además, tenía que caminar una hora, llevando a alguna de sus hijas, a traer agua de un arroyo —que a veces se secaba— para hacer café o té y la sopa aguada. Ahora, en cambio, se maravilla de tener agua con sólo abrir la llave en el patio de la vecindad, de tener luz, y de poder mandar a uno de sus hijos a comprar las tortillas en la mañana. Aunque sufre por las persecuciones de la policía, prefiere vender en la calle, teniendo cerca a sus hijos. Se distrae viendo pasar a la gente y puede darles a sus hijos algunos centavos para que se compren refrescos y dulces. No le gustan otros trabajos porque no soporta que le ordenen ni que le digan lo que tiene que hacer. Excepto su esposo, a quien obedece sin titubeos.

En las noches se reúne toda la familia y pasan el tiempo platicando en mazahua de sus experiencias del día y, cosa muy importante en sus vidas, jugando con los niños. Éstos se ponen a bailar, a echar marometas, mientras los adultos se ríen y les aplauden. Los hombres son particularmente cariñosos con los niños.

A lo largo de las paredes hay varios petates enrollados con todo y cobijas. Sobre un mecate tendido en diagonal de una esquina a la otra, cuelga casi toda la raída ropa de la familia. El resto se halla metida en unas cajas de cartón arrumbadas en un ángulo del cuarto. En este momento, las dos de la tarde, duermen sobre un petate dos niños y un yerno de Régulo Pineda, que acaba de llegar del pueblo y no ha encontrado trabajo.

En otra esquina se halla recostada la esposa de Régulo, que acaba de dar a luz allí mismo —nunca ha ido a un hospital— a su décimo hijo. Como ella está en casa, le han confiado los cinco niños menores de cinco años de sus dos hijas. Otros dos hijos suyos tienen menos de cinco años. La hija menor, recién casada, todavía no tiene hijos. En total, viven en el cuarto 17 personas —si se cuenta el niño recién nacido—: Régulo, Eugenia su esposa y tres hijos pequeños; las dos hijas con sus esposos y sus seis hijos —tres de cada una— y la hija menor y su esposo. Desde que llegaron estos últimos, el hijo mayor, de 21 años, ya se ha ido a vivir con la familia de la muchacha con la que se piensa casar y con la que ya tiene una hija. A los otros dos hijos, de 14 y 13 años, los acaban de enviar al pueblo para que ayuden al abuelo en la siembra; otra hija ha quedado como "entenada" en la casa de una familia rica del pueblo y otras dos hijas "se las dejó" Eugenia a su madre para que la ayuden en las labores de la casa y se críen allá en el pueblo. Las visitan frecuentemente, por ejemplo cuando van a las fiestas del pueblo, o a alguna boda o bautizo, o como hace seis meses, que la madre mandó avisar con el "correo" que estaba muy enferma. Eugenia envió a una de sus hijas mayores el mismo día al pueblo, quien le llevó dinero y la cuidó algunos días. Pero por eso perdió la hija su trabajo como afanadora en un mercado. Desde entonces, junto con sus hermanas y su madre, vende fruta en la calle de Manzanares. Le habían ofrecido un trabajo de doméstica, pero su esposo no quiso que trabajara. Dice él: "Muchos nos critican que porque dejamos que nuestras esposas vendan en la calle, pero es peor que se vayan de sirvientas...".

Este muchacho trabaja de peón de albañil, pero a últimas fechas ha tenido muy poco trabajo "...porque ya muchos de los maistros se traen a sus peones de su pueblo, y a uno lo dejan sin nada...". Cuando trabaja por un mes o dos, logra reunir cierta cantidad de la que le envía una parte a su madre, en el pueblo, para pagar el abono de la parcela y "para comprarle ropa a los hermanitos". Cuando el padre ha tenido dificultades económicas, por ejemplo, cuando bebe demasiado y se acaba el dinero para pagar la yunta, viene a la ciudad a pedirle dinero. Si el hijo no lo tiene se lo pide prestado a su suegro, y poco a poco le va pagando. Cuando el suegro necesita urgentemente dinero, el muchacho se lo pide a un primo que vive en una vecindad, a dos calles de distancia.

Eso sucedió hace poco, cuando murió una hermana de Eugenia, que era viuda y sus hijos no tenían dinero para llevarla a enterrar. Entonces Eugenia habló con su hijo mayor, y le dijo que "pues era su tía, y él tenía que cumplir". Así es que le prestaron dinero a sus cuñados, y su padre y un tío que es obrero y vive en Ciudad Nezahualcóyotl. Pero resultó que en el hospital "Rubén Leñero" no querían darles el cuerpo. Entonces Eugenia le habló a la tía de su esposo, que trabaja en la Dirección de Mercados. La tía llamó a un señor que conoce en el Departamento del Distrito Federal diciendo "…que ya se murió una 'María' y no nos la quieren entregar. Ya me dijo que sí y ahí en una vecindad que queda enfrente del hospital fuimos a comprarle unas sábanas que tenía tendidas una señora para envolver el cadáver...". Salió en 1,500 pesos el gasto de la agencia, para que llevara el ataúd hasta el pueblo. Sobre todo, que cobraron más por tener que meterse a la brecha de terracería que conecta al pueblo con la cabecera municipal.

Si no hubiera sido por ese gasto, Régulo ya habría podido pagar los 800 pesos del enganche de un terrenito en la colonia Aurora, en Ciudad Nezahualcóyotl. Su hermano le había prestado dinero unos meses antes para comprar un terreno allá, cerca de donde él vive, ofreciendo dirigirle la obra, puesto que es maestro albañil. Este hermano construyó su casa con la ayuda de hermanos, primos, tíos y sobrinos que le iban a ayudar cada sábado y domingo. Él sólo les ofrecía cada vez la comida tradicional de mole y toda la cerveza y ron que quisieran beber. Pero ahora el hermano no le puede prestar más dinero porque está endrogado con unos muebles

que compró a plazos: una cama, un ropero y una consola de tocadiscos de 12 mil pesos.

Además, el dinero que le había prestado su hermano lo tuvo que gastar Régulo en medicinas que le recetaba el boticario de la esquina. Porque tuvo una caída en una obra, se enfermó y lo despidieron. Desde entonces le duele el pulmón y ya no puede trabajar de albañil. Una vez, hace como ocho años, había conseguido entrar como obrero a una fábrica de hilados, aunque no sabe leer y no tiene certificado de primaria ni cartilla, "...nosotros; ¿dónde vamos a conseguir esos papeles?...". Entró por recomendación de un compadre del pueblo que allí estaba trabajando. Pero le pagaban muy poco y él no soportó estar encerrado ocho horas al día en un cuarto puesto que estaba acostumbrado a trabajar en el campo, sin horario. Además, por esas fechas todavía tenía que ir a ayudar a su padre a cosechar y cuando regresó una vez, ya no lo quisieron aceptar en la fábrica.

Desde entonces prefirió trabajar de albañil o de cargador, oficios que le permitían descansar algunos días, como allá en el pueblo y que podía dejar si tenía que ir por allá de visita. Ahora sale a las 5:30 de la mañana con su "diablo" o carretilla a cargar bultos en el mercado. Si le va bien, gana unos 30 pesos en un día, si no, a veces no llega ni a los 15 pesos.

Cuando era albañil, una vez lo hicieron ir a una ventanilla donde después de muchos esfuerzos le dieron una credencial del Seguro Social. Pero ésa "…por ahí está guardada..." y no sabe que con ella tuvo derecho a servicios médicos, de guardería, etcétera, gratuitos. Todo lo que es burocracia lo llena de aprehensión, "...porque nos ven humildes, nos ven indios, y ni caso nos hacen...". Desde que están en la ciudad, la mayoría de las veces que han tenido contacto con oficinas del gobierno ha sido en la delegación de policía. A Eugenia la arrestaron tres veces, a sus dos hijas dos veces cada una: por estar vendiendo en la calle. A veces le cobraban 100, 150 pesos de multa, dinero que le prestaron parientes y una vez le exigieron 500 pesos. Además, les quitaban toda la fruta, que representaba unos 100 pesos más. "Y yo digo, pues, ¿en qué les hacemos mal que nuestras esposas vendan en la calle? Si lo hacemos es por necesidad. Si no hay trabajo, señorita, pues, ¿qué quieren que hagamos? ¿Qué robemos?". Y con eso saca su botella de ron y se emborracha hasta la inconsciencia.

Hace tres días, un policía le pateó toda la fruta a una de las hijas, y cuando ésta protestó, la tomó de los cabellos y la arrastró por la calle. Cuando los llegué a visitar ella estaba borracha.

Los otros oficiales de gobierno que conocen son los administradores de mercado, que, o los corren a empujones del mercado o les cobran dos o tres pesos al día por extender su fruta sobre un trapo en la acera; los inspectores y los cobradores de los mercados funcionan de la misma manera.

El gobierno es, para ellos, violencia, explotación y autoridad despótica contra la que no tienen absolutamente ninguna defensa. Y, sobre todo, el poder es tan lejano a ellos que prefieren encomendarse a las autoridades cercanas: los santos y la virgencita de Guadalupe. Cada año participan en la peregrinación que viene desde la región de su pueblo a la Basílica. Pero ya no le piden condiciones propicias para la siembra, como hacían en el pueblo, sino que los libre de enfermedades, que los proteja de la policía y (lo que ya no piden porque se cansaron de tanto hacerlo) que les dé un buen trabajo.

¿Es inevitable la destrucción de esta cultura indígena para condicionar el ascenso social y económico de estas personas? ¿Se destruye en realidad, o desaparecen sólo los aspectos más visibles y siguen conservándose una visión del mundo y una serie de valores que permean la cultura mexicana urbana? Son éstas, cuestiones interesantísimas que requieren en el futuro investigaciones especiales de los antropólogos.

Por el momento, la cultura indígena ha aflorado en nuestra ciudad, ¿cómo emisaria de un pasado que se insiste en encerrar en libros y museos, cómo recordatorio de que a estas personas se las ha dejado fuera del desarrollo económico del país? Su extraña situación se manifiesta de manera muy expresiva en un curiosísimo incidente: dos mujeres indígenas pretendían vender sus chicles a la entrada del Museo de Antropología. Salió apresurado un guardia uniformado diciendo:

—Váyanse. Ustedes no tienen nada que hacer aquí.

E pur...



El “Dream Team” etnográfico en trabajo
de campo, en Zacualpan, Morelos. 2013.
FOTO COLECCIÓN DE LA AUTORA

Sobre la autora

Obras principales

1972 *Parentesco y economía en una sociedad nahua* (Ciudad de México: Instituto Nacional Indigenista), 255 p.; reedición: *Parentesco y economía en una sociedad nahua* (Ciudad de México: Instituto Nacional Indigenista, 1990)

1975 *Indígenas en la ciudad: el caso de las Marías* (Ciudad de México: SEP-Setentas), 180 p.; reedición: *Indígenas en la ciudad: el caso de las Marías* (Ciudad de México: SEP-Ochentas, 1982)

1978 *Migración, etnicismo y cambio económico: un estudio de migrantes campesinos a la ciudad de México* (Ciudad de México: El Colegio de México), 261 p.

1978 *El Reto del pluralismo cultural* (Ciudad de México: Instituto Nacional Indigenista), 76 p.

1982 (ed.): *La mujer y el desarrollo*, vol. II: *La mujer y la unidad doméstica* (Ciudad de México: SEP-Diana)

1986 *Campesinado y migración* (Ciudad de México: Secretaría de Educación Pública), 153 p.

1989 *La mujer en el desarrollo de México y de América Latina* (Ciudad de México: CRIM-UNAM), 271 p.

1989 *Cultura y desarrollo: una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana* (Ciudad de México: El Colegio de México-UNAM-Miguel Ángel Porrúa), 268 p. (Premio "Fray Bernardino de Sahagún", 1990)

1991 Con Ludka de Gortari (eds.), *Repensar la nación: fronteras, etnias y soberanía* (Ciudad de México: CIESAS), 201 p.

1993 (ed.), *Antropología breve de México* (Ciudad de México: Academia de la Investigación Científica), 398 p.

1993 Con Carlos Serrano (ed.), *Balance de la antropología en América Latina y el Caribe* (Ciudad de México: CRIM-UNAM), 590 p.

1994 Con Priscilla Stone y David C. Major (eds.), *Population and Environment: Rethinking the Debate* (Boulder: Westview), 352 p.

L. Arizpe, Lourdes Arizpe, SpringerBriefs on Pioneers in Science and Practice 10, 11 DOI: 10.1007/978-3-319-01896-6_2, Ó The Author(s) 2014

1996 (ed.), *The Cultural Dimensions of Global Change: an Anthropological Approach* (París: UNESCO), 259 p. [Publicado en español: (ed.), *Dimensiones culturales del cambio global: una perspectiva antropológica* (Ciudad de México: CRIM-UNAM, 1997), 430 p.]

1996 Con María Fernanda Paz; Margarita Velázquez, *Culture and Global Change: Social Perceptions of Deforestation in the Lacandona Rain Forest in Mexico* (Ann Arbor: The University of Michigan Press), 115 p. [Publicado en español, *Cultura y cambio global: percepciones sociales sobre la desforestación en la selva lacandona* (Ciudad de México: CRIM-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, 1993), 230 p.]

2004 (ed.), *Los retos culturales de México* (Ciudad de México: Cámara de Senadores-CRIM-UNAM-Miguel Ángel Porrúa), 388 p.

2006 (ed.), *Los retos culturales de México frente a la globalización* (Ciudad de México: Cámara de Diputados-CRIM-UNAM-Miguel Ángel Porrúa), 627 p.

2006 *Culturas en movimiento: interactividad cultural y procesos globales* (Ciudad de México: Cámara de Diputados-CRIM-UNAM-Miguel Ángel Porrúa), 368 p.

2007 Con Cristina Amescua; José Carlos Luque, *Migración y cultura en América Latina y el Caribe: bibliografía seleccionada* (Ciudad de México: CRIM-UNAM), 217 p. (reeditado en 2010)

2009 *Compartir el patrimonio cultural inmaterial de México: ritos y festividades* (Ciudad de México: Cámara de Diputados-CRIM-UNAM-Miguel Ángel Porrúa), 249 p. (segunda edición, 2011)

2010 (ed.), *Libertad para elegir: cultura, comunicación y desarrollo humano sustentable* (Ciudad de México: United Nations Development Program), 244 p.

2011 (ed.), *El patrimonio cultural cívico: la memoria política como capital social* (Ciudad de México: Cámara de Diputados-CRIM-UNAM-Miguel Ángel Porrúa), 178 p.

2011 (ed.), *Compartir el patrimonio cultural inmaterial: narrativas y representaciones* (Ciudad de México: Dirección General de Culturas Populares e Indígenas, CONACULTA-CRIM-UNAM), 328 p.

Informes internacionales

1996 *Our Creative Diversity* (París: UNESCO). Como miembro de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo y coordinadora de la Secretaría.



Con los mayordomos de Zacatipan, Puebla, lleva L. Arizpe la ofrenda en una procesión nocturna. 1969.

FOTO COLECCIÓN DE LA AUTORA

1998 *World Culture Report*, vol. 1 (París: UNESCO). Como coordinadora del Comité Científico. Informe Mundial de Cultura de la UNESCO, vol. 1 (París: UNESCO).

2001 *World Culture Report*, vol. 2 (París: UNESCO). Como coordinadora del Comité Científico. Informe Mundial de Cultura de la UNESCO, vol. 2 (París: UNESCO).

2002 *Crossing the Divide: a Dialogue of Civilizations* (Nueva York: Seton Hall). Como miembro del Grupo de Personas Notables para el Diálogo de las Civilizaciones.

Índice

Prólogo
Rodolfo Stavenhagen 7

Introducción
Margarita Velázquez Gutiérrez 9
Conocimiento y ética 10
Etnicidad y desarrollo 13
Mujeres y desarrollo social 14
La dimensión humana del cambio ambiental global 16
Influir sobre el ecosistema de negocios 18
Cultura, desarrollo y patrimonio 19
Obra publicada 24

Primera parte
Desarrollo social y sustentabilidad

Capítulo 1
El diálogo sobre la diversidad de culturas y civilizaciones
Lourdes Arizpe 43
¿Culturas o civilizaciones? 45
Una civilización de orden superior 47
Diversidad cultural y mundialización 48
Reubicación de la diversidad cultural 49
Igualdad de vulnerabilidad 51
La necesidad de un diálogo de las ciencias sociales 51
Una nueva voluntad colectiva 53
Fuentes consultadas 53

Capítulo 2
UNA SOCIEDAD EN MOVIMIENTO 55
Nahui Ollin 55
Las culturas trashumantes 57
El movimiento revolucionario 59
La migración rural-urbana 61
Las mujeres en movimiento 63
El movimiento indígena 65
La migración hacia la frontera norte 67
El movimiento chicano 69
La migración hacia la frontera sur 70
La cultura en movimiento 71
El cambio global y la antropología interdisciplinaria 73
El futuro depende de nosotros 78
Fuentes consultadas 79

Capítulo 3
CÓMO RESTAURAR LA SUSTENTABILIDAD SOCIAL EN MÉXICO 83
Resumen 83
De la violencia del modelo de desarrollo a la violencia criminal 85
Propuestas para restaurar la sustentabilidad social 86
La violencia de la desigualdad económica y la exclusión 89
La violencia del desempleo y la precarización del empleo 93
Ni estudio ni trabajo: la situación de los jóvenes 94
Las nuevas vulnerabilidades de las mujeres 95
Desempleo y precarización del empleo 95
Los feminicidios y las industrias maquiladoras 96
La feminización de la migración internacional 97
La expansión de la trata de personas 98
Inseguridad y ampliación de la violencia 99
Conclusiones 102
Fuentes consultadas 104

Capítulo 4
LOS DERECHOS HUMANOS EN SU CONTEXTO 107
Fuentes consultadas 110

Capítulo 5
LAS CIENCIAS SOCIALES Y SU RELACIÓN CON LAS POLÍTICAS SOCIALES 111
Introducción 111
Los marcos de referencia de la política social 113

Las ciencias sociales marginadas ... 114
El Consejo Internacional de Ciencias Sociales ... 115
La política social: entre el Estado y la sociedad civil ... 116

Capítulo 6
CONVIVIABILIDAD: EL PAPEL DE LA SOCIEDAD CIVIL EN EL DESARROLLO ... 119
¿Sistemas políticos o sociedad civil? ... 121
Nuevas cuestiones para la sociedad civil ... 123
Determinar el flujo ... 124

Capítulo 7
HACIA LA SUSTENTABILIDAD CULTURAL Y SOCIAL ... 127
Un primer paso: la responsabilidad global ... 129
Un segundo paso: tomar en cuenta la sustentabilidad social ... 130
Un tercer paso: la sustentabilidad cultural ... 133
Una cuestión especial: el conocimiento para sustentar el desarrollo ... 137
Resumen de las propuestas de políticas ... 140
El momento de tomar decisiones difíciles ... 142
Fuentes consultadas ... 142

Capítulo 8
LAS DIMENSIONES SOCIALES DE LA POBLACIÓN
Lourdes Arizpe
Margarita Velázquez ... 143
Tendencias de la población en el umbral del nuevo milenio ... 146
¿Qué significan los números de población? ... 147
El debate sobre la población ... 150
Lo que significan los números de población: migración y urbanización ... 154
Exploración de nuevos métodos de investigación ... 158
Lo que los números de población significan en el nivel micro: la Selva Lacandona ... 159
Población y desarrollo humano ... 163
La población y el uso de recursos en contextos sociales ... 165
Limitar el crecimiento de la población y del uso de recursos ... 167
Hacia una sociedad mundial ... 169
Fuentes consultadas ... 170

Capítulo 9
POBLACIÓN Y USO DE RECURSOS NATURALES
L. Arizpe, R. Costanza y W. Lutz 177
Introducción 177
Interacciones entre poblaciones humanas, tecnología, valores y capital natural 178
Tendencias de la población humana y las transformaciones ambientales 179
Crecimiento de población hasta 1990 181
Crecimiento de la población a futuro 183
Distribuciones por edad 187
Distribuciones regionales 189
Migración y urbanización 189
Presión de la población y uso de recursos per cápita 192
Cómo hacer que el crecimiento de población y el uso de recursos per cápita disminuyan 195
Fuentes consultadas 197

Capítulo 10
EL CUBO GLOBAL 201
Introducción 201
Un programa conjunto con las ciencias naturales 203
Definición del cambio global en las ciencias naturales 204
El cubo global 205
Interpretación de lo global en las ciencias sociales 206
La experiencia antropológica 209
La exigencia de interdisciplinariedad 211
Modelos microsociales en un contexto global 212
Fuentes consultadas 216

Capítulo 11
CULTURA Y DESARROLLO: UNA ETNOGRAFÍA DE LAS CREENCIAS DE UNA COMUNIDAD 219
Cultura y capitalismo 219
El balance del desarrollo cultural 222
Cultura y modernidad 226
Religiosidad y racionalismo 227
Política y autoritarismo 230
Moralidad y sexismo 232
Clases sociales y dominación cultural 233
Disemantismo de género 234
Rutas a seguir 237

Segunda parte

Migración e interacción cultural

Capítulo 12

El mundo se está volviendo más peligroso: cultura e identidad entre los migrantes mexicanos en Estados Unidos 241

- Migraciones y cultura transfronterizas 242
- Los migrantes hispánicos en Estados Unidos 244
- ¿Cómo se identifican a sí mismos los migrantes mexicanos? 246
- "El mundo se está volviendo más peligroso" 248
- "Doy gracias por haber nacido en México…" 249
- Biculturalidad sin problemas 251
- Conclusiones 252
- Fuentes consultadas 253

Capítulo 13

Los mexicanos en la era global: migración mexicana e interacción cultural 257

- Introducción 257
- México: la tierra de la libertad cultural 261
- México: el cruce constante de arte de culturas 262
- Influencia cultural de México en el ámbito internacional 263
- Mexicanidad y cosmopolitismo 267
- Los migrantes mexicanos: la identidad desde lejos 269
- Migración masiva, cultura creativa 270
- La cultura mexicana: "el don creativo, la templanza del pueblo y la alegría" 271
- En suma: los códigos identitarios de los mexicanos 272
- Las nuevas narrativas culturales de las ciudades mexicanas 273
- La persona y el patrimonio cultural primario 275
- Las redes sociales y la vida pública y privada 276
- Los retos: las lealtades múltiples y las redes globales 277

Capítulo 14

Migración, género y crisis mundial 281

- Los beneficios heterogéneos de las mujeres migrantes y el impacto de la recesión 281
- Remesas 284
- Retorno de los migrantes 284
- Fuentes consultadas 285

Capítulo 15
El éxodo rural en México y su relación con la migración a Estados Unidos 287
Introducción 287
La emigración rural en el marco del capitalismo industrial 288
Consideraciones teóricas sobre la migración 290
Las políticas de desarrollo y el éxodo rural en México (1940-1980) 292
La estructura social de las comunidades rurales y la emigración 295
El éxodo rural y la selectividad de los migrantes hacia Estados Unidos 303
Conclusiones 306
Fuentes consultadas 309

Capítulo 16
La migración por relevos y la reproducción social del campesinado 311
Éxodo rural y desarrollo industrial 313
Unidad campesina y reproducción social 316
Toxi y Dotejiare 319
División de labores y composición familiar 331
Conclusiones 341
Fuentes consultadas 347

Capítulo 17
Migración indígena, problemas analíticos 351
El estudio de pequeños grupos en la migración rural-urbana 351
La migración en la región mazahua 356
1900-1930 358
1930-1950 361
1950-1970 364
Conclusiones 368
Fuentes consultadas 374

Capítulo 18
Indígenas en la Ciudad de México: las causas mediatas, inmediatas y detonantes de la migración 375
La emigración en las comunidades 391
El migrante indígena en la Ciudad de México 394
Fuentes consultadas 397

Tercera parte

Género y desarrollo

Capítulo 19

LAS MUJERES QUE CRUZAN FRONTERAS: MIGRACIÓN Y DESARROLLO 401
- Introducción 401
- Diversidad de los movimientos feministas 402
- Impactos del género en las políticas de desarrollo 406
- Migraciones que cruzan fronteras y actividades ilícitas 409
- Monitoreo del impacto de la crisis económica en el género y las migraciones que cruzan la frontera 416
- Conclusiones 418
- Fuentes consultadas 419

Capítulo 20

MUJERES, LIBERTADES PÚBLICAS, DISCRIMINACIÓN Y REFORMA DEL ESTADO 423
- Un avance acelerado 425
- Las dimensiones sociales del desarrollo 426
- Reinventar, no retroceder 428
- Gobernanza y reforma del Estado: la participación de las mujeres 431
- Derechos fundamentales: libertades públicas y derechos humanos 433
- Discriminación, desarrollo humano y Estado 435
- Clases protegidas contra la discriminación 439
- Detener el retroceso y avanzar hacia el futuro 441
- Fuentes consultadas 443

Capítulo 21

EL VOTO DE LAS MUJERES: UN INSTRUMENTO PARA FORJAR OTRO DESTINO 445
- La participación política de las mujeres 448
- Las nuevas vulnerabilidades de las mujeres 449
- Deslegitimar la desigualdad 450

Capítulo 22

LOS DERECHOS DE LAS MUJERES, LA RECESIÓN Y LAS CRISIS SOCIALES 455

Capítulo 23

EL FEMINISMO: DEL GRITO DE LOS AÑOS SETENTA A LAS ESTRATEGIAS DEL SIGLO XXI 461
- A la sombra del ser 461

"En busca de una conciencia propia" ... 463
El primer movimiento global: el feminismo ... 464
"Se hace camino al andar" ... 465
Hacer camino al andar ... 467

Capítulo 24

VIVIR PARA CREAR HISTORIA ... 469
A la sombra del ser ... 470
"En busca de una conciencia propia" ... 471
De remolinos a dispersiones ... 473
Y empezó con un poema de amor ... 476
Crear nuevas teorías ... 477
Los Programas de Estudios sobre la Mujer ... 480
Lo personal es también profesional ... 482
Redes internacionales ... 483
Vivir en la línea ... 485

Capítulo 25

LAS OBRERAS DE LA AGROINDUSTRIA DE LA FRESA EN ZAMORA, MICHOACÁN
Lourdes Arizpe y Josefina Aranda ... 489
Las agroindustrias y el desarrollo rural en países dependientes ... 489
Las mujeres campesinas y la crisis agraria en América Latina ... 491
La agroindustria de exportación de fresa en Zamora ... 492
Las empresas empacadoras y congeladoras de fresa en Zamora ... 495
Organización de la producción en las plantas ... 499
Historia ocupacional de las obreras ... 500
Edad, estado civil y escolaridad de las obreras ... 502
Actitudes sociales hacia el trabajo de las mujeres en la agroindustria ... 505
Salarios ... 507
Gastos y consumo ... 509
Contratación ... 510
Las condiciones de trabajo ... 510
Sindicalización ... 511
Percepción de las obreras de su trabajo en las plantas ... 513
Conclusiones ... 515
Fuentes consultadas ... 520

Capítulo 26
¿Beneficia el desarrollo económico a la mujer? ... 523
El concepto de desarrollo ... 524
Fuentes consultadas ... 534

Capítulo 27
Mujer campesina, capitalismo y cultura en México ... 537
Agricultura capitalista y economía campesina en México ... 538
La campesina y el desarrollo económico ... 544
División social del trabajo y cultura ... 545
Fuentes consultadas ... 546

Capítulo 28
La mujer en el sector de trabajo informal en Ciudad de México: ¿un caso de desempleo o de elección voluntaria? ... 549
Teorías sobre el mercado de trabajo informal ... 551
La mujer en el desarrollo: su participación en el mercado laboral informal ... 558
La mujer en la fuerza laboral en México ... 560
La mujer en la fuerza laboral en Ciudad de México ... 563
Las estrategias de las mujeres en el sector de trabajo informal en Ciudad de México ... 566
Conclusiones ... 574
Fuentes consultadas ... 579

Capítulo 29
Análisis del ciclo de desarrollo del grupo doméstico ... 581
Características del grupo doméstico ... 581
Composición de los grupos domésticos ... 584
Ciclo de desarrollo del grupo doméstico ... 586
Demografía y grupo doméstico ... 592
La producción y el grupo doméstico ... 593
Conclusiones ... 599
Fuentes consultadas ... 600

Cuarta parte
Indígenas y pluralismo cultural

Capítulo 30
De palabras y pensamientos: los nahuatlismos ... 605

Capítulo 31
Pluralidad cultural y proyecto nacional 611
Museo de las culturas populares 611

Capítulo 32
La ideología del indio y la economía campesina 617
Definición del problema 617
Consideraciones teóricas 620
Descripción de los datos 626
Análisis e interpretación 638
Conclusiones 645
Fuentes consultadas 647

Capítulo 33
El reto del pluralismo cultural: apuntes sobre la dinámica de la cultura en América Latina 649

Capítulo 34
La marginación de los campesinos indígenas: ¿problema cultural o problema político? 655

Capítulo 35
El indígena y la nueva conciencia latinoamericana 661

Capítulo 36
Conceptos de política cultural 667

Capítulo 37
El Primer Congreso Nacional de Pueblos Indígenas 671

Capítulo 38
Denuncia de las mujeres indígenas 677

Capítulo 39
Segundo Congreso Nacional de Pueblos Indígenas: ¿atentado contra la nación o vía genuina de desarrollo? 681
Conciencia étnica y conciencia de clase 683
¿Desigualdad social o diferencias culturales? 684
Pluralismo cultural y desarrollo 685

Capítulo 40
Segundo Encuentro Nacional de Profesionales Indígenas Bilingües 687

Capítulo 41
La cultura indígena en la Ciudad de México 691

Sobre la autora 701
Obras principales 701
Informes internacionales 702

VIVIR PARA CREAR HISTORIA

ANTOLOGÍA DE ESTUDIOS SOBRE DESARROLLO, MIGRACIÓN, GÉNERO E INDÍGENAS



editado por el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM en coedición con Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, S.A. de C.V., se terminó de imprimir el 9 de noviembre de 2015, en los talleres del Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, S.A. de C.V., ubicados en Chihuahua 23, Colonia Progreso, delegación Álvaro Obregón, C.P. 01080, México, D.F.

El tiraje consta de 1,000 ejemplares impresos en offset con salida directa a placas sobre papel de fabricación ecológica con *bulk* de 80 g los interiores; y en cartulina sulfatada de 14 puntos, los forros, encuadernados en rústica.

En su composición tipográfica utilizaron tipos de familia Schadow BT Light y Belwe BT Medium.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de la oficina litotipográfica de la casa editora.

ISBN 978-607-02-7302-5 UNAM
ISBN 978-607-401-991-9 MAP

La reconocida antropóloga social Lourdes Arizpe Schlosser es precursora en los estudios sobre desarrollo sustentable y pieza clave en un importante movimiento de revitalización de las ciencias sociales en México y Latinoamérica que vincula la investigación con la acción ciudadana. La autora inició estudios antropológicos sobre las migraciones, la equidad de género, los reclamos de los grupos indígenas y de la sociedad civil, y las percepciones sociales sobre la sustentabilidad. Gran parte de su obra fue escrita a través de su participación internacional, por ejemplo, en la Comisión Mundial para la Cultura y el Desarrollo, en el Grupo de Personas Eminentes para el Diálogo de las Civilizaciones, en la Comisión de Naciones Unidas de Políticas de Desarrollo y en la UNESCO, en donde apoyó la creación de la Convención Internacional para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial y los trabajos sobre diversidad cultural.

Lourdes Arizpe, a través de sus investigaciones, analiza con bisturí por qué se detuvo el desarrollo del campo y de la transición democrática, recoge una memoria imprescindible para las ciencias sociales y ofrece propuestas para restaurar la sustentabilidad social en el país. *Vivir para crear historia* permite redescubrir un México dividido y convulsionado que aún no encuentra salida a los múltiples problemas de la desigualdad, la conviviabilidad, la identidad cultural y la participación social.

VIVIR PARA CREAR HISTORIA
9 786074 019919
SOCIOLOGÍA
MAPorrúa librero-editor • México
Las ciencias sociales TERCERA DÉCADA